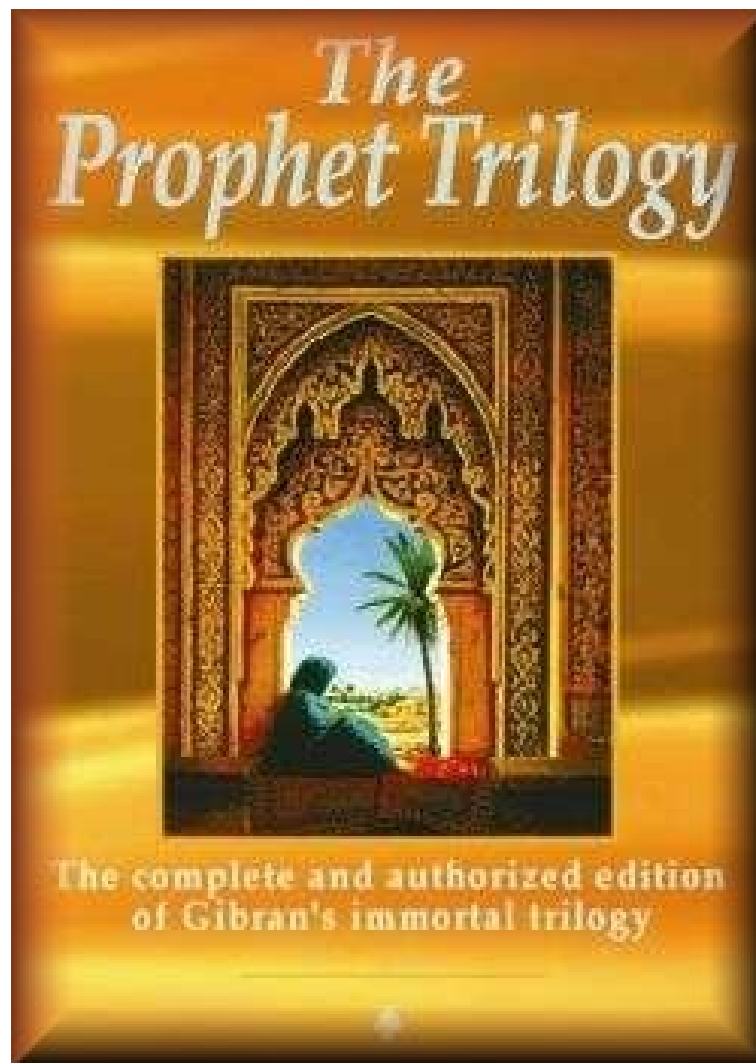


Obras de
Kahlil Gibran





Khalil Gibran

(Libano, 1883-1931)

Poeta, filósofo y artista, nacido en el Libano, una tierra que ha producido muchos profetas, su fama y su influencia se esparce más allá del Oriente Próximo. Su poesía se ha traducido a más de veinte idiomas y sus dibujos y pinturas se han expuesto en las grandes capitales del mundo. En los Estados Unidos, que él hizo su hogar durante veinte años de su vida, comenzó a escribir en inglés. El Profeta y sus otros libros de poesía, ilustrados con sus dibujos místicos, son conocidos por innumerables estadounidenses, quienes encuentran en ellos una expresión de los impulsos más profundos del corazón y de la mente humana.

Gibran Khalil Gibran nació en Bcherrí el 6 de diciembre de 1883, la ciudad típicamente libanesa que se levanta sobre una pequeña meseta, junto a uno de los acantilados de Wadi-Quadisha (Valle sagrado). Durante dos décadas atrás, el país había obtenido una cierta autonomía, apuntalada en buena medida por su larga tradición católica maronita que le había mantenido aislado durante siglos frente al dominio oscurantista y cerril del imperio turco. Los años de la infancia de Gibran son los mismos en que surge una nueva clase dirigente de influencia francesa, proyectada hacia Europa, mediadora comercial e intelectual entre el sector sometido a la opresión turca y las nuevas corrientes de opinión que soplan hacia el Mediterráneo, desde Londres, Viena o París.

Gibran, nieto de un sacerdote maronita, hijo de un propietario de ganado, es un símbolo vivo de ese cruce de culturas que es su país de origen. Con solo trece años marcha con su madre y sus hermanos a Boston, atraído por las oportunidades que parece ofrecer el Nuevo Mundo, mientras su padre permanece en el Libano, manteniendo su pobre propiedad. El adolescente Gibran entra en una escuela privada donde se educan americanos de adopción procedentes de diversas naciones. Más tarde, por consejo de su hermanastro, regresa a Beirut, donde se matricula en la Escuela Maronita para estudiar Hebreo y francés. Durante las vacaciones, redescubre con su padre las montañas, los bosques umbríos, las venerables ruinas que dejara la antigüedad y los parajes pedregosos de su tierra natal. En el abandonado monasterio de Mar-Sarkis, su espíritu ya cultivado despierta a una intensa sensibilidad sazónada de sabiduría popular que, acrisolada tras siglos de cultura, se halla impregnada de un naturalismo soberbio y triunfante. Nuestro autor sueña, empero, con volver a América, etapa imprescindible para conseguir fama y dinero, y poder regresar definitivamente al Libano.



K.G. -13 años-

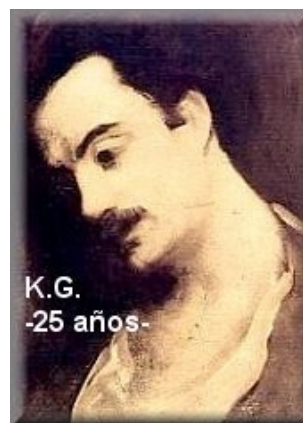


K.G. -15 años-

Más a su retorno a América, la desgracia, revestida de enfermedad incurable, se cierne sobre su madre y sus hermanos. Con su hermana superviviente, Mariana, trata de abrirse camino, sintiéndose responsable del sacrificio de su familia para que él triunfara en el difícil mundo del

arte. A la sombra de los rascacielos americanos -indignos sustitutos de los milenarios cedros de su patria-, empieza a escribir para los periódicos *Æabes* de Nueva York. Simultanea la pluma con los pinceles, y en ambas artes su exquisita sensibilidad pugna por superar una técnica todavía no dominada. En los albores de su producción pictórica, expone sus obras en un estudio de Boston, pero un voraz incendio arrasa su colección, negándose al artista la gloria y el beneficio. Años después, Gibran se alegrará del accidente que puso fin a su etapa todavía inmadura, permitiéndole mejorar una obra pictórica que hoy se halla diseminada por todo Oriente Medio, Europa y América.

Breves libros, poemas y artículos en *Æabe* marcan el inicio de su carrera literaria. Fue en esta época cuando conoció a Mary Haskell, mujer de extraordinaria sensibilidad, que supo intuir el genio de Gibran, animándole a que estudiara en el extranjero y a que escribiera en inglés, tras dominar mejor este idioma, para llegar a un público más numeroso. De 1908 a 1910 estudia arte en París, luego regresa a Boston y finalmente se instala en Nueva York. Treinta y cinco años tiene cuando resume sus pensamientos y su filosofía en *La procesión*, escrita en forma de versos *Æabes*. Dos años después, da a conocer su obra más madura: *El profeta*, convertido en bestseller internacional durante cuarenta años. Las opiniones de los críticos son contradictorias. Mientras unos consideran sus pensamientos "nocivos, revolucionarios y peligrosos para las mentes juveniles", otros juzgan que en ellos "coexisten resonancias de Jesucristo y de los Evangelios".

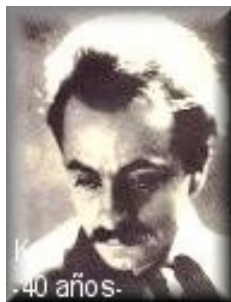


Gibran, que nunca había sido fuerte ni física ni psicológicamente, se halla siempre expuesto con facilidad al dolor desde su infancia temprana. Su gigantismo se debe, pues, al esfuerzo sobrehumano de su voluntad, empeñada en una actividad casi compulsiva, por depurar técnicas, combinar estilos, dominar idiomas y servir de vehículo de emociones universales entre pueblos de distintas culturas. Durante los cinco años que siguieron a la publicación de *El profeta*, Gibran alcanza el pináculo de su fama y de su productividad. Su obra es conocida tanto en el mundo árabe como en los sectores más cultos de habla inglesa. El loco había sido precisamente su primer libro en esta lengua. Gibran pone en boca de un demente una serie de lúcidos discursos que recuerdan los del Zarathustra nietzscheano. *La procesión*, su obra principal de poesía árabe, es un diálogo entre un sabio y un joven, en el que uno expresa su irritación ante la vida, el mal y la represión, acusando al hombre de ser una simple marioneta manejada por la ambición (es el aspecto crítico y negativo del poema), y el otro alaba la vida sencilla del campesino, en la que no existen dolores ni castigos ni opresiones.



La Tempestad, aparecida en 1920, es una obra con ecos de Valery y de Nietzsche, en la que se ensalza a los fuertes y se ofrecen técnicas para endurecer la voluntad de los débiles. El precursor, editada el mismo año, es el libro que Gibran dedica a exponer su antidogmatismo, ridiculizando a los que se creen en posesión de una única verdad. Tres años más tarde nuestro autor da a conocer la obra en la que había estado trabajando durante largo tiempo: *El profeta*. El amor, el matrimonio, la ambición de poder y de dinero son los temas fundamentales

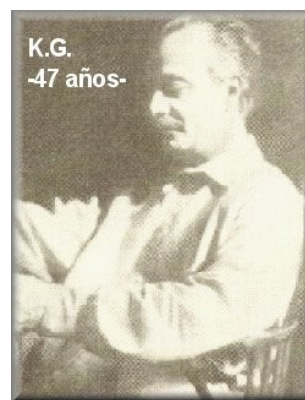
que Gibran desarrolla en este libro, traducido a más de veinte idiomas. Su obra editada a título póstumo es El jardín del profeta (1933), y en ella describe nuestro autor la relación íntima entre el hombre y la naturaleza.



Hacia el fin de su vida, Gibran escribió Jesús, el hijo del Hombre, interpretación muy personal de la figura de Cristo, presentado como el hombre que vivió plenamente la vida con todo lo que ella contiene de dolores y alegrías. Pese a que el autor niega en ella la divinidad de Cristo, Arnold Bennett señaló que los Estados Unidos deberían sentirse orgullosos de que Gibran hiciera recordar la Torah, los salmos y las enseñanzas de Jesús al pueblo materialista de los Estados Unidos.

Aquejado de una terrible enfermedad, Gibran se esfuerza en donar a la humanidad lo mejor de sí mismo, cristianizándolo en literatura y en pintura.

El 9 de abril de 1931, un amigo le encuentra sumido en el dolor y postrado por la enfermedad, pese a que continúa sonriendo con valentía. Se niega a que le lleven a un hospital; quiere vivir sus últimos días entre sus dibujos y los esbozos de sus obras. Al día siguiente, muere en el hospital neoyorquino de San Vicente. Solo tiene cuarenta y ocho años de edad.





The family of Jibrán

INDICE

- 1.- ALAS ROTAS (1912) pgs. 6 a 39
- 2.- ARENA Y ESPUMA (1926) pgs. 40 a 60
- 3.- DICHOS ESPIRITUALES (____) pgs. 61 a 90
- 4.- EL JARDIN DEL PROFETA (1933) pgs. 91 a 108
- 5.- EL LOCO (1918) pgs. 109 a 123
- 6.- EL PRECURSOR (1920) pgs. 124 a 134
- 7.- EL PROFETA (1933 -obra p stuma-) pgs. 135 a 158
- 8.-EL VAGABUNDO (1932) pgs. 159 a 179
- 9.- ESPRITUS REBELDES (1908) pgs. 180 a 209
- 10.- JES S, EL HIJO DEL HOMBRE (1928) pgs. 210 a 283
- 11.- LA PROCESI N (1918) pgs. 284 a 295
- 12.- LA TEMPESTAD (1920) pgs. 296 a 339
- 13.- LA VOZ DEL MAESTRO (1959) pgs. 340 a 371
- 14.- LAGRIMAS Y SONRISAS (1914) pgs. 372 a 412
- 15.- LAZARO Y SU AMADA(1925) 413 a 420
- 16.- LOS DIOSES DE LA TIERRA (1931) pgs. 421 a 446
- 17.- LOS SECRETOS DEL CORAZ N (1931) pgs. 447 a 461
- 18.- NINFAS DEL VALLE (1948) pgs. 462 a 482
- 19.- PENSAMIENTOS Y MEDITACIONES (1961) pgs. 483 a 504



GIBR' N KHALIL GIBR' N

ALAS ROTAS (1912)

Revisado por: Carlos J. J.

PREFACIO

Tena yo dieciocho años de edad cuando el amor me abrió los ojos con sus mágicos rayos y tocó mi espíritu por vez primera con sus dedos de hada, y Selma Karamy fue la primera mujer que despertó mi espíritu con su belleza y me llevó al jardín de su hondo afecto, donde los días pasan como sueños y las noches como bodas. Selma Karamy fue la que me enseñó a rendir culto a la belleza con el ejemplo de su propia hermosura y la que, con su carisma, me reveló el secreto del amor; fue ella la que cantó por vez primera, para mí, la poesía de la vida verdadera.

Todo joven recuerda su primer amor y trata de volver a poseer esa extraña hora, cuyo recuerdo transforma sus más hondos sentimientos y le da tan inefable felicidad, a pesar de toda la amargura de su misterio.

En la vida de todo joven hay una "Selma", que súbitamente se le aparece en la primavera de la vida, que transforma su soledad en momentos felices, y que llena el silencio de sus noches con música.

Por aquella época estaba yo absorto en profundos pensamientos y contemplaciones, y trataba de entender el significado de la naturaleza y la revelación de los libros y de las Escrituras, cuando oí al Amor susurrando en mis oídos a través de los labios de Selma. Mi vida era un estado de coma, vaca como la de Adán en el Paraíso, cuando vi a Selma en pie, ante mí, como una columna de luz. Era la Eva de mi corazón, que lo llenó de secretos y maravillas, y que me hizo comprender el significado de la vida.

La primera Eva, por su propia voluntad, hizo que Adán saliera del Paraíso, mientras que Selma, involuntariamente, me hizo entrar en el Paraíso del amor puro y de la virtud, con su dulzura y su amor; pero lo que ocurrió al primer hombre también me sucedió a mí, y la espada de fuego que expulsó a Adán del Paraíso fue la misma que atemorizó con su filo resplandeciente y me obligó a apartarme del paraíso de mi amor, sin haber desobedecido ningún mandato, y sin haber probado el fruto del árbol prohibido.

Hoy, después de haber transcurrido muchos años, no me queda de aquel hermoso sueño sino un cúmulo de dolorosos recuerdos que aletean con alas invisibles en torno mío, que llenan de tristeza las profundidades de mi corazón, y que llevan lágrimas a mis ojos; y mi bien amada, la hermosa Selma, ha muerto, y nada queda de ella para preservar su memoria, sino mi roto corazón, y una tumba rodeada de cipreses. Esa tumba y este corazón son todo lo que ha quedado para dar testimonio de Selma.

El silencio que custodia la tumba no revela el secreto de Dios, oculto en la oscuridad del ataúd, y el crujido de las ramas cuyas raíces absorben los elementos del cuerpo no descifran los misterios de la tumba, pero los suspiros de dolor de mi corazón anuncian a los vivientes el drama que han representado el amor, la belleza y la muerte.

¡Oh amigos de mi juventud, que estáis dispersos en la ciudad de Beirut!: cuando

pasos por ese cementerio, junto al bosque de pinos, entrad en él silenciosamente, y caminad despacio, para que el ruido de vuestros pasos no, turbe el tranquilo sueño de los muertos, y deteneos humildemente ante la tumba de Selma; reverenciad la tierra que cubre su cuerpo y decid mi nombre en un hondo suspiro, al tiempo que decís internamente estas palabras:

- *"Aquí, todas las esperanzas de Gibrán, que vive como prisionero del amor más allá de los mares; todas sus esperanzas, fueron enterradas. En este sitio perdí Gibrán su felicidad, vertí todas sus lágrimas, y olvidé su sonrisa.*
- *"Junto a esa tumba crece la tristeza de Gibrán, al mismo tiempo que los cipreses, y sobre la tumba su espíritu arde todas las noches como una lámpara votiva consagrada a Selma, y entona a coro con las ramas de los árboles un triste lamento, en lastimero duelo por la partida de Selma, que ayer, apenas ayer, era un hermoso canto en los labios de la Vida, y que hoy es un silente secreto en el seno de la tierra."*

¡Oh camaradas de mi juventud! Os conjuro, en nombre de aquellas vírgenes que vuestros corazones han amado, a que coloquéis una guirnalda de flores en la desamparada Tumba de mi bien amada, pues las flores que coloquéis sobre la tumba de Selma serán como gotas de rocío desprendidas de los ojos de la aurora, para refrescarlos pétalos de una rosa que se marchita.

CALLADA TRISTEZA

Vecinos m os, vosotros record~~is~~. con placer la aurora de vuestra juventud, y lament~~is~~ que haya pasado; pero yo recuerdo la ma como un prisionero recuerda los barrotes y los grilletes de su c~~el~~. Vosotros habl~~is~~ de aquellos a~~os~~ entre la infancia y la juventud como de una Φ oca de oro, libre de confinamientos y de cuidados, pero aquellos a~~os~~. yo los considero una Φ oca de callada tristeza que ca a como una semilla en mi coraz n, y creca en Φ ; y que no encontraba salida hacia el mundo del conocimiento y la sabidur a, hasta que lleg el amor y abri las puertas de mi coraz n, e ilumin sus recintos.

El amor me dio lengua y l~~ag~~rimas. Seguramente record~~is~~ los jardines y los huertos, las plazas p blicas y las esquinas que presenciaron vuestros juegos y oyeron vuestros inocentes cuchicheos; yo tamb~~ien~~ recuerdo hermosos parajes del norte del L bano. Cada vez que cierro los ojos veo aquellos valles, llenos de magia y dignidad, cuyas montaa~~s~~, cubiertas de gloria y grandeza, trataban de alcanzar el cielo. Cada vez que cierro mis o dos al clamor de la ciudad, oigo el murmullo de aquellos riachuelos y el crujido de aquellas ramas. Todas esas bellezas a las que me refiero ahora, y que ans o volver a ver como ni~~o~~ que ans a los pechos de su madre, hirieron mi es~~pi~~ritu, prisionero en la oscuridad de la juventud como el halc n que sufre en su jaula al ver una bandada de p~~ar~~os que vuela libremente por el anchuroso cielo. Aquellos valles y aquellas montaa~~s~~ pusieron el fuego en mi imaginaci n, pero amargos pensamientos tejieron en torno de mi coraz n una red de negra desesperanza.

Cada vez que iba yo a pasear por aquellos campos volv a decepcionado, sin saber la causa de mi decepci n. Cada vez que miraba yo el cielo gris sent a que el coraz n se me encog a. Cada vez que o a yo el canto de los p~~ar~~os y los balbuceos de la primavera, sufr a, sin comprender la raz n de mi sufrimiento. Dicen que la simplicidad hace que un hombre sea vac o, y que ese vac o lo hace despreocupado. Acaso sea esto cierto entre quienes nacieron muertos y viven como cad~~aver~~es helados; pero el muchacho sensible que siente mucho y lo ignora todo es la m~~is~~ desventurada criatura que alienta bajo el sol, porque se debate entre dos fuerzas. La primera fuerza lo impulsa hacia arriba, y le muestra lo hermoso de la existencia a trav~~es~~ de una nube de sue~~os~~; la segunda, lo arrastra hacia la tierra, llena sus ojos de polvo y lo anonada de temores y hostilidad.

La soledad tiene suaves, sedosas manos, pero sus fuertes dedos oprimen el coraz n y lo hacen gemir de tristeza. La soledad es el aliado de la tristeza y el compa~~er~~o de la exaltaci n espiritual.

El alma del muchacho que siente que el beso de la tristeza es como un blanco lirio que empieza a desplegar sus p~~etal~~os. Tiembla con la brisa, abre su coraz n en la aurora, y vuelve a cerrar sus p~~etal~~os al llegar las sombras de la noche. Si ese muchacho no tiene diversiones, ni amigos, ni compa~~er~~os de juegos, su vida ser~~á~~ como una reducida prisi n en la que no ve nada, sino telara~~as~~, y no oye nada, sino el reptar de los insectos.

Tal tristeza que me obsesionaba en mi juventud no era por falta de diversiones, porque si hubiera querido las habr a tenido; tampoco era por falta de amigos, porque

habra podido tenerlos. Tal tristeza obedec a a un dolor interno que me impulsaba a amar la soledad. Mataba en m la inclinaci n a los juegos y a las diversiones, quitaba de mis hombros las alas de la juventud, y hac a que fuera yo como un estanque entre dos montaaas, que refleja en su quieta superficie las sombras de los fantasmas y los colores de las nubes y de los Aboles, pero que no puede encontrar una salida, para ir cantando hacia el mar.

Tal era mi vida antes de que cumpliera yo dieciocho aaos. El aao que los cumpl es como la cima de una montaaa en mi vida, porque despert en m el conocimiento, y me hizo comprender las vicisitudes de la humanidad. En ese aao volv a nacer, y a menos que una persona vuelva a nacer, su vida seguirA siendo una hoja en blanco en el libro de la existencia. En ese aao vi a los Angeles del cielo mirarme a travs de los ojos de una hermosa mujer. Tambi n vi a los demonios del infierno rabiando en el coraz n de un hombre malo. Aquel que no ve a los Angeles y a los demonios en toda la belleza y en toda la malicia, de la vida estarA muy lejos del conocimiento, y su esp ritu estarA ayuno de afecto.

II

LA MANO DEL DESTINO

En la primavera de aquel maravilloso aao, estaba yo en Beirut. Los jardines estaban llenos de flores de NisA, y la tierra ten a una alfombra de verde cOped; y era como un secreto de la tierra revelado al Cielo. Los naranjos y los manzanos, que parec an hur es, o novias enviadas por la Naturaleza para inspirar a los poetas y excitar la imaginaci n, llevaban blancas vestiduras de perfumados capullos.

La primavera es hermosa en todas partes, pero es mA hermosa en el Lbano. Es un esp ritu que vaga por toda la Tierra, pero que hace su morada en el Lbano, conversando con reyes y profetas, cantando con los ros los Cantares de Salom n, y repitiendo con los sagrados cedros del Lbano los recuerdos de las antiguas glorias. Beirut, libre de los lodos del invierno y del polvo del verano, en la primavera es como una novia, o como una sirena que se sienta a orillas de un arroyo, y que se seca la suave piel a los rayos del sol.

Un da, en el mes de NisA, fui a visitar a un amigo cuya casa estaba algo apartada de la brillante y hermosa ciudad. Mientras charlAbamos, un hombre de aspecto digno, como de unos sesenta aaos de edad, entr en la casa. Al levantarme para saludarlo, mi amigo me lo present como Farris Efendi Karamy, y luego mi amigo pronunci mi nombre, con palabras elogiosas. El anciano me mir un momento, y se toc la frente con las puntas de los dedos, como si estuviera tratando de recordar algo. Luego, se acerc a m sonriente, y me dijo:

-Es usted hijo de un amigo m o muy querido y me da mucho gusto ver a ese amigo en la persona de usted-.

Muy conmovido por las palabras del anciano, me sent atra do hacia O como un pAro cuyo instinto lo lleva a su nido antes de la inminente tormenta. Al sentarnos, me cont su amistad con mi padre, y record el tiempo que hab an pasado juntos. Los ancianos gustan de remontar sus recuerdos a los das de su juventud, tal como los extranjeros que ans an volver a su propio pas. Se complacen en referir anOdotas del

pasado, así como el poeta se complace en recitar su mejor poema. El anciano vive espiritualmente en el pasado, porque el presente pasa para él velozmente, y el futuro le parece una aproximación al olvido de la tumba. Así transcurrió una hora llena de viejos recuerdos, como las sombras de los árboles sobre el césped. Cuando Farris Efendi se levantó para marcharse, me puso la mano izquierda en el hombro y estrechó mi mano derecha, diciendo:

-No he visto a tu padre desde hace veinte años. Espero que lo sustituyas, con frecuentes visitas a mi casa-.

Agradecido, le prometí cumplir ese deber de amistad hacia un querido amigo de mi padre.

Al salir el anciano, le pedí a mi amigo que me contara algo más acerca de él.

-No conozco a ningún hombre en Beirut cuya riqueza lo haya hecho amable, y cuya bondad lo haya hecho rico -me dijo-. Es uno de esos raros hombres que vienen a este mundo y se van de él sin hacer daño a nadie, pero las personas de esa clase generalmente sufren mucho, y son víctimas de la opresión, porque no son lo suficientemente hábiles para salvarse de la maldad de los demás. Farris Efendi tiene una hija, de carácter muy parecido al suyo, cuya belleza y gentileza están más allá de toda descripción; y también ella sufre mucho, porque la riqueza de su padre ya la está colocando al borde un horrible precipicio. -Al pronunciar mi amigo estas palabras, noté que su rostro se ensombreció. Luego, mi amigo continuó: -Farris Efendi es un buen anciano, de noble corazón, pero le falta fuerza de voluntad. La gente lo maneja como a un ciego. Su hija le obedece, a pesar de ser orgullosa e inteligente, y tal es el secreto que gravita en la vida de padre e hija. Este secreto lo descubrí un mal hombre, que también es obispo, y cuya maldad se cobija a la sombra del Evangelio. Este prelado tiene apariencia de ser amable y noble. Es la cabeza religiosa de esta tierra de gente piadosa. La gente le rinde obediencia y lo venera. Y conduce a esta gente como un rebaño de ovejas hacia el matadero. Este obispo tiene un sobrino, lleno de odio y de corrupción. Más tarde o más temprano, día a día llegará en que colocará a su sobrino a su derecha, y a la hija de Farris Efendi a su izquierda, y, al alzar su impura mano y al pronunciar los votos del matrimonio sobre las cabezas de estos dos jóvenes, unirá una virgen pura a un sucio degenerado, colocando el corazón del día en las entrañas de la noche.

"Es todo lo que puedo decirte acerca de Farris Efendi y de su hija, así que te ruego que no me hagas más preguntas al respecto.

Al decir esto, mi amigo volvió la cabeza hacia la ventana, como si estuviera tratando de resolver los problemas de la existencia humana y de concentrarse en la belleza del universo.

Al salir de esa casa, le dije que pensaba visitar a Farris Efendi unos días después, con el propósito de cumplir mi promesa, y por la amistad, que había unido a él y a mi padre. Se quedó mirándome un momento y noté un cambio en la expresión de su rostro, como si mis escasas y simples palabras le hubieran dado una nueva idea.

Luego, me miró a los ojos de extraña manera, con una mirada en que se mezclaban amor, la piedad y el temor; con la mirada de un profeta que previó lo que nadie más puede anticipar. Luego, sus labios temblaron levemente, pero mi amigo no dijo nada al dirigirme yo a la puerta. Esa extraña mirada se grabó en mí, y no pude comprender su significado hasta que maduré en el mundo de la experiencia, donde los corazones se comprenden uno a otro intuitivamente, y donde los espíritus maduran con el conocimiento.

III

LA ENTRADA AL SANTUARIO

Unos cuantos días después, la soledad hizo presa de mí, y me cansé de los estultos rostros de los libros; alquilé un carruaje y me dirigí a la casa de Farris Efendi. Cuando llegamos al pinar en que la gente solía realizar meriendas campestres, el conductor del carruaje tomó un camino privado, bajo la sombra de los sauces, que lo bordeaban a cada lado. Al atravesar el pinar, pudimos ver la belleza de los verdes prados, los viñedos, y muchas flores de Nisibis, de colores vivos, que empezaban a abrirse.

Unos cuantos minutos después, el carruaje se detuvo ante una casa solitaria, en medio de un hermoso jardín. Saturaban el aire los aromas de las rosas, de las gardenias y del jazmín.

Al bajar del carruaje y entrar en el espacioso jardín, vi a Farris Efendi, que salió a mi encuentro. Me invitó a entrar en la casa cordialmente y se sentó a mi lado, como un padre feliz que vuelve a ver a su hijo, y me abrumó con preguntas acerca de mi vida, de mi futuro y de mi educación. Le contesté y mi voz estaba llena de ambición y celo; porque en mis oídos repicaba con campanas el himno de la gloria, y sentía que me lanzaba en mi velero por el calmado mar de los sueños esperanzados. En eso estábamos, cuando una hermosa joven, vestida con bellísimo vestido de seda blanca, apareció tras las cortinas de terciopelo de la puerta, y caminó hacia mí. Farris Efendi y yo nos levantamos de nuestros asientos.

-Mi hija Selma -dijo el anciano. Luego, me presentó, diciendo: - El destino me ha devuelto a un querido viejo amigo, en la persona de su hijo.

Selma se quedó mirándome un momento, como si dudara que un visitante pudiera entrar en su casa. Sentí la mano de la muchacha como un blanco lirio, y un extraño sobresalto agitó mi corazón.

Volvimos a tomar asiento en silencio, como si Selma hubiese llevado a aquel aposento un espíritu celestial digno de mucho respeto. Al darse cuenta de aquel súbito silencio, la joven me sonrió, y dijo

-Mi padre me ha contado muchas veces las anécdotas de su juventud y de los viejos tiempos en que él y el padre de usted llevaban estrecha amistad. Si el padre de usted le ha contado lo mismo, este encuentro no es el primero entre nosotros.

El anciano estaba complacido de oír a su hija expresarse así.

-Selma es muy sentimental. Todo lo ve con los ojos del espíritu -dijo.

Luego, reanudó su conversación, con mucho tacto, como si hubiera encontrado en mí un hechizo mágico que lo hubiera llevado, en alas del recuerdo, a los días pasados.

Mientras lo miraba, pensando en cómo sería yo en mis años posteriores, él se quedó mirándome, como un sereno y viejo árbol que ha soportado muchas tormentas, y al que la luz solar le proyectara la sombra sobre un renuevo que se estremecía ante la brisa de la aurora.

Pero Selma permanecía silenciosa. De vez en cuando, me miraba a mí, luego a su padre, como si estuviera leyendo al mismo tiempo el primero y el último capítulo del drama de la vida. El día transcurrió rápidamente en aquel jardín, y podía yo ver a través de la ventana el fantasmal beso amarillo del ocaso sobre las montañas del Líbano. Farris Efendi siguió relatando sus experiencias, y yo le escuchaba absorto, y

había tanto entusiasmo en mí, que su tristeza se convirtió en alegría.

Selma estaba sentada cerca de la ventana, mirándonos con sus tristes ojos y sin hablar, aunque la belleza tiene su propio lenguaje celestial, más misterioso que las voces de las lenguas y de los labios. Es un lenguaje misterioso, intemporal, común a toda la humanidad; un calmado lago que atrae a los riachuelos cantarines hacia su fondo, y los hace silenciosos.

Solo nuestros espíritus pueden comprender la belleza, o vivir y crecer con ella. Intriga a nuestras mentes; no podemos describirla con palabras; es una sensación que nuestros ojos no pueden ver, y que se deriva, tanto del que observa, como de quien es observado. La verdadera belleza es un rayo que emana de lo más santo del espíritu, e ilumina el cuerpo, así como la vida surge desde la profundidad de la tierra, para dar color y aroma a una flor.

La verdadera belleza reside en la concordancia espiritual que llamamos amor, y que puede existir entre un hombre y una mujer.

¿Acaso mi espíritu y el de Selma se tocaron aquel día en que nos conocimos, y aquel anhelo de llegar hasta ella hizo que la considerara la más hermosa mujer bajo el sol? ¿O acaso

¿Estaba yo intoxicado con el vino de la juventud, que me hacía imaginar lo que nunca existió?

¿Acaso mi juventud cegó mis ojos naturales y me hizo imaginar el brillo de sus ojos, la dulzura de su boca y la gracia de todo su cuerpo? ¿O acaso fueron ese brillo, esa gracia y esa dulzura, los que abrieron mis ojos y me mostraron la felicidad y la tristeza del amor?

Difícil es dar respuesta a estas preguntas, pero puedo decir sinceramente que en aquella hora sentí una emoción que nunca había tenido; un nuevo carisma que se posaba calmadamente en mi corazón, como el espíritu que vagaba sobre las aguas en el momento de la creación del mundo, y también puedo decir que de ese carisma nacieron mi felicidad y mi tristeza. Así terminó la hora de mi primer encuentro con Selma, y así quiso el cielo libertarme de las cadenas de mi solitaria juventud, para permitirme caminar en la procesión del amor.

El amor es la única libertad que existe en el mundo porque eleva tanto al espíritu, que las leyes de la humanidad y los fenómenos naturales no alteran su curso.

Al levantarme de mi asiento para marcharme, Farris Efendi se acercó a mí y me dijo serenamente:

-Ahora, hijo mío, ya conoces el camino a esta casa. Considerame tu padre y a Selma, como tu hermana. La miré como pidiéndole a ella que confirmara aquella declaración.

La joven movió la cabeza en señal de asentimiento, y me miró como quien vuelve a ver a una persona que se conoce desde hace mucho.

Aquellas palabras que pronunció Farris Efendi Karamy me colocaron al lado de su hija, en el altar del amor. Fueron palabras de un canto celestial que terminó tristemente, aunque había empezado en la más viva exaltación; elevaron nuestros espíritus al reino de la luz y de la trómul llama; fueron la copa de la que al mismo tiempo bebimos la felicidad y la amargura.

Salí de aquella casa. El anciano me acompañó hasta el borde del jardín, mientras mi corazón se agitaba como los labios temerosos de un hombre sediento.

I V

LA ANTORCHA BLANCA

Acaba de terminar el mes de Nisán, y yo seguía visitando la casa de Farris Efendi, y seguía viendo a Selma en aquel hermoso jardín, contemplando su belleza, maravillándome de su inteligencia y oyendo los silentes pasos de la tristeza. Sentía que una mano invisible me llevaba hacia ella.

En cada visita percibía un nuevo significado de su belleza, y una nueva intuición de su dulce espíritu, hasta que la joven llegó a ser como un libro cuyas páginas pude entender, y cuyos elogios podía yo cantar, pero que nunca podría terminar de leer. Una mujer a la que la Providencia ha dotado de belleza espiritual y corporal es una verdad, a la vez manifiesta y secreta, que sólo podemos comprender mediante el amor, y a la que sólo podemos tocar con la virtud; y cuando hacemos el intento de describir a tal mujer, su imagen se desvanece como la niebla.

Selma Karamy poseía la belleza corporal y espiritual, pero, ¿cómo describirla a quien no la haya conocido? ¿Puede un hombre muerto recordar el canto de un ruiseñor, y la fragancia de una rosa, y el susurro de un arroyo? ¿Puede un prisionero cargado de pesadas cadenas seguir a la brisa de la aurora? ¿Acaso el orgullo me impide hacer la descripción de Selma sólo con palabras ya que no puedo pintarla con luminosos colores? El hombre hambriento en el desierto no se negaría a comer pan duro, si el cielo no hace llover sobre él el maná y las codornices.

En su blanco vestido de seda, Selma estaba esbelta como un rayo de luz de luna que pasara a través del cristal de la ventana. Caminaba graciosa y rítmicamente. Hablaba en voz baja y con dulces entonaciones; las palabras salían de sus labios como gotas de rocío que cayeran de los pétalos de las flores, al agitarlas el viento. Pero, ¡qué decir del rostro de Selma! Ninguna palabra podría describir su expresión, que reflejaba, ora gran sufrimiento interno, ora exaltación celestial.

La belleza del rostro de Selma no era clásica; era como un sueño de revelación que no se puede medir ni circundar, ni copiar con el pincel de un pintor, ni con el cincel de un escultor. La belleza de Selma no residía propiamente en sus cabellos de oro, sino en la virtud y en la pureza que los rodeaban; no en sus labios, sino en la dulzura de sus palabras; no en su cuello de marfil, sino en el suave arco de su frente. Tampoco residía su belleza en la línea perfecta de su cuerpo, sino en la nobleza de su espíritu, que ardía como una blanca antorcha entre la tierra y el cielo. Su belleza era como el don de la poesía. Pero los poetas son personas desventuradas, pues, por más alto que se eleven sus espíritus, siempre estarán envueltos en una atmósfera de lágrimas.

Selma era muy pensativa, más que parlanchina, y su silencio era como una música que lo llevaba a uno a un mundo de sueños y que lo hacía escuchar los latidos del propio corazón, y ver los fantasmas de los propios pensamientos y sentimientos al lado de uno, como si nos miraran a los ojos.

Selma tenía un aura de profunda tristeza que la acompañaba toda su vida y que acentuaba su extraordinaria belleza y su dignidad, como un árbol en flor que nos parece más bello cuando lo vemos envuelto en la niebla del alba.

La tristeza fue un lazo de unión para su espíritu y para el mío, como si viéramos en el rostro del otro lo que el corazón sentía, y como si oyéramos al mismo tiempo el eco de una voz oculta. Dios había creado dos cuerpos en uno, y la separación no podría ser sino una cruel agonía.

Los espíritus melancólicos reposan al reunirse con otros espíritus afines. Se unen

afectuosamente, como un extranjero al ver a un compatriota suyo en tierras lejanas. Los corazones que se unen por la tristeza no serían separados por la gloria de la felicidad. El amor que se purifica con lágrimas seguirá siendo eternamente puro y hermoso.

V

LA TEMPESTAD

Un día, Farris Efendi me invitó a cenar en su casa. Acepté y mi espíritu, hambriento del divino pan que el Cielo había puesto en las manos de Selma, estaba hambriento, sobre todo, de ese pan espiritual que da más hambre a nuestros corazones mientras más comemos de él. Era ese pan que Kais, el poeta Aabe, Dante y Safo probaron, y que incendió sus corazones; el pan que la Diosa prepara con la dulzura de los besos y la amargura de las lágrimas.

Al llegar a la casa de Farris Efendi vi a Selma sentada en un banco del jardín, descansando la cabeza en el tronco de un árbol, y con el aspecto de una novia ataviada con su blanco vestido de seda, o como un centinela que custodiara aquellos parajes.

Silenciosa y reverentemente me acerqué a ella, y me senté a su lado. No podía hablar, así que recurrí al silencio, único lenguaje del corazón, pero sentí que Selma estaba escuchando mi mensaje sin palabras, y que observaba el fantasma de mi alma en mis ojos.

Al cabo de unos minutos, el anciano salió de la casa y me saludó, con la cordialidad de siempre. Al extender la mano hacia mí, sentí como si estuviera bendiciendo los secretos que nos unían a mí y a su hija.

-La cena está servida, hijos míos -dijo el anciano-; entremos a comer.

Nos levantamos de nuestros asientos y lo seguimos; había ojos de Selma brillaban, pues un nuevo sentimiento se había añadido a su amor, al oír que su padre nos decía "hijos míos".

Nos sentamos a la mesa y disfrutamos de la buena comida y del vino añejo, pero nuestras almas estaban viviendo en un mundo muy lejano; éramos tres personas inocentes, que sentían mucho y sabían poco; se estaba desarrollando un drama entre un anciano que amaba a su hija y quería su felicidad, una joven de veinte años que miraba hacia el futuro con ansiedad, y un joven que soñaba y se preocupaba, y que aún no probaba el vino de la vida, ni su vinagre, y que trataba de llegar hasta la altura del amor y del conocimiento, pero que era incapaz de alzarse a sí mismo. Allí estábamos los tres, sentados a la luz del crepúsculo, comiendo y bebiendo en aquella casa solitaria, custodiada por los ojos de Dios, pero en los fondos de nuestras copas se ocultaban la amargura y la angustia.

Al término de la cena, una de las criadas anunció la presencia de un hombre en la puerta que deseaba ver a Farris Efendi.

-¿Quién es? -preguntó el anciano.

-El mensajero del obispo -dijo la criada. Hubo un momento de silencio, durante el cual Farris Efendi miró a su hija, como un profeta que consultara el firmamento para adivinar su secreto. Luego, dijo:

-Que entre.

Poco después, un hombre, en uniforme oriental, y que llevaba un gran bigote retorcido en las puntas, entró al aposento, y saludó al anciano con estas palabras:

-Su Ilustrísima, el obispo, le ha enviado a usted su carruaje particular; desea tratar

asuntos importantes con usted.

El rostro del anciano se ensombreció, y su sonrisa se borró. Tras un momento de honda reflexión, se acercó a mí, y me dijo en tono amistoso:

-Espero encontrarte aquí cuando vuelva, pues Selma disfrutará de tu compañía en este lugar solitario.

Y diciendo esto, se volvió hacia Selma, y al tiempo que sonreía le preguntó a la muchacha si estaba de acuerdo. La joven asintió con la cabeza, pero sus mejillas se tornaron rojas, y, con voz más dulce que la mía de la lira, dijo:

-Padre, hará lo posible para que nuestro huésped esté contento.

Selma observó el carruaje que llevaba a su padre a casa del obispo, hasta que desapareció de nuestra vista. Luego, se sentó frente a mí en un diván forrado de seda verde. Parecía un lirio doblado hacia la alfombra de verde césped por la brisa de la aurora. Fue voluntad del Cielo que aquella noche estuviera yo a solas con Selma, en su hermosa casa rodeada de árboles, donde el silencio, el amor, la belleza y la virtud, moraban juntos.

Ambos guardábamos silencio, esperando que el otro hablara, pero no es el lenguaje hablado el único medio de comprensión entre dos almas. No son las sílabas que salen de los labios y de las lenguas las que unen a los corazones.

Hay algo más alto y puro de cuanto la boca puede pronunciar. El silencio ilumina nuestras almas, susurra en nuestros corazones, y los une. El silencio que separa de nosotros mismos, nos hace viajar como en un velero por el firmamento del espíritu, y nos acerca al Cielo; nos hace sentir que los cuerpos no son más que prisiones, y que este mundo es sólo un lugar de exilio transitorio.

Selma me miró, y sus ojos reflejaban el secreto de su corazón. Luego, me dijo, en voz alta:

-Vayamos al jardín, sentémonos bajo los árboles y contemplemos la luna saliendo de las montañas. Obedecí, y me levanté de mi asiento, pero vacilé.

-¿No crees que es mejor permanecer aquí, y esperar a que la luna esté alta e ilumine el jardín? -le dije, y añadí -: La oscuridad oculta los árboles y las flores. No podremos ver nada.

-Si la oscuridad oculta los árboles y las flores a nuestros ojos, no podrá ocultar el amor a nuestros corazones -contestó ella.

Y al pronunciar estas palabras en un extraño tono de voz, Selma volvió la mirada hacia la ventana. Guardó silencio, pesando cada palabra de mi amada y saboreando el significado de cada sílaba. Luego, me miró como si lamentara lo que acababa de confesarme, y trató de alejar esas palabras de mi oído con la magia de sus ojos. Pero aquellos ojos, en vez de hacerme olvidar lo que la joven acababa de expresar, repitieron en la profundidad de mi ser, más clara y eficazmente, las dulces palabras que ya se habían grabado en mi memoria, para toda la eternidad.

Cada belleza y cada grandeza de este mundo es creada por una sola emoción, y por un solo pensamiento en el interior del hombre. Cada cosa que vemos hoy, realizada por pasadas generaciones, fue, antes de adquirir su apariencia, antes de aparecer, un solo pensamiento en la mente de un hombre, o un solo impulso en el corazón de una mujer. Las revoluciones que han derramado tanta sangre, y que han transformado las mentes humanas para orientarlas hacia la libertad, fueron una idea de un hombre, que vivió entre miles de hombres. Las devastadoras guerras que han destruido imperios fueron un pensamiento que existió en la mente de un individuo. Las supremas enseñanzas que han cambiado el destino de la humanidad fueron inicialmente las ideas

de un hombre, cuyo genio lo distinguió de su medio. Un solo pensamiento hizo que se construyeran las Pirámides, un solo pensamiento fundó la gloria del Islam, y un solo pensamiento causó el incendio de la biblioteca de Alejandra.

Un solo pensamiento acudió en la noche a la mente del hombre, y ese pensamiento puede elevarlo hasta la gloria, o reducirlo al asilo para locos. Una sola mirada de mujer puede hacer del hombre el más feliz del mundo. Una sola palabra de un hombre puede hacernos ricos o pobres.

La palabra que pronunció Selma aquella noche me suspendió entre mi pasado y mi futuro, como un barco anclado en medio del océano. Aquella palabra despertó a mi ser del letargo de la juventud, del sueño de la soledad y me lanzó al escenario de la vida, en que la vida y la muerte representan sus respectivos papeles.

El aroma de las flores se mezclaba con la brisa cuando salimos al jardín y nos sentamos silenciosamente en un banco, cerca de un arbusto de jazmín a escuchar la respiración de la Naturaleza durmiente, mientras en el azul del cielo los ojos de lo inefable presenciaban nuestro drama.

La luna salió desde el monte Sión y alumbró las costas, las colinas y las montañas. Y podíamos ver las aldeas desparramadas por el valle como apariciones que de pronto surgieran ante algún conjuro de la nada. Podíamos contemplar la belleza de todo el Líbano bajo los plateados rayos de la luna. Los poetas occidentales piensan en el Líbano como en un sitio legendario, olvidado, puesto que por allí pasaron David, Salomón, y los profetas; como el jardín del Edén, perdido tras la caída de Adán y Eva. Para estos poetas occidentales, la palabra Líbano es una poética expresión, que asocia a la montaña cuyas laderas están perfumadas por el incienso de los Cedros Sagrados. Les recuerdan los templos de cobre y mármol, erectos, firmes e impenetrables, y los rebaños de ciervos pastando en los verdes valles. Aquella noche, yo mismo vi al Líbano de ensueño, con los ojos de un poeta.

Así cambia la apariencia de las cosas según las emociones, y así vemos la magia y la belleza en las cosas, pero lo que sucede es que la belleza y la magia están realmente en nosotros mismos.

Mientras los rayos de la luna brillaban en el rostro, en el cuello y en los brazos de Selma, parecía una estatua de marfil, esculpida por los dedos de algún adorador de Ishtar, la diosa de la belleza y del amor. Y, mirándome, mi amada me dijo -¿Por qué callas? ¿Por qué no me cuentas algo de tu pasado?

Al mirarla, mi mutismo desapareció, y mis labios se abrieron.

-¿No oíste lo que te dije al encaminarnos a este huerto? El espíritu que oye el susurro de las flores y el canto del silencio, también puede oír el estremecimiento de mi alma, y el clamor de mi corazón.

Selma ocultó el rostro en las manos, y me dijo, con voz vacilante:

-Sí, te oí: oí una voz que venía del seno de la noche, y un clamor surgiendo del corazón del día.

Y olvidando mi pasado, mi existencia misma, todo lo que no fuera Selma, le repliqué

-Y yo también te oí, Selma. Oí una música regocijante que vibraba en el aire, y que hizo que todo el universo se estremeciera.

Al oír estas palabras, mi amada cerró los ojos, y en sus labios vi una sonrisa de placer, mezclada con tristeza. -Ahora sé que hay algo más alto que el cielo, y más hondo que el océano, y más extraño que la vida, la muerte y el tiempo. Ahora sé lo que no sabía antes de conocerte... -me susurró suavemente.

En aquel momento, Selma llegó a ser para mí una persona más querida que una

amiga, más íntima que una hermana y más adorable que una novia. Llegó a ser un pensamiento supremo; una emoción incontrolable; un hermoso sueño que vivía en mi espíritu.

Nos equivocamos al pensar que el amor nace de una larga camaradería y de perseverante enamoramiento. El amor es el renuevo y el vestigio de la afinidad espiritual, y a menos que se cree esa afinidad en un momento dado, no se crea. En años, ni en generaciones.

Luego, Selma alzó la cabeza y miró al horizonte, en el que el monte Senn se encuentra con el cielo.

-Ayer eras como un hermano para mí -dijo- con el que me sentaba calmadamente a charlar, bajo los cuidados de mi padre. Ahora siento la presencia de algo más misterioso y dulce que el cariño a un hermano: un sentimiento de naciente amor que no había conocido, y un temor que al mismo tiempo embarga a mi corazón de tristeza y felicidad.

-Esta emoción que nos llena de temor y que nos estremece cuando traspasa nuestros corazones es la ley de la Naturaleza -respond- que guía a la Luna alrededor de la Tierra, y al Sol alrededor de Dios.

Enseguida mi amada me puso una mano en la cabeza y me acarició el pelo. Su rostro brillaba, y caían lágrimas de sus ojos, como gotas de rocío en los pétalos de un lirio.

-¿Quién creerá nuestra historia? -me dijo-. ¿Quién creerá que en estas horas hemos franqueado los obstáculos de la duda? ¿Quién creerá que el mes de Nisán, que nos unió, es el mes que nos detuvo en el recinto más santo de la Vida? Su mano estaba todavía en mi cabeza mientras decía esto, y no habrá cambiado esa mano por una corona real, ni por una guirnalda de gloria; nada me parecía más valioso y amable que aquella hermosa y suave mano, cuyos dedos jugueteaban con mi pelo.

-La gente no creerá nuestra historia -le dije-, porque no sabe que el amor es la única flor que crece y florece sin el concurso de las estaciones; pero ¿fue realmente el mes de Nisán, que nos reunió, y es esta hora la que nos ha suspendido en el recinto más santo de la Vida? ¿No es la mano de Dios la que nos acercó, y la que hizo que seamos prisioneros uno del otro, hasta que terminen nuestros días y todas nuestras noches? La vida del hombre no empieza en el seno materno, y nunca termina con la muerte, en la tumba; y este firmamento, lleno de luz de luna y de estrellas, no está ayuno de almas que se aman, ni de espíritus intuitivos.

Al retirar Selma la mano de mi pelo, sentí una vibración eléctrica en las raíces de los cabellos, y la sensación se mezcló a la suave caricia de la brisa nocturna. Y como un devoto que recibe la bendición divina al besar el altar, en su santuario, tomé la mano de Selma, y mis ardientes labios depositaron un largo beso en ella, y aún ahora el recuerdo de aquel beso funde mi corazón y su dulzura me extasa.

Transcurrieron una hora, y cada minuto de ella fue un año de amor. El silencio de la noche, la luz de la luna, las flores y los árboles nos hicieron olvidar toda la realidad que no fuera el amor, cuando, de pronto, oímos el galope de unos caballos y el chirrido de las ruedas de un carruaje. Despertados de nuestro placentero arrobamiento, y vueltos bruscamente del mundo de los sueños al mundo de la perplejidad y de las penas, nos dimos cuenta que el anciano había regresado de su visita. Nos levantamos de nuestros asientos, y caminamos por el huerto, para salir a su encuentro.

Al llegar al carruaje a la entrada del jardín, Farris Efendi bajó de él, y caminó

lentamente hacia nosotros, con la cabeza inclinada hacia adelante, como si estuviera llevando una pesada carga. Se acercó a Selma, le colocó las manos en los hombros, y la miró profundamente. Las lágrimas corrían por el arrugado rostro del anciano, y sus labios temblaban con forzada sonrisa triste. Con voz quebrada por la emoción, le dijo -Amada Selma, hija mía, muy pronto, te alejaré de los brazos de tu padre, para que vayas a los brazos de otro hombre. Muy pronto el Destino te arrancará de esta solitaria casa, y te llevará al espacioso mundo, y este jardín perderá la presión de tus pasos, y tu padre será un extraño para ti. Ya está decidido. ¡Que Dios te bendiga!

Al oír estas palabras, el rostro de Selma se ensombreció, y sus ojos se helaron, como si hubiera sentido una premonición de la muerte. Luego, lanzó un grito, como un ave a la que se abate un tiro, y con visible dolor, temblando, dijo, con voz quebrada: -¿Qué dices? ¿Qué quieres decir? ¿Adónde me vas a enviar? -Luego, miró a su padre como tratando de descifrar su secreto. Un momento después, dijo: - Comprendo. Lo comprendo todo. El obispo te ha pedido mi mano, y ha preparado una jaula para este pajarillo de alas rotas. ¿Es ese tu deseo, padre?

La respuesta del anciano fue un profundo suspiro. Condujo a Selma al interior de la casa, con ternura, y mientras, yo permanecía de pie en el jardín, sintiendo que la perplejidad me invadía en oleadas, como una tempestad sobre las hojas de otoño.

Luego, los seguí hasta la sala, y para evitar una escena molesta, estreché la mano del anciano, dirigí una larga mirada a Selma, mi hermosa estrella, y salí de la casa.

Cuando iba yo llegando al extremo del jardín, oí la voz del anciano que me llamaba y me volví para ir a su encuentro. Me tomó de la mano y se disculpó.

-Perdóname, hijo mío. Te he echado a perder la noche con mis lágrimas, pero por favor ven a verme cuando mi casa esté vacía, y me encuentre yo solo y desesperado. La juventud, mi querido hijo, no armoniza con la noche; pero tendrás la bondad de venir a verme y de recordarme aquellos días de mi juventud compartidos con tu padre, y me darás las noticias que haya en la vida la cual ya no me contará entre sus hijos. ¿Vendrás a visitarme cuando Selma se vaya y me quede aquí completamente solo?

Mientras el anciano pronunciaba estas tristes palabras, estreché su mano silenciosamente y sentí que unas lágrimas tibias caían de sus ojos hasta mi mano. Temblando- de tristeza y de afecto filial, salí de aquella casa con el corazón inundado de pena. Pero antes de salir alcó el rostro, y oí las lágrimas en mis ojos; se inclinó hacia mí, me dio un beso en la frente.

- ¡Adiós, hijo mío! ¡Adiós! -me dijo.

Las lágrimas de un anciano son más potentes que las de un joven, porque constituyen el residuo de la vida en un cuerpo que se va debilitando. Las lágrimas de un joven son como una gota de rocío en el pétalo de una rosa-, mientras que las de un anciano son como una hoja amarillenta que cae al embate del viento cuando se aproxima el invierno.

Cuando salí de la casa de Farris Efendi Karamy, la voz de Selma aún vibraba en mis oídos; su belleza me seguía como un espectro y las lágrimas de su padre se iban secando en mi mano.

Mi vida fue como la salida de Adán del Paraíso, pero la Eva de mi corazón no estaba conmigo para hacer del mundo entero un Edén. Aquella noche, en que había yo nacido por segunda vez, sentí también que había visto el rostro de la muerte por vez primera.

Así, el sol puede dar la vida y matar poco después, con su calor, los sembrados

campos.

VI

EL LAGO DE FUEGO

Todo lo que hace el hombre secretamente en la oscuridad de la noche será revelado claramente a la luz del día. Las palabras que se pronuncian en privado se convertirán inesperadamente en conversación con nosotros. Los actos que hoy escondemos en los rincones de nuestra casa mañana serán pregonados en cada calle.

Así los fantasmas de la oscuridad revelaron el propósito de la entrevista del obispo Bulos Galib con Farris Efendi Karamy, y la conversación que sostuvieron fue repitiéndose por todo el vecindario, hasta que llegó a mis oídos.

La discusión que tuvo lugar aquella noche entre el obispo Bulos Galib y Farris Efendi no fue acerca de los problemas de los pobres, de las viudas y de los huérfanos. El propósito principal de mandar llamar a Farris Efendi y de llevarlo en el coche del obispo fue pedir la mano de Selma para el sobrino del obispo, Mansour Bey Galib.

Selma era la única hija del acaudalado Farris Efendi, y la elección del obispo recayó en Selma, no por su belleza y su noble espíritu, sino por el dinero de su padre, que garantizaba a Mansour Bey una gran fortuna y haría de él un hombre importante.

Los jefes religiosos del cercano Oriente no se conformaban con su propia opulencia, sino que tratan de que todos los miembros de sus familias tengan posiciones de dominio y formen parte de la clase opresora. La gloria de un príncipe se transmite por herencia a su primogénito, pero la exaltación de un jefe religioso debe ser como un contagio entre sus hermanos y sobrinos. Así, los obispos cristianos, los imanes mahometanos y los sacerdotes brahmanes se convierten en pulpos que atrapan a sus presas con muchos tentáculos, y succionan su sangre con muchas bocas.

Cuando el obispo pidió la mano de Selma para su sobrino, la única respuesta que recibió del anciano fue un profundo silencio, y amargas lágrimas, pues le dolía perder a su hija única. El alma de cualquier hombre tiembla cuando se lo separa de su hija única, a la que ha criado amorosamente y que ya se ha convertido en joven hermosa.

La tristeza de los padres cuando se casa una hija es igual a su felicidad cuando se casa un hijo, porque un hijo aporta a la familia un nuevo miembro, mientras que una hija, al casarse se aleja de la familia.

Farris Efendi tuvo que plegarse a la petición del obispo, aunque con renuncia, porque Farris Efendi sabía muy bien que el sobrino del obispo era un hombre peligroso, lleno de odio, malvado y corrompido.

En el Líbano, ningún cristiano puede oponerse a la voluntad de su obispo sin perder su buena fama. Ningún hombre puede desobedecer a su jefe religioso sin perder su buena reputación. El ojo no podrá resistirse a la amenaza de una lanza sin recibir cruel herida, y la mano que empujara la espada contra el jefe espiritual sería arrancada del brazo.

Supongamos que Farris Efendi se hubiera opuesto a la voluntad del obispo y que no hubiera obedecido a su deseo; la reputación de Selma se habría enlodado y su nombre habría corrido de boca en boca, irreparablemente sucio. Porque, para la zorra, los racimos de uvas que están demasiado altos están verdes y no son apetecibles.

De esta manera, el destino hizo presa de Selma y la condujo, como a una

humillada esclava, a la numerosa procesión de las sufridas mujeres orientales, y así cayó ese noble espíritu en la trampa, después de haber volado libremente con las blancas alas del amor, bajo un cielo nimbado de luz de luna y aromatizado con la esencia de las flores.

En algunos países, la riqueza de los padres es una fuente de sufrimientos para los hijos. El fuerte y pesado cofre que el padre y la madre han utilizado como garantía de seguridad y de riqueza llega a ser una estrecha y oscura prisión para las almas de sus herederos. El todopoderoso Dinar, la moneda a la que la gente rinde culto, llega a ser un demonio que castiga el espíritu y aniquila a los corazones. Selma Karamy fue una de esas víctimas de la riqueza de sus padres y de la voracidad de su prometido. Si no hubiera sido por la riqueza de su padre, Selma viviera sana y feliz.

Transcurrió una semana. El amor de Selma era mi único pensamiento, que por la noche me cantaba canciones, y que me despertaba al alba para revelarme el misterio de la vida y los secretos de la Naturaleza. Un amor como el que yo le tenía a Selma es un amor celestial, desprovisto de celos, rico, y que nunca hace daño al espíritu. Es una profunda afinidad que sumerge al alma en una fuente de alegría; es un gran hambre de afecto y ternura que, cuando se satisface, llena el alma de bondad y riqueza; es una ternura que crea esperanza sin agitar el alma, transformando la tierra en paraíso y la vida en un dulce y hermoso sueño. Por las mañanas, cuando caminaba yo por los campos, veía un signo de la Eternidad en el despertar de la Naturaleza, y al sentarme en la playa escuchaba yo las olas, entonando el cántico de la Eternidad. Y al caminar por las calles veía la belleza de la vida y el esplendor de la humanidad, en la apariencia de los transeúntes y en los movimientos de los trabajadores.

Aquellos días pasaron como fantasmas y desaparecieron como nubes, y pronto no dejaban en mí sino tristes recuerdos. Los ojos con los que solía yo mirar la belleza de la primavera y el despertar de la Naturaleza ya no podían ver sino la furia de la tempestad y la miseria del invierno. Mis oídos, que antes oían con agrado el canto de las olas, ya sólo oían el ulular del viento y el embate del mar contra los acantilados. El alma que antes observaba feliz el vigor incansable de la humanidad y la gloria del Universo, sentía la tortura del conocimiento de su decepción y frustración. Nada había sido más hermoso que aquellos días de amor, y nada era más amargo que aquellas horribles noches de tristeza.

Un fin de semana, no pudiendo ya contenerme, me dirigí una vez más a la casa de Selma, al santuario que la Belleza había erigido y que el Amor había colmado de bendiciones, en la que el espíritu podía rendir culto y el corazón podía arrodillarse humildemente, y orar. Al entrar nuevamente en el jardín, sentí que un poder ignoto me sacaba de este mundo y me colocaba en una esfera sobrenatural, liberada de la lucha y de las penalidades. Como un místico que recibiera una revelación celestial, me vi a mí mismo entre los árboles y las flores, y al aproximarme a la casa vi a Selma sentada en un banco a la sombra del jazmín, donde habíamos estado juntos hacía una semana, aquella noche que la Providencia había elegido para que nacieran al un sonó mi felicidad y mi tristeza.

Mi amada no hizo ningún movimiento, ni habló, al acercarme a ella. Parecía saber intuitivamente que iba yo a llegar y al sentarme a su lado, me miró un momento y exhaló un profundo suspiro; luego, volví la cabeza y miré hacia el cielo. Y, al cabo de un momento lleno de mágico silencio, se volví hacia mí, temblando, tomé mi mano en las suyas, y me dijo con desmayada voz:

-Mírame, amigo mío: examina mi rostro y lee en él lo que quieres saber y lo que no

puedo decirte. Mírame, amado mío: mírame, hermano mío.

La miré atentamente y vi que aquellos ojos que días antes habían sonreído como labios felices, y que habían aleteado como un ruiseñor, estaban hundidos y helados con la tristeza y el dolor. Su rostro, que había sido como un lirio que abriera sus pétalos bajo la caricia del sol, se había marchitado y no mostraba ningún color. Sus dulces labios eran como dos rosas anémicas que el otoño ha dejado en sus tallos. Su cuello, que había sido una columna de marfil, se inclinaba hacia adelante, como si ya no pudiese soportar la carga del dolor que albergaba su cabeza.

Observé todos estos cambios en el rostro de Selma, pero para mí eran como una nube pasajera que cubre el rostro de la luna y la hace más bella. Una mirada que revela un dolor interno añade más belleza al rostro, por más tragedia y dolor que refleje; en cambio, el rostro que silencioso no exterioriza ocultos misterios, no es hermoso, por más simétricas que sean sus facciones. La copa no atrae a nuestros labios, a menos que veamos el color del vino a través del cristal transparente.

Aquella tarde, Selma era como una copa rebosante de vino celestial, especiado con lo amargo y lo dulce de la vida. Sin saberlo, mi amada simbolizaba a todas las mujeres orientales, que no abandonan el hogar de sus padres hasta que les echan al cuello el pesado yugo del esposo, y que no salen de los amantes brazos de sus madres hasta que van a vivir en calidad de esclavas a otro hogar, donde tienen que soportar los malos tratos de la suegra.

Seguí mirando a Selma, y escuchando los gritos de su espíritu deprimido, y sufriendo junto con ella, hasta que sentí que el tiempo se había detenido, y que el universo había vuelto a la nada. Lo único que podía yo ver eran sus grandes ojos que me miraban fijamente, y lo único que podía sentir era su fría, temblorosa mano, que apretaba la mía.

Salí de mi letargo al oír que Selma decía con voz queda:

-Ven, amado mío; hablemos del horrible futuro antes de que llegue. Mi padre acaba de salir para ver al hombre que va a ser mi compañero hasta la muerte. Mi padre, al que Dios escogió como autor de mis días, se entrevistará con el hombre que el mundo ha elegido para que sea mi amo por el resto de mis días. En el corazón de esta ciudad, el anciano que me acompañó en mi juventud verá al hombre joven que será mi compañero en los años futuros. Esta noche, ambas familias fijarán la fecha del matrimonio. ¡Qué extraña e impresionante hora! La semana pasada, a esta misma hora, bajo este mismo jasmín, el Amor besó mi alma por vez primera, mientras el Destino estaba escribiendo la palabra decisiva de mi vida en la mansión del obispo. Y ahora, mientras mi padre y mi pretendiente están fijando el día de matrimonio, veo que tu espíritu vaga en torno a mí como un pájaro sediento, que aletea desesperado sobre un manantial, vigilado por una hambrienta serpiente. ¡Ah!, ¡cuán grande es esta noche, y cuán hondo es su misterio!

Al oír esas palabras, sentí que el oscuro fantasma de la desesperanza se apoderaba de nuestro amor, para aniquilarlo en su infancia.

-Este pájaro seguirá aleteando sobre ese manantial -le dije- hasta que la sed lo aniquile, o hasta que caiga en las fauces de una serpiente, y sea presa del reptil.

-No, amado mío -me replicó Selma-; ese ruiseñor debe seguir viviendo y cantando, hasta que llegue la oscuridad; hasta que pase la primavera; hasta el fin del mundo, y debe seguir cantando eternamente. Su voz no debe sofocarse, porque da vida a mi corazón, y sus alas no deben quebrarse porque su movimiento ahuyenta las nubes de mi corazón. -Selma, amada mía, la sed matará a ese ruiseñor, y si no la sed, el miedo

-susurró

Y ella me respondió inmediatamente, con labios temblorosos:

-La sed del alma es más dulce que el vino de las cosas materiales, y el temor del espíritu es más valioso que la seguridad del cuerpo. Pero escucha, amado mío: escucha con atención: este día estoy en el umbral de una nueva vida, de la que nada sé. Soy como un ciego que camina a tientas y que procura no caer. La riqueza de mi padre me ha llevado al mercado de las esclavas, y ese hombre codicioso me ha comprado. No lo conozco ni lo amo, pero aprenderé a amarlo, lo obedeceré, le serviré y lo haré feliz. Le daré todo lo que una débil mujer puede darle a un hombre fuerte.

"Pero tú, amado mío, aún estás en lo mejor de la vida. Puedes caminar libremente por la senda espaciosa de la vida alfombrada de flores. Eres libre para atravesar el ancho mundo, haciendo de tu corazón una antorcha que ilumine tu camino. Puedes pensar, hablar, y actuar libremente; puedes escribir tu nombre en el rostro de la vida, pues eres hombre; puedes vivir como un amo, porque la riqueza de tu padre no te llevará al mercado de esclavos, y no te comprarán ni te venderán; puedes casarte con la mujer que elijas, y antes de que viva en tu hogar puedes albergarla en tu corazón, y puedes intercambiar confidencias con ella, sin ningún obstáculo.

Reinó un momento el silencio, y luego Selma continuó:

-Pero, ¿es hora de que la Vida nos aparte para que tú puedas alcanzar la gloria del hombre, y para que yo me vaya a cumplir con los deberes de la mujer? ¿Para esto el valle se traga en sus profundidades la canción del ruiseñor, y para esto el viento esparce los pétalos de la rosa, y para esto los pies han apisonado el vino? ¿Fueron en vano todas esas noches que pasamos a la luz de la luna bajo el jazmín, donde nuestras almas se unieron? ¿Hemos volado velozmente hacia las estrellas hasta que se cansaron nuestras alas, y estamos descendiendo ahora al abismo? ¿O acaso el Amor estaba dormido cuando vino a nosotros, y al despertar montó en ira, y decidí castigarlos? ¿O quizá en nuestros espíritus transformaron la brisa de la noche en un viento huracanado que nos hizo pedazos y nos barrió, como si fuéramos polvo, a la profundidad del valle? Nosotros no hemos desobedecido a ningún mandamiento, ni hemos probado el fruto prohibido, así que, dime, ¿quién nos obliga a abandonar este paraíso? Nosotros nunca hemos conspirado ni nos hemos rebelado; entonces, ¿por qué estamos bajando al infierno? No, no; los momentos que nos unieron son más grandes que los siglos, y la luz que ilumina nuestros espíritus es más fuerte que la oscuridad; y si la tempestad nos separa en este océano borrascoso, las olas nos unirán nuevamente en la playa tranquila; y si esta vida nos mata, la muerte nos unirá. El corazón de una mujer no cambia con el tiempo ni con las estaciones; e incluso si muere cada día, en la eternidad, nunca perece. El corazón de una mujer es como un campo, convertido en campo de batalla: después que los árboles se han desarraigado y que el césped se ha quemado, y que las rocas se han teñido de roja sangre, y después de que la tierra se ha sembrado de huesos y de cráneos, ese campo permanece quieto y silencioso, como si nada hubiera pasado; porque la primavera y el otoño vuelven a su, debido tiempo, y reanudan su labor.

"Y ahora, amado mío, ¿quién haremos? ¿Cómo nos separaremos, y cuándo volveremos a encontrarnos? ¿Hemos de considerar que el amor fue un visitante extranjero, que llegó en la noche y nos abandonó por la mañana? ¿O supondremos que este carisma fue un sueño que llegó a nosotros mientras dormíamos, y que se marchó cuando despertamos? ¿Consideraremos que esta semana fue una hora de ebriedad, a la que seguirá la serenidad? Alza el rostro y mírame, bien amado; abre la boca y dame oír tu voz.

¡Háblame! ¿Te acordarás de mí después de que esta tempestad haya hundido el barco de nuestro amor? ¿Oírás el susurro de mis alas en el silencio de la noche? ¿Oírás mi espíritu vagando y aleteando en torno a ti? ¿Escucharás mis suspiros? ¿Verás mi sombra aproximarse a ti con las sombras del anochecer, y verás que luego se desvanece con el resplandor de la aurora? Dime, amado mío, ¿quién serás después de haber sido un mágico rayo de luz para mis ojos, una dulce canción para mis oídos, y unas alas para mi alma? ¿Quién serás después?

Al oír estas palabras, sentí que mi corazón se deshacía. -Seré lo que tú quieras que sea, amada mía -le contesté -Quiero que me sigas amando como ama un poeta sus melancólicos pensamientos -me dijo ella a continuación. Quiero que me recuerdes como un viajero recuerda el quieto estanque en que se refleja su imagen, al saciar la sed en cristalinas aguas. Quiero que me recuerdes como recuerda una madre a su hijo muerto antes de nacer, y quiero que me recuerdes como un rey misericordioso recuerda a un prisionero, muerto antes de que llegara el perdón real. Quiero que seas mi compañero y que visites a mi padre, y lo consueles en su soledad, porque pronto lo abandonaré y seré una extraña para él.

-Haré todo lo que me has dicho -le contesté, y haré de mi alma un abrigo para tu alma, y de mi corazón una residencia para tu belleza, y de mi pecho una tumba para tus penas.

Te amaré Selma, como las praderas aman a la primavera, y viviré en ti la vida de una flor bajo los rayos del sol. Cantaré tu nombre como el valle canta el eco de las campanas de las iglesias aldeanas; escucharé el lenguaje de tu alma como la playa escucha su amado país, y como un hambriento recuerda un banquete, y como un rey destronado recuerda los días de su gloria, y como un prisionero recuerda las horas de su libertad. Te recordaré como un labrador recuerda las gavillas de trigo en su era, y como un pastor recuerda los verdes prados y los alegres arroyos.

Selma escuchaba mis palabras con el corazón palpitante.

-Mañana, la verdad será fantasmal, y el despertar será como un sueño -agregé -. ¿Acaso un amante estará satisfecho con abrazar a un fantasma, o acaso un hombre sediento saciará la sed con el manantial de un sueño?

-Mañana -contesté, el destino te colocará entre una familia pacífica, pero - a mí me enviará al mundo lleno de luchas y guerras. Tú estarás en el hogar de una persona cuya buena suerte lo ha hecho el más afortunado de los hombres, al gozar de tu belleza y de tu virtud, mientras que yo llevaré una vida de sufrimientos y temores. Tú entrarás por la puerta de la vida, mientras que yo entraré por la puerta de la muerte. A ti te recibirán con hospitalidad, mientras que yo llevaré una existencia solitaria, pero erigiré una estatua de amor y le rendiré culto en el valle de la muerte. El amor será mi único remedio para mis penas, y beberé el amor como un vino, y lo llevaré como un traje. En las auroras, el amor me despertará de mi sueño y me llevará a un campo lejano, y al mediodía me llevará a la sombra de los árboles, donde me guareceré junto con los pájaros, del calor del sol. Por la tarde, el amor me hará hacer una pausa antes del ocaso, para oír el adiós de la Naturaleza, que se despide cantando de la luz del día, y el amor me mostrará fantasmales nubes que surcarán el cielo. Por las noches, el amor me abrazará y dormiré soñando con el mundo celestial donde moran felices los espíritus de los amantes y de los poetas. En la primavera, caminaré al lado del amor entre violetas y jazmines y beberé las últimas gotas del invierno en los cálices de los lirios. En el verano, haremos almohadas con heno, y el césped será nuestro lecho, y el cielo azul nos cobijará mientras contemplamos las estrellas y la luna.

"En el otoño, el amor y yo iremos a los viñedos y nos sentaremos cerca del lugar, y observaremos cómo se desnudan las uvas de sus adornos de oro, y las aves migratorias pasarán en bandadas sobre nosotros. En el invierno, el amor y yo nos sentaremos cerca del fogón, a contarnos historias de hace mucho tiempo, y crónicas de lejanos países. Mientras dure mi juventud, el amor será mi maestro; en mi edad madura, será mi auxiliar, y en mi vejez será mi delicia. Amada Selma mía, el amor estará conmigo hasta el fin de mi vida, y después de la muerte, la mano de Dios nos volverá a unir.

Todas estas palabras salieron de lo profundo de mi corazón, como llamas que salen, vividas, de una fogata para luego desaparecer, convertidas en cenizas. Selma lloraba, como si sus ojos fueran labios que me contestaran con lágrimas.

Aquellos a quienes el amor no ha dado alas no pueden volar detrás de la nube de las apariencias, para ver el mágico mundo en que el espíritu de Selma y el mío existan unidos en aquella hora, al mismo tiempo triste y feliz. Aquellos a quienes el amor no ha elegido no oyen cuando el amor llama. Esta historia no es para ellos. Porque, aunque comprendieran estas páginas, no serían capaces de captar los significados ocultos que no se visten de palabras, y que no pueden imprimirse en el papel; pero, ¿qué clase de ser humano es aquel que nunca ha bebido el vino con la copa del amor, y qué espíritu es el que nunca ha acudido reverentemente al iluminado altar del templo, cuyo piso está constituido por los corazones de los hombres y de las mujeres, y cuyo techo es el secreto palio de los sueños? ¿Qué flor es esa en cuyos pétalos la aurora nunca ha dejado caer una gota de rocío? ¿Qué arroyuelo es ese que perdió su curso sin llegar hasta el mar?

Selma alzó el rostro hacia el cielo, y se quedó contemplando las estrellas que tachonaban el firmamento. Extendí las manos; sus ojos parecieron agrandarse, y sus labios temblaron. En su pálido rostro podía yo ver los signos de la tristeza, de la opresión, de la desesperanza y del dolor.

- ¡Oh, Señor! -exclamó-, ¿qué ha hecho esta pobre mujer para ofenderte? ¿Qué pecado ha cometido para merecer tal castigo? ¿Por qué crimen se le ha infligido este castigo eterno? Señor, tú eres fuerte, y yo soy débil. ¿Por qué me has hecho sufrir este dolor? Tú eres grande y todopoderoso, mientras que yo no soy más que una insignificante criatura que se arrastra ante tu trono. ¿Por qué me has aplastado con tu pie? Tú eres la estruendosa tempestad, y yo soy como el polvo; ¿por qué mi Señor, me has arrojado a esa fría tierra? Tú eres poderoso, y yo soy desvalida; ¿por qué me combates? Tú eres misericordioso, y yo soy prudente; ¿por qué me estás destruyendo? Tú has creado a la mujer con amor; entonces, ¿por qué con amor, la aniquilas? ¿Por qué con tu mano izquierda me precipitas al abismo? Esta pobre mujer lo ignora. En su boca tú soplaste el aliento de la vida, y en su corazón sembraste las semillas de la muerte. Le mostraste el camino de la felicidad, pero la has conducido al camino de la miseria; en su boca pusiste un canto de felicidad, pero luego cerraste sus labios con la tristeza, y paralizaste su lengua con el dolor de la agonía. Con tus misteriosos dedos curas sus heridas, pero con tus manos también das dolor a sus placeres. En su lecho pusiste el placer y la paz, pero a su lado eriges obstáculos y temor. Hiciste que en ella surgiera el afecto, por tu voluntad, y de su afecto surge la vergüenza. Tu voluntad le mostró la belleza de la Creación, pero su amor por la belleza se ha convertido en un hambre terrible. Le hiciste beber la vida en la copa de la muerte, y la muerte, en la copa de la vida.

"Tú purificaste a esta mujer con lágrimas, y con lágrimas su vida transcurre. ¡Oh, Señor! Tú me has abierto los ojos con amor, y con amor me has cegado. Tú me has besado con tus divinos labios y me has golpeado con tu divina mano poderosa. Tú has

plantado en mi corazón una rosa blanca, pero alrededor de la rosa has puesto una barrera de espinas. T has unido mi presente con el espíritu de un joven al que amo, pero has unido mi vida al cuerpo de un hombre desconocido. Así pues, Señor, ay dame a ser fuerte en esta lucha mortal, y así stemme para que pueda ser veraz y virtuosa hasta la muerte. ¡Hágase tu voluntad, oh Dios!

Hubo un gran silencio. Selma miró hacia abajo, pálida y cansada; sus brazos cayeron, y su cabeza se inclinó, y me parecí como si una tempestad hubiera roto la rama de un árbol, y la hubiera arrojado al suelo, seca y muerta.

Le tomé la fría mano y se la besé, pero cuando traté de consolarla, era yo el que necesitaba más consuelo. Guardé silencio, pensando en nuestro dolor y escuchando los latidos de mi corazón. Ni ella ni yo dijimos nada más.

El dolor extremo es mudo, por lo que nos sentamos en silencio, petrificados, como columnas de mármol enterradas bajo la arena después de un terremoto. Ninguno quería escuchar al otro, porque las fibras de nuestros corazones se habían debilitado, y sentimos que hasta un suspiro podría romperlas.

Era la media noche, y podíamos ver la luna creciente alzándose detrás del monte Sión, y parecía la luna, en medio de las estrellas, como el rostro de un cadáver en un ataúd rodeado de las vacilantes luces de unos cirios. Y el Líbano parecía un anciano cuya espalda estuviera doblada por la edad, y cuyos ojos fueran un golfo de insomnio, observando la oscuridad y esperando a la aurora; como un rey que estuviera sentado sobre las cenizas de su trono, en las ruinas de su palacio.

Las montañas, los árboles, los ríos, cambian de apariencia con las vicisitudes de los tiempos, y con las estaciones, así como el hombre cambia con sus experiencias y sus emociones. El solitario chopo que a la luz del día, parece una novia vestida, parecerse a una columna de humo en la noche; la gigantesca roca que se yergue desafiante en el día, parecerse a un miserable mendigo en la noche, con la tierra como lecho y el cielo como frazada; y el riachuelo que vemos saltando en la mañana y al que oímos cantar el himno de la eternidad, por las noches nos parecerse a un río de lágrimas, llorando como una madre que ha perdido a su hijo, y, el monte Líbano, que una semana antes nos parecía majestuoso, cuando la luna era llena y nuestro espíritu estaba gozoso, nos parecía triste y solitario aquella noche.

Nos pusimos en pie y nos dijimos adiós, pero el amor y la desesperación estaban entre nosotros como dos fantasmas, uno de ellos extendiendo sus alas, y con los dedos en nuestras gargantas, el otro; llorando, uno, y el otro riendo sarcásticamente.

Al tomar la mano de Selma y llevarla a mis labios, mi amada se me acercó y me dio un beso en la frente, para luego dejarse caer en la banca de madera. Cerró los ojos suspirando quedamente

- ¡Oh Dios, ten piedad de mí, y cura mis alas rotas! -dijo. Al dejar a Selma en el jardín, sentí que todos mis sentidos se cubrían con espeso velo, como un lago cuya superficie está oculta por la niebla.

La belleza de los árboles, la luz de la luna, el profundo silencio que reinaba, todo en torno de mí me parecí feo y espantoso. La verdadera luz que me había mostrado la belleza y la maravilla del universo se había convertido en una gran llama que consumía mi corazón y la música eterna que antes escucharon mis oídos, se volvió un estruendoso grito, más aterradorante que el rugido de un león.

Llegué a mi habitación, y como un pájaro herido derribado por el cazador, me dejé caer en el lecho, repitiendo las palabras de Selma:

-¡Oh Dios, ten piedad de mí, y cura mis alas rotas!

VII

ANTE EL TRONO DE LA MUERTE

El matrimonio, en estos días, es una farsa en manos de los jóvenes casaderos y de los padres. En la mayoría de los países, los hombres casaderos ganan, y los padres pierden el juego. La mujer se considera como un bien de consumo, se persigue y pasa de una casa a otra, como algo que se compra. Con el tiempo, la belleza de la mujer se marchita, y llega a ser una especie de mueble viejo al que se abandona en un rincón oscuro.

La civilización moderna ha hecho a la mujer un poco más lúcida, pero ha incrementado sus sufrimientos, por la codicia del hombre. La mujer de pocas pasadas solía ser una esposa feliz, pero la mujer de hoy suele ser una miserable y desventurada amante. En el pasado, caminaba ciegamente en la luz, pero ahora camina en la oscuridad con los ojos abiertos. Antes era hermosa en su ignorancia, virtuosa en su simplicidad y fuerte en su debilidad. Hoy, se ha vuelto fea en su ingenuidad, y superficial e insensible en su conocimiento. ¿Llegará el día en que la belleza y el conocimiento, la ingenuidad y la virtud, y la debilidad del cuerpo, aunada a la fuerza espiritual, se conjuguen en una mujer?

Soy de los que creen que el progreso espiritual es la norma de la vida humana, pero el avance hacia la perfección es lento y doloroso. Si la mujer se eleva en un aspecto y se retrasa en otro, es porque el verdadero sendero que conduce a la cima de la montaña no está libre de las emboscadas que le tienden los ladrones, los mentirosos y los lobos.

La extraordinaria generación actual existe entre el sueño y la vigilia activa. Tiene en sus manos el suelo del pasado y las semillas del futuro. Sin embargo, en cada ciudad encontramos a una mujer que simboliza el futuro.

En la ciudad de Beirut, Selma Karamy era el símbolo de la futura mujer oriental, pero, como muchos que viven adelantándose a su tiempo, fue víctima del presente; y como una flor arrancada de su tallo y barrida por la corriente de un río, tuvo que caminar en la doliente procesión de las derrotadas.

Mansour Bey Galib y Selma se casaron, y se fueron a vivir en una hermosa casa en Ras Beirut, donde residen los acaudalados dignatarios. Farris Efendi Karamy se quedó en su casa solitaria, en medio de su jardín y de sus huertos, como un pastor solitario entre su rebaño.

Pasaron los días y las noches festivas de las bodas, pero la luna de miel dejó recuerdos de amarga tristeza, así como la guerra deja calaveras y huesos muertos en el campo de batalla. La dignidad de la ceremonia del matrimonio, en Oriente, inspira nobles ideas en los corazones de los desposados, pero al terminar las fiestas, tales nobles ideas suelen caer en el olvido como grandes rocas al fondo del mar. El entusiasmo primero se convierte en huellas sobre la arena, que sólo durarán hasta que las barran las olas.

Se fue la primavera, y pasaron también el verano y el otoño, pero mi amor por Selma crecía cada vez más, hasta que se convirtió en una especie de culto mudo, como lo que siente un huérfano por el alma de su madre que se ha ido al Cielo. Y mi sufrimiento se convirtió en una ciega tristeza que sólo podía verse a sí misma, y la

pasión que había arrancado Lágrimas a mis ojos fue substituida por una depresión que succionaba la sangre de mi corazón, y mis suspiros de caridad se convirtieron en una constante oración por la felicidad de Selma y la de su esposo, y por que su padre tuviera paz.

Mis esperanzas y mis oraciones fueron vanas, porque el dolor de Selma era una enfermedad interna que sólo la muerte podía curar.

Mansour Bey era un hombre al que todos los lujos de la vida le habían llegado fácilmente; pero a pesar de ello, era insaciable y rapaz. Después de casarse con Selma este hombre no se condolió de la soledad del anciano padre de su esposa, y deseaba secretamente su muerte, para poder heredar lo que quedaba de la fortuna del anciano. El carácter de Mansour Bey era muy parecido al de su tío; la única diferencia entre ambos era que el obispo lo obtenía todo secretamente, al amparo de sus ropas talares y de la cruz de oro que llevaba colgada al cuello, mientras que su sobrino cometía sus fechorías sin recato alguno. El obispo iba a la iglesia por las mañanas, y pasaba el resto del día robando a las viudas, a los huérfanos y a los ignorantes. En cambio Mansour Bey ocupaba sus días en la búsqueda continua de placeres sexuales. Los domingos, el obispo Bulos Galib predicaba el Evangelio; pero durante el resto de la semana nunca practicaba lo que predicaba, y sólo se ocupaba de las intrigas políticas de la región. Y por medio del prestigio y de la influencia de su tío, Mansour Bey hacía un gran negocio, consiguiendo puestos políticos a quienes pudieran proporcionarle, a cambio, considerables sumas de dinero.

El obispo Bulos era un ladrón que se ocultaba en la noche, mientras que su sobrino Mansour Bey era un timador que caminaba orgullosamente y hacía todos sus tortuosos negocios a la luz del día. Sin embargo, los pueblos de las naciones orientales confían en hombres como éstos: lobos y carniceros que arruinan a sus países con sus codiciosas intrigas, y que aplastan a sus vecinos con mano de hierro.

¿Por qué lleno estas páginas con palabras acerca de los traidores que arruinan a las naciones pobres, en vez de reservar todo el espacio para la historia de una desventurada mujer de corazón roto? ¿Por qué derramo Lágrimas por los pueblos oprimidos en vez de reservar todas mis Lágrimas para el recuerdo de una débil mujer cuya vida fue aniquilada por los dientes de la muerte?

Pero, mis queridos lectores, ¿no creen ustedes que tal mujer es como una nación oprimida por los sacerdotes y por los malos gobernantes? ¿No creen ustedes que un amor frustrado que lleva a una mujer a la tumba es como la desesperación que aniquila a los pueblos de la Tierra? Una mujer es; respecto a una nación, como la luz a la Lámpara. ¿No sería débil la luz si el aceite de la Lámpara escasea?

Pasó el otoño, y el viento hizo caer de los árboles las hojas amarillentas, dando paso al invierno, que llegó con aullidos de fiera. Añ vivía yo en la ciudad de Beirut, sin más compañía que mis sueños, que antes habían elevado mi espíritu hacia el cielo, y que luego lo enterraron profundamente en el seno de la tierra.

El espíritu triste encuentra consuelo en la soledad. Aborrece a la gente, como un ciervo herido se aparta del rebaño y vive en una cueva, hasta que sana o muere.

Un día, supe que Farris Efendi estaba enfermo. Salí de mi solitaria morada y caminé hasta la casa del anciano, tomando una nueva ruta; un sendero solitario entre olivos, pues quería evitar el camino principal, muy transitado por carruajes.

Al llegar a la casa del anciano, entré y encontré a Farris Efendi acostado en el lecho, débil y pálido. Sus ojos estaban hundidos, y parecían dos profundos, oscuros valles, poblados por fantasmas de dolor. La sonrisa que siempre había dado vida a

aquel rostro estaba distorsionada por el dolor y la agonía; y los huesos de sus nobles manos parecían ramas desnudas temblando ante la tempestad. Al acercarme y pedirle noticias de su salud, volví el pálido rostro hacia mí, y en sus temblorosos labios se esbozó una sonrisa, y me dijo, con débil voz:

-Ve, hijo mío, al otro cuarto, a consolar a Selma, y dile que venga a sentarse a mi lado.

Entré en la habitación contigua a la del anciano, y encontré a Selma recostada en un diván, con la cabeza entre los brazos, y con el rostro pegado a una almohada, para que su padre no oyera sus sollozos. Acercándome sigilosamente, pronuncié su nombre con voz que más parecía un suspiro que un susurro. Se volvió atemorizada, como si despertara de una pesadilla, y se sentó mirándome a los ojos, dudando si era yo un fantasma o un ser viviente. Tras un profundo silencio, que nos llevó en alas del recuerdo a la hora en que estábamos embriagados con el vino del amor, Selma se secó las lágrimas.

- ¡Ve cómo el tiempo nos ha cambiado! -dijo-. ¡Ve cómo el tiempo ha cambiado el curso de nuestras vidas, dejándonos con este aspecto ruinoso! En este mismo sitio, la primavera nos unió con lazos de amor, y en este sitio nos ha conducido ante el trono de la muerte. ¡Qué hermosa era la primavera, y qué terrible es el invierno!

Y al decir esto, Selma volvió a cubrirse el rostro con las manos, como si quisiera ocultar sus ojos del espectro del pasado que estaba ante ella. Le puse una mano en la cabeza, y le dije

-Ven, Selma; ven, y seamos dos fuertes torres ante la tempestad. Enfrentémonos al enemigo como valerosos soldados, y opongámonos nuestras almas. Si resultamos muertos en la batalla moriremos como mártires; si vencemos, viviremos como héroes. Retar a los obstáculos y a las dificultades es más noble que retirarse a la tranquilidad. Las palomillas que revolotean alrededor de la lámpara hasta morir son más admirables que el topo, habitante de oscuro túnel. Ven, Selma, y caminaremos por este áspero sendero con firmeza, con los ojos hacia el sol, para que no veamos las calaveras ni las serpientes entre las rocas y entre las espinas. Si el miedo nos detiene en medio del camino, sólo oiremos burlas de las voces de la noche, pero si llegamos valerosamente a la cima de la montaña nos reuniremos con los espíritus celestiales, cantando en triunfo y alegría. Ten valor, Selma; enjuga esas lágrimas y borra la tristeza de tu rostro. Levántate, y sentémonos cerca del lecho de tu padre, porque su vida depende de tu vida, y tu sonrisa es su único remedio.

Me miró bondadosa y cariñosamente.

-¿Me estás pidiendo que tenga paciencia, cuando eres tú quien más lo necesita? -dijo-. ¿Daré un hombre hambriento su pan a otro hombre hambriento? ¿O un hombre enfermo dará su medicina a otro hombre, cuando él mismo la necesita desesperadamente?

Se levantó; inclinó ligeramente la cabeza, y caminamos hasta la habitación del anciano, y nos sentamos a cada lado del lecho. Selma sonrió forzosamente y simuló paciencia, y su padre trató de hacerle creer que se sentía mejor y que ya se estaba poniendo bueno; pero padre e hija tenían conciencia de la tristeza del otro, y sólo unos suspiros no exhalados. Eran como dos fuerzas iguales, tirando una de otra silenciosamente, y anulándose. El padre tenía el corazón transido por el dolor de la hija. Eran dos almas puras, una que partía, y la otra que agonizaba de dolor, y que se abrazaban con amor ante la muerte. Y yo estaba en medio de esas dos almas, con mi propio corazón turbado. Éramos tres personas unidas y aniquiladas por la mano del Destino: un anciano que parecía una morada en ruinas tras la inundación, una joven

mujer cuyo símbolo era un lirio segado por el afilado borde de una segadora, y un joven que apenas era un débil retoño, marchitado por una nevada, y los tres tramos juguetes en manos del Destino.

Farris Efendi hizo un débil movimiento y extendió la temblorosa mano hacia Selma, y con la voz vibrante de ternura y amor, le dijo:

-Toma mi mano, hija mía.-Selma hizo lo que su padre le pedía, y el anciano dijo:-He vivido lo suficiente, y he disfrutado de los frutos de las estaciones. He experimentado todas las fases de la vida con ecuanimidad. Perdía a tu madre cuando tenías tres años, y te dejé como un preciado tesoro en mis manos. Te vi crecer, y tu rostro reprodujo las facciones de tu madre, como las estrellas se reflejan en un estanque de aguas tranquilas. Tu carácter, tu inteligencia y tu belleza son los de tu madre, hasta tu manera de hablar y tus gestos y ademanes. Has sido mi único consuelo en esta vida, porque fuiste la imagen de tu madre en palabras y actos. Ahora, estoy viejo, y el único reposo para mí está en las suaves alas de la muerte. Consuélate, hija mía, porque he podido vivir hasta verte convertida en mujer. Soy feliz, porque viviré en ti después de mi muerte. Mi partida de hoy no será diferente de mi partida de mañana u otro día cualquiera, porque nuestros días son caducos, como las hojas de otoño. La hora de mi muerte se aproxima a grandes pasos, y mi alma ansía unirse al alma de tu madre.

Al pronunciar estas palabras dulce y amorosamente, la faz del anciano estaba radiante de gozo. Luego, el anciano sacó de abajo de la almohada un pequeño retrato enmarcado en oro. Con los ojos en el retrato, el agonizante dijo a su hija:

-Mira tu madre, hija mía, en este retrato.

Selma se enjugó las lágrimas y después de contemplar largo rato la foto, la besó varias veces, y volvió a llorar.

- ¡Madre mía, amada madre mía! -exclamó, y luego volvió a posar los labios en el retrato, como si quisiera imprimir el alma en esa imagen.

La más bella palabra en labios de los seres humanos es la palabra madre, y el llamado más dulce es madre mía. Es una palabra llena de esperanza y de amor; una dulce y amable palabra que surge de las profundidades del corazón. La madre lo es todo; es nuestro consuelo en la tristeza, nuestra esperanza en el dolor, y nuestra fuerza en la debilidad. Es la fuente del amor, de la misericordia, de la conmiseración y del perdón. Quien pierde a su madre pierde a un alma pura que bendice y custodia constantemente al hijo.

Todo en la Naturaleza habla de la madre. El Sol es la madre de la Tierra, y le da su alimento de calor; nunca deja al universo por las noches sin antes arrullar a la Tierra con el canto del mar y con el himno que entonan las aves y los arroyos. Y la tierra es la madre de los árboles y de las flores. Les da vida, los cuida y los amamanta. Los árboles y las flores se vuelven madres de sus grandes frutos y de sus semillas. Y la madre, el prototipo de toda existencia, es el espíritu eterno, lleno de belleza y amor. Selma Karamy no conoció a su madre, pero lloró al ver la fotografía de su progenitora, y exclamó: ¡Madre mía! La palabra madre está oculta en nuestros corazones, y acude a nuestros labios en horas de tristeza y en horas de felicidad, como el perfume que emana del corazón de la rosa y se mezcla con el aire diáfano, así como con el aire nebuloso.

Selma contempló la imagen de su madre, y la besó muchas veces, hasta que, exhausta se dejó caer en el lecho de su padre.

El anciano le puso ambas manos en la cabeza.

-Hijita mía -le dijo-, te he mostrado un retrato de tu madre, en el papel; pero escucha

bien, y haré que oigas sus propias palabras.

Selma alzó la cabeza, como un pajarillo en el nido que oye el aletear de su madre, y miró atentamente a su padre. Farris Efendi abrió la boca, y dijo:

-Tu madre te estaba criando cuando perdí a su propio padre; grité y lloré, pero era una mujer sensata y paciente. Se sentó a mi lado, en esta misma habitación, en cuanto terminó el funeral, me tomó la mano y me dijo: "Farris, mi padre ha muerto, y tú eres mi único consuelo en este mundo. Los afectos del corazón están divididos como las ramas del cedro; si el cedro pierde una rama vigorosa, sufre, pero no muere. Daré toda su savia a la rama contigua, para que crezca y llene el espacio vacío. Esto fue lo que tu madre me dijo cuando murió su padre, y tú deberás decir lo mismo cuando la muerte se lleve mi cuerpo al lugar del descanso, y mi alma, a Dios.

Selma le respondió, con lágrimas y pesadumbre:

-Cuando mi madre perdí a su padre, tú ocupaste el lugar de mi abuelo; pero, ¿quién tomará tu lugar cuando te hayas ido? Ella se quedó al cuidado de un amante y verdadero esposo; ella encontró consuelo en su hijita, pero, ¿quién será mi consuelo cuando muera? Tú has sido mi padre y mi madre, y el compañero de mi juventud.

Y diciendo estas palabras, Selma volvió el rostro y me miró. Y tomando una orilla de mi traje, dijo:

-Este es el único amigo que tendré después de que te hayas ido; pero, ¿cómo puede consolarme, si él mismo sufre? ¿Cómo puede un corazón roto encontrar consuelo en un alma atormentada y decepcionada? Una mujer triste no puede hallar consuelo en la tristeza de su prójimo, ni un ave puede volar con las alas rotas. Él es el amigo de mi alma, pero ya he colocado una pesada carga de tristeza sobre él, y he oscurecido su vista con mis lágrimas, al punto de que no puedo ver sino la oscuridad. Es un hermano a quien quiero tiernamente, pero es como todos los hermanos; comparte mi tristeza y mis lágrimas, con lo que aumenta mi amargura y quema mi corazón.

Las palabras de Selma apuñalaron mi corazón, y sentí que no podía soportar más dolor. El anciano la escuchaba con expresión dolida, temblando como la luz de una lámpara al viento. Luego extendió la mano, y dijo:

-Dámame irme en paz, hija mía. He roto los barrotes de esta jaula vieja; dámame volar y no me detengas, porque tu madre me está llamando. El cielo está claro y el mar está en calma, y mi velero está a punto de zarpar; no demores su viaje. Deja que mi cuerpo repose con los que ya están gozando el reposo eterno; deja que mi sueño termine, y que mi alma despierte con la aurora; que tu alma bese a la mía con el beso de la esperanza; que no caigan gotas de tristeza o amargura en mi cuerpo, pues las flores y el césped rechazarán su alimento. No derrames lágrimas de dolor en mi mano, pues crecerán espinas en mi tumba. No ahondes arrugas de agonía en mi frente, pues el viento, al pasar, podrá leer el dolor de mi frente, y se negará a llevar el polvo de mis huesos a las verdes praderas... Te amo mucho, hija mía, mientras vivas, y te amaré cuando estés muerta, y mi alma velará por ti y te protegerá siempre.

Luego, Farris Efendi me miró con los ojos entornados. Hijo mío -me dijo-, sé un verdadero hermano para Selma, como tu padre lo fue para mí. Sé un amparo y su amigo en la necesidad, y no dejes que lleve luto por mí, porque llevar luto por los muertos es una equivocación. Reléale cuentos agradables y cántale los cantos de la vida, para que pueda olvidar sus penas. Recuérdame, y dale mis recuerdos a tu padre; pídele que te cuente de nuestra juventud, y dile que lo quise en la persona de su hijo, en la última hora de mi vida.

Reinó el silencio, y podía yo ver la palidez de la muerte en el rostro del

anciano. Luego, nos miró a uno y otro, y susurró :

-No llamo al médico pues podrá prolongar mi sentencia en esta cárcel, con su medicina. Han terminado los días de la esclavitud, y mi alma busca la libertad de los cielos. Y tampoco llamo al sacerdote, porque sus conjuros no podrán salvarme, si soy un pecador, ni podrá apresurar mi llegada al Cielo, si soy inocente. La voluntad de la humanidad no puede cambiar la voluntad de Dios, así como un astrólogo no puede cambiar el curso de los astros. Pero después de mi muerte, que los médicos y los sacerdotes hagan lo que les plazca, pues mi barco seguirá con las velas desplegadas hasta el lugar de mi destino final.

A la media noche, Farris Efendi abrió los cansados ojos por última vez, los enfocó en Selma, que estaba arrodillada a un lado de la cama. Trató de hablar el agonizante, pero no pudo hacerlo, pues la muerte ya estaba ahogando su voz. Sin embargo, hizo un último esfuerzo.

-La noche ha pasado... -susurró - ¡Oh Selma! ...

Luego, inclinó la cabeza, su rostro se volvió blanco, y pudo ver una última sonrisa en sus labios, al exhalar el último suspiro.

Selma tocó la mano de su padre. Estaba fría. Luego, la joven alzó la cabeza y miró el rostro de quien le había dado la vida. Estaba cubierto por el velo de la muerte. Selma estaba tan anonadada por el dolor, que no podía derramar más lágrimas, ni suspirar, ni hacer movimiento alguno. Por un momento se quedó mirándolo como una estatua, con los ojos fijos; luego, se inclinó hacia adelante hasta tocar el piso con la frente, y dijo:

- ¡Oh Señor, ten misericordia de nosotros, y cura nuestras alas rotas!

Farris Efendi Karamy murió; su alma fue abrazada por la eternidad, y su cuerpo volvió a la tierra. Mansour Bey Galib se posesionó de su fortuna, y Selma se convirtió en una prisionera de por vida; una vida de dolor y sufrimientos.

Yo me sentí perdido entre la tristeza y la ensañación. Los días y las noches se cernían sobre mí como el águila sobre su presa. Muchas veces traté de olvidar mi desventura ocupándome en la lectura de libros y escrituras de generaciones pasadas, pero era como tratar de extinguir el fuego con el aceite, pues no podía yo ver en la procesión del pasado sino tragedias, y no oír yo sino llantos y gemidos de dolor. El libro de Job me atraía más que los Salmos, y prefería las elegías de Jeremías al Cantar de Salomón, Hamlet estaba más cerca de mi corazón que todos los demás dramas de los escritores occidentales. Así, la desesperación debilita nuestra vida y cierra nuestros oídos. En tal estado de ánimo, no vemos más que los espectros de la tristeza, y no oímos más que el latir de nuestros agitados corazones.

VIII

ENTRE CRISTO E ISHTAR

En medio de los jardines y colinas que unen la ciudad de Beirut con el Líbano hay un pequeño templo, muy antiguo, cavado en la roca, rodeado de olivos, almendros y sauces.

Aunque este templo está como a un kilómetro de la carretera principal, en la época de mi relato muy pocas personas aficionadas a las reliquias y a las ruinas antiguas habían visitado ese santuario. Era uno de los muchos sitios interesantes escondidos y olvidados que hay en el Líbano. Por estar tan apartado, se había

convertido en un refugio para las personas religiosas, y en un santuario para amantes solitarios.

Al entrar en este templo, el visitante ve en el muro oriental, un antiguo cuadro fenicio esculpido en la roca, que representa a Ishtar, diosa del amor y de la belleza, sentada en su trono, rodeada de siete vírgenes desnudas, en diversas actitudes. La primera de ellas lleva una antorcha; la segunda, una guitarra; la tercera, un incensario; la cuarta, una jarra de vino; la quinta, un ramo de rosas; la sexta, una guirnalda de laurel; la séptima, un arco y una flecha; y las siete miran a Ishtar reverentemente.

En el segundo muro hay otro cuadro, más moderno que el primero, que representa a Cristo clavado en la cruz, y a su lado está su doliente Madre, María Magdalena, y otras dos mujeres, llorando. Este cuadro bizantino tiene una inscripción que demuestra que se esculpó en el siglo XV o en el XVI. En el muro occidental hay dos tragaluces redondos, a través de los cuales los rayos del sol entran en el recinto e iluminan las imágenes y dan la impresión de estar pintadas con agua dorada. En medio del templo hay un altar rectangular, de mármol, con viejas pinturas a los lados, algunas de las cuales apenas pueden distinguirse bajo las petrificadas manchas de sangre, que demuestran que el pueblo antiguo ofrecía sacrificios en esa roca y vertían perfume, vino y aceite sobre ella.

No hay nada más en ese pequeño templo, excepto un profundo silencio, que revela a los vivientes los secretos de la diosa y que habla sin palabras de pasadas generaciones y de la evolución de las religiones. Tal espectáculo lleva al poeta a un mundo muy lejano, y convence al filósofo de que los hombres nacieron con tendencia hacia la religiosidad; sintieron los hombres la necesidad de lo invisible, y crearon símbolos, cuyo significado divulga los secretos, los deseos de su vida y de su muerte.

En este templo casi desconocido, me reuna yo con Selma una vez al mes, y pasaba varias horas: en su compañía, contemplando esas extrañas imágenes, pensando en el Cristo crucificado, y meditando en los jóvenes y en las jóvenes fenicias que vivieron, amaron y rindieron culto a la belleza en la persona de Ishtar, quemando incienso ante su estatua y derramando perfume en su santuario, es un pueblo del que no ha quedado más rastro que su nombre, repetido por la marca del tiempo ante el rostro de la eternidad.

Resulta difícil describir con palabras los recuerdos de aquellas horas de mis encuentros con Selma; aquellas celestiales horas, llenas de dolor, felicidad, tristeza, esperanza y miseria espiritual.

Nos reunamos secretamente en el viejo templo a recordar los viejos días, a hablar de nuestro presente, a atisbar con recelo el futuro, y a sacar gradualmente a la superficie los ocultos secretos de las profundidades de nuestros corazones, exponiéndonos las quejas de nuestra frustración y nuestro sufrimiento, tratando de consolarnos con esperanzas imaginarias y sueños melancólicos. De vez en cuando nos calmaban, enjugábamos nuestras lágrimas y empezábamos a sonreír, olvidándonos de todo, excepto del amor; nos abrazábamos hasta que nuestros corazones se enternecían; luego, Selma me daba un casto beso en la frente, y llenaba mi corazón de extasis; yo le devolvía el beso al inclinar ella su cuello de marfil, mientras sus mejillas se coloreaban ligeramente de rojo, como el primer rayo de la aurora en la frente de la montaña. Contemplábamos silenciosamente el lejano horizonte, donde las nubes se teñían con el color anaranjado del ocaso.

Nuestra conversación no se limitaba al amor; de vez en cuando habíamos de diferentes temas, y hacíamos comentarios. Durante el curso de la conversación Selma

hablaba del lugar de la mujer en la sociedad, de la huella que la generación pasada había dejado en su carácter, de las relaciones entre marido y mujer, porque la miran detrás del velo sexual, y no ven en ella sino lo externo; la miran a través de un lente de aumento de odio, y no encuentran en ella sino debilidad y sumisión.

En otra ocasión, me dijo, señalando los cuadros esculpidos en el templo:

-En el corazón de esta roca están dos símbolos que reflejan la esencia de los deseos de la mujer, y que revelan los secretos de su alma, que oscila entre el amor y la tristeza, entre el carisma y el sacrificio, entre Ishtar sentada en su trono y Mara a pie de la cruz. El hombre adquiere gloria y fama, pero la mujer paga el precio.

Solo Dios supo el secreto de nuestros encuentros, además de las bandadas de pájaros que volaban sobre el templo. Selma sola ir en su coche a un sitio llamado Parque del Pachá y desde allí caminaba hasta el templo, donde me encontraba, esperando ansiosamente.

No temamos que nos observaran, ni nuestras conciencias nos reprochaban nada, el espíritu purificado por el fuego y lavado por las lágrimas está por encima de lo que la gente llama vergenza y oprobio; está libre de las leyes de la esclavitud y de las viejas costumbres que ponen trabas a los afectos del corazón humano.

Ese espíritu puede comparecer orgullosamente y sin vergenza alguna ante el trono de Dios.

La sociedad humana se ha plegado durante setenta siglos a leyes corrompidas, hasta el punto de no poder entender el significado de las leyes superiores y eternas.

Los ojos del hombre se han acostumbrado a la pérdida de luz de las velas, y no pueden contemplar la luz del sol. La enfermedad espiritual se hereda de generación en generación, hasta llegar a ser parte de la gente, que la considera no una enfermedad, sino un don natural, que Dios impuso a Adán. Si estas personas encuentran a alguien liberado de los gómenes de tal enfermedad, piensan que ese individuo vive en la vergenza y en el oprobio.

Los que piensan mal de Selma Karamy porque sale del hogar de su esposo para entrevistarse conmigo en el templo están enfermos, y forman parte de esos débiles mentales que consideran a los sanos unos rebeldes. Son como insectos que se arrastran en la oscuridad por miedo a que los pisen los transeúntes.

El prisionero oprimido que puede escapar de su cárcel y no lo hace, es un cobarde. Selma, prisionera inocente y oprimida, no pudo libertarse de sus cadenas. ¿Se la puede censurar porque mirara a través de la ventana de su prisión los verdes campos y el espacioso cielo? ¿Dirá la gente que Selma fue infiel por salir de su casa para ir a sentarse a mi lado ante Cristo e Ishtar? Que la gente diga lo que quiera: Selma había pasado por los pantanos que sumergen a otros espíritus, y había llegado a un mundo que no podían alcanzar los aullidos de los lobos, ni el cascabeleo de las serpientes.

Que la gente diga lo que quiera de mí, porque el espíritu que ha visto el espectro de la muerte no puede atemorizarse con los rostros de los ladrones; el soldado que ha visto brillar sobre su cabeza las espadas, y correr arroyos de sangre bajo sus pies, camina imperturbable, a pesar de las piedras que le arrojan los niños callejeros.

I X

EL SACRIFICIO

Un día, a fines de junio, cuando la gente salía de la ciudad para ir a la montaña huyendo del calor del verano, fui, como siempre, al templo a reunirme con Selma, llevando conmigo un librito de poemas andaluces. Al llegar al templo, me senté a esperarla, leyendo a intervalos mi libro, recitando aquellos versos que llenaban mi corazón de éxtasis, y que traían a mi memoria el recuerdo de los reyes, de los poetas y caballeros que se despidieron de Granada, y que tuvieron que dejarla, con lágrimas en los ojos y tristeza en los corazones; que tuvieron que dejar sus palacios, sus instituciones y sus esperanzas. Al cabo de una hora, vi a Selma que caminaba por los jardines y se acercaba al templo; se iba apoyando en su paraguas, como si estuviera soportando todas las preocupaciones del mundo sobre sus hombros. Al entrar en el templo, y sentarse a mi lado, noté un cambio en sus ojos, y me apresuré a preguntarle qué le ocurría.

Selma intuyó mi pensamiento, me puso una mano en la cabeza y me dijo:

-Acócate a mí; ven, amado mío, y deja que sacie mi sed, porque la hora de la separación ha llegado.

-¿Se enteró tu esposo de nuestras citas aquí? -le pregunté

-A mi esposo no le importa nada de mi persona -me respondí -, ni se molesta en averiguar lo que haga, pues está muy ocupado con esas pobres muchachas a las que la pobreza ha llevado a las casas de mala fama; esas muchachas que venden sus cuerpos por pan, amasado con sangre y lágrimas.

-¿Qué te impide, que vuelvas a este templo a sentarte a mi lado, reverentemente, ante Dios? -le pregunté. ¿Te exige tu conciencia que nos separemos?

Y Selma me contestó, con lágrimas en los ojos:

-No, amado mío, mi espíritu no exige que nos separemos, porque tú eres parte de mí. Mis ojos nunca se cansan de mirarte, porque tú eres la luz de mis ojos; pero si el Destino dispuso que yo tuviera que caminar por el áspero sendero de la vida cargada con cadenas, no es justo que tu suerte sea como la mía. No puedo decirte todo, porque mi lengua está muda de dolor; mis labios están sellados por la pena, y no pueden moverse; sólo puedo decirte que temo que caigas en la misma trampa en que yo caí

-¿Qué quieres decir, Selma, y de qué tienes miedo? Mi amada se llevó las manos al rostro.

-El obispo ya ha descubierto que cada mes he estado saliendo de la tumba en que me enterré -dijo.

-¿El obispo descubrió que nos vemos aquí?

-Si lo hubiera descubierto, no me estarías viendo sentada aquí a tu lado; pero algo sospecha, y ha ordenado a sus sirvientes y espías que me vigilen bien. He llegado a sentir que la casa en que vivo y el sendero por el que camino están llenos de ojos que me vigilan, y de dedos que me señalan, y de oídos al acecho de mis pensamientos.- Guardé silencio un momento, y luego añadí, con lágrimas que mojaban sus mejillas:

-No temo al obispo, pues el agua no asusta a los ahogados, pero temo que tú caigas en una trampa y seas su víctima; tú no eres joven y libre como la luz del sol. No temo al oscuro destino que ha disparado todas sus flechas a mi pecho, pero temo que la serpiente muerda tu pie y detenga tu ascensión hacia la cima de la montaña en que el futuro te espera con sus placeres y sus glorias.

-Quien no ha sido víctima de las mordeduras de las serpientes del día, y quien no ha sentido las tarascadas de los lobos de la noche, puede decepcionarse ante los días y las noches. Pero escúchame, Selma; escucha bien: ¿Es la separación el único medio de

evitar la maldad de las personas? ¿Acaso se ha cerrado la senda del amor y de la libertad, y no queda más salida que la sumisión a la voluntad de los esclavos de la muerte?

-No queda más remedio que separarnos, y decimos adiós. Con espíritu rebelde, le tomé la mano.

-Nos hemos sometido a la voluntad de la gente durante mucho tiempo -dijo, nervioso-, desde que nos conocimos hasta este momento nos han dirigido los ciegos, y junto con ellos, hemos rendido culto a sus dolos. Desde que te conocí hemos estado en manos del obispo como dos pelotas con las que ha jugado a su antojo. ¿Nos hemos de someter a su voluntad hasta que la muerte nos lleve? ¿Acaso Dios nos dio el soplo de la vida para colocarlo bajo los pies de la muerte? ¿Nos dio Él la libertad para hacer de ella una sombra de la esclavitud? Quien extingue el fuego de su propio espíritu con sus propias manos, es un infiel a los ojos del Cielo, pues el Cielo encendió el fuego que arde en nuestros espíritus. Quien no se rebela contra la opresión, es injusto consigo mismo. Te amo, Selma, y tú me amas también; y el amor es un tesoro precioso; es el don de Dios a los espíritus sensibles y de altas miras. ¿Desperdiciaremos tal tesoro, para que los cerdos lo dispersen y lo pisoteen? Este mundo está lleno de maravillas y de bellezas. ¿Por qué hemos de vivir en el estrecho túnel que el obispo y sus secuaces han cavado para nosotros? La vida está llena de felicidad y de libertad; ¿por qué no quitamos este pesado yugo de tus hombros, y por qué no rompemos las cadenas de tus pies, para caminar libremente hacia la paz? Levántate, y dejemos este pequeño templo, para ir al templo mayor de Dios. Salgamos de este país y de toda esta esclavitud e ignorancia, y vayamos a otro país muy lejano, donde no nos alcancen las manos de los ladrones. Vayamos a la costa al amparo de la noche, y tomemos un barco que nos lleve al otro lado del océano, donde podamos llevar una nueva vida de felicidad y comprensión. No vaciles, Selma, porque estos minutos son más preciosos para nosotros que las coronas de los reyes, y más sublimes que los tronos de los ángeles. Sigamos la columna de luz que nos conduzca, desde este árido desierto, hasta los verdes campos donde crecen las flores y las plantas aromáticas.

Selma movió la cabeza negativamente, y se quedó mirando el techo del templo; una triste sonrisa apareció en sus labios.

-No; no, amado mío -dijo-. El Cielo ha puesto en mi mano una copa llena de vinagre; me he obligado a beberla hasta las heces; hasta que sólo queden unas cuantas gotas, que beberé pacientemente. No soy digna de una nueva vida de amor y paz; no soy suficientemente fuerte para gustar de los placeres y de las dulzuras de la vida, porque un pájaro con las alas rotas no puede volar por el espacioso cielo. Los ojos acostumbrados a la débil luz de una vela no son lo bastante fuertes para contemplar el sol. No me hables de felicidad; su recuerdo me hace sufrir. No menciones en mi presencia la paz; su sombra me aterroriza; márame, y te mostraré la santa antorcha que el Cielo ha encendido en las cenizas de mi corazón. Tú bien sabes que te amo como una madre a su único hijo, y que el amor me ha enseñado a protegerte hasta de mí misma. Es el amor purificado con fuego, el que me impide seguirte a tierras lejanas. El amor mata mis deseos, para que puedas vivir libre y virtuosamente. El amor limitado exige la posesión del amado, pero el amor ilimitado sólo pide para sí mismo. El amor que aparece en la ingenuidad y el despertar de la juventud se satisface con la posesión y se reafirma con los abrazos. Pero el amor nacido en el firmamento y que ha bajado a la tierra con los secretos de la noche no se satisface sino con la eternidad y la inmortalidad; no hace reverencias sino a la deidad.

"Cuando supe que el obispo quer a impedirme salir de la casa de su sobrino y despojarme de mi nico placer, me parØ ante la ventana de mi habitaci n y mirØ hacia el mar, pensando en los vastos pa ses que hay mÆ allÆ y en la libertad real y en la personal independecia que se puede encontrar allÆ Me vi a m misma viviendo a tu lado, protegida por la sombra de tu esp ritu, y sumergida en el ocØano de tu cariaæ. Pero todos estos pensamientos que iluminan el coraz n de una mujer y que la hacen rebelarse contra las viejas costumbres, y desean vivir a la sombra de la libertad y de la justicia, me hicieron reflexionar que as nuestro amor serÆ limitado y dØbil, indigno de alzarse ante el rostro del sol. GritØ como un rey despojado de su reino y de sus tesoros, pero inmediatamente vi tu rostro a travØs de mis lÆgrimas, y tus ojos que me miraban, y recordØ lo que un da me dijiste:

"Ven, Selma, ven y seamos fuertes torres ante la tempestad. EnfrentØmonos como valerosos soldados al enemigo y opongÆmonos a sus armas. Si nos matan, moriremos como mÆtires; y si vencemos, viviremos como hØoes. Retar a los obstÆulos y a las penalidades es mÆ noble que retirarse a la tranquilidad. Estas palabras, amado m o, las pronunciaste cuando las alas de la muerte se cern an sobre el lecho de muerte de mi padre; las recordØ ayer, mientras las alas de la desesperaci n se cern an sobre mi cabeza. Me sent mÆ fuerte, y sent incluso en la oscuridad de mi prisi n, una especie de preciosa libertad que paliaba nuestras dificultades y disminu a nuestras tristezas. Descubr que nuestro amor era tan profundo como el ocØano, tan alto como las estrellas, y tan espacioso como el Cielo. Vine a verte, y en mi dØbil esp ritu hay una nueva fuerza, esta fuerza es la capacidad de sacrificar algo muy grande, para obtener algo todav a mÆ grande; es el sacrificio de mi felicidad, para que puedas seguir siendo virtuoso y honorable a los ojos de la gente, y para que estØs lejos de sus traiciones y de su persecuci n...

"En otras ocasiones, al venir a este sitio, sent a yo que pesadas cadenas me imped an caminar; pero hoy, vine con una nueva determinaci n que se r e de las cadenas y acorta el camino. Ven a yo a este templo como un fantasma asustado, hoy vine como una mujer valerosa que siente lo imperioso del sacrificio, y que conoce el valor del sufrimiento; como una mujer que quiere proteger a su amado de la gente ignorante y de su propio esp ritu hambriento. Me sentaba yo a tu lado como una sombra temblorosa, hoy vine a mostrarte mi ser verdadero, ante Ishtar y ante Cristo.

"Soy un Æbol que ha crecido en la sombra, y hoy extend mis ramas para temblar un poco a la luz del da. Vine a decirte adi s, amado m o, y espero que nuestra despedida sea tan bella y tan terrible como nuestro amor. Que nuestra despedida sea como el fuego, que funde el oro y lo hace mÆ resplandeciente.

Selma no me permiti hablar ni protestar, sino que me mir , con. los ojos brillantes, con una gran dignidad en el rostro, y parec a un Ængel que impusiera silencio y respeto.

Luego me abraz fuertemente, lo que nunca hab a hecho antes y puso sus suaves brazos alrededor de mi cuello, y estamp un profundo, largo, dulc simo beso en mi boca.

Al irse ocultando el sol, retirando sus rayos de aquellos jardines y de aquellos huertos, Selma camin hacia la parte central del templo, y contempl largamente sus muros y sus Ængulos, como si quisiera verter la luz de sus ojos en las imÆgenes y en los smbolos. Luego, dio otros pasos al frente, y se arrodill con reverencia ante la imagen de Cristo, bes sus pies, y susurr :

- ¡Oh, Cristo!, he escogido tu cruz y he abandonado el mundo de los placeres y

felicidad de Ishtar; he llevado la corona de espinas y he rechazado la corona de laurel; me he bañado con sangre y lágrimas, y he rechazado el perfume y el incienso; he bebido vinagre de la copa que tendrá que dar vino y nectar; acóptame, Señor, entre tus fieles, y condócese a Galilea, junto con los que han elegido tu camino, contentos en sus sufrimientos, y gozosos en sus tristezas.

Luego, Selma se levantó y me miró.

-Ahora, volveré feliz a mi oscura cueva, donde reside el horrible fantasma. No me tengas lástima, amado mío, y no te entristezcas por mí, porque el alma que ve una vez la sombra de Dios no volverá a tener miedo, desde entonces, a los fantasmas de los demonios. Y el ojo que ha visto el cielo no será cerrado por los dolores del mundo.

Y al acabar de decir estas palabras, Selma salió del santuario; permaneció allí, perdido en un hondo mar de pensamientos, absorto en el mundo de la revelación, donde Dios se sienta en su trono y donde los ángeles registran los actos de los seres humanos, donde las almas recitan la tragedia de la vida, y donde las novias del Cielo cantan los himnos del amor, de la tristeza y de la inmortalidad.

La noche ya había llegado cuando salí de mi meditación, y me encontré estupefacto, en los jardines, repitiendo el eco de cada palabra que había pronunciado Selma, recordando su silencio, sus actos, sus movimientos, sus expresiones y el toque de sus manos, hasta que me di cuenta cabal del significado de la despedida y del dolor de la soledad. Me sentí deprimido y con el corazón roto. Fue entonces cuando descubrí que los hombres, aunque nazcan libres, seguirán siendo esclavos de las estrictas leyes que sus mayores promulgaron, y que el firmamento, que imaginamos inmutable, es la sumisión del día de hoy a la voluntad del día de mañana, y la sumisión del ayer a la voluntad del presente.

Muchas veces, desde aquella noche, he pensado en la ley espiritual que hizo que Selma prefiriera la muerte a la vida, y muchas veces he comparado la nobleza del sacrificio con la felicidad de la rebelión para saber cuál de las dos actitudes es más noble y más hermosa; pero hasta ahora he obtenido sólo una verdad de todo ello, y esta verdad es la sinceridad, que es la que puede hacer que todas nuestras acciones sean hermosas y honorables. Y esta sinceridad estaba en Selma Karamy.

X

LA LIBERTADORA

Cinco años del matrimonio de Selma transcurrieron, sin que hubiera hijos que reforzaran los lazos espirituales entre ella y su esposo, lazos que hubieran podido acercar a sus almas contrastantes.

La mujer estéril es vista con desdén en todas partes, porque la mayoría de los hombres desean perpetuarse en su posteridad.

El hombre común considera a su esposa, cuando no puede tener hijos, como a un enemigo; la detesta, la abandona y desea su muerte. Mansour Bey Galib era de esa clase de hombres; en lo material, era como la tierra, duro como el acero y codicioso como un sepulcro. Su deseo de tener un hijo que llevara su nombre y prolongara su reputación hizo que odiara a Selma, a pesar de su belleza y de su dulzura.

Un árbol que crece en una cueva no da fruto; y Selma, que vivía en la parte oscura de la vida, no concebía...

El ruiseñor no hace su nido en la jaula, a menos que la esclavitud sea el sino de

su raza... Selma era una prisionera del dolor, y era voluntad del Cielo que no hubiese otro prisionero que le hiciera compaña. Las flores del campo son hijas del afecto del sol y del amor de la Naturaleza; y los hijos de los hombres son las flores del amor y de la compasión.

El espíritu del amor y de la compasión nunca reinó en su hermosa casa de Ras Beirut. Sin embargo, se arrodillaba Selma todas las noches y pedía a Dios un hijo en quien encontrar compañía y consuelo... Oraba hasta que el Cielo oyó sus plegarias.

El Árbol de la cueva floreció y, al fin dio fruto. El ruiseñor enjaulado empezó a hacer su nido con las plumas de sus alas.

Selma extendió los encadenados brazos hacia el Cielo, y recibió el precioso don, y nada en el mundo pudo hacerla más feliz que saber que iba a ser madre...

Esperó ansiosamente, contando los días, y ansiando el tiempo en que el canto más dulce del Cielo, la voz de su hijo, sonara como campanitas de cristal en sus oídos. Empezó Selma a ver la aurora de un futuro menos negro, a través de sus Lágrimas ...

Era el mes de Nisán cuando Selma estaba en el lecho del dolor y del trabajo de parto, donde luchaban la vida y la muerte. El médico y la comadrona se preparaban a entregar al mundo a un nuevo huésped. Pero a altas horas de la noche, Selma empezó a gritar, con gritos que eran una separación de la vida... Un grito que se prolongó en el firmamento de la nada... Un grito de fuerza debilitada ante la quietud de fuerzas superiores... El grito de mi pobre Selma, que se debatía entre los pies de la vida y los pies de la muerte...

Al alba, Selma dio a luz un varón. Al abrir los ojos la madre, vio rostros sonrientes en toda la habitación, y luego vio que la vida y la muerte aún luchaban en su lecho. Cerró los ojos, y exclamó, por primera vez:

- ¡Oh, hijo mío!

La comadrona envolvió al recién nacido en paños de seda, y lo puso junto a su madre, pero el médico se quedó mirando a Selma, moviendo tristemente la cabeza.

Gritos de gozo despertaron a los vecinos, que se precipitaron a felicitar al padre por el nacimiento de su heredero, pero el médico miró a Selma y al hijo, y movió tristemente la cabeza.

Los sirvientes corrieron a dar la buena nueva a Mansour Bey sin saber que el médico seguía considerando a Selma y al niño con honda preocupación.

Al salir el sol, Selma se llevó el niño al pecho, y el niño abrió los ojos y miró a su madre. El médico tomó al niño de los brazos de Selma y con Lágrimas en los ojos, dijo:

-Es un huésped que se va...

El niño falleció mientras los vecinos celebraban con el padre en la gran sala de la casa, y mientras bebían vino a la salud del heredero. Selma miró al médico, y le rogó:

-Deme a mi hijo, y deje que le dé un beso...

Y aunque el niño estaba muerto, los sonidos de las copas entrecuchando por los brindis de alegría, resonaban en la gran sala.

El niño nació al alba, y murió al llegar los primeros rayos del sol...

No vivió para consolar y acompañar a su madre.

Su vida había empezado al terminar la noche y cesó al principiar el día, como una gota de rocío vertida por los ojos de la oscuridad y secada al contacto de la luz.

Fue una perla que la marea arrojó a la costa y que la misma marea devolvió a las profundidades del mar...

Un lirio que acababa de abrirse del capullo de la vida y que aplastó el pie de la

muerte.

Fue un huésped querido que iluminó un instante el corazón de Selma, y cuya partida mató su alma.

Tal es la vida de los hombres, la vida de las naciones, la vida de soles, lunas y estrellas.

Y Selma miró intensamente al médico.

- ¡Deme a mi hijo y déjeme abrazarlo -gritó-; deme a mi hijo, y déjeme darle el pecho!

Pero el doctor inclinó la cabeza y su voz se quebró al decir:

-Séa, su hijo está muerto; tenga paciencia.

Al oír estas palabras del médico, Selma dio un terrible grito. Luego, permaneció inmóvil un momento, y sonrió, como con alegría. Su rostro se iluminó como si hubiera descubierto algo, y dijo dulcemente:

-Denle a mi hijo; quiero tenerlo cerca de mí, aunque esté muerto.

El médico le llevó el niño muerto a Selma y se lo puso en los brazos. Selma lo abrazó, luego volvió el rostro a la pared, y le habló a su hijo, en estos términos:

-Hijo mío, has venido por mí; has venido a mostrarme el camino que conduce a la playa. Aquí estoy, hijo mío; llévame, y salgamos de esta oscura cueva.

Y un minuto después, un rayo de sol penetró entre las cortinas de las ventanas e iluminó dos cuerpos inmóviles, que yacían en la cama, custodiados por la profunda dignidad del silencio y protegidos por las alas de la muerte. El médico salió de la habitación con lágrimas en los ojos, y cuando llegó a la gran sala, la celebración se convirtió en un funeral; pero Mansour Bey Galib nunca pronunció una palabra de lamento, ni derramó una sola lágrima. Se quedó de pie, inmóvil como una estatua, con una copa de vino en la mano derecha.

Al día siguiente, Selma fue amortajada con su blanco vestido de novia y puesta en un ataúd; la mortaja del niño fueron sus paños de seda; sus ataúdes, los brazos de su madre; su tumba el calmado pecho que no lo alimentó. Eran dos cuerpos en un solo ataúd. Seguía reverentemente el cortejo que acompañó a Selma y a su hijo hasta su último reposo.

Al llegar al cementerio, el obispo Galib empezó a cantar los salmos funerarios, mientras los demás sacerdotes oraban, y en los indiferentes rostros de todos ellos vió un velo de ignorancia y vacuidad.

Al bajar el fúnebre, uno de los asistentes dijo en voz baja: -Es la primera vez que veo a dos cuerpos en un ataúd. -Parece que el niño hubiera venido a rescatar a su madre de un esposo inmisericorde -dijo otra persona.

Y otra persona exclamó:

-Miren a Mansour Bey: dirige la vista al cielo, como si sus ojos fueran de hielo. No parece que haya perdido a su esposa y a su hijo en un solo día.

Y otra persona más comentó:

-Su tío, el obispo, volverá a casarlo mañana con una mujer más rica y más fuerte.

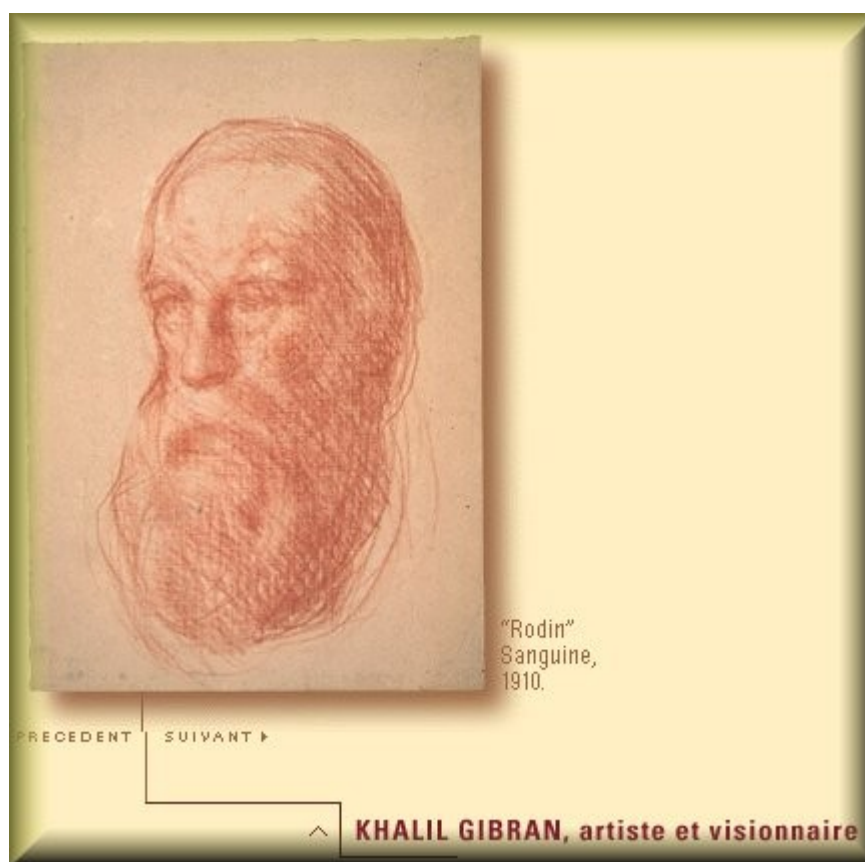
El obispo y los sacerdotes siguieron cantando y murmurando plegarias hasta que el sepulturero terminó de llenar la fosa. Luego, todos se fueron acercando uno a uno, a ofrecer sus respetos y sus condolencias al obispo y a su sobrino, con tiernas palabras, pero yo me quedé aparte, solitario, sin un alma que me consolara, como si Selma y su hijo no hubieran significado nada para mí.

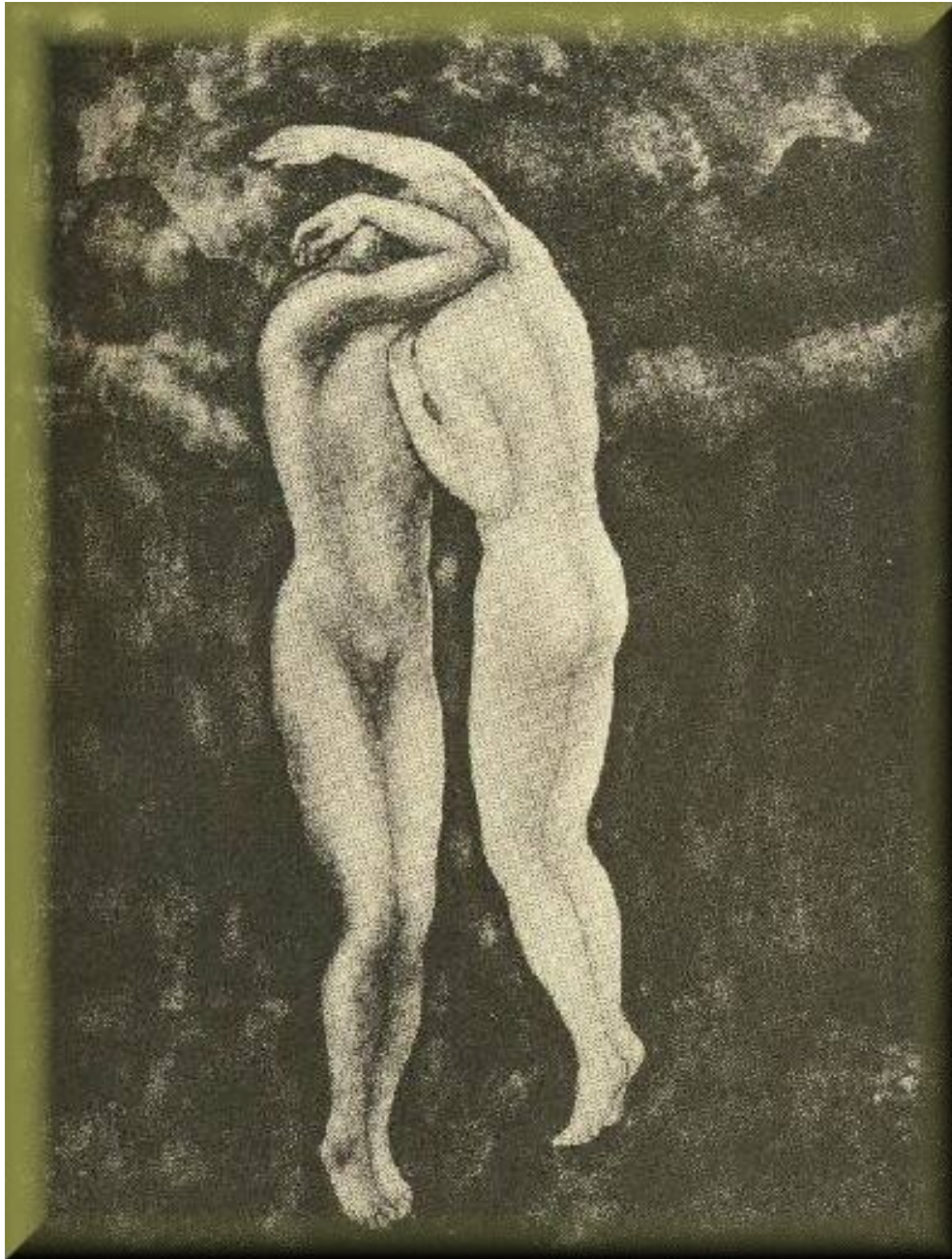
El cortejo salió del cementerio; el sepulturero se quedó cerca de la nueva tumba, sosteniendo una pala en la mano. Me acerqué al sepulturero y le pregunté

-¿Recuerda usted dónde enterré a Farris Efendi Karamy? Me miró un momento, y luego señaló la tumba de Selma. -Allí mismo; puse a su hija sobre él, y en el pecho de su hija reposa su nieto, y encima de ellos llené la fosa con tierra, con esta pala.

-En esta fosa -le dije- también ha enterrado usted mi corazón.

Y mientras el sepulturero desaparecía detrás de los árboles, no pude más; me dejé caer sobre la tumba de Selma, y lloré.





GIBR' N KHALIL GIBR' N

ARENA Y ESPUMA
(1926)

Revisado por Carlos J.J.

Siempre estoy vagando en esta playa
Entre la arena y la espuma.
La marea borrar/Elas huellas de mis pies
Y el viento esparcir/Ela espuma.
Pero el mar y la playa continuar/Æ por siempre jam/Æ.

Un d a encerrØ en mi mano un poco de niebla.
Y al abrir el puæ, ¡ay!, la niebla
Se hab a convertido en gusano.
Volv a cerrar y abrir el puæ, y ¡Albricias!,
En mi palma hab a un p/æro.
Nuevamente cerrØ y abr el puæ, y
Vi que en mi palma hab a un hombre,
De pie, de rostro triste, que me observaba.
Y volv a cerrar el puæ; al abrirlo,
No hab a m/Æ que niebla.
Pero escuchØ un canto de inenarrable dulzura.

Apenas ayer me sent a una part cula
Oscilando sin ritmo en la espera de la vida.
Ahora sØ que soy la espera, y toda
La vida palpita en rtmicos fragmentos
En mi interior.

Me dicen, en su vigilia:
"T y el mundo en que vives no sois
M/Æ que un grano de arena en la
Infinita playa de un mar infinito".
Y yo les digo, en mi sueæ: "Soy
El mar infinito, y todas las palabras
No son m/Æ que granos de arena
En mi playa".

S lo una vez me quedØ sin palabras.
Fue cuando un hombre me pregunt :
"¿QuiØ eres?"

El primer pensamiento de Dios fue un /Ægel.
La primera palabra de Dios fue un hombre.

Fuimos criaturas ondulantes, vagarosas, ansiosas, un millón de años antes de que el mar y el viento del bosque nos dieran palabras.

Ahora bien, ¿cómo podremos expresar lo muy antiguo que hay en nosotros, sólo con los sonidos de nuestros recientes ayer?

La esfinge habló sólo una vez, y dijo: "Un desierto es un grano de arena, y un grano de arena es un desierto; y ahora, volvamos a guardar silencio".

O lo que dijo la Esfinge, pero no lo comprendí.

Una vez miré el rostro de una mujer y en ella vi a todos sus hijos aún no nacidos.

Y una mujer me miró a la cara, y conocí a todos mis antepasados, muertos antes de que ella naciera.

Ahora me realizaré plenamente. Pero, ¿cómo, a menos que llegue yo a ser un planeta con seres inteligentes que moren en él?

¿No es esta la meta de todos los hombres?

Una perla es un templo, construido por el dolor en torno a un grano de arena.

¿Qué ansiedad construye nuestros cuerpos, y en torno a qué granos?

Cuando Dios me arrojó, a mí, una piedrecilla, a este maravilloso lago, turbó la superficie del agua con incontables círculos.

Pero cuando alcancé la profundidad, me quedé en gran quietud.

Dadme silencio y desafíame a la noche.

Conocé mi segundo nacimiento cuando mi alma y mi cuerpo se amaron y casaron.

Una vez, conocí a un hombre de oído sumamente fino, pero mudo. Había perdido la lengua en una batalla.

Ahora sólo en qué batallas combatió ese hombre antes de llegar el gran silencio. Y me alegré de que ese hombre estuviera muerto.

El mundo no es, suficientemente vasto para que cupiéramos él y yo.

Largo tiempo yacé en el polvo de Egipto, silente, y ajeno a las estaciones.

Luego, el Sol me hizo nacer, me erguí, y caminé por las riberas del Nilo, cantando con los días y soñando con las noches.

Y ahora, el Sol me persigue con mil pies, para que caiga nuevamente en el polvo de Egipto.

Pero, ¡oh de la maravilla y el acertijo!: ni el Sol mismo, que unió mis elementos, puede esparcirlos.

Aún estoy levantado, y mi pie es seguro; sigo caminando por las riberas del Nilo.

Recordarse es una manera de encontrarse.

El olvido es una forma de libertad.

Medimos el tiempo según el movimiento de incontables soles; y ellos miden el tiempo con pequeñas máquinas que llevan en los bolsillos.

Ahora, decidme: ¿cómo podremos reunirnos alguna vez, en el mismo sitio y a la misma hora?

El Espacio no representa espacio alguno entre la Tierra y el Sol, para quien mira desde las ventanas de la V a L'Étea.

La humanidad es un río de luz, que corre desde la ex eternidad hasta la eternidad.

¿No envidian los espíritus que moran en el Céter el dolor del hombre?

Camino a la Ciudad Santa, encontré a otro peregrino, y le pregunté

-¿Es éste verdaderamente el camino hacia la Ciudad Santa?

Y aquel peregrino me dijo:

-Sígueme, y llegaré a la Ciudad Santa dentro de un día y una noche.

Y lo seguí. Y caminamos muchos días y muchas noches, pero llegamos a la Ciudad Santa.

Y lo que más me asombró fue que aquel peregrino se enojara conmigo, por haberme desorientado.

¡Oh, Dios!, hazme presa del león, antes de que haga que el conejo sea mi presa.

No se puede llegar al alba, sino por el sendero de la noche.

Mi casa me dice: -No me dejes, aquí mora tu pasado.

Y el camino me dice: -Ven, y sígueme, soy tu futuro.

Y yo digo, tanto a mi casa como al camino:

-Yo no tengo pasado ni futuro. Si me quedo aquí, hay un deseo de marcharme, en mi estancia; y si voy allá, hay un deseo de estancia en mi partida. Sólo el amor y la muerte transforman todas las cosas.

¿Cómo perder la fe en la justicia de la vida, si los sueños de quienes duermen sobre plumas no son más hermosos que los sueños de quienes duermen sobre la tierra?

Es extraño, pero el deseo de algunos placeres forma parte de mi dolor.

Siete veces he despreciado a mi alma:

La primera vez, cuando la vi desfalleciente, y debí llegar a las alturas.

La segunda vez, cuando la vi saltar ante un invadido.

La tercera vez cuando le dieron a elegir entre lo arduo y lo fácil, y escogí lo fácil.

La cuarta vez, cuando cometí una falta y se consoló pensando que los demás también cometen faltas.

La quinta vez, cuando se abstuvo por debilidad, y atribuyó su paciencia a la fortaleza.

La sexta vez, cuando desprecié un rostro feo, sin saber que tal rostro era una de sus propias máscaras.

Y la séptima vez, cuando entoné un canto de alabanza, y lo consideré una virtud.

Ignoro la verdad absoluta. Pero soy humilde ante mi ignorancia, y en ello residen mi honor y mi recompensa.

Hay un espacio entre la imaginación y los logros del hombre que sólo puede atravesar su ansiedad.

El paraíso está ahí, detrás de esa puerta, en la habitación contigua; pero he perdido la llave.

O acaso únicamente la haya extraviado.

Tú eres ciego, y yo soy sordomudo, así que, toquémonos las manos, y comprendámonos.

La importancia del hombre no reside en lo que logra, sino en lo que ansía lograr.

Algunos hombres somos como tinta, y otros somos como papel.

Y si no fuera por la negrura de unos, algunos seríamos mudos.

Y si no fuera por la blancura de unos, otros seríamos ciegos.

Dadme un oído y os daré una voz.

Nuestra mente es una esponja; nuestro corazón un río. ¿No es extraño que a la mayoría nos guste más succionar que correr?

Cuando ansias bendiciones que no podéis nombrar, y cuando pensáis sin saber la causa, entonces, verdaderamente, estáis creciendo con todo lo que crece, y elevándoos hacia vuestro yo superior.

Cuando alguien está embriagado con una visión, cree que la vaga expresión de ella es el vino mismo.

Bebed vino para embriagaros; y yo bebo vino para que me desintoxique de aquel otro vino...

Cuando mi copa está vacía, me resigno a su vaciedad; pero cuando está a la mitad, me duele que no esté llena.

La realidad de la otra persona no está en lo que te revela, sino en lo que no puede revelarte.

Por lo tanto, si quieres entender a esa otra persona, no escuches lo que dice, sino lo que calla.

La mitad de lo que digo carece de significado; pero lo digo, para que la otra mitad pueda llegar a ti.

El sentido del humor es el sentido de la proporción.

Mi soledad nació cuando los hombres elogiaron mis parlanchinas faltas, y censuraron mis calladas virtudes.

Cuando la Vida no encuentra a un fil sofo que cante al coraz n de la Vida, produce un fil sofo que habla de la mente de la Vida.

Una verdad hay que conocerla siempre, y s lo a veces hay que decirla.

Lo real, en nosotros, guarda silencio. Lo adquirido es lo que habla mucho.

La voz de la Vida, en m ; no puede llegar al odo de la Vida, en ti: pero hablemos, para que no nos sintamos solos. Al hablar dos mujeres, no dicen nada; cuando una mujer habla, revela todo lo de la vida.

La voz de las ranas acaso sea mÆ intensa que la del buey, pero, las ranas no pueden tirar del arado en el campo, ni mover la rueda del molino, y con las pieles de las ranas no se pueden hacer zapatos.

Solamente los mudos envidian al parlanch n.

Si dijera el Invierno: "La Primavera estÆ en mi coraz n", ¿creer as al Invierno?

Toda semilla es un anhelo.

Si abrieras realmente los ojos, y vieras, ver as tu imagen en todas las imÆgenes.

Y si abrieras tus o dos para o r, oir as tu propia voz en todas las voces.

Para descubrir la verdad, se necesitan dos personas; una, para decirla, y otra, para escucharla.

Aunque las ondas de las palabras estÆn siempre sobre nosotros, en nuestra profundidad siempre reina el silencio.

La abundancia de doctrina es como el cristal de una ventana; vemos a travs, pero nos separa de la verdad.

Ahora, juguemos al escondite. Si te escondes en mi coraz n, no serÆ dif cil encontrarte. Pero si te escondes tras tu concha, serÆ en vano que te busquen.

La mujer puede ocultar su verdadero rostro tras el velo de una sonrisa.

¡QuØ noble es el coraz n apesadumbrado que acepta entonar una alegre canci n en compaa de corazones alegres! Quien lograra entender a una mujer, o describir el genio, o descifrar el misterio del silencio, ser a un hombre que, al despertar de un hermoso sueo, podr a disfrutar tranquilamente de su desayuno.

Quiero caminar junto a los que caminan. No quiero permanecer inm vil, contemplando la procesi n.

A quien te sirve, le debes algo mÆ que oro; dale una parte de tu coraz n, o tus

servicios.

No; no hemos vivido en vano; ¿no han construido ellos torres con nuestros huesos?

No seamos limitados y discursivos. La mente del poeta y la cola del escorpión se yerguen gloriosamente desde la misma tierra.

Todo dragón da el ser a un San Jorge, que lo mata.

Los árboles son poemas que escribe la tierra en el cielo. Los abatimos y los transformamos en papel, para consignar en él nuestro vacío interior.

Si quieres escribir (y sólo los santos saben por qué lo harás) debes tener conocimiento, arte y magia: conocimiento de la música de las palabras, el arte de ocultar tu arte y la magia de amar a tus posibles lectores.

Algunos mojan la pluma en nuestros corazones, y creen que están inspirados.

Si un árbol escribiera su autobiografía, ésta no sería diferente de la historia de toda una raza.

Si se me diera a elegir entre la capacidad de escribir un poema, y el éxtasis de un poema no escrito, elegiría el éxtasis. Es mejor poesía.

La poesía no es opinión explícita. Es una canción que surge de una herida sangrante o de una boca sonriente.

Las palabras son intemporales. Debes pronunciarlas o escribirlas, recordando que son intemporales.

Un poeta es un rey destronado que se sienta entre las cenizas de su palacio, tratando de formar una imagen con esas cenizas.

La poesía es labor de gozo, dolor y maravilla, con sólo algún signo del diccionario.

En vano buscaré un poeta a la madre de los cantos de su propio corazón.

Una vez le dije a un poeta: -No sabremos lo que vales, hasta que mueras.

Y me contestó: -Sí; la muerte es la gran reveladora. Y si en verdad sabes lo que valgo cuando yo muera, es que habré tenido más poesía en mi corazón que en mi lengua, y más en mi deseo, que en la mano.

Si cantas a la belleza, aunque estás sólo en el corazón de un desierto, tendrás público.

La poesía es sapiencia que encanta al corazón.

La sapiencia es poesía que canta en la mente.

Si pudiéramos encantar el corazón del hombre, y al mismo tiempo cantar en su mente, en verdad viviríamos a la sombra de Dios.

La inspiración siempre canta; nunca da explicaciones.

A menudo entonamos canciones de arrullo a nuestros hijos, para poder dormir nosotros.

Todas nuestras palabras no son sino migajas que caen del banquete del intelecto.

Pensar es siempre el escollo máximo de la poesía.

El mayor poeta es el que canta nuestros silencios.

¿Cómo podré cantar, si tu boca está llena de comida? ¿Cómo podré alzarse tu mano para bendecir, si está llena de oro?

Dicen que el ruiseñor se hiere el pecho con una espina cuando entona su canción de amor.

Y todos hacemos lo mismo. ¿De qué manera podremos cantar?

El genio no es más que el ritmo de un jilguero al principio de una lenta primavera.

Ni los más alados espíritus pueden escapar de las necesidades físicas.

Un loco no es menos músico que tú o que yo; lo que sucede es que el instrumento en que toca está algo desafinado.

La canción que alienta silenciosa en el corazón de una madre, canta en los labios de su hijo.

Ningún anhelo puro quedaré insatisfecho.

Nunca he podido ponerme de acuerdo con mi otro yo. La verdad parece estar entre él y yo.

Tu otro yo siempre se compadece de ti. Pero tu otro yo crece en la compasión, así que todo está bien.

La pugna entre alma y cuerpo sólo existe en las mentes de aquellos cuyas almas están dormidas y cuyos cuerpos están desafinados.

Cuando llegues al corazón de la vida, descubriré la belleza en toda cosa; incluso en los ojos ciegos a la belleza.

Vivimos sólo para descubrir la belleza. Todo lo demás es una forma de la espera.

Siembra una semilla y te dará una flor. Eleva tu sueño al cielo y te devolveré al ser amado.

El Demonio murió el mismo día que naciste. Ahora, no tienes que pasar por el infierno para conocer a un Ángel.

Muchas mujeres toman prestado el corazón de un hombre; muy pocas pueden poseerlo.

Si quieres poseer, no puedes reclamar.

Cuando un hombre toca la mano de una mujer, ambos tocan el corazón de la eternidad.

El amor es el velo entre los que se aman.

Todo hombre ama a dos mujeres: la que ha creado en su imaginación, y la que todavía no ha nacido.

Los hombres que no perdonan a las mujeres sus pequeños defectos nunca gozarán con sus grandes virtudes.

El amor que no se renueva cada día, se vuelve un hábito y una esclavitud.

Los amantes abrazan lo que está entre ellos, más que abrazarse uno al otro.

El amor y la duda nunca han armonizado.

El amor es una palabra luminosa, escrita por una mano luminosa, en una página luminosa.

La amistad es siempre una dulce responsabilidad, nunca una oportunidad.

Si no comprendes a tu amigo en toda circunstancia, jamás lo entenderás.

Tu más radiante traje fue tejido por otro. Tu alimento más sabroso es el que comes en la mesa de otra persona.

Tu lecho más cómodo es el de la casa de otra persona. Ahora, dime: ¿cómo puedes separar tu ser interior de las demás personas?

Tu mente y mi corazón no se pondrán de acuerdo hasta que tu mente deje de vivir entre nosotros, y mi corazón, en la niebla.

No llegaremos a entendernos tú y yo hasta que reduzcamos el lenguaje a siete palabras.

¿Cómo podrá abrirse mi corazón, a menos que se rompa?

Solo una gran tristeza o una gran alegría pueden revelar tu verdad.

Y si revelas tu verdad, debes, o danzar al sol, o llevar tu cruz.

Si la Naturaleza se detuviera a escuchar todo lo que decimos acerca de nuestra satisfacción, ningún río buscará el mar, y ningún invierno se tornará primavera. Y si escuchara la Naturaleza todo lo que decimos acerca del ahorro, ¿cuántos de nosotros estaríamos respirando este aire?

Cuando das la espalda al sol, no ves más que tu sombra.

Eres libre a la luz del sol y libre ante la estrella de la noche.

Y eres libre cuando no hay sol, ni luna, ni estrellas. Incluso eres libre cuando cierras los ojos a todo lo que existe.

Pero eres esclavo de quien amas, por el hecho mismo de amarlo.

Y eres esclavo de quien te ama, por el hecho mismo de dejarte amar.

Todos somos mendigos a la puerta del templo y todos recibimos nuestra parte de la riqueza del rey, arando ~~Ø~~ste entra en el templo, y cuando sale de ~~Ø~~.

Pero nos envidiamos unos a otros, lo cual es otra manera de rebajar al rey.

No puedes consumir m~~Æ~~s all~~Æ~~s de tu apetito. La otra mitad de la hogaza de pan pertenece a otro, y debe quedar otro poco de pan para el hu~~Ø~~ped inesperado.

Si no fuera por los hu~~Ø~~spedes, todas las casas ser an tumbas.

Un magn~~Æ~~ximo lobo dijo a una humilde oveja: -¿Te servir as honrar mi casa con tu visita?

Y la oveja respondi : -Hubi~~Ø~~amos tenido un gran honor en visitar tu casa, si no fuera por tu est mago...

Detuve a mi invitado en el umbral de mi casa, y le dije: -No, no te limpies los pies al entrar, sino al salir.

La generosidad no estriba en que me des lo que necesito m~~Æ~~s que t , sino en que me des lo que t necesitas m~~Æ~~s que yo.

En verdad sois caritativos cuando dais, y cuando al dar, volv~~Ø~~s el rostro para no ver la timidez de quien recibe.

La diferencia entre el hombre m~~Æ~~s rico y el m~~Æ~~s pobre no es sino un d a de hambre y una hora de sed.

A menudo pedimos prestado a nuestro ma~~æ~~ana, para pagar las deudas de nuestros ayeres.

A m tambi~~Ø~~n me visitan ~~Æ~~geles y demonios, pero me deshago de ellos.

Cuando es un ~~Æ~~gel, recito una vieja oraci n, y el ~~Æ~~gel se aburre.

Cuando es un demonio, cometo un viejo pecado, y el demonio se aleja de m .

Despu~~Ø~~s de todo, no es esta una mala prisi n; pero no me gusta ~~Ø~~ste muro entre mi celda y la del recluso de al lado.

Sin embargo, os aseguro que no es mi intenci n hacer reproches, ni al alcalde, ni al Constructor de la prisi n.

Los que te dan una serpiente cuando les pides un pescado, acaso no tengan m~~Æ~~s que serpientes. Por lo tanto, si esto te dan, es generosidad de parte de ellos.

El enga~~æ~~o tiene ~~Ø~~xito a veces, pero siempre termina por suicidarse.

En realidad sabes perdonar cuando perdonas a los asesinos que nunca derraman sangre,

a los ladrones que nunca roban y a los mentirosos que jamás dicen una falsedad.

Quien pueda poner el dedo en la línea que separa el bien del mal, es el que podrá tocar la orla de la túnica de Dios.

Si tu corazón es un volcán, ¿cómo esperas que florezcan rosas en tus manos?

¡Qué extraña forma de autocomplacencia! Hay veces en que me hacen daño y me engañan, y sólo a expensas de quienes creen que no me doy cuenta de que me hacen daño y me engañan.

¿Qué diría de aquel perseguidor que representa el papel de perseguido? Deja que el que se limpia las manos sucias en tu traje se lleve ese traje. Quizás él, lo necesite alguna vez; tú seguramente no.

Es una lástima que los cambistas no puedan ser buenos jardineros.

Por favor, ¡no blanquee tus defectos con los virtudes adquiridas! Prefiero tus defectos; son como los mos.

¡Qué a menudo me he atribuido crímenes que nunca cometí, para que la otra persona se sintiera cómoda en mi presencia!

Incluso las máscaras de la vida son máscaras de un misterio más profundo.

Puedes juzgar a los demás sólo según el conocimiento que tengas de ti mismo. Dime, ahora: ¿quién de nosotros es culpable, y quién, inocente?

El verdadero justo es aquel que se siente culpable, a medias, de tus faltas.

Sólo el idiota y el genio infringen la ley hecha por el hombre; y son los que están más cerca del corazón de Dios.

Sólo cuando te persiguen te haces veloz.

No tengo enemigos, ¡oh Dios!, pero si es preciso que tenga un enemigo, que su fuerza sea igual a la mía, y que sólo la verdad triunfe.

Seré bastante buen amigo de tu enemigo actual, cuando ambos mueran.

Es posible que un hombre se suicide en defensa propia.

Hace mucho vivió un Hombre al que crucificaron por amar demasiado, y por ser demasiado adorable.

Y aunque os parezca extraño, ayer me encontré con él, tres veces.

La primera vez, le pedí a un policía que no se llevara a una prostituta a la cárcel; la

segunda vez, beba en compaña de un forajido; y la tercera vez, estaba boxeando con un promotor de peleas, en el interior de una iglesia.

Si todo lo que dicen del bien y del mal fuera cierto, toda mi vida no ser a más que un largo y constante crimen.

La piedad o conmiseración, es justicia a medias.

El único que ha sido injusto conmigo es aquel con cuyo hermano he sido injusto.

Cuando veas que a un hombre lo llevan a prisión, di en tu corazón: "Acaso escape de una prisión más estrecha". Y cuando veas a un hombre ebrio, di en tu corazón: "Acaso trate de escapar de algo aún menos bello".

Muchas veces he odiado en defensa propia; pero si fuera yo más fuerte, no habría utilizado un arma tan vil.

¡Qué tonto es el que quiere ocultar el odio que asoma por sus ojos con la sonrisa de sus labios!

Si lo quienes se sientan por debajo de mí podrán envidiarme u odiarme.

Nunca me han envidiado ni odiado; no estoy por encima de nadie.

Si lo quienes se sientan por encima de mí podrán elogiarme o vituperarme.

Nunca me han elogiado ni minimizado; no estoy por debajo de nadie.

Cuando me dices: "No te comprendo", es un elogio que va más allá de mi valer y un insulto que no mereces.

¡Qué mezquino soy cuando la Vida me da oro, y te doy plata, y todavía me considero generoso!

Cuando llegues al corazón de la Vida, sabrás que no estás por encima del felicitación, ni por debajo del profeta.

Es extraño que te conduzcas del lento de pies, y no del lento de intelecto.

Y que tengas lástima del ciego, y no del de corazón ciego.

Es sensato que el cojo no rompa sus muletas en la cabeza de su enemigo.

¡Qué ciego es el que te deja algo de su bolsillo, para poder tomar algo de tu corazón!

La Vida es una procesión. El de pies lentos la considera demasiado veloz, y se aparta de ella.

Y el de pies veloces la encuentra demasiado veloz, y también se aparta de ella.

Si existe lo que llaman "pecado", algunos de nosotros lo cometemos siguiendo los pasos de nuestros antepasados.

Y otros lo cometemos adelantándonos, siendo demasiado exigentes con nuestros hijos.

El hombre verdaderamente bueno es aquel que es uno con todos los considerados malos.

Todos somos reclusos de alguna prisi n, pero algunos estamos en celdas con ventanas, y otros no.

Es extrao que todos defendamos nuestros errores con m h nco que nuestros derechos.

Si unos a otros nos confesamos en voz alta nuestros pecados, todos reir amos unos de otros, de nuestra falta de originalidad.

Y si nos revelamos unos a otros nuestras virtudes, tambi n reir amos por la misma causa.

Un individuo est por encima de las leyes hechas por el hombre hasta que comete un crimen contra las convenciones humanas.

Despu s de eso, ya no est ni por encima de nadie, ni por debajo de nadie.

El Gobierno es un acuerdo entre t y yo. Y, a menudo, t y yo nos equivocamos.

El crimen es, u otro nombre de la necesidad, o bien un aspecto de la enfermedad. ¿Hay falta mayor que estar consciente de las faltas de los dem s?

Si la otra persona se re de ti, puedes tenerle l tima; pero si t te res de esa persona, acaso nunca te lo perdones. Si la otra persona te hiere, puedes perdonarla. Pero si eres t el que hiere, siempre lo recordar s.

En verdad la otra persona es tu yo m s sensible, al que se le ha dado otro cuerpo. ¡Qu otolondrado eres cuando quieres que los hombres vuelen con tus alas y ni siquiera puedes darles una pluma!

Una vez un hombre se sent a mi mesa, comi mi pan y bebi mi vino, y al marcharse hizo mof de m .

Luego, el mismo hombre acudi a m nuevamente, en busca de pan y vino, y lo rechac

Y los ngeles se rieron de m .

El odio es una cosa muerta. ¿A qui n de vosotros le gustar a ser una tumba?

El honor del asesinato estriba en no ser el asesino.

La tribuna de la humanidad reside en su silente coraz n; nunca en su parlanchina mente.

Me juzgan loco porque no vendo mis d as por oro.

Y yo los juzgo locos, porque piensan que mis d as tienen precio.

Ellos despliegan frente a nosotros sus tesoros de oro y plata, de marfil y de oano, y nosotros desplegamos ante ellos nuestros corazones y nuestros esp ritus.

Sin embargo, ellos piensan que son anfitriones, y nosotros los hu sspedes.

Ser a yo el último entre los hombres que sueñan, y que tienen el deseo de realizar sus sueños, y no el más encumbrado, sin sueños ni deseos.

El hombre más digno de lástima es el que convierte sus sueños en oro y plata.

Todos vamos subiendo hacia la cumbre del deseo de nuestro corazón. Si tu vecino, al subir, te roba tu talego y tu bolsa, y con ello agrega peso a su carga, debes tener piedad de él.

Porque la subida será más ardua para su carne, y la carga alargará su camino. Y si tú, en tu ligereza, ves que jadea ese ladrón y que su carne flaquea al subir, ayúdalo un poco; así será más veloz.

No puedes juzgar a ningún hombre más allá de tu conocimiento de ese hombre. ¡Y cuánto reducido es tu conocimiento!

No escuchar a al conquistador que predice a los conquistados.

El verdadero hombre libre es el que soporta el peso de su cadena con paciencia.

Mi vecino me dijo hace mil años: -Odio la vida, porque no es sino motivo de dolor. Y ayer, al pasar por el cementerio, vi a la Vida bailando sobre su tumba.

La lucha, en la Naturaleza, no es sino desorden, ansioso de orden.

La soledad es una callada tempestad que rompe y derriba todas nuestras ramas muertas, pero que envía a nuestras raíces vivas a mayor profundidad en el viviente corazón de la viviente tierra.

Una vez hablé del mar a un arroyuelo, y el arroyuelo pensó que mi imaginación exageraba.

Y en otra ocasión hablé del arroyuelo al mar, y el mar pensó que yo era un despreciativo difamador.

¡Qué estrecha es la visión que exalta la laboriosidad de la hormiga por encima del canto del grillo!

Es posible que la más alta virtud aquí, sea la menor, en otro mundo.

Lo hondo y lo alto son a la profundidad o a la altura, sólo lo espacioso puede moverse en círculos.

Si no fuera por nuestra noción de las pesas y las medidas, nos quedaríamos atónitos ante la luciférnaga, como ante el Sol.

Un científico sin imaginación es un carnicero, con cuchillos mellados y balanzas desequilibradas.

Pero, ¿qu~~o~~ hacer? No todos somos vegetarianos.

Cuando cantas, el hambriento te escucha con el est mago ...

La muerte no est~~á~~ cerca del anciano que del reci~~o~~n nacido; tampoco la vida.

Si de veras tienes que ser franco, hazlo humanamente; si no, guarda silencio, porque en nuestro barrio hay un hombre que est~~á~~ muriendo.

Acaso un funeral entre hombres sea una celebraci~~o~~n de bodas entre ~~Á~~ngeles.

Una realidad olvidada puede morir, y dejar en su testamento mil hechos y realidades, para que se gasten en su funeral y en la construcci~~o~~n de su tumba.

En realidad, s lo hablamos para nosotros mismos, pero a veces hablamos en voz suficientemente alta, para que los dem~~á~~s puedan o rnos.

Lo evidente es eso que no se ve si no se expresa con sencillez.

Si la Va L~~á~~tea no estuviera dentro de m , ¿c~~o~~mo hubiera podido verla o conocerla?

A menos que sea yo un f sico entre f sicos, nadie creer~~á~~ que soy astr~~o~~ nomo.

Acaso la definici~~o~~n del mar, respecto a la concha, sea la perla.
Y acaso la definici~~o~~n del tiempo, respecto al carb~~o~~n, sea el diamante.

La fama es la sombra de la pasi~~o~~n que se yergue a la luz.

Una ra z es una flor que desprecia la fama.

No hay religi~~o~~n ni ciencia m~~á~~s all~~á~~ de la belleza.

Todo gran hombre que he conocido ten a alguna peque~~ñ~~ez; y fue esa peque~~ñ~~ez la que impidi~~ó~~ que el gran hombre se volviera inactivo, o loco, o que se suicidara.

El verdadero gran hombre es el que no se ense~~ñ~~orea de nadie, ni permite que nadie lo domine.

No creer~~o~~ que el hombre es mediocre, simplemente porque mata a los criminales y a los profetas, enfermo de arrogancia.

La tolerancia es amor.

Los gusanos volver~~á~~n; pero ¿no es extra~~ñ~~o que hasta los elefantes yazcan en la tierra?

Un desacuerdo puede ser el m~~á~~s corto atajo entre dos mentes.

Soy la llama y la mecha; y una parte de m mismo consume la otra.

Todos vamos en pos de la cumbre de la montaña sagrada; pero, ¿no será más corto nuestro camino si consideráramos el pasado un mapa, y no una guía?

La sabiduría deja de ser sabiduría cuando es demasiado orgullosa para llorar, demasiado grave para reír y demasiado llena de sí misma para buscar a los demás.

Si me llenara de todo lo que sabes, ¿qué espacio quedaría para todo lo que no sabes?

He aprendido a callar de los parlanchines; a tolerar de los intelectuales, y a ser bondadoso de los duros de corazón. No obstante, es extraño que no sienta gratitud hacia tales maestros.

Un fanático es un orador más sordo que una tapia.

El silencio del envidioso produce demasiado ruido.

Cuando llegues al final de lo que debes ser, estarás al principio de lo que debes sentir.

Una exageración es una verdad que ha perdido la compostura.

Si sólo puedes ver lo que revela la luz, y oír solamente lo que anuncia el sonido, entonces, en verdad, ni ves, ni oyes.

Un hecho es una verdad asexuada.

No puedes reír y ser despiadado al mismo tiempo.

Los más cercanos a mi corazón: un rey sin reino y un pobre que no sabe mendigar.

Un tímido fracaso es más noble que un éxito inmodesto.

Cava en cualquier parte de la tierra y hallarás un tesoro. Pero debes cavar con la fe del campesino.

Dijo una zorra a la que seguían veinte jinetes y una jauría de veinte perros: -Por supuesto, me alcanzarán y me matarán. Pero, ¡qué torpes son! Seguramente, no valdrá la pena que veinte zorras, montadas en veinte asnos y acompañadas por veinte lobos, cazaran y mataran a un hombre.

Es la mente la que se pliega a las leyes que hemos hecho, pero nunca el espíritu que mora en nosotros.

Soy un viajero y navegante, y cada día descubro una nueva región de mi alma.

Una mujer protestó, diciendo:

-¡Por supuesto que fue una guerra justa! ¡Mi hijo cayó en ella!

Dije a la Vida: -Me gustaría oír hablar a la Muerte.

Y la Vida levantó la voz un poco más, y dijo: -La estás oyendo ahora mismo.

Cuando hayas resuelto todos los misterios de la vida, anhelar la muerte, porque ésta no es sino otro misterio de la vida.

El nacimiento y la muerte son las más nobles expresiones de la vida.

Amigo mío, tú y yo seguiremos siendo ajenos a la vida, y ajenos el uno al otro, y cada cual ajeno a sí mismo, hasta el día en que hables y yo te escuche, considerando que tu voz es mi propia voz. Y hasta el día en que yo esté de pie frente a ti y piense que estoy frente a un espejo.

Me dicen: -Si te conocieras a ti mismo, conocerías a todos los hombres.

Y yo digo: -Solo cuando busque el conocimiento de todos los hombres, me conoceré a mí mismo.

El hombre es dos hombres: uno de ellos está despierto en la oscuridad, otro dormido en la luz.

Un ermitaño es aquel que renuncia al mundo de los fragmentos, para poder gozar del mundo, plenamente, y sin interrupción.

Hay un prado verde entre el sabio universitario y el poeta; si el sabio lo cruza, se convierte en verdadero sabio; si el poeta lo cruza, llega a ser profeta.

Ayer vi a unos filsofos en el mercado, que llevaban sus cabezas en cestos, y gritaban:

-¡Sabiduría! ¡Se vende sabiduría!

¡Pobres filsofos! ¡Necesitan vender sus cabezas para poder alimentar sus corazones!

Dijo un filsofo a un barrendero: -Me inspiras lástima; tu trabajo es arduo y sucio.

Y el barrendero de calles le respondió: -Gracias, señor. Pero, dígame, ¿cuál es vuestro trabajo?

Y el filsofo le contestó: -Estudio la mente del hombre, sus actos y deseos.

El barrendero siguió con su trabajo y dijo, sonriendo: -También me inspiras lástima.

Aquel que escucha la verdad no es inferior al que dice la verdad.

Ningún hombre puede trazar la línea que separa lo necesario de lo superfluo. Solamente los ángeles pueden hacerlo, y los ángeles son sabios y pensativos.

Es posible que los ángeles sean nuestros mejores pensamientos, que vagan en el espacio.

El verdadero príncipe es aquel que encuentra su trono en el corazón del derviche.

La generosidad consiste en dar más de lo que puedes, y el orgullo, en tomar menos de lo que necesitas.

En verdad, no debes nada a ningún hombre en particular. Lo debes todo, a todos los hombres.

Todos los que han vivido en el pasado, viven ahora con nosotros. Y seguramente ninguno de nosotros ser a un anfitri n poco atento...

Aquel que anhela mÆ, vive mÆ.

Me dicen: "MÆ vale pÆro en mano, que ciento volando".

Pero yo digo: "Un pÆro y un plumaje en vuelo, vale mÆ que ciento en la mano".

Buscar ese plumaje en vuelo es buscar la vida con pies alados; es mÆ, tal b s queda es la vida misma.

S lo hay dos elementos en la vida: la belleza y la verdad. Belleza, en los corazones de los amantes; verdad, en los brazos de los labradores.

La gran belleza me extasa, pero una belleza a n mayor me libera, incluso de m mismo.

La belleza brilla mÆ en el coraz n del que anhela, que en los ojos de quien la contempla.

Admiro al hombre que me revela su mente; honro a quien me revela sus sueos. Pero, ¿por quØ me siento cohibido y hasta un poco humillado, ante quien me sirve?

Los bien dotados, en otras Øocas se enorgullec an de servir a los prncipes. Ahora, consideran un honor servir a los pobres.

Los Ångeles saben que muchos hombres prÆticos se ganan el pan con el sudor de la frente del soador.

El ingenio es, a menudo, una mÆscara. Si pudieras quitÆsela al ingenioso, descubrir as, o un genio irritado, o un talento juguet n.

El comprensivo me atribuye capacidad de comprensi n y el hastiado me considera aburrido. Creo que ambos estÆn en lo cierto.

S lo quienes tienen secretos en sus corazones pueden adivinar los secretos de nuestros corazones.

Aquel que comparte tu placer, pero no comparte tu dolor, perderÆ la llave de una de las siete puertas del Para so.

S; hay un Nirvana; consiste en llevar tus ovejas a un verde pastizal, y en llevar a tu hijo a la cama, y en escribir la ltima lnea de tu poema.

Elegimos nuestras alegr as y nuestras penas mucho antes de sentir las.

La tristeza no es mÆ que una pared entre dos jardines.

Cuando tu alegr a o tu tristeza se vuelven grandes, el mundo se vuelve pequeo.

El deseo es la mitad de la vida; la indiferencia, la mitad de la muerte.

Lo más amargo de nuestra pena de hoy es el recuerdo de la alegría de ayer.

Me dicen: "Tienes que elegir entre los placeres de este mundo y la paz del otro mundo".

Y yo les digo: "He elegido, tanto los placeres de este mundo, como la paz del otro mundo. Porque sólo en mi corazón que el Supremo Poeta no escribió sino un poema, de cadencia perfecta, y de rima perfecta".

La fe es un oasis en el corazón, al que nunca llega la caravana del pensar.

Cuando llegues a lo más alto de ti mismo, sólo lo deseas por desear; y sólo lo tendrás hambre por el hambre misma; y tendrás sed de una sed mayor.

Si revelas tus secretos al viento, no debes culpar al viento por revelarlos a los árboles.

Las flores de la primavera son los sueños del invierno, narrados en la mesa del desayuno de los ángeles.

Un zorrillo dijo a un nardo:

-Mira cuán velozmente corro, mientras que tú no puedes caminar y ni siquiera arrastrarte.

Y contestó el nardo al zorrillo:

-¡Oh muy noble y veloz corredor, por favor, corre velozmente!

Las tortugas pueden decirnos más acerca de los caminos que las liebres.

Es extraño que las criaturas sin columna vertebral tengan las conchas más duras.

El más parlanchín es el menos inteligente, y casi no hay diferencia entre el orador y el director de subastas.

Agradece que no tengas que vivir del renombre de un padre, ni de la riqueza de un tío.

Pero, más que nada, agradece que ninguno tenga que vivir de tu renombre, ni de tu riqueza.

Un malabarista sólo me atrae cuando falla al atrapar una pelota.

El envidioso me alaba, sin saberlo.

Por mucho tiempo fuiste un sueño en el sueño de tu madre, luego despertó y te dio el ser.

El germen de la raza estaba en el anhelo de tu madre.

Mi padre y mi madre deseaban un hijo, y me procrearon. Y yo deseé una madre y un padre, y engendré la noche y el mar.

Algunos de nuestros hijos son nuestras justificaciones, y otros no son sino nuestros remordimientos.

Cuando llegue la noche y también estés oscuro, reposa en la cama y acepta estar oscuro.

Y cuando llegue la mañana y todavía estés oscuro levántate, y di voluntariamente al día: "Todavía estoy oscuro". Es tonto representar un papel ante el día y ante la noche. Ambos se reirán de ti.

La montaña envuelta en bruma no es una colina; un roble bajo la lluvia no es un sauce llorón.

He aquí una paradoja: lo hondo y lo alto están más cerca uno del otro, que lo que lo está el nivel medio.

Cuando estuve frente a ti, como un nítido espejo, miraste dentro de mí y viste tu propia imagen.

Luego, dijiste: -Te amo.

Pero, en verdad, te amaste a ti misma, en mí.

Cuando disfrutas amando a tu prójimo, el amor deja de ser una virtud.

El amor que no está brotando continuamente, está muriendo continuamente.

No puedes tener juventud y conciencia de ella, al mismo tiempo; porque la juventud está demasiado ocupada en vivir, para saber, y el conocimiento está demasiado ocupado en buscarse a sí mismo, para vivir.

Acaso te sientes a la ventana a observar a los transeúntes. Y al observar, acaso veas, a tu mano derecha, a una monja que pasa, y a tu izquierda, a una prostituta.

Y acaso, en tu ingenuidad, digas: "¡Qué noble es una, y qué innoble la otra!"

Pero debieras cerrar los ojos, y seguramente escucharás una voz que susurra en el éter: -Una de ellas me busca en la oración, y la otra, en el dolor. Y en el espíritu de cada una de ellas hay una reverencia para mi Espíritu.

Una vez cada cien años, Jesús el Nazareno se reúne con el Jesús de los cristianos en un jardín, entre los cedros del Líbano. Y hablan largamente; a cada vez, Jesús el Nazareno se despide del Jesús de los cristianos, diciendo: "Amigo mío, temo que nunca, nunca, nos pondremos de acuerdo".

¡Que Dios alimente a los demasiado opulentos!

Todo gran hombre tiene dos corazones: el uno sangra y el otro late con clemencia.

Si alguien dice una mentira que no te hiere a ti, ni a nadie más, ¿por qué no decir que la casa de sus hechos es demasiado pequeña para sus fantasmas, y que tiene que salir de ella, en busca de mayor espacio?

Tras toda puerta cerrada hay un misterio sellado con siete sellos.

La espera son los cascos del caballo del tiempo.

¿Cómo sabes si la dificultad no es sino una nueva ventana en el muro de tu casa que da al oriente?

Puedes olvidar a aquel con quien has reído, pero nunca a aquel con quien has llorado.

Debe de haber algo extraordinariamente sagrado en la sal. Está en nuestras lágrimas y en el mar.

Nuestro Dios, en su magnífica sed, nos beberá a todos: a la gota de rocío y a la lágrima.

No eres sino un fragmento de tu ser gigantesco; una boca que busca el pan y una ciega mano que sostiene la copa a una boca sedienta.

Si te alzaras un codo por encima de la raza, del país y del yo, ciertamente serás parecido a los dioses.

Si estuviera en tu lugar, no advertiría el problema mientras el barco estuviera en marea baja.

Es un buen barco y nuestro Capitán es hábil; sólo nuestro estómago está desordenado.

Lo que anhelamos y todavía no logramos es más valioso que lo que ya hemos logrado.

Si te sentaras en una nube, no veras las líneas divisorias entre país y país, ni los mojones entre granja y granja.

Es una lástima que no puedas sentarte en una nube...

Hace siete siglos, siete blancas palomas surgieron de un profundo valle para volar hasta la nevada cumbre de una montaña. Uno de los siete hombres que observaban el vuelo dijo:

-Veo una mancha negra en el ala de la séptima paloma.

Hoy, la gente de ese valle habla de siete palomas negras que volaron hasta la nevada cumbre de la montaña.

En el otoño reúno todas mis tristezas, y las enterró en mi jardín.

Y cuando regresó abril y la primavera llegó a celebrar sus bodas con la tierra, crecieron en mi jardín flores hermosas, como ningunas otras flores.

Y mis vecinos acudieron a contemplarlas, y todos me dijeron:

-Cuando llegue el otoño, en la época de la siembra, ¿nos darás semillas de esas flores, para que también crezcan en nuestros jardines?

En verdad, es lastimoso que extienda yo la mano vacía a los hombres y no reciba nada; pero es más desesperante que extienda yo la mano llena de dones, y no encuentre a nadie que los reciba.

Ans o la eternidad, porque ah encontrarØ mis poemas no escritos, y los cuadros que no he pintado.

El arte es un paso de la Naturaleza al infinito.
Una obra de arte es una niebla, tallada en una imagen.

Incluso las manos que hacen coronas de espinas son mejores que las manos ociosas.

Nuestras m/È sagradas l/Ègrimas nunca acuden a nuestros ojos.

Todo hombre es descendiente de todos los reyes y de todos los esclavos que han vivido en todas las Øpocas.

Si el bisabuelo de Jes s hubiese sabido lo que hab a latente en Ø, ¿no hubiera sentido compasi n de s mismo?

¿Fue menor el amor de la madre de Judas por su hijo, que el de Mar a por Jes s?

Hay tres milagros de nuestro hermano Jes s que no consigna ning n libro: primero, que fue un hombre como t y como yo; segundo, que ten a sentido del humor; y tercero, que sab a que era un conquistador, aunque conquistado.

Crucificado, est/È crucificado en mi coraz n; y los clavos que taladran tus manos taladran las paredes de mi coraz n. Y maana, cuando un forastero pase por este G lgota, no sabr/È que dos hombres sangraron aqu .
Creer/È que es la sangre de un solo hombre.

Es posible que hay/Ès o do hablar de la Montaa Sagrada.

Es la montaa m/È alta de nuestro mundo.

Si llegas a la cumbre, s lo tendr/È un deseo: descender y morar con los que viven en el valle m/È profundo.

Por eso la llaman la Montaa Sagrada.

Debo liberar con mis hechos cada palabra que he encarcelado en la expresi n.



DICHOS ESPIRITUALES

Khalil Gibran

- Descubrir el secreto del mar meditando sobre una gota de rocío.
- ¿Dónde puedo encontrar un hombre gobernado por la razón y no por los hábitos y los deseos?
- A medida que los dones se acrecientan, decrecen los amigos.
Si eres pobre, rehuye asociarte con aquel que mide a los hombres con la vara de la riqueza.
- Prefiero ser un soñador entre los más humildes, con visiones por concretar, que soñar entre los carentes de sueños y deseos.
- De las dos principales recompensas de la vida, la belleza y la verdad, encontré la primera en un corazón amante y la segunda en la mano de un trabajador.
- La gente habla de las plagas estremeciéndose de temor, aunque de destructores como Alejandro y Napoleón habla con estética veneración.
- El ahorro es ser generoso, para todos excepto para con los avaros.
- Los vi comiendo y supe quiénes eran.
- Un hombre no puede descender más bajo que cuando convierte sus sueños en oro y plata.
- Alguien dijo a un terco parlanchín:
● -Tu conversación alivia y cura el doliente corazón. Entonces éste enmudeció y pretendió ser médico.
- ¿Qué puedo decir del hombre que me abofetea cuando beso su rostro y que besa mi pie cuando lo abofeteo?
- ¡Qué dura es la vida de aquel que pide amor y recibe pasión!

- Para aproximarte a Dios, aproxímate a la gente.
- El matrimonio es la vida o la muerte; no hay término medio.

- Guardadme del hombre que dice: "Soy el candil que ilumina el camino de la gente"; pero acercadme a aquél que busca su camino a través de la luz de la gente.

- Vivir en la mente es esclavitud, a menos que ésta se haya convertido en una parte del cuerpo.
- Algunos piensan que les hago un guiño cuando cierro los ojos para no verlos.

- Mis evidencias convencen al ignorante, y las evidencias del sabio me convencen a mí. Pero a aquel cuyo razonamiento está entre la sabiduría y la ignorancia, a éste no puedo convencerlo, ni él puede convencerme a mí.

- Si la recompensa es la meta de la religión, si el patriotismo sirve a intereses egoístas, y si se persigue la educación para medrar, entonces prefiero ser un descreído, un apátrida y un humilde ignorante.

- El tiempo llegar. En que la gente niegue parentesco con nosotros, as como nosotros negamos parentesco con los monos.
- Algunos oyen con las orejas, algunos con el est mago, algunos con el bolsillo; y algunos no oyen en absoluto.
- Algunas almas son como esponjas. Al exprimirlas, no se puede obtener nada de ellas, excepto lo que han absorbido de ti.
- Si hubiera dos hombres semejantes, el mundo no ser a suficientemente grande para contenerlos.
- Esta es la historia del hombre: nacimiento, matrimonio y muerte; y nacimiento, matrimonio y muerte; y nacimiento, matrimonio y muerte. Pero entonces un loco con ideas extraas aparece ante la gente y cuenta un sueo de un mundo diferente cuyas criaturas, mÆ ilustradas, ven en sus sueos algo mÆ que nacimiento, matrimonio y muerte.
- Trae el desastre a su naci n aquØ que nunca siembra una semilla, o pone un ladrillo, o teje una prenda, pero hace de la pol tica su ocupaci n.
- AdornÆdose, uno reconoce su fealdad.
- Dicen que el silencio reside en el contentamiento; pero yo os digo que la negaci n, la rebeli n y el desprecio moran en el silencio.
- A n tengo que encontrar al ignorante cuyas races no estØn enclavadas en mi alma.
- La Verdad es la hija de la Inspiraci n; el anÆlisis y la discusi n mantienen a la gente alejada de la Verdad.
- Aquel que te perdona un pecado que no has cometido, se perdona a s mismo su propio crimen.
- El exp sito es un infante cuya madre lo concibi entre el amor y la fe, y lo dio a luz entre el miedo y el desvar o de la muerte. Lo envolvi con un resto viviente de su coraz n, lo . dej en la puerta del orfanato y parti con la cabeza gacha bajo la pesada carga de su cruz. Y para completar su tragedia, t y yo la vituperamos. " ¡QuØ desgracia, quØ desgracia!"
- La ambici n es una especie de trabajo.
- La divisi n entre sabio y necio es mÆ delgada que la tela de araa.
- Algunos buscan el placer en el dolor; y otros no pueden limpiarse sino con suciedad.
- El miedo al infierno %es el infierno mismo, y el anhelo del para so es el para so mismo.

- No debemos olvidar que todavía existen habitantes de las cavernas; las cavernas son nuestros corazones.
- Podemos cambiar con las estaciones, pero las estaciones no nos cambiarán a nosotros.
- Tres cosas me gustan en la literatura: la rebelión, la perfección y lo abstracto. Y las tres cosas que odio en ella son la imitación, la distorsión y la complejidad.
- Si eliges entre dos males, deja que tu elección recaiga sobre lo obvio antes que sobre lo oculto, a pesar de que lo primero aparezca más grande que lo segundo.
- Libradme de aquel que no dice la verdad a menos que esté atormentado; y del hombre de buena conducta y malas intenciones; y de aquel que adquiere autoestima criticando a los demás.
- La canción del mar, ¿termina en la costa o en el corazón de aquellos que la escuchan?
- El rico reclama parentesco con aquellos de noble origen; y el de noble casta busca matrimonio entre los ricos; y uno desprecia al otro.
- La mayoría de nosotros oscila dudosamente entre la muda rebelión y la parlanchina sumisión.
- El mal intencionado nunca alcanza su propio sitio.
- El supremo estado del alma es obedecer a nada aquello contra lo que la mente se rebela. Y el más bajo estado de la mente es rebelarse contra aquello que el alma obedece.
- Me alimentan con la leche de su compasión; si solamente supieran que fui destetado de ese pezón desde el día de mi nacimiento.
- El hombre espiritual es aquel que ha experimentado todas las cosas terrenales, y se ha rebelado contra ellas.
- Es extraño que la virtud no me cause nada más que daño, mientras que mi maldad nunca me ha ocasionado perjuicio. Añás, continúo siendo fanático de mi virtud.
- Oh, corazón, si el ignorante te dice que el alma perece con el cuerpo, tú respóndele que la flor perece, pero la semilla permanece. Esta es la ley de Dios.
- Si deseas ver los valles, trepa a la cima de la montaña; si deseas ver la cima de la montaña, elevate a las nubes; pero si aspiras a entender las nubes, cierra los ojos y piensa.
- La vida nos besa en ambas mejillas

- De día y de mañana,
- Pero re de nuestros actos
- De tarde y de madrugada.

- Escucha a la mujer cuando te mira, pero no cuando te habla.

- El afecto es la juventud del corazón, y el pensamiento es la madurez del corazón; pero la oratoria es su senilidad. ¿Quién de nosotros escucha el himno del arroyo cuando habla la tempestad?

- Dura es la vida para aquel que desea la muerte pero continúa viviendo por el bien de sus seres queridos.

- Vagaba por inexplorados lugares de la tierra cuando fui apresado y convertido en esclavo. Luego fui liberado y me convertí en un ciudadano común y, a su tiempo, en mercader, erudito, ministro, rey, tirano. Después de ser destronado me convertí en agitador, maleante, impostor, vagabundo, luego en un esclavo perdido en el inexplorado reino de mi alma.

- Así como entre cuerpo y alma hay un lazo, así también el cuerpo y su medio ambiente uno a otro están ligados.

- No te contentes con poco; aquel que lleve a la fuente de la vida una jarra vacía, retornará con dos jarras colmadas. Aquel que nos mire a través de los ojos de Dios, verá nuestra desnuda realidad esencial.

- Dios hizo la Verdad con muchas puertas para dar la bienvenida a todos los creyentes que llamaran a ellas.

- La flor que crece por encima de las nubes no se marchitará jamás. Y la canción cantada por los labios de las novias del alba no se desvanecerá jamás.

- Aquella que filosofa es como un espejo que refleja los objetos que no puede ver, como una caverna que devuelve el eco de las voces que no oye.

- Poeta es aquél que te hace sentir, tras haber leído su poema, que sus mejores versos aún no han sido compuestos.

- El tirano reclama vino dulce de uvas ácidas.

- ¿Quién entre los hombres puede vagar por el fondo del mar como si estuviera paseando por un jardín?

- ¿Crees que puedes comprender la sustancia preguntando sobre los propósitos?
¿Puedes reconocer el sabor del vino mirando la jarra?

- De mi oscuridad surgió una luz e iluminó mi sendero.

- Nuestras almas atraviesan espacios en la Vida que no son mensurables en Tiempo, esa invención del hombre.
- Aquel que se revela a sí mismo lo que su conciencia ha prohibido, comete un pecado.
- Y es también un pecador aquel que se niega a sí mismo lo que su conciencia ha revelado.
- La Poesía es el secreto, del alma. ¿Por qué entonces balbucearla en palabras?
- La Poesía es una llama en el corazón, pero la retórica es, copos de nieve. ¿Cómo pueden reunirse la llama y la nieve? La Poesía es la comprensión del todo. ¿Cómo puedes entonces comunicársela a aquel que no comprende sino una parte?
- Cuando gravemente el gloton aconseja al hambriento que soporte los tormentos del hambre.
- Los gobiernos representativos eran, en el pasado, el fruto de las revoluciones; hoy son una consecuencia económica.
- Una nación débil debilita a sus fuertes y fortalece a los débiles de una nación poderosa.
- El pesar del amor canta, la tristeza del conocimiento habla, la melancolía del deseo susurra y la angustia de la pobreza llora. Pero hay una pena más profunda que el amor, más sublime que el conocimiento, más fuerte que el deseo y más amarga que la pobreza. Es muda y no tiene voz; sus ojos resplandecen como estrellas.
- El secreto de cantar se encuentra entre la vibración de la voz del cantante y el latido del corazón del oyente.
- El amor es una fórmula de felicidad.
- Un cantante no puede deleitar con su canción a menos que a sí mismo le deleite cantar.
- Cuando, en la desgracia, buscas la comunicación de tu vecino, le das una parte de tu corazón. Si es bondadoso, te lo agradecerá; si es insensible, te desdeñará.
- No progresas mejorando lo que ya está hecho, sino esforzándote por lograr lo que aún queda por hacer.
- La verdad que necesita prueba es sólo la verdad a medias.
- Libradme de la sabiduría que no llora y de la filosofía que no reye y del orgullo que no inclina la cabeza ante un niño.

- Hay entre la gente asesinos que a n no han derramado sangre, y ladrones que no han robado nada, y mentirosos que hasta ahora han dicho la verdad.
- Con marea baja escrib
- Una l nea sobre la arena
- Y puse todo mi coraz n en ella
- Y mi alma toda.
- Con marea alta regresØ
- A leer lo que hab a inscrito
- Y s lo hallØ mi ignorancia.

- Es corto de vista aquel que s lo mira el sendero que transita y el muro en el que se reclina.

- Piensan que la virtud es aquello que me acosa y alivia a mi vecino, y que el pecado es aquello que me alivia y acosa a mi vecino. Que sepan que puedo ser tanto santo como pecador, lejos de ellos, en mi ermita.

- Examina tus cuentas de ayer y encontrarÆ que a n estÆ en deuda con la gente y con la vida.

- La ternura y la amabilidad no son signos de debilidad o desesperaci n, sino manifestaciones de fuerza y resoluci n.

- La pobreza puede velar la arrogancia, y el dolor de la calamidad trata de buscar la mÆcara de la simulaci n.

- El hambriento salvaje arranca una fruta del Æbol y se la come. El hambriento ciudadano de la sociedad civilizada le compra una fruta a uno que se la compr a otro que se la compr a aquØ que la arranc del Æbol.

- Cuando plantØ mi dolor en el campo de la paciencia, dio frutos de felicidad.

- El Arte es un paso en lo conocido hacia lo desconocido. Desdichada la naci n en que cada tribu afirma ser una naci n.

- La educaci n no siembra semillas en ti, pero hace que tus semillas crezcan.

- Comes apresurado pero caminas pausadamente. ¿Por quØ entonces, no comes con los pies y caminas con las manos?

- Al erudito que estaba hecho de pensamiento y afectividad, el habla le fue concedida. Al investigador que estaba hecho de habla, un poco de pensamiento y afectividad le fueron concedidos.

- El entusiasmo es un volcÆ en cuya cima no crece jamÆ la hierba de la indecisi n.

- Puede romperse la piedra del molino, pero el r o contin a su curso hacia el mar.

- La inspiración está en ver una parte del todo con la parte y el todo que hay en ti.
- La contradicción es la forma más baja de la inteligencia.
- Ver que los ardides del zorro triunfan sobre la justicia del león, lleva al creyente a dudar de la justicia.
- Temerle al demonio es una manera de dudar de Dios. "Los esclavos son la imperfección de los reyes.
- La dificultad con que nos encontramos para alcanzar nuestra meta es el sendero más corto para llegar a ella.
- Me dicen: "Si encuentras un esclavo dormido no lo despiertes, puede estar soñando con la libertad." Y yo respondo: "Si encuentras un esclavo dormido, despiértalo y háblale de la libertad."
- Bajo la luz del ojo del hombre, el mundo parece más grande de lo que es.
- Cuando la tierra exhala, nos da la luz. Cuando inhala, la muerte es nuestro sino.
- Eso que llamamos inteligencia es, en la mente de algunos, sólo una inflamación local.
- El arte surge cuando la visión secreta del artista y la manifestación de la naturaleza concuerdan para hallar nuevas formas.
- El martirio es la caída voluntaria del alma suprema hasta el nivel del caído.
- La compulsión es un espejo en el cual aquél que mire largo rato verá su yo interior intentando suicidarse.
- Aquello que crees feo, es nada más que la felonía de lo externo dirigida al yo interior.
- Todos somos prácticos para con nuestro propio interés e idealistas con el que le concierne a otros.
- Tengo lástima de aquel cuyos labios y lengua se retuercen con palabras de elogio, mientras su mano se extiende para mendigar.
- Es virtuoso aquel que no se absuelve a sí mismo de las imperfecciones de los demás.
- Descubrir que la profecía en la gente es como el fruto en el árbol, es conocer la unidad de la vida.
- La Historia no se repite excepto en las mentes de aquellos que no saben Historia.

- El mal es una criatura incongruente, perezosa para obedecer la ley de continuidad de la congruencia.
- ¿Por qué algunos extraen agua de tu mar y alardean de su riachuelo?
- Libre aquel que soporta con paciencia la carga del esclavo.
- La belleza en el corazón que la ansa es más sublime que en los ojos del que la ve.
- Los proverbios carecen de sentido hasta que no se encarnan en hábitos.
- La necesidad de explicación es un signo de debilidad del texto.
- La fe es una certeza dentro del corazón, que trasciende toda comprobación.
- La humanidad es una divinidad escindida por fuera y unida por dentro.
- Aquel que viene con sus mejores galas al funeral de su vecino usará harapos en la boda de su hijo.
- De acuerdo al proverbio árabe, no existen tales cosas como el Fénix, el Vampiro o el Verdadero Amigo del Alma; pero yo os digo que a todos ellos he encontrado entre mis vecinos.
- El creador no presta atención al crítico, a menos que se convierta en un inventor estúpido.
- La prosperidad llega a través de dos cosas: la explotación de la tierra y la distribución de su producción.
- El justo está próximo al corazón de la gente, pero el misericordioso está próximo al corazón de Dios.
- Los excesos provienen de la locura o bien del ingenio. Aquel que compadece a la mujer, la desprecia.
- Aquel que le atribuye los males de la sociedad, la oprime. Aquel que piensa que la bondad y la maldad de la mujer derivan de su propia bondad y maldad, es descaradamente pretencioso. Pero aquel que la acepta tal como Dios la hizo, le hace justicia.
- La pobreza es una temporaria imperfección, pero la riqueza excesiva es un padecimiento perdurable.
- Los recuerdos son un traspaso en el sendero de la Esperanza.
- Nuestro peor error es preocuparnos por los errores de los demás.

- Siempre que hablo cometo errores, porque mis pensamientos se originan en el mundo de las abstracciones y mis afirmaciones en el mundo de las relaciones.
- La poesía es un regalo; se convierte en una mera composición cuando es una combinación de palabras.
- Si no fuera por la vista y el oído, la luz y el sonido no serían nada más que confusión y pulsaciones en el espacio. De la misma manera, si no fuera por el corazón que amas, tú hubieras sido un leve polvo llevado y desparramado por el viento.
- El amor apasionado es una insaciable sed.
- Nadie cree en el sincero excepto el honesto.
- Si deseas entender a una mujer, observa su boca cuando sonríe; pero para estudiar a un hombre, observa el blanco de sus ojos cuando está enojado.
- Alguien me dio un cordero y yo le di un camello hembra. Luego me ofrecí dos corderos y yo le devolví con dos camellos hembras. Tiempo después vino a mi corral y conté mis nueve camellos. Entonces me dio nueve corderos.
- El más sutil entre la gente es aquel que está distante de la gente.
- Tu yo consta de dos partes: una imagina que se conoce a sí misma y la otra que la gente la conoce.
- La ciencia y la religión están en pleno acuerdo, pero la ciencia y la fe están en completo desacuerdo.
- Los sometidos son los más ansiosos por saber acerca de los reyes.
- Cuidar a un paciente es una forma de conservación.
- Si la existencia no hubiera sido mejor que la no-existencia, no existiría el ser.
- Cuando llegues al fin de tu peregrinaje, todo lo verás bello, aun cuando tus ojos nunca hayan visto la belleza.
- Arroja mis alhajas a los cerdos para que las devoren y mueran de glotonería o de indigestión.
- ¿Puede cantar aquel cuya boca está repleta de suciedad?
- Hay dos clases de poetas: el intelectual con una personalidad adquirida, y el inspirado que era un yo años antes de que comenzara su adiestramiento humano. Pero la diferencia entre la inteligencia y la inspiración en la poesía es como la diferencia entre las afiladas uñas que desgarran la piel y los labios etéreos que besan

y curan las llagas del cuerpo.

- Para entender el corazón y la mente de una persona, no te fijas en lo que ha logrado sino en lo que aspira a hacer. Aquel que contempla las imágenes pequeñas y cercanas, tendrá dificultad para ver y distinguir aquellas grandes y remotas.
- Me avergüenzan los elogios, pero el panegirista continúa declamando y me hace parecer desvergonzado ante el mundo entero.
- Cuando meditaba acerca de Jesús, siempre lo veía como un pequeño en el pesebre mirando el rostro de Su madre María por primera vez, o mirando desde la Cruz el rostro de Su madre María por última vez.
- Todos somos guerreros en la batalla de la Vida, pero algunos ganan y otros siguen.
- Las almas son fuegos cuyas cenizas son los cuerpos.
- La pluma es un cetro. ¡Pero cuántos escasos reyes hay entre los escritores!
- Aquel que oculta sus intenciones detrás de floridas palabras de elogio, es como una mujer que busca esconder su fealdad detrás de los cosméticos.
- Si supiera la causa de mi ignorancia sería un sabio.
- La mariposa continúa revoloteando sobre el campo y las gotas de rocío brillan sobre la hierba, cuando se hayan aplanado las pirámides de Egipto y los rascacielos de Nueva York ya no existan.
- ¿Cómo podemos oír la canción de los campos si nuestros oídos tienen que contener todo el clamor de la ciudad?
- El comercio es un robo, a menos que sea un trueque.
- El mejor de los hombres es aquel que se sonroja cuando lo elogias y permanece en silencio cuando lo difamas.
- El dolor que acompaña al amor, a la invención y a la responsabilidad, también provoca deleite.
- Lo que un hombre revela se diferencia de lo que oculta, como la lluvia que cae sobre los campos se diferencia de la nube que se vislumbra amenazante por encima de las montañas.
- El químico que pueda extraer de los elementos de su corazón compasión, respeto, esperanza, paciencia, compunción, sorpresa y clemencia, y combinarlos a todos para formar uno solo, podrá crear ese elemento llamado AMOR.
- Aquel que necesite apremio para realizar un acto noble no podrá realizarlo jamás.

- El fuerte crece en soledad mientras que el débil se marchita.
- Dicen que si uno se comprende a sí mismo, comprende a todos los demás. Pero yo os digo, cuando uno ama a los demás aprende algo acerca de sí mismo.
- Nunca nadie me ha impedido hacer aquello en lo que yo mismo no tuviera interés.
- La fama agobia los hombros de un hombre excelente, y por la forma en que lleva su carga la gente lo juzga. Si la lleva sin detenerse, será promovido al rango de héroe; pero si su pie resbala y cae, se lo cuenta entre los impostores.
- El optimista ve la rosa y no sus espinas; el pesimista ve las espinas, ajeno a la rosa.
- Los anhelos y los deseos son la ocupación de la Vida. Debemos luchar para concretar los anhelos de la Vida y ejecutar sus deseos, aún en contra de nuestra voluntad.
- Aquel que no logra entender el carácter de Sócrates, es hechizado por Alejandro; cuando no puede comprender a Virgilio, elogia a César; si su mente no puede discernir el pensamiento de Laplace, sopla su cuerno y toca su tambor por Napoleón. Y he notado que en la mente de aquellos que admiran a Alejandro, a César o a Napoleón, siempre encuentro un atisbo de servilismo.
- Cuando el hombre inventa una máquina, la maneja, luego la máquina comienza a manejarlo a él, convirtiéndolo en esclavo de su esclavo.
- La virtud de algunos ricos es que nos enseñan a despreciar la riqueza.
- La oratoria es un ardid con que la lengua engaña al oído, pero la elocuencia es la unión del alma con el corazón.
- La civilización comenzó cuando por primera vez el hombre cavó la tierra y plantó una semilla.
- La religión comenzó cuando el hombre discernió la compasión del sol por la semilla que él había sembrado en la tierra.
- El arte comenzó cuando el hombre glorificó al sol con un himno de gratitud.
- La filosofía comenzó cuando el hombre comió el producto de la tierra y se indigestó.
- La valía de un hombre radica en las pocas cosas que crea y no en las muchas posesiones que acumula.
- No hay riqueza verdadera que trascienda las necesidades de un hombre.
- Toda nación es responsable de cada acto de sus individuos. ¿Quién puede separarse de sus pesares y su soledad sin que su corazón sufra?

- Porque la voz no necesita llevar lengua ni labios en sus alas, es que penetra los cielos; de la misma manera, no lleva su nido de Águila sino que se remonta solitaria en el vasto firmamento.
- El amor no conoce su profundidad hasta la hora de la separación.
- La Fe percibe la Verdad antes de lo que puede hacerlo la Experiencia.
- La mayoría de los escritores remiendan sus andrajosos pensamientos con remiendos de los diccionarios.
- Las inhibiciones y las prohibiciones religiosas ocasionan más daño que la anarquía.
- Las redes de la ley están ideadas para atrapar sólo a criminales de poca monta.
- La modestia fingida es imprudencia embellecida.
- El coraje, que es el sexto sentido, halla el camino más corto hacia el triunfo.
- La castidad del cuerpo puede ser la mezquindad del espíritu.
- Sufre, Señor, de la lengua de la vborá, y de aquel que no logra obtener la fama que ansa.
- A n no he encontrado a un hombre fatuo que no esté internamente desconcertado.
- Tememos a la muerte, aunque ansiamos el letargo y los bellos sueños.
- Algunos que son demasiado escrupulosos para robar tus posesiones, no ven, sin embargo, nada malo en manosear tus pensamientos.
- Nuestra pena por los muertos puede ser una forma de los celos.
- Todos admiramos la fuerza, pero ésta impresiona más a la mayoría cuando no tiene forma ni estabilidad. Pocos son aquellos que respetan la fuerza cuando está claramente definida y tiene metas significativas.
- La luz de las estrellas extinguidas hace mucho tiempo a n llega hasta nosotros. Lo mismo ocurre con los grandes hombres que murieron siglos atrás, pero que a n hacen llegar hasta nosotros las radiaciones de su personalidad.
- Sultán de sultanes es aquél que ha ganado el amor de los pobres.
- No hay ninguna comodidad en la civilización de hoy que no cause incomodidad.
- Tu confianza en la gente, y tus dudas acerca de ella, están estrechamente relacionadas con tu autoconfianza y con las dudas que de ti mismo tengas.

- Queremos libertad de palabra y libertad de prensa, aunque no tengamos nada que decir ni nada que valga la pena imprimir.
- A vosotros que alabáis ante mí el "feliz término medio" como modo de vida, os replico: "¿Quién quiere estar tibio entre frío y caliente, o temblar entre la vida y la muerte, o ser gelatina, ni líquida ni sólida?"
- La fuerza y la tolerancia son socios.
- El amor y la vacuidad en nosotros son como el flujo y el reflujo del mar.
- La pobreza se oculta en el pensamiento antes de rendirse al dinero.
- El hombre solamente descubre, nunca puede inventar, ni inventarse.
- El trabajo del filósofo es descubrir el camino más corto entre dos puntos.
- ¿No sería más económico que los gobiernos construyeran asilos para los sanos en vez de para los dementes?
- La piedra más sólida de una estructura es la que está más abajo en los cimientos.
- Cuando no recompensas
 - A aquel que me elogia,
 - Refunfué y se queja.
 - Yo lo sufrí en silencio
 - Y la gente se rió de mí.
- Hasta las leyes de la Vida obedecen a las leyes de la Vida. De la indolencia de mi pueblo, aprendí a ser audaz.
- El más digno de elogio es aquel a quien, injustamente, la gente se rehusa a elogiar.
- El verdadero hombre religioso no abraza una religión; y aquel que la abraza no tiene religión.
- La mayoría de los hombres de sentimientos delicados se apresuran a herir tus sentimientos para impedir que te les adelantes y hieras los de ellos.
- El escritor que extrae su material de un libro es como aquel que pide dinero en préstamo para volver a prestarlo.
- Cuando sobre mi puerta escrib:
 - Deja afuera tus tradiciones,
 - Antes de entrar"
 - Ni un alma se atrevió
 - A visitarme o a abrir mi puerta.

- Distingue entre el obsequio que es un insulto y el obsequio que es una manifestación de respeto.
- Se habla más de aquel que está en desacuerdo que de aquel que está de acuerdo.
- Nunca dudes de una verdad que necesitara explicación, a menos que descubriera que deba analizar la explicación.
- La dulzura está más próxima a la amargura que a la decadencia, no importa qué dulzura huela.
- La esencia de todo lo que hay sobre la tierra, lo visible y lo oculto, es espiritual. Al entrar a la ciudad invisible, mi cuerpo se cubre con mi espíritu. Quien busque escindir el cuerpo del espíritu, o el espíritu del cuerpo, aleja su corazón de la verdad. La flor y su fragancia son una; ciegos son aquellos que niegan el color y la imagen de la flor, diciendo que poseen solo la fragancia vibrando en el éter. Son como aquellos deficientes en el sentido del olfato, para quienes las flores no son nada más que formas y matices desprovistos de fragancia.
- Todo lo creado existe dentro de ti, y todo lo que hay en ti existe en la creación. Está en contacto ilimitado con las cosas más próximas, y, más allá, la distancia no es suficiente para separarte de las cosas distantes. Todo, desde lo más bajo hasta lo más sublime, desde lo más pequeño hasta lo más grande, existe en ti por igual. En un átomo se encuentran todos los elementos de la tierra. Una gota de agua contiene todos los secretos de los océanos. En un impulso de la mente se encuentran todos los impulsos de todas las leyes de la existencia.
- Dios ha puesto en cada alma un apostolado para que nos guíe por el sendero de la iluminación. Sin embargo, muchos buscan la vida en lo externo sin reparar en que está dentro de ellos.
- En la educación, la vida de la mente avanza gradualmente del experimento científico a la teoría intelectual, al sentimiento espiritual, y luego a Dios.
- A menudo seguimos examinando las conchas marinas como si fueran todo cuanto emerge del mar de la vida a la costa del día y de la noche.
- El árbol que planea engañar a la vida viviendo a la sombra, se marchita al ser arrancado y replantado bajo el sol.
- Los idiomas, los gobiernos y las religiones se forman del polvo dorado que se eleva a ambos lados del camino por el que la noble vida del hombre avanza.
- El Espíritu de Occidente es nuestro amigo si lo aceptamos, pero nuestro enemigo si nos dejamos poseer por él; nuestro amigo si le abrimos nuestros corazones, nuestro enemigo si se los entregamos; nuestro amigo si tomamos de él lo que nos conviene, nuestro enemigo si dejamos que nos use a su conveniencia.

- El agotamiento condena a todas las naciones y a todos los pueblos; es una agonía somnolienta, la muerte en una especie de letargo.
- El alfarero puede modelar una jarra de vino con arcilla, pero no con arena ni con grava.
- La aflicción y los lamentos son propios de aquellos que, hallándose ante el trono de la vida, parten sin dejar en sus manos ni una gota del sudor de sus frentes ni de la sangre de sus corazones.
- Devoramos el pan de la caridad porque estamos hambrientos; nos revivifica, luego nos mata.
- ¡Qué horrible es el afecto que pone un ladrillo en un lado de una estructura y destruye una pared en el otro lado!
- ¡Qué salvaje es el amor que planta una flor y desarraiga un campo; que nos revive por un día y nos confunde por una eternidad!
- Los medios para revivir una lengua están en el corazón del poeta y en sus labios y entre sus dedos. El poeta es el intermediario entre el poder creador y la gente. Es el telégrafo que transmite las noticias del mundo del espíritu al mundo de la investigación. El poeta es el padre y la madre de la lengua, que va donde él vaya. Cuando el poeta muere, la lengua permanece postrada sobre su tumba, gimiendo abandonada, hasta que otro poeta viene y la levanta.
- La calamidad de los hijos estriba en las dotes de los padres. Y aquí que no las niegue, permanecer esclavo de la Muerte hasta que muera.
- Los estremecimientos de la gente sacudida por la tormenta de la vida los hace parecer vivos. Pero en realidad han estado muertos desde el día de su nacimiento y yacen insepultos, y el hedor de la decadencia emana de sus cuerpos.
- Los muertos tiemblan ante la tempestad pero los vivos caminan con ella.
- Extraños son los que se adoran a sí mismos, puesto que adoran carrozas.
- Hay misterios en el alma que ninguna hipótesis puede descubrir ni ninguna conjetura revelar.
- Porque naciendo del miedo y vive como un cobarde, el hombre se esconde en las grietas de la tierra cuando ve acercarse la tempestad.
- El faro posee un honor que el hombre no posee. El hombre vive atrapado por sus leyes y tradiciones fabricadas; pero los faros viven de acuerdo con la ley natural de Dios, que hace que la tierra gire alrededor del sol.

Una cosa es creer, y otra es hacer. Muchos hablan como el mar pero sus vidas son

pantanos estancados. Otros elevan sus cabezas por encima de las cumbres de las montañas, mientras sus almas se adhieren a las oscuras paredes de las cavernas.

- La adoración no requiere reclusión ni soledad.
- La plegaria es el canto del corazón que se abre paso hasta el trono de Dios aun cuando se enmaraña entre los lamentos de miles de almas.
- Dios hizo que nuestros cuerpos fueran templos para nuestras almas, y deben mantenerse fuertes y limpios para ser dignos de la deidad que los ocupa.
- ¡Qué distante me siento de la gente cuando estoy con ella, y qué próximo cuando estoy lejano!
- La gente respeta la maternidad solamente cuando usa el ropaje de sus leyes.
- El amor como la muerte, todo lo cambia.
- Las almas de algunos son como pizarras escolares donde el Tiempo escribe signos, reglas y ejemplos, inmediatamente borrados con una esponja húmeda.
- La realidad de la música está en esa vibración que permanece en el oído después de que el cantante termina su canción y el músico no pulsa ya las cuerdas.
- ¿Qué dirías de aquel que me pide prestado dinero para comprar una espada con la que atacarme?
- Mi enemigo me dijo: "Ama a tu enemigo." Y yo le obedecí y me amé a mí mismo.
- El negro le dijo al blanco: "Si fueras gris sería indulgente contigo."
- Muchos que conocen el precio de todo, de todo ignoran su valor.
- La historia de todos los hombres está escrita sobre sus frentes, pero en un idioma que nadie, excepto aquél que recibe una revelación, puede leer.
- Muéstrame el rostro de tu madre; yo te diré quién eres. Conozco a tu padre; ¿cómo pretendes que no lo conozca a ti?
- La libertad de aquel que de ella alardea es una esclavitud.
- Algunos me agradecen públicamente, no para expresarme su gratitud, sino para hacer público que han percibido mi talento y ser, así, admirados.
- El buen gusto no estriba en elegir correctamente, sino en percibir en algo la unidad natural entre sus cantidades y cualidades.
- La vulgaridad de algunos es preferible a la delicadeza de otros.

- Cuando la gente aborrece aquello que no puede comprender, es como aquel que arde de fiebre y a quien el manjar más exquisito le resulta insulso.
- Amo a los niños de rostro limpio, y también a los barbados hombres maduros, si es que en verdad han dejado la cuna y los pañales.
- El lobo devora al cordero en la oscuridad de la noche, pero las manchas de sangre subsisten al día siguiente.
- Las épocas en marcha pisotean las obras del hombre, pero no arrasan con sus sueños ni debilitan sus impulsos creadores. Estos permanecen porque forman parte del Espíritu Eterno, aunque se oculten o se duerman de tanto en tanto, imitando al sol en el crepúsculo, y a la luna al alba.
- La joven libanesa es como una fuente que mana del corazón de la tierra y fluye a través de sinuosos valles. Como no puede hallar salida al mar, se convierte en un calmo lago que refleja sobre su creciente superficie las resplandecientes estrellas y la brillante luna.
- ¿Acaso no he sobrevivido al hambre y la sed, sufriente y burlado por el bien de la verdad que el cielo ha despertado en mi corazón?
- La verdad es la voluntad y el propósito de Dios concretados en el hombre.
- Seguir el sendero hasta donde mi destino y mi pasión por la Verdad me lleven.
- El hombre que hereda su riqueza construye su mansión con dinero arrebatado al débil y al pobre.
- Los últimos pasos del peregrino asesinado son dolorosos, involuntarios y ciegos; pero aquellos que presencian esa espantosa danza, saben qué la causa.
- Es un traidor aquel que utiliza las Sagradas Escrituras como una amenaza para obtener dinero... un hipócrita aquel que usa la cruz como espada... un lobo disfrazado de cordero... un glotón aquel que adora la buena mesa más que los altares... una criatura hambrienta de riqueza aquella que corre detrás de una moneda que rueda hasta las más remotas tierras... un tramposo aquel que hurta a las viudas y a los huérfanos. Ese es un ser monstruoso, con pico de águila, garras de tigre, dientes de hiena, y colmillos de víbora.
- Dios ha hecho alados vuestros espíritus para volar por el vasto firmamento del Amor y la Libertad. Qué lamentable es que cercenéis vuestras alas con vuestras propias manos y que vuestro espíritu sufra arrastrándose sobre la tierra como un gusano.

L A S N U E V E D E S D I C H A S

- Desdichada la nación que abandona la religión por la creencia, el sendero en el campo por el callejón en la ciudad, la sabiduría por la liguca.

- Desdichada la nación que no hila lo que usa, ni planta lo que come, ni prensa la uva para el vino que bebe. Desdichada la nación conquistada que ve la pompa del vencedor como la perfección de la virtud, y ante cuyos ojos la fealdad del conquistador es belleza.
- Desdichada la nación que combate los agravios en sueños, pero se doblega ante el mal en la vigilia.
- Desdichada la nación que no eleva su voz salvo en los funerales, que sólo ante la tumba muestra aprecio, que espera para rebelarse hasta que su cuello está bajo el filo de la espada.
- Desdichada la nación cuya política es sutileza, cuya filosofía es prestidigitación, cuya industria es remiendos. Desdichada la nación que recibe a un conquistador con pfanos y tambores, y que luego lo abuchea para recibir a otro conquistador con cantos y trompetas.
- Desdichada la nación cuyo sabio no tiene voz, cuyo campeón es ciego, cuyo abogado es un charlatán.

LAS ARTES DE LAS NACIONES

- ➔ El arte de los egipcios está en lo oculto.
- ➔ El arte de los caldeos está en el cálculo.
- ➔ El arte de los griegos está en la proporción.
- ➔ El arte de los romanos está en el eco.
- ➔ El arte de los chinos está en la etiqueta.
- ➔ El arte de los hindúes está en sopesar el bien y el mal.
- ➔ El arte de los judíos está en su sentido de la predestinación.
- ➔ El arte de los árabes está en la reminiscencia y la exageración.
- ➔ El arte de los persas está en la melindrosidad.
- ➔ El arte de los franceses está en el refinamiento.
- ➔ El arte de los ingleses está en el análisis y la autocomplacencia.
- ➔ El arte de los españoles está en el fanatismo.
- ➔ El arte de los italianos está en la belleza.
- ➔ El arte de los alemanes está en la ambición.
- ➔ El arte de los rusos está en la tristeza.

EL FEZ Y LA INDEPENDENCIA

- He leído recientemente un artículo de un erudito que protestaba acerca de la conducta de la tripulación de un vapor francés, en el que viajó desde Siria a Egipto. Se quejaba de que le hubieran hecho quitar, o mejor dicho, de que hubieran intentado hacerle quitar el fez mientras comía en su mesa.
- Todos sabemos que los occidentales consideran que es buena educación comer con la cabeza descubierta. La protesta de nuestro erudito me sorprendió, porque enfatiza el apego de los orientales a ciertos actos simbólicos que, en su opinión, embellecen la

vida diaria. Me chocó tanto como la vez en que un príncipe hindú rechazó mi invitación de ir a la ópera de Milán.

- -Si me hubiera invitado a visitar el infierno del Dante -me dijo-, hubiera aceptado la invitación con placer; pero no a la ópera. No puedo sentarme en un lugar donde se me obliga a quitarme el turbante y donde se me prohíbe fumar.
- Me complace que un oriental demuestre apego aunque sea a una sombra de la sombra de sus costumbres y tradiciones. Sin embargo, hay que considerar algunas verdades desagradables.
- Si nuestro amigo erudito, quien se sintió agraviado por tener que quitarse el fez en un barco europeo, hubiera considerado la fabricación europea de su noble tocado, le hubiera resultado más sencillo quitárselo.
- Sería mejor que tan independiente demanda de derechos se afirmara primeramente en la cultura e industria nacionales. Nuestro erudito podría haber recordado que sus antepasados sirios solían viajar a Egipto en barcos sirios, usando prendas hiladas, tejidas y confeccionadas por manos sirias. Sería mejor que él, también, usara ropas hechas en su país y navegara en un barco hecho y comandado por sirios.
- La falla de nuestro erudito es haber protestado por los resultados, haciendo caso omiso de las causas. Este es el comportamiento de la mayoría de los orientales, que insisten
- en ser orientales sólo en los asuntos pequeños y fáciles, y alardean de cosas -ni pequeños ni fáciles- que han aceptado de los occidentales.
- A nuestro erudito y a todo el clan de los que usan fez, déjenme decirles: "Haced vuestro fez en vuestro propio taller; decidid luego lo que os gusta hacer con él cuando navegáis en un barco, o escaláis una montaña, o entráis en una cueva."
- Pongo al cielo por testigo de que no escribo esto para iniciar discusión alguna sobre si el fez debe o no ser usado para cualquier ocasión. Tiene otros objetivos diferentes que
- la discusión acerca de la permanencia de un fez cualquiera sobre cualquier cabeza que corone cualquier tronco cuerpo.

A S S I L B A N (O b r a e n u n a c t o)

Lugar: La casa de Yousif Mussirrah en Beirut. .

época: Una noche de primavera de 1901.

Personajes:

Paul Assilban, médico y escritor

Yousif Mussirrah, escritor y erudito

Helen Mussirrah, hermana de Yousif

Salem Mowad, poeta y ejecutante de la d

Khalil Bey Tamer, funcionario del gobierno.

El telón se alza descubriendo un salón de la mansión de Yousif Mussirrah, un hermoso y espacioso cuarto sobre cuyas mesas abundan libros, revistas y diarios desparramados. Khalil Bey Tamer fuma en una pipa turca, Helen borda y Yousif Mussirrah fuma un cigarrillo.

KHALIL (dirigiéndose a Yousif): Hoy le tu artículo en el Bellas Artes, me ha gustado mucho. Si no fuera por el tono europeo, lo aclamaría como el mejor que he leído hasta

ahora. Pero preveo que la influencia de la educación occidental es pernicioso.

YOUSIF: Puede que tengas razón, amigo mío, aunque tus actos contradicen tus puntos de vista. Te vistes con ropa europea, usas utensilios occidentales en la cocina, y te sientas en sillas europeas. Más aún, dedicas más tiempo a la lectura de la literatura occidental que a la de los libros árabes.

KHALIL: Esos son hechos superficiales, no tienen conexión con la verdadera cultura.

YOUSIF: Sí, tienen una conexión vital y esencial. Si piensas con más detenimiento en ese tema, descubrirás que las artes reflejan e influyen en las costumbres, los estilos, las tradiciones religiosas y sociales, todos los aspectos de nuestra vida.

KHALIL: Soy oriental y seguiré siendo así a pesar de mis ropas europeas. Es mi sincero deseo que la literatura árabe permanezca libre de influencias europeas.

YOUSIF: ¿Entonces, condenarás a la literatura árabe a la extinción?

KHALIL: ¿Cómo es eso?

YOUSIF: Las antiguas culturas que no se revitalizan con la producción de la cultura moderna, están sentenciadas a la muerte intelectual.

KHALIL: ¿Cómo lo pruebas?

YOUSIF: De mil maneras. (En ese momento entran al cuarto Paul Assilban y Salem Mowad. Todos se ponen de pie en señal de respeto.)

YOUSIF: Bienvenidos a nuestro hogar, hermanos. (Se dirige a Paul Assilban) Bienvenido, oh, ruiseñor de Siria. (Helen mira a Paul, sus mejillas se sonrojan y su rostro muestra una expresión de regocijo)

SALEM: Por favor, Yousif, retira tus palabras de alabanza.

YOUSIF: ¿Por qué?

SALEM: (con burlona seriedad): Porque Paul ha hecho algo que no merece honores ni respeto. Se ha abandonado a un extraño estado de éxtasis; es un loco.

PAUL (a Salem): ¿Es que acaso te he traído aquí para que te explayes acerca de mis defectos?

HELEN: ¿Qué ha pasado Salem? ¿Qué nuevas imperfecciones has descubierto en Paul?

SALEM: Ninguna nueva imperfección, sino una vieja llevada a un extremo tal que la hace parecer nueva.

YOUSIF: Cuéntanos qué ha sucedido.

SALEM (hablando a Paul): ¿Prefieres que sea yo quien lo diga, Paul, o deseas confesarlo tú mismo?

PAUL: Preferiría que permanecieras silencioso como una tumba o mudo como el corazón de una vieja.

SALEM: Entonces hablaré.

PAUL: Veo que estás decidido a arruinar la noche.

SALEM: No, pero me gustaría contarles a nuestros amigos lo sucedido para que conozcan la clase de hombre que eres.

HELEN (hablando a Salem): Cuéntanos qué sucedió. (Dirigiéndose a Paul) Tal vez el crimen que Salem desea revelarnos serviría tan sólo para demostrar tus virtudes, Paul.

PAUL: No he cometido un crimen, ni accedido a virtud alguna; pero lo que nuestro amigo ansa discutir no merece ser mencionado. Por otra parte, no me agrada ser -el objeto de discusiones estúpidas.

HELEN: Bien, escuchemos la historia.

SALEM (arma un cigarrillo y se sienta junto a Yousif): Sin duda se habrá enterado, caballeros, de la fiesta de bodas ofrecida por Jalal Pasha para celebrar el matrimonio de su hijo. Invité a todos los notables de la ciudad, incluyendo a este bribón (señalando a

Paul) y también a mí. La razón por la cual yo fui invitado es la creencia general de que soy la sombra de Paul, y, además, Paul, bendito sea su corazón, se niega a cantar a menos que yo lo acompañe. De acuerdo a los distinguidos hábitos de Paul, llegamos tarde. Allí encontramos al gobernador y al obispo, a las bellas damas y a los eruditos, a los poetas, a los ricachones y a los jefes. Cuando nos sentamos entre incensarios y copas de vino, los invitados miraban a Paul con tanta intensidad como si fuera un Ángel venido del cielo. Las bellas damas le ofrecían vino y flores, imitando el recibimiento que las mujeres atenienses ofrecían a los héroes que regresaban de la guerra. En suma, nuestro Paul fue objeto de honores y respeto Tomó el laúd y tocó un rato antes de que Paul abriera la boca para cantar un poema de Al Farid. El público era todo oídos, como si El Moussoli hubiera regresado de la eternidad para susurrar en sus oídos un aire mágico y divino. De repente Paul dejó de cantar. El público pensó que continuaría luego de aclararse la garganta con un poco de vino. Pero Paul permaneció en silencio.

PAUL: Detente, no sigas diciendo disparates. Estoy seguro de que a nuestros amigos no les interesa.

YOUSIF: Por favor, déjanos escuchar el resto.

PAUL: Parecen preferir su charla a mi presencia. Adiós.

HELEN (mira tiernamente a Paul): Siéntate, Paul; no importa cómo prosiga la historia, estamos todos de tu parte. (Paul se sienta resignadamente).

SALEM (continúa hablando): Dije que el pobre Paul había cantado un poema de Al Farid y se había detenido. Eso equivale a ofrecer a sus pobres y hambrientos oyentes un bocado del pan de la diosa, para luego derribar la mesa a puntapiés, rompiendo las jarras y los vasos. Allí estaba sentado, tan silencioso como la Esfinge sobre las arenas del Nilo. Las bellas damas se levantaban, una tras otra, a implorarlo que cantara, pero él se negaba aduciendo que le dolía la garganta. Luego fueron los dignatarios quienes le suplicaron, pero Paul se mantuvo inmovible, como si Dios hubiera convertido en piedra su corazón y su arte en coquetería. Era pasada la medianoche cuando Jalal Pasha lo llamó aparte, puso en su mano una pila de dinares y le dijo: "Sin tu canto languidece el espíritu de esta fiesta. Te ruego que aceptes este presente, no como una recompensa, sino como una prueba de mi afecto y admiración por ti. No nos decepciones." Paul arrojó los dinares y dijo con el tono de un rey conquistador: "Me insultas. No he venido aquí a venderme; he venido porque te quiero desear felicidad." Jalal Pasha perdió el control y pronunció palabras groseras, ante lo cual nuestro sensible Paul abandonó la casa maldiciendo pesarosamente. Recogió mi laúd y lo seguí, dejando tras de mí a las bellas damas, y al vino y los manjares del banquete. Todo eso sacrificué en nombre de mi terco amigo, quien ni siquiera me ha agradecido o elogiado por mi devoción hacia él.

YOUSIF (riendo): Es realmente una historia interesante, digna de ser escrita en agujas sobre las pupilas de los ojos.

SALEM: No he terminado. Aún falta la parte más interesante. Ningún narrador de cuentos, persa o hindú, ha inventado jamás un final tan diabólico.

PAUL (dirigiéndose a Helen): Me quedaré por ti, pero, por favor, déjame a esta rana que deje de croar.

HELEW: Déjalo hablar, Paul, te aseguro que todos estamos de tu parte.

SALEM (enciende otro cigarrillo y continúa): Abandonamos el hogar de Jalal Pasha; Paul maldecía a los ricos, y yo maldecía a Paul dentro de mi corazón. ¿Pero crees que de la mansión de Jalal Pasha fuimos a casa? ¡Escuchad y maravillaos! Como todos saben, la

casa de Habeeb Saadi es contigua con la de Jalal Pasha. Solo las separa un pequeño jardín. A Habeeb le agrada cantar, beber y soñar, e idolatra a este dolo (señalando a Paul). Cuando abandonamos la mansión de Pasha, Paul permaneció unos minutos en el medio de la calle restregándose la frente como, un generalísimo planeando la campaña contra un reino rebelde. Luego, y en forma súbita, se dirigió a la casa de Habeeb y llamó a la puerta. Habeeb apareció en camisa, restregándose los ojos y bostezando. Al ver a Paul, y a mí con el látigo bajo el brazo, sus ojos resplandecieron de alegría, como si el cielo hubiera abierto sus puertas para traernos hasta él.

"¿Qué los trae por aquí a esta bendita hora?", nos dijo. Y Paul respondí: "Venimos a celebrar la fiesta de bodas del hijo de Jalal Pasha en tu casa." Y Habeeb replicó: "¿Acaso la casa de Pasha no es suficientemente grande para vosotros?" Y Paul respondí: "El hogar de Pasha no tiene verdaderos oídos para nuestra música y, por lo tanto, hemos venido a la tuya. Trae el arak y los aperitivos y no hagas más preguntas."

Nos acomodamos confortablemente. Cuando Paul terminó su segunda copa, abrí todas las ventanas que daban a la casa de Jalal Pasha, me alcanzó el látigo y me dijo: "Este es tu báculo, Moisés; conviértelo en una vara y tráelo bien y lar amante." Obedientemente, tomé el látigo y toqué Paul volví la cara hacia la casa de Pasha y canté con toda la potencia de su voz.

(Salem hace una pausa, luego prosigue en tono más serio) Hace quince años que conozco a Paul. Fuimos juntos a la escuela. Lo he oído cantar cuando estaba triste, y cuando estaba feliz. Lo he oído gemir como una viuda despojada de su único hijo; lo he oído modular como un amante y cantar como un triunfador. Lo he oído en el silencio de la noche, entonando susurrantes melodías que encantaban a los durmientes. Lo he oído cantar en los valles del Líbano, al unísono con las distantes campanas de una iglesia, impregnando el espacio de magia y veneración. Mil veces lo he oído cantar, y pensé que conocía todo su poder. Pero anoche, cuando canté frente a la casa de Pasha, me dijo: "¡Cuánto poco sabía de la vida de este hombre!" Ahora comienzo a comprenderlo. Antes solo había oído cantar a su lengua, pero anoche oí cantar a su alma y a su corazón

Paul cantó un verso tras otro. Sentí flotar sobre nuestras cabezas las almas de los amantes, susurrando, recordando el pasado distante, descubriendo lo que la noche había cubierto de las esperanzas y sueños de la humanidad. Sí, caballeros, este hombre (señalando a Paul) escaló anoche la escalera del arte hasta su peldaño más alto, y alcanzó las estrellas, y solo al alba descendió a la tierra. Para entonces, había sometido a sus enemigos, haciendo de ellos un taburete para sus pies. Al oír su voz, los invitados de Pasha se agolparon en las ventanas, y algunos salieron a sentarse bajo los árboles del jardín; y la divina e intoxicante melodía que colmaba sus corazones, los hizo disculpar a este dolo que los había vejado e insultado. Algunos lo aclamaban y elogiaban, mientras otros lo maldecían. Supe por los invitados que Jalal Pasha rugía como un león y caminaba por el vestíbulo de arriba a abajo, maldiciendo a Paul e injuriando a los invitados que habían abandonado el banquete para oírlo. Bien, ahora que habéis escuchado el final, ¿qué pensáis de este genio loco?

YOUSIF: No culpo a Paul, pues no me jactó de entender sus secretos e intenciones; sé que este es un asunto personal que solo a él concierne. Comprendo que el temperamento de un artista, especialmente un músico, es algo fuera de lo común. No es justo medir sus acciones con la misma vara. El artista, y por artista entiéndase a aquel que crea nuevas imágenes para expresar sus sentimientos e ideas, es un extraño entre su gente, y a menudo entre sus amigos. Mira al este cuando los otros miran al oeste.

Lo que lo conmueve internamente, ni él mismo lo entiende. Se siente miserable entre los bullangueros, y feliz entre los melancólicos. Es débil entre los fuertes, y fuerte entre los débiles. Está por encima de la ley, le guste o no a la gente.

KHALIL: El sentido de tus palabras, Yousif, no difiere del de tu artículo acerca de las bellas artes. Dame que repita: "el espíritu europeo que te defiendes ser algún día nuestra ruina como pueblo y como nación."

YOUSIF: ¿Acaso atribuyes la conducta de Paul a esa influencia europea a la que tanto te opones?

KHALIL: Me sorprende la actitud de Paul, a pesar del respeto que me inspira.

YOUSIF: ¿Es que acaso Paul no tiene el derecho y la libertad de hacer lo que le agrade con su música y su arte?

KHALIL: Te ricamente, sí, tiene el derecho de hacer lo que le plazca; pero me parece que nuestro sistema social no aprueba esa clase de libertad. Nuestras inclinaciones, costumbres y tradiciones no permiten al individuo hacer lo que Paul hizo anoche sin hacerlo objeto de críticas.

HELEN: Dado que el tema de este interesante debate está presente, ¿por qué no dejamos que hable? Estoy segura de que sabrá defenderse.

PAUL (después de una pausa): Quisiera que Salem no hubiera comenzado esto. Lo que sucedió anoche es asunto concluido. Pero ya que soy objeto de críticas, como dijo Khalil, les diré lo que pienso sobre el tema. Todos saben que he sido objeto de críticas durante largo tiempo. Acerca de mí han dicho que soy consentido y caprichoso, e indigno de honores. ¿Cómo puede ser la razón de tan acerba crítica? Es un ataque a algo de mi carácter que no puedo cambiar, y que no cambiaría aunque pudiera: mi independencia, que se niega a venderse o a ser seducida por la adulación. Hay en esta ciudad muchos músicos y cantantes; muchos poetas, críticos y eruditos; muchos mendigos y turibularios. Todos ellos venden su voz, su pensamiento y su conciencia por una moneda, una comida, una botella de vino. Nuestros ricachones y dignatarios compran por monedas a artistas y eruditos, y los exhiben en sus mansiones como exhiben sus caballos y carruajes en las calles y los parques. Sí, los cantantes y poetas de oriente son poco más que esclavos y turibularios. Se les pide que canten en las bodas, que parloteen en los banquetes, que se lamenten en los funerales, y que hagan panegíricos sobre las tumbas. Son como máquinas de expresar la dicha y el pesar. Si no se los necesita, estas máquinas son dejadas de lado como utensilios usados. No culpo a los ricos; culpo a los cantantes, poetas y eruditos que no se respetan a sí mismos. Los culpo por no menospreciar la mezquindad y la insignificancia. Los culpo por no preferir la muerte a la humillación.

KHALIL (excitado): Pero anoche, el anfitrión y los invitados te rogaron que cantaras. ¿Cómo puedes decir que cantar fue una humillación para ti?

PAUL: Si anoche hubiera podido cantar en la casa de Pasha, lo hubiera hecho de buena gana. Pero al mirar alrededor de mí pude ver tan sólo a los ricos, en cuyos oídos repican los ecos del dinar todopoderoso, y cuya sabiduría de la vida consiste en elevarse a sí mismos a expensas de los demás. Gente así no puede diferenciar la poesía de los malos versos, la verdadera música del sonido de una cacerola. No crear imágenes para los ciegos, ni emitir sonidos de mi alma para los sordos. La música es el lenguaje del espíritu. Su oculta corriente vibra entre el corazón del cantante y el alma del oyente. A aquellos que no pueden oír ni entender, el cantante no puede ofrecerles lo que encierra su corazón. La música es un violín de cuerdas tensas y sensibles. Si las cuerdas se aflojan, no pueden vibrar. Anoche se aflojaron las cuerdas de

mi corazón cuando miró a los invitados de Pasha. No vi nada más que falsedad y vacuidad, estupidez y esterilidad, ostentación y arrogancia. Me rogaron que cantara porque les volví la espalda. Si me hubiera comportado como un mal cantante pago, nadie me hubiera escuchado.

KHALIL ,(bromeando): Y sin embargo fuiste a la casa de Habeeb y por despecho cantaste desde medianoche hasta el alba.

PAUL: Canté porque quería expresar el contenido de mi corazón e increpar a la noche, la Vida y el Tiempo. Sentí la imperiosa necesidad de tensar las cuerdas de mi alma, que se habían aflojado en la casa de Pasha. Pero si crees que lo hice por despecho, eres libre de decirlo. El arte es un pájaro que se remonta libremente en el cielo o vaga dichosamente por la tierra. Nadie puede cambiar su conducta. El arte es un espíritu que no puede comprarse ni venderse. Nosotros los orientales debemos aprender esta verdad. Nuestros artistas -que son tan escasos como el azufre rojo- deben respetarse a sí mismos, pues son copas colmadas de vino divino.

YOUSIF: Estoy de acuerdo contigo, Paul. Esto me ha enseñado algo nuevo, eres un verdadero artista, y yo sólo un admirador de las artes. La diferencia que existe entre nosotros es como la diferencia que existe entre el vino añejo y las uvas verdes.

SALEM: A mí no estoy convencido, y nunca lo estaré. Tu filosofía es una dolencia causada por la infección extranjera. YOUSIF: Si anoche hubieras oído cantar a Paul, no la llamarías dolencia. (En este momento entra una criada y anuncia: "El refrigerio está servido")

YOUSIF (levantándose de su silla): El kafe está listo, y es tan dulce como la voz de Paul.

(Todos se levantan. Yousif, Khalil y Salem salen del vestíbulo. Paul y Helen se demoran e intercambian sonrisas amorosas y miradas ardientes)

HELEN (susurrando): ¿Sabes que anoche te oí cantar? PAUL (sorprendido): ¿Qué quieres decir, querida Helen? HELEN (avergonzada): Estaba en la casa de mi hermana María cuando te oí. Pasé la noche con ella porque su esposo no estaba en la ciudad y tenía que quedarse sola.

PAUL: ¿Tu hermana vive en el Parque de los Pinos?

HELEN: No, vive frente a la casa de Habeeb. PAUL: ¿Y realmente me oíste cantar?

HELEN: Sí, oí el llamado de tu alma desde medianoche hasta el alba. Oí a Dios hablando con tu voz.

YOUSIF (llama desde la habitación contigua): El kafe se enfría.

(Helen y Paul salen del vestíbulo.)

VUESTRO LABANO Y EL MO

Vosotros tenéis vuestro Labano y yo tengo el mo.

El vuestro es el Labano político y sus problemas. el mo es el Labano natural en toda su belleza.

Vosotros tenéis vuestro Labano con programas y conflictos.

Yo tengo el mo con sus sueños y esperanzas.

Estad satisfechos de vuestro Labano, tal como yo me contento con el libre Labano de mi visión.

Vuestro Labano es un enmarañado nudo político que el Tiempo intenta desatar,

Mi Labano es una cadena de cumbres y montañas que se elevan, reverentes y majestuosas, hacia el cielo azul.

Vuestro Lbano es un problema internacional a n por resolver,
 Mi Lbano es los calmos valles encantados, murmurantes de campanas de iglesia y susurrantes arroyos.

Vuestro Lbano es una competencia entre un adversario del oeste y uno del sur.
 Mi Lbano es una alada plegaria que revolotea en la maana cuando los pastores llevan a pastar sus rebaos, y de nuevo en el crepusculo cuando los campesinos regresan de los campos y viados.

Vuestro Lbano es un censo de cabezas incontables,
 El mo es una serena montaa asentada entre el mar y la planicie, como un poeta entre una eternidad y otra.

Vuestro Lbano es un ardid de zorro que combate con la hiena, y una artimaaa de la hiena que combate con el lobo, Mi Lbano es una guirnalda de recuerdos de damiselas exultantes bajo la luz de la luna, y de vrgenes cantando entre la era y el lagar.

Vuestro Lbano es una partida de ajedrez entre un obispo y un general,
 Mi Lbano es un templo en el cual mi alma encuentra asilo cuando se harta de esta civilizaci n que se desliza sobre rechinantes ruedas.

Vuestro Lbano es dos hombres: uno que paga impuestos, y otro que los cobra.
 Mi Lbano es un hombre que reclina la cabeza sobre su brazo a la sombra de los Cedros Sagrados, ajeno a todo menos a Dios y a la luz del sol.

Vuestro Lbano es el comercio, los puertos, los correos. El mo es una idea distante y un llameante afecto, y una palabra divina que la tierra susurra en el odo del espacio.

Vuestro Lbano es los delegados, empleados, directores, Mi Lbano es el crecimiento de la juventud, la resoluci n de la madurez, y la sabidur a de la edad.

Vuestro Lbano es representantes y comit@s.
 Mi Lbano es una reuni n y una tertulia en torno al hogar en las noches de tempestad, cuando la oscuridad se mitiga con la pureza de la nieve.

Vuestro Lbano es sectas y partidos,
 El mo es la juventud escalando rocosas cumbres, vadeando arroyos, errando por los campos.

Vuestro Lbano es discursos, conferencias y debates,
 El mo es el canto del ruiseor, el murmullo de las ramas en la arboleda, el eco de la flauta del pastor en los valles. Vuestro Lbano es disfraces, e ideas prestadas, y engaos, El mo es la simple verdad desnuda.

Vuestro Lbano es leyes, reglas, documentos y papeles diplomáticos,
 El mo estÆ en contacto con los secretos de la vida, a los que inconscientemente conoce; mi Lbano es un anhelo que alcanza con su sensible punta el extremo mÆ lejano de lo oculto, y cree que es un sueo.

Vuestro Lbano es un ceado anciano meciéndose la barba y pensando s lo en s mismo.
 Mi Lbano es un joven erecto como una torre, sonriente como el alba, y que piensa en los otros tanto como en s mismo.

Vuestro Lbano aspira a separarse y a ser uno con Siria al mismo tiempo.
 Mi Lbano no se separa ni se une ni se expande ni se empequeece.

Vosotros ten@s vuestro Lbano y yo tengo el mo, Vosotros ten@s vuestro Lbano y sus hijos, y yo tengo el mo y sus hijos.
 ¿Pero qui@s son los hijos de vuestro Lbano? Dejadme que os muestre su realidad. Son aquellos cuyas almas nacieron en los hospitales de occidente, cuyas mentes se despertaron en el regazo de los avaros que representan el papel de generosos.

Son como flexibles ramas que se mecen de izquierda a derecha. Tiemblan del alba al atardecer, pero están ajenos a su temblor.

Son como un barco sin mástil ni timón abofeteado por las olas. El escepticismo es su capitán, y su puerto una cueva de duendes; porque ¿no son acaso cuevas de duendes todas las capitales europeas?

Estos hijos del Líbano son fuertes y elocuentes entre ellos, pero mudos y débiles entre los europeos,

Son libres y ardientes reformadores, pero sólo en los periódicos o en la tarima.

Croan como ranas y dicen: "Nos estamos librando de nuestro viejo enemigo", y su viejo enemigo está oculto dentro de su cuerpo, marchan en los cortejos fúnebres cantando al son de las trompetas, pero saludan con lamentos y rasgándose las vestiduras la cabalgata de una boda, no conocen otro hambre que el de los bolsillos. Si se encuentran con alguien cuyo hambre es espiritual, lo ridiculizan y se apartan de él diciendo: "No es más que un espectro caminando en un mundo de fantasmas."

Son como esclavos que se consideran libres porque sus grilletes oxidados han sido reemplazados por otros relucientes.

Esos son los hijos de vuestro Líbano. ¿Es que hay alguien entre ellos tan firme como las rocas del Líbano, tan noble como las montañas del Líbano, tan puro y dulce como el agua del Líbano, tan limpio y fresco como la vigorizante brisa del Líbano?

¿Es que hay alguien entre ellos que pueda sostener que su vida ha sido una gota de la sangre de las venas del Líbano, o una lágrima de sus ojos, o una sonrisa de sus labios?

Esos son los hijos de vuestro Líbano. ¡Qué grandes son ante vuestros ojos, y qué pequeños ante los míos!

Ahora dejadme que os muestre los hijos de mi Líbano: son los campesinos que convierten en huertos y jardines la tierra pedregosa.

Son los pastores que guían sus rebaños de un valle a otro para que se reproduzcan y multipliquen, y ofreceréis a su carne como alimento y su lana como indumento.

Los hijos de mi Líbano son los viñateros que prensan la uva para hacer buen vino.

Los padres que cultivan las moreras y las madres que hilan la seda, los esposos que cosechan el trigo y las esposas que juntan las gavillas, son los albañiles y los alfareros, los hilanderos y los que hacen los campanarios, son los poetas y los cantantes que derraman su alma en nuevos versos, son aquellos que abandonan el Líbano sin un centavo, para ir a otro país con el corazón henchido de entusiasmo y la resolución de regresar con las manos llenas de la prodigalidad de la tierra y la frente adornada con los laureles del triunfo, se adaptan a su nuevo medio y se los aprecia doquiera que vayan, estos son los hijos de mi Líbano, inextinguibles antorchas, sal que no puede corromperse.

Caminan con firme paso hacia la verdad, la belleza y la perfección.

¿Qué es lo que vosotros dejáis para el Líbano y sus hijos salvo fingimiento, falsedad y estupidez?

¿Creéis que el deber acopiar los espectros de la muerte y el aliento de las tumbas?

¿Imaginas que la vida oculta su cuerpo bajo harapos? Realmente os digo que el brote de olivo que el aldeano plantó al pie de la montaña en el Líbano durará más que vuestros logros y acciones. Y que el arado de madera tirado por dos bueyes a través de las terrazas del Líbano es más glorioso que vuestras esperanzas y ambiciones.

A vosotros os digo, y que la conciencia del universo sea mi testigo, que la canción del hortelano en las laderas del Líbano es más valiosa que la charra de vuestros notables.

Recordad que vosotros no sois nada. Pero cuando descubráis vuestra pequeñez, mi

aversión por vosotros se tornaría en simpatía y afecto. Es una lástima que no entendáis. Vosotros tenéis vuestro Llano y yo tengo el mío, Vosotros tenéis vuestro Llano, y a sus hijos. Contentaos con él y con ellos, si las burbujas vacías os hacen felices. En cuanto a mí, me siento feliz y cómodo con mi Llano, y de dulzura, satisfacción y calma establece mi relación con él.

HISTORIA DE UNA VIRGEN

Una flor que ninguna mano pudo tocar,
vivió y murió como una virgen.

- Como sus fuerzas eran superadas en un mero por el enemigo, el general no tuvo más opción que dar la siguiente orden: -Para evitar pérdidas de vidas y municiones debemos retirarnos ordenadamente hasta una ciudad desconocida para el enemigo, para planear allí una nueva estrategia. Marcharemos a través del desierto, pues es mejor seguir esa ruta que caer en manos del enemigo. Pasaremos por conventos y monasterios que sólo ocuparemos para obtener alimentos y provisiones.
- Las tropas no objetaron la orden, pues no veían otra alternativa para superar la crítica situación.
- Durante días marcharon por el desierto sufriendo fatiga, calor, hambre y sed. Un día avistaron una imponente estructura que parecía una antigua fortaleza. La puerta era semejante a la de una ciudad amurallada. Al verla, sus corazones se llenaron de alegría. Pensaron que era un convento, donde podrían descansar y obtener alimentos.
- Cuando abrieron la puerta, nadie salió a recibirlos durante un rato. Luego apareció una dama cuyas negras vestiduras dejaban solamente el rostro descubierto.
- Explicó al comandante que el lugar era un convento, y como tal debía ser tratado, y que ningún daño debía infligirse a las monjas. El general garantizó protección a las monjas, y pidió alimentos para sus tropas. Los hombres fueron atendidos en el espacioso jardín del convento.
- El comandante era un hombre de alrededor de cuarenta años, vil y desenfrenado. Tenso y preocupado, deseaba solazarse con una mujer, y decidió violar a una monja. Así, la perversa lujuria lo indujo a profanar aquel lugar sagrado donde las monjas se habían establecido para comulgar con Dios y enviarle incesantes plegarias, lejos del clamor de este mundo falso y corrupto.
- Luego de tranquilizar a la Madre Superiora, el perverso comandante trepó por una escalera que conducía a la habitación de una monja a la que había vislumbrado a través de una ventana. Los años de continua oración y solitario renunciamiento no habían podido borrar de su rostro inocente todos los vestigios de femineidad. Había venido al convento para refugiarse del mundo pecador y adorar a Dios lejos de las distracciones mundanales.
- Al entrar al cuarto, el criminal desenvainó su espada, amenazando con matarla si pedía ayuda.
- Ella sonrió y permaneció en silencio, como si estuviera dispuesta a cumplir los deseos del comandante.
- Luego lo miró y le dijo:
 - -Sentaos y descansad, pareceis cansado.
 - Se sentó cerca de ella, seguro de su presa. Y ella le dijo:
 - -Como os admiro, a vosotros los guerreros, pues no teméis arrojaros al regazo de la

muerte.

- A lo que el tonto cobarde replicó :
- -Las circunstancias nos obligan a hacer la guerra. Si los demás no me llamaran cobarde, huiría antes que acceder a comandar a un condenado ejército.
- -¿Pero acaso no sabéis -dijo ella, sonriendo- que en este sagrado lugar tenemos un ungüento que, frotado sobre el cuerpo, protege hasta de la estocada de la más filosa espada?
- - ¡Sorprendente! ¿Dónde está ese ungüento? Por cierto que lo usaré.
- -Bien, os daré un poco.
- En una época en que la gente creía en tales supersticiones, el comandante no dudó de la sagrada hermana.
- Ella destapó un pote y le mostró un ungüento blanco. Al verlo, el comandante comenzó a dudar. La monja tomó un poco, y frotándose sobre el cuello, le dijo:
- -Si no me creéis, os lo probaré. Tomad vuestra espada y heridme en el cuello con toda vuestra fuerza.
- El comandante vaciló, pero como ella lo instaba a que la hiriera, finalmente lo hizo.
- Casi perdió el sentido al ver que la cabeza de la monja rodaba separándose del cuerpo, que se desplomó exánime. Comprendió entonces que había sido objeto de una artimaña, por medio de la cual la monja se había salvado de ser mancillada.
- Ella estaba muerta y el comandante se lo ve a dos cosas ante él: el cadáver de la virgen y el pote de ungüento. Miraba fijamente ora el ungüento, ora el cuerpo decapitado.
- Entonces perdió la razón, abrió la puerta de un empujón, y salió corriendo, empujando la espada ensangrentada y gritando a viva voz a sus tropas:
- - ¡Apurados, apurados, abandonemos este lugar!
- No cesó de correr hasta que lo alcanzaron algunos de sus hombres, quienes lo hallaron llorando como un niño asustado, diciendo:
- ¡La he matado! ¡La he matado!

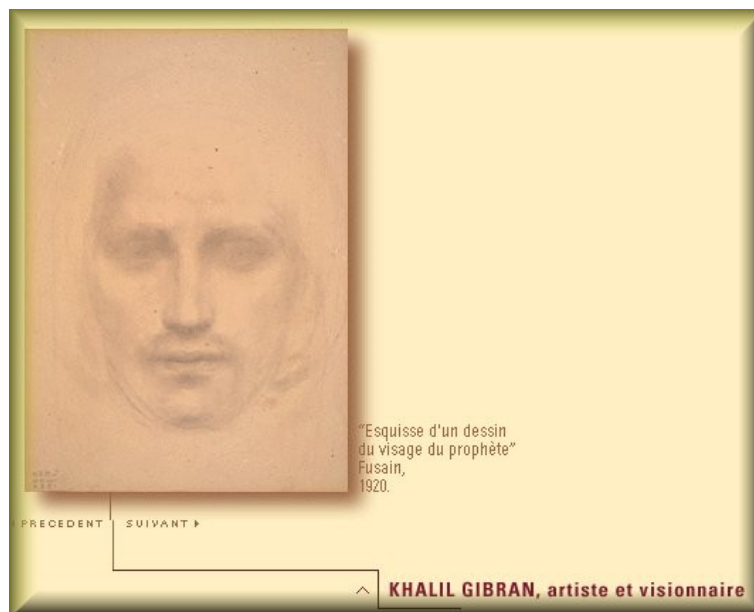
VUESTRO PENSAMIENTO Y EL M O

- Vuestro pensamiento es un árbol profundamente arraigado en el suelo de la tradición y cuyas ramas crecen por el poder de la continuidad.
- Mi pensamiento es una nube vagando en el espacio. Se convierte en gotas que, al caer, forman un arroyuelo que canta en su camino hacia el mar. Luego se eleva hacia el cielo hecho vapor.
- Vuestro pensamiento es una fortaleza que ni el rayo ni el vendaval pueden sacudir.
- Mi pensamiento es una tierna hoja que se mece en todas direcciones, y que se deleita mecidiéndose.
- Vuestro pensamiento es un antiguo dogma que no puede cambiarte, y al que tú tampoco puedes cambiar.
- Mi pensamiento es nuevo y me pone a prueba, y yo a él, día y noche.
- Vosotros tenéis vuestro pensamiento, y yo el mío. Vuestro pensamiento os permite creer en la desigual batalla del fuerte contra el débil, y en los ardides que los astutos emplean contra los ingenuos.
- Mi pensamiento crea en mí el deseo de trabajar la tierra con mi azada, y de cosechar con mi guadaña los granos, y de construir mi casa con piedra y argamasa, y de hilar mi ropa con hebras de lino y lana.

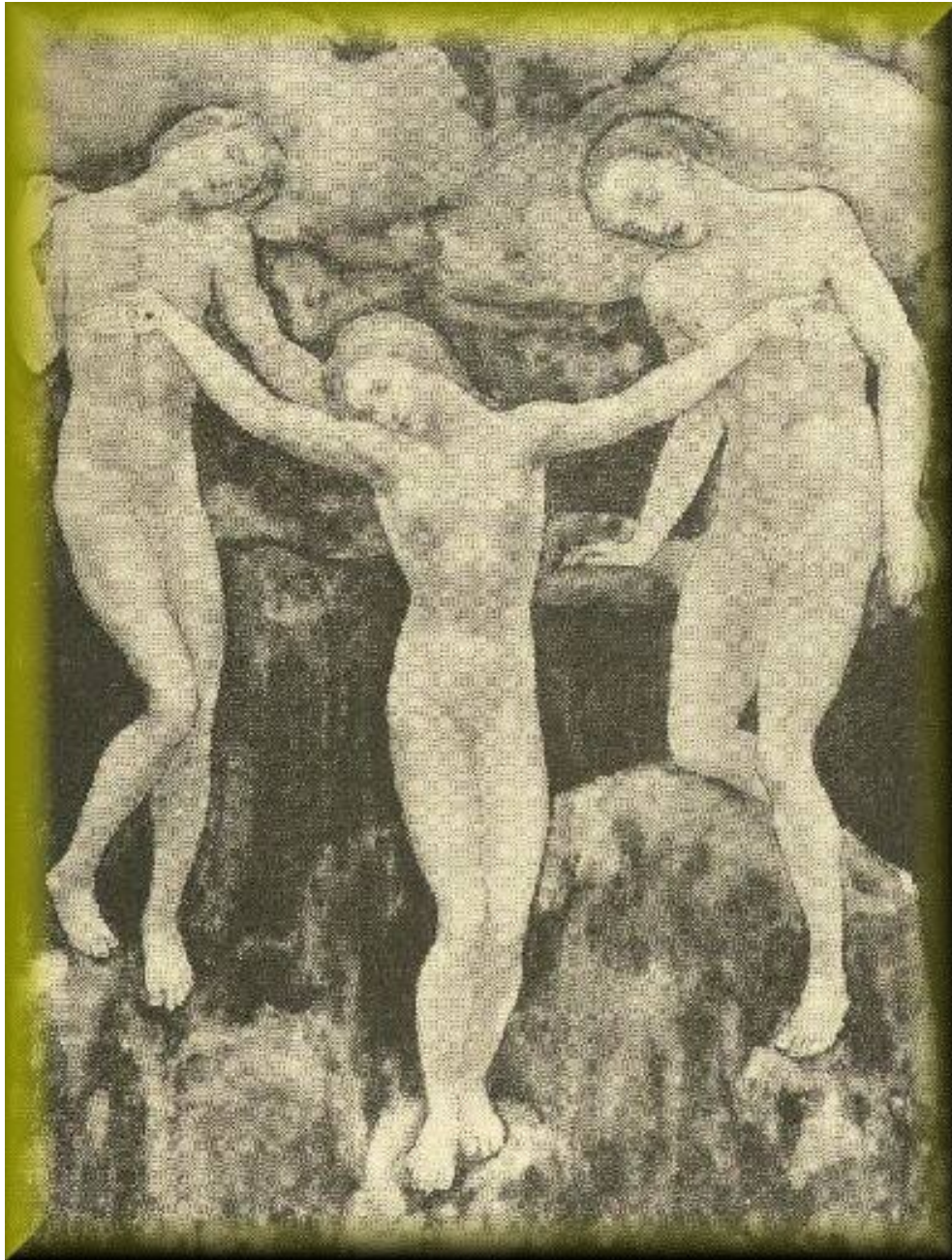
- Vuestro pensamiento os insta a casaros con la riqueza y la fama.
- El m o recomienda la seguridad en s mismo. Vuestro pensamiento aboga por fama y ostentaci n.
- El m o me aconseja y me implora dejar de lado la notoriedad y tratarla como un grano de arena arrojado sobre la costa de la Eternidad.
- Vuestro pensamiento infunde la arrogancia y la superioridad en vuestros corazones.
- El m o siembra dentro de m el amor a la paz y el deseo de independencia.
- Vuestro pensamiento engendra sueæos de palacios con
- moblaje de s/Edalo con incrustaciones de joyas, y lechos de hebras de seda entrelazada.
- Mi pensamiento me habla suavemente al odo: "SØ limpio de cuerpo y espiritu, aunque no tengas d nde apoyar la cabeza."
- Vuestro pensamiento os hace aspirar a t tulos y cargos. El m o me exhorta a servir con humildad.
- Vosotros tenØs vuestro pensamiento y yo el m o. Vuestro pensamiento es la ciencia social, un diccionario de religi n y pol tica.
- El m o es un simple axioma.
- Vuestro pensamiento habla de la mujer hermosa, de la fea, la virtuosa, la prostituta, la inteligente y la tonta.
- El m o ve en todas las mujeres a la madre, la hermana o la hija de un hombre.
- El tema de vuestros pensamientos son los ladrones, los criminales y los asesinos.
- El m o declara que los ladrones son los hijos del monopolio; los criminales, la progenie de los tiranos; y los asesinos, consangu neos del asesinado.
- Vuestro pensamiento describe leyes, cortes, jueces, castigos.
- El m o explica que cuando el hombre crea una ley, la viola o la obedece. Si existe una ley b/Æica, somos todos iguales ante ella. Aquel que desdeæa al mezquino es mezquino
- tambiØn. Aquel que se jacta de menospreciar al pecador, se jacta de desdeæar a la humanidad toda.
- Vuestro pensamiento concierne a los expertos, los artistas, los intelectuales, los fil sofos, los sacerdotes.
- El m o habla del amante y el afectuoso, del sincero, el honesto, el recto, el amable y el m/Ætir.
- Vuestro pensamiento propugna el juda smo, el brahmanismo, el budismo, el cristianismo, el islamismo.
- En mi pensamiento s lo existe una religi n universal cuyas variadas- sendas no son sino los dedos de la amante mano del Ser Supremo.
- En vuestro pensamiento existen los ricos, los pobres, y los empobrecidos.
- Mi pensamiento sostiene que no existe otra riqueza que la vida; que todos somos mendigos y que no existe benefactor alguno, salvo la vida misma.
- Vosotros tenØs vuestro pensamiento y yo tengo el m o. De acuerdo con vuestro pensamiento, la grandeza de las naciones radica en la pol tica; los partidos, las conferencias, las alianzas y tratados.
- Pero el m o proclama que la importancia de las naciones radica en el trabajo: el trabajo en el campo, el trabajo en los viæedos, el trabajo en el telar, el trabajo en la curtiembre, el trabajo en la cantera, el trabajo en el aserradero, el trabajo en la oficina y en la imprenta.
- Vuestro pensamiento sostiene que la gloria de las naciones son sus hØoes. Entona

alabanzas a Ramsés, Alejandro, César, Anbal y Napoleón.

- Pero el mío alega que los verdaderos héroes son Confucio, Lao-Tsé, Sócrates, Platón, Abi-Taleb, Al Gazali, Jalal Ud-Din Rumi, Copérnico y Pasteur.
- - Vuestro pensamiento ve la fuerza en los ejércitos, los cañones, los buques de guerra, los submarinos, los aviones y el gas tóxico.
- Pero el mío afirma que la fuerza radica en la razón, la determinación y la verdad. No importa cuánto tiempo resista un tirano, será finalmente, el perdedor.
- Vuestro pensamiento diferencia al pragmático del idealista, a la parte del todo, al místico del materialista.
- El mío descubre que la Vida es una, y que sus tablas, pesos y medidas no coinciden con vuestras tablas, pesos y medidas. Aquel que supones un idealista, puede ser un hombre práctico.
- Vosotros tenéis vuestro pensamiento y yo tengo el mío. Vuestro pensamiento se interesa por las ruinas y los museos, las momias y los objetos petrificados.
- Pero el mío flota en la siempre renovada bruma y en las nubes. Vuestro pensamiento se entroniza en el cerebro. Al enorgulleceros de eso, también lo glorificáis.
- Mi pensamiento vagabundea por oscuros y distantes valles.
- Vuestro pensamiento hace sonar trompetas cuando danzáis.
- El mío prefiere la angustia de la muerte a vuestra música y vuestra danza.
- Vuestro pensamiento es el de las habladoras y los falsos placeres.
- El mío es el pensamiento de aquel perdido en su propia tierra, extranjero en su propia nación, solitario entre sus parientes y amigos.
- Vosotros tenéis vuestro pensamiento y yo tengo el mío.



GIBR' N KHALIL GIBR' N



EL JARDÍN DEL PROFETA (1933)

El regreso del Profeta

Almustafá el elegido y bien amado, el que era amanecer de su propio día, volvió a su isla natal, en el mes de Tishrín, el mes del recuerdo.

Y su barca se acercó al puerto, mientras él permanecía en pie, en la proa, rodeado de su tripulación.

Y tenía una sensación de bienvenida en su corazón. Habló, y el mar resonó en su voz, y dijo:

Mirad, es la isla que me vio nacer. Desde allí me lancé al mundo, con una canción y un acertijo; una canción para los cielos, y una pregunta para la tierra. Y, ¿qué hay entre el cielo y la tierra que lleve la canción y conteste la pregunta, excepto nuestra propia pasión?

El mar me arroja una vez más a estas playas. No somos sino una ola más de sus olas. Nos empuja para que seamos su voz. Pero, ¿cómo serlo, a menos que rompamos la simetría de nuestro corazón en la roca y en la arena?

Porque esta es la ley de los marineros y del mar: si quieres ser libre, tienes que ser como la niebla. Lo informe busca desde siempre la forma, como las incontables nebulosas tienden a convertirse en soles y lunas; y nosotros, que hemos buscado tenazmente, volvemos ahora a esta isla. Hemos de convertirnos una vez más en niebla, y tenemos que aprender el principio de todas las cosas. ¿Para nacer; para vivir hay que romper y fragmentar un mundo?

Para siempre estaremos en busca de playas, para poder cantar, y que nos oigan. Pero, ¿qué decir de la ola que se rompe donde nadie puede orla? Lo que no escuchamos en nosotros es lo que alimenta nuestro dolor más hondo. Sin embargo, también lo no escuchado, lo insólito, es lo que forma nuestra: alma, para hacer nuestro destino.

Entonces, uno de sus marineros dio un paso adelante, y le dijo:

Maestro, has capitaneado nuestras ansias de llegar a este puerto, y mira: ya hemos... arribado. Sin embargo, hablas de dolor y de corazones que se han de romper.

Y el profeta respondió, diciendo:

¿No os he hablado de la libertad, y de la niebla, que es nuestra mayor libertad? Sin embargo, no sin pena hago este peregrinaje a la isla. en que nací, como un fantasma decapitado que nuevamente volviera a arrodillarse ante quienes lo decapitaron.

Y otro marinero habló, y dijo:

Mira a la multitud en la rada. En su silencio ha predicho el día y la hora de tu llegada, y acuden, abandonando sus tierras y hogares, acuciados por su amorosa necesidad, para venir a esperarte.

Y Almustafá miró a lo lejos, hacia la muchedumbre, y su corazón sintió aquella ansiosa espera, y guardó silencio. Luego, surgió un grito de la gente reunida, y fue un grito de afecto y súplica.

Y el profeta miró a sus marineros, y dijo:

¿Y qué les dar ? Fui cazador, en una tierra lejana. Con destreza y fuerza he lanzado las flechas de oro que me dieron, pero no he traído ninguna pieza de caza. No seguí el curso de las flechas. Acaso están ahora brillando al sol en las plumas de  guilas heridas que no caerán a tierra. Y acaso estas puntas de flechas hayan caído en las manos de aquellos que las necesitan para conseguir pan y vino.

No s  dónde ha terminado el vuelo de estas flechas pero una cosa sí han descrito su órbita en el cielo.

Y aun así, la mano del amor pesa todavía sobre mí, y vosotros, mis marineros, todavía llev is en vuestras velas mi visión, y no será mudo. Gritar  cuando la mano de las estaciones est  sobre mi garganta, y cantar  mis melodías cuando mis labios est n abrasados por las llamas.

Y los marineros sintieron turbación en sus corazones al hablar   de estas cosas. Y uno de ellos dijo:

Maestro, ense anos todo lo que sabes, y es posible, puesto que tu sangre fluye en nuestras venas, y puesto que tu aliento tiene la misma fragancia que el nuestro, es posible que comprendamos.

Luego,   respondió, y el viento estaba en su voz, y dijo:

 Me tra s a mi isla natal para que sea un maestro? Todavía no me he encerrado en la sabiduría. Demasiado joven soy, y demasiado inmaduro para hablar de otra cosa que no sea el yo interior, que por siempre es lo profundo, llamando a lo profundo.

Que aquel que busque la sabiduría la encuentre en el fondo de una copa, o en un poco de arcilla roja. Yo sigo siendo el poeta. Y seguir  cantando a la tierra, y cantar  vuestro sueño. Pero ahora, dejadme contemplar el mar.

Y ya el barco entraba en el puerto y atracaba en la rada, y así llegó el profeta a su isla natal, y estuvo una vez más entre su propia gente. Y surgió un gran grito de los corazones que lo esperaban, así que la soledad de su regreso al hogar se estremeció dentro de  .

Y la gente permaneció silenciosa, en espera de sus palabras, pero el profeta no les habl  inmediatamente, pues la tristeza del recuerdo gravitaba sobre  , y dijo en su corazón:

 He dicho que cantar ? No; s  lo puedo abrir los labios para que la voz de la vida hable a través de m , y salga el viento en busca de gozo y de confirmación.

Entonces, Karima, la que había jugado con   cuando eran niños, en el jardín de la madre del profeta, habl , y dijo:

Doce años has ocultado tu rostro de nosotros, y doce años hemos padecido hambre y sed de tu voz.

Y el profeta se quedo mirándola con indecible ternura, porque había sido ella quien le había cerrado los ojos a la madre del profeta, cuando las blancas alas de la muerte se la llevaron.

Y el respondió, diciendo:

 Doce años?  Has dicho doce. años, -Karima? No he tendido mi anhelo con la rutilante vara del tiempo, ni he sondeado los años. Porque el amor, cuando tiene nostalgia del hogar, est  en la medida del tiempo, y del sondeo del tiempo.

Hay momentos quØ contienen eones de separaci n. Sin embargo, separarse no es sino una ilusi n de la mente. Acaso nunca nos-hayamos separado.

Y AlmustafÆmir al pueblo congregado, y los vio a todos: a j venes y a viejos, a robustos y endeblés, a los de rostro curtido por el viento y el sol, y tambiØn a los pÆidos; y en los rostros de todos ellos hab a una luz de anhelo y pregunta ...

Y no de ellos habl , y dijo:

Maestro, la Vida ha sido amarga con nuestras esperanzas y nuestros anhelos. Nuestros corazones. estÆ conturbados y no entendemos por quØ Te ruego que nos consueles; y que abras nuestras mentes al significado de nuestras penas.

Y el coraz n del profeta se sinti conmovido, lleno de compasi n, y dijo:

La Vida es mÆ vieja que todos los seres vivientes; mÆ que la belleza antes de que esta naciera y adquiriera alas en la Tierra; mÆ que la Verdad, antes de que alguien la dijera.

La Vida canta en nuestros sueæos, y. sueæa cuando dormitamos. E incluso cuando estamos abatidos y rebajados, la Vida estÆ en su trono, y muy alta. Y cuando lloramos, la Vida sonre e a la luz del sol, y es libre hasta cuando arrastramos nuestras cadenas.

A menudo damos a la Vida nombres amargos, pero s lo cuando nosotros mismos estamos amargados y oscuros. Y la consideramos vaca e in til, pero -s lo cuando nuestra alma vaga por sitios desolados, y cuando el coraz n estÆ ebrio de s mismo.

La Vida es profunda, y alta, y distante; y aunque s lo vuestra mÆ amplia visi n puede ver sus pies, la Vida estÆ cerca; y aunque s lo el aliento de vuestro aliento llega a su coraz n, la sombra de vuestra sombra cruza su rostro; y el eco de vuestro mÆ tenue grito se convierte, en su pecho, en una primavera, y en un otoæo.

Y la Vida estÆ velada y oculta, as como vuestro ego superior estÆ oculto y velado. Sin embargo, cuando la Vida habla todos los vientos se tornan palabras; y cuando vuelve a hablar, las sonrisas de vuestros labios y las lÆgrimas de vuestros ojos tambiØn se convierten en palabras. Cuando la Vida canta, los sordos oyen, y se quedan extasiados; y cuando la Vida llega caminando, los ciegos la contemplan, se asombran, y la siguen, maravillados, at nitos.

Y AlmustafÆdej de hablar, y un vasto silencio rein en el pueblo congregado; y en ese silencio vibraba un canto nunca o do, y se consolaron todos de su soledad y de su pena.

Interludio

Y AlmustafÆse march en seguida, y sigui el, sendero que conduc a -a su jard n, que hab a sido el jard n de su madre y dØ su padre, y en donde dorm an el sueæo eterno, ellos y sus mayores.

Y algunos quer an seguirlo, viendo- que era una reuni n de bienvenida, y que el profeta estaba solo, pues no quedaba ning n pariente suyo quØ preparara el banquete de bienvenida, seg n la costumbre de su pueblo.

Pero el capitÆ de su nave los aconsej , diciendo:

Dejad que se vaya solo. Porque su pan es el pan de la soledad, y su copa estÆ llena del vino del recuerdo, que desea beber a solas.

Y los marineros se detuvieron, pues sab an que as era, tal como se lo hab a dicho el

capitán. Y todos los que se habían reunido en la rada tuvieron que contener los pasos de sus deseos.

Solo Karima siguió al profeta, de lejos, suspirando por la soledad de Almustafá y por sus recuerdos. Y la mujer no habló, sino que, al cabo de un rato, se volvió y se fue a su propia casa, y en el jardín, bajo el almendro, lloró, sin saber el por qué.

La Nación

Y Almustafá eligió al jardín de sus padres, y entró en él, y cerró la reja, para que nadie lo siguiera.

Y durante cuarenta días y cuarenta noches vivió solo en aquella casa y en aquel jardín, y nadie fue a verlo en ese tiempo; nadie se acercó a la reja, pues permanecía cerrada, y toda la gente sabía que Almustafá deseaba estar solo.

Y al cabo de esos cuarenta días con sus noches, él abrió la reja, para que pudieran ir a verlo.

Y acudieron nueve hombres a acompañarlo en el jardín; tres marineros de su barco, tres que habían servido en el templo y tres que habían sido sus compañeros de juegos cuando eran niños. Y estos nueve eran sus discípulos.

Y una mañana, sus discípulos sentáronse en torno de él, y había distancias y remembranzas en los ojos del profeta. Y el discípulo de nombre Hafiz le dijo:

Maestro, cuéntame de la ciudad de Orfalese y de la tierra que pisaste allí esos doce años.

Y Almustafá guardó silencio un momento, y miró hacia las colinas y hacia el vasto mar, y había una batalla en su silencio.

Luego, dijo:

Amigos míos y compañeros de ruta, compadeced a la nación que está llena de creencias y vacía de religión.

Tened piedad de la nación que lleva vestidos que no teje ella misma, que come un pan cuyo trigo no cosecha y que bebe un vino que no mana de sus propios lagares.

Compadeced a la nación que aclama a un fanfarrón como a un héroe, y que considera bondadoso al opelesco y despiadado conquistador.

Compadeced a la nación que desprecia las pasiones cuando duerme, pero que, al despertar, se somete a ellas. Compadeced a la nación que no eleva la voz más que cuando camina en un funeral, que no se enorgullece sino de sus ruinas, y que no se rebela sino cuando su cuello está colocado entre la espada y el zoque de madera.

Compadeced a la nación cuyo estadista es un zorro, cuyo filsofo es un prestidigitador y cuyo arte es un arte de remiendos y gesticulaciones imitadoras.

Compadeced a la nación que da la bienvenida a su nuevo gobernante con fanfarrias, y lo despide con gritos destemplados, para luego recibir con más fanfarrias a otro nuevo gobernante.

Compadeced a la nación cuyos sabios están aniquilados por los años, y cuyos hombres fuertes aún están en la cuna. Compadeced a la nación dividida en fragmentos, cada uno de los cuales se considera una nación.

Sueños y Primaveras

Y uno de sus discípulos dijo: Háblanos de lo que alienta en tu corazón, en este mismo

instante.

Y el profeta miró profundamente a ese discípulo suyo, y hubo en su voz un sonido como de estrella que canta, y le dijo:

En vuestro sueño despierto, cuando estáis absortos, escuchando a vuestro más profundo yo, vuestros pensamientos, como copos de nieve, caen, vibran y engalanan todos los sonidos de vuestros espacios con blanco silencio.

Y, ¿qué son los sueños despiertos, si no nubes que brotan como capullos, y florecen en el árbol del cielo de vuestro corazón? Y, ¿qué son vuestros pensamientos, si no pétalos que los vientos de vuestro corazón esparcen en las colinas y en los campos?

Y aunque anheláis la paz, hasta que lo informe en vosotros sobre forma, así la nube se acumula y vagar por los cielos, hasta que los Dedos Benditos moldeen los grises anhelos en pequeños cristales que serán soles, y lunas, y estrellas. Luego, Sarkis, aquel que era a medias escéptico, habló, y dijo:

Pero vendrá la primavera, y todas las nieves de vuestros pensamientos se derretirán, y ya no serán nada.

Y el profeta replicó :

Cuando llegue la Primavera buscando a su amado entre las somnolientas arboledas y entre los sueños, ciertamente las nieves se derretirán, y correrán en arroyos a buscar al río del valle, para ser coperos de los mirtos y del lirio.

Así se derretirá la nieve de vuestro corazón cuando llegue la primavera; y así correrá vuestro secreto en arroyos que buscarán al río de la Vida, en el valle. Y el río llevará vuestro secreto, y lo llevará al anchuroso mar.

Todas las cosas se derretirán y se transformarán en cantos, cuando llegue la primavera. Hasta las estrellas, esos grandes copos de nieve que caen lentamente en los campos más vastos, se derretirán para formar arroyos cantarines. Cuando el Sol de Su rostro surja del más vasto horizonte, ¿qué simetría congelada no se transformará en melopea líquida? Y entonces, ¿quién de vosotros no querrá ser el copero del mirto y el lirio?

Fue ayer, apenas, cuando estabais vagando en el ancho mar, y erais seres sin playas, y sin ego. Después, el viento soplo de la Vida, os tejió, como velo de luz en su rostro luego, su mano os reunió y os dio forma, y con la cabeza erguida buscasteis las alturas. Pero el mar siguió con vosotros, y aún mora su canto en vosotros. Y aunque hayáis olvidado quién fue vuestra primera madre, el vasto mar afirmará para siempre, en vosotros, su maternidad, y eternamente os llamará a su seno.

En nuestro vagar por las montañas y el desierto, siempre recordaréis la profundidad de su frío corazón. Y aunque a menudo no sepáis por qué anheláis, o por qué sentís ansias, sin duda alguna tenéis nostalgia de su vasta y rítmica paz.

Y, ¿cómo podrá ser de otro modo? En las arboledas y en las emparradas, cuando la lluvia danza en hojas en las colinas, cuando cae la nieve, como bendición y alianza, en el valle, cuando conducís vuestros ganados al río; en vuestros campos, cuando los hilos de plata de los arroyos hacen juntos el verde vestido de la tierra; en vuestros jardines, cuando el rocío temprano refleja los cielos; en vuestros prados, cuando la niebla de la noche casi os oculta el camino... En todo esto, el vasto mar está con vosotros, testigo de vuestro legado, y objeto de vuestro amor.

Es el copo de nieve, en vosotros, que corre hacia el vasto mar.

Las Distancias

Y una mañana, mientras el profeta y sus discípulos paseaban por el jardín, apareció ante la reja una mujer, y era Karima, aquella a quien Almustafá había amado como a una hermana en su niñez. Y Karima permaneció en pie, afuera, sin pedir nada, sin siquiera tocar la reja, sino atisbando, con nostalgia y tristeza; hacia el jardín.

Y Almustafá vio el anhelo en los rápidos de Karima, y con rápido paso llegó a la cerca y a la reja, y la abrió para que entrara, y ella entró, y fue bien recibida.

Y Karima habló, y dijo:

¿Dónde: te has ocultado de nosotros, para que no vivamos en la luz de tu presencia? Pues, mira: todos estos largos años te hemos amado y hemos anhelado que tornaras sano y salvo. Y ahora la gente pide a gritos verte y hablar contigo; y soy su mensajera para venir a buscarte, y para pedirte que aparezcas ante el pueblo y le expreses tu sabiduría, y para que consueles a los afligidos e instruyas a los ignorantes.

Y, mirando; Almustafá le dijo:

No me llames sabio, a menos que llames sabios a todos los hombres. Soy fruto inmaduro que aún cuelga de la rama, y apenas ayer no era sino un capullo.

Y no llames a nadie tonto ni ignorante, porque en verdad no somos ni sabios ni ignorantes. Somos hojas verdes en el árbol de la Vida, y la Vida misma está en el alma de la sabiduría; y seguramente más allá de nuestra ignorancia.

Y ¿en verdad me he alejado de vosotros? ¿No sabéis que no hay más distancia que la que el alma no abarca con la imaginación? Y que cuando el alma recorre esa distancia se transforma en ritmo del alma.

El espacio que hay entre vosotros y vuestro vecino más indiferente es sin duda mayor - que el que hay entre vosotros y vuestro ser más querido, que mora más allá de las siete tierras y los siete mares.

Porque en el recuerdo no hay distancias; y sólo en el olvido hay un abismo que ni vuestra voz ni vuestra mirada pueden atravesar.

Entre las playas de los océanos y la cima de la más alta montaña hay un camino secreto que necesitáis recorrer, si queréis ser uno con los hijos de la tierra.

Y entre vuestro conocimiento y vuestra comprensión hay una senda secreta que tenéis que descubrir, si queréis ser uno con el hombre y, por ende, con vuestro propio ego.

Entre vuestra mano derecha, que da, y vuestra mano izquierda, que recibe, hay un gran espacio. Sólo haciendo que una y otra mano dé y reciba a la vez, podréis anular la distancia que las separa, pues sólo sabiendo que no tenéis nada que dar, y que no tenéis nada que recibir, podréis anular el vacío.

En verdad, la más vasta distancia es la que existe entre vuestra visión en sueños y vuestra vigilia; y la que existe entre lo que sólo es un acto, y lo que es un deseo.

Y hay aún otra senda que tenéis que recorrer si queréis ser uno con la Vida. Pero de esa senda no os hablaré ahora, pues veo que ya estáis cansados de viajar.

El Profeta reencuentra su Pueblo

Luego, Almustafá y la mujer, acompañados de los nueve discípulos, fueron hasta el mercado, y el profeta habló al pueblo, a sus amigos y a sus vecinos, y habló alegría en sus corazones y en sus ojos.

Y dijo Almustafá

Creceis en sueños, y vivís vuestra vida más rica mientras dormís. Por ello, todos vuestros días debierais pasarlos dando gracias por lo que habéis recibido en el silencio de la noche.

A menudo pensáis en la noche y habláis de ella como si fuera la estación del reposo, pero, en verdad, la noche es la estación de la bendición y del encuentro.

El día os da el poder del conocimiento y enseña a vuestros dedos a ser diestros en el arte de recibir; pero es la noche la que os conduce a la casa de tesoros de la Vida.

El Sol enseña a todo lo que crece el anhelo por, la luz. Pero es la noche la que las eleva hacia las estrellas.

En verdad es el silencio y la quietud de la noche lo que teje un velo nupcial sobre los árboles del bosque y sobre las flores del jardín; y luego prepara el lujoso banquete y prepara la alcoba nupcial; y en ese santo silencio se concibe el mañana, en el tercio del tiempo.

As sucede con vosotros, y así, buscáis y encontráis alimento y plenitud. Y aunque al alba el despertar borre vuestros recuerdos, la mesa de los sueños siempre está dispuesta y la alcoba nupcial siempre está esperando.

Y el profeta guardó silencio un rato, y ellos también, en espera de sus palabras. Luego, volvió a hablar y dijo.:

Sois espíritus, aunque alentéis en cuerpos, y, como aceite que arde en la oscuridad, sois llamas, aunque estéis presos en lámparas.

Si no fuerais más que cuerpos, comparecer ante vosotros y hablaros sería vano, como si un muerto llamara a los muertos. -Pero no es así. Todo lo que hay de inmortal en vosotros es libre de noche y de día; y no puede albergarse en ninguna casa, ni marchitarse, porque tal es la voluntad del Altísimo. Sois Su aliento, y sois como, el viento, que no puede capturarse, ni enjaularse. Y yo también soy el viento de Su aliento.

Y caminé entre ellos con paso rápido, y volví a entrar en su jardín.

Y Sarkis,-aquel que era escéptico a medias, habló, y dijo.:

-¿Y qué nos dices de la fealdad, maestro? Tú nunca hablas de la fealdad.

Y Almustafá le contestó, habiendo un énfasis en sus palabras:

Amigo mío, ¿qué hombre puede tacharte de inhospitalario si pasa de largo por tu puerta y no toca para que le abras? Y, ¿quién te considerará sordo y descortés si te habla en una lengua extranjera de la que no entiendes nada?

¿No es eso que nunca has querido alcanzar, en cuyo corazón no has deseado entrar, no es eso lo que consideras la fealdad?

Ciertamente, si la fealdad es algo es la telaraña que tenemos ante los Ojos y la cera que taponan nuestros oídos.

El Tiempo

Y un día, mientras departaban sentados a las largas sombras de los blancos chopos, uno

de los discipulos les dijo: Maestro, me inspira temor el tiempo. Pasa sobre nosotros y nos roba la juventud. Y, ¿quØ nos da a cambio?

Y el profeta le contest :

Toma un puædo de buena tierra. ¿Encuentras en ella una semilla, acaso un gusano? Si tu mano fuera lo suficientemente espaciosa, y paciente la semilla podr a convertirse en bosque, y el gusano, en una bandada de Aigeles. Y no olvides que los aæos, que transforman las semillas en bosques y los gusanos en Aigeles, pertenecen a este ahora; todos los aæos son de este mismo ahora.

Y, ¿quØ son las estaciones de los aæos, salvo vuestros pensamientos en cambio constante? La primavera es un despertar en vuestro pecho, y el verano s lo es el reconocimiento de vuestra fecundidad. ¿No es el otoæo lo antiguo que hay en vosotros, cantando una canci n de cuna a lo que a n es niæo en vuestro ser? Y, ¿quØ es el invierno? -os pregunto-, sino un sueæo, plet rico de los sueæos de las demÆ estaciones?

Y luego, Mannus, el discipulo inquisitivo, mir en torno de s y vio plantas en flor enredÆdose en el sicomoro. Y dijo:

Mira los parÆitos, maestro. ¿QuØ nos dices de ellos? Son ladrones de ojos siniestros que roban la luz a los laboriosos hijos del sol, y que medran con la savia que corre por sus ramas y sus hojas.

Y el profeta le contest :

Amigo m o, todos somos parÆitos. Nosotros, los que trabajamos para que el suelo fØtil se convierta en vida pulsante, no somos mejores que los que reciben la vida directamente del suelo abonado, sin saber que la reciben del suelo.

¿DirÆuna madre a su hijo: Te devuelvo al bosque, que es tu madre mayor, pues gastas mi coraz n y mi mano?

¿O rechazarÆel cantor su propia canci n, diciendo: Vuelve ahora a la cueva de los ecos de donde viniste, porque tu voz consume mi aliento?

¿Y dirÆel pastor a sus ovejas: No tengo pastos adonde llevaros a pacer; por lo tanto, que os deg ellen, y que seÆs un sacrificio para esta causa?

No, amigo m o; todas estas cosas tienen una respuesta obvia, y, como vuestros sueæos, se colman cuando estÆs dormidos.

Vivimos unos de otros, seg n la Ley antigua e intemporal. Vivamos as , con amorosa bondad. Nos buscamos unos a otros en nuestra sociedad, y caminamos por los caminos cuando no disponemos de un hogar a cuya vera sentarnos.

Amigos m os, hermanos m os, el camino mÆ anchuroso es vuestro pr jimo.

Estas palabras que viven del Aebol succionan la leche de la tierra en la dulce calma de la noche, y la tierra, en su tranquilo sueæo, succiona los pechos del Sol.

Y el Sol, como vosotros, como yo, como todo ser y , toda cosa, se sienta con igual honor en el banquete del Prncipe cuya puerta siempre permanece abierta, y cuya mesa siempre estÆdispuesta.

Mannus, amigo m o, todo lo que es, vive siempre de todo lo que es; y todo lo que existe vive confiado, sin playas limitantes, de la magnanimidad del Alt simo.

Y una mañana, cuando el cielo aún estaba pálido a la luz de la aurora, caminaron juntos por el jardín y miraron hacia el Oriente, y permanecieron silenciosos ante la salida del sol.

Y al cabo de un rato, Almustafá señaló con el dedo, y dijo:

La imagen del sol matinal en una gota de rocío no es menos que el sol. El reflejo de la vida en vuestra alma no es menos que la vida.

La gota de rocío refleja la luz porque es una con la luz, y vosotros reflejáis la vida porque vosotros y la vida sois una misma cosa.

Cuando la oscuridad os envuelva, decid: "Esta oscuridad es una aurora que todavía no nace; y aunque la acción de la noche pese sobre mí, la aurora volverá a nacer en mí, así como nace en las montañas."

La gota de rocío que redondea su esfera en la penumbra del lirio no es diferente a vosotros, que redondeáis vuestra alma en el corazón de Dios.

¿Acaso dirá la gota de rocío: "Solo una vez cada mil años soy una gota de rocío?" Hablad vosotros, y respondió: "¿No sabes que la luz de todos los años está brillando en tu esfera?"

La Soledad

Una noche, una gran tormenta visitó aquel sitio, y Almustafá y sus discípulos, los nueve, entraron en la casa y sentáronse ante la chimenea encendida. Y estaban tranquilos y silenciosos.

Luego, uno de sus discípulos dijo:

Estoy solo, maestro, y los cascotes de las horas golpean pesadamente en mi pecho.

Y Almustafá se puso en pie en medio de ellos y dijo, con una voz que era como el sonido del viento fuerte:

¡Solo! ¿Y qué con ello? Solos habéis venido al mundo y solos pasaréis a formar parte de la niebla.

Por tanto, bebed vuestra copa a solas y en silencio. Los días del otoño han dado a otros labios otras copas, y las han llenado de vino amargo y dulce, así como han llenado vuestra copa.

Bebed vuestra copa a solas, aunque os sepa, a vuestra propia sangre y a vuestras propias lágrimas, y alabad a la vida por el donde la sed. Porque sin la sed vuestro corazón no es sino la playa desolada, sin cantos y sin mareas.

Bebed vuestra copa a solas y bebedla con exclamaciones de alegría.

Alzadla muy por encima de vuestra cabeza y bebed de un solo trago, a la salud de quienes beben a solas.

Una vez busqué la compañía de los hombres y me senté con ellos a sus mesas de banquete y bebí mucho con ellos; pero, su vino no se me subió a la cabeza, ni fluyó hasta mi pecho. Solo bajó hasta mis pies. Mi sabiduría se quedó seca y mi corazón permaneció encerrado y sellado. Solamente mis pies los acompañaron en medio de su niebla.

Y no volví a buscar la compañía de los hombres ni a beber vino con ellos sentado a sus

mesas.

Por tanto, yo os digo que, aunque los cascotes de las horas golpeen pesadamente en vuestro pecho, ¿quién con ello? Bien está que bebáis vuestra copa de tristeza a solas, y vuestra copa de alegría también la bebáis a solas.

Las Piedras

Y un día, mientras Fardous, el griego, estaba caminando por el jardín, tropezó con una piedra y montó en cólera. Y se volvió y recogió la piedra diciendo en voz baja: ¡Oh cosa muerta que te has atravesado en mi camino! -y arrojó lejos la piedra.

Y Almustafá el elegido y el bienamado dijo:

¿Por qué dices: "¡oh cosa muerta?" ¿Has estado tanto tiempo aquí, en este jardín, y no sabes que aquí nada está muerto? Todas las cosas viven y resplandecen en el conocimiento del día y en la majestad de la noche. Tú y la piedra sois uno; la única diferencia está en los latidos del corazón. Piensa, amigo mío, que tu corazón late un poco más de prisa. Sí; pero no está tan tranquilo como el de la piedra.

El ritmo de la piedra acaso sea otro ritmo, pero yo te digo que si sondeas las profundidades de tu alma y mides las alturas del espacio, no oírás más que una melodía, y que en esa melodía la piedra y la estrella cantan, una con otra, al unísono perfecto.

Si mis palabras no llegan a tu entendimiento, no importa; ya será en otra aurora. Si has lanzado una maldición a esta piedra porque en tu ceguera has tropezado con ella, entonces

maldecirás a una estrella si tu cabeza se golpeará en ella, en el cielo. Pero día llegará en que reuniré piedras y estrellas, como el niño que reúne los lirios del valle, y entonces sabrás que todas estas cosas son vivientes y fragantes.

Dios

Y el primer día de la semana, cuando llegaban a sus oídos los sonidos de las campanas del templo, uno de sus discípulos habló y dijo:

Maestro, por aquí oímos mucho hablar de Dios. ¿Qué nos dices de Dios y quien es Él, en realidad?

Y el profeta se puso en pie frente a ellos como un árbol joven, sin miedo a los vientos y a la tempestad, y contestó:

Pensad ahora, compañeros míos y amados amigos míos, en un corazón que contiene a todos vuestros corazones; en un amor que abarca todos vuestros amores; en un espíritu que envuelve a todos vuestros espíritus; en una voz que cubre a todas vuestras voces, y en un silencio más profundo que todos vuestros silencios, e intemporal.

Tratad ahora de percibir en lo más profundo de vuestro yo una belleza más encantadora que todas las cosas bellas; un canto más vasto que los cantos del mar y del bosque; una majestad sentada en un trono junto al cual Oriente no es sino una tarima, y que ase un cetro en el que las Pléyades no son sino el resplandor de unas gotas de rocío.

Lo único que habéis buscado siempre es sólo el alimento y el techo, un vestido y un báculo;

buscad ahora a Aquel que no es ni un objetivo para vuestras flechas ni una-cueva de piedra para protegeros de los elementos.

Y aun si mis palabras son una roca y un enigma, buscad para que vuestros corazones se abran, y para que vuestras preguntas puedan llevaros al amor y a la sabiduría del Altísimo, aquel a quien los hombres llaman Dios.

Y los discípulos permanecieron silenciosos y haba perplejidad en sus corazones; y Almustafá sinti compasión de ellos, y los miró con ternura, y dijo:

Ahora, no hablemos ya de Dios Padre. Hablemos, mejor, de los dioses, es decir, de vuestros vecinos y de vuestros hermanos, de los elementos que se agitan alrededor de vuestras casas y en vuestros campos.

Os gustará elevaros hasta las nubes y las considerarais altas; y os gustará pasar sobre el vasto mar, y a esto le llamarais distancia. Pero yo os digo que, cuando sembráis una semilla en la tierra, alcanzáis una altura mayor; y que cuando elogiáis la belleza de la mañana y saludáis a vuestro vecino, cruzáis un mar mayor.

A menudo cantáis a Dios, el Infinito, y sin embargo, en realidad no os la canción. Quisiera yo que escucharais a las aves canoras, y a las hojas que abandonan la rama al pasar el viento, y no olvidáis, amigos míos, que estas hojas sólo cantan cuando están separadas de la rama.

Nuevamente os conjuro a que no habléis tanto de Dios, que es vuestro Todo, sino que tratéis de hablar de vosotros, y de comprenderos unos a otros, vecinos a vecinos, de dios a dios.

Porque, ¿quién dará alimento a los polluelos que están en el nido-, si el ave madre vuela por los cielos?. ¿Y qué animalona de los campos será fecundada, aménos que se una a ella una abeja procedente de otra animalona?

Es sólo cuando estáis perdidos en vuestro pequeño yo cuando buscáis el cielo al que llamáis Dios. Quisiera yo que encontrarais caminos hacia vuestros egos más vastos; que fueseis menos perezosos y pavimentarais los caminos... Marineros míos y amigos míos, sería más sensato hablar menos de Dios, al que no podemos comprender, y que hablamos más de unos y otros, de nosotros mismos, a los que acaso podamos comprender. Sin embargo, por ahora quisiera que comprendierais que somos el aliento y la fragancia de Dios. Somos Dios, en la hoja, en la flor, y, a veces, en el fruto.

Las Vestiduras

Y una mañana, cuando el sol estaba en lo alto, uno de sus discípulos, uno de los tres que habian jugado con él cuando eran niños, se acercó a él- y le dijo:

Maestro, mi ropa está muy usada; y no tengo otra que ponerme. Dame permiso para ir al mercado y para regatear con los mercaderes; acaso consiga por buen precio otra vestidura.

Y Almustafá miró a aquel joven, y dijo:

Dame tu vestido viejo.- Y el joven así lo hizo, y permaneció en pie, desnudo, a la luz del día.

Y Almustafá dijo, con voz de joven corcel que cabalgara por un camino:

Solamente los desnudos viven a la luz del sol. Solamente los sencillos y sin artificios cabalgan en el aire. Y solo quien se extravía mil veces tendrá una bienvenida, al regresar a su hogar.

Los Ángeles están cansados de los astutos. Y apenas ayer un Ángel me dijo: "Hemos creado el infierno para los que resplandecen con galas. ¿Qué otra cosa, aparte del fuego,

puede borrar el brillo de una superficie, y fundir algo hasta su núcleo mismo?"

Y yo le dije: "Pero, al crear el infierno, habéis creado también demonios, para gobernarlo." Pero el Ángel me replicó: "No; el infierno está gobernado por los que no se someten al fuego."

¡Ángel sabio, en verdad! Conoce la manera de ser de los hombres y de los hombres a medias. Es uno de los serafines que acuden a aconsejar a los profetas cuando a éstos los tientan los astutos. Y sin duda alguna sonreír en los serafines cuando sonreír en los profetas, y también lloran: cuando los profetas lloran.

Amigos marinos y marineros marinos, solo los desnudos viven a la luz del sol. Solamente los que no tienen timón pueden lanzar su velero en el mar mayor. Solo quien está oscuro en la noche puede despertar con la aurora, y solo quien duerme con las raíces bajo la nieve llegará a ver la primavera.

Porque vosotros sois como raíces, y como raíces, sois simples, pero tenéis la sabiduría de la tierra. Y sois silenciosos, pero tenéis en vuestro interior ramas aún no nacidas en que murmura el coro de los cuatro vientos.

Sois frágiles e informes, pero sois el principio de gigantescos robles, y del esbozado perfil de los sauces que se recortan contra el cielo.

Una vez me os digo que no sois sino raíces entre el oscuro suelo de la tierra y los viajeros cielos. Y a menudo os he visto levantaros para danzar a la luz, pero también os he visto tímidos. Pues todas las raíces son tímidas. Han escondido sus corazones tanto tiempo, que no saben qué hacer con sus corazones.

Pero volveré a Mayo, y Mayo es una virgen inquieta, de la que nacerán, renovadas, las montañas y las llanuras.

El Ser

Y uno de los que habían servido en el templo me pidió: Enseñanos, maestro, para que nuestras palabras sean, como las tuyas, un canto y un incienso para la gente.

Y Almustafá respondió:

Te levantaré por encima de tus palabras, pero tu senda seguirá siendo un ritmo y una fragancia; un ritmo para los amantes, y para todos los que son amados, y una fragancia parados que quieran vivir en un jardín.

Pero te alzaré por encima de tus palabras hasta una cima en que cae polvo de estrellas, y abriré las manos, hasta que se llenen de polvo de estrellas; y te echaré a dormir, y dormiré como un blanco polluelo en su nido; y soñaré con tu mañana, como las blancas violetas sueñan con la primavera. Seré irremediablemente profundamente que tus palabras. Buscaré las fuentes originarias de los arroyos, y seré una oculta cueva donde morarán los ecos de las tenues voces de las profundidades que ni siquiera podréis oír.

Iré irremediablemente profundamente que tus palabras, más profundo que todos los sonidos, sino, hasta el corazón mismo de la Tierra, y allí estaré solo con Aquello que también camina sobre

la V a LÆtea.

Y al cabo de un rato, otro de sus discipulos le pregunt : Maestro, hÆblanos del ser. ¿QuØ significa ser?

Y AlmustafÆle dedic una larga mirada de amor. Y se puso en pie, y dio unos pasos, a cierta distancia de ellos; luego, regres y dijo:

En este jard n yacen mi padre y mi madre, enterrados por las manos de los vivientes; y en este jard n yacen enterradas las semillas del aæo pasado, tra das aqu en alas del viento.

Mil veces serÆ enterrados aqu mi madre y mi padre, y mil veces el viento enterrarÆ semillas; y dentro de mil aæos, vosotros, y yo, y estas flores, nos reuniremos en este jard n, como ahora, y seremos, con nuestro mismo amor por la vida, y seremos, soaando en el espacio, y seremos, alzÆndonos hacia el sol.

Pero ahora, ser es ser sabios, mas no ajenos a los insensatos; es ser fuertes, mÆ no insensibles a los errores del dØbil; es jugar con vuestros niaos, pero no come padres, sino como compaæeros de juego, dispuestos a aprender sus juegos.

Ser es ser simples, afables con los ancianos y las ancianas, y sentarse con ellos a la sombra de sus antiguos robles, aunque todav a estØs caminando con la Primavera.

Es buscar al poeta, aunque estØ vivo mÆ allÆde siete ros, y estar en paz en su presencia, sin querer nada, sin dudar de nada, y sin preguntas en vuestros labios.

Es saber que el santo y el pecador son hermanos gemelos, cuyo padre es nuestro MagnÆximo Rey, que aquØ naci en instantes antes que el otro, por lo que lo consideramos como el Prncipe Coronado.

Ser es seguir a la Belleza, aunque os conduzca al borde del precipicio, y aunque ella es alada, y vosotros no, y aunque vaya mÆ allÆdel borde del precipicio, seguidla; porque donde no hay Belleza, no hay nada.

Ser es estar en un jard n de tapias, en un viædo sin guardiÆ, en una casa de tesoros siempre abierta a los transe ntes.

Es ser robado, engaado, decepcionado, y, ¡ay!, incluso ser conducido a una trampa, y tener que soportar las burlas del burlador, y, sin embargo, mirar desde las alturas del ego superior y sonrer, sabiendo que hay una Primavera que acudirÆa vuestro jard n para danzar con vuestras hojas, y un Otoæo que harÆmadurar vuestras vides; sabiendo que si una sola de vuestras ventanas estÆabierta hacia el Oriente, nunca estarØs vac os; sabiendo que todos aquellos a quienes se considera ladrones y malhechores; engaaadores y burladores, son vuestros hermanos en necesidad, y que acaso vosotros mismos sois como todos Østos, a los ojos de los benditos habitantes de la Ciudad Invisible, que se erige por encima de esta ciudad.

Y o dme, vosotros, cuyas manos modelan y encuentran todas las cosas que se necesitan para la comodidad de nuestros d as y de nuestras noches:

Ser es ser un tejedor con dedos que ven, un constructor consciente de la luz y el espacio; es ser un labrador y sentir que se estÆescondiendo un tesoro en cada semilla que se siembra; es ser un pescador y un cazador con piedad por el pez y la bestia, pero con mayor piedad por los hambrientos y por las necesidades del hombre.

Y, mÆ que nada, os digo esto: Quisiera que todos y cada uno de vosotros fuerais partipes del prop sito de cada hombre, pues s lo as podrØs esperar el logro de vuestro buen prop sito.

Compaæeros y amados amigos m os, sed osados, y no dØbiles; sed espaciosos, y no

confinados; y hasta mi hora final, y hasta vuestra hora final, sed verdaderamente vuestro ego más vasto.

Y dejé de hablar, y una gran tristeza se apoderó de los nueve discípulos, y sus corazones se alejaron del profeta, pues no entendieron las palabras que acababa de pronunciar.

Y he aquí que los tres hombres que eran marineros sintieron nostalgias del mar; y que los que habían servido en el templo ansiaron las consolaciones del santuario; y que los que habían sido sus compañeros desearon marcharse al mercado. Todos estaban sordos a las palabras del profeta, así que los sonidos de esas palabras volvieron a ser, como fatigados pájaros sin nido en busca de refugio.

Y Almustafá se apartó de ellos y caminó un trecho por su jardín, sin decir nada, y sin mirarlos.

Y los nueve discípulos empezaron a razonar entre sí, y a buscar excusas para "sus ansias de marcharse.

Y he aquí que todos dieron media vuelta y tornaron a los lugares de donde procedían de manera que, Almustafá el elegido y bienamado, quedó completamente solo.

El fruto maduro

Y cuando la noche cayó, Almustafá caminó hasta la tumba de su madre, y se sentó bajo el cedro que allí crecía. Y acudió: la sombra de una gran luz sobre el cielo, y el jardín resplandeció como una hermosa joya en el pecho de la tierra.

Y Almustafá exclamó en la soledad de su espíritu:

Gran peso gravita sobre mi alma con su propio fruto maduro. ¿Quién vendrá y tomará de mí, y se satisfará? ¿No hay nadie que haya ayunado, y que sea de corazón bondadoso y generoso para venir a romper su ayuno en mis primeros rendimientos al sol y liberarme así del peso de mi propia abundancia?

Mi alma está pletórica del vino de las edades. ¿No hay ningún sediento que venga a beber en mi alma?

Había un hombre de pie en el cruce de los caminos, con las manos extendidas hacia los transeúntes, y sus manos estacaban llenas de joyas. Y llamaba a los transeúntes, diciendo:

"Tened piedad de mí, y tomad algo de mí. ¡En nombre de Dios, tomad algo de mis manos, y consoladme!"

Pero los transeúntes sólo se quedaban mirándolo, y nadie tomaba nada de sus manos... Y hubiera sido preferible que ese hombre fuera un mendigo -s, un mendigo de mano temblorosa, que la retirara vacía de su pecho-, que extendiera la mano llena de ricos presentes, para no encontrar a nadie que quisiera recibir...

Y también había un magnífico príncipe que plantó sus tiendas de seda entre la montaña y el desierto, y que ordenó a sus criados que encendieran una hoguera, como señal para el extranjero y el vagabundo, y que enviara a sus esclavos a observar el camino, para que consiguieran un huésped. Pero los caminos y las sendas del desierto estaban desolados, y no encontraron a huésped alguno.

Y hubiera sido mejor que aquel príncipe fuera un hombre de ninguna parte y sin destino, que buscara comida y techo. Que fuera un vagabundo sin más posesión que su túnica, su báculo y su escudilla de barro. Porque un hombre de esta guisa, al caer la

noche, se reunir a con sus iguales, y con los poetas sin hogar y sin destino, y podr a compartir su mendicidad, y sus recuerdos y sus sueos.

Y tambi n conozco la historia de la hija del gran rey que despert y se puso su mejor vestido de seda, y sus perlas, y sus rubes, y que esparci almizcle en su pelo y humedeci sus dedos con Anbar. Y luego descendí desde su torre hasta su jard n, donde el roc o de la noche la calz con sandalias de oro.

Y en el silencio de la noche, la hija del gran rey buscaba el amor en el jard n, pero en todo el vasto reino de su padre no hab a un solo hombre que la amara.

Preferible hubiera sido que esa princesa fuera la hija de un labrador, que llevara a pastar sus ovejas a un prado, y que al tornar por la tarde a la casa de su padre llevara de los viæados en los pliegues de su vestido. Y al llegar la noche, y el Angel de la noche estuviera sobre el mundo, esta pastorcilla fuera con pasos sigilosos al valle del ro, donde la esperar a su amante.

O sera preferible que esta princesa fuera una monja, encerrada en un claustro, quemando su coraz n como si fuese incienso, para que su coraz n pudiera levantarse con el viento, y consumiera su esp ritu, como una vela, para hacer una luz que se alzara hacia la luz mayor, junto con todos los que veneran, y junto con quienes aman y son amados.

S ; sera preferible que fuera una mujer de remotas opocas, que permaneciera sentada al sol, recordando a quienes hubieran compartido sus aæos mozos.

Y la noche se puso mÆ oscura, y AlmustafÆera oscuro, como la noche, y su esp ritu era como una nube preæada de lluvia sin caer. Y el profeta volvi a exclamar:

Pesada estÆmi alma con su propio fruto maduro; pesada estÆmi alma con su fruto. ¡Qui n acudirÆahora a comer de ella y saciarse! Mi alma rebosa plena de su vino. ¿Qui n se servirÆde Ø y beberÆpara refrescarse del calor del desierto? Quisiera mejor ser un Abol sin flores ni fruto pues el dolor de la abundancia es mÆ amargo que la esterilidad, y la tristeza del rico del que nadie quiere tomar es mayor que el dolor del mendigo a quien nadie da nada.

Quisiera mejor ser un pozo seco y en ruinas, y que los hombres arrojaran piedras en mi interior; porque esto sera preferible, y mÆ llevadero, que ser una fuente de agua vivificante junto a la cual los hombres pasan, sin beber.

Y sera mejor que fuera yo un junquillo pisoteado, mejor que una lira de cuerdas de plata, en una casa esplendorosa cuyo dueæo carece de dedos, y cuyos hijos son sordos.

La Despedida

Ahora bien, durante siete das y siete noches ning n hombre se acerc al jard n, y. AlmustafÆpermaneci a solas; con sus recuerdos y su dolor; pues aun los que hab an odo sus palabras con amor y paciencia le hab an vuelto la espalda, en busca de otros das.

S lo Karima acudi a verlo, envuelto el rostro en silencio, como en un velo; llevaba con ella una copa y un plato; bebida, y comida para la soledad y el hambre del profeta. Y una vez que dispuso las viandas ante Ø, Karima se alej , en silencio.

Y AlmustafÆvolvi a estar en compaæa de los blancos chopos, cerca de la reja, y sent se, mirando hacia el camino. Y al cabo de un rato percibi una nube de polvo que soplaba por el camino, y que parecia dirigirse hacia Ø, y de la nube de polvo surgieron los nueve discipulos del profeta, y ante ellos, conduci ndolos, iba Karima.

Y AlmustafÆsali al encuentro del grupo, en el camino, y ellos traspusieron la reja, y

todo estuvo bien, como si se hubiesen marchado apenas hac a una hora.

Los disc pulos entraron y comieron con Ø, ante su mesa frugal, una vez que Karima hubo puesto sobre la mesa el pan y el pescado, y despuØ de escanciar hasta la ltima gota de vino en las copas. Y al acabar de escanciar el vino, Karima pidi al Maestro: Dame tu venia para ir a la ciudad a conseguir mÆ vino, y volver a llenar las copas, pues el vino se ha terminado.

Y comieron y bebieron, y se satisficieron. Y luego, AlmustafÆ habl con potente voz, profunda como el mar, y plena como la marea alta bajo la luna, y dijo:

Amigos m os y compaæeros de viaje: debemos separarnos este d a. Durante largo tiempo hemos surcado los procelosos mares, y hemos subido a las mÆ altas montaaas, y hemos luchado con las tormentas. Hemos conocido el hambre, y tambiØn nos hemos sentado juntos en los banquetes de bodas. A menudo hemos estado desnudos, pero tambiØn hemos llevado vestiduras dignas de un rey. Ciertamente hemos viajado a tierras lejanas, pero ahora tenemos que separarnos. Juntos seguirØs vuestro camino, y solo emprenderØ mi ruta.

Y aunque los mares y las vastas tierras nos separen, seguiremos siendo compaæeros de viaje hacia la Montaa Santa. Pero antes de que nos marchemos por nuestros caminos separados, os darØ la cosecha y lo mejor de mi coraz n:

Id por vuestro camino cantando, pero que cada canto sea breve, pues s lo los cantos que mueren j venes en vuestros labios vivirÆ en los corazones humanos.

Decid una amable verdad en palabras breves, pero nunca digÆs una fea verdad sin palabras. Decid a la doncella cuya cabellera brilla al sol que es la hija de la maana, pero, si mirÆs al ciego, no le digÆs que es uno con la noche.

Escuchad al flautista como si estuvierais escuchando las armon as de abril, pero, si os hablar al crtico y al buscador de faltas, sed sordos como vuestros propios huesos, y distantes como vuestra mÆ lejana imaginaci n.

Amigos m os y amados m os, en vuestro camino encontrarØs a. hombres con cuernos; dadles guirnaldas de laurel. Y a hombres con garras; dadles pØtalos que les sirvan como dedos. Y a hombres con lenguas de serpiente; dadles miel, para que les sirva de palabras.

S; encontrarØs a todos estos y a otros. EncontrarØs al cojo que vende muletas, y al ciego que vende espejos. Y encontrarØs a los hombres ricos mendigando a las puertas del Templo.

Al cojo, dadle vuestra agilidad; al ciego, vuestra visi n; y procurad dar algo de vosotros al mendigo rico; Øste es el mÆ necesitado de todos, pues ciertamente ning n hombre extenderÆ la mano pidiendo limosna, a menos que sea pobre, aunque tenga grandes posesiones.

Compaæeros y amigos m os, os conjuro, por nuestro amor, a que seÆs incontables senderos que se crucen unos a otros en el desierto, donde transitan los leones y los conejos, y tambiØn los lobos y las ovejas.

Y recordad esto de m: No os enseæo a dar, sino a recibir; no a negar, sino a ser plenos; no a ceder, sino a comprender, con la sonrisa en los labios.

No os enseæo el silencio, sino una canci n que se dice en voz baja.

Os enseæo a reconocer a vuestro ego mÆ vasto, que contiene y abarca a todos los hombres.

Y se levant de la mesa. Y fue directamente al jard n, y camin bajo la sombra de los

cipreses, mientras el día agonizaba. Y sus discípulos lo siguieron, a corta distancia, pues el corazón del profeta estaba apesadumbrado, y sus lenguas se pegaron al piso de la boca.

Solo Karima, una vez que levantó la mesa, se llegó hasta él, y le dijo:

Maestro, permite que prepare alimentos para mañana, y para nuestro viaje.

Y el profeta la miró con ojos que veían otros mundos, y dijo:

Hermana mía bienamada, ya está hecho, desde el principio de los tiempos. El alimento y la bebida están preparados, para el día de mañana, así como para nuestro ayer y para nuestro ahora.

Me marchó, pero me marchó con una verdad aún no pronunciada; esa verdad que volveré a buscarte y a reunirme, aunque mis elementos estén dispersos en los silencios de la eternidad; y otra vez volveré ante vosotros; a hablaros con una voz nueva, nacida del corazón de esos silencios sin fronteras.

Y si hubiera algo de, belleza que no os hubiere declarado, entonces, una vez más seré llamado, incluso por mi propio nombre, Almustafá y os daré una señal, para que sepáis que he vuelto a deciros lo que faltaba, pues Dios no me permitirá estar oculto a los hombres, ni que su palabra yazga oculta y encubierta en el abismo del corazón humano.

Viviré más allá de la muerte, y cantaré a vuestros oídos,

incluso cuando la vasta marejada me devuelva a la inmensa profundidad del mar.

Me sentaré a vuestra mesa, aunque ya no tenga un cuerpo, e iré con vosotros al campo, como espíritu invisible.

Llegaré a vuestros hogares y a vuestras chimeneas, como huésped no visto.

La muerte no cambia nada, sino las máscaras que cubren nuestros rostros.

El leñador seguirá siendo leñador, el labrador seguirá siendo labrador, y el que lanzó su canto al viento también lo cantará. Así como las Esferas que giran.

Y los discípulos del profeta estaban inmóviles como piedras, y apesadumbrados en sus corazones, porque él había dicho: "Me marchó." Pero ningún hombre extendió la mano para detener al maestro, ni nadie se atrevió a seguir sus pasos.

Y Almustafá salió del jardín de su madre, y sus pasas eran ligeros y silenciosos; y al cabo de un momento, como una hoja barrida por un fuerte viento, ya estaba muy lejos de ellos, y vieron una pálida luz que avanzaba hacia las alturas.

Y los nueve emprendieron su camino, pero la mujer permaneció todavía en pie al caer la noche, y vio cómo la luz del día y el crepusculo se volvían una misma cosa; y consoló su desolación y su soledad con las palabras del profeta: "Me marchó, pero si me marchó con una verdad aún no pronunciada, esa misma verdad me buscará y me reunirá y otra vez volveré."

Niebla

Y era la hora del anochecer.

Y el profeta había llegado a las montañas. Sus pasos lo habían llevado a la niebla, y permanecía en pie entre las rocas y los blancos cipreses, oculto de toda cosa, y habló, y dijo

¡Oh Niebla! hermana mía, aliento blanco aún no encerrado en ningún molde:

Vuelvo a ti, como aliento-blanco y sin voz; como una palabra aún no pronunciada.

¡Oh Niebla! mi alada hermana niebla, ahora estamos juntos y juntos estaremos hasta el segundo día de la vida, cuya aurora te depositaré como gotas de rocío, en un jardín, y a mí, como un recién nacido, en el pecho de una mujer, y lo recordaremos todo.

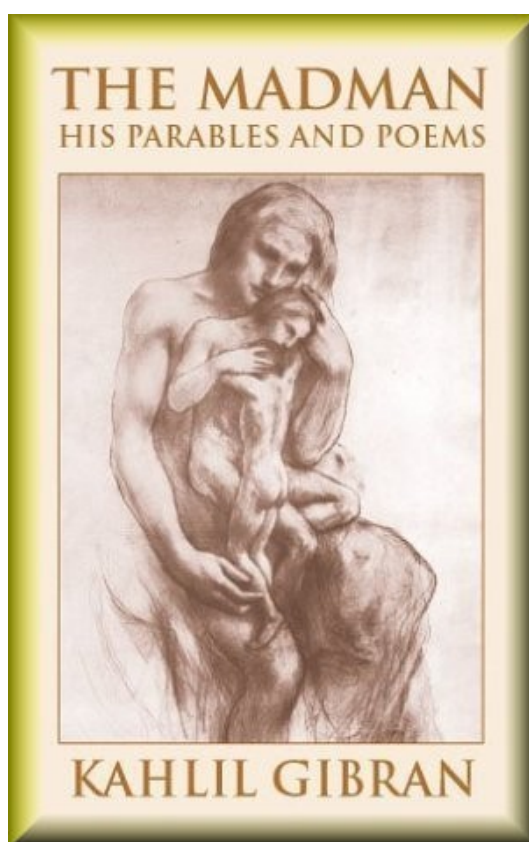
¡Oh Niebla!, hermana mía, vuelvo a ti como un corazón escuchando en tus profundidades; como tu corazón mismo, deseo inquieto y sin objeto, como tu deseo, pensamiento aún no formulado, como tu pensamiento.

¡Oh Niebla!, hermana mía, primogénita de mi madre, mis manos aún sienten las verdes semillas que me ordenaste esparcir, y mis labios están sellados con el canto que me ordenaste cantar; y no te traigo ningún fruto, ni eco alguno, pues mis manos eran ciegas, y mis labios, estériles. ¡Oh Niebla!, hermana mía, mucho amor al mundo, y el mundo me ama, pues todas mis sonrisas estuvieron en labios del mundo, y todas las lágrimas del mundo estuvieron en mis ojos. Sin embargo, hubo entre nosotros un golfo de silencio, que no pudimos franquear, y que no pude trasponer.

¡Oh Niebla!, hermana mía, inmortal hermana Niebla: canté los viejos cantos a mis hijos, y ellos los escucharon, pero no hubo una expresión de sorpresa en sus rostros; pero mañana, acaso, olviden el canto. Y aunque no era más ese canto, descendí a mi corazón, y viví un momento en mis labios.

¡Oh Niebla!, hermana mía, aunque todo esto ha acaecido, yo estoy en paz. Fue bastante el cantarles a aquellos que ya habían nacido. Y aunque el canto, en verdad no es más, encierra, no obstante, el más profundo deseo de mi corazón.

¡Oh Niebla!, hermana mía, hermana Niebla, ahora soy uno contigo. No soy ya un ego. Los muros han caído, y las cadenas se han roto; me elevo hasta ti, yo mismo como niebla, y ,juntos flotaremos sobre el mar, hasta el segundo día de la vida, cuando la aurora nos deposite, a ti, como gotas de rocío en un jardín, y a mí, como a un recién nacido, en el pecho de una mujer.



GIBR' N KHALIL GIBR' N

EL LOCO

(1918)

Revisado por: Carlos J.J.

Me pregunté como me volví loco. Así sucedió :

Un día, mucho antes de que nacieran los dioses, desperté de un profundo sueño y descubrí que me habían robado todas mis monedas -si; las siete monedas que yo mismo me había confeccionado, y que llevé en siete vidas distintas-; corrí sin moneda por las calles atestadas de gente, gritando:

-¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Malditos ladrones!

Hombres y mujeres se rean de mí, y al verme, varias personas, llenas de espanto, corrieron a refugiarse en sus casas. Y cuando llegué a la plaza del mercado, un joven, de pie en la azotea de su casa, se me acercó y me gritó :

-Miren! ¡Es un loco!

Alcé la cabeza para ver quién gritaba, y por vez primera el sol besó mi desnudo rostro, y mi alma se inflamó de amor al sol, y ya no quise tener monedas. Y como si fuera presa de un trance, grité

-¡Benditos! ¡Benditos sean los ladrones que me robaron mis monedas!

Así fue que me convertí en un loco.

Y en mi locura he hallado libertad y seguridad; la libertad de la soledad y la seguridad de no ser comprendido, pues quienes nos comprenden esclavizan una parte de nuestro ser.

Pero no dejé que me enorgulleciera demasiado de mi seguridad; ni siquiera el ladrón encarcelado está salvo de otro ladrón.

D I O S

En los días de mi infancia remota, cuando el temblor primero del habla llegó a mis labios, subí a la montaña santa y hablé a Dios, diciéndole:

-Amo, soy tu esclavo. Tu oculta voluntad es mi ley, y te obedeceré por siempre jamás.

Pero Dios no me contestó, y pasé de largo como una potente borrasca.

Y mil años después volví a subir a la montaña santa, y volví a hablar a Dios, diciéndole:

-Creador mío, soy tu criatura. Me hiciste de barro, y te debo todo cuanto soy.

Y Dios no contestó; pasé de largo como mil alas en presuroso vuelo.

Y mil años después volví a escalar la montaña santa, y hablé a Dios nuevamente, diciéndole:

-Padre, soy tu hijo. Tu piedad y tu amor me dieron vida, y mediante el amor y la adoración a ti heredaré tu Reino. Pero Dios no me contestó; pasé de largo como la niebla que tiende un velo sobre las distantes montañas.

Y mil años después volví a escalar la sagrada montaña, y volví a invocar a Dios, diciéndole:

-¡Dios mío!, mi supremo anhelo y mi plenitud, soy tu ayer y eres mi mañana. Soy tu raíz en la tierra y tú eres mi flor en el cielo; juntos creceremos ante la faz del sol.

Y Dios se inclinó hacia mí, y me susurró al oído dulces palabras. Y como el mar, que abraza al arroyo que corre hasta Él, Dios me abrazó.
Y cuando bajé a las planicies, y a los valles vi que Dios también estaba allí.

A M I G O M O

Amigo mío... yo no soy lo que parezco. Mi aspecto exterior no es sino un traje que llevo puesto; un traje hecho cuidadosamente, que me protege de tus preguntas, y a ti, de mi negligencia.

El "yo" que hay en mí, amigo mío, mora en la casa del silencio, y allí permaneceré para siempre, inadvertido, inabordable.

No quisiera que creyeras en lo que digo ni que confiaras en lo que hago, pues mis palabras no son otra cosa que tus propios pensamientos, hechos sonido, y mis hechos son tus propias esperanzas en acción.

Cuando dices: "El viento sopla hacia el oriente", digo: "Sí, siempre sopla hacia el oriente"; pues no quiero que sepas entonces que mi mente no mora en el viento, sino en el mar.

No puedes comprender mis navegantes pensamientos, ni me interesa que los comprendas. Prefiero estar a solas en el mar.

Cuando es de día para ti, amigo mío, es de noche para mí; sin embargo, todavía entonces hablo de la luz del día que danza en las montañas, y de la sombra purpúrea que se abre paso por el valle; pues no puedes oír las canciones de mi oscuridad, ni puedes ver mis alas que se agitan contra las estrellas, y no me interesa que oigas ni que veas lo que pasa en mí; prefiero estar a solas con la noche.

Cuando tú subes a tu Cielo yo desciendo a mi infierno. Y a menudo entonces me llamas a través del golfo infranqueable que nos separa: "¡Compañero! ¡Camarada!" Y te contesto: "¡Compañero! ¡Camarada!, porque no quiero que veas mi Infierno. Las llamas te cegarán, y el humo te ahogará. Y me gusta mi Infierno; lo amo al grado de no dejar que lo visites. Prefiero estar solo en mi Infierno.

Tú amas la Verdad, la Belleza y lo Justo, y yo, por complacerte, digo que estoy bien, y simulo amar estas cosas. Pero en el fondo de mi corazón me río de tu amor por estas entidades. Sin embargo, no te dejo ver mi risa: prefiero reír a solas.

Amigo mío, eres bueno, discreto y sensato; es más: eres perfecto. Y yo, a mi vez, hablo contigo con sensatez y discreción, pero... estoy loco. Sólo que enmascaro mi locura. Prefiero estar loco, a solas.

Amigo mío, tú no eres mi amigo. Pero, ¿cómo hacer que lo comprendas? Mi senda no es tu senda y, sin embargo, caminamos juntos, tomados de la mano.

E L E S P A N T A P ' J A R O S

-Debes de estar cansado de permanecer inmóvil en este solitario campo- dije en día a un espantapájaros.

-La dicha de asustar es profunda y duradera; nunca me cansa- me dijo.

Tras un minuto de reflexión, le dije:

-Es verdad; pues yo también he conocido esa dicha. -Sólo quienes están repletos de paja pueden conocerla -me dijo.

Entonces, me alejé del espantapájaros, sin saber si me había elogiado o minimizado.

Transcurrió un año, durante el cual el espantapájaros se convirtió en fil sofo.

Y cuando volví a pasar junto a Ø, vi que dos cuervos habían anidado bajo su sombrero.

L A S S O N ' M B U L A S

En mi ciudad natal vivían una mujer y su hija, que caminaban dormidas.

Una noche, mientras el silencio envolvía al mundo, la mujer y su hija caminaron dormidas hasta que se reunieron en el jardín envuelto en un velo de niebla.

Y la madre habló primero:

- ¡Al fin! -dijo-. ¡Al fin puedo decirte, mi enemiga! ¡A ti, que destrozaste mi juventud, y que has vivido edificando tu vida en las ruinas de la mía! ¡Tengo deseos de matarte!

Luego, la hija habló, en estos términos:

- ¡Oh mujer odiosa, egoísta y vieja! ¡Te interpones entre mi libro y yo! ¡Quisieras que mi vida fuera un eco de tu propia vida marchita! ¡Desearas que estuvieras muerta!

En aquel instante cantó el gallo, y ambas mujeres despertaron.

-¿Eres tú, tesoro? -dijo la madre amablemente.

-Sí; soy yo, madre querida -respondió la hija con la misma amabilidad.

E L P E R R O S A B I O

Un día, un perro sabio pasó cerca de un grupo de gatos. Y viendo el perro que los gatos parecían estar absortos, hablando entre sí, y que no advertían su presencia, se detuvo a escuchar lo que decían.

Se levantó entonces, grave y circunspecto, un gran gato, observando a sus compañeros.

-Hermanos -dijo-, orad; y cuando hayáis orado una y otra vez, y vuelto a orar, sin duda alguna lloverán ratones del cielo.

Al oírlo, el perro rió para sus adentros, y se alejó de los gatos, diciendo:

-¡Ciegos e insensatos felinos! ¿No está escrito, y no lo he sabido siempre, y mis padres antes que yo que lo que llueve cuando elevamos al Cielo súplicas y plegarias son huesos, y no ratones?

L O S D O S E R M I T A N O S

En una lejana montaña vivían dos ermitaños que rendían culto a Dios y que se amaban uno al otro.

Los dos ermitaños poseían una escudilla de barro que constituía su única posesión.

Un día, un espíritu malo entró en el corazón del ermitaño más viejo, el cual fue a ver al más joven.

-Hace ya mucho tiempo que hemos vivido juntos -le dijo-. Ha llegado la hora de separarnos. Por tanto, dividamos nuestras posesiones.

Al oírlo, el ermitaño más joven se entristeció.

-Hermano mío -dijo-, me causa pesar que tengas que dejarme. Pero si es necesario que te marches, que así sea. Y fue por la escudilla de barro, y se la dio a su compañero, diciéndole

-No podemos repartirla, hermano; que sea para ti.

-No acepto tu caridad -replicó el otro-. No tomaré sino lo que me pertenece. Debemos partirla.

El joven razona :

-Si rompemos la escudilla, ¿de qué nos servirá a ti o a mí? Si te parece, propongo que la juguemos a suerte.

Pero el ermitaño persistió en su empeño.

-Si lo tomara lo que en justicia me corresponde, y no confiaré la escudilla ni mis derechos a la suerte. Debe partirse la escudilla.

El ermitaño miró al joven, viendo que no salían razones, dijo:

-Está bien: si tal es tu deseo, y si te niegas a aceptar la escudilla, rompámosla y repartámosla.

Y entonces el rostro del ermitaño miró viejo se descompuso de ira, y gritó :

- ¡Ah, maldito_ cobarde! no te atreves a pelear, ¿eh?

DEL DAR Y EL RECIBIR

Había una vez un hombre que poseía todo un valle lleno de agujas. Y un día, la madre de Jesús acudió a aquel hombre y le dijo:

-Amigo mío, la túnica de mi hijo se rasgó, y tengo que remendarla antes de que salga para el templo. ¿Quieres darme una de tus agujas?

Pero, en vez de darle la aguja, aquel hombre pronunció un erudito discurso acerca del dar y del recibir, para que María se lo repitiera a su Hijo antes de que éste saliera para el templo.

LOS SIETE EGOS

En la hora más silenciosa de la noche, mientras estaba yo acostado y dormitando, mis siete egos sentáronse en rueda a conversar en susurros, en estos términos:

Primer Ego: -He vivido aquí, en este loco, todos estos años, y no he hecho otra cosa que renovar sus penas de día y reavivar su tristeza de noche. No puedo soportar más mi destino, y me rebelo.

Segundo Ego: -Hermano, es mejor tu destino que el mío, pues me ha tocado ser el ego alegre de este loco. Sólo cuando estoy alegre y canto sus horas de dicha, y con pies alados danzo sus más alegres pensamientos. Soy yo quien se rebela contra tan fatigante existencia.

Tercer Ego: - ¿Y de mí qué decís, el ego agujoneado por el amor, la tea llameante de salvaje pasión y fantásticos deseos? Es el ego enfermo de amor el que debe rebelarse contra este loco.

Cuarto Ego: -El más miserable de todos vosotros soy yo, pues sólo me tocó en suerte el odio y las ansias destructivas. Yo, el ego tormentoso, el que nació en las negras cuevas del infierno, soy el que tiene más derecho a protestar por servir a este loco.

Quinto Ego: -No; yo soy, el ego pensante, el ego de la imaginación, el que sufre hambre y sed, el condenado a vagar sin descanso en busca de lo desconocido y de lo increado ... soy yo, y no vosotros, quien tiene más derecho a rebelarse.

Sexto Ego: -Y yo, el ego que trabaja, el agobiado trabajador que con pacientes manos y ansiosa mirada va modelando los días en imágenes y va dando a los elementos sin forma contornos nuevos y eternos... Soy yo, el solitario, el que más motivos tiene para rebelarse contra este inquieto loco.

Séptimo Ego: - ¡Qué extraño que todos os rebeléis contra este hombre por tener a cada uno de vosotros una misión prescrita de antemano! ¡Ah! ¡Cómo quisiera ser uno

de vosotros, un ego con un prop sito y un destino marcado! Pero no; no tengo un prop sito fijo: soy el ego que no hace nada; el que se sienta en el mudo y vac o espacio que no es espacio y en el tiempo que no es tiempo, mientras vosotros os afanáis recreándoos en la vida. Decidme, vecinos, ¿quién debe rebelarse: vosotros o yo? Al terminar de hablar el SÓptimo Ego, los otros seis lo miraron con lástima, pero no dijeron nada más; y al hacerse la noche más profunda, uno tras otro se fueron a dormir, llenos de una nueva y feliz resignación.

Solo el SÓptimo Ego permaneció despierto, mirando y atisbando a la Nada, que está detrás de todas las cosas.

LA GUERRA

Una noche, hubo fiesta en palacio, y un hombre llegó a postrarse ante el príncipe; todos los invitados se quedaron mirando al recién llegado, y vieron que le faltaba un ojo, y que la cuenca vacía sangraba. Y el príncipe le preguntó a aquel hombre:

-¿Qué te ha sucedido?

- ¡Oh príncipe! -respondió el hombre-, mi profesión es ser ladrón, y esta noche, como no hay luna, fui a robar la tienda del cambista, pero mientras subía y entraba por la ventana cometí un error, y entré en la tienda del tejedor, y en la oscuridad tropecé con el telar del tejedor, y perdí un ojo. Y ahora, ¡oh príncipe! suplico justicia contra el tejedor.

El príncipe mandó traer al tejedor y, al llegar éste al palacio, el soberano decretó que le vaciaran un ojo.

- ¡Oh príncipe! -dijo el tejedor-, el decreto es justo. No me quejo de que me hayan sacado un ojo. Sin embargo, ¡ay de mí!, necesitaba yo los dos ojos para ver los dos lados de la tela que hago. Pero tengo un vecino de oficio zapatero, que tiene los dos ojos sanos, y en su trabajo no necesita los dos ojos...

El príncipe entonces, envió por el zapatero. Y éste acudió, y le sacaron un ojo. ¡Y se hizo justicia!

LA ZORRA

Al amanecer, una zorra miró su sombra, y se dijo:

-Hoy almorzaré un camello. -Y pasó toda la mañana buscando camellos. Pero al mediodía volvió a mirar su sombra, y se dijo: -Bueno... me conformaré con un ratón.

EL REY SABIO

Había una vez, en la lejana ciudad de Wirani, un rey que gobernaba a sus súbditos con tanto poder como sabiduría. Y le temaban por su poder, y lo amaban por su sabiduría.

Había también en el corazón de esa ciudad un pozo de agua fresca y cristalina, del que bebían todos los habitantes; incluso el rey y sus cortesanos, pues era el único pozo de la ciudad.

Una noche, cuando todo estaba en calma, una bruja entró en la ciudad y vertió siete gotas de un misterioso líquido en el pozo, al tiempo que decía:

-Desde este momento, quien beba de esta agua se volverá loco.

A la mañana siguiente, todos los habitantes del reino, excepto el rey y su gran chambelán, bebieron del pozo y enloquecieron, tal como había predicho la bruja.

Y aquel día, en las callejuelas y en el mercado, la gente no hacía sino cuchichear:
-El rey está loco. Nuestro rey y su gran chambelán perdieron la razón. No podemos permitir que nos gobierne un rey loco; debemos destronarlo.
Aquella noche, el rey ordenó que llenaran con agua del pozo una gran copa de oro. Y cuando se la llevaron, el soberano rápidamente bebió y pasó la copa a su gran chambelán, para que también bebiera.
Y hubo un gran regocijo en la lejana ciudad de Wirani, porque el rey y el gran chambelán habían recobrado la razón.

A M B I C I N

Una vez sentáronse a la mesa de una taberna tres hombres. Uno de ellos era tejedor, el otro carpintero, y el tercero sepulturero.
-Hoy vendré una fina mortaja de lino en dos monedas de oro -dijo el tejedor-. Por tanto, bebamos todo el vino que nos plazca.
-Y yo -dijo el carpintero-, vendré mi mejor atadillo. Además del vino, que nos traigan un suculento asado.
-Yo sólo cavé una tumba -dijo el sepulturero-, pero mi amo me pagó el doble. Que nos traigan también pasteles de miel.
Y durante toda aquella noche hubo gran movimiento en la taberna, pues los tres amigos a menudo pedían más vino, carne y pasteles. Y estaban muy contentos.
Y el tabernero se frotaba las manos, sonriendo a su mujer, pues los huéspedes gastaban espléndidamente.
Al salir los tres amigos de la taberna la luna ya estaba en lo alto; iban caminando los tres felices cantando y gritando. El tabernero y su mujer parados a la puerta de la taberna, miraron complacidos a sus huéspedes.
- ¡Ah! - ¡qué caballeros tan generosos y alegres! -exclamó la mujer-. Ojalá que nos trajeran suerte y todos los días fueran así; nuestro hijo no tendrá que trabajar de tabernero, ni tendrá que afanarse tanto: podremos darle una buena educación, para que fuera sacerdote.

E L N U E V O P L A C E R

Anoche inventé un nuevo placer. y me disponía a probarlo por vez primera cuando un ángel y un demonio llegaron presurosos a mi casa. Ambos se encontraron en mi puerta y disputaron acerca de mi placer recién creado; uno de los dos gritaba:
-¡Es un pecado!
Y el otro, en igual tono aseguraba: - ¡Es una virtud!

E L O T R O I D I O M A

A los tres días de nacido, mientras yacía en mi cuna forrada de seda, mirando con asombrada desilusión el nuevo mundo que me rodeaba, mi madre dijo a mi nodriza:
-¿Cómo está mi hijo?
-Muy bien, señora -mi nodriza le contestó-, lo he alimentado tres veces, y nunca he visto a un niño tan alegre, no obstante lo tierno que es.
Y yo me indigné y lloré exclamando
-No es verdad, madre: porque mi lecho es duro, la leche que he succionado es

amarga, y el olor del pecho es desagradable a mi nariz, y soy muy desgraciado. Pero mi madre no me comprendi, ni la nodriza; pues el idioma en que haba yo hablado era el del mundo del que yo proceda.

Y cuando cumpl veinti n d as de vida, mientras me bautizaban, el sacerdote le dijo a mi madre:

-Debe usted ser muy feliz, seæra, de que su hijo haya nacido cristiano.

Me asombrØ mucho al or aquello, y le dije al sacerdote: -en ese caso, la madre de usted, no estÆen el Cielo, debe ser muy infeliz, pues usted no naci cristiano.

Pero el sacerdote tampoco entendi mi idioma.

Y siete lunas despuØs, cierto d a, un adivino me mir y le dijo a mi madre:

-Su hijo serÆun estadista, y un gran l der de los hombres.

-¡Falso! -gritØ yo-. Esa es una falsa profeca; porque yo serØ m sico, y nada mÆ que m sico!

Y tampoco en esa ocasi n y teniendo yo esa edad entend an mi idioma, lo cual me asombraba mucho.

Y despuØs de treinta y tres aæos, durante los cuales han muerto ya mi madre, mi nodriza y el sacerdote (la sombra de Dios proteja sus esp ritus), s lo sobrevive el adivino. Ayer lo vi cerca de la entrada del templo, y mientras conversÆbamos, me dijo:

-Siempre supe que seras m sico; que llegar as a ser un gran m sico. Eras muy pequeæo cuando profeticØ tu futuro.

Y le cre , pues ahora yo tambiØn he olvidado el idioma de aquel otro mundo.

L A G R A N A D A

Una vez, mientras viv a yo en el coraz n de una granada, o que una semilla dec a;

-Alg n d a me convertirØ en un Æbol, y cantarÆ el viento en mis ramas, y el sol danzarÆen mis hojas, y serØ fuerte y hermoso en todas las estaciones.

Luego, otra semilla habl , y dijo: -Cuando yo era joven, como t ahora, yo tambiØn pensaba as; pero ahora que puedo ponderar mejor todas las cosas, veo que mis esperanzas eran vanas.

Y una tercera semilla se expres as: -No veo en nosotras nada que prometa tan brillante futuro.

Y una cuarta semilla dijo: - ¡Pero que rid cula ser a nuestra vida, sin la promesa de un futuro mejor!

La quinta semilla opin : -.¿Para quØ disputar acerca de lo que seremos, si ni siquiera sabemos lo que somos?

Pero la sexta semilla replic : -Seamos lo que seamos, lo seremos siempre.

Y la sØptima semilla coment : -Tengo una idea muy clara acerca de c mo serÆ las cosas en lo futuro, pero no la puedo expresar con palabras.

Y luego habl una octava semilla, y una novena, y luego una dØcima, y luego muchas, hasta que todas hablaban a un tiempo y no pude distinguir nada de lo que dec an todas esas voces.

As pues, aquel mismo d a me mudØ al coraz n de un membrillo, donde las semillas son escasas y casi mudas.

L A S D O S J A U L A S

En el jard n de mi padre hay dos jaulas. En una estÆencerrado un le n, que los

esclavos de mi padre trajeron del desierto de Ninavah; en la otra vive un gorri n que no canta. Al amanecer, todos los d as, el gorri n le dice al le n: -Buenos d as, hermano prisionero.

L A S T R E S H O R M I G A S

Tres hormigas se encontraron en la nariz de un hombre que estaba tendido, durmiendo al sol. Y despu s de saludarse cada hormiga a la manera y usanza de su propia tribu, se detuvieron all , a conversar.

-Estas colinas y estas llanuras -dijo la primera hormiga- son las m s ricas que he visto en mi vida; he buscado todo el d a alg n grano, y no he encontrado nada.

-Yo tampoco he encontrado nada -coment la segunda hormiga- aunque he visitado todos los escondrijos. Esta es, supongo, la que llama mi gente la blanda tierra m vil donde no crece nada.

-Amigas m as -dijo la tercera hormiga, alzando la cabeza-, estamos paradas ahora en la nariz de la Suprema Hormiga, la poderosa e infinita Hormiga, cuyo cuerpo es tan grande que no podemos verlo, cuya sombra es tan vasta que no podemos abarcar, cuya voz es tan potente que no podemos o rla; y esta Hormiga es omnipresente.

Al terminar la tercera hormiga de decir esto, las otras dos se miraron, y rieron.

En ese momento el hombre se movi , y en su sue o alz la mano para rascarse la nariz, y aplast a las tres hormigas.

E L S E P U L T U R E R O

Una vez, mientras yo estaba enterrando a uno de mis egos, se acerc a m el sepulturero, para decirme:

-De todos los que vienen aqu a enterrar a sus egos muertos, s lo t me eres simp tico.

-Me halagas mucho -le repliqu ; pero, ¿por qu te inspiro tanta simpat a?

-Porque todos llegan aqu llorando -me contest el sepulturero-, y se van llorando; s lo t llegas riendo, y te marchas riendo, cada vez.

E N L A E S C A L I N A T A D E L T E M P L O

Ayer tarde, en la escalinata de m m o l del templo vi a una mujer sentada entre dos hombres. Una de las mejillas de la mujer estaba p a da, y la otra, sonrojada.

L A C I U D A D B E N D I T A

Era yo muy joven cuando me dijeron que en cierta ciudad todos sus habitantes viv an con apego a las Escrituras.

Y me dije: "Buscar esa ciudad y la santidad que en ella se encuentra". Y aquella ciudad quedaba muy lejos de mi patria. Reun gran cantidad de provisiones para el viaje, y emprend el camino. Tras cuarenta d as de andar divis a lo lejos la ciudad, y al d a siguiente entr en ella.

Pero, ¡oh sorpresa! vi que todos los habitantes de esa ciudad s lo ten an un ojo y una mano. Me asombr mucho aquello, y me dije: "¿Por qu tendr los habitantes de esta santa ciudad s lo un ojo, y s lo una mano?"

Luego, vi que también ellos se asombraban, pues les maravillaba que yo tuviera dos manos y dos ojos. Y como hablaban entre sí y comentaban mi aspecto, les pregunté -¿Es esta la Ciudad Bendita, en la que todos viven con apego a las Escrituras?
-Sí, esta es la Ciudad, Bendita -me contestaron. Y añadí -: ¿Qué desgracia os ha ocurrido, y qué sucedió a vuestros ojos derechos y a vuestras manos derechas?
Toda la gente parecía conmovida.
-Ven; y observa por ti mismo -me dijeron.
Me llevaron al templo, que estaba en el corazón de la ciudad. Y en el templo vi una gran cantidad de manos y ojos, todos secos.
-¡Dios mío! -pregunté, ¿qué inhumano conquistador ha cometido esta crueldad con vosotros?
Y hubo un murmullo entre los habitantes. Uno de los más ancianos dio un paso al frente, y me dijo:
-Esto lo hicimos nosotros mismos: Dios nos ha convertido en conquistadores del mal que había en nosotros.
Y me condujo hasta un altar enorme; todos nos siguieron. Y aquel anciano me mostró una inscripción grabada encima del altar. Leí: "Si tu ojo derecho peca, arrácalo y apártalo de ti; porque es preferible que uno de tus miembros perezca, a que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha peca, córtala y apártala de ti, porque es preferible que uno de tus miembros perezca, a que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno".
Entonces comprendí: Y me volví hacia el pueblo congregado, y grité "¿No hay entre vosotros ningún hombre, ninguna mujer con dos ojos y dos manos?"
Me contestaron: "No; nadie; sólo quienes son aún demasiado jóvenes para leer las Escrituras y comprender su mandamiento".
Y al salir del templo inmediatamente abandoné aquella Ciudad Bendita, pues no era yo demasiado joven, y sabía leer las Escrituras.

EL DIOS BUENO Y EL DIOS MALO

El Dios Bueno y el Dios Malo se entrevistaron en la cima de la montaña.
-Buenos días, hermano -dijo el Dios Bueno. El Dios Malo no contestó el saludo.
Y el Dios Bueno prosiguió: -Estoy hoy de mal humor.
-Sí -dijo el Dios Malo-, porque últimamente me confunden contigo, me llaman por tu nombre y me tratan como si fuera tú, y esto me desagrada mucho.
--Pues has de saber que también a mí me han llamado por tu nombre -dijo el Dios Bueno.
Al oír esto, el Dios Malo siguió su camino, y se fue maldiciendo la estupidez de los hombres.

DERROTA

Derrota, mi derrota, mi soledad y mi aislamiento: Para mí eres más valiosa que mil triunfos,
Y más dulce para mi corazón que toda la gloria mundanal.
Derrota, mi derrota, mi conocimiento de mi mismo y mi desafío.
Tú me has enseñado que soy joven aún y de pies ligeros y a no dejarme engañar por laureles vanos.

Y en ti he encontrado la dicha de estar solo Y la alegría de ser alejado y despreciado.
 Derrota, mi derrota, mi fulgurante espada y mi escudo:
 En tus ojos he leído que ser entronizado es ser esclavizado, y que ser comprendido es ser derribado. Y que ser apresado es llegar a la propia madurez Y como un fruto maduro, caer y ser objeto de consumo.
 Derrota, mi derrota, mi audaz compañera:
 Oír mis cantos, mis gritos y silencios, y nadie más que tú me hablará del batir de las alas. De la impetuosidad de los mares. Y de montañas que arden en la noche.
 Y sólo tú escalarás mi inclinada y rocosa alma. Derrota, mi derrota, mi valor indomito inmortal. Tú y yo iremos juntos con la tormenta.
 Y juntos cavaremos tumbas para todo lo que muere en nosotros. Y hemos de erguirnos al sol, como una sola voluntad. Y seremos peligrosos.

L A N O C H E Y E L L O C O

Soy como tú, ¡oh Noche!, oscuro y desnudo; camino por la flameante senda que está por encima de mis sueños diurnos, y siempre que mi planta toca la tierra brota de ella un roble.

-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues a no te vuelves a ver cuánto grande es la huella de tus pasos en la arena.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, silente y profundo, y en el corazón de mi soledad yace una diosa en trabajo de parto; y en el ser que de ella está naciendo el Cielo toca al infierno.

-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues te estremeces a no antes de sentir el dolor, y el canto del abismo te aterroriza.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, salvaje y terrible; pues mis oídos perciben los gritos de naciones conquistadas y suspiros de olvidadas tierras.

-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues a no consideras a tu pequeño ego un compañero, y no puedes ser amigo de tu monstruoso ego.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, cruel y terrible, pues mi pecho está alumbrado por barcos que arden en el mar, y mis labios están hmedos de sangre de guerreros degollados.

-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues a no estás en el anhelo de encontrar a tu alma gemela, y no has llegado a ser ley para ti mismo.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, gozoso y alegre; pues quien mora en mi sombra está ahora ebrio de vino virgen, y quien me sigue va pecando con regocijo.

-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues tu alma está envuelta en el velo de los siete pliegues, y no llevas en la mano el corazón.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, paciente y apasionado; pues en mi pecho están enterrados mil amantes muertos, envueltos en sudarios de marchitos besos.

Loco, ¿de veras piensas que eres como yo? ¿Te pareces a mí? ¿Puedes cabalgar en la tempestad como un potro salvaje, y asir el relleno como si fuera una espada?

-Sí; como tú, ¡oh Noche!, como tú, soy poderoso y alto, y mi trono se asienta sobre montañas de dioses caídos; y también ante mí desfilan los días para besar la orla de mi vestimenta, sin atreverse a mirarme al rostro.

-¿Piensas que eres como yo, tú, el hijo de mi más oscuro corazón? ¿Puedes pensar mis indomitos pensamientos y hablar mi vasto lenguaje?

-Sí; somos hermanos gemelos, ¡oh Noche!; pues tú revelas el espacio, y yo revelo mi alma.

ROSTROS

He visto un rostro con mil semblantes, y un rostro que tena s lo un semblante, como si estuviera contenido en un molde inmutable.

He visto un rostro cuyo brillo pod a ver a trav s de la fealdad que lo cubra, y un rostro cuyo brillo tuve que apartar, para ver cu A hermoso era.

He visto un viejo rostro lleno de arrugas de la nada, y un rostro lozano en el que estaban grabadas todas las cosas. Conozco todos los rostros, porque los veo a trav s de la urdimbre que mis ojos van tejiendo, y miro la realidad que est A detr A del tejido.

EL MAR MAYOR

Mi alma y yo fuimos a baarnos al gran mar. Y al llegar a la playa, empezamos a buscar un sitio solitario y escondido.

Pero mientras caminamos por la playa vimos a un hombre sentado en una roca gris, que tomaba de un saco puados de sal y los arrojaba al mar.

-Este es el pesimista -dijo mi alma-. Vamonos de aqu , pues no podemos baarnos en presencia del pesimista. Seguimos caminando, hasta llegar a una caleta; all vimos, de pie en una roca blanca, a un hombre que llevaba un cofre enjoyado, del que tomaba az car para arrojlarla al mar.

-Y este es el optimista -dijo mi alma-, tampoco O debe ver nuestros cuerpos desnudos. Seguimos caminando. Y en otro lugar de la playa vimos a un hombre que tomaba con la mano peces muertos, y los devolv a al agua.

-Tampoco podemos baarnos enfrente de este hombre -dijo mi alma-, pues este es el fil A tropo.

Y seguimos nuestro camino.

Luego nos encontramos a un hombre que trazaba el contorno de su sombra en la arena. Llegaban grandes olas y borraban el trazo; sin embargo, aquel hombre segu a una y otra vez dibujando su sombra.

-Este es el m stico -dijo mi alma-. Apartomonos de O.

Y seguimos caminando, hasta que en otra calmada ensenada vimos a otro hombre, que recog a espuma del mar y la vert a en un vaso de alabastro.

-Este es el idealista -dijo mi alma-. De ninguna manera debe ver nuestra desnudez.

Y seguimos caminando. De pronto, o mos una voz, que gritaba:

- ¡Este es el mar; el vasto y poderoso mar!

Y al acercarnos vimos que era un hombre que daba la espalda al mar y que aplicaba un caracol a su o do, para or el murmullo marino.

-Pasemos de largo -dijo mi alma-. Este es el realista; el que da la espalda a todo lo que no puede abarcar de una mirada, y se contenta con un fragmento del todo.

Y pasamos de largo. Y en un lugar lleno de maleza, entre las rocas, un hombre hab a enterrado su cabeza en la arena. Y le dije a mi alma:

-Nos podemos baar aqu , pues este hombre no puede vernos.

-No -dijo mi alma-. Porque O ste es el m A mortifero de todos los hombres; es el puritano. -Luego, una gran tristeza se reflej en el rostro de mi alma, y tambi n entristeci su voz. -Vamonos de aqu -dijo-. Pues no hay ning n solitario y oculto lugar donde podamos baarnos. No dejarO que este viento juegue con mi cabellera de oro, ni dejarO que este viento acaricie mi seno desnudo, ni que esta luz descubra mi sagrada desnudez.

Y luego abandonamos aquel mar, para ir en busca del Mar Mayor.

CRUCIFICADO

- ¡Quisiera ser crucificado! -gritó a los hombres.
-¿Por qué habrá de caer tu sangre sobre nuestras cabezas? -me respondieron.
Y yo respondí: -¿De qué otra manera podríais ser exaltados, sino crucificando a los locos?
Y ellos asintieron, y me crucificaron. Y la cruzifixión me apaciguó.
Y cuando pendí entre el cielo y la tierra alzaron la cabeza para mirarme. Y estaban exaltados, pues nunca habían alzado la cabeza.
Pero mientras estaban allí, en pie, mirándome, uno de ellos gritó:
-¿Qué estás tratando de expiar?
Y otro hombre gritó: -¿Por qué causa te sacrificas?
Y un tercer hombre dijo: -¿Crees que a ese precio adquirirás la gloria del mundo?
Y luego dijo un cuarto hombre: - ¡Mirad cómo sonreí! ¿Puede perdonarse tal dolor?
Y yo les contesté a todos, diciendo:
-Recordad sólo lo que he sonreído. No estoy expiando nada, ni sacrificándome, ni deseo la gloria: y no tengo que perdonar nada. Yo tenía sed y les supliqué que me dieran de beber mi sangre. Porque, ¿qué puede saciar la sed de un loco, sino su propia sangre? Estaba yo mudo, y les pedí que me hirieran, para tener bocas. Estaba yo prisionero en vuestros días y en vuestras noches, y busqué una puerta hacia mis vastos días y mis vastas noches.
"Y ahora, me voy, como se han ido ya otros crucificados. Y no penséis que nosotros los locos estamos cansados de tanta cruzifixión. Pues debemos ser crucificados por hombres cada vez más grandes, entre tierras más vastas y cielos más espaciosos.

EL ASTRÓNOMO

A la sombra del templo mi amigo y yo vimos a un ciego, sentado allí, solitario.
-Mira -dijo mi amigo-: ese es el hombre más sabio de nuestra tierra.
Me separé de mi amigo y me acerqué al ciego. Lo saludé. Y conversamos.
Poco después le dije:
-Perdona mi pregunta: ¿desde cuándo eres ciego? -Desde que nací -fue su respuesta.
-¿Y qué sendero de sabiduría sigues? -le dije entonces.
-Soy astrónomo -me contestó el ciego. -Luego, se llevó la mano al pecho, y dijo: -Sólo observo todos estos soles, y estas lunas, y estas estrellas.

EL GRAN ANHELO

Aquí estoy, sentado entre mi hermana la montaña y mi hermana la mar.
Los tres somos uno en nuestra soledad, y el amor que nos une es profundo, fuerte y extraño. En realidad, este amor es más profundo que mi hermana la mar y más fuerte que mi hermana la montaña, y más extraño que lo insólito de mi locura.
Han pasado eones y más eones desde que la primera alborada gris nos hizo visibles uno al otro; y aunque hemos visto el nacimiento, la plenitud y la muerte de muchos mundos, aún somos vehementes y jóvenes.
Somos jóvenes y vehementes, y no obstante estamos solos y nadie nos visita, y a pesar de que yacemos en un abrazo casi completo y sin trabas, no hemos hallado consuelo. Pues, decidme: ¿qué consuelo puede haber para el deseo controlado y la pasión

inexhausta? ¿De dónde vendrá el flamigero dios que da calor al lecho de mi hermana la mar? ¿Y qué torrentes aplacará el fuego de mi hermana la montaña? ¿Y qué mujer podrá adueñarse de mi corazón?

En el silencio de la noche, en sueños, mi hermana la mar susurra el ignoto nombre del dios flamigero, y mi hermana la montaña llama a lo lejos al fresco y distante dios-torrente. Pero yo no sé a quién llamar en mi sueño.

Aquí estoy sentado, entre mi hermana la montaña y mi hermana la mar. Los tres somos uno en nuestra soledad, y el amor que nos une es en verdad profundo, fuerte, y extraño...

DIJO UNA HOJA DE HIERBA

Dijo una mata de hierba a una hoja de otoño:

- ¡Al caer haces tanto ruido, que espantas a todos mis sueños invernales!

-Ser de baja cuna y de miserable morada -dijo la hoja, indignada-, ser malhumorado y sin canto: ¡tú no vives en la región alta del aire, y desconoces el sonido del canto!

Luego, la hoja de otoño cayó sobre la tierra, y se durmió. Y al llegar la primavera, la hoja despertó nuevamente, y se convirtió en una mata de hierba.

Y cuando el otoño llegó, y la mata de hierba comenzó a adormecerse con el sueño invernal, las hojas del otoño, mecidas en el viento, iban cayendo sobre ella. Entonces se dijo, enojada: "¡Ah, estas hojas de otoño! ¡Cuánto ruido hacen! ¡Espantan a todos mis sueños invernales!"

EL OJO

Un día dijo el Ojo:

-Mira allá de estos valles veo una montaña envuelta en azul velo de niebla. ¿No es hermosa?

El Oído oyó esto, y tras escuchar atentamente otro rato, dijo:

-Pero; ¿de dónde está esa montaña? No la oigo... Luego, la Mano habló, y dijo:

-En vano trato de sentirla o tocarla; no encuentro ninguna montaña.

Y la Nariz dijo:

-No hay ninguna montaña por aquí; no la huelo.

Luego, el Ojo se volvió hacia el otro lado, y los demás sentidos empezaron a murmurar de la extraña alucinación del Ojo. Y decían entre sí: "¡Algo debe de andar mal en el Ojo!"

LOS DOS ERUDITOS

Vivían en la antigua ciudad de Aflcar dos eruditos que odiaban y despreciaban cada uno el saber del otro: Porque uno de ellos negaba que los dioses existieran, y el otro era creyente.

Un día ambos se encontraron en el mercado, y en medio de sus partidarios empezaron a discutir acerca de la existencia o de la no existencia de los dioses. Y separáronse tras horas de acalorada disputa.

Aquella noche, el incrédulo fue al templo y se postró ante el altar, y pidió a los dioses que le perdonaran su antigua impiedad.

Y a la misma hora, el otro erudito, el que había defendido la existencia de los dioses,

quem todos sus libros sagrados, pues se hab a convertido en incrédulo.

C U A N D O N A C I M I T R I S T E Z A

Cuando naci mi Tristeza, le prodigu mil cuidados, y la vigil con amorosa ternura.

Y mi Tristeza creci como todos los seres vivientes, fuerte y hermosa y llena de maravillosas gracias.

Y mi tristeza y yo nos amamos, y amamos al mundo que nos rodeaba. Pues mi Tristeza era de coraz n bondadoso, y el m o tambi n era amable cuando estaba lleno de Tristeza.

Y cuando hablamos, mi Tristeza y yo, nuestros das eran alados y nuestras noches estaban engalanadas de sueos; porque mi Tristeza era elocuente, y mi lengua tambi n era elocuente con la Tristeza.

Y cuando mi Tristeza y yo cantamos juntos, nuestros vecinos sentabanse a la ventana a escucharnos; pues nuestros cantos eran profundos como el mar, y nuestras melod as estaban impregnadas de extraos recuerdos.

Y cuando caminamos juntos, mi tristeza y yo, la gente nos miraba con amables ojos, y cuchicheaba con extremada dulzura. Y tambi n hab a quien nos envidiara, pues mi Tristeza era un ser noble, y yo me senta orgulloso de mi Tristeza. Pero muri mi Tristeza, como todo ser viviente, y me qued solo, con mis reflexiones.

Y ahora, cuando hablo, mis palabras suenan pesadas en mis o dos.

Y cuando canto, mis vecinos ya no escuchan mis canciones.

Y cuando camino solo por la calle, ya nadie me mira. S lo en sueos oigo voces que dicen compadecidas: "Mirad: all yace el hombre al que se le muri su Tristeza".

Y C U A N D O N A C I M I A L E G R A

Y cuando naci mi Alegra, la alc en brazos y sub con ella a la azotea de mi casa, a gritar:

- ¡Venid, vecinos! ¡Venid a ver! Porque hoy ha nacido mi Alegra: venid a contemplar este ser placentero que r e bajo el sol.

Pero qu n grande mi sorpresa porque ning n vecino m o acudi a contemplar mi Alegra.

Y todos los das, durante siete lunas, proclam el advenimiento de mi Alegra desde la azotea de mi casa, pero nadie quiso escucharme. Y mi Alegra y yo estamos solos, sin nadie que fuera a visitarnos.

Luego, mi Alegra palideci y enferm de hasto, pues s lo yo gozaba de su hermosura, y s lo mis labios besaban sus labios.

Luego, mi Alegra muri , de soledad y aislamiento.

Y ahora s lo recuerdo a mi muerta Alegra al recordar a mi muerta Tristeza. Pero el recuerdo es una hoja de oto o que susurra un instante en el viento, y luego no vuelve a o rse m s.

" E L M U N D O P E R F E C T O "

Dios de las almas perdidas, t que est s perdido entre los dioses, esc chame:

Vivo entre una raza de hombres perfecta, yo, el m s imperfecto de los hombres.

Yo, un caos humano, nebulosa de confusos elementos, deambulo entre mundos

perfectamente acabados; entre pueblos que se rigen por leyes bien elaboradas y que obedecen un orden puro, cuyos pensamientos están catalogados, cuyos sueños son ordenados, y cuyas visiones están inscritas y registradas.

Sus virtudes, ¡oh Dios!, están medidas, sus pecados están bien calculados por su peso, y aun los innumerables actos que suceden en el nebuloso crepúsculo de lo que no es pecado ni virtud están registrados y catalogados.

En este mundo, las noches y los días están convenientemente divididos en estaciones de conducta y están gobernados por normas de impecable exactitud.

Comer, beber, dormir, cubrir la propia desnudez, y luego cansarse, todo a su debido tiempo.

Trabajar, jugar, cantar, bailar, y luego yacer tranquilo, cuando el reloj da la hora para ello.

Pensar esto, sentir aquello, y luego dejar de pensar y de sentir cuando cierta estrella se alza en el horizonte.

Robar al vecino con una sonrisa, dar regalos con un gracioso ademán, elogiar prudentemente, acusar con cautela, destruir un alma con una palabra, quemar un cuerpo con el aliento, y luego lavarse las manos, cuando se ha terminado el trabajo del día.

Amar según el orden establecido, entretenerse en lo mejor de uno mismo según cierta manera prefabricada, rendir culto a los dioses con el debido decoro, intrigar y engañar a los demonios diestramente, y luego olvidarlo todo, como si la memoria hubiese muerto.

Imaginar con un motivo determinado; proyectar con consideración; ser feliz dulcemente; sufrir con nobleza; y luego, vaciar la copa, de manera que mañana podamos llenarla otra vez.

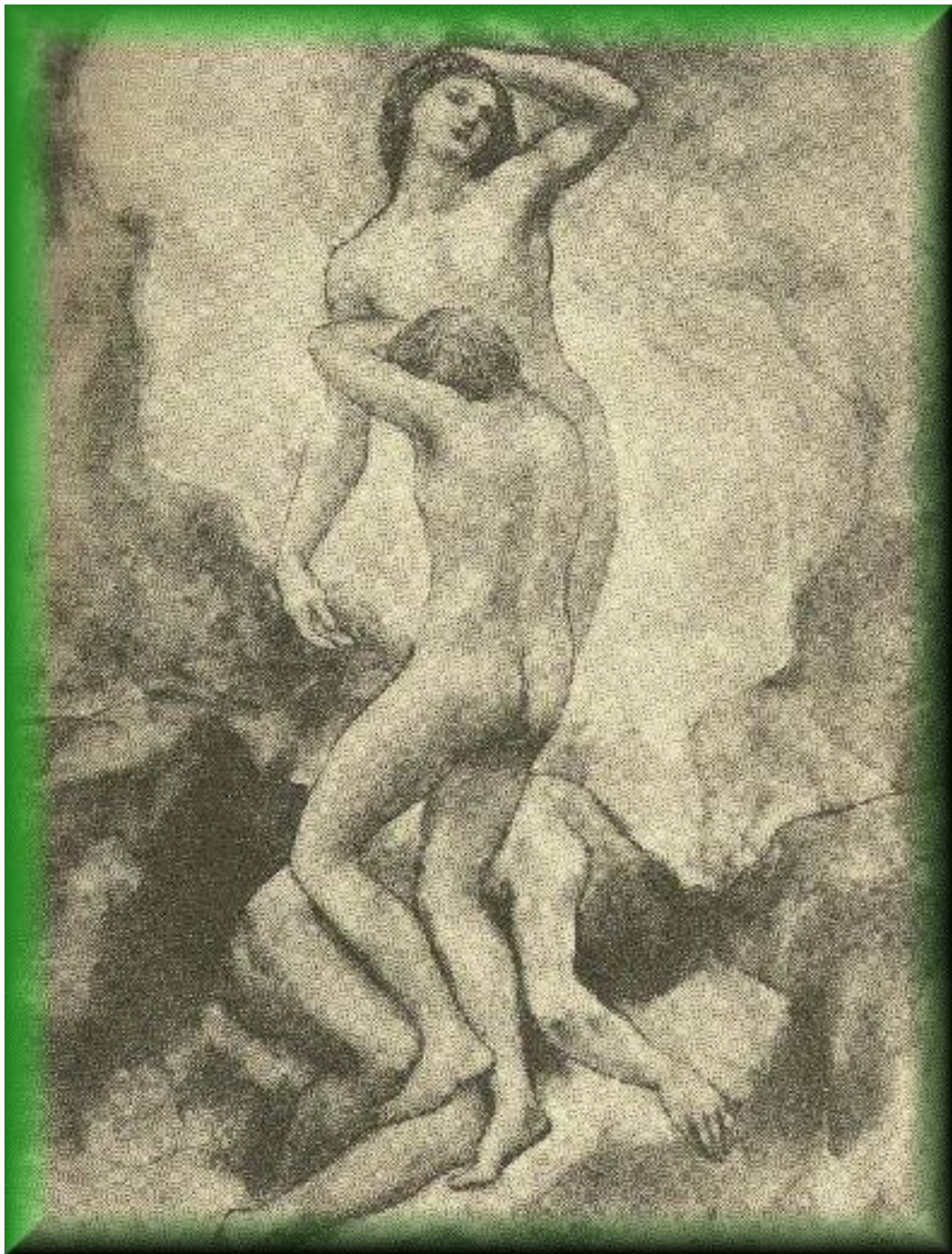
Todas estas cosas, ¡oh Dios!, están concebidas con preclara visión, han nacido con un propósito firme, se mantienen con esmero y exactitud, se gobiernan según las normas y la razón, y luego se asesinan y se entierran según el método prescrito. Y aun sus silenciosas tumbas que yacen dentro del alma humana, cada una tiene su marca y su número.

Es un mundo perfecto; de maravillas; el más maduro fruto del jardín de Dios; el pensamiento rector del universo.

Pero dime, ¡oh Dios!, ¿por qué tengo que estar allí, yo, semilla de pasión insatisfecha, loca tempestad que no va en pos del oriente ni del occidente, aturdido fragmento de un planeta que pereció en las llamas?

¿Por qué estoy aquí, ¡oh Dios! de las almas perdidas? Dímelo tú, oh Dios, que te encuentras perdido entre los demás dioses...





GIBR' N KHALIL GIBR' N

EL PRECURSOR

(1920)

Tú eres el precursor de ti mismo, amigo mío, y las torres y ciudadelas erigidas en tu vida no son más que cimiento para la esencia soberbia que a su vez será cimiento para la otra.

Yo soy como tú, precursor de mí mismo, porque la sombra desplegada ante mí, a la salida del sol, eclipsará bajo mis pies al mediodía. Amanecerá nuevamente y otra sombra se bosquejará también. Ésta se esfumará otra vez, bajo mis pies, al otro día.

Somos desde el principio precursores de nosotros mismos, y así seremos hasta la eternidad. Todo lo que acumulamos en nuestra vida no es más que una semilla que preparamos para un árbol. Somos el árbol y los sembradores; somos la fruta y los cosechadores.

Cuando eras, amigo mío, un pensamiento perdido en la tiniebla, yo era, como tú, otro pensamiento extraviado. Te llamé y acudiste a mi llamado. De nuestros afanes nacieron los sueños. Los sueños eran tiempo sin cadena, y los tiempos fueron espacio sin fin. Eras una palabra muda entre los temblorosos labios de la vida; también era yo, como tú, otra palabra muda, y no bien nos pronunció la vida cuando asomamos al mundo con corazones vibrantes por el recuerdo del pasado y con el afán para el mañana. Y el pasado no es más que la muerte expulsada; y el mañana es el nacimiento buscado. Ahora estamos en manos de Dios. Tú eres un sol radiante en su derecha y yo una tierra iluminada en su izquierda. Tu poder en la iluminación no es superior al mío en reflejar tu luz. Y nosotros no somos el sol ni la tierra sino el comienzo de un sol más grande y de una tierra más gigantesca. Así seremos hasta el fin de los siglos. Tú eres el predecesor de ti mismo, ¡oh, extraño!, tú, que franqueas el umbral de mi jardín; yo soy, como tú, precursor de mí mismo, no obstante vivir bajo la sombra de mis árboles, reposado y tranquilo.

EL AMOR

Se cuenta que el zorro bebe junto al león de una misma fuente. Y se dice que el águila y el milano devoran juntos la carroña sin disputas y en total armonía.

¡Oh, justo amor! Tú que has refrenado el capricho de mis pasiones con poderosa mano, y has convertido mi hambre y mi sed en altivez y magnanimidad, no permitas al fuerte soberbio que habita en mí comer el pan ni beber el vino que cautivan mi débil ser. Hazme recordar mejor y habré muerto de hambre. Deja mi corazón inflamarse de sed. Será mejor morir y extinguirse que tomar en la mano una copa que tú no has llenado, ni un vaso de licor que tú no has bendecido.

LAS CUATRO RANAS

El saber y el medio saber

Estaban cuatro ranas sentadas sobre un grueso tronco de leña que flotaba a la orilla de un anchuroso río. Una ola furiosa arrastró al tronco hasta la mitad del río, donde la corriente lo condujo con el curso del agua.

Alborozáronse las ranas por el encanto de su expedición y comenzaron a saltar sobre el tronco porque jamás se vieron navegar mar adentro. Pasado un momento de silencio la primera rana gritó :

- ¡Qué tronco más curioso y extraño! Mirad, compañeras, cómo viaja igual que los seres vivientes. Jamás he visto ni oído hablar de cosa tan parecida.

La segunda rana: -Este tronco no camina, se mueve, amiga mía; y tampoco es extraño y curioso como te lo has imaginado. Las aguas del río que corren de por sí hacia el mar conducen con ellas a este tronco que a su vez nos conduce con él.

La tercera rana: -No, por mi vida, compañeras, os equivocáis. Es una divagación la vuestra. Ni el río se mueve, ni el tronco. Es nuestro pensamiento el que se mueve dentro de nosotros y él es quien nos conduce a creer en el movimiento de los cuerpos inmviles.

Discutieron largamente las tres ranas sobre qué era lo que se movía en realidad, llenando la quietud del río con sus gritos y su perturbador croar.

Como no llegaron a ningún acuerdo, pidieron la opinión de la cuarta rana. Esta, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía, sino que las escuchaba con atención, habló de la siguiente manera:

-Todas vosotras habéis tenido razón, compañeras, y ninguna se ha equivocado en sus razones. El movimiento está en el río tanto como en el tronco, como en nuestro pensamiento al mismo tiempo.

Este fallo conformó a las tres ranas en disputa, porque cada una quería tener la razón. Cuenta que lo que sucedió después del fallo de la cuarta rana fue cosa curiosa en el reino. Las tres ranas hicieron la paz entre ellas y en un concilio ejecutivo resolvieron echar a la cuarta rana al río.

Y la arrojaron al agua.

LOS OTROS MARES

Cierta día dijo un pez a otro:

-Por encima de nuestro mar existe otro. En ese mar hay diversos seres vivientes que viven como nadamos y vivimos nosotros aquí.

-Son fantasmas tuyas -le contestó el otro pez-. ¿No sabes, hermano mío, que cada ser viviente que deja nuestro mar un momento morir? ¿Cómo es entonces la prueba de la existencia de otros seres vivientes en otros mares?

EL ARREPENTIMIENTO

En una noche oscura entró un hombre a la quinta de un vecino, robó el melón más grande que encontró a mano y se lo llevó a su casa. Después de partirlo, lo halló verde. Entonces la conciencia le aguijoneó y llenó de reproches.

Y el ladrón se arrepintió de haber robado el melón a su vecino.

LA ESENCIA SUPREMA

Y sucedió que después de la ceremonia de la coronación de Nufsibaal, el rey de Yubail,

Éste se dirigió a su gabinete. Era una alcoba privada que los adivinos del Líbano construyeron para él. Hallándose solo, se detuvo en medio de su gabinete pensando en el poder ilimitado que posea como rey de una comarca que otrora era un vasto imperio.

Había allí un espejo que ostentaba un artístico marco de plata, regalo de su madre. Y mientras se quitaba la corona y la purpura vio con gran asombro que del espejo salió un hombre desnudo y se adelantaba hacia él. Aterrorizado, el rey gritó:

- -Hombre, ¿quién quieres de mí?
- -Una sola cosa quiero de ti. Dime, ¿por qué te han coronado rey de Yubail?
- -Me coronaron porque soy el hombre más noble de entre ellos.
- - ¡Por Dios! Si fueras más noble de lo que eres, no habrías aceptado el reino.
- -Me coronaron porque soy el más caballero y más fuerte de entre ellos.
- -Si es cierto que eres el más caballero y más fuerte de todos ellos no deberías haber aceptado el ser su rey.
- -Mi pueblo me coronó porque soy el más sabio que hay entre él.
- -No, por Dios; si hubieras sido más sabio de lo que eres ahora, no habrías admitido que te eligieran rey de Yubail.

Cuenta la leyenda que ante las palabras del hombre desnudo que salió del espejo, cayó el rey de bruces y luego prorrumpió en llanto.

El hombre desnudo lo miraba con compasión y ternura; se sentía triste ante la estupidez e idiotez del rey.

Tomó luego la corona que había rodado por el suelo y la colocó nuevamente sobre la humillada cabeza del Rey y volvió a entrar en el espejo, tal como había salido, mirando a Nufsibaal dulce y cariñosamente.

Al despertarse, el rey miró al espejo y no vio allí más que a su propia persona con la corona puesta en la cabeza.

LOS CRITICOS

Viajaba, cierta noche, un caballero montado hacia la costa del mar. Llegaba a un lugar cercano de la costa, donde se levantaba una posada. Se apeó y ató el caballo a un árbol, frente a la puerta, porque tal como todos los montados, tenía confianza en la noche y en los hombres, y luego entró con los demás.

Cuando se hubieron dormido todos los habitantes de la venta, y mientras se hallaban entregados al sueño, llegó un ladrón y robó el caballo de nuestro viajero. Al día siguiente al despertar, el caballero montado se dirigió al lugar donde había dejado el caballo. El animal no estaba y en vano lo buscó en todos aquellos lugares. Se afligió el viajero tanto por la pérdida, como por la amarga realidad de haber entre los hombres alguno que le probara a su conciencia robando. Cuando los demás compañeros del viajero supieron la nueva, le rodearon y comenzaron a cubrirlo de reproches:

- - ¡Qué necio eres! ¿Por qué has atado tu caballo fuera del establo?
- -Mucho me extraña que no haya puesto las argollas de hierro en las patas de tu bruto. ¡Qué ignorante eres!
- -Viajar a caballo hacia las costas es una estupidez, amigo mío.
- -Yo creo que nadie viaja en nuestra época a caballo, más que los lerdos y los pesados.

Esas razones elocuentes y la proclama de los viajeros asombraron al montado, que

encolerizado, les replicó :

- -Amigos míos: ¿cómo surgió la elocuencia espontáneamente al enteraros del robo de mi caballo. Seguramente vosotros, soy un necio porque confié en los hombres y en la noche. Me habéis enumerado mis errores, pero lo que más me asombra de tanta elocuencia vuestra es que ninguno de vosotros dijo una sola palabra del ladrón que robó mi caballo.

EL MORIBUNDO Y EL MILANO

¡Detente, príncipe del aire!, detente un momento más y habré dejado todo este resto consumido. ¡Ah, cómo te impacienta mi agonía! Yo no quisiera hacerte sufrir de hambre al hacerte esperar unos minutos más; pero esas cadenas, aunque fueron de hilos débiles, son difíciles de romper. Mi amor a la muerte, el más lejano de mis deseos, está atado con las cadenas de mis deseos por la vida, que es lo que más amo. Perdón, hijo del firmamento, me voy de este mundo, pero lentamente. Es el recuerdo que se apodera de mi alma para devolverle las reminiscencias pasadas y colocar frente a ella la comitiva de los días consumidos de mi vida en la agonía, y dejarla contemplar la juventud que pasó en un sueño; el recuerdo que presenta ante mí un rostro que suplica no cerrar los párpados y devolver a mis oídos una voz amada cuyo eco aún suena en mi alma; es el recuerdo que deja tocar mi frente una mano de rosas y que yo no veo. Perdón, compañero. Mucho has esperado; ya se acerca la hora tocando a su fin. Todo es vano en esta vida, todo es pasajero: el rostro, los ojos, la mano y la neblina que los envolvía. Ya se ha desatado el nudo; ya se ha roto la soga y aquello que no vale para comerse ni beberse ya me abandona y se va. Adelante compañero; acórcate, ave hambrienta. Ya se ha alistado el banquete; pero el manjar es frugal, es humilde. Te lo presento voluntariamente. Ven y hunde tu pico en mi costado izquierdo. Desgrábalo y arranca de los barrotes de su jaula este pequeño pájaro que dejó de aletear. Tú malo y llévalo al infinito. Es el mejor tesoro que tuve sobre la tierra. Ven, Príncipe del Aire; ven, amigo mío, eres ahora mi huésped. Yo te doy la bienvenida. Bienvenido seas.

LA LEONA

Dormía sobre su trono la reina de la selva, y en su regazo acurrucábase una gata que maullaba en tanto que miraba con asco y desprecio a cuatro esclavos que abanicaban a la reina. Y en el silencio de aquel recinto se oyó este diálogo:

Esclavo primero (A sus compañeros):

- ¡Qué horrible está la hija del león en su sueño! Mirad como se han aflojado sus labios; oíd sus ronquidos, como si el diablo le apretara la garganta.

La gata: -Su horrible aspecto en sueños no se compara ni con una parte de la brutalidad de vuestra esclavitud.

Esclavo segundo: -Lo más raro es que el sueño no ha dulcificado los rasgos de su rostro. Al contrario, lo ha surcado de arrugas. Sin duda alguna está soñando algo terrible y satánico.

La gata: - ¡Ojalá durmierais vosotros para soñar en vuestra libertad!

Esclavo tercero: -Me parece ver que desfila en su sueño la comitiva de sus víctimas que tan despiadadamente sacrificó.

La gata: -Sí, señores, ella ve, ve en su sueño, la comitiva de vuestros abuelos y de vuestros nietos.

Esclavo cuarto: - ¡Imbéciles! Habláis de la reina mientras ella duerme. Decidme: ¿quién ganáis con este diálogo? ¿Atenuar a, acaso, la tribulación de mi consigna o la fatiga que me produce abanicar?

La gata: -No, por cierto. Seguid abanicando hasta la eternidad, porque está escrito: "Tanto como en el cielo, así es en la tierra."

En aquel instante se movió la reina en su sueño y cayó la corona de su cabeza, yendo a rodar por el suelo.

-Un mal augurio -dijo uno de los esclavos.

Entonces la gata contestó maullando: -Las desgracias de unos benefician a otros.

Esclavo segundo: -¿Quién será de nosotros si se despertara de su sueño y hallara la corona tirada en el suelo? ¡Por Dios!, nos degollará a todos.

La gata (maullando):-Os degollaba, necios, desde vuestro nacimiento, y vosotros ignorabais esto

Esclavo tercero:-Sin duda nos degollará a todos, segura de que con sus actos adoraba a sus dioses.

En aquel momento el cuarto esclavo hizo callar a sus compañeros y, recogiendo sigilosamente la corona de la reina, la colocó nuevamente sobre su cabeza, sin despertarla. Ante la actitud del cuarto esclavo la gata maulló fuertemente:

-En verdad os digo que no recogen las coronas rodadas por el suelo más que los mismos esclavos.

A los pocos minutos de acabar el diálogo se despertó la reina y, mirando en derredor de sí, dijo, bostezando, a los esclavos:

-Creo haber visto en mis sueños cuatro reptiles perseguidos por un escorpión, alrededor del tronco de una gigantesca encina. ¡Qué sueño más horrible! ¡Maldito sea!

Y cerrando sus ojos volvió a dormir por segunda vez, después de haber llenado la alcoba con sus ronquidos. Prosiguieron los esclavos con los abanicos y la gata epilogó aquel acto con el siguiente maullido:

-Seguid, seguid, ciegos esclavos; seguid abanicando a vuestra ama. Vosotros no abanicáis más que un fuego voraz que devorará vuestra vida.

EL SANTO

En la mocedad visitó un santo anacoreta en su retiro de penitencia. Habitaba una celda levantada sobre una cumbre envuelta en silencio y bruma. En tanto que conversaba con él sobre temas de moral y virtud, apareció un ladrón que caminaba fatigosamente sobre las colinas cercanas. Venía dominado por la fatiga.

Cuando llegó a la celda, entró y se arrojó a los pies del santo y dijo:

-Santo Varón, he venido a pedirte un consuelo, -pues mis pecados se han elevado sobre mi cabeza.

-Hijo mío -replicó el santo-, mis pecados también se alzan sobre mi cabeza.

-Soy ladrón y salteador. Es imposible que tú seas como yo.

-Te equivocas, hijo mío; la verdad te digo que soy, como tú, ladrón y salteador.

-¡Por Dios, señor mío!, que no comprendo lo que me dices. ¡Soy un asesino, un criminal, y el grito de mis víctimas resuena en mis oídos!

-Soy también asesino y criminal, hijo mío, y en mis oídos aún suenan los gritos de muchas de mis víctimas.

-Señor, he cometido muchos crímenes e innumerables delitos. ¿Cómo te igualas a mí, tú que eres un Santo Varón de Dios?

-¿Si supieras de mis maldades y de mis pecados! S, hijo m o, si supieras, no me habr as mencionado los tuyos. Entonces se puso el ladr n de pie y mirando al Santo, larga y extrañamente, se retir de la celda sin proferir palabra.

Yo guardØ silencio hasta tanto se retir aquel personaje extraño, y en aquella circunstancia hablØ as al Santo, preguntándole:

-¿QuØ motivos te movieron, seæor m o, para atribuirte maldades y pecados que no has cometido nunca?

¿No ves, Santo Var n, que ese hombre ha dejado de creer en tu santa misi n y en tus prØdicas?

-S, hijo m o -me contest el Santo-; es verdad lo que dices. Este hombre dej de creer en mi santa misi n; pero la verdad te digo que se retir con el coraz n lleno de consuelo. En aquel momento o mos al ladr n cantar, desde lejos, mientras resonaba en las montañas su voz alegre y sonora.

EL REY ANACORETA

En una selva que se pierde en las montañas viv a un joven que en el pasado fue monarca, dueæo de un vasto reino extendido en lbro Al Bahrain. DijØ onme que este joven hab a abdicado voluntariamente a su corona para sustituirla por el desierto y la soledad.

Dije entre m : "IrØ hasta aquel hombre e intentarØ saber los secretos de su coraz n, porque aquel que abdica su corona por su propia voluntad es mÆ grande que el mismo trono."

Aquel d a emprend camino hacia la selva, donde viv a el rey anacoreta.

Lo encontrØ sentado a la sombra de un Åamo blanco, sosteniendo en su mano una caaa, igual que aquel cetro suyo de antaæo. Lo saludØ como si saludara en Ø al mismo rey, y Ø me contest el salam dulcemente, como un pastor. Y despuØ de mirarme fijamente me interrog con suavidad:

-¿QuØ buscas en esta selva solitaria, amigo m o? ¿HabrÆ venido a buscar, a esta hora, una esencia extraviada entre el ramaje frondoso, o regresas a tu hogar al haber terminado tu labor?

-No vine a buscar -respond - sino a ti; y s lo incitado por el deseo de saber cuÆ era el motivo por el cual has cambiado tu reino por este retiro miserable.

-Breve es mi historia -replic -; reventaron s bitamente las burbujas de mi vanidad, y he aqu mi historia:

HallÆame un d a sentado frente a mi ventana, y vi que el visir se paseaba con un embajador extranjero en el jard n. Cuando hubieron llegado hasta cerca de mi ventana, o al visir hablar as de s mismo:

-Yo soy como el rey: escancio el vino aæejo hasta la embriaguez; amo toda clase de juego y me encolerizo como mi rey.

"Se perdieron visir y embajador entre la arboleda, no tardando en volver a pasar por cerca de mi ventana.

Y he aqu lo que hablaba de m el visir:

"-El rey es como yo. Tira bien al blanco, gusta de la m sica y como yo se baæa tres veces al d a.

El rey anacoreta call y luego prosigui :

-Aquella noche abandonØ mi palacio y sal sin mÆ bagajes que mi manto, porque no quise continuar siendo el rey de unos que se atribuyen mis vicios y me confieren sus

virtudes.

- ¡Qué curiosa es tu historia y qué extraño es tu caso, señor! -le dije.

-No, amigo mío -me replicó-; no es tal. Yo llamé a la puerta de mi soledad pretendiendo de ella muy mucho y tan sólo muy poco he, obtenido de ella. Dime, por Dios, ¿quién no cambiaría su reino por una selva en la cual quepan todas las estaciones alegre y eternamente inquietas? Muchos son los que abandonaron sus tronos para sustituirlos por una vida sosegada y quieta; por una vida solitaria y feliz.

¡Cuántas Águilas hay allí que han bajado de su cielo para vivir con los topos en sus cuevas silentes y, así, conocer mejor los secretos de la tierra! ¡Y cuántos numerosos son los que renuncian al reino de sus sueños para no aparentar ante los demás que viven ellos distantes de aquellos cuyas almas están vacías de sueños! ¡Cuántos numerosos son aquellos que renuncian al reino de la desnudez para cubrir la suya y para que así no se enrojecan los labios al contemplar la desnudez de la razón, de la verdad y de la belleza!

"Pero es más digno de todos aquel que abdica el reino de la tristeza para no vanagloriarse ante el mundo de sus aficciones.

Y se levantó, apoyándose sobre su cacha, para continuar diciéndome:

-Vuelve a la ciudad opulenta y detente en sus puertas y observa a todos los que salen y entran en ella; y prepárate de encontrar al hombre que pretendí haber nacido rey y que está sin trono; y al hombre que creyó sosegar con su cuerpo y que sólo lo domina con su espíritu, pero que él ignora esto, igual que sus vasallos; y al hombre que se presenta públicamente como dueño y señor y que en realidad no es más que un esclavo de sus esclavos.

Al terminar su perorata me miró y sobre sus labios asomó una sonrisa; creí ver en ellas mil amaneceres.

Tomó su camino y desapareció en el corazón de la selva.

Yo volví a la ciudad opulenta y me detuve en sus puertas. Observaba a los transeúntes que salían y entraban en ella. ¡Ay! ¡Cuántos numerosos fueron los vasallos sobre los cuales pasó mi sombra!

LA GUERRA Y LAS NACIONES PEQUEÑAS

Una oveja con su corderito pacía en un prado. Por encima de ellos se cernía un Águila. La rapaz seguía al corderito con ojos encendidos de hambre y voracidad, Mientras giraba en torno del humilde corderillo aprestándose a hundir sus garras en su tierna carne, se presentaba otra Águila aguijoneada por igual hambre y ferocidad. Al hallarse ambos colegas frente a frente, rieron hasta llenar el vacío con sus gritos y graznidos. En aquella circunstancia la oveja estupefacta miró a las dos Águilas y dijo a su hijo:

-Mira, hijo mío, ¡qué extraño es la ría de esas nobles aves! ¿No es vergonzoso para los reyes del espacio disputar y reír, teniendo todo el anchuroso cielo para buscar manutención? Pero, ora, hijo mío, ora, mi niño en tu corazón a Dios implorando la paz para tus hermanos alados.

Y el corderito oró fervorosamente y de todo corazón.

EL REY DE ARDOSA

Se presentaron un día los ancianos de Ardosá ante el rey y le rogaron ordenar que prohibiera el alcoholismo en su ciudad.

No prestó el rey oído a su petición, sino que se rió de ellos y les dio las espaldas; y les dejó.

Los ancianos de Ardosá se retiraron poseídos de una verdadera desesperación. Al llegar a la puerta del palacio toparon con el visir del rey. Este ministro, que era muy diplomático, sagaz y ladino, viendo perturbados a los ancianos y jefes de la ciudad, se dio cabal idea de su asunto. Y les habló así:

-¡Oh, amigos míos! La suerte no os ha acompañado esta vez. Si vosotros hubierais venido en el momento de hallarse ebrio el rey, habrías conseguido todo lo que venís a pedirle.

EL AVE DE MI FE

De las profundidades de mi corazón voló un ave y se remontó en el espacio, y cada vez que más subía, su tamaño se aumentaba más y más. Comenzó con la forma de la mariposa, luego tomó la de una paloma; más adelante el tamaño de un águila, hasta que semejaba una nube de primavera, llenando así el cielo tachonado de estrellas.

De las profundidades de mi corazón voló un ave y se remontó en el cielo, aumentando su tamaño a medida que subía, y siempre quedaba habitando la profundidad de mi corazón.

¡Oh, mi Fe, mi Sabiduría obstinada y fuerte! ¿Cómo llegar a alcanzar tu altura para ver, juntamente contigo, la esencia sublime del hombre grabada sobre la faz del cielo? ¿Cómo convertir este mar que está en lo más hondo de mi alma, en una densa neblina y vagar, junto a ti, en el espacio infinito? ¿Podrá ver el prisionero, en la penumbra del templo, sus cúpulas doradas? ¿Tendrá la semilla la fuerza para esparcirse y envolver la fruta que antes la envolvía recíprocamente? Sí, ¡oh, mi Fe clemente! Sí; yo vivo encadenado con cadenas de hierro en los antros oscuros de esta prisión sin fin. Me separan de ti estas barricadas hechas de carne y huesos, para no poder volar contigo en el mundo infinito. Empero, tú vuelas de mi corazón para cernirte en el anchuroso espacio, tanto, que siempre te encuentro habitando la profundidad de mi corazón dolorido. Y con todo esto estoy resignado, conforme y confiado.

LA HOJA BLANCA

Dijo así, un día, una hoja blanca de papel:

-Me he formado blanca, nítida, inmaculada y pura, y así seré hasta la eternidad. Prefiero quemarme y volverme ceniza blanca antes de permitir que me mancille la negrura y me macule la suciedad.

Oyó un tintero aquellas razones y se rió en su negro corazón, pero no se atrevió a tocar a aquella hoja blanca de papel. Oyó también las plumas y tampoco la tocaron. Y así permaneció la hoja de papel blanca, nítida, cual la nieve, pero vacía.

EL SERMON DE LA AZOTEA

(El último despertar)

Era la noche profunda y líbrega. Soplaban, en la mitad de su carrera, un aura pura y apacible impregnada por los primeros suspiros del alba. En aquella hora se levantó El

Precursor, que es el eco de la voz que a n no ha tocado o do alguno, y, abandonando la alcoba, subí a la azotea de su casa. Contemplé largamente la ciudad acostada en brazos de la noche y luego irguí su cabeza, y, como si se viese rodeado por los espíritus despiertos de los hombres dormidos, abrí su boca y hablé así:

-Hermanos y vecinos míos: vosotros que pasáis por mi casa todos los días, quiero hablaros e invocaros en vuestros sueños; quiero caminar desnudo y libre porque estando despiertos estáis más alelados que en vuestro sueño; porque vuestro oído está cargado de baranditas; porque es sordo y dólil.

Os he amado mucho, y más que mucho.

He amado a cada uno de vosotros como si fuerais todos vosotros.

He amado a todos vosotros como si fuerais uno solo.

Mi corazón era un campo fértil y floreciente en vuestro amor; en su primavera yo cantaba en vuestros jardines; en su estación cuidaba de vuestras parvas.

Sí, hermanos y vecinos míos. A todos vosotros he amado; a vuestro titán como a vuestro enano; a vuestro leproso como al más sano que hay entre vosotros.

He amado al que se deslizaba en las tinieblas buscando en la noche su camino, igual que al que trillaba sus días bailando sobre collados y montañas.

Amo al fuerte a pesar de vivir patentes en mis carnes las huellas de sus herraduras ferreas.

Amo al dólil no obstante haber agobiado mi fe y agotado mi paciencia.

Amo al rico, cuya miel se volvió a cicuta en mi boca.

Amo al pobre que, sabiendo mi vergüenza, y conociendo mis necesidades y mis debilidades, me ha escarnecido.

Amo al poeta plagiador que hacía vibrar la catarata de su vecino tocándola con sus dedos ciegos. Lo amo generosamente, cortésmente.

Amo al sabio que consume su vida juntando mortajas viejas en el campo del abominable alfarero.

Amo al sacerdote acurrucado en el silencio de su pasado, preguntando por el día de su mañana.

Amo al anacoreta que hacía de los espectros de su capricho unos dioses para la adoración.

Amo al charlatán diciendo entre mí: "Le queda todavía mucho que decir a la vida."

Amo al mudo, porque pensaba: "¡Ojalá pudiera hablar de su silencio!"

Amo al juez y al crítico, pero cuando me vieron crucificado dijeron: "Cuán suave emana la sangre de sus heridas y cuán hermosas son las líneas que su sangre traza sobre su piel blanca."

Sí, hermanos y vecinos míos. Os he amado a todos vosotros; a vuestro joven como a vuestro anciano. Amo a vuestra cámara dólil que temblaba al soplo de las brisas, igual que a vuestras gigantescas encinas. Pero ¡ay de mí! Mi corazón, que rebosaba por vuestro amor, ha endurecido el vuestro corazón, porque sois capaces de escanciar el vino del amor del fondo de las copas, pero jamás de tomarlo del río caudaloso. Y cuando habéis visto que yo os he amado igual, a todos igual, os habéis mofado de mí, diciendo: "Cuán dólil es su corazón y apartada de su camino la sagacidad. Su amor es el de un mendigo hambriento que acostumbra recoger las migajas, aun sentado a las mesas de los reyes. Es el amor de un villano, servil, porque el hombre fuerte tan sólo ama a sus semejantes."

Y cuando habéis sabido que yo os amaba profundamente, desinteresadamente, hablasteis así: "El amor de este ser es el de un hombre extraño, sin gusto, que bebe el vinagre

como si bebiera vino; es el amor de un intruso, hipocrita, porque ¿cuál es el hombre extraño que puede amarnos como nuestros padres y hermanos?

Estas son vuestras razones y otras tantas, porque cuántas veces me habéis indicado con vuestros dedos en las calles de la ciudad, diciendo burlescamente, unos a otros: "Mirad a este pequeño gran hombre que no le preocupan las estaciones ni los abrigos ni los años. En el mediodía juega con nuestros niños y a la tarde acompaña a nuestros ancianos en sus reuniones simulando sabiduría."

Entonces dije: "No importa todo esto; yo los amo más y más; pero esta vez cubriré mi amor con un velo de odio y mi caridad con un disfraz de hierro y no les seguiré sino aguierrido."

Y me armé con mi desdén; puse mi mano pesada sobre vuestras heridas y contusiones y, al igual que una tempestad que sopla en plena noche, así he tronado en vuestros oídos y desde la azotea de mi casa os he llamado fariseos, traidores; burbujas de un mundo falso y vacío.

He maldecido a los miopes que hay entre vosotros cual murciélagos ciegos y, al igual que los topos sin alma, así he comparado a los que viven entre vosotros pegados a la tierra y al lodo.

Califiqué a vuestros hombres elocuentes y sabios de charlatanes e hijos de Babel; al hombre callado lo llamé duro de corazón y torpe de lengua; de vuestro hombre simple dije: *Los muertos no se aburren de la muerte.*

Y sentencié: "Que los que buscan en vosotros y en vuestros hijos la sabiduría humana son apóstatas, blasfemadores contra el Espíritu Santo; a los atraídos por la fuerza espiritual extasiados por las investigaciones del más allá de la naturaleza, los llamé pescadores de espectros que tiran sus redes en aguas mansas y que tan sólo pescan sus medrosas sombras."

Así he pregonado y publicado vuestras miserias en mis labios mientras mi corazón sangraba y os llamaba por los nombres más dulces.

Sí, hermanos y vecinos míos. El odio que así os ha hablado era guiado por su propio látigo; y el orgullo que ha bailado sobre vuestras miserias y cadáveres estaba lleno de polvo de la derrota y degollado por sus propios dolores.

Mi profundo dolor hacia vosotros, mi sed para amaros, se han rebelado sobre la azotea, mientras os imploraba el perdón de rodillas.

Pero he aquí el milagro, hermanos y vecinos míos; mi simulación os ha abierto los ojos y mi odio ha despertado los corazones.

Vosotros no amáis más que las espadas que se hunden en vuestros corazones y sólo gustáis ver clavados los dardos en vuestros pechos.

Vosotros no os consoláis sino de vuestras heridas y no os embriagáis más que en vuestra sangre.

Y cual mariposas que aletean alrededor de la llama, buscando inocentemente la muerte, así os juntáis todos los días en mi jardín, y con cabezas erguidas y los ojos fijos en mí me seguís mientras yo desgarré con mis manos los tejidos de vuestros días, en medio de vuestro cuchicheo, diciendo entre vosotros: "El ve con la luz de Dios y habla con los profetas de aquellos tiempos. Descubre el velo de nuestras almas y destroza las cerraduras de nuestros corazones y cuál es el águila que conoce los cubiles de los chacales, así el conoce nuestro camino."

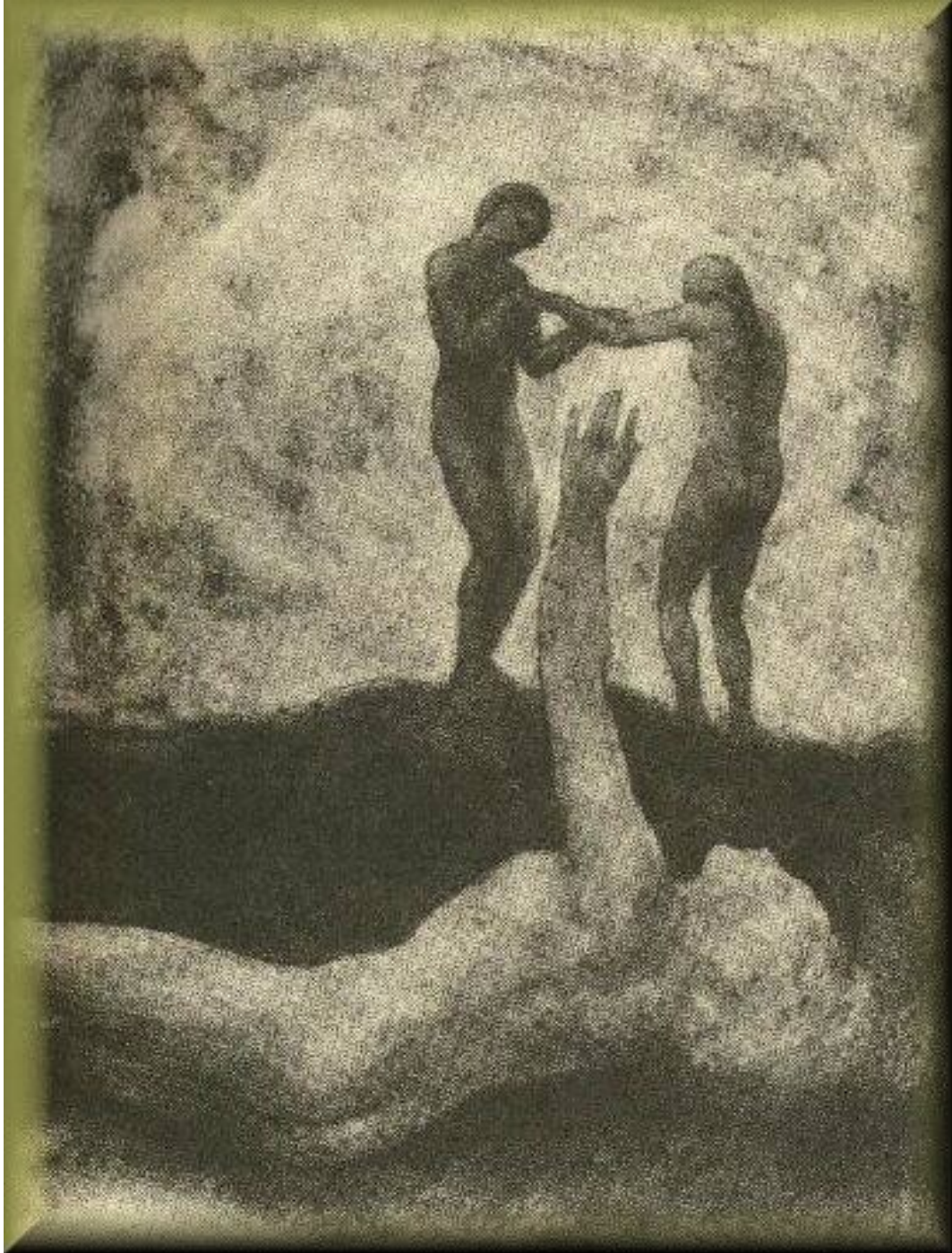
Sí, por cierto, amigos míos. Yo conozco vuestro camino, pero al igual que el águila que conoce el nido de sus aguiluchos.

Con todo placer os he descubierto mis secretos, pero para acercarme a vuestros

corazones, simulo desdñ y acrimonia; os finjo odio y aparento que os desprecio.
Y no bien termin El Precursor su serm n, cuando cubri su cara con su mano y rompi
en llanto. Llor amargamente porque comprendi que el amor desnudo que se rechaza
es mÆ sublime que el que canta gloria cubierto por la simulaci n y el fingimiento.
Y se avergonz de s mismo. Alz s bitamente la cabeza y como si despertara de un
sueo letÆgico extendi sus brazos y mir con òxtasis el firmamento azul y dijo:
-Ya se ha desgarrado el manto de la noche y nosotros, los hijos de la noche, debemos
morir cuando llegue el da caminando, sigilosamente, sosteniéndose sobre las lejanas
colinas. De nuestras cenizas surgirÆun amor mÆ profundo y fuerte que el nuestro y se
reirÆen la cara del sol y se llamarÆAMOR ETERNO.



K h a l i l G i b r Æ n



EL PROFETA

EL AMOR	9 (134)
EL MATRIMONIO	12 (135)
LOS NIÑOS	14 (135)
EL DAR	16 (135)
EL COMER Y EL BEBER	19 (136)
EL TRABAJO	21 (137)
LA ALEGRA Y EL DOLOR	24 (138)
LAS CASAS	26 (139)
EL VESTIR	29 (140)
EL COMPRAR Y EL VENDER	31 (140)
EL CRIMEN Y EL CASTIGO	33 (141)
LAS LEYES	37 (142)
LA LIBERTAD	39 (143)
LA RAZÓN Y LA PASIÓN	41 (144)
EL DOLOR	43 (144)
EL CONOCIMIENTO	45 (145)
EL ENSEÑAR	47 (145)
LA AMISTAD	49 (146)
EL HABLAR	51 (146)
EL TIEMPO	53 (147)
LO BUENO Y LO MALO	55 (147)
LA ORACIÓN	57 (148)
EL PLACER	59 (148)
LA BELLEZA	62 (149)
LA RELIGIÓN	64 (150)
LA MUERTE	66 (151)
LA PARTIDA	68 (151)

Almustafá el elegido y bienamado, el que era un amanecer en su propio día, había esperado doce años en la ciudad de Orfa a la vuelta del barco que debía devolverlo a su isla natal.

A los doce años, en el séptimo día de Yeleol, el mes de las cosechas, subió a la colina, miró desde los muros de la ciudad, y contempló el mar. Y vio su barco llegando con la bruma.

Se abrieron, entonces, de par en par las puertas de su corazón y su alegría volvió sobre el océano. Cerró los ojos y oyó en los silencios de su alma.

Sin embargo, al descender de la colina, cayó sobre él una profunda tristeza, y pensó, en su corazón.

¿Cómo podrá partir en paz y sin pena? No, no abandonará esta ciudad sin una herida en el alma.

Largos fueron los días de dolor que pasó entre sus muros y largas fueron las noches de soledad y, ¿Quién puede separarse sin pena de su soledad y su dolor?

Demasiados fragmentos de mi espíritu he esparcido por estas calles y son muchos los hijos de mi anhelo que marchan desnudos entre las colinas. No puedo abandonarlos sin aflicción y sin pena.

No es una túnica la que me quito hoy, sino mi propia piel, que desgarré con mis propias manos ...

Y no es un pensamiento el que dejo, sino un corazón, endulzado por el hambre y la sed.

Pero, no puedo detenerme más. El mar, que llama todas las cosas a su seno, me llama y debo embarcarme.

Porque el quedarse, aunque las horas ardan en la noche, es congelarse y cristalizarse y ser ceado por un molde. Desearía llevar conmigo todo lo de aquí, pero, ¿cómo lo haré?

Una voz no puede llevarse la lengua y los labios que le dieron alas. Sola debe buscar el ser.

Y sola, sin su nido, volará el águila cruzando el sol.

Entonces, cuando llegó al pie de la colina, miró al mar otra vez y vio a su barco acercándose al puerto y, sobre la proa, los marineros, los hombres de su propia tierra.

Y su alma los llamó, diciendo:

Hijos de mi anciana madre, jinetes de las mareas; ¡cuántas veces habéis surcado mis sueños! Y ahora llegáis en mi vigilia, que es mi sueño más profundo.

Estoy listo a partir y mis ansias, con las velas desplegadas, esperan el viento.

Respiraré otra vez más este aire calmo, contemplaré otra vez tan sólo hacia atrás, amorosamente.

Y luego estaré con vosotros, marino entre marinos.

Y tú, inmenso mar, madre sin sueño.

Tú que eres la paz y la libertad para el río y el arroyo.

Permite un rodeo más a esta corriente, un murmullo más a esta caada.

Y luego irá hacia ti, como gota sin límites a un océano sin límites.

Y, caminando, vio a lo lejos cómo hombres abandonaban sus campos y sus vías y se encaminaban apresuradamente hacia las puertas de la ciudad ...

Y oyó sus voces llamando su nombre y gritando de lugar a lugar, contándose el uno al otro de la llegada de su barco. Y se dijo a sí mismo:

¿Será el día de la partida el día del encuentro? ¿Y será mi crepúsculo, realmente, mi amanecer?

¿Y, qué dará a aquel que dej su arado en la mitad del surco, o a aquel que ha detenido la rueda de su lagar?

¿Se convertir  mi coraz n en un  bol cargado de frutos que yo recoja para entreg selos?

¿Fluir  mis deseos como una fuente para llenar sus copas?

¿Será un arpa bajo los dedos del Poderoso o una flauta a trav  de la cual pase su aliento?

Buscador de silencios soy ¿qu  tesoros he hallado en ellos que pueda ofrecer con fiadamente?

Si es éste mi d a de cosecha ¿en qué campos sembró la semilla y en qué estaciones, sin memoria?

Si ésta es, en verdad, la hora en que levante mi L mpara, no es mi llama la que arder  en ella.

Oscura y vac a levantar  mi L mpara.

Y el guardi  de la noche la llenar  de aceite y la encenderá

En palabras de a estas cosas. Pero mucho quedaba sin decir en su coraz n. Porque   no pod a expresar, su m  profundo secreto.

Y, cuando entr en la ciudad, toda la gente vino a  , llam dolo a voces.

Y los viejos se adelantaron y dijeron: No nos dejes.

Has sido un mediod a en nuestros crepusculo y tu juventud nos ha dado motivos para soñar.

No eres un extraño entre nosotros; no eres un hu ped, sino nuestro hijo bienamado ...

Que no sufran a n nuestros ojos el hambre de su rostro.

Y los sacerdotes y las sacerdotisas le dijeron:

No dejes que las olas del mar nos separen ahora, ni que los años que has pasado aqu se conviertan en un recuerdo. Has caminado como un esp ritu entre nosotros y tu sombra ha sido una luz sobre nuestros rostros.

Te hemos amado mucho. Nuestro amor no tuvo palabras y con velos ha estado cubierto.

Pero ahora clama en alta voz por ti y ante ti se descubre.

Siempre ha sido verdad que el amor no conoce su hondura hasta la hora de la separaci n.

Y vinieron otros tambi n a suplicarle. Pero   no les respondi . Inclina la cabeza y aquellos que estaban a su lado vieron c mo las Lágrimas ca an sobre su pecho.

l y la gente se dirigieron, entonces, hacia la gran plaza ante el templo.

Y sali del santuario una mujer llamada Almitra.

Era una profetisa.

Y   la mir con enorme ternura, porque fue la primera que lo busc y crey en   cuando tan s lo hab a estado un d a en la ciudad.

Y ella lo salud , diciendo:

Profeta de Dios, buscador de lo supremo; largamente has escudriñado las distancias buscando tu barco.

Y ahora tu barco ha llegado y debes irte.

Profundo es tu anhelo por la tierra de tus recuerdos y por el lugar de tus mayores deseos y nuestro amor no te atar  ni nuestras necesidades detendr  tu paso.

Pero s te pedimos que antes de que nos dejes, nos hables y nos des tu verdad.

Y nosotros la daremos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, y as no perecerá

... ..

En tu soledad has velado durante nuestros días y en tu vigilia has sido el llanto y la risa de nuestro sueño.

Descubren ahora ante nosotros mismos y dinos todo lo que existe entre el nacimiento y la muerte, como te ha sido mostrado.

Y Ø respondi :

Pueblo de Orfales ¿de qué Ø puedo yo hablar sino de lo que a n ahora se agita en vuestras almas?.

EL AMOR

Dijo Almitra: Hablanos del Amor.

Y Ø levantó la cabeza, miró a la gente y una quietud descendió sobre todos. Entonces, dijo con gran voz:

Cuando el amor os llame, seguidlo. Y cuando su camino sea duro y difícil.

Y cuando sus alas os envuelvan, entregaos. Aunque la espada entre ellas escondida os hiriera.

Y cuando os hable, creed en Ø. Aunque su voz destroce vuestros sueños, tal como el viento norte devasta los jardines.

Porque, así como el amor os corona, así os crucifica. Así como os acrece, así os poda.

Así como asciende a lo más alto y acaricia vuestras más tiernas ramas, que se estremecen bajo el sol, así descenderá hasta vuestras raíces y las sacudirá en un abrazo con la tierra.

Como trigo en gavillas Ø os une a vosotros mismos. Os desgarrará para desnudaros.

Os cernerá, para libraros de vuestras coberturas. Os pulveriza hasta volveros blancos ...

Os amasa, hasta que estéis flexibles y diles. Y os asigna luego a su fuego sagrado, para que podáis convertirlos en sagrado pan para la fiesta sagrada de Dios.

Todo esto hará el amor en vosotros para que podáis conocer los secretos de vuestro corazón y convertirlos, por ese conocimiento, en un fragmento del corazón de la Vida.

Pero si, en vuestro miedo, buscareis solamente la paz y el placer del amor, entonces, es mejor que cubráis vuestra desnudez y os alejéis de sus umbrales. Hacia un mundo sin primaveras donde reiréis, pero no con toda vuestra risa, y lloraréis, pero no con todas vuestras lágrimas.

El amor no da nada más a sí mismo y no toma nada más que de sí mismo.

El amor no posee ni es poseído. Porque el amor es suficiente para el amor.

Cuando améis no debéis decir: «Dios está en mi corazón», sino más bien: «Yo estoy en el corazón de Dios.»

Y pensad que no podéis dirigir el curso del amor porque Ø si os encuentra dignos, dirigirá vuestro curso.

El amor no tiene otro deseo que el de realizarse. Pero, si amáis y debe la necesidad tener deseos, que vuestros deseos sean éstos:

Fundirse y ser como un arroyo que canta su melodía a la noche.

Saber del dolor de la demasiada ternura. Ser herido por nuestro propio conocimiento del amor. Y sangrar voluntaria y alegremente.

Despertarse al amanecer con un alado corazón y dar gracias por otro día de amor.

Descansar al mediodía y meditar el éxtasis de amar. Volver al hogar con gratitud en el atardecer ...

Y dormir con una plegaria por el amado en el corazón y una canción de alabanza en los labios ...

EL MATRIMONIO

Entonces, Almitra habl otra vez: ¿QuØ nos dirØs sobre el Matrimonio, Maestro?

Y Ø respondi , diciendo:

Nacisteis juntos y juntos para siempre. EstarØs juntos cuando las alas blancas de la muerte esparzan vuestros d as. S ; estarØs juntos aun en la memoria silenciosa de Dios. Pero dejad que haya espacios en vuestra cercan a.

Y dejad que los vientos del cielo dancen entre vosotros.

Amaos el uno al otro, pero no hagÆs del amor una atadura.

Que sea, mÆ bien, un mar movible entre las costas de vuestras almas.

Llenaos uno al otro vuestras copas, pero no bebÆs de una sola copa.

Daos el uno al otro de vuestro pan, pero no comÆs del mismo trozo.

Cantad y bailad juntos y estad alegres, pero que cada uno de vosotros sea independiente ...

Las cuerdas de un la d estÆn solas, aunque tiemblen con la misma m sica.

Dad vuestro coraz n, pero no para que vuestro compaæero lo tenga.

Porque s lo la mano de la Vida puede contener los corazones.

Y estad juntos, pero no demasiado juntos. Porque los pilares del templo estÆn aparte.

Y, ni el roble crece bajo la sombra del ciprØs ni el ciprØs bajo la del roble.

LOS NI OS

Y una mujer que sostiene a un niæo contra su seno pidi :

HÆblanos de los niæos.

Y Ø dijo:

Vuestros hijos no son hijos vuestros.

Son los hijos y las hijas de la Vida, deseosa de s misma.

Vienen a travØs vuestro, pero no vienen de vosotros.

Y, aunque estÆn con vosotros, no os pertenecen.

PodØs darles vuestro amor, pero no vuestros pensamientos.

Porque ellos tienen sus propios pensamientos.

PodØs albergar sus cuerpos, pero no sus almas.

Porque sus almas habitan en la casa del maæana que vosotros no podØs visitar, ni siquiera en sueæos.

PodØs esforzaros en ser como ellos, pero no busquØs el hacerlos como vosotros.

Porque la vida no retrocede ni se entretiene con el ayer. Vosotros sois el arco desde el que vuestros hijos, como flechas vivientes, son impulsados hacia delante.

El Arquero ve el blanco en la senda del infinito y os doblega con Su poder para que Su flecha vaya veloz y lejana. Dejad, alegremente, que la mano del Arquero os doblegue. Porque, as como l ama la flecha que vuela, as ama tambiØn el arco, que es estable.

EL DAR

Entonces, un hombre rico dijo: HÆblanos del dar.

Y Ø contest :

Dais muy poca cosa cuando dais de lo que poseØs.

Cuando dais algo de vosotros mismos es cuando realmente dais.

¿Qué son vuestras posesiones sino cosas que atesoráis por miedo a necesitarlas mañana?

Y mañana, ¿qué traerá el mañana al perro que, demasiado previsor, entierra huesos en la arena sin huellas mientras sigue a los peregrinos hacia la ciudad santa?

¿Y qué es el miedo a la necesidad sino la necesidad misma?

¿No es, en realidad, el miedo a la sed, cuando el manantial está lleno, la sed inextinguible?

Hay quienes dan poco de lo mucho que tienen y lo dan buscando el reconocimiento y su deseo oculto malogra sus regalos.

Y hay quienes tienen poco y lo dan todo.

Son éstos los creyentes en la vida y en la magnificencia de la vida y su cofre nunca está vacío.

Hay quienes dan con alegría y esa alegría es su premio.

Y hay quienes dan con dolor y ese dolor es su bautismo.

Y hay quienes dan y no saben del dolor de dar, ni buscan la alegría de dar, ni dan conscientes de la virtud de dar.

Dan como, en el hondo valle, da el mirto su fragancia al espacio.

A través de las manos de los que como éstos son, Dios habla y, desde el fondo de sus ojos, El sonre sobre la tierra.

Es bueno dar algo cuando ha sido pedido, pero es mejor dar sin demanda, comprendiendo.

Y, para la mano abierta, la bendición de aquel que recibir es mayor goce que el dar mismo.

¿Y hay algo, acaso, que podáis guardar? Todo lo que tenéis será dado algún día.

Dad, pues, ahora que la estación de dar es vuestra y no de vuestros herederos.

Decid a menudo: «Dar a, pero sólo al que lo mereciera.»

Los árboles en vuestro huerto no dicen así, ni lo dicen los rebaños en vuestra pradera.

Ellos dan para vivir, ya que guardar es perecer.

Todo aquel que merece recibir sus días y sus noches, merece, seguramente, de vosotros todo lo demás.

Y aquel que merece beber el océano de la vida, merece

llenar su copa en vuestro pequeño arroyo.

¿Y cuánto será más valioso que el de aquel que da el valor y la confianza no la caridad del recibir?

¿Y quienes sois vosotros para que los hombres os muestren su seno y os descubran su orgullo para que os veáis sus merecimientos desnudos y su orgullo sin confusión?

Mirad primero si vosotros mismos merecéis dar y ser un instrumento del dar.

Porque, a la verdad, es la vida la que da a la vida, mientras que vosotros, que os creéis dadores, no sois sino testigos.

Y vosotros, los que recibís y todos vosotros sois de ellos no asumáis el peso de la gratitud, si no queréis colocar un yugo sobre vosotros y sobre quien os da.

Elevaos, más bien, con el dador en su dar como en unas alas.

Porque exagerar vuestra deuda es dudar de su generosidad, que tiene el libre corazón de la tierra como madre y a Dios como padre.

EL COMER Y EL BEBER

Entonces, un viejo que tenía una posada dijo: Hablanos del comer y del beber.

Y ¿ respondi :

Ojalá pudierais vivir de la fragancia de la tierra y, como planta del aire, ser alimentados por la luz.

Pero, ya que debéis matar para comer y robar al recién nacido la leche de su madre para apagar vuestra sed, haced de ello un acto de adoración.

Y haced que vuestra mesa sea un altar en el que lo puro y lo inocente, el buque y la pradera sean sacrificados a aquello que es más puro y a lo inocente que el hombre.

Cuando matéis un animal, decidle en vuestro corazón:

«El mismo poder que te sacrifica, me sacrifica también;

yo seré también destruido.

La misma ley que te entrega en mis manos me entregará a mí en manos más poderosas. Tu sangre y mi sangre no son otra cosa que la savia que alimenta el árbol del cielo.».

Y, cuando mordáis una manzana, decidle en vuestro corazón:

«Tus semillas vivirán en mi cuerpo. Y los botones de tu manzana florecerán en mi corazón. Y tu fragancia será mi aliento. Y gozaremos juntos a través de todas las estaciones.»

Y, en el otoño, cuando reunáis las uvas de vuestras vides para el lagar, decid en vuestro corazón:

«Yo soy también una vid y mi fruto será llevado al lagar. Y, como vino nuevo será guardado en vasos eternos.»

Y, en el invierno, cuando sorbáis el vino, que haya en vuestro corazón un canto para cada copa. Y que haya en ese canto un recuerdo para los días

otoniales y para la vid y para el lagar.

EL TRABAJO

Entonces, dijo el labrador: Hablemos del trabajo.

Y ¿ respondi , diciendo:

Trabajáis para seguir el ritmo de la tierra y del alma de la tierra.

Porque estar ocioso es convertirse en un extraño en medio de las estaciones y salirse de la procesión de la vida, que marcha en amistad y sumisión orgullosa hacia el infinito.

Cuando trabajáis, sois una flauta a través de cuyo corazón el murmullo de las horas se convierte en música.

¿Cuántos de vosotros querrán ser una caña silenciosa y muda cuando todo canta al un son?

Se os ha dicho siempre que el trabajo es una maldición y la labor una desgracia.

Pero yo os digo que, cuando trabajáis, realizáis una parte del más lejano sueño de la tierra, asignada a vosotros cuando ese sueño fue nacido.

Y, trabajando, estáis, en realidad, amando a la vida.

Y amarla, a través del trabajo, es estar muy cerca del más recóndito secreto de la vida.

Pero si, en vuestro dolor, llamáis al nacer una aflicción y al soportar la carne una maldición escrita en vuestra frente, yo os responderé que nada más que el sudor de vuestra frente lavaré lo que está escrito.

Se os ha dicho también que la vida es oscuridad y, en vuestra fatiga, os hacéis eco de la voz del fatigado.

Y yo os digo que la vida es, en verdad, oscuridad cuando no hay un impulso.

Y todo impulso es ciego cuando no hay conocimiento.

Y todo saber es vano cuando no hay trabajo.
Y todo trabajo es vano cuando no hay amor.
Y cuando trabajáis con amor, os unís con vosotros mismos, y con los otros, y con Dios.
¿Y qué es trabajar con amor?
Es tejer la tela con hilos extraídos de vuestro corazón como si vuestro amado fuera a usar esa tela.
Es construir una casa con afecto, como si vuestro amado fuera a habitar en ella.
Es plantar semillas con ternura y cosechar con gozo, como si vuestro amado fuera a gozar del fruto.
Es infundir en todas las cosas que hacéis el aliento de vuestro propio espíritu.
Y saber que todos los muertos benditos se hallan ante vosotros observando.
He oído a menudo decir, como si fuera en sueños:
«El que trabaja en mermol y encuentra la forma de su propia alma en la piedra es más noble que el que labra la tierra.»
«Aquel que se apodera del arco iris para colocarlo en una tela transformada en la imagen de un hombre es más que el que hace las sandalias para nuestros pies.»
Pero, yo digo, no en sueños, sino en la vigilia del mediodía, que el viento no habla más dulcemente a los robles gigantes que a la menor de las hojas de la hierba.
Y solamente es grande el que cambia la voz del viento en una canción, hecha más dulce por su propio amor.
El trabajo es el amor hecho visible.
Y si no podéis trabajar con amor, sino solamente con disgusto, es mejor que dejéis vuestra tarea y os sentéis a la puerta del templo y recibáis limosna de los que trabajan gozosamente.
Porque, si hornéis el pan con indiferencia estáis horneando un pan amargo que no calma más que a medias el hambre del hombre.
Y si refunfuáis al apretar las uvas, vuestro murmurar destila un veneno en el vino.
Y si cantáis, aunque fuera como los ángeles, y no amáis el cantar, estáis ensordeciendo los oídos de los hombres para las voces del día y las voces de la noche.

LA ALEGRÍA Y EL DOLOR

Entonces, dijo una mujer: Hablanos de la Alegría y del Dolor.
Y él respondió :
Vuestra alegría es vuestro dolor sin máscara.
Y la misma fuente de donde brota vuestra risa fue muchas veces llenada con vuestras lágrimas.
Y ¿cómo puede ser de otro modo?
Mientras más profundo cave el dolor en vuestro corazón, más alegría podréis contener.
¿No es la copa que guarda vuestro vino la misma copa que estuvo fundiéndose en el horno del alfarero?
¿Y no es el látigo que apacigua vuestro espíritu la misma madera que fue tallada con cuchillos?
Cuando estéis contentos, mirad en el fondo de vuestro corazón y encontraréis que es solamente lo que os produjo dolor, lo que os da alegría.
Cuando estéis tristes, mirad de nuevo en vuestro corazón y veréis que estáis llorando, en verdad, por lo que fue vuestro deleite.
Algunos de vosotros decís: «La alegría es superior al dolor» y otros: «No, el dolor es

más grande.»

Pero yo os digo que son inseparables.

Vienen juntos y, cuando uno de ellos se sienta con vosotros a vuestra mesa, recordad que el otro está durmiendo en vuestro lecho.

En verdad, estáis suspensos, como fiel de balanza, entre vuestra alegría y vuestro dolor. Si lo cuando vosotros estáis quietos y equilibrados.

Cuando el tesoro os levanta para pesar su oro y su plata, es necesario que vuestra alegría o vuestro dolor suban o bajen.

LAS CASAS

Un día, entonces, se adelantó y dijo: Hablaos de las Casas.

Y yo respondí, diciendo:

Levantad con vuestra imaginación una enramada en el bosque antes que una casa dentro de las murallas de la ciudad.

Porque, así como tendréis huéspedes en vuestro crepúsculo, así el peregrino en vosotros tenderá siempre hacia la distancia y la soledad.

Vuestra casa es vuestro cuerpo grande.

Crece en el sol y duerme en la quietud de la noche, y sueña.

¿No es cierto que sueña? ¿Y que, al soñar, deja la ciudad por el bosque o la colina?

¿Cómo pudiera juntar vuestras casas en mi mano y, como un sembrador, esparcirlas por el bosque y la pradera!

Los valles serán vuestras calles y los senderos verdes las alamedas y os buscaréis el uno al otro a través.

de los vientos, para volver con la fragancia de la tierra en las vestiduras.

Pero todo eso no puede ser aún.

En su miedo, vuestros antecesores os pusieron demasiado juntos. Y ese miedo durará aún un poco. Por un tiempo aún los muros de vuestra ciudad separarán vuestro corazón de vuestros campos.

Y, decidme, pueblo de Orfalese, ¿qué tenéis en esas casas? ¿Y qué guardáis con puertas y candados?

¿Tenéis paz, el quieto empuje que revela vuestro poder? ¿Tenéis memorias, los arcos lúcidos que unen las cumbres del espíritu? ¿Tenéis belleza que guía el corazón desde las casas de madera y piedra hechas, hasta la montaña sagrada?

Decidme, ¿las tenéis en vuestras casas?

¿O tenéis solamente comodidad y el ansia de comodidad, esa cosa furtiva que entra a una casa como un huésped y luego se convierte en dueño y después en amo y señor?

¡Ay! y termina siendo un domador y, con látigo y garfio juega con vuestros mayores deseos.

Aunque sus manos sean sedosas, su corazón es férreo.

Arrulla vuestro sueño solamente para colocarse al lado de vuestro lecho y escarnecer la dignidad del cuerpo.

Hace mofa de vuestros sentidos y los echa en el cardal como frágiles vasos.

En verdad os digo que el ansia de comodidad mata la pasión del alma y luego camina haciendo muecas en el funeral. Pero vosotros, criaturas del espacio, vosotros, inquietos en la quietud, no seréis atrapados o domados.

Vuestra casa no será un ancla, sino un mástil.

No será la cinta brillante que cubre una herida, sino el paño que protege el ojo.

No plegaréis vuestras alas para poder pasar por sus puertas, ni agacharéis la cabeza para que no toque su techo, ni temeréis respirar por miedo a que sus paredes se rajen o derrumben.

No viviréis en tumbas hechas por los muertos para los vivos y, aunque magnificente y esplendorosa, vuestra casa no se adecuare de vuestro secreto, ni encerrare vuestro anhelo.

Porque lo que en vosotros es ilimitado habita en la mansión del cielo, cuya puerta es la niebla de la mañana y cuyas ventanas son las canciones y los silencios de la noche.

EL VESTIR

Y un tejedor dijo: Háblanos del vestir.

Y él respondió, diciendo:

Vuestra ropa esconde mucho de vuestra belleza y, sin embargo, no cubre lo que no es bello.

Y aunque buscáis en el vestir el sentir os libres en vuestra intimidad, podéis hallar en él un arnés y una cadena.

¿Cómo pudierais enfrentar al sol y al viento con más de vuestra piel y menos de vuestro ropaje!

Porque el aliento de la vida está en la luz del sol y la mano de la vida en el viento.

Algunos de vosotros decís: «Es el viento del norte el que ha tejido las ropas que usamos.»

Y yo digo: ¡Ay! Fue el viento del norte.

Pero fue la vergüenza su telar y la debilidad de carácter dio sus hilos.

Y, cuando terminó su trabajo, rió en el bosque.

No os olvidéis que el pudor no es protección contra los ojos del impuro.

Y, cuando el impuro no exista más ¿qué será el pudor sino los grillos y la impureza de la mente?

Y no olvidéis que la tierra goza al sentir vuestros pies desnudos y los vientos anhelan jugar con vuestros cabellos.

EL COMPRAR Y EL VENDER

Y un mercader dijo: Háblanos del Comprar y el Vender.

Y él respondió :

La tierra os entrega sus frutos y vosotros no conoceréis necesidad si sabéis solamente cómo llenaros las manos.

Es en el intercambio de los dones de la tierra donde encontraréis abundancia y seréis satisfechos.

Pero, a menos que ese intercambio sea hecho con amor y bondadosa justicia, llevaréis a algunos a la codicia y a otros al hambre.

Cuando, en el mercado, vosotros, trabajadores del mar y los campos y los viñedos, encontráis a los tejedores y alfareros y vendedores de especies, invocad al espíritu guardador de la tierra para que vaya en medio de vosotros y santifique las medidas y para que pese al valor de acuerdo con el valor.

Y no permitáis que el de las manos estériles, el que quiere venderos sus palabras al precio de vuestra labor, intervenga en vuestras transacciones.

A ese hombre deberíais decirle:

«Ven con nosotros a los campos o ve con nuestros hermanos a la mar y arroja tu red:
Que la tierra y el mar serán espléndidos para ti como lo son para nosotros.»

Y, si vienen los cantores y los bailarines y los tañedores de caramillo, comprad de sus dones.

Porque ellos son también cosechadores de frutos e incienso y lo que ellos traen, aunque hecho de sueño, es ropaje y alimento para vuestro espíritu.

Y, antes de abandonar el mercado, ved que nadie se marche con las manos vacías.

Porque el espíritu señor de la tierra no dormirá en paz sobre los vientos hasta que las necesidades del último de vosotros sean satisfechas.

EL CRIMEN Y EL CASTIGO

Entonces, uno de los jueces de la ciudad se adelantó y dijo: Hablanos del Crimen y el Castigo.

Y yo respondí, diciendo:

Es cuando vuestro espíritu va vagando en el viento.

Que vosotros, solos y sin guarda, cometéis una falta para con los demás y, por lo tanto, para con vosotros mismos.

Y, por tal falta cometida, debéis llamar a la puerta del bienaventurado y esperar por un momento.

Como el océano es vuestro dios personal.

No conoce los caminos del topo ni busca los agujeros de la serpiente.

Pero vuestro dios personal no habita sólo en vuestro ser; mucho en vosotros es a un hombre, y mucho en vosotros no es hombre todavía, sino un pigmeo informe que camina dormido en la niebla, en busca de su propio despertar.

Y del hombre en vosotros quiero yo hablar ahora.

Porque es yo y no vuestro dios personal ni el pigmeo en la niebla el que conoce el crimen y el castigo del crimen.

A menudo os he oído hablar de aquel que comete una falta como si no fuera uno de vosotros, sino un extraño y un intruso en vuestro mundo.

Pero yo os digo que, así como el santo y el justo no pueden elevarse más allá de lo más alto que existe en cada uno de vosotros.

Así, el débil y el malvado no pueden caer más bajo que lo más bajo que está también en vosotros.

Y, así como una sola hoja no se vuelve amarilla sino con el silencioso conocimiento del árbol todo.

Así, el que falta no puede hacerlo sin la voluntad oculta de todos vosotros.

Como una procesión marcha juntos hacia vuestro dios personal.

Sois el camino y sois los caminantes.

Y, cuando uno de vosotros cae, cae para que los que le siguen no tropiecen en la misma piedra.

¡Ay! Y cae por los que le precedieron, por aquellos que, siendo de paso más rápido y seguro, no removieron, sin embargo, la piedra del camino.

Y esto a un, aunque las palabras pesen duramente sobre vuestros corazones:

El asesinado no es irresponsable de su propia muerte.

Y el robado no es libre de culpa al ser robado.

El justo no es inocente de los hechos del malvado.

Y el de las manos blancas no está limpio de lo que el feo hace.
 Si; el reo es, muchas veces, la víctima del injuriado.
 Y, a menudo, el condenado es el que lleva la carga del sin culpa.
 No podéis separar el justo del injusto ni el bueno del malvado.
 Porque ellos se hallan juntos ante la faz del sol, así como el hilo blanco y el negro están tejidos juntos.
 Y, cuando el hilo negro se rompe, el tejedor debe examinar toda la tela y examinar también el telar.
 Si alguno de vosotros trajera a juicio a la mujer infiel, haced que pesen también el corazón de su marido en la balanza y midan su alma con medidas.
 Y haced que aquel que azota a al ofensor mire en el espíritu del ofendido.
 Y, si alguno de vosotros castigara en nombre de la justicia y descargara el hacha en el árbol malo, haced que mire las raíces.
 Y encontraréis en verdad, las raíces de lo bueno y lo malo, lo fructífero y lo estéril juntos y entrelazados en el silente corazón de la tierra.
 Y, vosotros, jueces, que debéis ser justos, ¿qué juicio pronunciaréis sobre aquel que, aunque honesto en la carne, fuera un ladrón en espíritu?
 ¿Qué pena impondréis al que destruye la carne y es, él mismo destruido en el espíritu?
 Y ¿cómo juzgaréis a aquel que es, en acción, un opresor y un falso, pero que es, sin embargo, también agraviado y ultrajado?
 ¿Y cómo castigaréis a aquellos cuyo remordimiento es ya mayor que su falta?
 ¿No es el remordimiento la justicia administrada por la ley misma que desearéis servir?
 Sin embargo, no podréis cargar al inocente de remordimiento, ni librar de él el corazón del culpable.
 Vendrá el remordimiento espontáneamente en la noche para que los hombres se despierten y se contemplen a ellos mismos.
 Y vosotros, que pretendéis entender de justicia, ¿cómo podréis hacerlo si no miráis todos los hechos en la plenitud de la luz?
 Sólo sabréis que el erecto y el caído no son sino un solo hombre, de pie en el crepúsculo, entre la noche de su yo pigmeo y el día de su dios personal.
 Y que la coronación del templo no es más alta que la piedra más baja de sus cimientos.

LAS LEYES

Dijo, entonces, un abogado. Pero, ¿qué nos decís de nuestras Leyes, maestro?
 Y él respondió:
 Os deleitáis dictando leyes.
 Y, no obstante, gozáis más violando.
 Como los niños que juegan a la orilla del océano y levantan, con constancia, torres de arena y, con risas, las destruyen luego.
 Pero, mientras construís vuestras torres, el océano trae más arena a la playa.
 Y, cuando las destruis, el océano ree con vosotros. En verdad, el océano ree siempre con el inocente.
 Pero, ¿aquellos para quienes la vida no es un océano y las leyes de los hombres no son castillos de arena.
 Sino para quienes la vida es una roca y la ley un cincel con el que la tallarán a su

gusto?

¿Qué del lisiado que odia a los que danzan?

¿Qué del buey que ama su yugo y juzga al alce y al ciervo del bosque como descarriados y vagabundos?

¿Y la vieja serpiente que no puede librarse de su piel y llama a todos los demás desnudos y desvergonzados?

¿Y de aquel que llega temprano a la fiesta de bodas y, cuando está cansado y harto, se aleja diciendo que todas las fiestas son inmorales y los concurrentes violadores de la ley?

¿Qué diría de ellos sino que está también a la luz del sol, pero dando al sol la espalda?

Ven a lo que sus sombras y sus sombras son sus leyes.

¿Y qué es el sol para ellos, sino algo que produce sombras?

¿Y qué es el reconocer las leyes, sino el encorvarse y rastrear sus sombras sobre la tierra?

Pero a vosotros, que camináis mirando al sol, ¿qué imágenes dibujadas en la tierra pueden conteneros?

Y si vosotros viajáis con el viento, ¿qué veleta dirige vuestro andar?

¿Qué ley humana os atará si rompéis vuestro yugo lejos de la puerta de las prisiones de los hombres?

¿Y quién es el que os llevará a juicio si desgarráis vuestro vestido, pero no lo dejáis en el camino?

Pueblo de Orfalese, podéis cubrir el tambor y podéis aflojar las cuerdas de la lira, pero ¿quién ordenará a la alondra del cielo que no cante?

LA LIBERTAD

Y un orador dijo: Hablanos de la Libertad.

Y yo respondí :

A las puertas de la ciudad y a la lumbre de vuestro hogar yo os he visto postraros y adorar vuestra propia libertad.

Así como los esclavos se humillan ante un tirano y lo alaban aun cuando los mata.

¡Ay! En el jardín del templo y a la sombra de la ciudadela he visto a los más libres de vosotros usar su libertad como un yugo y un dogal.

Y mi corazón sangra en mi pecho porque sólo podéis ser libres cuando aun el deseo de perseguir la libertad sea un arnés para vosotros y cuando dejéis de hablar de la libertad como una meta y una realización.

Seréis, en verdad, libres, no cuando vuestros días estén libres de cuidado ni vuestras noches de necesidad y pena. Sino, más bien, cuando esas cosas rodeen vuestra vida y, sin embargo, os elevéis sobre ellas desnudos y sin ataduras. Y, ¿cómo os elevaréis más allá de vuestros días y vuestras noches a menos que rompáis las cadenas que, en el amanecer de vuestro entendimiento, atasteis alrededor de vuestro mediodía?

En verdad, eso que llamáis libertad es la más fuerte de esas cadenas, a pesar de que sus eslabones brillen al sol y deslumbren vuestros ojos.

¿Y qué sino fragmentos de vuestro propio yo desecharéis para poder ser libres?

Si es una ley injusta la que deseáis abolir, esa ley fue escrita con vuestra propia mano sobre vuestra propia frente.

No podéis borrarla quemando vuestros Códigos ni lavando la frente de vuestros jueces,

aunque vaciéis el mar sobre ella.

Y, si es un diosota el que queréis destronar, ved primero que su trono, erigido dentro de vosotros, sea destruido.

Porque, ¿cómo puede un tirano mandar a los libres y a los dignos sino a través de una tiranía en su propia libertad y una vergüenza en su propio orgullo?

Y si es una pena lo que queréis desechar, esa pena fue escogida por vosotros más que impuesta a vosotros.

Y si es un miedo el que queréis disipar, la sede de ese miedo está en vuestro corazón y no en la mano del ser temido. En verdad, todas las cosas se mueven en vosotros como luces y sombras apareadas.

Y, cuando la sombra se desvanece y no existe más, la luz que queda se convierte en sombra en otra luz.

Y, así, vuestra libertad, cuando pierde sus grillos, se convierte ella misma en el grillo de una libertad mayor.

LA RAZÓN Y LA PASIÓN

Y la sacerdotisa habló de nuevo: Hablaos de la Razón y la Pasión.

Y él respondió, diciendo:

Vuestra alma es, a veces, un campo de batalla sobre el que vuestra razón y vuestro juicio combaten contra vuestra pasión y vuestro apetito.

Desearía poder ser el pacificador de vuestra alma y cambiar la discordia y la rivalidad de vuestros elementos en unidad y melodía. Pero, ¿cómo lo haré a menos que vosotros mismos seáis también los pacificadores, no, los amigos, de todos vuestros elementos?

Vuestra razón y vuestra pasión son el timón y las velas de vuestra alma viajera.

Si vuestras velas o vuestro timón se rompieran, no podríais más que agitaros e ir a la deriva o permanecer inmundos en medio del mar. Porque la razón, gobernando sola, es una fuerza limitadora y la pasión, desgobernada, es una llama que se quema hasta su propia destrucción.

Por lo tanto, haced que vuestra alma exalte a vuestra razón a la altura de la pasión, para que cante.

Y dirigid vuestra pasión con el razonamiento, para que ella pueda vivir a través de su diaria resurrección y, como el ave fénix, se eleve de sus propias cenizas.

Desearía que consideraseis vuestro propio juicio y vuestro apetito como dos queridos huéspedes.

No honraríais, con seguridad, a uno más que al otro; porque quien es más atento con uno de ellos pierde el amor y la fe de ambos.

Entre las colinas, cuando os sentáis a la sombra fresca de los árboles, compartiendo la paz y la serenidad de los campos y praderas distantes, dejad que vuestro corazón diga en silencio: «Dios descansa en la razón.»

Y, cuando llegue la tormenta y el viento poderoso sacuda el bosque y los truenos y relámpagos proclamen la majestad del cielo, dejad a vuestro corazón decir sobrecogido: «Dios se mueve en la pasión.»

Y, ya que sois un soplo en la esfera de Dios y una hoja en el bosque de Dios, deberíais descansar en la razón y moveros en la pasión.

EL DOLOR

Y una mujer pidió : H~~á~~blanos del Dolor.

Y ~~Ø~~ dijo:

Vuestro dolor es la ruptura de la celda que encierra vuestra comprensión.

Así como la semilla de la fruta debe romperse para que su corazón se muestre al sol, así deb~~Ø~~s vosotros conocer el dolor.

Y, si pudierais mantener vuestro corazón maravillado ante los diarios milagros de la vida, vuestro dolor no os pareciera menos prodigioso que vuestra alegría.

Y aceptarais las estaciones de vuestro corazón así como hab~~Ø~~s aceptado siempre las estaciones que pasan sobre vuestros campos.

Y esperarais con serenidad a trav~~Ø~~s de los inviernos de vuestra pena.

Mucho de vuestro dolor es elegido por vosotros mismos.

Es la porción amarga con la que el m~~Ø~~dico que hay dentro de vosotros cura vuestro ser enfermo.

Por tanto, confiad en el m~~Ø~~dico, y bebed el remedio en silencio y tranquilidad; porque su mano, aunque dura y pesada, guiada est~~á~~ por la tierna mano del Invisible.

Y el vaso con que brinda, aunque queme vuestros labios, ha sido moldeado de la arcilla que el Alfarero ha humedecido con sus propias l~~á~~grimas sagradas.

EL CONOCIMIENTO

Y un hombre dijo, entonces: H~~á~~blanos del Conocimiento propio.

Y ~~Ø~~ respondi :

Vuestros corazones saben, en silencio, los secretos de los días y las noches.

Pero vuestros oídos padecen por el sonido del conocimiento de vuestro corazón.

Querrais saber, en palabras, lo que siempre supisteis en pensamiento;

Querrais tocar con vuestras manos el cuerpo desnudo de vuestros sueños.

Y es bueno que lo hicierais.

El manantial escondido de vuestra alma necesita brotar y correr murmurando hacia el mar;

Y el tesoro de vuestros infinitos arcanos sea revelado a vuestros ojos.

Pero no pong~~á~~s balanzas para pesar vuestro tesoro desconocido.

Y no registr~~Ø~~s los arcanos de vuestro conocimiento con palos ni sondas.

Porque el yo es un mar inconmensurable.

No dig~~á~~s: «He hallado la verdad» sino m~~á~~s bien «He hallado una verdad».

No dig~~á~~s: «He encontrado el alma caminando en mi senda.»

Porque el alma camina sobre todas las sendas.

El alma no camina en línea recta, ni crece como un bambú .

El alma se despliega como un loto de innumerables p~~Ø~~talos.

EL ENSEÑAR

Dijo, entonces, un maestro: H~~á~~blanos del Enseñar.

Y ~~Ø~~ respondi ;

Nadie puede revelarnos m~~á~~s de lo que reposa ya dormido a medias en el alba de nuestro conocimiento. El maestro que camina a la sombra del templo, en medio de sus discípulos, no les da de su sabiduría, sino, m~~á~~s bien, de su fe y de su afecto.

Si ~~Ø~~ es sabio de verdad, no os pedir~~á~~ que entr~~Ø~~s en la casa de su sabiduría, sino que os guiar~~á~~ m~~á~~s bien, hasta el umbral de vuestro propio espíritu.

El astrónomo puede hablaros de su comprensión del espacio, pero no puede daros ese conocimiento.

El músico puede cantaros el ritmo que existe en todo ámbito, pero no puede daros el todo que detiene el ritmo ni la voz que le hace eco. Y el que es versado en la ciencia de los números puede hablaros de las regiones del peso y la medida, pero no puede conducirnos a ellas. Porque la visión de un hombre no presta sus alas a otro hombre.

Y, así como cada uno de vosotros se halla solo ante el conocimiento de Dios, así debe cada uno de vosotros estar solo en su comprensión de Dios y en su conocimiento de la tierra.

LA AMISTAD

Un joven dijo: Hablanos de la Amistad.

Y Ø respondí :

Vuestro amigo es la respuesta a vuestras necesidades.

El es el campo que planta con amor y cosecha con agradecimiento.

Y Ø es vuestra mesa y vuestro hogar.

Porque vosotros, vais hacia Ø con vuestro hambre y lo buscáis con sed de paz.

Cuando vuestro amigo os hable francamente, no temáis vuestro propio «no», ni detengáis el «s».

Y cuando Ø esté callado, que no cese vuestro corazón de oír su corazón.

Porque, sin palabras, en amistad, todos los pensamientos, todos los deseos, todas las esperanzas nacen y se comparten en espontánea alegría.

Cuando os separáis de un amigo, no sufráis; porque lo que más ama en Ø se aclara en su ausencia, como la montaña es más clara desde el llano para el montañés.

Y no permitáis más propósito en la amistad que el ahondamiento del espíritu.

Porque el amor que no busca más que la aclaración de su propio misterio, no es amor sino una red lanzada; y solamente lo inútil es cogido.

Y haced que lo mejor de vosotros sea para vuestro amigo. Si Ø ha de conocer el menguante de vuestra marea, que conozca también su creciente.

Porque ¿quién amigo es el que busca para matar las horas?

Buscadlo siempre para vivir las horas.

Porque Ø está para llenar vuestra necesidad, no vuestro vacío.

Y en la dulzura de la amistad, dejad que hayan risas y placeres compartidos.

Porque en el roce de las cosas pequeñas el corazón encuentra su mañana y se refresca.

EL HABLAR

Y un erudito dijo: Dinos del Hablar.

Y Ø respondí :

Habláis cuando cesáis de estar en paz con vuestros pensamientos; y, cuando no podéis morar más en la soledad de vuestro corazón, vivís en vuestros labios y el sonido es una diversión y un pasatiempo.

Y en mucho de vuestro hablar el pensamiento es a medias asesinado.

Porque el pensamiento es un pájaro del espacio que, en una jaula de palabras, puede, en verdad, abrir las alas, pero no puede volar.

Algunos hay entre vosotros que buscan al hablador por miedo a estar solos.

El silencio de la soledad revela ante sus ojos su yo desnudo y desean escapar.

Y hay quienes hablan y, sin conocimiento ni premeditación, revelan una verdad que no comprenden ellos mismos.

Y hay quienes tienen la verdad, pero no la dicen en palabras.

Cuando encontráis a vuestro amigo a la vera del camino o en el mercado, dejad que el espíritu en vosotros mueva vuestros labios y dirija vuestra lengua.

Que la voz en vuestra voz hable al oído en su oído.

Porque su alma guarda la verdad de vuestro corazón, como el sabor del vino es recordado, cuando el dolor se olvidó y el vaso ya no existe.

EL TIEMPO

Y un astrónomo dijo: Maestro, ¿y el Tiempo?

Y yo respondí :

Mediréis el tiempo, lo inconmensurable.

Ajustaréis vuestra conducta y aun dirigiréis la ruta de vuestro espíritu de acuerdo con las horas y las estaciones.

Del tiempo haréis una corriente a cuya orilla os sentaréis a observarla rodar.

Sin embargo, lo eterno en vosotros es consciente de la eternidad de la vida. Y sabed que el ayer es sólo la memoria del hoy y el mañana es el ensueño del hoy.

Y que aquello que canta y medita en vosotros mora aún en los límites de aquel primer momento que esparció las estrellas en el espacio.

¿Quién de entre vosotros no siente que su capacidad de amar es ilimitada?

Y, a pesar de ello, ¿quién no siente ese mismo amor, aunque sin límites, rodeado en el centro de su ser y no moviéndose sino de un pensamiento de amor a otro pensamiento de amor, ni de un acto de amor a otro acto de amor? ¿Y no es el tiempo, como es el amor, indivisible y sin etapas?

Pero sí, en vuestro pensamiento, debéis medir el tiempo en estaciones; que cada estación encierre todas las otras estaciones. Y que el hoy abrace al pasado con remembranza y al futuro con ansia.

LO BUENO Y LO MALO

Y uno de los más viejos de la ciudad dijo: Hablanos de lo Bueno y de lo Malo.

Y yo respondí :

Puedo hablar de lo bueno en vosotros, no de lo malo.

Porque, ¿quién es lo malo sino lo bueno torturado por su propia hambre y su propia sed? En verdad, cuando lo bueno está hambriento, busca alimento aun en cavernas oscuras y, cuando está sediento, bebe hasta de las aguas muertas.

Sois buenos cuando sois uno con vosotros mismos.

Sin embargo; cuando no lo sois, no sois malos.

Porque una casa desunida no es un antro de ladrones; es sólo una casa desunida.

Y un barco sin timón puede vagar sin rumbo entre islotes peligrosos y no hundirse hasta el fondo. Sois buenos cuando os esforzáis en dar de vosotros mismos. Sin embargo, no sois malos cuando buscáis ganar para vosotros. Porque, cuando lucháis por obtener, no sois más que una raíz que se prende a la tierra y succiona su seno.

Seguramente la fruta no puede decir a la raíz: «Soy como yo, madura y plena y dando siempre de tu abundancia.» Porque para la fruta el dar es una necesidad, como el recibir es una necesidad para la raíz.

Sois buenos cuando est~~is~~ completamente despiertos en vuestro discurso. Sin embargo, no sois malos cuando dormis mientras vuestra lengua titubea sin prop sitio. Y hasta un vacilante hablar puede fortalecer una lengua d~~o~~bil. Sois buenos cuando camin~~is~~ hacia vuestra meta firmemente y con pasos audaces. No sois, empero, malos cuando vais hacia ella cojeando. Aun aquellos que cojean no retroceden. Pero vosotros que sois fuertes y veloces, cuidaos de no cojear delante del lisiado, imaginando que eso es bondad. Sois buenos en incontables modos y no sois malos cuando no sois buenos. Sois solamente indolentes y haraganes. Es una l~~l~~stima que los ciervos no puedan enseñar velocidad a las tortugas. En vuestro anhelo por vuestro yo gigante reposa vuestra grandeza y ese anhelo se encuentra en todos vosotros. Pero en algunos de vosotros esa ansia es un torrente que corre con fuerza hacia el mar llevando los secretos de las colinas y las canciones de los bosques. Y en otros es un hilo de agua que se pierde en ~~l~~ngulos y curvas y se consume antes de alcanzar la playa. Pero, no dejemos que el que mucho anhela le diga al que anhela poco: «¿Por qu~~o~~ eres tan lento y te detienes tanto?» Porque el que es verdaderamente bueno no pregunta al desnudo «¿d~~o~~nde est~~is~~ tus vestidos?» ni al desamparado «¿qu~~o~~ ha ocurrido con tu casa?».

LA ORACI N

Entonces, una sacerdotisa dijo: H~~ab~~lanos de la Oraci n.

Y ~~o~~ respondi :

Or~~is~~ en vuestra pena y en vuestra necesidad; deber~~is~~ tambi~~en~~ hacerlo en la plenitud de vuestra alegr a y en vuestros d~~os~~ de abundancia. Porque ¿qu~~o~~ es la oraci n sino el expandirse de vuestro ser en el ~~o~~ter viviente? Y si es para vuestra paz que volc~~is~~ vuestra oscuridad en el espacio, es tambi~~en~~ para vuestro deleite el derramar el amanecer de vuestro coraz n. Y, si no pod~~is~~ sino llorar cuando vuestra alma os llama a la oraci n, ella os enjugar~~á~~ una vez y otra a n llorando hasta que encontr~~is~~ la risa. Cuando or~~is~~, os elev~~is~~ para hallar en lo alto a los que en ese mismo momento est~~is~~ orando y a quienes no encontrar~~is~~ sino en la oraci n. Por lo tanto, que vuestra visita a ese invisible templo no sea m~~as~~ que ~~o~~xtasis y dulce comuni n.

Porque, si entrarais al templo solamente a pedir, no recibir~~is~~. Y si entrarais aun a pedir por el bien de los otros, no ser~~is~~ oídos. Es suficiente que entr~~is~~ en el templo invisible. No puedo enseñaros c~~o~~mo orar con palabras. Dios no oye vuestras palabras sino cuando l~~l~~ Mismo las pronuncia a trav~~és~~ de vuestros labios. Y yo no puedo enseñaros la oraci n de los mares y los bosques y las montaa~~as~~. Pero vosotros, nacidos de las montaa~~as~~, los bosques y los mares, pod~~is~~ hallar su plegaria en vuestro coraz n. Y si solamente escuch~~is~~ en la quietud de la noche, les oir~~is~~ diciendo, en silencio: «Nuestro Se~~ñ~~or, que eres nuestro ser alado, es Tu voluntad la que quiere en nosotros. Es Tu deseo, en nosotros, el que desea. Es Tu impulso el que, en nosotros, cambia nuestras noches, que son Tuyas, en d~~os~~, que son Tuyos tambi~~en~~. No podemos pedirte nada porque T~~u~~ conoces nuestras necesidades antes de que nazcan en nuestro ser: T~~u~~ eres nuestra necesidad y d~~ad~~onos m~~as~~ de Ti, nos lo das todo.»

EL PLACER

Entonces, un ermitaño, que visitaba la ciudad anualmente, se adelantó y dijo: Hablemos del Placer.

Y él respondió, diciendo:

El placer es una canción de libertad, pero no es libertad.

Es el florecer de vuestros deseos, pero no su fruto.

Es una llamada de la profundidad a la altura pero no es lo profundo ni lo alto.

Es lo enjaulado que toma alas, pero no es el espacio confinado.

¡Ay! en verdad verdadera, el placer es una canción de libertad.

Y yo desearía que la cantarais con plenitud de corazón, pero no que perdierais el corazón en el canto. Algunos jóvenes entre vosotros buscan el placer como si lo fuese todo y son juzgados por ello y censurados. Yo no los juzgaré ni censuraré. Los dejaré buscarlo. Porque encontrar el placer pero no lo encontrar solo; siete son sus hermanas y la peor de ellas es más hermosa que el placer.

¿No habéis oído del hombre que escarbaba la tierra buscando raíces y encontró un tesoro? Y algunos mayores entre vosotros recuerdan los placeres con arrepentimiento, como faltas cometidas en embriaguez. Pero el arrepentimiento es el nublarse de la mente y no su castigo. Deben ellos recordar sus placeres con gratitud, como lo harán de la cosecha de un verano. Sin embargo, si los conforta el arrepentirse, dejad que se arrepientan. Y algunos hay, entre vosotros, que no son ni jóvenes para buscar, ni viejos para recordar. Y, en su miedo a buscar y recordar, huyen de todos los placeres para no olvidar el espíritu u ofenderlo. Pero esa renuncia misma es su placer. Y, así, ellos también encuentran un tesoro, escarbando con manos temblorosas para buscar raíces. Pero, decidme, ¿quién es el que puede ofender al espíritu? ¿Ofende el ruiseñor la quietud de la noche o la luciérnaga ofende a las estrellas? Y ¿molestan al viento vuestro fuego o vuestro humo? ¿Creéis que es el espíritu un estanque quieto que podéis enturbiar con un bastón? A menudo, al negaros placer, no hacéis otra cosa que guardar el deseo en los recesos de vuestro ser. ¿Quién no sabe que lo que parece omitido, aguarda el mañana? Aun vuestro cuerpo sabe de su herencia y su justa necesidad y no se engaña. Y vuestro cuerpo es el arpa de vuestra alma. Y sois vosotros los que podéis sacar de él dulce música o confusos sonidos.

Y ahora vosotros preguntáis en vuestro corazón:

«¿Cómo distinguiremos lo que es bueno de lo que no es bueno en el placer?» Id a vuestros campos y a vuestros jardines y aprended que el placer de la abeja es reunir miel de las flores. Pero es también el placer de la flor el ceder su miel a la abeja. Porque, para cada abeja, una flor es fuente de vida. Y, para la flor, una abeja es un mensajero de amor, Y para ambos, abejas y flor, el dar y el recibir placer son una necesidad y un éxtasis. Pueblo de Orfalese, sed en vuestros placeres como las abejas y las flores.

LA BELLEZA

Y un poeta dijo: Hablemos de la Belleza.

Y él respondió:

¿Dónde buscaréis la belleza y cómo haréis para encontrarla a menos que ella misma sea vuestro camino y vuestro guía? ¿Y cómo hablaréis de ella, a menos que ella misma teja vuestro hablar? El agraviado y el injuriado dicen: «La belleza es gentil y buena. Camina entre nosotros como una madre joven, casi avergonzada de su propia gloria.» Y el apasionado dice: «No, la belleza es cosa de poder y temor, Como una tempestad

sacude la tierra bajo nuestros pies y el cielo sobre nosotros.» El cansado y rendido dice: «La belleza es hecha de blandos murmullos. Habla en nuestro espíritu. Su voz se rinde a nuestros silencios como una débil luz que se estremece de miedo a las sombras.» Pero el inquieto dice: «La hemos oído dar voces entre las montañas. Y, con sus voces, se oyó rodar de cascos y batir de alas y rugir de leones.» Durante la noche, los serenos de la ciudad dicen: «La belleza vendrá del este, con el alba.» Y, al mediodía, los trabajadores y los viajeros dicen: «La hemos visto inclinarse sobre la tierra desde las ventanas del atardecer.» En el invierno, dice el que se halla entre la nieve: «Vendrá con la primavera, saltando sobre las colinas.» Y, en el calor del verano, los cosechadores dicen: «La vimos danzando con las hojas de otoño y tenía un torbellino de nieve en su pelo.» Todas estas cosas habéis dicho de la belleza. Pero, en verdad, hablasteis, no de ella, sino de vuestras necesidades insatisfechas. Y la belleza no es una necesidad, sino un éxtasis. No es una sedienta boca, ni una vaca mano extendida. Sino, más bien, un corazón ardiente y un alma encantada. No es la imagen que veis ni la canción que oís. Sino, más bien, una imagen que veis cerrando los ojos y una canción que oís tapándoos los oídos. No es la savia que corre debajo de la rugosa corteza, ni el ala prendida a una garra. Sino, más bien, un jardín eternamente en flor y una bandada de ángeles en vuelo eternamente. Pueblo de Orfalese, la belleza es la vida, cuando la vida descubre su sagrado rostro. Pero vosotros sois la vida y vosotros sois el velo. La belleza es la eternidad que se contempla a sí misma en un espejo. Pero vosotros sois la eternidad y vosotros sois el espejo.

LA RELIGIÓN

Y un viejo sacerdote dijo: Hablanos de la Religión.

Y yo respondí :

¿Acaso he hablado hoy de otra cosa?

¿No son todos los actos y todas las reflexiones, religión?

¿Y aun aquello que no es acto ni pensamiento, sino un milagro y una sorpresa brotando siempre en el alma, aun cuando las manos pican la piedra o atienden el telar?

¿Quién puede separar su fe de sus acciones o sus creencias de sus ocupaciones?

¿Quién puede desplegar sus horas ante sí mismo diciendo: «Esto para Dios y esto para mí; esto para mi alma y esto para mi cuerpo?»

Todas nuestras horas son alas que batan a través del espacio de persona a persona. El que usa su moralidad como su más bella vestidura mejor está desnudo. El sol y el viento no desgarran su piel. Y aquel que define su conducta por medio de normas, apresará su propio canto en una jaula.

El canto más libre no sale detrás de alambres ni barrotes. Y aquel para quien la adoración es una ventana que puede abrirse pero también cerrarse, no ha visitado a nadie la mansión de su espíritu cuyas ventanas se extienden desde el alba hasta el alba. Vuestra vida de todos los días es vuestro templo y vuestra religión. Cada vez que entráis llevad con vosotros todo lo que tenéis. Llevad el arado y la fragua, el martillo y el laúd. Las cosas que habéis hecho por gusto o por necesidad. Porque en recuerdos, no podéis elevaros por encima de vuestras obras ni caer más bajo que vuestros fracasos. Y llevad con vosotros a todos los hombres. Porque, en la adoración, no podéis volar más alto que sus esperanzas ni humillaros más bajo que su desesperación. Y si llegáis a conocer a Dios, no os convirtáis en aclaradores de enigmas. Mirad más bien alrededor de vosotros y lo veréis jugando con vuestros hijos. Y mirad hacia el espacio;

lo veréis caminando en la nube, desplegando sus brazos en el rayo y descendiendo en la lluvia. Lo veréis sonriendo en las flores y elevándose luego para agitar sus manos en los árboles.

LA MUERTE

Almitra, entonces, habló, diciendo: Os preguntamos ahora sobre la Muerte.

Y él respondió :

Desearais saber el secreto de la muerte. ¿Pero cómo lo encontraréis a menos de buscarlo en el corazón de la vida? El mochuelo, cuyos ojos atados a la noche son ciegos en el día, no puede descubrir el misterio de la luz. Si, en verdad, queréis contemplar el espíritu de la muerte, abrid de par en par vuestro corazón en el cuerpo de la vida. Porque la vida y la muerte son una, así como el río y el mar son uno también. En el arcano de vuestras esperanzas, y deseos reposa vuestro conocimiento silencioso del más allá. Y, como las semillas soñando bajo la nieve, vuestro corazón sueña con la primavera. Confíad en los sueños, porque en ellos el camino a la eternidad está escondido.

Vuestro miedo a la muerte no es más que el temblor del pastor cuando está en pie ante el rey, cuya mano va a posarse sobre él como un honor. ¿No está acaso, contento el pastor, bajo su miedo de llevar la marca del rey? ¿No lo hace eso, sin embargo, más consciente de su temblor? Porque ¿qué es morir sino erguirse desnudo? Y ¿qué es dejar de respirar, sino el liberar el aliento de sus inquietos vaivenes para que pueda elevarse y expandirse y, ya sin trabas, buscar a Dios? Sólo cuando bebéis el río del silencio cantaréis de verdad. Y, cuando hayáis alcanzado la cima de la montaña es cuando comenzaréis a ascender. Y, cuando la tierra reclame vuestros miembros, es cuando bailaréis de verdad.

LA PARTIDA

Y era ya la noche.

Y Almitra, la profetisa, dijo: Sea bendecido este día y este lugar y tu espíritu que ha hablado.

Y él respondió, ¿Fui yo el que habló? ¿No fui también uno de los que escucharon?

Descendí, entonces, las gradas del Templo y todo el pueblo lo siguió. Y él llegó a su barco y se irguió sobre el puente.

Y, mirando de nuevo a la gente, alzando la voz y dijo:

Pueblo de Orfalese: el viento me obliga a dejaros. No tengo la prisa del viento, pero debo irme. Nosotros, los trotamundos, buscando siempre el camino más solitario, no comenzamos un día donde hemos terminado otro y no hay aurora que nos encuentre donde nos dejó el atardecer. Viajamos a menudo cuando la tierra duerme. Somos las semillas de una planta tenaz y es en nuestra madurez y plenitud de corazón que somos dados al viento y esparcidos por doquier.

Breves fueran mis días entre vosotros y a menudo más breves las palabras que he dicho. Pero, si mi voz se hace débil en vuestros oídos y mi amor se desvanece en vuestra memoria, entonces, volveré. Y, con un corazón más rico y unos labios más dulces al espíritu, hablaré. Sí, he de volver con la marea. Y, aunque la muerte me esconda y el gran silencio me envuelva, buscaré sin embargo, nuevamente vuestra comprensión. Y mi búsqueda no será en vano.

Si algo de lo que he dicho es verdad, esa verdad se revelará en una voz más clara y en palabras más cercanas a vuestros pensamientos. Me voy con el viento, pueblo de Orfalese, pero no hacia la nada. Y si este día no es la realización plena de vuestras necesidades y mi amor, que sea una promesa hasta que otro día llegue. Las necesidades del hombre cambian, pero no su amor, ni su deseo de que este amor satisfaga sus necesidades. Sabed, pues, que desde el silencio más grande, volverá la niebla que se aleja en el alba, dejando solamente el rocío sobre los campos, se eleva y se hace nube para caer después en lluvia. Y yo no he sido diferente de la niebla. En la quietud de la noche he caminado por vuestras calles y mi espíritu entró en vuestras casas, Y los latidos de vuestro corazón estuvieron en mi corazón y vuestro aliento se posó en mi cara y yo os conozco a todos. Y, a menudo, fui entre vosotros como un lago entre montañas.

Reflejo vuestras cumbres y vuestras laderas y aun el pasar de vuestros pensamientos y vuestros deseos, en manadas. Y vino a mi silencio el resaca de vuestros niños en torrentes y los anhelos de vuestra juventud en ríos. Y, cuando llegaron a lo más profundo de mi ser, los torrentes y los ríos no cesaron de cantar. Pero algo más dulce aún que las risas y más grande que los anhelos llegó a mí. Fue lo ilimitado en vosotros. El hombre inmenso del que sois apenas las células y los nervios. Aquel en cuyo canto todo vuestro cantar no es más que un latido sordo. Es en el hombre inmenso, en el que sois inmensos. Y es al mirarlo que yo os vi y os amo. Porque ¿qué distancias puede alcanzar el amor que no está en esa esfera inmensurable? ¿Qué visiones, qué presunciones pueden superar ese vuelo? Como un roble gigante, cubierto de flores de manzano, es el hombre inmenso en vosotros. Su poder os ata a la tierra, su fragancia os eleva en el espacio y, en su durabilidad, sois inmortales. Se os ha dicho que, como una cadena, sois tan fuertes como vuestro más débil eslabón. Eso es sólo una verdad a medias. Sois también tan fuertes como vuestro eslabón más fuerte. Mediros por vuestra más pequeña acción es como calcular el poder del océano por la fragilidad de su espuma.

Juzgaros por vuestras fallas es como culpar a las estaciones por su inconstancia. ¡Ay! Sois como un océano. Y, aunque barcos pesados esperan la marea en vuestras playas, como el océano, no podéis apurar vuestras mareas. Y, sois también como las estaciones. Y, aunque en vuestro invierno negáis vuestra primavera. La primavera, reposando en vosotros, sonríe en su ensombramiento y no se ofende. No penséis que yo os hablo así para que vosotros os digáis el uno al otro: «Nos alabamos. No ha visto más que lo bueno que hay en nosotros.» Sólo os digo yo en palabras lo que vosotros mismos sabéis en pensamiento. Vuestros pensamientos y mis palabras son ondas de una memoria sellada que guarda el registro de nuestros ayer. Y de los antiguos días, cuando la tierra no nos conocía ni se conocía ella misma. Y de las noches cuando la tierra estuvo atormentada en confusión. Sabios vinieron a vosotros a daros de su sabiduría. Yo he venido a tomar de vuestra sabiduría. Y he aquí que he hallado lo que es más grande que la sabiduría misma.

Es un espíritu ardiente en vosotros que junta cada vez más de sí mismo. Mientras vosotros, ausentes de su expansión, lloráis el marchitarse de vuestros días. Es la vida en busca de vida en los cuerpos que temen la tumba. No hay tumbas aquí.

Estas montañas y llanuras son una cuna y un peldaño. Cada vez que pasáis cerca del campo, donde dejasteis a vuestros antecesores reposando, mirad bien y os veréis vosotros mismos y veréis a vuestros hijos danzando de la mano. En verdad, os divertís a menudo sin saberlo. Otros han venido a quienes, por doradas promesas hechas a

vuestra fe, habéis dado riquezas y poder y gloria. Menos que una promesa os he dado yo y, sin embargo, habéis sido más generosos conmigo. Me habéis dado la sed más profunda para mi vida futura. No hay seguramente para un hombre regalo más grande que aquél que hace de todos sus anhelos unos sedientos labios y de toda su vida una fontana fresca. Y allí mi honor y mi premio.

Que, cada vez que voy a la fuente a beber, encuentro el agua viviente sedienta ella misma. Y ella me bebe mientras yo la bebo. Algunos de vosotros me habéis juzgado orgulloso y exageradamente esquivo para recibir regalos. Soy, en verdad, demasiado orgulloso para recibir salario, pero no regalos. Y aunque he comido bayas entre las colinas, cuando hubierais querido sentarme a vuestra mesa. Y dormido en el pórtico del templo cuando me hubierais acogido gozosamente, ¿No fue acaso vuestro cuidado amante de mis días y mis noches el que hizo la comida dulce a mi boca y ciego con visiones mi sueño? Yo os bendigo a todos por esto. Vosotros dais mucho y no sabéis qué dais. Verdaderamente, la bondad que se mira a sí misma en un espejo se convierte en piedra.

Y una buena acción que se llama a ella misma con nombres tiernos se transforma en pariente de una maldición. Y algunos de vosotros me habéis llamado solitario y embriagado en mi propio aislamiento. Y habéis dicho: «Se consulta con los árboles del bosque, pero no con los hombres. Se sienta, solitario en las cumbres de los montes y mira nuestra ciudad a sus pies.» ¿Cómo podríais haberos visto sino desde una gran altura o de una gran distancia? ¿Cómo se puede estar cerca de verdad, a menos que se esté lejos? Y otros, entre vosotros, me han llamado sin palabras, diciendo.

«Extranjero, amante de cumbres inalcanzables, ¿por qué habitas entre las cimas, donde las águilas hacen sus nidos? ¿Por qué buscas lo inobtenible? ¿Qué tormentas quieres atrapar en tu red? ¿Y qué vaporosos pájaros cazas en el cielo? Ven y sé uno de nosotros. Desciende y calma tu hambre con nuestro pan y apaga tu sed con nuestro vino.» En la soledad de sus almas decían esas cosas. Pero, si su soledad hubiera sido más profunda, hubieran sabido que lo que yo buscaba era el secreto de vuestra alegría y vuestro dolor. Y que cazaba solamente lo más grande de vuestro ser, que camina por el cielo. Pero el cazador fue también el cazado. Porque muchas de mis flechas dejaron mi arco solamente para buscar mi propio pecho. Y el que volaba se arrastró también. Porque cuando mis alas se extendían al sol, su sombra sobre la tierra fue una tortuga. Y el creyente fue también el escéptico. Porque yo he puesto a menudo mi dedo en mi propia herida para poder creer más en vosotros y conocerlos mejor. Y es con esa fe y ese conocimiento que os digo.

No estáis encerrados en vuestro cuerpo, ni confinados a vuestras casas o campos. Aquello que en vosotros habita sobre las montañas y pasea con el viento. No es esa cosa que se arrastra bajo el sol buscando calor o excava agujeros en la oscuridad, buscando refugio. Sino algo libre, un espíritu que envuelve la tierra y se mueve en el éter. Si éstas son palabras vagas, no busquéis aclararlas. Vago y nebuloso es el principio de todas las cosas, pero no su fin. Y yo desearía que me recordarais como un comienzo. La vida, y todo lo que vive, son concebidos en la bruma y no en el cristal. ¿Y quién sabe si el cristal no es la decadencia de la bruma? Yo desearía que recordarais esto al recordarme.

Aquello que parece más débil y turbado en vosotros es lo más fuerte y lo más determinado. ¿No es vuestro aliento el que ha erigido y endurecido la estructura de vuestros huesos? ¿Y no es un sueño, que ninguno de vosotros recuerda haber soñado, el que edificó vuestra ciudad e hizo todo lo que en ella hay? Si pudiérais ver las

mareas de ese aliento, dejarais de ver todo lo demás. Y, si pudiérais oír el murmullo del sueño, no oirais ningún otro sonido.

Pero no veis ni oís, y eso está bien. El velo que nubla vuestros ojos será levantado por las manos que lo hilaron. Y la arcilla que llena vuestros oídos será horadada por aquellos dedos que la amasaron. Y veréis. Y oiréis. Y no deploraréis, entonces, el haber conocido la ceguera, ni sentiréis haber estado sordos. Porque ese día conoceréis el propio sitio escondido de todas las cosas. Y bendeciréis la oscuridad como bendecíais la luz. Estas cosas dichas, miró a su alrededor y vio al piloto de su barco de pie ante el timón y mirando, ora a las hinchidas velas, ora a la distancia.

Y dijo:

Paciente, mío que paciente, es el capitán de mi barco. El viento sopla y las velas están inquietas. Aun el timón solicita una ruta. Y, sin embargo, tranquilamente, mi capitán espera mi silencio. Y esos mis marineros, que han oído el coro del inmenso mar, tienen también que orme pacientemente. Pero no esperaré ahora ya. Estoy presto. La corriente ha llegado al mar y, una vez más, la gran madre aprieta a su hijo contra su pecho.

Adiós, pueblo de Orfalese.

Este día ha terminado.

Se está cerrando sobre nosotros como un nenfar se cierra sobre su propia mañana.

Guardamos lo que aquí nos ha sido dado.

Y, si no es suficiente, nos reuniremos de nuevo y juntos tenderemos nuestras manos hacia el dador.

No olvidéis que yo volveré hacia vosotros.

Un momento, no más, y mi anhelo reunirá espuma y polvo para otro cuerpo.

Un momento, un momento de descanso en el viento, y otra mujer me llevará consigo.

Adiós a vosotros y a la juventud que he pasado con vosotros.

Fue ayer que nos encontramos en mi sueño.

Habéis cantado para mí en mi soledad, y yo, de vuestras ansias, he edificado una torre en el cielo.

Pero ahora nuestro sueño se ha ido y ya no es la aurora.

El mediodía está sobre nosotros y nuestra somnolencia se ha cambiado en día pleno, y debemos separarnos.

Si, en el crepusculo del recuerdo, nos encontráramos una vez más hablaremos juntos de nuevo y me cantaréis una canción más honda.

Y, si nuestras manos se unieran en otro sueño, levantaremos otra torre en el cielo.

Diciendo así, hizo una seña a los hombres de mar e, inmediatamente, ellos levaron anclas, soltaron las amarras y se movieron hacia el este.

Y un grito nació de la gente, como de un solo corazón y se elevó en el crepusculo y se arrastró sobre el mar como un sonar de trompetas.

Solo Almitra estaba silenciosa, siguiendo al barco con los ojos hasta que se desvaneció en la niebla.

Y, cuando toda la gente se dispersó, ella estaba todavía sola sobre el muro que da al mar, recordando en su corazón lo que él dijera:

«Un momento, un momento de descanso en el viento, y otra mujer me llevará consigo.»

-0-0-0-0-0-0-



GIBR' N KHALIL GIBR' N

EL VAGABUNDO

(1932)

Revisado por: Carlos J.J.

Lo encontré en la encrucijada de dos caminos. El hombre con apenas un bastón. Cubría sus ropas con una capa y su rostro con un velo de tristeza.

Nos saludamos el uno al otro y yo le dije: -Ven a mi casa y sé mi huésped.

Y vino.

Mi mujer y mis hijos nos esperaban en la puerta de la casa y él les sonrió y ellos estuvieron contentos de su llegada. Después nos sentamos a la mesa. Y todos nos sentimos felices, con el hombre y con el halo de silencio y de misterio que lo envolvía. Y, luego de cenar, nos reunimos frente al fuego y yo lo interrogué acerca de sus peregrinaciones.

Y nos contó muchas historias durante aquella noche. Y también al día siguiente.

Las historias, que yo he registrado aquí, son fruto de la amargura de sus días, aunque él nunca se mostró amargado. Y están escritas con el polvo del camino.

Cuando nos dejó, tres días después, no lo sentamos ya como un huésped que había partido sino, más bien, como uno de nosotros, que estaba en el jardín y que a nosotros había entrado.

VESTIDURAS

Cierta día Belleza y Fealdad se encontraron a orillas del mar. Y se dijeron:

-Bañémonos en el mar.

Entonces se desvistieron y nadaron en las aguas. Instantes más tarde Fealdad regresó a la costa y se vistió con las ropas de Belleza, y luego partió.

Belleza también salió del mar, pero no halló sus vestiduras, y era demasiado tímida para quedarse desnuda, así que se vistió con las ropas de Fealdad. Y Belleza también siguió su camino.

Y hasta hoy día hombres y mujeres confunden una con la otra.

Sin embargo, algunos hay que contemplan el rostro de Belleza y saben que no lleva sus vestiduras. Y algunos otros que conocen el rostro de Fealdad, y sus ropas, no lo ocultan a sus ojos.

CANCION DE AMOR

Cierta vez, un poeta, escribió una hermosa canción de amor. Él hizo muchas copias y las envió a sus amigos y conocidos; hombres y mujeres y, también, a una joven que había visto, tan sólo una vez y que vivía más allá de las montañas. Y, cuando pasaron dos o tres días, vino un mensajero de parte de la joven, trayendo una carta. Y la carta decía: "Dame decirte que estoy profundamente conmovida por la canción de amor que escribiste para mí. Ven pronto y habla con mis padres para tratar los preparativos de la boda".

Y el poeta respondi , diciendo en su carta:

"Amiga ma, la canci n que le enviØ no era sino una canci n de amor brotada del coraz n de un poeta, cantada por todo hombre y a toda cualquier mujer.

Y ella le escribi a su vez, diciendo: ¡Hip crita y mentiroso! ¡Desde hoy, hasta el d a en que me entierren, odiarØ a todos los poetas por su causa!

LAGRIMAS Y RISAS

Una noche, a orillas del Nilo, una hiena se encontr con un cocodrilo. Ambos se detuvieron y se saludaron. La hiena dijo:

-¿C mo vas pasando el d a, Seæor?

-Muy mal -respondi el cocodrilo-. A veces, en mi dolor y tristeza, lloro. Y entonces las criaturas dicen: "Son Lagrimas de cocodrilo". Y eso me hiere mucho mÆ de lo que podr a contar.

Entonces la hiena dijo:

-Hablas de tu dolor y de tu tristeza, pero, piensa por un momento en m . Contemplo la belleza del mundo, sus maravillas y sus milagros y, llena de alegr a, r o, como r en los d as. Y los pobladores de la selva dicen: "No es sino la risa de una hiena".

EN LA FERIA

Desde la campiaæ lleg a la Feria una niaæ muy bonita. En su rostro hab a un lirio y una rosa. Hab a ocaso en su cabello, y el amanecer sonre a en sus labios.

Ni bien la hermosa extranjera apareci ante sus ojos, los j venes se asomaron y la rodearon. Uno deseaba bailar con ella, y otro d a cortar una torta en su honor. Y todos deseaban besar su mejilla. DespuØ de todo, ¿no se trataba acaso de una Bella Feria?

Mas la niaæ se sorprendi y molest , y pens mal de los j venes. Los reprendi y encima golpe en la cara a uno o dos de ellos. Luego huy .

En el camino a casa, aquella tarde, deca en su coraz n: "Estoy disgustada. ¡Que groseros y mal educados son estos hombres! Sobrepasan toda paciencia".

Y pas un aæo , durante el cual la hermosa niaæ pens mucho en Ferias y hombres. Entonces regres a la Feria con el lirio y la rosa en el rostro, el ocaso en su cabello y la sonrisa del amanecer en sus labios.

Pero ahora los j venes viØndola, le dieron la espalda. Y permaneci todo el d a ignorada y sola.

Y, al atardecer, mientras marchaba camino a su casa, lloraba en su coraz n: "Estoy disgustada. ¡Que groseros y mal educados son estos hombres! Sobrepasan toda paciencia".

LAS DOS PRINCESAS

En la ciudad de Shawakis viv a un prncipe amado por todos, hombres, mujeres y niaæs. a n los animales del campo se acercaban a Ø para saludarle.

Sin embargo, la gente deca que su esposa, no lo amaba, y a n mÆ, que lo odiaba.

Cierto d a, la princesa de una ciudad vecina lleg a visitar a la princesa de Shawakis. Y, sentadas, conversaron, y sus palabras derivaron hacia sus esposos.

La princesa de Shawakis dijo con pasi n:

-Envidio tu felicidad con el prncipe, tu esposo, a pesar de tantos aæos de matrimonio.

Yo odio a mi esposo, no me pertenece a m sola y soy la mÆ infeliz de las mujeres.

La princesa de visita, mirÆdola, dijo:

-Amiga m a, la verdad es que t amas a tu esposo. S , y a n sientes por Ø una pasi n viva. Y eso es vida para una mujer, como la primavera para un jard n. En cambio, apiÆdate de m y de mi esposo, pues nos soportamos en paciente silencio. Y, sin embargo, t y los otros consideran a eso felicidad.

EL REL' MPAGO

Un d a de tormenta estaba un obispo cristiano en su catedral, y se le acerc una mujer no cristiana y dijo:

--Yo no soy cristiana. ¿Existe salvaci n del fuego del infierno para m ?

El obispo mir y respondi :

-No, s lo se salvan los bautizados en el agua y en el esp ritu.

Y mientras a n hablaba, un rayo cay con estruendo sobre la catedral, y Østa fue invadida por el fuego.

Y los hombres de la ciudad llegaron corriendo y salvaron a la mujer, pero el obispo se consumi , alimento del fuego.

EL ERMITA O

Cierta vez vivi un ermitaæo en medio de las verdes colinas. Era puro de esp ritu y blando de coraz n. Y todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo se llegaban hasta Ø en parejas, y Ø les hablaba. Lo escuchaban alegremente, reuniØndose junto a Ø, y no part an hasta la noche, momento en que el ermitaæo los desped a, confiÆdolos al viento y al bosque con su bendici n.

Una tarde, mientras hablaba acerca del amor, un leopardo levant la cabeza y dijo al ermitaæo:

-Nos hablas del amor. Dinos, Seæor, ¿d nde estÆtu compaæera?

-No tengo compaæera -contest el ermitaæo.

Entonces un gran grito de sorpresa se elev del coro de bestias y aves, y comenzaron a decirse unos a otros:

-¿C mo puede Ø hablarnos sobre el amor y el compaæerismo cuando Ø mismo no sabe nada acerca de ello?

Y, lentamente, con actitud desdeæosa lo abandonaron. Aquella noche el ermitaæo se ech sobre su estera, el rostro hacia la tierra, y llor amargamente y golpe las manos contra su pecho.

DOS SERES IGUALES

Cierto d a, el profeta Shara encontr una niaæa en un jard n. Y la niaæa dijo:

-Buen d a tengas, Seæor.

Y el profeta respondi :

-Buen- d a para ti, Seæora. -Y despuØs de un instante agreg : -Veo que estÆ sola.

Entonces la criatura dijo, riendo encantada:

-Me llev mucho tiempo perder a mi aya. Ella piensa que estoy detrÆs de aquel cerco.

¿Pero, no ves que estoy aqu ? -DespuØs, mir hacia el profeta y habl nuevamente -T tambiØn estÆ solo. ¿QuØ hiciste con tu aya?

-Mi caso es diferente -respondi el profeta-. En verdad, no puedo perderla con frecuencia. Pero hoy, cuando vine a este jardín, ella me estaba buscando detrás de aquel cerco. La niña, batiendo palmas gritó :

- ¡Entonces eres como yo! ¿No es bueno estar perdido? -Y después pregunto: -¿Quién eres tú?

-Me llaman el profeta Shar'a. ¿Y, dime, quién eres tú? -respondi el hombre.

-Soy solamente yo -dijo la niña y mi aya me estaba buscando sin saber que estoy aquí ... Entonces el profeta miró hacia el espacio y dijo:

-Yo también huí de mi aya por un instante. Pero ella me encontraría

-¿Qué que mi aya también me encontraría-dijo la niña.

Y en aquel momento se oyó la voz de una mujer llamando por su nombre a la niña.

-¿Ves? -dijo la criatura-, yo te dije que ella me encontraría.

Y en ese mismo instante, otra voz se oyó decir: "¿Dónde estás, Shar'a?"

Y el profeta dijo:

-Ves, hija mía, me han encontrado también a mí. -Y mirando hacia lo alto, Shar'a respondió : -Heme aquí .

LA PERLA

Dijo una ostra a otra ostra vecina:

-Siento un gran dolor dentro de mí. Es pesado y redondo y me lastima.

Y la otra ostra replicó con arrogante complacencia:

-Alabados sean los cielos y el mar. Yo no siento dolor dentro de mí. Me siento bien e intacta por dentro y por fuera.

En ese momento, un cangrejo que por allí pasaba escuchó a las dos ostras, y dijo a la que estaba bien por dentro y por fuera:

-Sí, te sientes bien e intacta; mas ¿qué dolor que soporta tu vecina es una perla de inigualable belleza.

CUERPO Y ALMA

Un hombre y una mujer se sentaron junto a una ventana abierta a la primavera. Se sentaron uno junto al otro. Y la mujer dijo:

-Te amo. Eres bello y rico, y estás siempre bien ataviado.

Y el hombre, dijo:

-Te amo. Eres un bello pensamiento, algo demasiado etéreo para sostenerlo en la mano, y una canción en mis sueños. Mas, la mujer se levantó con furia y replicó :

-Señor, por favor dejadme ya. No soy un pensamiento, ni una cosa que pasa por tus sueños. Soy una mujer. Preferiría que me desearas como esposa y madre de niños nacidos a ti.

Y se separaron.

Y el hombre hablaba en su corazón: "He aquí otro sueño que se convierte en humo".

Y la mujer decía: "Bien. ¿Y qué decir de un hombre que se convierte en humo y sueños?"

EL REY

La gente del Reino de Sadik rodeó el palacio de su rey gritando en rebelión contra él.

Y el rey descendió la escalera del palacio portando su corona en una mano y su cetro en la otra. La majestuosidad de su presencia silenció a la multitud, y, deteniéndose frente a ellos, dijo:

-Amigos míos, puesto que no sois más mis súbditos he aquí que restituyo mi corona y mi cetro. Seré uno de vosotros. Soy solamente un hombre más, como tal trabajaré junto a vosotros y nuestra tierra crecerá mejor. No existe necesidad de un rey. Vayamos, pues, a los campos y viñedos y trabajaremos lado a lado. Si lo debéis indicarme a cualquier prado o viñedo debo dirigirme. Todos vosotros sois ahora el rey.

Y el pueblo se maravilló, y el silencio los cubrió; pues el rey, a quien juzgaran la causa de su descontento, les restituyó la corona y el cetro, y se transformaba en uno de ellos. Luego todos y cada uno siguieron su camino, y el rey se dirigió al prado acompañado por un hombre.

Más, el Reino de Sadik no marchaba sin un rey, y el velo de descontento aún permanecía sobre la tierra. La gente gritaba en el mercado diciendo que debían ser gobernados y que debían tener un rey que los dirigiera. Y los ancianos y los jóvenes decían al un son:

-Tendremos nuestro rey.

Y buscaron al rey y lo encontraron afanándose en el campo, y lo llevaron hasta su trono devolviéndole la corona y el cetro. Y así hablaron:

-Ahora gobiernanos con grandeza y justicia.

Entonces llegaron hasta su presencia hombres y mujeres para hablarle sobre un barón que los maltrataba y de quien eran sus esclavos. De inmediato el rey llamó al barón junto a él y le dijo:

-La vida de un hombre pesa como la vida de cualquier otro en la escala de Dios. Y porque tú no sabes pesar la vida de quienes trabajan tus tierras y tus viñedos quedas desterrado y abandonas este reino para siempre.

Al día siguiente llegó otro grupo hasta el rey y habló de la cruel condesa del otro lado de las colinas, y de cómo los había conducido a la miseria. De inmediato la condesa fue traída hasta la corte y el rey también la sentenció al destierro diciendo:

-Aquéllos que labran nuestros campos y cuidan nuestros viñedos son más nobles que nosotros, quienes comemos el pan preparado por ellos y bebemos el vino de sus lagares. Y porque tú no lo sabes, dejarás esta tierra y vivirás lejos de este reino.

Luego vinieron hombres y mujeres diciendo que el obispo les hacía traer piedras y esculpirlas para la catedral, más no les había pagado pese a que el cofre del obispo se hallaba repleto de oro y plata, mientras ellos mismos se encontraban vacíos y hambrientos.

El rey requirió la presencia del obispo, y cuando lo tuvo frente a sí, dijo:

-Esa cruz que usas sobre tu pecho debería significar dar vida a la vida. Más, tú has tomado la vida y devuelto nada, por lo que abandonarás este reino para nunca regresar.

Y así cada día, hasta el tiempo de luna llena, hombres y mujeres llegaban hasta el rey para contarle sobre las cargas que pesaban sobre ellos. Y cada día, y todos los días de una luna entera, algún opresor era exiliado de esta tierra.

El pueblo de Sadik estaba maravillado, y había alegría en sus corazones.

Y cierto día los ancianos y los jóvenes rodearon la torre del rey y pidieron por él. Él descendió llevando la corona en una mano y el cetro en la otra.

-Y ahora -les dijo-, ¿qué queréis de mí? Tened, os devuelvo lo que vosotros deseasteis que yo tuviera.

- ¡No, no! -gritaron ellos-. T eres nuestro leg timo rey. Has limpiado la tierra de v boras y reducidos los lobos a la nada. Hemos venido a cantarte nuestro agradecimiento. La corona es vuestra en majestad y el cetro es vuestro en gloria.

- ¡Yo no! -respondi el rey-. ¡Yo no! Vosotros mismos sois el rey. Cuando me juzgaron incapaz y mal gobernante, vosotros mismos erais incapaces e ingobernables. Y ahora la tierra crece bien porque estÆ en vuestra voluntad el hacerlo. Yo no existo sino en vuestras acciones. No existe una persona gobernante. Existen s lo los que se gobiernan a s mismos. El rey retorn a la torre con su corona y su cetro. Y los ancianos y los j venes tomaron su diferentes caminos sintiØndose felices.

Y cada uno de ellos se imagin a s mismo un rey con la corona en una mano y el cetro en la otra.

SOBRE LA ARENA

Dijo. un hombre a otro:

-Con la marea alta, hace mucho tiempo, escrib con mi cayado, unas l neas en la arena. Y la gente a n se detiene para leerlas y cuida mucho de que no se borren.

Y el otro hombre dijo:

-Yo tambiØn escrib unas l neas en la arena, pero lo hice durante la marea baja. Y las olas del inmenso mar las borraron y breve fue su vida. Pero dime; ¿quØ fue lo que t escribiste?

Y el primer hombre respondi :

-Escrib Soy lo que soy. ¿Y t , quØ escribiste?

Y el otro hombre dijo:

-Escrib esto: Soy s lo una gota de este mar inmenso.

TRES REGALOS

Cierta vez, en la ciudad de Becharre, viv a un amable pr ncipe, querido y honrado por todos sus s bditos.

Pero hab a un hombre, excesivamente pobre, que se mostraba amargo con el pr ncipe y mov a continuamente su lengua, pestilente en sus censuras.

El pr ncipe lo sab a. Pero era paciente.

Por fin decidi considerar el caso. Y, una noche de invierno, un siervo del pr ncipe llam a la puerta del hombre, cargando un saco de harina de trigo, un paquete de jab n y uno de az car.

-El pr ncipe te env a estos presentes como recuerdo - dijo el siervo.

Y el hombre se regocij , pues crey que las dÆivas eran un homenaje del pr ncipe. Y, en su orgullo, fue en busca del obispo y le cont lo que el pr ncipe hab a hecho, agregando:

-¿No veis como el pr ncipe desea mi amistad?

-Pero el obispo respondi :

-¡Oh! QuØ pr ncipe sabio y quØ poco comprendes. El habla por s mbolos. La harina es para tu est mago vaco; el jab n para tu sucia piel y el az car para endulzar tu amarga lengua.

Desde aquel d a en adelante, el hombre sinti verg enza hasta de s mismo y su odio al pr ncipe se hizo mayor que nunca. Pero, a quien mÆ odiaba era al obispo que interpret la dÆiva del pr ncipe.

Sin embargo, desde entonces guardó silencio.

PAZ Y GUERRA

Tres perros tomaban sol y conversaban.

El primer perro dijo entre susas:

-Es realmente maravilloso vivir en estos días en que reinan los perros. Consideren la facilidad con que viajamos bajo el mar, sobre la tierra y aún en el cielo. Y mediten por un momento sobre las invenciones creadas para el confort de los perros para nuestros ojos, oídos y narices.

Y el segundo perro habló, dijo:

-Comprendemos más el arte. Ladramos a la luna más rítmicamente que nuestros antepasados. Y cuando nos contemplamos en el agua vemos que nuestros rostros son más claros que los de ayer".

Entonces el tercero dijo:

-Pero lo que a mí más me interesa y entretiene mi mente es la tranquila comprensión existente entre los distintos estados caninos.

En ese momento vieron que el cazador de perros se acercaba.

Los tres perros se dispararon y se escabulleron calle abajo, y, mientras corrían, el tercer perro dijo:

-¡Por Dios! Corred por vuestras vidas. La civilización viene detrás nuestro.

LA BAILARINA

Había una vez una bailarina que con sus músicos había arribado a la corte del príncipe de Birkaska. Y, admitida en la corte, bailó ante el príncipe al son del laúd y la flauta y la cítara.

Bailó la danza de las llamas, y la danza de las espadas y las lanzas; bailó la danza de las estrellas y la danza del espacio. Y, por último, la danza de las flores al viento.

Luego se detuvo ante el trono del príncipe y dobló su cuerpo ante él. Y el príncipe le solicitó que se acercara, y dijo:

Hermosa mujer, hija de la gracia y del encanto, ¿desde cuándo existe tu arte? ¿Y cómo es que dominas todos los elementos con tus ritmos y canciones?

Y la bailarina, inclinándose nuevamente ante el príncipe, dijo:

-Poderosa y agraciada Majestad, desconozco la respuesta a tus preguntas. Si lo estoy sólo el alma del filósofo habita en su cabeza; el alma del poeta en su corazón; mas, el alma de la bailarina late en todo su cuerpo.

LOS DOS ÁNGELES

Una tarde dos ángeles se encontraron ante la puerta de una ciudad, se saludaron y conversaron.

-¿Qué estás haciendo en estos días y qué trabajo te ha sido asignado?
-preguntó un ángel.

-Me ha sido encomendada la custodia de un hombre caído en el pecado -respondió el otro-, que vive abajo en el valle, un gran pecador, el más depravado. Te aseguro que es una importante misión y un arduo trabajo.

-Esa misión es fácil -dijo el primer ángel-. He conocido muchos pecadores y he sido

guardián numerosas veces. Mas, ahora me ha sido asignado un buen hombre que habita al otro lado de la ciudad. Y te aseguro que es un trabajo excesivamente difícil y demasiado sutil.

-Eso no es más que presunción -dijo el otro Ángel ¿Cómo puede ser que custodiar a un santo sea más difícil que custodiar a un pecador?

-¡Qué impertinente llamarme presuntuoso! -respondió el primero-. He afirmado sólo la verdad. ¡Creo que tú eres el presuntuoso!

De ahí en más los Ángeles riéron y pelearon, al principio de palabra y luego con puños y alas.

Mientras peleaban apareció un arcángel. Los detuvo y preguntó :

-¿Por qué peleáis? ¿De qué se trata? ¿Acaso no sabéis que es impropio que los Ángeles de la guarda se peleen frente a las puertas de la ciudad? Decidme: ¿por qué el desacuerdo?

Ambos hablaron al un son, cada uno arguyendo que su trabajo era el más difícil y que les correspondía el premio mayor.

El arcángel sacudió la cabeza y meditó .

-Amigos míos -les dijo-, no puedo dilucidar ahora cuál de vosotros es el más merecedor de honor y recompensa. Pero, desde que se me ha dado poder, y en bien de la paz y del buen custodiar, doy a cada uno de vosotros el trabajo del otro, ya que insistís en que la ocupación del otro es la más fácil. Ahora marchaos lejos de aquí y sed felices en vuestros oficios.

Los Ángeles, así ordenados, tomaron sus respectivos caminos. Pero cada uno volvió a la cabeza mirando con gran enojo al arcángel. Y en sus corazones decían: "Oh, estos arcángeles! ¡Cada día vuelven la vida más y más difícil para nosotros los Ángeles!"

Pero el arcángel se detuvo y una vez más se puso a meditar. Y dijo en su corazón: "Debemos en verdad, ser cautelosos y montar guardia sobre nuestros Ángeles de la guarda".

LA ESTATUA

Cierta vez, entre las colinas vivía un hombre poseedor de una estatua cincelada por un anciano maestro. Descansaba contra la puerta cara al suelo. Y él nunca le prestaba atención.

Un día pasaba frente a su casa un hombre de la ciudad, un hombre de ciencia. Y, advirtiendo la estatua, le preguntó al dueño si la vendría.

- ¿Quién desea comprar esa horrible y sucia estatua? - respondió el dueño, riéndose.

-Te daré esta pieza de plata por ella -dijo el hombre de la ciudad.

El otro quedó atónito, pero complacido.

La estatua fue trasladada a la ciudad sobre el lomo de un elefante. Y luego de varias lunas el hombre de las colinas visitó la ciudad y, mientras caminaba por las calles, vio a una multitud ante un negocio, y a un hombre que a voz en cuello gritaba:

-Acercaos y contemplad la más hermosa, la más maravillosa estatua del mundo entero. Solamente dos piezas de plata para admirar la más extraordinaria obra maestra.

Al instante, el hombre de las colinas pagó dos piezas de plata y entró en el negocio para ver la estatua que él mismo había vendido por una sola pieza de ese mismo metal.

EL TRUEQUE

Una vez en el cruce de un camino, un Poeta pobre encontr a un rico Est pido, y conversaron. Y todo lo que dec an revelaba el descontento de ambos. Entonces el ' ngel del Camino se acerc y pos su mano sobre el hombro de los dos hombres. Y, creedlo, un milagro se produjo; ambos intercambiaron sus posesiones. Y se alejaron. Pero, cosa difcil de relatar, el Poeta mir y encontr s lo arena seca en sus manos; y el Est pido cerr sus ojos y sinti nada m/Æ que nubes en su coraz n.

AMOR Y ODIO

Una mujer dijo a un hombre: -Te amo.
Y el hombre respondi : -Mi coraz n se cree merecedor de tu amor.
Y la mujer habl : -¿No me amas?
Y el hombre s lo elev sus ojos hacia ella y call .
Entonces la mujer grit : -Te odio.
Y el hombre dijo: -Pues, entonces, mi coraz n tambi n es merecedor de tu odio.

SUE OS

Un hombre tuvo un sueo y, cuando despert , visit a un adivino y quiso que ste lo descifrara.
Y el adivino dijo al hombre:
-Ven a m con los sueos que contemples en tus momentos despiertos y te explicar sus significados. Pero los sueos de tu dormir no pertenecen ni a mi sabidur a ni a tu imaginaci n.

EL LOCO

En el jard n de un hospicio conoc a un joven de rostro p/ido y hermoso, all internado.
Y sent/Idome junto a l sobre el banco, le pregunt
-¿Por qu est aqu?
Me mir asombrado y respondi :
-Es una pregunta inadecuada, sin embargo, contestar/ Mi padre quiso hacer de m una reproducci n de s mismo; tambi n mi t o. Mi madre deseaba que fuera la imagen de su ilustre padre. Mi hermana mostraba a su esposo navegante como el ejemplo perfecto a seguir. Mi hermano pensaba que deb a ser como l, un excelente atleta.
"Y mis profesores como el doctor de filosof a, el de m sica y el de l gica, ellos tambi n fueron terminantes, y cada uno quiso que fuera el reflejo de sus propios rostros en un espejo.
"Por eso vine a este lugar. Lo encontr m sano. Al menos puedo ser yo mismo.
Enseguida se volvi hacia m y dijo:
-Pero dime, ¿te condujeron a este lugar la educaci n y el buen consejo?
-No, soy un visitante -respond .
-Oh, -aadi el-, t eres uno de los que vive en el hospicio del otro lado de la pared.

LAS RANAS

Cierta da de verano una rana dijo a su compaero:

-Temo que la gente que vive en aquella casa de la costa está molesta por nuestro canto.

Y su compañero respondió :

-Bueno, ¿acaso no nos molestan ellos con sus conversaciones durante nuestro silencio diurno?

-No olvidemos que a veces cantamos demasiado por la noche -dijo la rana.

-No olvidemos que ellos charlan y gritan mucho más durante el día -respondió su amigo.

Dijo entonces la rana:

-¿Y qué hay del escuerzo que molesta a todo el vecindario con su croar prohibido por Dios?

-Mas -replicó su amigo-, ¿qué me dices del político y el sacerdote y el científico que llegan a estas costas y pueblan el aire con molestos ruidos?

-Bien -dijo entonces el primero-, pero seamos mejores que estos seres humanos. Guardemos silencio por la noche y mantengamos las canciones en nuestros corazones, a fin cuando la luna reclame nuestro ritmo y las estrellas nuestra rima. Al menos callemos por una noche, o dos, o a fin por tres noches.

-Muy bien -dijo su compañero-, estoy de acuerdo. Veremos que nos trae después tu generoso corazón.

Aquella noche las ranas callaron y permanecieron silenciosas la noche siguiente y nuevamente la tercera noche.

Y, aunque resulte difícil de relatar, la mujer charlatana que vivía en la casa junto al lago bajó para el desayuno al tercer día y gritó a su marido:

-No he dormido estas tres noches. Me sentía segura durmiendo con el canto de las ranas en mis oídos. Pero algo debe haber sucedido. Pues, no han cantado por tres noches; y estoy casi medio loca por falta de sueño.

La rana oyó esto y volviéndose hacia su compañero, dijo guiñando un ojo:

-Y nosotros casi enloquecemos por nuestro silencio, ¿no es cierto?

Y su compañero respondió :

-Sí, el silencio de la noche pesaba sobre nosotros., y ahora me doy cuenta de que no es necesario cesar nuestro canto por la comodidad de aquellos que necesitan llenar su vacío con ruidos.

Y aquella noche la luna no reclamó vanamente sus ritmos, ni las estrellas sus rimas.

LAS LEYES

Años atrás existía un poderoso rey muy sabio que deseaba redactar un conjunto de leyes para sus súbditos. Convocó a sus sabios pertenecientes a mil tribus diferentes y los hizo venir a su castillo para redactar las leyes. Y ellos cumplieron con su trabajo.

Pero cuando las mil leyes escritas sobre pergamino fueron entregadas al rey, y luego de haberlas leído, su alma lloró amargamente, pues ignoraba que hubiera mil formas de crimen en su reino.

Entonces llamó al escriba, y con una sonrisa en los labios, él mismo dictó sus leyes. Y éstas no fueron más que siete.

Y los mil hombres sabios se retiraron enojados y regresaron a sus tribus con las leyes -que habían redactado. Y cada tribu obedeció las leyes de sus hombres sabios.

Por ello es que poseen mil leyes a fin en nuestros días. Es un gran país, pero tiene mil cárceles y las prisiones están llenas de mujeres y hombres, infractores de mil leyes. Es

realmente un gran país, pero ese pueblo descende de mil legisladores y de un solo rey sabio.

AYER, HOY Y MAÑANA

Dije a mi amigo: -Tú la ves descansado sobre el brazo de aquel hombre. Solo que ayer descansaba así sobre el mío.

Y mi amigo dijo: -Y mañana se posará sobre el mío. Dije: -Mira sentada junto a él. Fue solo ayer que se sentaba junto a mí.

Y él respondió: -Mañana se sentará a mi lado.

Dije: -Observa, bebe vino de su copa y ayer bebía de la mía.

Y él agregó: -Mañana lo hará de mi copa.

Entonces dije: -Mira como lo contempla con amor y con ojos entregados. Ayer mismo me contemplaba así.

Y mi amigo dijo: -Mañana me contemplará a mí.

Preguntó: -¿No la oyes murmurar canciones de amor en sus oídos? Las mismas canciones de amor que murmuraba en los míos.

Y mi amigo contestó: -Y mañana las susurrará en los míos.

Y dije: -Pero mira. Está abrazando a su ídolo. No fue sino ayer que me abrazaba a mí.

Y mi amigo dijo: -Me abrazará a mí mañana.

Entonces agregué: - ¡Qué mujer extraordinaria!

Más él me respondió: -Ella es como la vida, poseída por todos los hombres; y como la muerte, conquista a todos los hombres; y como la eternidad, envuelve a todos los hombres.

EL FIL SOFO Y EL REMENDÓN

Un fil sofo llegó un día al taller de un zapatero remendón con unos zapatos gastados.

Y el fil sofo dijo al remendón:

-Por favor, remienda mis zapatos.

-Ahora estoy remendando zapatos de otros hombres -respondió él-, y hay todavía materia para reparar antes de que pueda ocuparme de los tuyos. Pero deja tus zapatos aquí, y usa este otro par por hoy, y ven mañana a buscar los tuyos.

-No uso zapatos que no son míos -protestó indignado el fil sofo.

-Pues bien -dijo el remendón-, ¿en verdad eres tú un fil sofo y no puedes calzarte con zapatos de otro hombre? Al final de esta calle hay otro remendón que comprende a los fil sofos mejor que yo. Recurre a él para remiendos.

LOS CONSTRUCTORES

En Antioquia, donde el río Assi corre a encontrarse con el mar, se construyó un puente para acercar una mitad de la ciudad a la otra mitad. Fue construido con enormes piedras

cariadas desde lo alto de las colinas sobre el lomo de las mulas de Antioquia.

Cuando el puente fue terminado se grabó sobre el pilar en griego y en arameo: "Este puente fue construido por el Rey Antioco II".

Y toda la gente cruzó el buen puente sobre el manso río Assi.

Una tarde, un joven, tenido por algunos como un loco, descendió hasta el pilar donde

se hab an grabado las palabras, y las cubri con carb n y escribi por encima: "Las piedras del puente fueron tra das desde las mont aas por las mulas. Al pasar de ida o de vuelta sobre el puente est n cabalgando sobre los lomos de las mulas de Antioqua, constructoras de este puente".

Y cuando la gente ley lo que el joven hab a escrito, algunos se rieron y otros se maravillaron.

-Ah, s -dijo uno-, sabemos quien hizo esto. ¿No es acaso un poco loco?

Pero una mula dijo, ri ndose, a otra mula:

¿No recuerdas acaso que verdaderamente nosotras acarreamos esas piedras? Y, sin embargo, hasta ahora se dec a que el puente lo hab a construido el Rey Antioco.

LA TIERRA DE ZAAD

Camino a Zaad un viajero encontr a un hombre que viv a en una villa vecina; y el viajero, apuntando con su mano hacia una vasta extensi n de tierra, pregunt al hombre diciendo:

-¿No fue Øste el campo de batalla donde el Rey Ahlam venci a sus enemigos?

-Nunca ha sido un campo de batalla -respondi el hombre-. Una vez existi sobre esta tierra la gran ciudad de Zaad, incendiada hasta quedar cenizas. Pero ahora es tierra buena, ¿no es as ?

Y el viajero y el hombre se separaron.

Casi media milla mÆ lejos el viajero encontr a otro hombre y, se aalando hacia el campo otra vez, dijo:

-As que all es donde la gran ciudad de Zaad se estableci una vez".

-JamÆ existi ciudad alguna en este lugar -respondi el hombre-. Pero s hubo un monasterio que fue destruido por la gente del Pa s del Sur.

Un rato mÆ tarde, en la misma ruta a Zaad, el viajero encontr a un tercer hombre, y apuntando otra vez hacia la tierra dijo:

-¿Es verdad que ese es el lugar donde una vez hubo un gran monasterio?

-Nunca existi un monasterio en los alrededores -respondi el hombre-,pero seg n nuestros padres y antepasados una vez cay un gran meteoro sobre el campo.

El viajero continu su camino, admirÆdolo en su coraz n. Y encontr a un hombre muy anciano y, saludÆdolo le dijo

-Se aor, caminando esta ruta encontrØ a tres hombres que habitan el vecindario y les preguntØ a cada uno la historia de esta tierra, y cada uno deneg lo que el otro hab a contestado, y a su vez cada uno me contaba una nueva historia que el otro ni hab a mencionado.

-Amigo mo -respondi el anciano elevando su cabeza-, cada uno y los tres te contest lo que en realidad fue; pero muy pocos de nosotros estamos capacitados para agregar afirmaciones a otras afirmaciones diferentes y construir una verdad de ah en mÆ.

EL ORO

Cierta da, dos hombres que se encontraron en la ruta caminaban junto hacia Salamis, la Ciudad de las Columnas. Al mediod a llegaron hasta un ancho ro sin puente para cruzarlo. Deb an nadar o buscar alguna otra ruta que desconoc an.

Y se dijeron: "Nademos. DespuØ de todo el ro no es tan ancho". Y se zambulleron y nadaron.

Y uno de los hombres, el que siempre supo de ríos y rutas de ríos, de pronto, en el medio de la corriente, comenzó a perderse y a ser arrastrado por las impetuosas aguas; mientras, el otro, que nunca antes había nadado, cruzó el río en línea recta y se detuvo sobre un banco. Entonces, viendo a su compañero luchando aún con la corriente, se arrojó otra vez al agua y lo trajo a salvo hasta la orilla.

Y el hombre que había sido arrastrado por la corriente dijo:

-¿No habías dicho que no podías nadar? ¿Cómo es que cruzaste el río con tanta seguridad?

-Amigo -explicó el segundo hombre-, ¿ves este cinturón que me cié? Está lleno de monedas de oro que gané para mi esposa y mis hijos, todo un año de trabajo. Es el peso de este

cinturón el que me condujo a través del río, hacia mi esposa y mis hijos. Y mi esposa y mis hijos estaban sobre mis hombros mientras yo nadaba.

Y los dos hombres continuaron su camino juntos hacia Salamis.

LA TIERRA ROJA

Dijo un árbol a un hombre: -Mis raíces habitan en lo profundo de la tierra roja, y te daré mi fruto.

Y el hombre dijo al árbol: - ¡Qué parecidos somos! Mis raíces también habitan en la profundidad de la tierra roja. Y la tierra roja te da poder para concederme tu fruto y la tierra roja me enseña a recibir de ti con agradecimiento.

LA LUNA LLENA

La luna llena se elevó gloriosa sobre el pueblo, y todos los perros de ese pueblo comenzaron a ladrarle.

Solo un perro no ladró y dijo a los otros con voz grave: -No despertéis el sosiego de su sueño, ni atraigáis a la luna hacia la tierra con vuestros ladridos.

Entonces todos los perros cesaron de ladrar, creando un terrible silencio. Mas, el perro que les había hablado continuó ladrando pidiendo silencio durante el resto de la noche.

EL PROFETA ERMITAÑO

Hubo una vez un profeta ermitaño que cada tres lunas bajaba hasta la ciudad y en las plazas del mercado predicaba el dar y compartir entre la gente. Y era elocuente y su fama se expandió por sobre la tierra.

Una tarde, tres hombres llegaron a su ermita y lo saludaron.

-Tú predicas el dar y compartir -le dijeron-. Y buscas enseñar a quienes tienen mucho para dar a los que poseen poco; y no dudamos que tu fama te ha brindado riquezas. Ahora ven y danos de tus riquezas, pues estamos necesitados.

-Amigos míos -les contestó el ermitaño-, no tengo más que esta cama, esta estera y esta jarra de agua. Llévanselo si así lo desean. No tengo ni oro ni plata.

Entonces lo miraron desdeñosos y dieron vuelta sus caras, y el último hombre se detuvo en la puerta un momento y gritó:

-¡Impostor! ¡Embustero! Tú enseñas y predicas aquello que tú mismo no practicas.

AQUEL VIEJO, VIEJO VINO

Hubo una vez un hombre rico muy orgulloso de su bodega y del vino que allí había; y también había una vasija con vino añejo guardada para alguna ocasión lo conocida por él.

El gobernador del estado llegó a visitarlo, y aquí, luego de pensar se dijo: "Esa vasija no se abrirá por un simple gobernador".

Y un obispo de la diócesis lo visitó, pero él dijo para sí: "No, no destaparé la vasija. Él no apreciará su valor, ni el aroma regodeará su olfato".

El príncipe del reino llegó y almorzó con él. Mas éste pensó: "Mi vino es demasiado majestuoso para un simple príncipe".

Y a la mañana en que su propio sobrino se desposara, se dijo: "No, esa vasija no debe ser traída para estos invitados". Y los años pasaron, y él murió siendo ya viejo, y fue enterrado como cualquier semilla o bellota.

El día después de su entierro tanto la antigua vasija de vino como las otras fueron repartidas entre los habitantes del vecindario. Y ninguno notó su antigüedad.

Para ellos, todo lo que se vierte en una copa es solamente vino.

DOS POEMAS

Varios siglos atrás, camino a Atenas, se encontraron dos poetas, y les alegró verse.

Uno de ellos le preguntó al otro:

-¿Qué has compuesto últimamente, y cómo suena en tu lira?

El otro poeta respondió como orgulloso:

-Acabo de terminar el más grande de mis poemas, quizá el más grande poema que se haya escrito en Grecia. Es una invocación a Zeus Olímpico. -Entonces extrajo de abajo de su capa un papiro diciendo:- Hélo aquí, lo llevo conmigo, y deseo a la vez verlo. Ven, sentémonos a la sombra de aquel ciprés blanco.

Y el poeta leyó su poema. Y era- un extenso poema.

-Es un gran poema -dijo el otro poeta amablemente-. Viviré a través de los años, y en él seré glorificado.

-Y tú, ¿qué has escrito durante estos últimos días? -preguntó con calma el primero.

-He escrito poco -respondió el otro. Sólo ocho líneas en memoria de un niño jugando en un jardín. -Y recitó sus líneas.

-No está mal. No está mal -comentó el primer poeta. Y se separaron.

Y hoy, luego de dos mil años, las ocho líneas del poeta son leídas en todos los idiomas, y son amadas y apreciadas. Y a la vez cuando el otro poema ha vivido también a través de los años en librerías y en los textos escolares, y a pesar de ser recordado, ni es amado ni leído.

LADY RUTH

Una vez hubo tres hombres que miraban desde lejos hacia una casa blanca que se erguía solitaria sobre una verde colina. Uno de ellos dijo:

-Aquella es la casa de Lady Ruth. Es una vieja bruja.

-Te equivocas -dijo el segundo hombre-, Lady Ruth es una hermosa mujer que vive allí consagrada a sus sueños.

-Ambos se equivocan -dijo el tercero-. Lady Ruth es la arrendataria de esta vasta tierra y extrae sangre de sus siervos.

Y continuaron su camino discutiendo acerca de Lady Ruth.

Cuando llegaron a un cruce encontraron a un anciano y uno de ellos le preguntó :
-¿Podrías contarnos algo sobre Lady Ruth, la que habita aquella casa blanca sobre la colina?

El anciano levantó la cabeza y sonriendo dijo:

-Tengo noventa años y recuerdo a Lady Ruth desde niño. Pero Lady Ruth falleció ochenta años atrás. Y ahora la casa está vacía. Los bichos anidan en ella algunas veces, y la gente dice que el lugar está embrujado.

EL GATO Y EL RATÓN

Cierta tarde un poeta conoció a un campesino. El poeta era esquivo y el campesino tímido, pero conversaron.

-Dámame contarte una pequeña historia que escuché últimamente -dijo el campesino-. Un ratón fue apresado en una trampa. Y mientras comía feliz el queso que allí había, un gato se detuvo al lado de él. El ratón tembló un instante, pero sabía que en la trampa se hallaba seguro.

"-¿Estás comiendo tu último alimento, amigo? -dijo el gato.

"-Sí -contestó el ratón-, una vida tengo, por lo tanto una muerte. Mas, ¿qué hay de tí? Me dicen que posees nueve vidas. ¿No significa eso que posees nueve veces?

Entonces el campesino miró al poeta y dijo:

-¿No es una historia extraña?

El poeta no contestó, pero se fue diciendo dentro de sí: -En verdad, tenemos nueve vidas, nueve vidas para estar seguros. Y moriremos nueve veces, y nueve veces moriremos. Quizá fuera mejor poseer sólo una vida -apresada en una trampa-, la vida de un campesino con un trozo de queso como última comida. Pues acaso, ¿no pertenecemos a la extirpe de los leones del desierto y de la jungla?

LA MALDICIÓN

Una vez me dijo un viejo hombre de mar:

-Treinta años ha, un marinero escapó con mi hija. Y maldije en mi corazón a ambos, pues amaba a mi hija más que a nada en el mundo.

"No mucho después el joven marino se hundió con su barco hasta el fondo del mar y con él mi hija amada, perdiéndose de mí.

"Y ahora vedme como el asesino de un joven y una esposa. Fue mi maldición que los destruyó. Y ahora en camino hacia mi tumba busco el perdón de Dios.

Esto dijo el anciano. Mas, sus palabras sonaban petulantes, y parece que aún se enorgullecía del poder de su maldición.

LAS GRANADAS

Había una vez un hombre poseedor de varios granados en su huerta. Y todos los otoños colocaba las granadas en bandejas de plata fuera de su morada, y sobre las bandejas escribía un cartel que decía así: "Tomad una por nada. Sois bienvenidos".

Mas la gente pasaba sin tomar la fruta.

Entonces, el hombre meditó, y un otoño no dejó granadas en las bandejas de plata fuera de su morada, sino que colocó un gran anuncio: "Tenemos las mejores granadas de la tierra, pero las vendemos por más monedas de plata que cualquier otra granada".

Y, creedlo, todos los hombres y mujeres del vecindario llegaron corriendo a comprar.

TRES DIOSES Y NINGUNO

En la ciudad de Kilafis un sofista se paró sobre los escalones del Templo y predicó sobre varios dioses. Y el pueblo dijo en sus corazones: "Sabemos todo esto. ¿Acaso no vive con nosotros y nos siguen doquiera que vayamos?"

No mucho después, otro hombre de pie en la plaza del mercado habló a la gente:
-Dios no existe.

Y varios de los que escuchaban se alegraron con sus relatos, pues temían a los dioses. Y un día llegó un hombre muy elocuente y dijo:

-Si existe un Dios.

Y entonces todo el pueblo se acongojó, pues en sus corazones temían al juicio de un Dios más que al de varios dioses. Por aquella misma época apareció otro hombre y dijo al pueblo:

-Hay tres dioses y habitan en el viento como uno solo, y tienen una grande y agraciada madre que es a la vez su compañera y hermana.

Entonces todos se sintieron reconfortados, pues en secreto se decían: "Tres dioses en uno deben desaprobar nuestras fallas, pero también su agraciada madre será seguramente la abogada de nuestras pobres debilidades".

Aun hoy día en la ciudad de Kilafis, hay quienes pelean y discuten entre sí sobre la existencia de varios dioses y ninguno, y sobre un dios y tres dioses en uno y acerca de cierta agraciada madre de los dioses.

LA QUE ERA SORDA

Había una vez un hombre rico desposado con una joven sorda por completo.

Una mañana, mientras desayunaban, ella le dijo:

-Ayer visité el mercado y exhibían vestidos de seda de Damasco, velos de la India, collares de Persia y brazaletes de Yemmen. Parece que las caravanas acaban de traer todo eso

a nuestra ciudad. Y ahora mírame, yo en harapos, siendo la esposa de un hombre rico. Debo comprar alguno de esos hermosos objetos.

-Querida -contestó el esposo, aún ocupado con su café matinal- no existe razón alguna por la cual tú no vayas al mercado y compres todo lo que tu corazón desee.

- ¡No! -protestó la esposa sorda-. Siempre dices no, no. ¿Es necesario que aparezca en harapos ante nuestros amigos, avergonzando así a tu fama y a mi gente?

-No he dicho que no -dijo el esposo-; puedes ir libremente a la plaza del mercado y comprar la vestimenta más hermosa y las joyas que hayan llegado a nuestra ciudad.

Pero otra vez la esposa equivocó la lectura de sus palabras y replicó:

-De todos los hombres ricos tú eres el más miserable. Me niegas toda belleza y hermosura mientras las otras mujeres de mi edad caminan por los jardines de la ciudad ataviadas con ricos vestidos. -Y comenzó a llorar. Y mientras sus lágrimas caían sobre su pecho gritó otra vez: -Tú siempre me dices no, no, cuando deseo un vestido o una joya.

Entonces el esposo, conmovido, se levantó y sacando de su bolsa un puñado de oro, se lo entregó y con dulzura le dijo:

-Ve al mercado, querida mía, y compra todo lo que desees.

Desde ese día la joven y sorda esposa cada vez que deseaba algo aparecía ante su esposo con una perla de lágrimas en los ojos, y él en silencio tomaba un puñado de oro y lo ponía sobre sus faldas.

Pero ocurrió que la joven se enamoró de un joven cuyo hábito era realizar largos viajes. Y cuando él partía ella se sentaba a llorar.

Cuando el esposo la hallaba llorando decía en su corazón: "Debe haber llegado una nueva caravana con prendas de seda y joyas raras".

Y sacaba otro puñado de oro y se lo entregaba.

LA B SQUEDA

Mil años atrás dos filósofos se encontraron en la cuesta del Líbano y uno dijo al otro:

-¿Hacia dónde te diriges?

-Busco la fuente de la juventud -respondió el otro- que se halla entre estas colinas. He encontrado escritos donde cuenta sobre la fuente floreciendo en dirección al sol. Y tú ¿qué buscas?

-Busco el misterio de la muerte -contestó el primero. Entonces cada uno pensó que el otro estaba falto de grandes conocimientos y comenzaron a discutir y a acusarse de ceguera espiritual.

Mientras los filósofos discutían al viento, un extranjero un hombre considerado tonto en su propia ciudad, pasó por allí, y cuando oyó a los hombres en ardiente disputa se detuvo por un momento y escuchó sus argumentos.

Luego acercándose les dijo:

-Mis buenos amigos, realmente ambos pertenecéis a la misma escuela filosófica y habláis sobre lo mismo, sólo que usáis palabras diferentes. Uno de vosotros busca la fuente de la juventud, y el otro el misterio de la muerte. Sólo son una misma cosa y como una habitan ambas en vosotros -y se apartó diciendo: -Hasta siempre, sabios.

Y alejándose se reía con complaciente risa.

Los dos filósofos se miraron en silencio por un momento y luego también ellos rieron. Y uno de los dos dijo:

-Y bien, ¿por qué no caminamos y buscamos juntos?

EL CETRO

Dijo un rey a su esposa: -Señora, tú no eres verdaderamente una reina. Eres demasiado vulgar y poco graciosa para ser mi compañera.

Dijo su esposa: -Señor, tú te consideras rey pero eres solamente un pobre parlanchín.

Estas palabras enfurecieron al rey y tomó el cetro con sus manos, y golpeó la frente de la reina con el cetro de oro. En ese momento el ayudante de cámara apareció y dijo:

- ¡Está bien, está bien, Su Majestad! Ese cetro fue creado por el más grande artista de la tierra. ¡Ay de mí! Algún día tú y la reina seréis olvidados, pero este cetro permanecerá como cosa bella de generación en generación. Y ahora que has extraído sangre de la cabeza de Su Majestad, Señor, el cetro será el más famoso y recordado.

LA SENDA

Una mujer y su hijo vivían entre las colinas; este era su primer y único hijo.

El niño murió de una fiebre mientras el médico lo vigilaba.
 La madre, destruida por la tristeza, gritó al médico diciendo:
 -Dime, dime, ¿qué es lo que hizo quietar su fortaleza y silenciar su canción?
 Y el médico respondió: -Fue la fiebre. Y la madre dijo: -¿Qué es la fiebre?
 Y también el médico respondió: -No puedo explicártelo. Es algo infinitamente pequeño
 que visita el cuerpo y que no podemos ver con nuestros ojos humanos.
 Luego el médico se fue y ella continuó repitiendo para sí:
 -Algo infinitamente pequeño que no podemos ver con nuestros ojos humanos.
 Por la tarde el sacerdote llegó para consolarla. Y ella lloró y gritó diciendo:
 - ¡Oh! ¿Por qué he perdido a mi hijo, mi único hijo, mi primer hijo? -Y el sacerdote
 respondió: -Hija mía, es la voluntad de Dios.
 -¿Qué es Dios y dónde está Dios? -preguntó entonces la mujer-. Quiero ver a Dios y
 rasgarme el pecho delante de Él y hacerme brotar sangre de mi corazón a sus pies.
 Dime dónde encontrarlo.
 -Dios es infinitamente grande -contestó el sacerdote-: No puede ser visto con nuestros
 ojos humanos.
 - ¡Lo infinitamente pequeño asesinó a mi hijo por voluntad de lo infinitamente grande!
 -gritó la mujer-. Dime, ¿qué somos nosotros?
 En ese momento entró la madre de la mujer con el sudario para el niño muerto, y oyó
 las palabras del sacerdote y el llanto de su hija. Deposito el sudario y tomó entre sus
 manos la mano de su hija y le dijo:
 -Hija mía, nosotros mismos somos lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, y
 somos la senda entre ambos.

LA BALLENA Y LA MARIPOSA

Una tarde un hombre y una mujer se encontraron dentro de una diligencia. Se habían
 conocido antes.
 El hombre era un poeta, y, cuando se hubo sentado junto a la mujer, decidió
 entretenerla con cuentos, algunos tramados por él y otros que no eran propios.
 Pero mientras él hablaba la dama se durmió. De pronto la diligencia se sacudió y ella,
 despertándose, dijo:
 -Admiro tu interpretación de la fábula de Jonás y la ballena.
 Y el poeta dijo:
 - ¡Pero, Señora, os he estado contando una de mis historias sobre una mariposa y una
 rosa blanca y de cómo se comportaba una con la otra!

PAZ CONTAGIOSA

Una rama en flor dijo a su rama vecina:
 - ¿Estás un día aburrido y vacío.
 Y la otra rama respondió:
 -Sí, realmente un día vacío y aburrido.
 En ese momento un gorrión voló sobre una de las ramas y luego otro se posó muy
 cerca.
 Y uno de los gorriones gorjeando dijo: -Mi compañera me ha abandonado. El otro
 gorrión lloró:
 -Mi compañera también ha partido para no regresar. Pero, ¿qué me importa?

Entonces los dos comenzaron a chillar y regañarse y pronto se hallaron peleando y llenando de desagradables ruidos el aire.

De pronto, otros dos gorriones bajaron del cielo y se sentaron tranquilos junto a los dos inquietos. Y hubo calma y hubo paz.

Y los cuatro se alejaron volando juntos en pareja.

-La primera rama dijo a su vecina:

-¡Qué barullo terrible!

-Y la otra rama respondió :

-Llévalo como quieras, ahora todo está pacífico y despejado. Y si los altos aires hacen las paces creo que aquellos que habitan en lo bajo deben hacer las paces también. ¿No podrías balancearte con el viento un poco más cerca de mí ?

Y la primera rama dijo:

-Oh, quizás en bien de la paz, antes de que la primavera se haya ido, lo haré

Y luego él mismo se balanceó con el fuerte viento para abrazarla.

LA SOMBRA.

Cierta día de junio la hierba dijo a la sombra de un olmo:

-Te mueves tan seguido de derecha a izquierda que perturbas mi paz.

-Yo no, yo no -respondió la sombra-. Mira hacia el cielo. Verás un árbol que se mueve por el viento de Este a Oeste entre el Sol y la Tierra.

Y la hierba elevó la mirada y por primera vez observó el árbol. Y dijo. en su corazón:

-¿Por qué pues, existe una hierba más alta que yo?

Luego calló .

SETENTA

El joven poeta dijo a la princesa:

-Te amo.

-Yo también te amo, hijo mío -dijo la princesa.

-Yo no soy tu hijo. Soy un hombre y te amo.

-Soy la madre de hijos e hijas -respondió ella-, y ellos; son padres y madres de hijos e hijas; y uno de los hijos de mis hijos es mayor que tú .

El joven poeta protestó : -Pero te amo.

No mucho después la princesa murió . Mas, antes de que su último suspiro fuera recibido nuevamente por el gran suspiro de la tierra, ella dijo desde su alma:

-Mi bien amado, mi querido hijo, mi joven poeta, llegaré el día en que nos encontremos de nuevo y yo no tendré setenta años.

CON DIOS

Dos hombres paseaban por el valle y uno, señalando hacia la montaña, dijo:

-¿Ves esa ermita? Allí vive un hombre que hace ya mucho tiempo se divorció del mundo. Busca a Dios y a nada más sobre la tierra.

-No encontrará a Dios -dijo el otro hombre- hasta que no abandone su ermita y la soledad que lo envuelve, y regrese a nuestro mundo a compartir nuestra alegría y dolor, a bailar con nuestras bailarinas en las fiestas de esponsales, y a llorar junto a aquellos que lloran alrededor del ataúd de nuestros muertos.

Y el otro hombre se convenció en su corazón, mas, pese a ello, respondió :

-Concuerdo con lo que tú dices, mas creo que el ermitaño es un buen hombre. Y ¿no podrá ser que un solo buen hombre con su ausencia obrara mayores bienes que la aparente bondad de tantos hombres?

EL RIO

En el valle de Kadisha, donde fluye el majestuoso río, dos pequeñas corrientes se encontraron y conversaron.

Una corriente dijo:

-¿Cómo has llegado, amiga mía, y cómo ha sido tu camino?

Y la otra contestó :

-Mi camino fue de lo más embarazoso. La rueda del molino se había roto y el granjero que me conducía desde el cauce hasta sus plantas murió. Y hube de bajar forcejeando y filtrándome por la suciedad de aquellos que no hacen nada más que sentarse y cocer su pereza al sol. ¿Y cómo fue tu camino, hermana mía?

-Mi camino fue diferente -respondió la otra corriente-. Bajé de las colinas entre flores fragantes y tímidos sauces; hombres y mujeres bebían de mí con copas de plata y los niños remojaban sus piecitos rosados en mis orillas, y todo era risa alrededor de mí, y dulces canciones. ¡Qué pena que tu camino no haya sido feliz!

En ese momento el río habló con voz potente:

-Venid, venid, iremos hacia el mar. Venid, venid, pues en mí olvidaréis vuestros caminos errantes, tristes o alegres. Venid, venid. Y vosotros y yo olvidaremos todo cuando hayamos alcanzado el corazón de nuestra madre, la mar.

LOS DOS CAZADORES

Cierta día de mayo Alegría y Tristeza se encontraron a orillas de un lago. Saludáronse y se sentaron junto a las tranquilas aguas y conversaron.

Alegría habló sobre la belleza que reina sobre la tierra, del cotidiano encanto de la vida en el bosque y entre las colinas, y de las canciones escuchadas al amanecer y al anochecer.

Y Tristeza estuvo de acuerdo con todo lo que Alegría había dicho; pues Tristeza conocía la magia de la hora y la belleza de aquellas cosas. Y Tristeza habló con elocuencia cuando se refirió a los campos y a las colinas de mayo. Alegría y Tristeza conversaron un largo rato y estuvieron de acuerdo con todas las cosas que conocían.

En ese momento pasaban por la otra orilla dos cazadores. Miraron hacia la otra ribera y uno dijo:

-Me pregunto cuántas son esas dos personas.

Y el otro dijo: -¿Has dicho dos? Yo veo sólo a una.

El primer cazador respondió : -Pero sí hay dos.

Y el segundo: -Según veo yo hay una sola, y el reflejo del lago es sólo uno.

-No, hay dos -respondió el primer cazador-. Y el reflejo sobre las aguas tranquilas muestra a dos personas. Pero el segundo repitió : -Sólo veo a una.

Y el otro: -Veo a dos personas, y muy claramente.

Y, a no hoy día, un cazador dice que el otro ve doble; mientras que el otro repite: "Mi amigo es algo ciego".

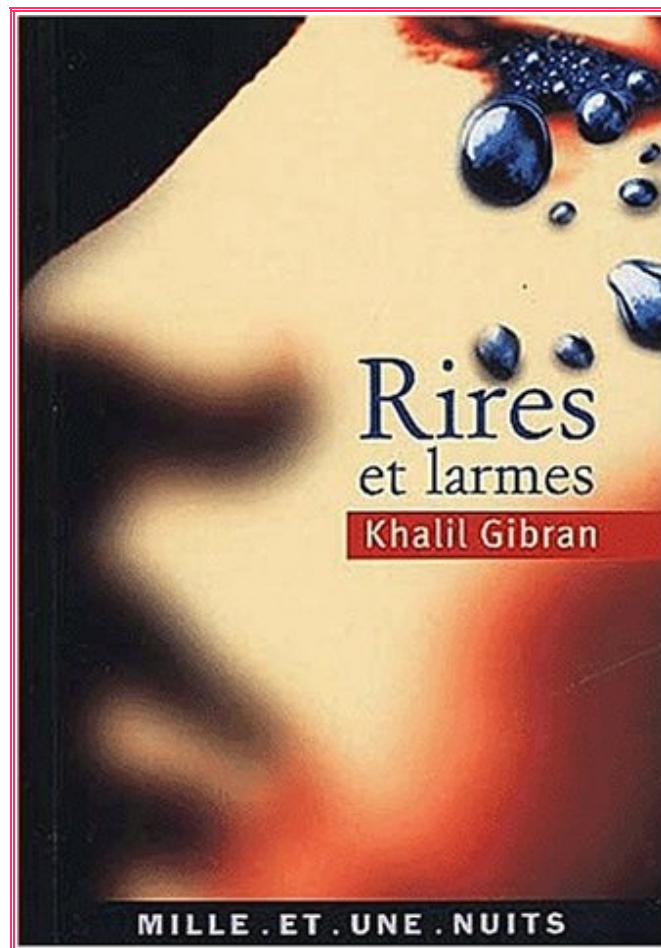
EL OTRO VAGABUNDO

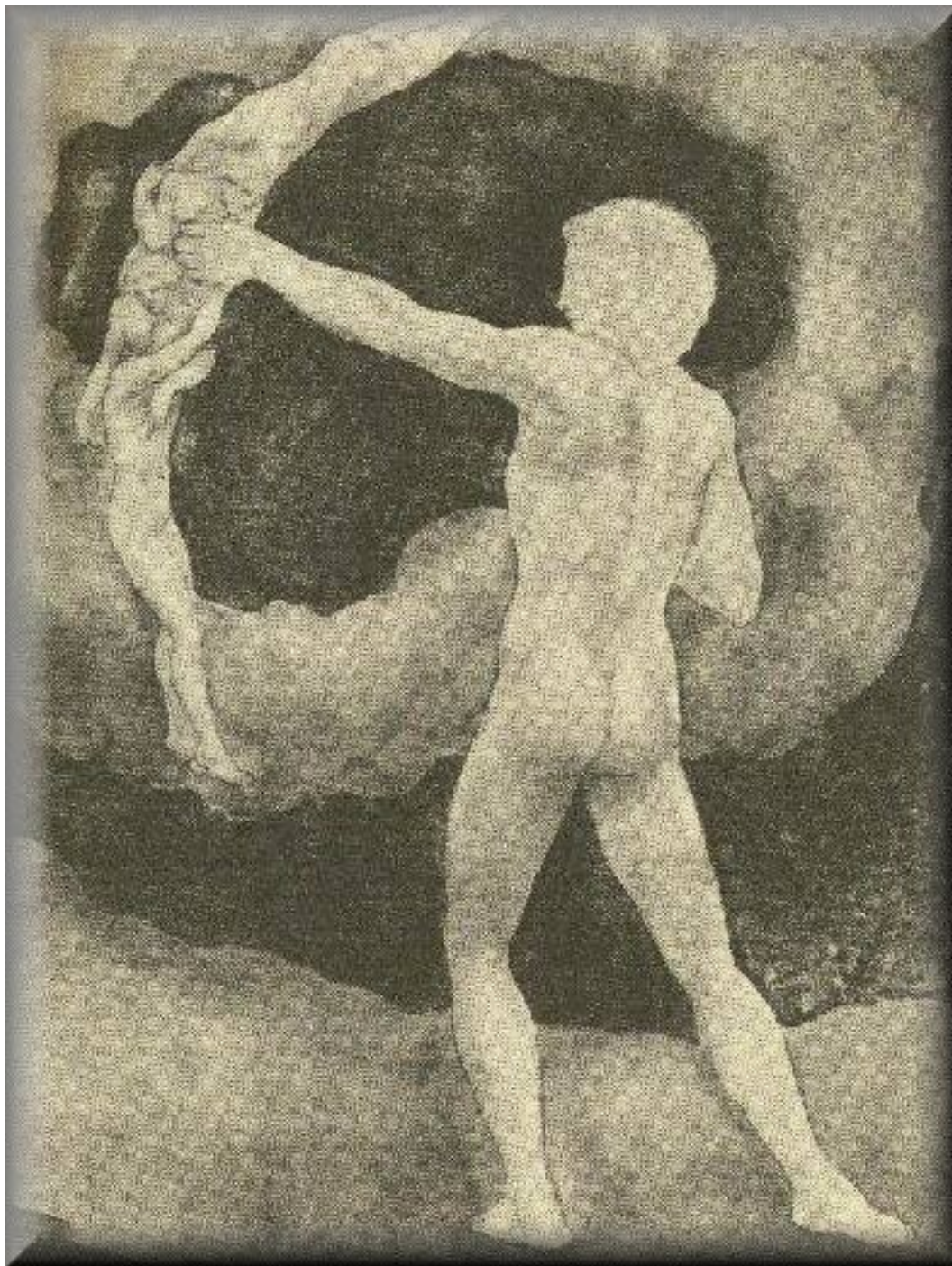
Una vez encontré a otro hombre en el camino. El también era un poco loco, y me habló así:

-Soy un vagabundo. Muchas veces parece que caminara por la tierra en medio de pigmeos. Y porque mi cabeza está setenta pies más lejos de la tierra que las suyas, creo pensamientos más elevados y más libres.

"Pero en verdad no camino entre los hombres sino sobre ellos. Y todo lo que pueden ver de mí son mis pisadas en sus campos abiertos.

Y varias veces los escuché discutir sobre la forma y tamaño de mis pisadas. Pues, hay algunos que dicen: "Son las huellas de un mamut que vagaba por la tierra tiempo ha." Y otros dicen: "... No, son lugares donde cayeron meteoros desde las estrellas distantes. Pero tú, amigo mío, sabes muy bien que no son nada más que pisadas de un vagabundo.





ESP RITUS REBELDES (1908)

K A H L I L E L H E R E J E

G I B R ' N K H A L I L G I B R ' N

I

Sheik Abbas era considerado un príncipe por los habitantes de una aldea solitaria del norte del Líbano. Su mansión, situada en medio de las pobres chozas de los aldeanos, parecía un saludable gigante rebosante de vida en medio de débiles enanos. El Sheik vivía rodeado de lujo, mientras sus vecinos soportaban una penosa existencia. Lo obedecían y se inclinaban respetuosamente ante él cuando se dirigía a ellos. Parecía como si el poder de la mente lo hubiera designado su portavoz e intérprete oficial. Su celeridad los hacía estremecer y dispersarse como las hojas barridas por el fuerte viento del otoño. Si abofeteaba a alguien, era una hereja por parte del individuo el moverse o levantar el rostro o evidenciar cualquier intento de descubrir el porqué de tamaña ira. Si sonreía a alguien, éste era considerado por los aldeanos como la persona más honrada y afortunada. El temor y el sometimiento de la gente no era consecuencia de la debilidad: la pobreza y necesidad habían provocado este estado de perpetua humillación. Hasta las chozas en que vivían y los campos que cultivaban pertenecían a Sheik Abbas, quien las había heredado de sus antepasados.

La labranza de la tierra, la siembra de semillas y la cosecha del cereal, todo era realizado bajo la supervisión del Sheik, quien, a cambio del esfuerzo realizado, recompensaba a los labriegos con una pequeña porción de trigo que apenas les alcanzaba para no morir de hambre.

Con frecuencia, muchos de ellos necesitaban pan antes de finalizar la cosecha e iban a pedirle al Sheik con lágrimas en los ojos que les adelantara algunas piasstras o un poco de trigo; el Sheik accedía gustoso, pues sabía que pagarán sus deudas con creces cuando llegara el tiempo de la cosecha. Así, aquellos hombres permanecían endeudados toda la vida, dejando un legado de deudas a sus hijos, y se sometían a su amo, cuya celeridad habían temido desde siempre y cuya amistad y estima habían permanentemente tratado, en vano, de ganar.

II

Llegó el invierno, y con él la pesada nieve y el viento cruel; los valles y los campos quedaron desnudos salvo por los árboles sin hojas que se erguían como espectros de muerte sobre las desiertas planicies. Después de haber guardado en los graneros del Sheik los productos de la tierra, y de haber llenado sus copas con el vino de sus viñedos, los aldeanos se retiraron a sus chozas para pasar una parte de sus vidas holgazaneando junto al fuego, y recordando la gloria de épocas pasadas, y relatándose unos a otros las historias de cansadores días y largas noches.

El viejo año había exhalado su último suspiro en el cielo ceniciento. Era la noche en la cual el Año Nuevo sería coronado y colocado en el trono del Universo. Comenzó a nevar pesadamente, y los vientos ululantes descendían de las encumbradas montañas

hacia el abismo, y arrastrando la nieve formaban montículos que se acumulaban en los valles.

Los árboles se balanceaban a causa de las fuertes tormentas, y los campos y lomas estaban cubiertos con un blanco manto sobre el que la Muerte escribía borrosos trazos que luego borraba. La nevada parecía separar unas de otras las dispersas aldeas emplazadas junto a los valles. La parpadeante luz de las lámparas de aquellas miserables chozas, apenas discernible a través de las ventanas, se desvanecía tras el espeso velo de la Naturaleza enfurecida.

El miedo había hecho presa de los corazones de los fellos y los animales se habían guarecido en los establos, mientras los perros se escondían en los rincones. Podía escucharse el ulular de los vientos y el tronar de las tormentas retumbando en lo profundo de los valles. Parecía como si la Naturaleza se enfureciera por la muerte del año viejo y tratara de vengarse de aquellas almas apacibles, luchando con armas de frío y escarcha.

Aquella noche, un joven intentaba caminar bajo los cielos enfurecidos del sinuoso sendero que se extendía entre las aldeas de Deir Kizhaya y Sheik Abbas. Sus miembros estaban entumecidos de frío, mientras el dolor y el hambre lo habían despojado de su fuerza. Su oscura vestimenta estaba blanqueada por la nieve que caía, y parecía amortajado aún antes de la hora de su muerte. Luchaba contra el viento. Le resultaba difícil avanzar, pues con cada esfuerzo sólo lograba adelantar unos pocos pasos. Gritaba pidiendo socorro y luego permanecía en silencio, atarido por el frío de la noche. Casi sin esperanza, el joven consumía sus fuerzas bajo el peso del desaliento y la fatiga. Era como un pájaro de alas rotas, presa de los remolinos de una corriente de agua que lo arrastraba hacia lo profundo.

El joven continuó, caminando y cayéndose hasta que su sangre dejó de circular, y finalmente desfalleció. Lanzó un grito de horror... la voz de un alma que enfrenta el rostro hueco de la Muerte... la voz de la juventud agonizante, debilitada por el hambre y atrapada por la naturaleza...: la voz del amor a la vida en el abismo de la nada.

III

Hacia el norte del poblado, y en medio de los campos arrasados por los vientos, estaba situada la solitaria choza de una mujer llamada Rachel y su hija Miriam, quien aún no tenía dieciocho años. Rachel era viuda de Samaari Ramy, que fuera encontrado asesinado seis años atrás. La justicia humana nunca había dado con el culpable.

Como todas las viudas libanesas, Rachel se mantenía con lo poco que le proporcionaba su agotador y arduo trabajo. En épocas de cosecha, buscaba las espigas de trigo abandonadas en los campos y en otoño, recogía los restos de frutos olvidados en los árboles. En invierno, hilaba y confeccionaba ropas por las que recibía unas pocas piastras o un saco de trigo. Miriam, su hija, era una hermosa muchacha que compartía con su madre el peso del trabajo.

Aquella noche amarga, las dos mujeres estaban sentadas junto al fuego, cuya calidez era atenuada por la escarcha y cuyos tizones estaban casi sepultados bajo las cenizas. Junto a ellas, la tenue luz de una lámpara proyectaba su mortecino reflejo en el corazón de la oscuridad, como una plegaria que transmite fantasmas de esperanza a los corazones de los apesadumbrados.

Llegó la medianoche y afuera el viento susurraba. De vez en cuando, Miriam se levantaba y abría el pequeño montante para mirar el ennegrecido cielo; entonces,

preocupada y atemorizada por la furia de los elementos, regresaba a su sitio. De repente Miriam se estremeció como si algo la hubiera arrebatado de su profundo letargo. Miró ansiosamente a su madre y dijo:

- -¿Has oído eso, madre? ¿Has oído una voz pidiendo socorro?
- La madre prestó atención un momento y dijo:
- -Nada escucho excepto el gimiendo viento, hija mía. Entonces Miriam exclamó:
- -Escuché un grito muy profundo que los cielos atronadores y muy triste que la quejumbrosa tempestad.

Después de pronunciar esta frase se puso de pie, abrió la puerta, y aguzó el oído un instante. Entonces,

Miriam dijo:

- - ¡Lo he vuelto a escuchar, madre!
- Rachel se dirigió rápidamente hacia la puerta endeble, y después de dudar un momento dijo:
- -Ahora yo también lo escucho. Vayamos a ver.

Se cubrió con un largo manto, abrió muy lentamente la puerta y salió cautelosamente, mientras Miriam permaneció en el umbral, de cara al viento que alborotaba sus largos cabellos. Luego de recorrer un trecho abriéndose paso entre la nieve, Rachel se detuvo y gritó:

- -¿Quién llama? ... ¿Dónde se halla?

Pero no hubo respuesta; entonces repitió las mismas palabras innumerables veces, pero nada más se escuchó entre los truenos. Se adelantó unos pasos valientemente, mirando hacia uno y otro lado. Había andado algunos pasos cuando descubrió unas profundas huellas sobre la nieve; las siguió temerosa y en unos momentos tuvo ante sus ojos un cuerpo que yacía sobre la nieve como un remiendo sobre un vestido blanco. Al aproximarse y reclinar la cabeza del joven sobre sus rodillas, pudo sentir el pulso que reflejaba los débiles latidos de aquel trémulo corazón y sus escasas posibilidades de salvación. Volvió el rostro hacia la choza y llamó:

- - ¡Ven, Miriam, ven y ayúdame, lo he hallado!

Miriam corrió siguiendo las huellas de su madre en la nieve, aterrada y trémula de miedo. Al llegar al lugar donde yacía aquel cuerpo inerte, profirió un grito de dolor. La madre puso las manos bajo las axilas del joven, calmó a Miriam y le dijo:

- -No temas, él aún vive; toma con fuerza las puntas de su capa y ayúdame a llevarlo a casa.

Haciendo frente al impetuoso viento y a la copiosa nieve, las dos mujeres cargaron al joven y se dirigieron hacia la choza. Al llegar al refugio lo colocaron junto al fuego. Rachel empezó a frotarle las entumecidas manos, mientras Miriam le secaba los cabellos con el ruedo de su vestido. A poco, el joven comenzó a moverse. Parpadeó y lanzó un profundo suspiro, revelando así sus esperanzas de salvación a los corazones de aquellas piadosas mujeres. Le sacaron los zapatos y el negro manto. Miriam miró a su madre y dijo:

- -Observa su vestimenta, madre; viste el hábito de los monjes.

Después de alimentar el fuego con un puñado de ramas secas, Rachel miró perpleja a su hija y le dijo:

- -Los monjes no salen del convento en una noche como ésta.
- -Pero es lampiño -dijo Miriam-; los monjes tienen barba.

La madre escrutó al muchacho con ojos llenos de misericordia y amor maternal; luego se volvió hacia su hija.

- -Nada importa si es monje o criminal -dijo -; seca perfectamente sus pies, hija mía.

Rachel abrió un armario, sacó una jarra de vino y vertió un poco en una vasija de barro. Miriam le sostenía la cabeza mientras su madre le daba un poco de vino para estimular su corazón. Al sorber el vino el joven abrió los ojos por primera vez y concedió a sus salvadoras una sufrida mirada de agradecimiento:

la mirada de un hombre que vuelve a sentir la suave caricia de la vida tras haber sido presa de las afiladas garras de la muerte; una mirada esperanzada tras haber visto morir la esperanza. Luego inclinó la cabeza, y con labios trémulos dijo:

- -¡Que Dios os bendiga!

Rachel apoyó la mano sobre su hombro y respondió :

- -Cálmate, hermano. No te agites hablando hasta haber recobrado las fuerzas.

Y Miriam agregó :

- -Apoya la cabeza sobre esta almohada, hermano, que te acercaremos al fuego.

Rachel volvió a llenar la vasija con vino y se la dio. Luego miró a su hija y dijo:

-Cuelga su ropa junto al fuego para que se seque.

Después de cumplir la orden de su madre, la muchacha regresó al lado del joven y comenzó a mirarlo compasivamente, como si quisiera ayudarlo transmitiéndole toda la calidez que su corazón contenía. Rachel trajo dos trozos de pan con algunas conservas y frutas secas; y sentada, junto a él, comenzó a alimentarlo con bocados pequeños, como una madre que alimenta a su pequeño. Después de esto el joven se sintió más fuerte y se incorporó sobre la pequeña alfombra al pie de la chimenea, mientras las enrojecidas llamas del fuego se reflejaban sobre su afligido rostro. Los ojos se le iluminaron y movió lentamente la cabeza, diciendo:

- -La Piedad y la Crueldad luchan en el corazón humano así como los elementos del cielo luchan en esta terrible noche, pero la piedad vencerá a la crueldad porque es divina, y el terror que domina a esta noche morirá en soledad; al rayar el día.

El silencio reinó por un instante, y luego agregó con voz susurrante:

- -Una mano humana me arrojó a la desesperación, y una mano humana me salvó; ¡qué severo, y qué piadoso es el hombre!

- - ¿Cómo te has atrevido, hermano, a salir del convento en una noche tan terrible, cuando hasta los animales no se atreven a dar un paso? -preguntó Rachel.

El joven cerró los ojos como si quisiera contener las lágrimas en las profundidades de su corazón.

- -Los animales viven en sus cuevas, y las aves del cielo en sus nidos -dijo-, pero el hijo del hombre no posee un sitio donde reclinar su cabeza.

- -Eso es lo que Jesús dijo días mismo -respondió Rachel-. El joven prosiguió :

- - Esta es la respuesta a todo hombre que desea seguir al Espíritu y a la Verdad en esta época de falsedad, hipocresía y corrupción.

Después de meditar un instante, Rachel dijo:

- -Pero hay muchas habitaciones confortables en el convento, y las arcas están colmadas de oro y de toda clase de provisiones. Los cobertizos del convento rebosan de becerros y ovejas; ¿qué te indujo a abandonar un paraíso así en esta noche aborrecible?

El joven respiró profundamente y dijo:

- -Abandoné ese lugar porque lo aborrecía.

- -Un monje en un convento es como un soldado en el campo de batalla -replicó Rachel- a quien se le ordena obedecer las órdenes de sus superiores independientemente de su naturaleza. Supe que un hombre no podrá convertirse en monje hasta tanto no se despojara de sus posesiones, pensamientos, deseos y de

todo lo que está dentro de los dominios de la mente. Pero un religioso superior no pide a sus monjes cosas descabelladas. ¿Cómo pudo el superior de Deir Kizhaya pedirle a alguien que ofrende su vida a la tormenta y a la nieve?

- -En opinión del superior -dijo Ø-, un hombre no puede convertirse en monje si no es ciego e ignorante, sordo e insensible. Abandonó el convento pues soy un hombre sensible capaz de ver, sentir y oír.

Miriam y Rachel lo miraron fijamente como si acabaran de descubrir en su rostro un oculto secreto; después de meditar un segundo, la madre dijo:

- -¿Puede un hombre capaz de ver y oír salir en una noche que ciega los ojos y ensordece los oídos?

El joven anunció serenamente:

- -Fui expulsado del convento.
- -¡Expulsado! -exclamó Rachel; y Miriam repitió . al un sonó la palabra junto con su madre.

El levantó el rostro, arrepintiéndose de sus palabras, pues temía que el amor y la bondad que ellas habían demostrado se convirtieran en odio y desprecio; pero cuando las miró observó que de sus ojos aún emanaban reflejos de misericordia, y que sus cuerpos se estremecían de ansiedad por saberlo todo.

Prosiguió con voz ahogada:

- -S, fui expulsado del convento porque no fui capaz de cavar mi sepulcro con mis propias manos; mi corazón se había cansado de tanto mentir. Fui expulsado del convento porque mi alma rehusó regocijarse con el don de aquellos que se rindieron a la ignorancia. Fui expulsado porque no pude hallar paz en los confortables cuartos, erigidos con el dinero de los pobres fellahes. Mi estómago no toleraba el pan amasado con las lágrimas de los huérfanos. Mis labios no podían pronunciar las plegarias que más superiores vendían a la gente simple y honrada a cambio de oro o alimentos. Fui expulsado del convento como un apestado leproso por tratar de hacer recordar a los monjes las reglas que las condujeron a su actual condición.

El silencio ganó la habitación mientras Miriam y Rachel repensaban las palabras con la mirada fija en el joven.

- -¿Viven tus padres? -preguntaron.

Y Ø respondió :

- -No tengo padre ni madre ni sitio donde guarecerme.

Rachel aspiró profundamente y Miriam volvió el rostro hacia la pared para ocultar sus amorosas y piadosas lágrimas. Así como una florecilla marchita torna a la vida gracias a las gotas de rocío que el alba derrama sobre sus sedientos pétalos, así revivió el anhelante corazón del joven gracias al afecto y bondad de sus benefactoras. Las miró como un soldado mira a los que vienen a rescatarlo de las garras del enemigo, y prosiguió :

- -Perdí a mis padres antes de cumplir siete años. El sacerdote de la aldea me condujo a Deir Kizhaya y me dejó al cuidado de los monjes, que se alegraron de tenerme entre ellos y me ordenaron que me ocupara del ganado y el rebaño y de llevarlos a pastar cada día. Al cumplir quince años me vistieron con este negro manto y me condujeron hasta el altar, donde el superior se dirigió a mí con estas palabras: "Jurad en nombre de Dios y de todos los santos y prometed llevar una virtuosa vida de pobreza y obediencia." Repetí las palabras hasta que comprendí su significado y supe lo que ellos entendían por pobreza, virtud y obediencia. "Mi nombre es Khalil, y desde ese momento los monjes me llamaron Hermano Bobaarak,

aunque nunca me trataron como a un hermano. Como los platos más exquisitos y bebían el vino más delicioso, mientras yo me alimentaba de vegetales secos y agua, mezclados con lágrimas. Descansaban en mullidos lechos mientras yo dormía sobre una tabla en una habitación fría y oscura junto al granero. A menudo me preguntaba: ¿Cuándo seré monje y compartiré la prosperidad de esos afortunados? ¿Cuándo cesará mi corazón de ansiar los platos que ellos saborean y el vino que beben? ¿Cuándo dejaré de temblar de miedo ante mi superior?. Pero todas mis esperanzas fueron vanas, pues me mantuvieron en la misma situación; y además de ocuparme del ganado, me obligaron a cargar pesadas piedras sobre los hombros y a cavar fosos y valladas. Me mantenía en pie gracias a los escasos bocados de pan recibidos en pago a mi labor. No sabía hacia dónde dirigirme, y los sacerdotes del convento me habían inducido a aborrecer todo lo que hacían. Habían envenenado mi mente hasta que empecé a pensar que el mundo entero era un océano de sufrimientos y miserias, y que el convento era el único puerto de salvación. Pero cuando descubrí el origen de sus alimentos y oro, me alegré de no compartirlos.

Kahlil se recompuso y miró a su alrededor, como si algo bello se hubiera revelado a sus ojos en aquella miserable cabaña. Rachel y Miriam permanecieron en silencio y luego el joven prosiguió :

- -Dios, que me arrebató mi padre y me exilió en el convento como un huérfano, no quiso que desperdiciara mi vida caminando a ciegas a través de un bosque peligroso; tampoco quiso que fuera un miserable esclavo durante el resto de mi vida. Dios me abrió los ojos y oídos y me devolvió la luz divina y me hizo escuchar a la Verdad cuando la Verdad hablaba.

Rachel pensó en voz alta:

- -¿Acaso existe luz alguna, diferente de la del sol, que brille sobre la gente? ¿Son los seres humanos capaces de comprender la Verdad?
- -La luz verdadera es aquella que emana del hombre -respondió Kahlil-, y que revela al alma los secretos del corazón, tornándolo feliz y contenta con la vida. La Verdad es como las estrellas: no surge sino de las tinieblas de la noche. La Verdad es como todas las cosas bellas de este mundo: no revela sus deseos excepto a aquellos que sienten antes que nadie la influencia de la falsedad. La Verdad es una dama generosa que nos enseña a conformarnos con nuestra vida cotidiana y a compartir con nuestros semejantes la misma felicidad.
- -Muchos son los que viven de acuerdo con su bondad -respondió Rachel-, y muchos son los que creen que la compasión es la sombra de la Ley Divina revelada al hombre; sin embargo, ellos no gozan de sus vidas, pues permanecen miserables hasta la muerte.

Kahlil replicó :

- -Vanas son las creencias y enseñanzas que vuelven miserable al hombre, y falsa es la bondad que lo conduce al sufrimiento y desesperanza, pues es el destino del hombre ser feliz en esta tierra y hallar el camino hacia la felicidad y predicar su verdad dondequiera que vaya. Aquel que no halla el reino de los cielos en esta vida no lo hallará jamás en la vida futura. No somos exiliados en esta tierra, sino inocentes criaturas de Dios, prestas a aprender cómo adorar al espíritu eterno y sagrado, y descubrir en la belleza de la vida los secretos ocultos en nosotros mismos. Esta es la verdad que aprendí de las enseñanzas del Nazareno. Esta es la luz que surgió en lo íntimo de mi ser e iluminó los oscuros rincones del convento que amedrentaban mi vida. Este es el secreto oculto que los maravillosos campos y valles me revelaron

cuando estaba hambriento, sólo y gimiendo a la sombra de los árboles. Esta es la religión que el convento debería divulgar, como Dios lo quiso, como Jesús lo enseñó. Cierta día, con mi alma segura de las celestiales bellezas de la Verdad, me presenté bravamente ante los monjes reunidos en el jardín, y criticé su equivocado comportamiento diciéndoles: ¿Por qué pasáis vuestros días en este sitio y os regocijáis con la condición de los pobres, saboreando el pan que ellos amasaron con el sudor de sus cuerpos y las lágrimas de sus corazones? ¿Por qué vivís a la sombra del parasitismo y segregados de los que necesitan instrucción? ¿Por qué priváis a la nación de vuestra ayuda? Jesús os ha enviado para que seáis corderos entre los lobos: ¿cómo os ha convertido en lobos entre corderos? ¿Es que huís de la humanidad y del Dios que os creó? Si sois en verdad más buenos que aquellos que transitan el sendero de la vida, deberíais acercaros a ellos y mejorar sus vidas; pero si pensáis que ellos son mejores que vosotros, deberíais estar deseosos de aprender de ellos. ¿Por qué hacéis votos de pobreza, y luego olvidáis lo que habéis prometido y vivís en el lujo? ¿Por qué juráis obedecer a Dios y luego os rebeláis contra todo lo que significa la religión? ¿Por qué adoptáis la virtud como vuestro mandamiento cuando vuestros corazones están llenos de pecado? Simuláis martirizar vuestros cuerpos cuando en realidad matáis vuestras almas. Os comprometéis a abjurar de las cosas terrenas, mas vuestros corazones exudan avaricia. Hacéis que vuestros semejantes crean en vosotros pues os consideran sus maestros religiosos; en verdad, sois como el ganado que se olvida de aprender por pastar en las verdes y hermosas praderas. Restituyamos a los necesitados las vastas tierras del convento y devolvámosles la plata y el oro que les robamos. Abandonemos nuestra reclusión y sirvamos al débil que nos concedió fortaleza, y purifiquemos la nación que habitamos. Enseñemos a esta miserable nación a sonreír y a gozar de los privilegios celestiales, la libertad y la gloria de la vida. "Las lágrimas de nuestros semejantes son más bellas y están más próximas a Dios que la paz y la tranquilidad a las que os habéis acostumbrado en este sitio. La compasión que conmueve el corazón de nuestros prójimos es más suprema que la virtud oculta en los rincones más recónditos del convento. Una palabra compasiva al débil criminal o la prostituta es más noble que las fútiles e interminables plegarias que repetís automáticamente cada día en el templo.

En este punto del relato, Kahlil suspiró profundamente. Luego elevó los ojos hacia Rachel y Miriam y dijo:

- -Mientras decía todas estas cosas a los monjes, éstos me escuchaban con perplejidad, como si no pudieran convencerse de que un joven se atreviera a pronunciar palabras tan audaces. Cuando terminó uno de los monjes se adelantó y me dijo con enfado:
- -."¿Cómo te atreves a hablar de ese modo en nuestra presencia?"

Y otro rió y agregó:

- -."¿Has aprendido esto de las vacas y los cerdos que cuidas en los campos?"

Y un tercero se irguió y me amenazó diciendo:

- -."¡Seréis castigado, hereje!"
- -Luego se dispersaron como huyendo de un leproso. Algunos se quejaron ante el superior, quien me mandó llamar al atardecer. Los monjes se regocijaban por adelantado de mi sufrimiento, y el júbilo hinchó sus rostros cuando ordenaron azotarme y encarcelarme por cuarenta días y cuarenta noches. Me condujeron a una celda oscura donde pasé los días yaciendo en una cueva que no me permitía ver la luz. No podía distinguir el fin de la noche del comienzo del día, y no podía percibir nada, excepto a los insectos arrastrándose bajo mis pies. Nada podía escuchar, salvo

el sonido de los pasos, cuando me traían, tras largos intervalos, un mendrugo de pan y un poco de agua mezclada con vinagre. Cuando salí de la prisión me encontraba débil y enfermo, y los monjes creyeron que me habían curado de pensar, y que habían matado el deseo de mi alma. Pensaron que el hambre y la sed habían sofocado la bondad que Dios depositó en mi corazón. Durante mis cuarenta días de soledad me esforcí por hallar un método que ayudara a los monjes a ver la luz y a oír la verdadera melodía de la vida, pero todas mis reflexiones fueron en vano, pues el velo espeso que los siglos habían tejido en sus ojos no podrá rasgarse en tan poco tiempo; y el mortero con el que la ignorancia había ensordecido sus oídos era demasiado sólido y no podía romperse con el roce de suaves dedos.

Se hizo silencio un instante, y luego Miriam miró a su madre como pidiéndole permiso para hablar.

Entonces dijo:

- -Debes haber hablado de nuevo a los monjes, ya que ellos eligieron una noche tan terrible para desterrarte del convento. Deberían aprender a ser bondadosos aun con sus enemigos.
- -Esta noche *-respondi Kahlil-*, mientras la atronadora tormenta y los aguerridos elementos luchaban en el cielo, abandoné a los monjes reunidos junto al fuego, relatándose cuentos e historias humorísticas. Al verme solitario, comenzaron a divertirse a costa mía. Yo leía los Evangelios y meditaba acerca de las bellas palabras de Jesús que me hacían olvidar momentáneamente la clera de la naturaleza y los beligerantes elementos del cielo, cuando se me acercaron con intenciones de ponerme en ridículo. Los ignoré tratando de ocupar mi mente y de mirar a través de la ventana, pero ellos se enfurecieron, pues mi silencio acallaba las risas de sus corazones y los sarcasmos de sus labios. Uno de ellos dijo:
- -.¿Qué lees, Gran Reformador?. En respuesta a esta pregunta, abrí el libro y leí en voz alta el siguiente trozo: "Pero al ver que muchos fariseos y saduceos acudían a su bautismo, él les dijo: Oh raza de víboras, ¿quién os ha aconsejado huir de la ira por venir? Traed pues ofrendas y arrepentíos; y no penséis en deciros a vosotros mismos Abraham es nuestro padre; pues yo os digo que Dios puede hacer que de estas piedras nazcan los hijos de Abraham. También el hacha se clava en las raíces de los árboles; y todo árbol que no produzca buenos frutos es derribado y arrojado al fuego".

Al leerles las frases de Juan el Bautista, los monjes enmudecieron como si una mano invisible estrangulara sus espíritus, mas se revistieron de falso valor y comenzaron a reírse. Uno de ellos dijo:

- -. Hemos leído muchas veces esas frases, y no necesitamos que un pastor nos las recuerde .

Entonces protesté

- -.Si hubierais leído estas frases y hubierais comprendido su significado, los pobres aldeanos no hubieran muerto de hambre y frío.

Al decir esto, uno de los monjes me abofeteó como si yo hubiera hablado pestes de los sacerdotes; otro me dio un puntapié y un tercero me arrebató el libro, y un cuarto llamó al superior quien corrió apresurado, trémulo de ira. Gritó :

- Coged a este rebelde y echadlo de este sitio sagrado, y dejad que la furia de la tormenta le enseñe obediencia. Arrojadlo a la intemperie y dejad que la naturaleza sea un instrumento de la voluntad Divina, y luego purificad vuestras manos de los gómenes ponzoñosos de la hereja que infectan sus vestiduras. Y si regresan

clamando perd n, no le abrÆs las puertas, pues la v bora. que estuvo prisionera no se convierte jamÆ en paloma, ni la zarza prende si se la planta en un viædo.

La orden se cumpli estrictamente, fui arrastrado hacia fuera del convento ante las risas de los monjes.

Antes de que cerraran la puerta detrÆ de m , escuchØ que uno de ellos dec a:

- -. Ayer eras el rey de las vacas y los cerdos, y hoy estÆ destronado, oh Gran Reformador; ve ahora y er gete en rey de los lobos y ensØales a vivir en sus cubiles .

Kahlil suspir profundamente, luego volvi el rostro hacia las llamas del fuego. Con voz dulce y agradable, y con pÆido semblante, dijo:

- -As fue c mo me desterraron del convento, y as fue c mo los monjes me dejaron librado a las garras de la Muerte. LuchØ a ciegas a travØ de la negra noche; el fuerte viento rasgaba mi hÆbito y la nieve acumulada aprisionaba mis pies, y continu empujÆdome hasta que finalmente ca , gritando con desesperaci n. PensØ que nadie me habra escuchado excepto la Muerte, pero un padre sabio y piadoso hab a escuchado mi llamada. Ese poder no quiso que muriera sin antes saber quØ queda de los secretos de la vida. Ese poder fue el que os envi a salvar mi vida de las profundidades del abismo y de la nada.

Rachel y Miriam se sintieron como si sus esp ritus comprendieran el misterio del alma del joven, compartieron sus sentimientos y lo comprendieron. No pudiendo contenerse mÆ, Rachel se inclin y tocÆdole tiernamente su mano mientras las lÆgrimas rodaban por su rostro, le habl :

- -Aquel que ha sido elegido por los cielos como el defensor de la Verdad, no perecerÆen manos de las tormentas y la nieve de los mismos cielos.
- -Las tormentas y la nieve pueden matar a las flores, pero no a las simientes, pues la nieve las protege de la asesina escarcha -agreg Miriam.

El rostro de Kahlil se ilumin al or aquellas palabras de aliento.

- -Si vosotras no me considerÆs rebelde y hereje como los monjes me consideraron -dijo entonces-, la persecuci n de que fui objeto en el convento es el smbolo de una naci n oprimida que a n no ha logrado alcanzar la madurez; y esta noche en que estuve al borde de la muerte es como la revoluci n que precede a la justicia. Del coraz n de una mujer sensible surge la felicidad de la humanidad, y de la bondad de su noble esp ritu el afecto que debe reinar entre los hombres.

Cerr los ojos y se recost en la almohada; las dos mujeres no lo perturbaron con su conversaci n, pues saban que la larga exposici n a la intemperie lo hab a extenuado. Kahlil durmi como un niæo extraviado que finalmente halla protecci n en brazos de su madre. Rachel y su hija se encaminaron lentamente hacia sus lechos y all se sentaron a observarlo, como si hubieran hallado en ese rostro atormentado un imÆ que atrajera sus corazones.

- -Sus ojos poseen una curiosa fuerza que habla en silencio y estimula los deseos del alma -susurr la madre.
- -Sus manos son, madre, como las de Cristo en el templo -dijo Miriam.
- -En su rostro se funden la ternura de la mujer y la audacia del hombre -repl ic la madre.

Y en alas del sueæo las mujeres se trasladaron al mundo de la fantas a, y el fuego se extingui hasta no ser nada mÆ que cenizas, mientras la luz de la lÆmpara de aceite se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Afuera la furiosa tempestad bramaba y los cielos tenebrosos arrojaban c mulos de nieve que el viento dispersaba por doquier.

I V

Cinco días habían pasado, y de los cielos aún descendía la nieve sepultando implacable montañas y praderas. Kahlil intentó tres veces despedirse y proseguir su viaje hacia la llanura, pero Rachel lo detenía a cada instante diciéndole:

- -No ofrendes tu vida a los elementos ennegrecidos, hermano; quédate aquí, pues el pan que alcanza para dos también alimenta a tres, y el fuego que arde antes de tu llegada seguirá ardiendo después de tu partida. Somos pobres, hermano, pero al igual que el resto de los hombres, vivimos nuestras vidas de cara al sol y a la humanidad, y Dios nos da el pan de cada día.

Y Miriam le rogaba con enternecedoras miradas y profundos suspiros, porque desde que el joven había entrado a la choza, ella había sentido en su alma la presencia de un poder divino que colmaba de luz a su corazón, y que despertaba renovados sentimientos en el santuario de su espíritu. Por primera vez experimentaba el sentimiento que convirtió a su corazón en una rosa inmaculada que bebe las gotas de rocío de la mañana y exhala su fragancia al vasto firmamento. No hay afecto más puro y apacible para el espíritu que el que se oculta en el corazón de una doncella, quien despierta súbitamente con el espíritu desbordante de la melodía celestial que transforma sus días en poéticos sueños y llena sus noches de profecías. No hay secreto más bello y poderoso en el misterio de la vida que ese vínculo que convierte el silencioso espíritu de una virgen en la perpetua vigilia que nos hace olvidar el pasado, pues enciende en nuestros corazones una prodigiosa y a la vez abrumadora confianza en el futuro inmediato.

Es la simpleza lo que distingue a las libanesas de las mujeres de cualquier otra nación. Las características de su formación limitan el progreso de su educación y obstaculizan su futuro. Es por esta razón, sin embargo, que a menudo se sorprende explorando las inclinaciones y los misterios de su corazón. La joven libanesa es como una fuente que surge del centro mismo de la tierra, y sigue su curso entre sinuosas depresiones, pero al no hallar salida al mar, se transforma en un lago de aguas apacibles en cuya creciente superficie se reflejan los astros rutilantes. Kahlil percibió las vibraciones del corazón de Miriam enlazando quedamente su alma, y supo que la antorcha divina que había iluminado su corazón también había rozado el de ella. Se llenó de júbilo por primera vez, como un arroyo sediento se regocija con la lluvia, pero de inmediato censuró su propia premura, pensando que esa comprensión espiritual se desvanecería como una nube cuando partiera de la aldea. Con frecuencia se decía: "¿Qué misterio es éste que rige una parte tan importante de nuestras vidas? ¿Qué Ley es ésta que nos arroja a un sendero pedregoso y nos detiene justo antes de que veamos jubilosos el rostro del sol? ¿Qué poder es éste que sonriente y glorioso eleva nuestros espíritus hasta la cima de las montañas, aunque luego nos despertemos gimientes y doloridos en las profundidades del valle? ¿Qué vida es ésta que nos rodea hoy como un amante y mañana como un enemigo? ¿No fui ayer perseguido? ¿No sobreviví al hambre y la sed y el sufrimiento y la desidia en aras de la Verdad que los cielos han revelado a mi corazón? ¿Acaso no dije a los monjes que la felicidad que proporciona el conocimiento de la Verdad es la voluntad y el propósito de Dios? ¿Entonces por qué este miedo? ¿Y por qué cierro los ojos a la luz que emana de los de esa mujer? Soy un descastado y ella es pobre, pero ¿es que sólo de pan vive el hombre? ¿Acaso no somos entre la escasez y la abundancia como árboles entre invierno y verano? ¿Qué dirá Rachel si supiera que mi corazón y el de su hija se comprenden en silencio, y se aproximan al

crucero de la Luz Suprema? ¿Qué diría si descubriera que el joven a quien salvó anhela adorar a su hija? ¿Qué dirían los aldeanos simples si supieran que un joven desechado en un convento llegó a su aldea movido por la necesidad y desea vivir junto a una hermosa doncella? ¿Me escucharán si les dijera que aquel que abandona el convento para vivir con ellos es como el ave que traspasa los sólidos muros de su jaula y huye hacia la luz de la libertad? ¿Qué diría Sheik Abbas si oyera mi historia? ¿Y qué dirían los sacerdotes de la aldea si supieran la causa de mi destierro? Así hablaba Kahlil consigo mismo, sentado junto al fuego y contemplando las llamas, símbolo de su amor. Y Miriam de vez en cuando lo miraba de soslayo, leyendo el rostro de sus pensamientos, y sintiendo la intensidad de su amor, aunque cuando no se pronunciara ni una sola palabra. Una noche, mientras Kahlil permanecía en la pequeña ventana que daba al valle donde árboles y rocas parecían cubiertos con blancas mortajas, Miriam se acercó y se detuvo junto a él, mirando el cielo. Cuando sus ojos se encontraron, el joven suspiró profundamente y cerró los ojos como si su alma navegara por el vasto firmamento en busca de una palabra. Descubrió que sobraban las palabras, pues el silencio hablaba por ellos. Miriam se decidió a hablar:

- -¿Hacia dónde iré cuando la nieve se deshaga en arroyos y se sequen los senderos? El abrí los ojos, fijé los ojos en el borde de la línea del horizonte, y expliqué:

- -Seguiré mi camino hacia dónde el destino y mi devoción por la Verdad me conduzcan.

Miriam suspiró tristemente.

- -¿Por qué no te quedas aquí y vives junto a nosotras? -dijo-. ¿Es que acaso estás obligado a ir a otro sitio?

Se sintió llevado por esas palabras amables y tiernas, pero reaccionó:

- -Los aldeanos no aceptarán a un monje desterrado como yo, y no me permitirán respirar el aire que ellos respiran, porque piensan que todo enemigo del convento es un infiel, maldonado por Dios y los santos.

Miriam permaneció en silencio, pues la Verdad que la atormentaba le impedía continuar hablando. Luego Kahlil se volvió y explicó:

- -Los que tienen autoridad, Miriam, enseñan a estos aldeanos a odiar a todo el que tenga pensamientos propios; se los instruye a permanecer apartados de aquellos cuya mente vuela con libertad; Dios no desea ser alabado por el ignorante imitador de otros; si yo permaneciera en esta aldea y pidiera a sus habitantes que alabaran a quien quisieran, dirían de mí que soy un infiel que desconoce la autoridad con que Dios invistió al sacerdote. Si les pidiera que prestaran atención a la voz de sus corazones y que se comportaran de acuerdo a los mandatos de sus almas, dirían que soy un malvado cuyo único propósito es alejarlos del clero que Dios colocó entre el cielo y la tierra. -Kahlil fijó sus ojos en los de Miriam, y con voz semejante al sonido de cuerdas de plata, dijo. -Pero Miriam, hay en esta aldea un mágico poder que me ha capturado y se ha apoderado de mi alma.; un poder divino que me ha hecho olvidar los pesares. En esta aldea vi el rostro de la Muerte cara a cara, y en este sitio mi alma abrazó el espíritu de Dios. Hay en esta aldea una hermosa flor nacida del suelo fértil; su belleza atrae mi corazón y su fragancia colma mis dominios. ¿Debo abandonar esta inapreciable flor y salir a predicar las ideas que provocaron mi expulsión del convento, o debo permanecer junto a esa flor y cavar una tumba y sepultar mis pensamientos y creencias entre las espinas circundantes? ¿Qué debo hacer, Miriam?

Al oír estas palabras, Miriam se estremeció como el lirio ante la brisa juguetona del

alba. Su corazón se encendió a través de sus ojos cuando dijo con voz trémula:

- -Ambos estamos en manos de una misteriosa y despiadada fuerza. Dejemos que se cumpla su voluntad.

En ese momento los dos corazones se unieron y poco después sus espíritus se fundieron en una antorcha encendida que iluminaba sus vidas.

V

Desde el principio de la creación y hasta nuestros días, ciertos clanes de heredadas riquezas, en complicidad con el clero, se han erigido en administradores del pueblo. Es una herida antigua y honda en el corazón de la sociedad que no podrá cicatrizar mientras exista la ignorancia. Aquel que adquiere sus riquezas por herencia, construye su mansión con el menguado dinero de los pobres. El clérigo erige su templo sobre las tumbas y los huesos de los devotos feligreses. El príncipe maniató los brazos del labriego mientras el sacerdote le vacía los bolsillos; el gobernante contempla a los hijos de los campos con el ceño fruncido, y el obispo los consuela con una sonrisa, y entre el ceñudo tigre y el sonriente lobo perece el rebaño; el gobernante se erige en dueño de las leyes, y el sacerdote en ministro de Dios, y entre ellos los cuerpos se destrozan y las almas se desvanecen en la nada.

En el Libano, esa montaña rica de luz y pobre de conocimientos, el noble y el sacerdote aunaban esfuerzos para explotar al labriego que trabajaba la tierra y cosechaba el cereal para protegerse de la espada del gobernante y el castigo del sacerdote. El rico libanés se paró orgulloso junto a su palacio y llamó a la multitud para decirles:

- .-"El Sultán me ha designado vuestro señor."

Y el sacerdote de pie ante el altar, dice:

- .-"Dios me ha escogido como guía de vuestras almas."

Mas los libaneses permanecen en silencio, porque los muertos no hablan. Sheik Abbas era el amigo del alma de los sacerdotes, pues ellos eran sus aliados para reprimir la sabiduría del pueblo y revivir el espíritu de ciega obediencia entre los labriegos. Aquella noche en que Kahlil y Miriam marcharon se aproximaban al trono del Amor mientras Rachel los contemplaba con mirada afectuosa, el Padre Elias informaba a Sheik Abbas que el superior del convento había expulsado a un joven rebelde que había hallado refugio en casa de Rachel, la viuda de Samaan Ramy. E insatisfecho con la escasa información que había proporcionado al Sheik comentó :

- .-"El demonio que hemos expulsado del convento no podrá convertirse en Ángel en esta aldea, así como el árbol derribado y arrojado al fuego no da frutos mientras se quema. Si deseamos desterrar de la aldea a animales e indeseables, debemos echarlo como hicieron los monjes.
- -¿Estás seguro de que el joven ejerce una nefasta influencia sobre nuestro pueblo? ¿No será más conveniente retenerlo y hacerlo trabajar en los viñedos? -*inquirió el Sheik*-. Necesitamos hombres fuertes. El rostro del sacerdote reveló su desagrado. Mientras se acariciaba la barba con los dedos, dijo con astucia:
- -Si fuera apto para el trabajo, no hubiera sido expulsado del convento. Un estudiante que trabaja en el convento y que anoche fue mi huésped por azar, me informó que este joven había violado las órdenes del superior predicando ideas peligrosas entre los monjes. Lo citó diciendo: "*Devolved a los pobres los campos y viñedos y las riquezas del convento y esparcidlos a los cuatro vientos; y ayudad a aquellos que no tienen instrucción; si hacéis esto, halagaréis al Padre que está en los Cielos.*"

Al escuchar estas palabras, Sheik Abbas se puso de pie violentamente, y como un tigre acechando a su víctima, se fue hacia la puerta y llamó a los sirvientes ordenando que acudieran de inmediato.

Aparecieron tres hombres, a quienes el Sheik ordenó:

- .-En la casa de Rachel, la viuda de Samaan Ramy, hay un joven que viste hábito de monje. Apresadlo y traedlo aquí. Si la mujer se resiste, cogedla de los cabellos, arrojadla a la nieve y traedla aquí, juntamente con el joven, pues quien ayuda a la maldad es la maldad misma.

Los hombres se inclinaron respetuosamente y se encaminaron presurosos hacia la casa de Rachel, mientras el Sheik y el sacerdote discutían acerca de la clase de castigo que impondrían a Kahlil y Rachel.

V I

El día había huido y la noche se había instalado cubriendo de sombras las miserables chozas sumergidas en la espesura de la nieve. Finalmente las estrellas poblaron el cielo, como la esperanza en la eternidad futura puebla nuestra existencia después de experimentar la agonía de la muerte. Las puertas y ventanas estaban cerradas, pero adentro las lámparas encendidas. Los labriegos se hallaban junto al fuego que caldeaba sus cuerpos. Rachel, Miriam y Kahlil estaban sentados a la rústica mesa de madera comiendo su cena, cuando se oyó un golpe en la puerta y tres hombres entraron. Rachel y Miriam se asustaron, pero Kahlil se mantuvo en calma, como si la llegada de los hombres no le sorprendiera. Uno de los sirvientes del Sheik se dirigió hacia Kahlil, le apoyó las manos en los hombros y preguntó:

- .-¿Tú eres el que ha sido expulsado del convento?
- .-Sí, soy yo. ¿Qué buscáis?
- .-Tenemos órdenes de arrestarte y de llevarte ante Sheik Abbas, y si te resistes te arrastraremos. -respondió el hombre. Rachel palideció y exclamó:
- .-¿Qué crimen ha cometido, y por qué queréis atarlo y arrojarlo a la nieve?

Las dos mujeres clamaron con voz gimiente diciendo:

- .-Es uno solo mientras vosotros sois tres, y es propio de cobardes hacerlo sufrir.

El hombre se encolerizó y vociferó:

- .-¿Es que existe mujer alguna en esta aldea que se oponga a las órdenes del Sheik? Entonces extrajo una soga y comenzó a atar las manos de Kahlil. Kahlil levantó orgulloso el rostro, y una apesadumbrada sonrisa pareció dibujarse en los labios cuando dijo:

- .-Siento pena pues sois un instrumento ciego y poderoso en manos de un hombre que oprime a los débiles con la fuerza de vuestros brazos. Sois esclavos de la ignorancia. Ayer yo era como vosotros, pero mañana vosotros seréis libres como yo lo soy ahora. Hay entre nosotros un abismo profundo que ahoga mi voz de ruego y os oculta mi realidad. Eso os impide oír o ver. Aquí me tenéis, atad mis manos y haced lo que os plazca.

Los tres hombres se conmovieron con sus palabras y parecía como si su voz hubiera despertado en ellos un nuevo espíritu; pero la voz de Sheik Abbas aún resonaba en sus oídos conminando a completar su misión. Ataron sus manos y lo condujeron en silencio hacia el exterior, sintiendo el peso de sus conciencias. Rachel y Miriam los acompañaron hasta la casa del Sheik, como las hijas de Jerusalén acompañaron a Cristo hasta el Calvario.

VII

Las noticias, tengan o no importancia, se divulgan rápidamente entre los habitantes de las pequeñas aldeas, pues el estar alejados de la sociedad los hace comentar con ansiedad entre ellos los acontecimientos de sus limitados dominios. En invierno, cuando los campos descansan bajo un manto de nieve y la vida humana se refugia y se guarece junto al fuego, los aldeanos sienten la imperiosa necesidad de enterarse de las últimas novedades para permanecer ocupados.

Poco después de que Kahlil fuera arrestado, la noticia se difundió entre los aldeanos como una epidemia. Abandonaron sus cabañas como un ejército proveniente de todas las direcciones para dirigirse hacia la casa del Sheik Abbas. Cuando Kahlil penetró en la casa del Sheik, el lugar ya estaba repleto de hombres, mujeres y niños deseosos de echar una mirada al infiel que había sido expulsado del convento. También estaban ansiosos por ver a Rachel y a su hija, quienes lo habían ayudado a contagiar la peste diabólica de la hereja en el cielo puro de su aldea.

El Sheik se ubicó en el asiento principal y junto a él se sentó el Padre Elias, mientras la muchedumbre contemplaba al joven maniatado que valientemente permanecía ante sus ojos. Rachel y Miriam, de pie detrás de Kahlil, temblaban de miedo. ¿Pero qué daño puede causar el miedo al corazón de una mujer que halla la Verdad y siguió sus huellas? ¿Qué daño puede causar la desidia de la multitud al alma de una doncella a quien ha sorprendido el Amor? Sheik Abbas miró al joven y lo interrogó con voz atronadora:

- .-¿Cómo te llamas, hombre?
- .-Mi nombre es Kahlil -respondió el joven.

¿Quiénes son vuestros padres y familiares, y dónde nacisteis? -preguntó el Sheik.

Kahlil se volvió hacia los labriegos que lo miraban llenos de odio, y dijo:

- .-Los pobres y oprimidos son mi clan y familiares, y he nacido en esta vasta nación.

Sheik Abbas dijo, con un dejo de sorna:

- .-Aquellos a quienes has reconocido como vuestros parientes piden que seáis castigado, y la nación que has proclamado como vuestro lugar de nacimiento se opone a que forméis parte de su pueblo.
- .-Las naciones ignorantes castigan a sus mejores ciudadanos y los entregan a sus dióspotas; y la nación gobernada por un tirano, persigue a aquellos que tratan de liberar a su pueblo de las garras de la esclavitud. ¿Pero es capaz un buen hijo de abandonar a su madre si ella está enferma? ¿Puede el piadoso negar a su hermano miserable? Esos pobres hombres que me arrestaron y me trajeron hoy hasta aquí son los mismos que ayer se sometían a ti. Y esta tierra ilimitada que desconoce mi existencia es la misma que no traga ni engulle a los ávidos dióspotas.

El Sheik profirió una risa penetrante, como si quisiera desahuciar al joven e impedirle que influenciara a la concurrencia. Se volvió hacia Kahlil y dijo tratando de impresionar:

- .- ¡Ah! cuidador de ganado, ¿acaso pensáis que seremos más clementes que los monjes que os expulsaron del convento? ¿Acaso pensáis que nos compadeceremos de un peligroso agitador?
- .-Es verdad que he cuidado del ganado, pero me siento feliz de no ser carnicero. He conducido mis rebaños a las ricas praderas y jamás pastaron en tierras áridas. Los he llevado a beber de los más cristalinos manantiales y nunca a los apestados pantanos. Al atardecer regresaban a salvo a los establos y jamás los abandonaba en los valles para que fueran presa de los lobos. Así he tratado a los animales; y si vosotros

hubierais seguido mi ejemplo y hubierais tratado a los seres humanos como yo traté a mis rebaños, esta pobre gente no viviera en humildes cabañas ni sufriera los tormentos de la pobreza, mientras vosotros vivís como Nerón en esta deslumbrante mansión.

La frente del Sheik relucía con gotas de sudor, y su contrariedad se transformó en ira, pero se esforzó por mantener la calma simulando no prestar atención a las palabras de Kahlil, y se volvió a exclamar :

- .-Eres un hereje, y no escucharemos vuestras ridículas palabras; te hemos mandado traer para que seas juzgado como un criminal, y aquí estás en presencia del Amo de esta aldea investido como el representante de vuestra Excelencia el Emir Ameen Shehad. Te hallas ante el Padre Elías, ministro de la Sagrada Iglesia a cuyas enseñanzas te opones. Ahora, defiéndete o hincate de rodillas ante esta gente y te perdonaremos y nombraremos cuidador de ganado, igual que cuando estabas en el convento.
- .-Un criminal no puede ser juzgado por otro criminal -respondió Kahlil con tranquilidad-, así como el ateo no puede defenderse ante los pecadores. Kahlil miró a la concurrencia y dijo: -Hermanos: el hombre a quien llamáis Señor de vuestros campos, y a quien a vosotros habéis sometido por largo tiempo, me ha traído para juzgarme a este edificio construido sobre las tumbas de vuestros antepasados. Y aquel que se convirtió en pastor de vuestra iglesia con su fe, ha venido a juzgarme y a ayudaros a humillarme y a aumentar mis sufrimientos. Os habéis apresurado a venir a este sitio desde donde estuvierais para verme sufrir y clamar misericordia. Habéis abandonado vuestro hogares para ver maniatado a vuestro hijo y hermano. Habéis venido a ver la presa estremeciéndose en las garras de una bestia feroz. Habéis venido aquí esta noche para regocijaros con el infiel que está de pie ante los jueces. Yo soy el criminal y hereje expulsado del convento. La tempestad me trajo hasta vuestra aldea. Escuchad mi defensa, y no seáis piadosos pero sí justos, pues la piedad se concede al criminal, mientras que la justicia es la recompensa del inocente.
- "Os selecciono ahora para que seáis mis jueces, pero la voluntad del pueblo es la voluntad de Dios. Revivid vuestros corazones y escuchad atentamente y luego procesadme de acuerdo con lo que os dicte la conciencia. Os han dicho que soy un infiel, pero no os han informado de qué crimen o pecado soy culpable. Me habéis visto maniatado como un ladrón, pero nada sabéis de las calumnias de que fui objeto, sin embargo los castigos surgen atronadores. Mi crimen, queridos compatriotas, es haber comprendido vuestra desdicha, pues he sentido en carne propia el peso de las cadenas que os oprimen. Mi pecado es el sincero pesar por vuestras mujeres; es la compasión por vuestros niños que beben de los pechos la vida mezclada con la sombra de la muerte. Soy uno de vosotros, y mis antepasados habitaron estos valles y murieron bajo el mismo yugo que ahora aprisiona vuestras cabezas. Creo en Dios que escucha el llanto de las almas dolientes, y creo en las Escrituras que nos hermanan en el cielo. Creo en las enseñanzas que nos hacen semejantes y que nos dejan en libertad sobre la tierra, donde transita cauteloso el Señor.
- "Mientras cuidaba las vacas del convento, y contemplaba la sufriente condición que soportáis, escuché el grito desesperado que venía de vuestras humildes moradas: el grito de almas oprimidas, el grito de corazones ultrajados aprisionados en vuestros cuerpos como esclavos del señor de estos campos. Al mirar me hallé en el convento

y a vosotros en los campos, y os vi como a un rebaño persiguiendo al lobo que huye hacia su cubil; y al detenerme en medio del camino para socorrer a las ovejas, pedí ayuda a gritos, pero el lobo me atacó con sus afilados colmillos.

- "He sobrevivido a la prisión, al hambre y la sed en aras de la verdad que sólo hiere al cuerpo. He padecido lo indecible porque transformé vuestros quejosos suspiros en voz enérgica que sacudí con su eco los muros del convento. Nunca sentí miedo ni cansancio porque vuestro doliente llanto inyectaba cada día renovada fuerza a mi corazón rejuveneciéndolo. Podéis preguntaros: ¿Quién de nosotros ha pedido socorro alguna vez, y quién se atreve a despegar los labios? Pero yo os digo que vuestras almas gimen cada día y cada noche, aunque vosotros no podéis oírlas, pues los que agonizan no pueden escuchar los latidos quejumbrosos de sus corazones que sin embargo, son escuchados por quienes se encuentran a su lado. El ave mutilada, pese a sus esfuerzos danza penosamente sin saber por qué pero los testigos de esa danza conocen su origen. ¿En qué momento del día no suspiráis dolorosamente? ¿Es acaso por la mañana, cuando el amor a la vida, rasgando el velo que cubre vuestros ojos, os llama para conducirnos a los campos como esclavos? ¿Es acaso al mediodía, cuando deseáis sentaros a la sombra de los árboles para protegeros del sol abrasador? ¿O es acaso al atardecer, cuando regresáis hambrientos a vuestros hogares, anhelando un sustancioso plato de comida en vez de un magro bocado y agua impura? ¿O por las noches, cuando la fatiga os arroja sobre vuestras camas maltrechas, y ni bien el cansancio cierra vuestros párpados, volvéis a incorporaros desvelados temiendo que la voz del Sheik retumbe en vuestros oídos? ¿En qué estación del año no os lamentáis de vuestra suerte? ¿Es acaso en primavera, cuando la naturaleza se viste primorosa y, salís a su encuentro con harapientos vestidos? ¿O es en verano, cuando recogéis el trigo y el maíz y colmáis con ellos los graneros de vuestro señor, para recibir en recompensa sólo heno y paja? ¿Es acaso en otoño, cuando recogéis los frutos y lleváis las uvas al lagar, y recibís a cambio una jarra de vinagre y un saco de marlos? ¿O en invierno, cuando, confinados en vuestra cabaña sepultadas bajo la nieve, os sentáis junto al fuego y tembláis cuando los cielos enfurecidos os conminan más allá del límite de vuestras mentes débiles?
- "Esta es la vida de los pobres; este es el llanto perpetuo que escucho. Esto es lo que impulsa a mi espíritu a rebelarse contra los opresores y despreciar su conducta. Cuando pedí a los monjes que se apiadaran de vosotros, pensaron que era ateo, y me respondieron con la expulsión. Hoy he venido aquí a compartir con vosotros esta vida de miserias, y a mezclar mis lágrimas con las vuestras. Aquí estoy, en las garras de vuestro peor enemigo. ¿Habéis reparado en que esta tierra que trabajáis como esclavos les fue arrebatada a vuestros padres cuando las leyes se escribían sobre el filo de la espada? Los monjes engañaron a vuestros antepasados y los despojaron de campos y viñedos cuando las leyes religiosas se escribían en los labios de los sacerdotes. ¿Qué hombre o mujer no está bajo las órdenes del Señor de los campos quien los conmina a cumplir la voluntad de los sacerdotes? Dios dijo: "Comeréis vuestro pan con el sudor de vuestras frentes" Pero Sheik Abbas come el pan horneado con los años de vuestras vidas y bebe el vino que contiene vuestras lágrimas. ¿Es que Dios eligió a este hombre entre vosotros mientras se hallaba en el vientre de su madre? ¿O son acaso vuestros pecados los que os convirtieron en sus propiedades? Gratis habéis tomado y gratis brindaréis... "No acumuléis oro, ni plata ni cobre" ¿Entonces qué designios permiten a los sacerdotes vender sus plegarias a cambio de oro y plata? En el silencio de la noche, oraís diciendo: "Dadnos el pan de

cada día Dios os ha dado esta tierra de la que extraéis el pan de cada día, pero ¿de qué autoridad ha investido Él a los monjes para que os roben esta tierra y este pan?

- "Maldecís a Judas porque vendió a su Maestro por unas pocas monedas, pero bendecís a aquellos que lo venden cada día. Judas se arrepintió y se colgó por su mala acción, pero estos sacerdotes se yerguen orgullosos, usan hermosos atavíos resplandecientes de cruces que cuelgan de sus pechos. Enseñáis a vuestros hijos a amar a Cristo y al mismo tiempo los instruis para que obedezcan a los que se oponen a Sus enseñanzas y violan Sus leyes.
- "Los apóstoles de Cristo fueron lapidados para reviviros en el Espíritu Santo, pero los monjes y sacerdotes matan ese espíritu en vosotros para poder vivir a expensas de vuestra miserable condición. ¿Qué os ha persuadido a vivir en este Universo una vida llena de miseria y opresión? ¿Qué os urge a hincaros ante ese terrible dolor que ha sido erigido sobre los cadáveres de vuestros padres? ¿Qué tesoros os reserváis para vuestra posteridad?
- "Vuestras almas se hallan a merced de los sacerdotes, y vuestros cuerpos aprisionados entre las garras de los gobernantes. ¿Qué podéis señalar en la vida y decir: ¡Esto es malo! Queridos compatriotas, ¿conocéis acaso al sacerdote a quien teméis? Es un traidor que usa las Escrituras como una amenaza para apoderarse de vuestro dinero... un hipocrita que lleva una cruz y la usa como una espada para cortaros vuestras venas... un lobo disfrazado de cordero... un glotón que adora las mesas en lugar de los altares... una criatura hambrienta de riquezas capaz de seguir al dinar hasta las más remotas regiones... un ladrón que hurta a las viudas y los huérfanos. Es una extraña criatura, con pico de águila, garras de tigre, dientes de hiena y cuero de víbora. Apoderaos del Libro y rasgad sus vestiduras, y arrancadle la barba y haced de él lo que os plazca; luego colocad un dinar en su mano y os perdonará sonriente.
- "Abofeteadlo y escupidle y pisad sobre su cuello; luego invítadlo a sentarse a bordo de vuestro barco. Olvidaréis en el acto los agravios y cortaréis sus ataduras y llenaréis su estómago con vuestra comida.
- "Maldecidlo y ponedlo en ridículo; luego enviadle una jarra de vino y una canasta de frutas. Se olvidará de vuestros pecados. Cuando ve una mujer, se vuelve y dice: ¡Alá te de M!, oh hija de Babilonia! y luego se dice a sí mismo en un susurro: ¡El matrimonio es mejor que la codicia! Cuando ve a los jóvenes hombres y mujeres que acompañan la procesión del Amor, eleva los ojos al cielo y dice: ¡Vanidad de vanidades, ¡todo es vanidad! Y en soledad habla consigo mismo diciéndose: ¡Que las leyes y tradiciones que me privan de la dicha de la vida sean abolidas!
- "Predica entre su pueblo diciendo: ¡No juzguéis hasta no ser juzgados! Pero él juzga a todos aquellos que aborrecen sus acciones y los manda al infierno antes de que la Muerte los separe de la vida.
- "Cuando habla alza los ojos al cielo, pero al mismo tiempo sus pensamientos se arrastran como víboras en vuestros bolsillos.
- "Se dirige a vuestros hijos amados, pero su corazón está vacío de amor paternal, y sus labios no sonrieron jamás a un niño, ni sus brazos sostuvieron jamás un pequeño.
- "Os dice mientras sacude la cabeza: ¡Desprendémonos de las cosas terrenas, pues la vida es efímera como las nubes. Pero si lo miráis con detenimiento advertiréis que está fuertemente aferrado a la vida, lamentando, el pasado fugaz, condenando al presente veloz, y aguardando temeroso el porvenir.

- "Os conmina a ser caritativos cuando \emptyset desborda de riquezas, si vosotros garantizáis su pedido, os bendeciré públicamente, mas si os rehusáis os condenaré en secreto.
- "En el templo os pide que ayudéis al necesitado, mientras los necesitados rondan hambrientos su casa, aunque \emptyset no pueda verlos ni oírlos.
- "Vende sus plegarias, y aquel que no las compra es un descreído, desterrado del Paraíso.
- "Esta es la criatura a quien teméis. Este es el monje que chupa vuestra sangre. Este es el sacerdote que se persigna con la diestra y os ahorca con la siniestra.
- "Este es el pastor que concebís como vuestro siervo, mas \emptyset se erige en vuestro amo.
- "Esta es la sombra que rodea vuestras almas desde el nacimiento hasta la muerte.
- "Este es el hombre que vino a juzgarme esta noche, pues mi espíritu se había rebelado contra los enemigos de Jesús el Nazareno quien a todos nos ama y nos llama hermanos, y quien murió por nosotros en la Cruz.

Kahlil sintió que los corazones de los aldeanos lo habían comprendido; su voz se aclaró y retomó la palabra diciendo:

- Hermanos, bien sabéis que Sheik Abbas es el Amo de esta aldea reconocido por el Emir Shebab, representante del Sultán y Gobernador de la Provincia, pero yo os pregunto si alguno de vosotros ha visto el poder que reconocí al Sultán como el dios de la nación. Ese poder, compatriotas míos, no puede ser visto, ni oído, pero podéis percibir su presencia en lo profundo de vuestros corazones. Es ese poder que alabáis y honráis cada día diciendo: "Padre nuestro que estás en los cielos! Dios, vuestro Padre que está en los cielos es quien nombra a reyes y príncipes, pues \emptyset es todopoderoso. ¿Pero pensáis acaso que vuestro Padre, Quien os ama y os guía a través de Sus profetas por el sendero divino, desea que seáis oprimidos? ¿Creéis acaso que Dios, Quien ha hecho brotar la lluvia de los cielos, y el trigo de las semillas ocultas en el centro de la tierra, desea que sufráis el hombre para que otro hombre se regocije con Su bondad? ¿Creéis que el Espíritu Eterno, Quien os revela el amor de las esposas, la pena de los niños y la misericordia de nuestros semejantes, hubiera sido capaz de coronar a un tirano que os esclavice toda la vida? ¿Creéis acaso que la Ley Eterna que embellece la vida, os enviará a un hombre que os negará esa felicidad y que os conduzca a las oscuras antecámaras de la Muerte? ¿Creéis que la fuerza física con que os dotó la naturaleza, trasciende vuestros cuerpos para pertenecer a los ricos?
- "No podéis creer estas cosas, porque si así lo hicierais estaríais negando la justicia de Dios que nos hizo a todos iguales, y la luz de la Verdad que brilla sobre todos los habitantes de la tierra. ¿Qué os hizo luchar contra vosotros mismos, corazón contra alma, y socorrer a aquellos que os esclavizaron si Dios os puso libres sobre esta tierra?
- "¿Os hacéis justicia cuando eleváis vuestros ojos al Dios Todopoderoso llamado Padre, para luego volver el rostro e hincarse ante el hombre al que llamáis Señor?
- "¿Os contentáis, hijos de Dios, con ser esclavos del hombre? ¿Acaso Cristo no os llama hermanos? Sin embargo, Sheik Abbas os llama siervos. ¿Es que Jesús no os creó libres en el Espíritu y la Verdad? Sin embargo, el Emir os hizo esclavos de la corrupción y la vergüenza. ¿Es que Cristo no os glorificó para que pudierais entrar al reino de los cielos? ¿Entonces por qué descendéis a los infiernos? ¿Es que Él no iluminó vuestros corazones? ¿Entonces por qué ocultáis vuestras almas en la oscuridad? Dios ha puesto en vuestros corazones una antorcha encendida que

resplandece de belleza y sabiduría, y que explora los secretos de las noches y los días; es pecado extinguir esa antorcha y sepultarla bajo las cenizas. Dios ha dotado a vuestros espíritus de alas para volar por el vasto firmamento del Amor y la Libertad; es doloroso que mutiléis las alas con vuestras propias manos y que vuestros espíritus sufran arrastrándose como insectos sobre la tierra.

Sheik Abbas observaba consternado a los mudos aldeanos, e intentó interrumpirlo, pero Kahlil, inspirado, continuó :

- -Dios ha plantado en vuestros corazones la semilla de la Felicidad; es un crimen que arranquéis esa semilla y la arrojéis despiadadamente a las rocas para que el viento las disperse y las aves las recojan. Dios os ha dado hijos para que los criéis y les enseñéis la verdad y colméis sus corazones con lo más preciado de la existencia. Él quiere que les leguéis la dicha y las bondades de la Vida; ¿por qué es que son extranjeros en el sitio donde nacieron y entumecidas criaturas ante el rostro del Sol? Un padre que hace de su hijo un esclavo es un padre que da a su hijo una piedra cuando éste pide pan. ¿No habéis visto cómo las aves del cielo enseñan a sus pequeños a volar? ¿Por qué entonces enseñáis a vuestros hijos a arrastrar las cadenas de la esclavitud? ¿No habéis visto cómo las flores de los valles depositan las semillas en la tierra bañada por el sol? ¿Entonces por qué confináis a vuestros hijos en la tenebrosa oscuridad?

El silencio reinó por un instante, y parecía como si la mente de Kahlil estuviera abrumada de dolor. Pero esta vez, con voz débil y convincente continuó :

- .-Las palabras que pronuncie esta noche son las mismas que causaron mi expulsión del convento. Si el señor de vuestros campos y el pastor de vuestra iglesia me atrapara y me matara esta noche, moriré en paz y feliz de haber cumplido mi misión y de haberos revelado la Verdad que los demonios consideran un crimen. Ahora he cumplido la voluntad de Dios Todopoderoso.

Había en la voz de Kahlil un mágico mensaje que atraía el interés de los aldeanos. La dulzura de sus palabras había conmovido a las mujeres que lo consideraban el mensajero de la paz, y tenían los ojos llenos de lágrimas.

Sheik Abbas y el Padre Elías se estremecían de ira. Al concluir, Kahlil se adelantó unos pasos y se acercó a Rachel y Miriam. El silencio había ganado el estrado, y parecía como si el espíritu de Kahlil hubiera ganado el vasto recinto y liberara las almas de la multitud del temor que Sheik Abbas y el Padre Elías les infundía, mientras éstos temblaban culpables y perplejos.

El Sheik se puso de pies bitamente, y los aldeanos pudieron ver la palidez de su rostro. Dirigiéndose a los hombres que lo rodeaban les dijo:

- .-¿Qué ha sido de vosotros, perros? ¿Es que vuestros corazones han sido envenenados? ¿Es que vuestra sangre ha dejado de circular y os ha debilitado de tal forma que no podéis saltar sobre este criminal y destrozarlo? ¿Qué conjuro ha lanzado sobre vosotros?

Cuando terminó de reprenderlos, alzó la espada y se encaminó hacia el joven encadenado, pero un robusto aldeano lo detuvo, y tomándolo fuertemente de las manos le dijo:

- .-Envaina tu espada, Señor, pues aquel que empuña la espada para matar, será muerto por ella.

El Sheik se estremeció visiblemente, y la espada cayó de sus manos. Dirigiéndose al hombre, dijo:

- .-¿Cómo se atreve un msero a oponerse a su Señor y benefactor?

A lo que el hombre respondi :

- .-El siervo fiel no ayuda a su Señor a cometer crímenes; este joven no ha dicho sino la verdad.

Otro hombre se adelantó y afirmó :

- .-Este hombre es inocente y digno de honor y respeto. Y una mujer dijo en voz alta:
- -No ha maldecido a Dios o a los santos; ¿por qué lo llamáis hereje?.

Y Rachel preguntó :

- .-¿Qué crimen ha cometido?
- .-Eres rebelde, tú, viuda miserable -el Sheik gritó- has olvidado el destino de tu esposo que se rebeló seis años atrás?

Rachel se estremeció de dolor y ceder a estas impulsivas palabras, pues al fin había hallado al asesino de su esposo. Ahogó las lágrimas y mirando a la multitud gritó :

- .-¡Aquí tenéis al criminal que habéis tratado de encontrar durante seis años; lo escucháis ahora confesar su culpa! Él es el asesino que ha ocultado su crimen. Miradlo y leed sus pensamientos; estudiadlo y observad su terror; tiembla como la última hoja de un árbol en invierno. Dios os ha demostrado que el Señor a quien siempre temisteis es un sangriento criminal. Me convertí en viuda entre estas mujeres, y a mi hija en huérfana entre estos niños.

Las frases pronunciadas por Rachel penetraron como un trueno el corazón del Sheik, y el rugido de los hombres y la exaltación de las mujeres cayeron como tizones encendidos sobre él.

El sacerdote ayudó al Sheik a llegar hasta su asiento. Luego llamó a los siervos y les ordenó :

- .-¡Arrestad a esta mujer quien ha acusado falsamente a vuestro Señor de haber matado a su esposo; encerrar a este joven en una oscura prisión, y cualquiera que se oponga es un criminal, y como éste joven será excomulgado de la Santa Iglesia.

Los siervos inmutables mirando a Kahlil, quien aún estaba maniatado. Rachel se ubicó a la derecha y Miriam a la izquierda de Kahlil, como un par de alas dispuestas a volar por el vasto cielo de la Libertad.

Con la barba temblando de ira, el Padre Elías dijo:

- .-¿Renegáis de vuestro Señor por el bien de un descredo criminal y una desvergonzada adúltera?

Y el más anciano de los siervos le contestó :

- -Hemos servido al Sheik Abbas durante largo tiempo a cambio de comida y protección, pero nunca hemos sido sus esclavos, *-después de decir esto, el siervo se despojó de sus vestiduras y turbante, los arrojó a los pies del Sheik y luego agregó :*
-Ya nunca más necesitaré estas ropas, ni deseo que mi alma sufra en la mezquita morada de un criminal.

Y todos los siervos hicieron lo mismo y se unieron a la multitud cuyos rostros irradiaban alegría, símbolo de la Libertad y la Verdad. El Padre Elías vio que finalmente su autoridad se había debilitado, y abandonó el recinto maldiciendo la hora en que Kahlil apareció en la aldea. Un hombre fuerte corrió presuroso a desatar las manos de Kahlil, miró al Sheik quien se había desplomado como un cadáver en su asiento, y se dirigió a él en estos términos:

- .-Este joven maniatado, a quien habéis traído aquí y juzgado como un criminal, ha elevado nuestros espíritus e iluminado nuestros corazones con el espíritu de la Verdad y el Conocimiento. Y esta pobre viuda a quien el Padre Elías llama falsa acusadora nos ha revelado el crimen que habéis cometido seis años atrás. Vinimos

aquí esta noche para ser espectadores del juicio de un alma noble e inocente. Ahora, el cielo nos ha abierto los ojos y nos ha mostrado las atrocidades que has cometido, te abandonaremos e ignoraremos y dejaremos que el cielo haga su voluntad.

Muchas voces se elevaron en la sala, y pod a o rse a un hombre que dec a:

- .-Abandonemos este pñfido lugar y regresemos a nuestros hogares.

Y otro aseguraba:

- .-Sigamos a este joven hasta la morada de Rachel y escuchemos sus atinadas palabras y su inmensa sabidur a.

Mientras un tercero dec a:

- .-Busquemos su consejo, pues Ø sabe de nuestras necesidades.

Y un cuarto gritaba:

- .-Si queremos hacer justicia, vayamos ante el Emir y acusemos a Abbas del crimen que ha cometido.

Y muchos exclamaban:

- .-Pidamos al Emir que designe a Kahlil nuestro Amo y Seæor, y digamos al Obispo que el Padre El as era su c mplice.

Mientras las voces se elevaban y descend an en los o dos del Sheik como aguzadas flechas, Kahlil alz su mano y tranquiliz a los aldeanos diciñndoles:

- .-"Hermanos, no os apresurñs; escuchad y medita. Yo os ruego, en nombre del amor y la amistad que nos une, que no vayñs ante el Emir, pues no hallarñs justicia. Recordad que un animal feroz no muerde a su igual; ni debñs ir ante el obispo, pues Ø bien sabe que la casa agrietada acaba por derrumbarse. No pidñs al Emir que me designe amo de esta aldea, pues el siervo fiel no desea servir al despiadado Seæor. Si soy merecedor de vuestro amor y amistad, dejad que viva entre vosotros y compart a con vosotros la felicidad y los pesares de esta Vida. Unamos nuestras manos y trabajemos juntos en el campo y el hogar, porque si no puedo ser uno de vosotros ser a un hip crita que no vive de acuerdo a lo que pregona. Y ahora, as como el hacha se clava en las raíces del Æbol, abandonemos a Sheik Abbas ante el tribunal de su conciencia y ante la Suprema Corte de Dios, cuyo sol brilla sobre inocentes y criminales por igual.

Despuñs de decir esto, abandon el lugar, y la multitud lo segu a como si una fuerza divina en Ø atrajera sus corazones. El Sheik se qued solo en medio del silencio abrumador, como una torre en ruinas que sufre en calma su derrota. Cuando la multitud lleg al patio de la iglesia iluminado por la luna oculta entre las nubes, Kahlil les dirigi una mirada de amor como un buen pastor que cuida su rebaæo. Movid o por la compasiñ n hacia esos aldeanos que simbolizaban una naciñ n oprimida, se sinti el profeta que ve a las naciones de Oriente transitando esos valles y arrastrando almas vac as y apesadumbrados corazones. Alz ambas manos al cielo y dijo:

- .-Desde las profundidades de estos abismos te invocamos. Oh Libertad. ¡Escucha nuestra voz! Desde las tinieblas extendemos nuestras manos, ¡Oh Libertad! ¡Manos! ¡Desde las cumbres nevadas te glorificamos y creemos en ti, Oh Libertad! ¡Ten piedad de nosotros! Ante tu glorioso trono estamos de pie, con las vestiduras manchadas con la sangre de nuestros antepasados, con nuestras cabezas cubiertas con el polvo de las tumbas mezclado con sus restos mortales, empuñando la espada que atraves sus corazones, profiriendo la canciñ n de nuestra derrota cuyo eco retumb entre los muros de la prisiñ n, y repitiendo las plegarias surgidas de lo profundo de los corazones de nuestros padres. ¡Esc hanos, oh Libertad! Desde el Nilo al Eufrates se propaga el lamento de las almas sufrientes, aunadas con el llanto de los abismos;

y desde los confines de Oriente hasta las montañas del Líbano los pueblos te tienden las manos trémulas ante la presencia de la Muerte. Desde las costas de los mares a los confines del Desierto, te miran ojos colmados de Lágrimas. ¡Ven, oh Libertad, y sávanos!

- "En las miserables chozas que inmersas en la sombra de la pobreza y la opresión, golpeamos nuestros pechos clamando misericordia; obsérvanos, oh Libertad y ten compasión de nosotros. Desde los caminos y los maltrechos hogares los jóvenes te reclaman; en las iglesias y mezquitas, el Libro olvidado se vuelve hacia ti; en las cortes y los palacios, las Leyes menospreciadas apelan a tu juicio. Ten misericordia de nosotros, oh Libertad, y sávanos. En nuestras calles estrechas el mercader vende sus días para ganar el tributo a los explotadores ladrones de Occidente, pero nadie lo aconseja. En los infértiles campos los labriegos aran la tierra plantan las semillas de sus corazones y las riegan con sus Lágrimas, pero no recogen nada más que espinas y nadie les enseña el verdadero sendero. Por nuestras Áridas planicies vaga descalzo y hambriento el beduino, pero nadie se apiada de él; ¡habla, oh Libertad, y enséñanos! Nuestras enfermas ovejas pastan en las praderas sin hierbas, nuestros becerros roen las raíces de los Árboles, y nuestros caballos se alimentan de los secos pastizales. Ven, oh Libertad, y ayúdanos. Desde el principio de los tiempos hemos vivido en las tinieblas, y somos llevados como prisioneros de una celda a otra, mientras el tiempo se mofa de nuestra condición. ¿Cuándo llegará el día? ¿Hasta cuándo soportaremos el escarnio de los siglos? Muchas piedras hemos acarreado, y muchas cadenas han aprisionado nuestros cuellos. ¿Hasta cuándo soportaremos este ultraje humano? La esclavitud egipcia, el exilio de Babilonia, la tiranía de Persia, el despotismo de los romanos, la avaricia de Europa... por todo esto hemos sufrido. ¿Hacia dónde vamos ahora, y cuándo llegaremos a los sublimes confines de este sendero pedregoso? De las garras del faraón a las de Nabucodonosor, a las garras de hierro de Alejandro, a la espada de Herodes, a los talones de Nerón, a los afilados colmillos del Demonio... ¿en qué manos caeremos ahora, y cuándo vendrá la Muerte a llevarnos para que al fin podamos descansar?
- "Con la fuerza de nuestros brazos erigimos las columnas del templo, y sobre nuestras espaldas acarreamos la argamasa con la que levantamos los grandes muros y las inexpugnables pirámides en aras de la gloria. ¿Hasta cuándo continuaremos erigiendo tan magníficos palacios y viviendo en chozas miserables? ¿Hasta cuándo seguiremos colmando de provisiones los graneros de los ricos, mientras nosotros nos conformamos con magros bocados? ¿Hasta cuándo continuaremos hilando la lana y la seda de nuestros amos y señores mientras nosotros no usamos sino harapos y remiendos?
- "Por la perversidad de los poderosos estamos divididos; y con el fin de permanecer en el trono y estar en paz, armaron a los drusos contra los sunitas, y empujaron a los curdos en contra de los beduinos, y alentaron a los mahometanos para que lucharan contra los cristianos. ¿Hasta cuándo deberán seguir matándose entre hermanos sobre el pecho mismo de sus madres? ¿Hasta cuándo permanecerá la Cruz alejada de la luna creciente en el reino de Dios? Oh, Libertad, venenos, y habla por el bien de una sola criatura; porque un gran fuego se enciende con una sola chispa. Oh, Libertad, basta que despiertes un solo corazón con el susurro de tus alas, pues de una sola nube surge el relámpago que ilumina las profundidades de los valles y las cumbres de las montañas. Dispersa con tu poder estos negros nubarrones y desciende como el trueno para destruir los imperios que fueron levantados sobre los

huesos y calaveras de nuestros antepasados.

- "Escuchanos, oh Libertad;
- Apídate de nosotros, oh Hija de Atenas;
- Rescatanos, oh Hermana de Roma;
- Aconséjanos, oh Compañera de Moisés;
- Ay danos, oh Amada de Mahoma;
- Enseñanos, oh Novia de Jesús;
- Fortalece nuestros corazones para que podamos vivir,
- O fortifica a nuestros enemigos para que podamos perecer
- Y vivir en paz eternamente.

Mientras Kahlil vertía sus sentimientos ante el cielo, los aldeanos lo observaban respetuosamente, y su amor surgía al un son con la melodía del bienhechor hasta que sintieron que él empezaba a formar parte de sus corazones. Después de una breve pausa, Kahlil volvió los ojos hacia la multitud y dijo quedamente:

- .-La noche nos ha conducido hasta la mansión de Sheik Abbas para que descubriéramos la luz del día; la opresión se ha apoderado de nosotros en el frío Espacio para que nos comprendiéramos unos a otros y nos reuniéramos como polluelos bajo las alas del Espíritu Eterno. Regresemos ahora a nuestros hogares y durmamos hasta que la luz del nuevo día nos vea reunidos.

Después de haber dicho esto, se alejó siguiendo a Rachel y Miriam hasta su miserable cabaña. La muchedumbre se dispersó y cada uno se dirigió a su hogar, meditando sobre lo que habían visto y oído aquella noche memorable. Sentían que la antorcha encendida de un nuevo espíritu iluminaba sus espíritus y los conducía por el sendero de la verdad. Una hora después todas las luces se habían extinguido y el silencio envolvió la aldea, mientras el letargo llevaba las almas de los labriegos al mundo de los sueños; pero Sheik Abbas no consiguió dormir en toda la noche, pues permaneció observando los fantasmas de las tinieblas y la procesión de los horribles espectros de sus crímenes.

VIII

Habían transcurrido dos meses y Kahlil aún predicaba y vertía sus sentimientos en los corazones de los aldeanos, recordándoles sus derechos usurpados y mostrándoles la avaricia y la opresión que dominaba a monjes y gobernantes. Lo escuchaban con atención, pues era una fuente de alegría; sus palabras caían en sus corazones como gotas de lluvia sobre la tierra sedienta. Repetían en soledad los dichos de Kahlil, junto con sus plegarias de cada día. El Padre Elías comenzó a acecharlos para reconquistar su amistad; se había vuelto manso desde que los aldeanos habían descubierto que era cómplice de los crímenes del Sheik, pero los labriegos lo ignoraban.

Sheik Abbas sufría una crisis nerviosa y recorría su mansión como un tigre enjaulado. Daba órdenes a sus siervos, pero nadie respondía excepto el eco de su propia voz que le devolvían los muros de mármol.

Gritaba a sus hombres, pero ninguno acudía a socorrerlo, salvo su pobre esposa, víctima al igual que los aldeanos de sus actos de crueldad. Cuando llegó la Cuaresma y los Cielos anunciaron la llegada de la Primavera, los días del Sheik se extinguieron como el invierno fugaz. Murió tras una larga agonía y su alma fue transportada sobre el manto de sus acciones para comparecer trónula y desnuda ante ese Trono Supremo cuya presencia sentimos aunque no podamos ver. Muchas historias sobre la muerte del Sheik llegaron hasta los oídos de los labriegos; algunas relataban que el Sheik había muerto

loco, mientras otras insistían en que el desengaño y la desesperación lo habían llevado a morir víctima de su propia mano. Pero las mujeres que fueron a ofrecer sus condolencias a la esposa, declararon que el Sheik había muerto de miedo, porque el espectro de Samaan Ramy lo acechaba y lo conducía, cada medianoche, hacia el sitio donde el cadáver del esposo de Rachel había sido hallado seis años antes.

El mes de Nisan proclamó entre los aldeanos los secretos amorosos de Kahlil y Miriam. Se alegraban de los tenaces lazos que les aseguraban la permanencia de Kahlil en la aldea. Cuando la noticia llegó a oídos de los habitantes de las chozas, todos se congratulaban por el advenimiento del amado Kahlil al vecindario.

Al llegar la época de la cosecha, los labriegos se internaron en los campos y recogieron el trigo y el maíz que luego depositaban en las eras. Sheik Abbas ya no estaba allí para robarles la cosecha y ordenar que la llevaran a sus graneros. Cada labriego recogió su propia porción de cereal; las cabañas de los aldeanos se colmaron de trigo y maíz; sus barriles desbordaron de vino y aceite. Kahlil compartía con ellos la tarea y la felicidad; los ayudaba a cosechar el cereal, a prensar las uvas y a recoger los frutos. No se distinguía jamás del resto de los labriegos, excepto por el exaltado amor que les tenía y por su deseo de trabajar. Desde ese año y hasta nuestros días cada labriego de la aldea comenzó a recoger dichoso lo que había sembrado con su propio esfuerzo y trabajo. Las tierras que trabajaban y los viñedos que cultivaban se convirtieron en su propiedad.

Hoy, a más de medio siglo de aquel incidente, los libaneses han despertado.

La belleza de la aldea, que surge como una novia junto al valle, atrapa la atención de todo viajero que va camino de los Cedros Sagrados del Líbano. Las miserables chozas son ahora confortables y dichosos hogares rodeados de fértiles campos y productivas huertas. Si preguntáis a cualquiera de los habitantes sobre la historia del Sheik Abbas, os responderán apuntando hacia una pila de piedras derrumbadas y paredes destruidas:

- .-Aquel es el palacio del Sheik y esta la historia de su vida.

Y si preguntáis por Kahlil, elevarán sus brazos al cielo diciendo

- .-Allí reside nuestro amado Kahlil, cuya historia fue escrita por Dios sobre las páginas de nuestros corazones con letras centelleantes que el tiempo no podrá borrar jamás.

EL LLANTO DE LOS SEPULCROS

I

El Emir entró en el estrado y se ubicó en la silla principal, mientras a su derecha e izquierda se hallaban los hombres más destacados de la nación. Los guardias, armados con lanzas y espadas permanecían firmes y erguidos, y los que habían venido a presenciar el juicio se pusieron de pie y se inclinaron ceremoniosamente ante el Emir, cuyos ojos irradiaban un poder, que infundía horror a sus espíritus y miedo a sus corazones. Al reinstaurarse el orden en la sala y al acercarse el momento del juicio, el Emir elevó su mano y ordenó:

- .-Haced entrar a los criminales uno a uno y decidme qué crímenes han cometido.

La puerta de la prisión se abrió como la boca de un bostezante animal feroz. En los oscuros rincones del calabozo podía oírse el eco de los grillos rechinando al unsono junto con los gemidos y lamentos de los prisioneros. Los espectadores estaban ansiosos por ver a la presa de la Muerte emergiendo de las profundidades de aquel infierno. Poco después irrumpieron dos soldados que traían a un joven con las manos atadas tras

su espalda. Su rostro severo denotaba nobleza de espíritu y una gran fortaleza de corazón. Lo hicieron detenerse en el centro del estrado y los soldados retrocedieron unos pocos pasos hacia el fondo de la sala. El Emir lo miró fija e insistentemente y dijo:

- .-¿Qué crimen ha cometido este hombre que orgullosa y triunfalmente se halla ante mí?

Uno de los jueces respondió :

- .-Es un asesino; ayer mató a unos de los oficiales del Emir que se hallaba cumpliendo una importante misión en una de las aldeas de los alrededores; aún sostenía la espada sangrienta cuando fue arrestado.

El emir replicó con furia:

- .-Devolvedlo a la oscura prisión y sujetadlo con pesadas cadenas, y al amanecer decapítadlo con su propia espada, y dejadlo abandonado en el bosque para que las bestias se alimenten con su carne y el aire lleve las reminiscencias de su aroma hasta las narices de sus familiares y amigos.

El joven fue devuelto a la prisión mientras los presentes lo miraban apesadumbrados, pues era un hombre joven en la plenitud de la vida.

Los soldados regresaron nuevamente de la prisión conduciendo a una joven mujer de belleza delicada y etérea. Su pálido rostro denotaba las huellas de la opresión y el desconsuelo. Sus ojos estaban empapados de lágrimas y su cabeza inclinaba bajo el peso del dolor. Después de observarla con mirada penetrante, el Emir exclamó :

- .-Y esta demacrada mujer, de pie ante mí como la sombra junto a un cadáver, ¿qué ha hecho?

Uno de los soldados le respondió :

- .-Es una adúltera; su esposo la descubrió anoche en brazos de otro. Después que su amante hubo escapado, el esposo la entregó a la justicia.

El Emir le observó mientras ella alzaba su rostro inexpresivo, y ordenó :

- .-Devolvedla al oscuro cuarto y acostadla sobre un lecho de espinas para que pueda acordarse del lugar de reposo que corrompió con su falta, dadle de beber vinagre mezclado con hiel para que pueda recordar el sabor de aquellos dulces besos. Arrastrad al amanecer su cuerpo desnudo fuera de la ciudad y lapidadla. Dejad que los lobos se regocijen con la tierna carne de su cuerpo y los gusanos horaden sus huesos.

Mientras la mujer se encaminaba de nuevo a la celda oscura, la gente la miraba con lástima y sorpresa. La justicia impartida por el Emir los había dejado atónitos y se lamentaban de la muerte de la pobre mujer. Los soldados reaparecieron trayendo consigo a un hombre de rodillas temblorosas y trémulo como un frágil arbolillo azotado por un viento norte. Parecía indefenso, débil y asustado, y era pobre y miserable. El Emir lo escrutó con repugnancia e inquirió :

- .-Y este hombre inmundo que es como un muerto entre los vivos, ¿qué ha hecho?

Uno de los guardias respondió :

- .-Es un ladrón entró al monasterio y robó el cáliz sagrado que los sacerdotes hallaron sobre sus ropas cuando fue arrestado.

El Emir lo miró como un águila hambrienta que mira a un pájaro de alas rotas, y dijo:

- .-Devolvedlo a la celda y encadenadlo, y llevadlo al amanecer hasta un árbol de gran altura, y colgadlo entre el cielo y la tierra para que sus pecadoras manos perezcan. Y los miembros de su cuerpo se conviertan en partículas arrastradas por el viento.

Mientras el ladrón regresaba tambaleándose a la prisión, los asistentes comenzaron a

susurrar entre ellos diciendo:

- .-"¿Cómo es que un hombre tan débil y hereje se atreve a robar el cáliz sagrado del monasterio?"

En ese momento se levantó la sesión y el Emir, custodiado por los soldados, abandonó la sala acompañado por todos los dignatarios, mientras que la concurrencia se dispersaba; la sala quedó vacía excepto por los lamentos y gemidos de los prisioneros. Todo esto sucedió mientras yo permanecía de pie como un espejo en el que reflejaba el paso de los fantasmas. Meditaba acerca de las leyes, hechas por el hombre para el hombre, contemplando aquello que las gentes llaman "justicia", y absorbí en profundos interrogantes sobre los secretos de la vida. Traté de comprender el sentido del universo. En mi confusión, me hallaba perdido como el horizonte que se desvanece más allá de la nube. Mientras abandonaba el lugar, me dije: "El vegetal se nutre de los elementos de la tierra, la oveja come el vegetal, el lobo devora la oveja, y el toro mata al lobo, mientras que el león devora al toro. Sin embargo, la Muerte reclama al león. ¿Es que acaso existe algún poder que venza a la Muerte y haga eterna justicia con estas brutalidades? ¿Es que acaso existe una fuerza capaz de convertir a todas las cosas horribles en hermosos objetos? ¿Hay acaso algún poder supremo que pueda asir con sus manos todos los elementos de la vida y abrazarlos dichosamente, así como el mar absorbe dichosamente las aguas de todos los arroyos? ¿Es que acaso existe algún poder capaz de arrastrar al asesino y al asesinado, al adúltero y a la adúltera, al ladrón y al despojado, y de llevarlos ante una corte más excelsa y suprema que la corte del Emir?"

II

Al día siguiente dejé la ciudad para dirigirme al campo, donde el silencio revela al alma lo que ella anhela, y donde los cielos puros matan los gómenes de la desesperanza que la ciudad alimenta con sus calles estrechas y sus lugares oscuros. Al llegar al valle, vi una bandada de cuervos y buitres ascendiendo y descendiendo, colmando el cielo de graznidos, y de los silbidos y susurros de sus alas. Mientras caminaba, vi ante mí el cuerpo de un hombre colgado en lo alto de un árbol, el de una mujer muerta que yacía desnuda sobre un montículo de piedras, y el cadáver de un joven decapitado, cubierto con una mezcla de sangre y tierra. Fue una visión horrible que cegó mis ojos cubriéndolos con un denso y oscuro velo de tristeza. Miré en todas direcciones pero nada vi, salvo el espectro de la Muerte de pie ante aquellos restos fantasmales. No se oía nada excepto el gemido de lo inexistente mezclado con los graznidos de los cuervos revoloteando sobre las víctimas de la ley humana. Tres seres humanos, ayer en el regazo de la Vida, hoy víctimas de la Muerte por haber infringido las reglas de la sociedad. Cuando un hombre mata a otro, la gente dice que es un asesino, pero cuando es el Emir quien lo mata, el Emir es justo. Cuando un hombre roba a un monasterio, dicen de él que es un ladrón, pero cuando el Emir le roba la vida, el Emir es un hombre honorable. Cuando una mujer traiciona a su esposo, dicen de ella que es una adúltera, pero cuando el Emir la hace caminar desnuda por las calles y luego la manda lapidar, el Emir es un hombre noble. Está prohibido el derramamiento de sangre, pero... ¿quién lo convirtió en un acto ilícito para el Emir? Robar el dinero de otro es un crimen, pero robarle la vida es un acto noble. Engañar a un esposo puede ser un acto cruel, pero las almas vivientes lapidadas ofrecen un maravilloso espectáculo. ¿Reuniremos el mal con el mal y diremos que esta es la Ley? ¿Lucharemos contra la corrupción más vil y diremos que esta es la Regla?

¿Venceremos al crimen con más crímenes y diremos que esto es justicia? ¿Acaso el Emir no había matado a su enemigo, y robado el dinero y las posesiones de los díscales? ¿Acaso él mismo no había cometido adulterio? ¿Era un hombre sin faltas cuando mató al asesino y colgó al ladrón y lapidó a la adúltera? ¿Quiénes son aquellos que colgaron del árbol al ladrón? ¿Acaso son ángeles del cielo o son hombres saqueando y usurpando? ¿Quién decapitó al asesino? ¿Son profetas divinos, o soldados que derraman sangre donde quiera que vayan? ¿Quién lapidó a aquella adúltera? ¿Eran virtuosos ermitaños venidos desde sus monasterios, o seres que gozaban cometiendo atrocidades, bajo la protección de una Ley retrógrada? ¿Qué es la ley? ¿Quién la ha visto descender como el sol desde los inmensos cielos? ¿Quién ha visto el corazón de Dios y ha descubierto su propósito y voluntad? ¿En qué siglo fue que los ángeles predicaron entre la gente, diciéndoles:

- .-"Prohibid al dísca disfrutar de la vida, y matad al villano con el filo de la espada, y aplastad a los pecadores con pies de hierro?".

Mientras estos pensamientos me hostigaban, escuché el susurro de unos pasos sobre el césped. Me mantuve expectante y vi a una joven mujer que se acercaba entre los árboles; miré cuidadosamente hacia uno y otro lado antes de aproximarse a los tres cadáveres que allí había. Enseguida sus ojos se posaron en la cabeza del joven decapitado. Gritó horrorizada, se hincó y la rodeó con brazos trémulos; luego comenzó a derramar lágrimas y a acariciar los cabellos enrolados y cubiertos de sangre con sus dedos suaves, llorando con una voz que emanaba del fondo de un corazón destrozado. Ya no podía soportar lo que veían sus ojos. Arrastró el cuerpo hasta un hoyo y colocó suavemente la cabeza entre los hombros; cubrió completamente el cuerpo con tierra, y clavó sobre el sepulcro la espada con la que había sido decapitado el joven.

Mientras se alejaba caminé hacia ella. Se estremeció al verme; sus ojos estaban velados por las lágrimas; Suspiró y dijo:

.-Llévame ante el Emir si lo deseas; prefiero morir y seguir a aquel que salvó mi vida de las garras de la desgracia, antes que dejar que este cuerpo sirva de alimento a las bestias feroces

- .-"No tengas miedo de mí -le respondí-, pobre criatura, pues yo he llorado al joven antes que tú lo hicieras. Pero dime, ¿de qué forma te salvó de las garras de la desgracia?
- .-"Uno de los oficiales del Emir vino hasta nuestra granja a cobrar los impuestos -respondí ella, con voz lánguida y ahogada-, al verme, me clavó la vista como un lobo a una oveja. Impuso a mi padre un tributo tan pesado que ni siquiera un rico podría pagar. Me arrestó para llevarme ante el Emir como rehén a cambio del oro que mi padre no podía pagar. Le rogué que me liberara, pero desoyó mis ruegos pues era un hombre despiadado. Entonces clamé que alguien me ayudara, y este joven que ahora está muerto, vino a socorrerme salvándome de morir en vida. El oficial intentó matarlo, pero el joven cogió una vieja espada colgada en la pared de nuestra casa y le dio muerte. Él no huyó como un criminal, sino que permaneció junto al cuerpo del oficial hasta que la justicia vino a arrestarlo.

Después de haber pronunciado estas palabras que hubiera hecho sangrar de tristeza a cualquier corazón humano, la joven mujer desvió el rostro y se marchó.

Un momento después, vi que un joven se acercaba con el rostro oculto por un manto. Al aproximarse al cadáver de la adúltera, se quitó la prenda y cubrió con ella al cuerpo desnudo. Luego extrajo una daga que llevaba oculta bajo el manto e hizo un hoyo en el que colocó el cuerpo de la joven muerta con ternura y delicadeza, cubriéndolo de

tierra y lágrimas derramadas. Después de hacer esto, arrancó algunas flores y las colocó respetuosamente sobre el tosco sepulcro. Estaba comenzando a alejarse, pero lo detuve y le dije:

- .-¿Qué parentesco le une a esta adúltera? ¿Y que fue lo que le indujo a arriesgar su vida viniendo aquí a proteger el desnudo cuerpo de las bestias feroces?

Al mirarme fijamente, noté que sus ojos reflejaban su desdicha. Entonces dijo:

- .-Yo soy el hombre infortunado por cuyo amor esta mujer fue lapidada: la amo y me amo desde que éramos niños; crecimos juntos; el Amor, al que servimos y veneramos, era el amor de nuestros corazones. El amor nos unió y rodeó a nuestras almas. Cierta día me ausenté de la ciudad, y al regresar descubrí que su padre la había obligado a casarse con un hombre a quien no amaba. Mi vida se convirtió en una lucha continua, y todos mis días se fundieron en una sola noche larga y oscura. Traté de apaciguar mi corazón, pero él se resistía. Finalmente fui a verla a escondidas, y mi único propósito era mirar fugazmente sus hermosos ojos y escuchar el sonido dulce de su voz. Al llegar a su casa. La encontré lamentando, en soledad, su destino infortunado. Me senté junto a ella; el silencio era nuestra importante conversación y la virtud nuestra compañera. Una hora apacible de comprensión había transcurrido cuando su esposo entró a la casa. Le sugerí cautelosamente que se contuviera, pero él, apretando la dola con ambas manos, la arrestó hasta la calle, y vociferó:

- - ¡Venid, venid a ver a la adúltera y a su amante!

Todo el vecindario se precipitó al lugar. Poco después vino la justicia para llevarla ante el Emir, pero los soldados me ignoraron. La ignorancia de las Leyes y la rigidez de las costumbres castigaron a la mujer por el error de su padre, y perdonaron al hombre. Después de haber hablado así, el hombre se marchó hacia la ciudad, mientras yo permanecí contemplando, el cuerpo del ladrón suspendido en lo alto de aquel árbol, balanceándose levemente cada vez que el viento sacudía las ramas, y como si esperara que alguien lo bajara y lo extendiera sobre el pecho de la tierra junto al Defensor del Honor y al Mártir del Amor. Una hora después, apareció una llorosa mujer de aspecto frágil y desdichado. Se detuvo ante el ahorcado y oró respetuosamente. Luego trepó al árbol con dificultad y mordió la soga con sus dientes hasta cortarla. El cuerpo inerte cayó al suelo como un enorme trapo mojado. Entonces ella descendió del árbol, cavó un hoyo y enterró al ladrón junto a las otras dos víctimas. Después de cubrirlo de tierra, tomó dos trozos de madera y confeccionó una cruz que colocó sobre la cabeza del Muerto. Al volver el rostro para encaminarse hacia la ciudad, lo detuve y le dije:

- .-¿Qué fue lo que la ha movido a venir y enterrar este ladrón?

Me miró con desdicha y dijo:

- .-Es mi fiel esposo y compasivo compañero; es el padre de mis hijos: cinco muertos de hambre; el mayor tiene ocho años y el menor es apenas un lactante. Mi esposo no era un ladrón, sino un granjero que trabajaba en las tierras del monasterio, y comamos lo poco que los monjes y sacerdotes le daban cuando volvía a casa al anochecer. Trabajé para ellos desde muy joven, y cuando ya no pude trabajar más lo despidieron, aconsejándole que regresara a su hogar y que enviara sus hijos reemplazando en cuanto crecieran. Les rogué que les permitieran quedarse en nombre de Jesús y de los Ángeles del cielo, pero ellos desoyeron sus ruegos. No se apiadaron de él ni de sus hambrientos hijos que lloraban desconsoladamente clamando alimentos. Fue a la ciudad en busca de trabajo, mas en vano, pues los ricos sólo emplean hombres fuertes y saludables. Entonces se sentó en la polvorita

acera y extendí la mano a todo el que pasaba, rogando y repitiendo la sordida canción de su fracaso en la vida, sufriendo de hambre y humillación. Pero la gente rehusó ayudarlo, pues decía que los haraganes no merecen limosnas. Una noche, el hambre atormentó angustiosamente a nuestros hijos, especialmente al menor que trataba de mamar de los pechos ya secos. La expresión de mi esposo cambió, y abandonó la casa bajo el manto de la noche. Entré al granero del monasterio y tomé un saco de trigo. Al salir, los monjes, recién despertados, lo azotaron despiadadamente y luego lo arrastraron. Al amanecer lo llevaron ante el Emir y lo acusaron de haber entrado al monasterio a robar el cáliz de oro del altar. Fue encarcelado y ahorcado al día siguiente. Sólo traté de llenar los estómagos de sus pequeños hijos hambrientos con el trigo que había sembrado con su propio esfuerzo, pero el Emir lo mató utilizando su carne para llenar los estómagos de las aves y las bestias.

Después de hablar de este modo, se alejó, dejándome solo y en un estado calamitoso.

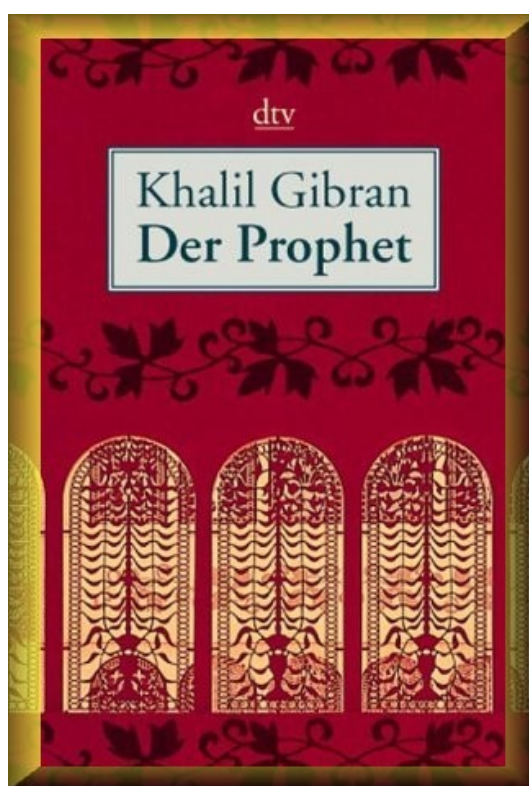
III

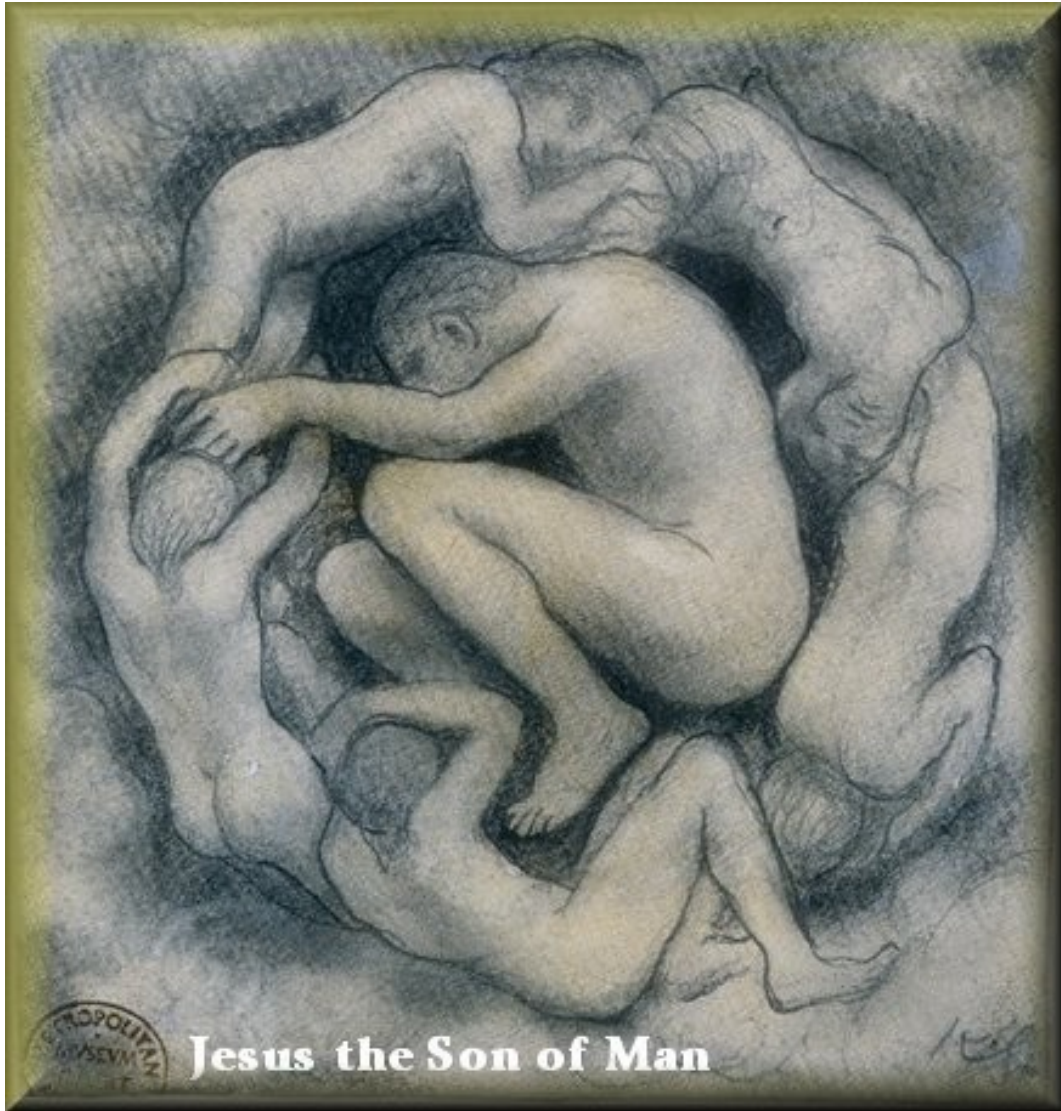
Permanecí de pie ante los sepulcros como un orador que enmudece mientras trata de expresar palabras de alabanza. No podía hablar, pero las lágrimas reemplazaban mis palabras y hablaban por mi alma. Mi espíritu se reveló cuando intenté meditar mediante un segundo, pues mi alma es como una flor que se cierra al atardecer, y que no exhala su fragancia cuando la noche se puebla de espectros. Me pareció que la tierra que envolvía a las víctimas de la opresión en aquel sitio solitario llenaba mis oídos con las tristes melodías de las almas afligidas, y me impedía hablar. Me aferré al silencio, pero si la gente comprendiera lo que el silencio le revela, estaría tan próxima de Dios como las flores del valle. Si las llamas de mi alma suspirante hubieran alcanzado los árboles, éstos hubieran abandonado sus sitios y marchando con sus ramas como un poderoso ejército contra el Emir, y derribando el monasterio sobre las cabezas de esos monjes y sacerdotes. Allí permanecí contemplando los sepulcros recientes, mientras una agradable sensación de compasión y toda la amargura de la tristeza brotaba de mi corazón: el sepulcro de un joven que sacrificó su vida en defensa de una frágil doncella, cuya vida y honor había rescatado de las garras y los dientes de un depravado; un joven que había sido decapitado en recompensa por su arrojo; y su espada había sido clavada sobre el sepulcro por aquella a quien el joven había salvado, como un símbolo de heroísmo ante el rostro del sol que brilla sobre el imperio abrumador por la estupidez y la corrupción. El sepulcro de una joven mujer cuyo corazón se había encendido de amor antes de que su cuerpo fuera arrebatado por la avaricia, usurpado por la lujuria, y lapidado por la tiranía ... Ella se mantuvo fiel hasta la muerte; su amado depositó flores sobre el sepulcro para hablar, durante unos minutos que iban marchitándose, de esas almas bendecidas y elegidas por el Amor entre aquellos a quienes las cosas terrenas habían eneguecido y la ignorancia enmudecido. Y el último era el sepulcro de un hombre desdichado, agobiado por el arduo trabajo de las tierras del monasterio, que clamó por alimentos para calmar el hambre de sus pequeños y a quien le fue negado. Recurrí a la mendicidad, pero la gente no le prestó ayuda. Cuando su alma lo guió a recobrar una pequeña porción de lo que él mismo había cultivado y cosechado, fue arrestado y muerto a azotes. Su desdichada viuda clavó una cruz sobre la cabeza del esposo muerto, como un testigo que, en el silencio de la noche, se yergue ante las estrellas del cielo para acusar a aquellos sacerdotes que convirtieron las bondadosas

enseñanzas de Cristo en filosas espadas con las que decapitan y destrozan los cuerpos de los débiles.

El sol se oculta tras el horizonte como fatigado por los problemas del mundo y hastiado del sometimiento de la gente. En ese momento, el anochecer comienza a desplegar un delicado velo que surge desde lo profundo del silencio, y a extenderlo sobre el cuerpo de la Naturaleza. Alargué mi mano señalando los símbolos de los sepulcros, alcé los ojos al cielo, y grité

- .-¡Oh, Heroísmo, esta es tu espada, ahora bajo la tierra! ¡Oh, Amor, esta es tu flor, consumida por el fuego! ¡Oh, Señor Jesús, esta es Tu Cruz, hundida en la oscuridad de la noche!





GIBR' N KHALIL GIBR' N

JES S, EL HIJO DEL HOMBRE (1928)

Revisado por: CARLOS J.J.

SANTIAGO, HIJO DE ZEBEDEO

El reinado de la Tierra

Era un día primaveral el día en que Jesús llegó a un parque de Jerusalén, y comenzó a dialogar con la multitud sobre el Reinado del Cielo.

Graves acusaciones en contra de fariseos y escribas que colocaban trampas y cavaban pozos en el sendero de quienes buscaban el Reino Celestial, apostrofados y recriminados con acritud. Entre la multitud se hallaban personas que defendían a los escribas y fariseos, y planeaban arrestar a Jesús, y a nosotros con él. Pero Jesús logró burlar sus ardides y escapar por el portal de la ciudad que mira hacia el Norte. Allí nos contempló y dijo:

.-Todavía no ha llegado la hora en que me prendan. Aún tengo mucho de que hablaros, y mucho es también lo que tengo que hacer entre vosotros antes de pensar en entregarme. -Y después añadió, su voz teñida de felicidad: -Vayamos hacia el Norte, hacia la primavera. Subid conmigo a los montes, pues el invierno ha terminado y la nieve del Líbano está cayendo hacia los valles, agregando su prelude a las sinfonías de los arroyos. Las llanuras y las vías han alejado todo sueño, y han despertado para recibir al Sol con lujuriosos higos y frescas uvas.

Estaba siempre a la cabeza de la columna que conformaban los suyos, todo ese día y también el siguiente. En el atardecer del tercero habíamos escalado la cima del monte Hermón. En lo alto de una meseta se detuvo a observar las aldeas esparcidas por el llano. Se le iluminó la cara, que en ese instante parecía oro bruñido. Nos tendió las manos.

.-Ved cómo el suelo se ha vestido con sus verdes vestiduras -dijo- y de qué manera los arroyos han bordado sus faldas con brillante hilo de plata. La Tierra es hermosa, verdad, y todo lo que es y existe encima de ella es encantador; pero, atrás de todo lo que veis se encuentra un Reino del cual yo seré monarca y gobernante. Si podéis amar y encariaros con el corazón iréis conmigo a ese Reino, a gobernar a mi lado. En ese lugar vuestro rostro y el mío no estarán velados; no llevaré vuestras diestras puñales ni cetos. Nuestros gobernados vivirán en la tranquilidad sin sentir hacia nosotros miedo u horror.

De esa forma habló Jesús, pero yo estaba ciego y no podía ver el Reino de esta Tierra, ni las grandiosas ciudades fortificadas y amuralladas. No moraba en mi espíritu más que una sola ansia: ir junto al Maestro hasta aquel otro Reino. En ese instante había llegado Judas Iscariote, que se puso junto a Jesús y le dijo:

.-Los reinados de los seres humanos son muchos y extensos; las huestes de Salomón y de David vencerán al fin a los romanos. Si es tu deseo llegar a ser rey de los judíos, nuestras lanzas y puñales están a tu servicio para expulsar a los extranjeros y triunfar sobre ellos.

Al escuchar esto Jesús, su faz se indignó, y le respondió con voz estentorea y resonante:

.-¡Fuera de aquí, demonio! ¡Podría creer, por azar, que mi llegada entre las legiones de los milenios es para gobernar, un solo día, sobre un hormiguero de personas. Mi trono no llegará a tu poca inteligencia, pues quien trata de abarcar la Tierra con sus alas, no trata de buscar un lugar de refugio en un nido abandonado y destruido! ¿Se siente honrada o enaltecida, quizá, una aldea porque sus moradores visten mortajas? Mi Reino no es de este mundo y mi trono no se erguirá sobre las calaveras de vuestros ancestros. Si anhelas un reino que no sea el Reino del Alma, más os valiera abandonarme aquí y emprender el descenso a las cuevas de vuestros muertos, donde, desde tiempos remotos, los seres de testa coronada llaman a conciliábulo en sus sepulcros, para glorificar la osamenta de vuestros antepasados. ¡Cómo te atreves a tentarme con un trono de infecta materia, cuando mi frente ansa la corona de los astros o vuestras espinas! Pero, de no ser por un sueño de un pueblo casi olvidado, no hubiera permitido que vuestro sol tuviera su aurora en mi paciencia, ni que vuestra luna refleje y alargue mi sombra en vuestro camino. De no haber sido yo un ansia pura, por la que tiritó y se emocionó el alma de una madre alba e inmaculada, me habría desembarazado de mis pañales y hubiera vuelto a lo infinito. Y de no ser por el profundo dolor que impera en las entrañas de todos vosotros, no me hubiera quedado en este lugar para sollozar y gemir. ¿Quién eres y qué es lo que deseas de mí, oh Judas Iscariote? Habría calculado mi peso en alguna balanza para encontrarme digno de dirigir un ejército de enanos y de conducir una deforme escuadra en contra de un enemigo que no se acuartela más que en vuestras inquinas, temores. y fantasmas. Varios son los insectos que hormigean a mis pies, pero yo los venceré. Estoy harto de sus burlas y sus chanzas, y cansado está mi espíritu de toda compasión con los animales o insectos que me consideran cobarde, porque mi camino no se encuentra entre sus murallas y fortalezas. Uno de los fines de la piedad es mi necesidad de misericordia hasta el final. ¡Oh!, cómo quisiera, si pudiera lograrlo, encaminar mis pasos en dirección a un mundo más grande, en el que moran seres muy superiores a los de este mundo; pero... ¿De qué manera podría conseguirlo? Vuestro rey y vuestro sacerdote piden mi vida. Ya lograré su propósito antes de encaminarme hacia ese otro mundo. No quebrantaré el curso de las Leyes ni esclavizaré a la ignorancia. Permitid que la ignorancia se cultive a sí misma hasta hartar a sus descendientes. Permitid que los ciegos lleven a los ennegrecidos a la fosa. Permitid que los muertos sepulsen a los cadáveres hasta que se ahogue la tierra bajo el perfume de esos amargos capullos. Mi reino no es de este mundo, no. Es y será en el lugar en el que tres de vosotros se reúnan con amor, con veneración, idolatrando a la hermosura de la vida, con felicidad y con placer ante mi recuerdo.

En el momento de terminar su discurso dirigió bruscamente su vista a donde se encontraba Judas Iscariote y lo exhortó diciéndole:

.-¡Fuera de mi vista, hombre! los reinos de vosotros nunca estarán dentro del mío.

Ya era tarde. Se dirigió a nosotros y dijo:

.-Vayámonos de este lugar, pues la noche ya se avecina y está casi encima de nosotros. Caminemos mientras haya luz. Descendí del monte seguido por nosotros. Bastante atrás, lejos y a la zaga, Judas nos seguía despacio. Al arribar al llano ya había anochecido. En ese instante Tomás, el hijo de Thefanos, se dirigió a Jesús diciéndole:

.-Maestro, la noche está muy oscura y ninguno de nosotros llega ya a distinguir el verdadero sendero. Si lo deseas podemos ir en dirección a las luces de aquella aldea,

en donde quizá podamos hallar algo de comer y un lecho.

Jesús entonces le respondió :

.-Os he dirigido hacia lo alto cuando teníais apetito, pero ahora que os he llevado a la llanura vuestra necesidad se ha multiplicado. ¡Es triste que no pueda estar entre vosotros esta noche, pero es que quiero estar a solas!

Entonces se adelantó Simón Pedro y le habló :

.-No nos abandones en la tiniebla de la noche; déjanos pasar esta noche a tu lado en este estrecho sendero; pues tanto la noche como sus fantasmas no harán demasiado extensa su visita si con nosotros estamos; mejor a fin, estaremos como iluminados por un Alba si con nosotros te quedas. Jesús le respondió :

.-En esta noche los chacales estarán en sus cuevas y madrigueras, en sus nidos los pájaros del cielo, pero el Hijo del Hombre no hallará dónde reposar su cabeza. En verdad es mi deseo estar a solas esta noche. Pero si ese es vuestro deseo podréis, por segunda vez, encontrarme en la orilla donde os he hallado.

Lo abandonamos con el alma dolorida, pues no deseábamos irnos y dejarlo solo. A cada momento volvamos nuestra mirada hacia el lugar donde Jesús se encontraba en la gloria de su soledad, camino al oeste. El único que quiso echar hacia atrás la cabeza, para ver al Maestro en su perfecta soledad, fue Judas Iscariote. Desde ese momento Judas se convirtió en otro, se tornó malhumorado e hipercrítico. Su mirada se vio oscurecida por una densa niebla de odio, maldad y felonía.

ANA, MADRE DE MARÍA

El nacimiento de Jesús

Mi nieto nació aquí, en Nazareth, en el mes de enero. La noche del nacimiento de Jesús unos hombres que venían de Levante nos visitaron. Se trataba de unos extranjeros que habían llegado de Asdrolón con las caravanas que mercan con Egipto. Nos solicitaron hospitalidad en nuestro hogar, pues en el albergue no encontraban lugar para pasar la noche. Les di la bienvenida y les informé

.-Mi hija acaba de dar a luz un varón; vosotros, sin lugar a dudas, me disculparéis si no os hago las cumplimentaciones que merece vuestra permanencia aquí.

Me agradecieron el haberles dado hospedaje, y, luego de cenar me dijeron:

.-Es nuestro deseo conocer al recién nacido.

El hijo de María era un bebé muy hermoso; ella misma era muy bella y atractiva. Ni bien los extranjeros vieron a María y a mi nieto, extrajeron de sus bolsas oro y plata y lo dejaron a los pies del niño. Luego le ofrendaron incienso y mirra y prosternándose, más tarde oraron en un idioma que no comprendimos.

En el momento de conducirlos al aposento que había preparado para que reposaran, penetraron en el mismo con un aire de recogimiento, como maravillados por lo que acababan de ver. Cuando salió el sol se marcharon para continuar su camino hacia Egipto; mas antes de partir me dijeron:

.-A pesar de tener su nieto un día de edad hemos podido ver en su mirada la luz del Dios que adoramos, y hemos visto también Su sonrisa a flor de labios. Por eso, le rogamos que cuide de Él como para que Él la cuide después.

Y luego de decir esto, montaron en sus dromedarios y nunca más los hemos vuelto a ver.

En lo que respecta a María su felicidad no era, con todo, tan grande como su asombro

y admiración ante su vestigio. Detiene la mirada largamente sobre su rostro, y después la perdía en el horizonte, a través de la ventana, absorta como si estuviera contemplando una revelación del cielo.

El niño fue creciendo en edad y en espíritu, y se mostraba absolutamente distinto de sus compañeros de juegos, pues buscaba la soledad y no permitía que se le mandara, y nunca pude poner mis manos sobre él.

Y era muy amado por todos los habitantes de Nazareth. Luego de unos años supe el porqué y el motivo de ese cariño y apoyo. Varias veces se llevaba la comida y la regalaba a los extranjeros que pasaban, y si yo alguna vez le daba un trozo de golosina, lo ofrecía a sus compañeros sin comer de él ni siquiera un trozo.

Trepaba a los árboles frutales de nuestra huerta y le llevaba los frutos a los que no tenían en la suya. Y varias veces le he visto jugar carreras con los chicos de la aldea; cuando se daba cuenta que alguno se le había adelantado, disminuía, a propósito, la velocidad de su marcha para que pudieran ganar sus contendientes. Y cuando lo conducía por la noche a su cama para que descansara acostumbraba decir:

.-Dile a mi madre y a las otras que únicamente mi cuerpo descansa, pero mi espíritu las acompaña hasta que el de ellas se asome a mi Alba.

Y muchas otras cosas más, como por ejemplo esa hermosa parábola que me contaba cuando aún era un pequeño, pero que ahora, en mi vejez, la memoria me impide acordarme con fidelidad de ella.

Hoy me han dicho que no volveré a verlo nunca, mas... ¿cómo podré creerles? Si ahora mismo sigo oyendo su risa y el eco de sus pisadas todavía resuena en el patio de nuestra casa, y si beso el rostro de mi hija percibo aún el aroma de sus besos derretirse sobre mi alma; como también siento su hermoso cuerpo flotar estrechado contra mi pecho. Mas, ¿no es cierto que es extraño que María no haya hablado nunca más de su hijo cuando yo estaba presente? Varias veces creí sentir que ella misma tenía necesidad de verlo, pero como una estatua de metal, de esa manera se inmovilizaba ella meditando ante la luz diurna, de tal forma que mi alma se derretía y corría por mi pecho como si fuera un río.

Pero, quién sabe; quizás ella sepa más que yo; y ruego al cielo que me cuente todo lo que sabe del misterio que no alcanzo a descubrir.

ASSAF, ORADOR DE TIRO

El Verbo de Jesús

¿Qué es lo que puedo hablar de su Verbo? Sin lugar a dudas, una enorme fuerza oculta dentro de él mismo llenaba sus parábolas de un encanto particular que seducía a sus oyentes. Quizás también fuera porque era bello e irradiaba simpatía. Tal vez el gesto prestaba más atención a su rostro perfecto que a sus charlas y discursos. Pero él muchas veces hablaba con la irresistible potencia de un espíritu elevado, y ese Espíritu poseía un dominio absoluto sobre todo aquel que lo estuviera escuchando.

Cuando yo era un muchacho tuve ocasión de escuchar a oradores de Roma, Atenas y Alejandría, mas el Nazareno era totalmente distinto a cualquiera de ellos. La preocupación mayor de aquellos era ordenar las palabras en forma espectacular, mas en cuanto oyes hablar al Profeta de Nazareth, sientes que el alma se escapa de ti y sale a recorrer regiones distantes y extrañas. Él relata una historia o inculca enseñanzas con parábolas o anécdotas. En toda la historia de Siria nadie había escuchado parábolas

como las de Jesús, parecía que las teja con hilos de estaciones, igual como el tiempo trama sus tejidos con los hilos de las eras y de los milenios. Ved aquí algunos ejemplos de cómo él comenzaba generalmente sus sermones:

"Un día un labrador salió a sembrar", o "Un hombre pudiente poseía muchos viñedos", o "Al caer la tarde, un pastor contando sus ovejas cayó en cuenta que le faltaba una.". Esta manera de hablar hace trasladar a sus oyentes hasta sus egos simplificados y a sus ayereres apacibles y tranquilos. En verdad cada uno de nosotros es como un agricultor, todos amamos los viñedos, y en las llanuras de nuestra memoria existe un Pastor, un rebaño y una oveja perdida.

En ese lugar también hay un Arado, una Artesa y una Era. En efecto, el Nazareno ha comprendido las fuentes de nuestro Yo más antiguo, e inspeccionado los hilos con que Dios fabricó la tela de la cual estamos hechos. Los oradores de Grecia y de Roma se han dirigido a la muchedumbre, hablandoles sobre la vida de la misma forma como la concibe el pensamiento; pero el Nazareno les habló sobre un anhelo que nace en lo profundo del espíritu. Los primeros han visto y contemplado la vida con mirada quizá más turbia que la tuya o la mía; pero el Nazareno ha visto la vida a la luz de Dios. Y varias son las ocasiones en que he pensado que hablaba a sus oyentes como si el peascoco hablara a la infinita llanura. Y en su verbo existía un empuje al que nunca hubieran llegado los discursos de los oradores atenienses y romanos.

MARÍA MAGDALENA

Sus encuentros con Jesús

Era el mes de junio cuando lo vi por vez primera. Paseaba en medio de la sementera con mis esclavas y doncellas. Jesús estaba solo. El ritmo de sus pasos resonando en el camino era distinto al de los hombres comunes; pero, movimiento igual que el de su cuerpo nunca pude ver otro parecido. Los demás hombres no poseían su forma de caminar, y a n ahora no sé si lo hacía lentamente o con rapidez. Mis esclavas y doncellas lo señalaban con el índice susurraban entre sí excitadas. Me detuve un momento y levanté mi mano en ademán de saludo, que él no contestó ni siquiera mirándome. En ese momento lo detesté y pude sentir cómo mi sangre se agostaba en mis venas por el odio que hizo presa de mí en ese instante. Me quedé fría. Temblaba, helada, igual como si me encontrara en medio de una horrible nevada. Esa noche soñé con él, y a la mañana siguiente mi camarera me contó que gritó terriblemente en sueños, y no pude descansar en toda la noche.

La segunda vez que pude verlo fue en agosto. Se encontraba descansando a la sombra del ciprés que está frente al jardín de mi casa. Lo observaba a través de la ventana. Su figura irradiaba paz y majestad; parecida a esas estatuas de piedra que se ven en Antioquia y otras ciudades norteañas. En ese instante llegó una de mis doncellas, la egipcia, y me dijo:

.-Ah está otra vez ese hombre, sentado frente al jardín. Lo observé con detenimiento y se emocionó mi espíritu hasta lo más profundo de mí misma, porque era realmente hermoso. Su cuerpo era incomparable.

Todas sus líneas se habían uniformado armoniosamente, tanto que me parecieron estar enamoradas unas de otras. En ese momento me atavié con mi mejor traje damasquino para ir a hablarle. ¿Era mi soledad la que me llevó hasta él o fue el perfume de su cuerpo? ¿Acaso era la codicia de mis ojos que anhelaban la belleza, o era su belleza lo

que buscaban mis ojos? Hasta hoy no lo he podido saber. Del vestido perfumado que yo llevaba, surgían mis pies calzados con las sandalias doradas que el general romano me había obsequiado, sí, eran las mismas sandalias. Y cuando hube llegado hasta él, lo saludé diciéndole:

.-Buenos días.

.-Buenos días, María -me respondió .

Luego me miró . Sus ojos negros vieron en mí lo que no vio hombre alguno antes que él. Ante sus miradas me sentí como desnuda y sentí vergüenza de mí misma. No habiéndome dicho, entretanto, más que ese "buenos días, María", le dije

.-¿Quieres venir a mi casa?

.-¿No estoy ahora acaso en tu casa? -replicó .

No comprendí sus palabras en aquel momento, pero ahora sí que las entiendo.

.-¿Quieres compartir conmigo mi vino y mi pan? -insistió .

.-Sí , María, pero no ahora.

"Pero no ahora, no ahora", así me dijo. En estas palabras había la voz del océano, del huracán y del bosque. Y cuando me las dijo, hablaron simultáneamente la Vida con la Muerte.

Acuédate, amigo mío, y no te olvides, que yo . estaba muerta; que era una mujer que se había divorciado de sí misma y vivía lejos de este Yo que hoy ves en mí . Había sido poseída por todos los hombres sin ser de ninguno. Me llamaban mujer libertina y decían que tenía siete demonios. Todos me maldecían y todos me envidiaban; pero cuando el atardecer de sus ojos alboreó en los muros, desaparecieron y se apagaron todos los astros de mis noches y me volví María , únicamente María: una mujer que se había extraviado sobre la tierra que conocía, para luego encontrarse a sí misma en nuevos mundos. Y volví a insistir:

.-Ven a mi casa y comparte mi pan y mi vino.

.-¿Por qué insistes que yo sea tu huésped? -respondió .

Y le contesté

.-Te ruego que entres en mi casa.

Mientras yo le hablaba, sentía que todo lo que tenía de la tierra y del cielo se reunía en mis palabras y en mis súplicas. Entonces me observó fijamente, y sobre mi espíritu alumbró la luz de sus ojos. Y me dijo:

.-Tú tienes muchos amantes, en cambio soy yo el único que te ama. Los demás hombres se aman a sí mismos a tu lado, pero yo quiero y amo tu alma. Los demás hombres ven en ti una belleza que se marchita antes de la terminación de sus años, pero la hermosura que yo veo en ti no se marchitará jamás. En el otoño de tus días no temeré aquella Belleza mirarse a sí misma en un espejo, y nadie podrá acusarla ni denigrarla. Sólo yo amo lo que es invisible en ti.

Y luego me dijo en voz baja:

.-Sigue ahora tu camino, y si no quieres que yo me sienta a la sombra de este ciprés tuyo, ségueme yo también el camino.

Y le supliqué llorando:

.-Maestro, ven y entra en mi casa. Allí tengo incienso que quemaré ante ti, y una jofaina de plata para lavar tus pies. Eres un extranjero, pero no lo eres aquí . Por eso te suplico que entres en mi casa. No bien hube terminado, se levantó y me miró como cuando miran las Estaciones al campo; sonrió y me dijo nuevamente

.-Todos los hombres se aman a sí mismos a tu lado, mas yo sólo te amo para tu salvación.

Dijo esto y siguió su camino; pero nadie hubiera podido caminar como Él. ¿Habrá nacido en mi jardín algún soplo divino y luego se fue hacia el Levante? ¿Fue una tempestad que vino a sacudir todas las cosas para volverlas a sus verdaderos cimientos? No lo supe en ese entonces, -pero en aquel día al atardecer de sus ojos maté la bestia que vivía en mí. Y por eso me volví una mujer, María, María Magdalena.

FILEMÓN, BOTICARIO GRIEGO

Jesús, el príncipe de los médicos

El Nazareno era el príncipe de los médicos, tanto en su pueblo como en los pueblos aledaños. Ningún otro hombre ha conocido como Él nuestros cuerpos, sus elementos y sus propiedades. Ha curado a mucha gente de muchas y extrañas enfermedades que ni los griegos ni los egipcios conocían. Dicen que ha resucitado a los muertos. No importa que esto sea o no verdad; el hecho es que Él manifiesta su fuerza, porque todas las cosas y acontecimientos importantes no pueden ser atribuidos sino a aquel que toma a su cargo cosas de tanta magnitud e importancia.

Dicen también que Jesús ha visitado la India, Asiria y Babilonia, y que los sacerdotes de aquellas regiones le habían enseñado sus ciencias ocultas y la sabiduría que está escondida en las profundidades nuestras. Pero... ¡quién sabe! Tal vez los dioses se lo hayan revelado directamente, sin intermedio de los sacerdotes, pues lo que los dioses occultan a todos los hombres, durante muchos siglos, a menudo lo revelan en un solo instante a un solo hombre, tanto que si Apolo pasara su mano sobre el corazón de un humilde desconocido, lo volvería a hecho un sabio y un gran señor.

Muchas puertas se han abierto ante los hijos de Tiro y del Tíbet. Allí había muchas puertas que estaban cerradas y selladas, y, sin embargo, se abrieron al paso de este hombre que consiguió penetrar en el Templo del Alma, que es el cuerpo, y descubrir los espíritus malignos que conspiran contra nuestras fuerzas y nuestro valor, separar ídolos de los espíritus bondadosos que tejen sus hilos en la quietud y calma de sus horas.

A mi forma de ver, Jesús curaba los enfermos por medio de la oposición y la resistencia, porque ese sistema empleado por Él no era conocido entre nuestros filósofos. Sorprendía a la fiebre con su tacto glacial y la ahuyentaba; y los órganos inutilizados se volvían sanos ante la fuerza de su serenidad maravillosa.

Sí; el Nazareno ha descubierto la savia pasajera en la corteza de nuestro árbol carcomido y marchito, pero ¿cómo llegó a tocar aquella savia con sus dedos? No lo sé. También alcanzó a descubrir el acero puro cubierto por la oxidación; pero ningún ser humano nos puede explicar cómo libró a la espada de su óxido y le devolvió el brillo.

Muchas veces se me ocurrió creer que Él llegaba hasta los males más hondos que padecen todos los seres que viven bajo del sol, mitigando esos dolores, fortificando y ayudando a aquellos seres, no sólo con su sabiduría, sino señalando el camino de su propia fuerza para levantarse y despojarse de sus dolores sanos y curados.

Y no obstante eso, jamás se ocupó de su propio poder como médico. Toda su atención estaba concentrada en las cuestiones religiosas y políticas de este país. Y esto me hace sufrir porque, antes que nada, debemos ser sanos de cuerpo. Pero estos sirios, cuando son atacados por algún mal, no buscan su panacea, sino más bien se entregan a las discusiones y a las polémicas especulativas y teológicas. Y su mayor desgracia es que su más grande médico renunció a su útil profesión y prefirió ser orador en la plaza

p blica.

SIMÓN PEDRO

Como fue llamado, con su hermano, por Jesús

Estaba yo a la orilla del lago cuando vi por vez primera a Jesús, mi Maestro y Señor. Mi hermano Andrés estaba conmigo y los dos andábamos pescando. Las olas estaban embravecidas y agitadas, y debido al mal estado del tiempo nuestra pesca era muy exigua. Nos encontramos transidos por el dolor que traspasaba nuestros corazones. De repente se detuvo Jesús frente a nosotros como si hubiera, en ese momento, llegado de la nada; por cuanto no lo vimos venir de ningún lado. Luego nos llamó a cada uno por su nombre y dijo:

.-Si me seguís os conduciré a una ensenada -cerca de la costa de abundante pesca. Cuando lo miré la red se escapó de mis manos, porque una luz alumbró mi interior y lo reconocí; pero mi hermano Andrés le dijo:

.-Nosotros conocemos todas las abarcas de estas orillas; también sabemos que en estas días muy ventosos los peces buscan las profundidades, donde no pueden llegar nuestras redes.

A lo que contestó Jesús:

.-Seguidme, pues, a las orillas del mar Mayor y os haré pescadores de los hombres, y vuestras redes jamás se retirarán vacías.

Entonces abandonamos nuestra barca y nuestras redes y lo seguimos; reas yo le seguí guiado por una fuerza invisible que le acompañaba. Caminaba yo a su lado sin respirar, inundado por el asombro, mientras mi hermano Andrés venía detrás, no menos admirado y maravillado. Y mientras caminábamos sobre las arenas cobramos ánimo y le dije:

.-Señor, yo y mi hermano te seguiremos, y a donde tú vayas te acompañaremos; si es tu deseo visitar nuestra casa esta noche, ésta se llenará de bendiciones. Sólo comerás platos frugales y sencillos. Mas, si entras en nuestra choza la convertirás en palacio, y si compartes nuestro pan, seremos envidiados por todos los príncipes de la tierra.

Y respondí Jesús:

.-Sí, seré vuestro huésped esta noche.

Mi corazón se alegró hondamente al oír sus palabras. Así lo hemos seguido en silencio hasta llegar a la casa. Cuando pisamos el umbral, Jesús dijo:

-La paz sea en esta morada y con sus habitantes.

Luego entré y lo seguimos. Una vez dentro de la casa fue agasajado por mi mujer, mi suegra y mi hija. Todas se prosternaron delante de él y besaron los bordes de su manto. ¡Estaban maravilladas por tan honroso hospedaje al Señor, el Elegido que vino a dormir bajo nuestro techo! También porque ellas lo conocieron en el Jordán, cuando Juan el Bautista reveló su poder a la multitud. De inmediato, mi esposa y mi suegra se dieron a la tarea de preparar la cena.

En cuanto a mi hermano Andrés, de naturaleza tímido y vergonzoso, su fe en Jesús era más honda que la mía.

Mi hija, que a la sazón tenía doce años, se colocó junto a Jesús y lo cogió de un pliegue de su manto, temiendo que nos dejara para volver a emprender viaje bajo el cielo oscuro.

Se había aferrado a él como un cordero que ha encontrado su buen pastor. Y a la hora de la cena nos sentamos a la mesa todos juntos. Tomó en sus manos el pan, y luego de haber servido el vino nos miró y dijo:

-Amigos míos, bendecidme y acompañadme en esta comida, tanto como nuestro Padre nos ha bendecido al otorgarnosla.

Dijo todo esto antes de probar un solo bocado, porque de este modo quiso respetar las antiguas costumbres y las tradiciones, que hacían del huésped querido un señor de la casa.

Y cuando estuvimos sentados a la mesa, sentimos en lo más profundo de nuestro ser hallarnos sentados en el banquete de un gran rey.

Mi hija Petronila, la inocente pequeña, miraba extasiada la cara del Señor y seguía con atención los movimientos de sus manos y sus ademanes. Una nube de lágrimas empapaba sus ojos. Y cuando Jesús se hubo levantado de la mesa, salió seguido por todos nosotros y se ubicó debajo del gran parral. Mientras nos hablaba, nosotros lo escuchábamos con los corazones hondamente emocionados.

Nos habló de la segunda venida del Hijo del Hombre, de las puertas del cielo que en ese entonces se abrirían y de los ángeles cuando bajan trayendo la paz y la alegría a todos los hombres, y cuando se elevan llevando a Dios sus anhelos y sus ansias.

En esa circunstancia me miró en los ojos y con su mirada llegó hasta lo más hondo de mí ser y dijo:

-Te he elegido junto con tu hermano y es preciso que me sigáis. Habéis trabajado mucho hasta el cansancio; ahora os haré descansar. Llevad mi yugo y aprended de mí, por cuanto mi alma desbordase de paz, y en él hallaréis vuestras almas su patria y sus necesidades cumplidas.

Al terminar estas palabras nos pusimos de pie y dije: -Maestro, te seguiremos hasta el fin del mundo, y si nuestra carga es pesada cual una montaña, la llevaremos en nuestro camino del cielo, aceptando gustosos y satisfechos. Y luego mi hermano:

-Maestro, queremos ser hilos entre tus manos y en tu telar, para que hagas de nosotros cuando quieras, un lienzo que usaré en tu divino manto.

Después alzó mi mujer su cabeza y exclamó, mientras surcaban sus mejillas lágrimas de alegría:

-¡Bendito seas tú que vienes en nombre de Dios! ¡Bendito sea el Vientre que te concibió y el Pecho que te amamantó! Mi hija estaba echada a sus pies, abrazándolo contra su pecho; empero mi suegra, sentada en el umbral de la puerta, estaba callada; pero lloraba en su silencio, mojando así su manto. Jesús llegó hasta ella y alzóle la cabeza la miró en los ojos y le dijo:

-Tú eres la madre de todos estos amigos. Ahora que lloras de alegría, yo sabré guardar tus lágrimas en mis recuerdos.

En esa hora vimos asomar la bella luna; Jesús la miró detenidamente y nos dijo:

-Larga fue nuestra velada. Retiraos a vuestros lechos y que Dios vele vuestros sueños y vuestro reposo. En cuanto a mí, quiero permanecer bajo este parral hasta que nazca el día. Hoy he tirado mi red y pescado dos hombres, lo que me conforma y satisface. Que paséis buena noche.

Mi suegra le dijo

-Señor, te hemos preparado el lecho, ruego entres y descansas.

A lo que respondí Jesús:

-La verdad te digo que necesito reposo; pero no bajo ningún techo. Dejadme dormir esta noche bajo el dosel de la vida y la luz de las estrellas. Y ahora hasta siempre.

Se apresuró mi suegra para sacar y preparar el lecho afuera. Era un colchón, una almohada y un cobertor. Jesús la miró dulcemente y dijo:

-Descansaré sobre un lecho que se hizo dos veces. Entonces lo dejamos solo y

entramos en la casa. Mi hija fue la ltima en entrar. Lo miraba con insistencia hasta que cerr la puerta.

As he conocido a mi Rab y Seor por primera vez, y no obstante haber esto pasado hace muchos aos, lo recuerdo como si hubiera sido hoy.

CAIF' S, SUMO SACERDOTE

Lo hemos matado con la conciencia serena y pura

Es indispensable, al hablar de este hombre Jes s, de su vida y de su muerte, recordar dos realidades irrefutables: la conservaci n del TorÆ en nuestras manos y la salvaci n del Estado, para que permanezca en las fuertes manos de los romanos. Ese hombre constitua un peligro para nosotros y para Roma. Ha envenenado al pueblo ingenuo y cÆdido, y lo ha conducido, mediante un sortilegio admirable, a rebelarse contra el CÆsar y contra nosotras.

Hasta mis esclavos, hombres y mujeres, al orlo hablar en la plaza p blica, se llenaron de ideas subversivas y se tornaron muy dscolos y disconformes. Muchos de ellos abandonaron mi casa y regresaron al desierto de donde vinieron.

El TorÆ es la base de nuestra fuerza y la cspide de nuestro triunfo. Ning n hombre puede destruirnos mientras en nuestras manos tengamos esta fuerza invicta, como ninguno puede reducir a escombros a JerusalÆn, cuyas murallas y paredes estÆn levantadas sobre las viejas rocas que con sus propias manos coloc David.

Si es necesario que la sementera de Ibrahim crezca y fructifique, nada mÆs justo que esta tierra permanezca pura; y ese hombre Jes s trataba de mancillarla incitando a la rebeli n. Es por eso que lo hemos muerto, cargando, a conciencia, con toda la responsabilidad. Y as mataremos a todo aquel que ose violar la ley de MoisÆs o profanar nuestro sagrado patrimonio.

Nosotros, juntamente con Pilatos, hemos advertido al pueblo el peligro que haba en ese hombre, y vimos que era prudente poner fin a su vida. Mas ahora estoy poniendo todo el poder que estÆ a mi alcance para castigar a sus discpulos, de igual manera como lo hice con Ø, para as destruir sus enseanzas y su doctrina.

Si el juda smo quiere sobrevivir, es necesario entonces reducir a polvo a quien lo persiga, y antes de que muera el juda smo cubrir a mi blanca cabeza con cenizas, igual que el profeta Samuel; romper a este manto y esta dalmÆtica santa que he heredado de Har n; y me pondr a el cilicio hasta el fin de mi vida.

JON' S, MUJER DEL GUARDIA DE HERODES

Los hijos

Jes s no era casado y no se cas jamÆs; pero era amigo y defensor de las mujeres. Las comprendi tal como debieron comprenderlas todos los hombres en el Amor puro.

Amaba a los niæos tal como debieron los hombres haberlos amado, con la fe y la comprensi n. En sus ojos haba la ternura del padre, el cariaæo del hermano y la abnegaci n del hijo. Tomaba a un niæito y, al colocarlo sobre sus rodillas, dec a:

-En este niæo se encuentra vuestra fuerza y vuestra libertad; con Ø formarØs el reino del Espiritu.

Dicen que Jes s desdeaba la ley de MoisÆs y perdonaba a las pecadoras de JerusalÆn

y de los países adyacentes. En aquel tiempo yo misma era pecadora a los ojos de la gente porque amé a un hombre que no era mi esposo. Era un saduceo. Un día llegaron los saduceos hasta mi hogar, hallándose mi amante conmigo; me prendieron y me encarcelaron. Cuando fueron en busca de mi amante éste había desaparecido dejándome sola. Después de un tiempo me condujeron a la plaza pública, en donde Jesús enseñaba a la multitud. Me llevaron a su presencia, con el propósito deliberado de tentarlo y prepararle una artimaña, mas Jesús no me juzgó; por el contrario, avergonzó a mis acusadores y los llenó de reproches. Después me ordenó que me fuera en paz. Después de aquella escena, todos los frutos insulsos de la vida cobraron sabor en mi boca. Y las rosas que nunca tuvieron aroma perfumaron mi corazón. Y fui una mujer a quien nunca volvieron a acosar los malos pensamientos. Y me sentí libre, y jamás volví a bajar ante nadie mi frente.

REBECA

Novia de Canán

Sucedí esto antes que lo hubiera conocido el pueblo. Estaba en el jardín de mi madre, cuidando las flores, cuando Jesús se detuvo frente a nuestro portal y dijo:

-Tengo sed. ¿Quieres, muchacha, darme de beber de tu pozo?

Corrí adentro y luego de haber llenado de agua una copa de plata, vertí en ella unas gotas del éfiro de esencia de jazmín. Aplacó su sed y vi que estaba satisfecho. Luego me miró a los ojos y dijo:

-Vengan a ti mis bendiciones.

Cuando dijo eso sentí la sensación de un viento llegar de las alturas y vibrar todo mi cuerpo. -Perdí mi timidez, cobré ánimo y le dije:

-Soy ¡oh, mi Señor!, la prometida de un joven de Canán de Galilea. En el cuarto día de la semana entrante me desposaré con él. ¿Quieres asistir a mi boda y de esa manera bendecir con tu presencia mi matrimonio?

A lo que me contestó:

-Sí, hija mía, asistiré.

No olvidaré nunca esas palabras: "¡hija mía!" Era él joven y yo frisaba los veinte años. Luego seguí su camino; en tanto yo permanecía en el portal del jardín, hasta que escuché la voz de mi madre que me llamaba.

En el día cuarto de la semana siguiente fui conducida por mi familia a la casa de mi novio, y allí me entregaron a él.

Y vino Jesús junto a su madre y su hermano Santiago. Se ubicaron alrededor de la mesa con los demás invitados, en el momento que las mozas de Galilea, las compañeras de mi mocedad, entonaban las canciones que para la boda de las vírgenes compuso el rey Salomón.

Jesús comió de nuestros platos, bebía nuestro vino y sonreía a todos los presentes, oía las canciones que el amante dedicaba a su amada a la hora que la acompañaba a su cámara; los cánticos y coplas alegres del joven viático que amaba a la hija del dueño de las viñas y la llevó a la casa de su madre; los poemas del príncipe que, locamente enamorado de la pobre campesina, la coronaba con la diadema y el cetro de sus padres. Creo también que escuchaba otras canciones; pero desde mi sitio de novia no podía oír ni precisar bien.

Al declinar la tarde vino el padre de mi novio y susurró al oído de la madre de Jesús

las siguientes palabras:

-Ya no nos queda vino para nuestros huéspedes, y el día de la boda aún no ha concluido.

Oy Jesús lo que a su madre fue dicho en secreto y respondí :

-El coopero sabe que todavía hay en los jarrones bastante vino para beber.

Y así fue en verdad, pues hubo vino en abundancia durante toda la noche. Entonces comenzó Jesús a hablar. Nos habló de los milagros de la Tierra y del Cielo. Nos explicó el misterio de las flores del Cielo que abren sus pétalos cuando la noche se cierra sobre la Tierra; y de las rosas que florecen cuando los luceros se ocultan en la luz del día. Nos enseñó con parábolas y ejemplos y nos relató cuentos. Su dulce voz conmovió a los corazones de todos los oyentes, y cuando lo mirábamos profundamente en los ojos, nos parecía que veíamos visiones del Cielo, y nos olvidábamos de los manjares y de las canciones. Y mientras yo lo escuchaba me sentaba en una tierra extraña y distante.

Pasado un momento, dijo un comensal al padre de mi novio:

-Has dejado el mejor vino para el final del banquete de boda, y no todos lo hacen así. Todos los presentes en la casa se convencieron y creyeron en un milagro, y bebieron al finalizar el festín mejor vino que al comienzo.

Yo también creo en la maravilla del vino que Jesús hizo, mas no me asombró porque en su voz escuchaba muchos milagros y muchas maravillas. Y así me acompañó su voz, desde aquella vez hasta el nacimiento de mi primogénito.

Y todavía la gente de nuestra aldea y pueblos cercanos recuerda las palabras de aquel querido huésped, diciendo constantemente

-El Espíritu de Jesús el Nazareno es mejor y más sabio que cualquier vino.

UN FIL SOFO PERSA EN DAMASCO

Las deidades de antes y de ahora

Yo no puedo predecir lo que mañana será de ese hombre. Tampoco podré pronosticar lo que sucederá a sus discípulos, porque la semilla oculta en el corazón de la manzana es un árbol invisible, pero si esa semilla cae sobre una roca, no podrá germinar.

Por eso digo que el antiguo Israel es cruel y desconoce la piedad; por ello debe buscarse para Israel una nueva divinidad; un dios dulce y clemente que lo trate con piedad y ternura; un dios que descienda con los rayos del sol y camine por sus estrechos senderos, en reemplazo de esa deidad suya, ya envejecida, sentada eternamente sobre el trono de su tribunal, pesando errores y midiendo culpas.

Israel necesita un dios de quien la envidia no haya conocido ningún camino a su corazón, y en cuyo recuerdo no se hayan registrado las faltas y las culpas de su pueblo. Un dios que no se vengue de su pueblo castigando a los hijos por culpas de los padres hasta la tercera y cuarta generación.

El hombre de Siria es igual que su hermano de cualquier lugar. Se mira en el espejo de sus conocimientos y allí encuentra a su dios. Crea los dioses a su imagen y semejanza, y adora lo que sobre su faz refleja la imagen. Pero el ser humano, en verdad, ora a sus ansias lejanas para que se despierten y se cumplan todos sus deseos. En el cosmos no hay cosa más profunda que el alma del hombre. El alma es la hondura que se busca a sí misma, porque en ella no hay otra voz que hable ni otros oídos que oigan.

Nosotros mismos, en Persia observamos nuestras caras en el disco del sol y vemos

nuestros cuerpos danzando en el fuego que encendemos en nuestros altares. Es por esa razón que el Dios de Jesús, que Ø llam Padre, no serÆextraæo en medio del pueblo de este Maestro. Por ello creo que satisfacerÆsus anhelos.

Las divinidades de Egipto han arrojado las piedras que llevaban a cuevas y huyeron al desierto de Nubia, para vivir libres entre los que a n viven libres de conocimientos.

El Sol de los Dioses de Grecia y Roma marcha hacia su crep sculo. Ellos eran muy parecidos a los hombres en cuyos pensamientos y meditaciones no pudieron vivir. Y el bosque a cuya sombra ha nacido su magia, lo talaron las hachas de los atenienses y alejandrinos. TambiØn en esta tierra vemos que los de altos sitios bajan de sus elevados rangos para confundirse con la humildad y la modestia de los legisladores de Beirut y los ermitaæos de Antioquia. T no ves mÆ que los ancianos y mujeres decrepitas ir caminando a los templos de sus padres y abuelos; s lo buscan el comienzo del sendero aquellos que se extraviaron en su final.

Pero este hombre Jesús, este prodigioso nazareno, ha hablado de un dios que cabe en todas las almas y cuya sabiduría se elev hasta escapar a todo castigo, y cuyo amor se sublim tanto que rehuye nombrar los pecados de sus criaturas.

Y el dios de ese nazareno pasarÆpor el umbral de todos los hijos de la tierra y se sentarÆa su lado, cerca del hogar, y serÆuna bendición dentro de sus casas y luz en sus caminos.

Mas yo tengo un dios que es el dios de Zoroastro. Un dios que es sol en el cielo, fuego sobre la tierra y luz en el regazo del hombre. Me conformo con Ø, y fuera de Ø no necesito otra deidad.

DAVID, CORRELIGIONARIO DE JES S

Jes s prÆtico

No lleguØ a comprender el sentido de sus sermones hasta despuØs de habernos dejado. No entend nada de sus parÆbolas hasta que ellas cobraron forma ante mis ojos, naciendo, por reacci n propia, en cuerpos que ahora escoltan las legiones de mis d as. He aqu lo que me ha sucedido: una noche estaba sentado en mi casa, pensando y recordando en Øxtasis sus palabras y actos para registrarlos en el Libro de mi vida, cuando en ese instante entraron tres ladrones. No obstante percibir su presencia no pude levantarme e ir a su encuentro esgrimiendo la espada, ni preguntarles: "¿quØ hacØs aqu?", porque estaba invadido por la Fe y por el Espiritu, que se mantienen hondamente en mi meditaci n.

ContinuØ escribiendo mis memorias sobre el Maestro, y cuando los ladrones se hubieron retirado, recordØ sus palabras: "A quien te pidiera tu capa, dale tu vestidura tambiØn". Y las entend ...

Cuando estaba registrando sus ejemplos y sus parÆbolas, no haba en la tierra una persona capaz de interrumpir mi labor, a n a costa de perder todos mis bienes, porque no obstante el interØs natural que tengo en protegerlos y defenderme, sab a en quØ lugar se hallaba aquel otro Gran Tesoro.

LUCAS

Los hip critas

Desprecié Jesús a todos los hipócritas y los recriminé duramente. Su ira contra ellos caía como un rayo fulminante. En sus oídos, la voz de Él era como un trueno cuyo estampido hacía temblar los corazones. Pidieron su muerte por el miedo espantoso que le tenían. Eran como topos; trabajaban en sus oscuras cuevas conspirando contra su vida, pero Él jamás se dejó caer en sus trampas y ardides; se compadeció de su ignorancia, por cuanto sabía que no podían burlarse del Espíritu ni encaminarse al abismo.

Tomaba en sus manos un espejo y desde su fondo veía a los perezosos, los cojos, los desafortunados y los caídos a la orilla del camino rumbo a su tumba. Y tuvo compasión de todos, y su anhelo era elevarlos hasta su cabeza y cargarse con sus fardos. Siempre; varias veces ha querido que sus debilidades y flaquezas se apoyaran sobre su brazo fuerte y firme.

En sus fallos no era tan severo contra el impostor, el ladrón y el homicida, tanto como en sus juicios contra los hipócritas, que enmascaraban sus rostros y ocultaban sus manos; con Él era implacable, muy severo y terminante. En tantas ocasiones me puse a pensar en aquel corazón que recibía con toda bondad a todos aquellos que procedían del desierto. Él dio de la vida, dio refugio y reposo, consuelo y calma dentro de su santo Templo. Él cerró sus puertas, salvo a los hipócritas.

Sucedí una vez, que mientras nos encontramos con Él en el huerto de los granados, le dije:

-Maestro, ¿tú perdonas a los pecadores, consuelas a los débiles y a los enfermos y no rechazas más que a los hipócritas.

Y me respondí :

-Has puesto tus palabras en su justo lugar al llamar débiles y enfermos a los pecadores. Sí, perdono la debilidad de sus cuerpos y sus espíritus enfermos, pues la incapacidad para cumplir su deber ha puesto un pesado fardo sobre sus espaldas, peso impuesto por sus padres o sus vecinos; mas no soporto a los hipócritas, porque cargan el pesado yugo sobre la cerviz de los humildes y buenos servidores. Empero los débiles, que tú llamas pecadores, son como polluelos sin plumas, caídos del nido, mientras el hipócrita es un milano apostado sobre una roca, acechando a la víctima inocente para precipitarse sobre ella. Los débiles son hombres y mujeres perdidos en un desierto; no así el hipócrita, porque conoce el sendero y corre en medio de las arenas y los vientos. Es por eso que no admito a los hipócritas en mi compañía.

Así habló nuestro Maestro, cuyas palabras no alcancé a entender en ese entonces, pero hoy las entiendo. Por eso se juntaron los hipócritas de todo el país de Judea, y lo arrastraron y condenaron a muerte, creyendo que así se ajustaban a la ley y justificaban su crimen. El arma con que se defendían contra Él ante los conciliabulos, era la ley de Moisés.

Así que los que transgredían la ley de la aparición de cada aurora, para luego volver a violarla por segunda vez al declinar la tarde, fueron los mismos que conspiraron contra su vida.

MATEO

El Sermón de la Montaña

En un día de siega nos llamó Jesús, con otro número más de amigos suyos, a subir a las colinas.

La Tierra exhalaba sus aromas y estaba ataviada con su mejor manto, cual hija de un

omnipotente rey en el día de su boda. El Cielo era el novio de la Tierra.

Y cuando hubo llegado al lugar más elevado se detuvo en medio de un bosque de laureles. En su hermoso rostro había serenidad y paz. Y dijo:

-Descansad aquí y abrid las ventanas de vuestra mente; templad las cuerdas de vuestros corazones, porque tengo mucho que deciros.

Nos recostamos sobre la grama, rodeados por las rocas del este. En medio de nosotros se sent Jesús; abrió su boca y derramó su voz por aquellas sierras, y habló así:

-Bienaventurados los buenos de Espíritu. "Bienaventurados los que no encadenan sus tesoros, porque ellos serán los verdaderamente libres. "Bienaventurados los que no recuerdan sus dolores, porque en sus dolores guardan su felicidad. "Bienaventurados los que tienen hambre de Verdad y de Belleza, porque su hambre los llevará hacia el pan y su sed hacia el manantial.

"Bienaventurados los clementes y los piadosos, porque encontrarán consuelo en su clemencia, en su dulzura y piedad.

"Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos serán uno solo con Dios.

"Bienaventurados los pacificadores, porque sus espíritus habitarán flotando sobre los campos de batalla, y transformarán el campo del alfarero en un jardín encantador.

"Bienaventurados los perseguidos, porque sus pies serán alados y veloces.

"Alegraos y regocijaos, porque habéis encontrado el Reino de los Cielos en las profundidades de vuestros espíritus. Los antiguos cantores fueron perseguidos cuando modularon las canciones de aquel Reino; así seréis perseguidos vosotros, y en ello está vuestro honor y galardón. "Vosotros sois la sal de la Tierra, mas si la sal se viciara ¿cómo seréis salado el alimento del corazón del hombre? "Vosotros sois la luz del mundo, mas -no colocáis esta luminosidad debajo de un celemin, sino que ella alumbré desde la altura delante de todos los que buscan la ciudad de Dios.

"No penséis que he venido a destruir la ley de los escribas y los fariseos, pues mis días entre vosotros están contados, y mis palabras serán breves, y no tengo más que algunas horas, en cuyo espacio terminaré de daros una segunda ley y un Nuevo Testamento.

"Habéis oído que os fue dicho: 'no matarás' pero yo os digo: no os enfadéis sin razón. Los antiguos os han prescrito conducir al templo vuestros becerros, vuestros corderos y palomas, y que los sacrificáis en el altar, para que Jehová aspire el aroma de vuestros presentes, y así perdonaros vuestros pecados y faltas.

"Mas yo os digo: ¿podráis dar a Jehová lo que desde el principio era su patrimonio?; ¿podráis calmar su cólera si su trono se eleva por encima de las silenciosas y pacíficas profundidades, y cuyos brazos abarcan y envuelven el espacio? Buscad más bien a vuestro hermano y haced la paz con él antes de venir al Templo, y dad con amor a vuestro vecino de todo cuanto tengáis, porque en el corazón de éstos Dios ha construido un Templo que jamás se destruirá y en cuya alma ha erigido un altar eterno.

"Osteis que os fue dicho: 'ojo por ojo y diente por diente' pero yo os digo: no os resistáis al mal, porque la oposición lo alimenta y lo fortifica, y sólo el día se venga.

Los fuertes en el Espíritu perdonan, y el damnificado se siente honrado y glorificado al perdonar las ofensas de los demás. Tan sólo el árbol cargado de frutos es sacudido por la multitud y apedreado por los transeúntes.

"No os preocupéis por el mañana, más bien pensad y meditaad sobre vuestro hoy, porque al día de hoy le basta su milagro.

"No os vanagloriéis cuando dais de lo que es vuestro, más bien mirad la necesidad de

aquel a quien dais, pues todo aquel que diere a un necesitado, el Padre mismo le dará con mayor abundancia. Dad a cada uno según su necesidad, porque el Padre no da sal a los sedientos, ni vacas al hambriento, ni leche al niño destetado. No deis lo santo a los perros, ni echéis perlas a los cerdos, porque con tales presentes os burlarán de ellos, tanto como los perros y los puercos se burlarán de vosotros, y tal vez su odio hacia vosotros los induzca a poner en peligro vuestra vida.

"No guardéis tesoros que se pudran o que los ladrones puedan apoderarse. Haced tesoros que no se corrompan ni sean robados, sino más bien que aumenten en esplendor y hermosura a medida que los ojos los contemplan, porque allí donde estuviere tu tesoro allí estará tu corazón.

"Os dijeron que el homicida debe pasarse por el filo de la espada, y que al ladrón se le debe crucificar, y lapidar a la mujer adúltera; pero yo os digo que no sois inocentes del crimen del asesino, ni de la culpa del ladrón, ni del adulterio de la pecadora; y cuando sus cuerpos son castigados, vuestros espíritus se oscurecen en lo más profundo de vosotros. La verdad es que ningún hombre ni mujer alguna cometerán un crimen solos. Todos los delitos y los crímenes son cometidos por todos los hombres juntos; mas aquel que paga la pena sólo quiebra un eslabón de la cadena que sujeta vuestros pies; tal vez paga con su aflicción el precio de vuestra alegría pasajera y efímera.

De esa manera habló Jesús.

Dominado por el respeto y la veneración quise arrodillarme ante Él, pero mi vergüenza de ser pequeño y miserable me paralizaba, me impedía moverme de mi lugar y proferir una palabra; pero cobré ánimo y le dije:

-Señor, quiero rezar en este momento, pero mi lengua está pesada. Enséñame cómo debo orar.

Y me contestó:

-Cuando reces, que tus ansias sean las que canten las palabras de la oración. En lo más profundo de mí mismo hay un ansia escondida que, en este mismo instante, quiere orar así:

Padre nuestro que estás en la Tierra y en los Cielos:

santificado sea tu nombre;

acompañanos con tu voluntad, tal como estás en el Cosmos.

Danos de tu pan lo suficiente como para nuestros días.

Perdonanos con tu bondad y clemencia y aumenta nuestra comprensión para perdonarnos unos a otros.

Condénanos hacia Ti y extiéndenos tu mano en nuestra oscuridad;

porque tuyo es el Reino y por Ti es nuestra fuerza y nuestra perfección.

Y era- el atardecer. Jesús descendió de las colinas seguido de todos nosotros; en tanto yo repetía detrás de Él su oración, recordando todas sus palabras, porque comprendí que las palabras que surgieron aquel día de sus labios debieran subsistir y eternizarse; y las alas que se cernían sobre nuestras cabezas en ese momento, debieron golpear la tierra como cascos de acero.

JUAN, HIJO DE ZEBEDEO

Los diferentes nombres de Jesús

Habéis visto que un rinculo de nosotros llamaba a Jesús "El Mesías", y otros "El Verbo", mientras algunos de nosotros lo llamaban "El Nazareno" y otros "El Hijo del Hombre". Ahora vengo a explicar el significado de estos nombres tal como me ha sido dado entenderlos. El Mesías, que existe desde antiguos tiempos, es la chispa de la Divinidad que mora en el espíritu del hombre. Es la brisa o el soplo de la Vida que nos visita y encarna tomando un cuerpo como el nuestro. Es la voluntad de Dios. Es el primer Verbo que habla en nuestras voces y habita nuestros oídos, para que entendamos y nos instruyamos. Y el Verbo de nuestro Dios ha construido una casa de carne y hueso y se hizo un hombre como tú y yo, porque nunca pudimos oír las canciones del viento, que no tiene forma corpórea, como asimismo nunca vimos nuestro Yo caminar en la niebla. El Mesías vino muchas veces al mundo y recorrió muchos países, pero siempre fue extraño entre los hombres, que lo tomaron por loco; en cambio el eco de su voz no se ha apagado, por cuanto la mente del hombre retiene lo que muchas veces la memoria no ha podido retener y conservar. El Mesías es esto: Nuestra hondura más insondable y nuestra elevación más infinita. Él es quien acompaña al hombre hacia lo eterno. ¿No habéis oído hablar de Él en los caminos de la India, en la tierra de los Magos y en el desierto de Egipto?

Aquí, en el Norte de nuestra tierra vuestros poetas han cantado panegíricos a Prometeo, que robó a Júpiter el fuego del cielo, porque había realizado las aspiraciones del hombre y roto los barrotes férreos de la jaula que aprisionaba las esperanzas humanas, libertándose; y a Orfeo, que se ha transformado en una voz y una cithara, para revivir el alma en el hombre y encantarla con sus melodías.

No habéis escuchado hablar del divino rey Mithra y a Zoroastro el profeta de Persia, que despertaron de los sueños del hombre antiguo, para detenerse sobre el lecho de los nuestros; pero nosotros nos unguimos de Mesías en el momento de reunirnos en el templo invisible cada mil años. Es entonces cuando sale uno de nosotros encarnado, y a su advenimiento se convierte nuestro silencio en cantos, y no obstante eso, nuestros oídos no se tornan muchas veces auditivos, ni videntes nuestros ojos.

Nació Jesús el Nazareno y creció como nosotros. Sus padres eran como los nuestros y Él era como uno de nosotros; pero el Mesías, el Verbo, que desde el comienzo era el Espíritu que quería para nosotros una vida perfecta, se ha fundido con todas esas esencias en la persona de Jesús, y se unió con Él y se hicieron una sola. El Espíritu era la mano lírica de Dios y Jesús era su cithara. El Espíritu era un salmo y su canción era Jesús; y Jesús, el Hombre de Nazareth, era el huésped y el Tabernáculo del Mesías, que con nosotros ha caminado bajo el sol y nos llamó sus amigos. Las montañas y los collados de Galilea, sus quebradas y valles, no han oído en aquél tiempo más que su voz. Y a pesar de mi corta edad, en aquel tiempo yo seguía los pasos de su senda.

Sí, he seguido su sendero y sus pasos para oír las palabras del Mesías en labios del Jesús de Galilea.

Ahora sin duda queréis enteraros por qué un rinculo de nosotros lo llamó el Hijo del Hombre. Él mismo quiso que así lo llamáramos, porque Él mismo conoció el hambre y la sed del hombre a quien ve a buscar su Yo superior. El Hijo del Hombre es el Mesías tierno y bondadoso que quiere estar con todos. Es Jesús el Nazareno que viene a guiar a todos sus hermanos hacia el Elegido que Dios ha ungido con el sacro óleo de su santidad, y hacia el Verbo que en principio estaba con Dios.

Jesús de Galilea vive en mi alma. Es el Hombre que se eleva sobre todos los hombres. Es el poeta que con todos nosotros forma los poetas. Es, más bien, el Espíritu que llama a las puertas de nuestros espíritus, para que despierten y se eleven a dar la

bienvenida a la Verdad desnuda y confiada.

UN JOVEN SACERDOTE DE CAFARNA M

Jes s, el taumaturgo

Era un taumaturgo caprichoso e inconsecuente, un adivino hechicero que engañaba con su magia y brujería a la gente simple. Mistificaba con las palabras de nuestros profetas y con todo lo sagrado de nuestros abuelos.

Buscaba sus testigos hasta entre los muertos, y tanto su poderío como sus correligionarios los tomaba de las tumbas silenciosas. Andaba tras las mujeres de Jerusalén y las mozas aldeanas, con la astucia de las arañas con las moscas que atrapan en sus redes. Y esto se explica, porque las mujeres son débiles y de cabeza vacía; ellas siguen al hombre cuyas palabras dulces cautivan sus bajas pasiones. Si no se hubiera cruzado en su camino ese grupo de mujeres imbeciles que se han dejado engañar por su espíritu maligno, su nombre estaría borrado de la memoria de los hombres.

¿Y esos hombres que lo siguen, quiénes son? Eran de la clase subyugada y oprimida, que nunca se les ha ocurrido declararse en rebelión contra sus amos, porque era gente cobarde, imbecil e ignorante; pero cuando les prometí colocarlos en elevados cargos en su reino, se entregaron a sus promesas inventadas, igual que el barro que se entrega blandamente a manos del alfarero.

¿No habéis visto, acaso, que el esclavo se lo sueña en su modorra con su grandeza, y el miserable y oscuro se lo cree un león? El Galileo era un farsante y mistificador. Perdonad todas las faltas de los pecadores con el propósito de oír en sus bocas inmundas la grita de los "hosannas".

Mitigad el hambre de los desesperados y de los miserables para ser escuchado por ellos y atraerlos a enrosar las filas de su ejército. Violad la ley del sábado con aqueos que lo profanaban, al serlo objeto de tornar a su favor a los que vivían al margen de la ley.

Condenad e insultad a nuestros altos sacerdotes, a fin de que lo tuvieran en cuenta y así difundir su nombre por vía de la oposición. Repetidas veces he declarado aborrecer a ese hombre. Le odio más que a los romanos que gobiernan nuestra patria. Y lo más abominable es que viene de Nazareth, la aldea que nuestros profetas han maldecido y la que se convirtió en muladar de las naciones y de cuya esencia nada bueno puede salir.

UN LEVITA RICO DE NAZARETH

Jes s, hábil carpintero

Jes s era un hábil carpintero. Las puertas que construyé ningun ladrón consiguió violar ni arrancar, y las ventanas que fabricé se abrían maravillosamente al soplo del viento de oeste a este. Los balcones los trabajaba en madera de cedro, y resultaban muy bruidos y fuertes. Los arados y las estevas que construía de madera de encina eran también resistentes y de difícil manejo en manos del labrador.

Tallaba los facistolos de nuestras sinagogas en la dorada madera de morera, y sobre los dos lados donde se coloca la sagrada Torá ponía dos alas extendidas, debajo de las cuales exhibía cabezas de toros, de palomas y de gacelas de grandes y bellos ojos.

Con su arte imitaba la escuela de los caldeos y de los griegos, pero, a pesar de eso, había en su trabajo algo que no era caldeo ni griego. En la construcción de mi casa han

empleado muchas manos desde treinta años; buscaba yo los albañiles y los carpinteros de todos los pueblos de Galilea; cada uno de ellos tenía la habilidad de su arte; yo estaba contento con su trabajo; pero, mira estas dos puertas y aquellas ventanas, que son obra de Jesús el Nazareno; por su primor, esmero y sólida construcción, se burlan de cuanto tengo en mi casa. ¿No ves que estas dos puertas son distintas de todas las otras? ¿Y esta ventana abierta en dirección al este, no es distinta a todas las otras ventanas?

Todas las puertas y ventanas de mi casa son accesibles a las leyes del tiempo, menos éstas que él ha fabricado; ellas permanecen firmes y sólidas ante los embates de los elementos. Mira estos travesaños, los ha colocado unos sobre otros, y estos clavos se han hundido en ellos, atravesándolos con toda maestría y meticulosidad, haciéndolos sólidos.

Y lo curioso y maravilloso en todo esto, es que ese obrero que, en realidad, merecía el salario de dos hombres, no permitió que se le pagara más que el de uno solo. Ese obrero era, según la creencia de algunos, un profeta entre los hijos de Israel. Si yo hubiera adivinado, en ese tiempo, que aquel que portaba el serrucho y el cepillo del carpintero era un profeta, le habría pedido que me hablara en vez de que me trabajara, y le habría pagado doblemente el salario, por sus palabras.

Muchos son los que hasta hoy trabajan en mi casa y en mi campo, pero ¿cómo me será permitido distinguir al hombre que lleva la mano sobre su arado, de aquel sobre cuya mano está la de Dios?

Sí; ¿cómo puedo distinguir y conocer la mano de Dios?

UN PASTOR DEL SUR DEL LIBANO

Un ejemplo

Lo vi por vez primera en los últimos días de verano, caminando en aquel mismo lugar, en compañía de tres de sus discípulos. Era la hora del crepúsculo. De vez en cuando se detenía para contemplar el camino desde un extremo del prado. Yo estaba tocando la flauta en tanto pacaba el rebaño junto a mí. Cuando estuvo cerca se detuvo; yo me puse de pie y me encaminé hacia él, deteniéndome en su presencia. Entonces me preguntó:

-¿Dónde está la tumba de Eliseo? ¿Queda cerca de aquí?

-Allí está Señor, debajo de aquel montículo de piedras -contesté. Hasta hoy los transeúntes siguen con la tradición de colocar una piedra al pasar.

Me agradecí y seguí su camino acompañado de sus discípulos. Tres días después me dijo Gamalael, que era pastor como yo, que el hombre que pasó por este lugar era un profeta de Judea; pero yo no lo creí. Pero el rostro de aquel hombre no se borró jamás de mis ojos.

Cuando llegó la primavera pasó Jesús por segunda vez por este prado. Venía solo. Aquel día yo no tocaba la flauta; estaba muy triste y el cielo de mi corazón estaba tormentoso porque se me había extraviado un cordero. Cuando vi a Jesús fui hacia él y me detuve callado en su presencia, porque quería ser consolado. Me miró y dijo:

-¿Hoy no tocas la flauta? ¿De dónde proviene esta melancolía que veo en tus ojos?

Le conté que había perdido uno de mis corderos, y que habiéndolo buscado en todos los lugares sin lograr encontrarlo, me sentía por esta razón muy triste y desconcertado, sin saber qué hacer. Me miró un momento y luego dijo:

-Espérame aquí hasta que halle a tu cordero.

Y siguí su camino perdiéndose entre las colinas. Transcurrida una hora volví y junto a mí trotaba mi recental. Y mientras Jesús estaba a mi lado, el cordero lo contemplaba lo mismo que yo. Estreché al cordero con gran contento mientras Jesús, con sus manos puestas sobre mis hombros, decía:

-Desde hoy amaré a este cordero más que a todo tu rebaño, porque estaba extraviado y lo encontraste.

Contento abracé por segunda vez al cordero. Cuando alcé la cabeza para agradecer a Jesús, estaba muy lejos de mí. Y no me animé a seguirlo.

JUAN BAUTISTA

A uno de sus discípulos

No permaneceré callado en esta oscura prisión mientras la voz de Jesús se levanta en el campo de batalla; ni nadie pondrá su mano sobre mí, ni encadenará mi libertad mientras yo estoy libre. Me dicen que las víboras reptan alrededor de sus tobillos, mas yo os digo: las víboras le daré mi fuerza para aplastarlas.

Yo no soy más que un trueno en sus relámpagos, y a pesar de haber hablado yo primero, la palabra con que he comenzado fue la palabra de Él, y mi intención fue su intención.

Me cogieron preso de improviso, y tal vez así hablaré con Él; pero el Nazareno les dirá antes todo lo que tiene que decirles; y los vencerá. Su carroza pasará por encima de ellos; las herraduras de sus caballos los pisoteará; y saldrá victorioso. Vendrá a su encuentro con lanzas y espadas, mas Él les opondrá la fuerza del Espíritu. Su sangre correrá sobre la tierra, pero sus jueces y verdugos reconocerán sus heridas y sufrimientos, y dorarán y se bautizarán con sus lágrimas hasta purificarse de sus pecados.

Sus ejércitos avanzarán sobre sus ciudades con balistas de hierro, pero se ahogarán en el camino del Jordán; en tanto los muros y las torres de Jesús se tornarán más fuertes y más inexpugnables frente al brillo de sus corazas y escudos.

Dicen que me alí con Él para incitar al pueblo a la insurrección contra el reino de Judea; mas yo digo (y, ¡cuánto ansío tener fuego para amarlo con mis palabras!) que si ellos llaman "reino" a la fosa del vicio y del mal, pues que se hunda y se destruya y que le suceda lo que a Sodoma y Gomorra, y que Jehová se olvide de esta raza, volviendo a esta tierra desierto de cenizas. Sí, soy un aliado de Jesús el Nazareno, destruye de estas rocas ciclopeas de mi cielo. Él conducirá mis ejércitos con todos sus infantes y jinetes. Mas yo, no obstante ser un jefe en el ejército de Jehová, no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Caminad y repetid a sus oídos mis palabras y rogad, en mi nombre, que os consuele y os bendiga.

Yo no permaneceré mucho tiempo en este lugar, porque cada noche, entre un despertar y otro, percibo el paso lento de unos pies sobre mi cuerpo, y cuando presto oído siento-las gotas de lluvia caer sobre mi carne.

Id y decid a Jesús: Juan Al-Cadroni, cuya alma se llena y se vuelve a vaciar de espectros, ora por tí. Entretanto, al lado de mí está el implacable sepulturero, y al otro lado yergue su cabeza el verdugo que tiende su mano para recibir la paga.

JOS DE ARIMATEA

Los propósitos primigenios de Jesús

¿Queréis saber el primer propósito de Jesús? Pues, con placer y alegría os lo diré. Mas, ningún hombre podrá tocar con sus manos la vida sagrada, ni ver con sus ojos la savia santa que alimenta sus sarmientos. Y a pesar de haber yo gustado el fruto de esa vida y bebido el vino nuevo del trapiche, no me encuentro capaz de contaros todo, pero os puedo referir lo que sé.

Nuestro querido Maestro no vivió más que tres de las estaciones de los profetas. Me refiero a la Primavera de sus cantares, al Verano de su amor y al Otoño de su pasión; cada una de estas estaciones encerraba mil años. La Primavera de sus canciones la pasó entonando en Galilea; reunió a su alrededor a sus queridos amigos; y a la orilla del lago glauco habló primero sobre el Padre y sobre la Libertad y la Esclavitud. A la orilla del lago de Galilea perdimos nuestro yo para encontrar nuestro sendero hacia el Padre. ¡Oh, qué insignificante es lo que perdimos ante lo que hemos ganado! Allí los Ángeles elevaron sus salmos y cantaron en nuestros oídos, y luego nos ordenaron abandonar la tierra yerma, para ganar y gozar en el Paraíso de los anhelos del corazón.

Allí hablaba de los campos verdesos y de las praderas floridas; de las mesetas, declives y quebradas del Líbano, donde se refugian los tersos lirios que no quieren ser alcanzados por las caravanas envueltas en el polvo de la llanura. Nos describió la zarza silvestre que sonreía al sol y ofrecía su incienso a la brisa del campo. Y a este propósito nos decía:

-Los lirios y las zarzas viven un solo día, pero ese solo día es la Eternidad que se torna en Libertad. Una tarde estuvimos sentados a la orilla de un arroyo. Jesús nos dijo:

-Mirad estas aguas y oíd la melodía de sus murmullos; ellas siempre anhelan la ribera del mar, y no obstante este eterno anhelo, jamás cesan de cantar los misterios del mar, desde uno a otro mediodía. ¡Cuánto desearía que vosotros buscarais al Padre tal como este arroyuelo busca y canta la mar!

Y luego llegó el Verano de su amor y nos alcanzó el mes de junio, el mes del Amor. Sus palabras fueron dedicadas a los demás hombres; al vecino, al peregrino, al forastero y amigos y compañeros de la mocedad. Nos habló del peregrino que viaja de Oriente a Egipto; del labrador que vuelve con sus bueyes a su casa a las horas del atardecer; y del viajero caminante, huésped inesperado que la noche tenebrosa encamina hasta nuestra puerta. Con respecto al vecino nos decía:

-Vuestro vecino es vuestro Yo desconocido. Se reencarna en vosotros para ser visible. Vuestras aguas tranquilas reflejan ante vosotros su rostro, y si lo miráis atentamente hallaréis vuestras propias caras. Y si escucháis en la quietud de la noche, lo oiréis hablando en forma tal que las palpitations de vuestros corazones se encantarán en sus palabras. Por lo tanto haced con él tal como quisierais que él hiciera con vosotros. Esta es mi ley, que yo digo a vosotros y a vuestros hijos para ser transmitida a las generaciones venideras, hasta que se agoten los tesoros del tiempo y desaparezcan las arcas de los siglos.

Al siguiente día nos habló así:

-No estás solo en tu vida, por cuanto vives del trabajo de los otros que, por más que lo desconozcan, ellos viven contigo y te acompañan durante toda tu vida. No cometen ningún crimen sin que tu mano los haya armado. No caen sin que caigas con ellos, y cuando te levantes se levantarán contigo. Su camino del templo es tu camino, mas si escapan al desierto, donde los espera la fatal caída, irán con ellos cual desertor. Tuyo y tu pariente son dos semillas sembradas en un solo campo: creceréis y os creceréis juntamente

frente al viento, pero ninguno de los dos podr s pretender el dominio del campo, porque la simiente que va cobrando diariamente su desarrollo, -no podrá pretender ni siquiera el patrimonio de su amor o su propio sortilegio. Hoy estoy con vosotros, mañana me ir  al Oeste, y antes de irme os digo que vuestro vecino es vuestro Yo invisible; se transfigura a vuestros ojos para ser visible.

Buscadlo con amor para hallaros a vosotros mismos, porque s  lo as podr s ser mis hermanos.

Y luego llegó el otoño de su Pasajero. Nos habló de la Libertad tal como cuando nos enseñaba en la Primavera de su canción, en Galilea. Mas esta vez sus palabras buscaban la profundidad en nuestra comprensión. Nos habló de las hojas que no cantan si no son mecidas por el viento; del hombre, que lo comparaba con un vaso que el  ngel de la Mesa escancia para mitigar la sed de otro  ngel; entretanto, vacío o lleno, el vaso permanecer  brillante con su cristal sobre la Mesa del Supremo Todopoderoso.

Esta es otra parábola suya: "Vosotros sois la copa y sois el vino; bebed de ese vino hasta la ebriedad, o recordadme y se aplacar  vuestra sed".

En nuestro camino al Norte, nos dijo:

-Jerusalén, la orgullosa ciudad, que aposentada est  sobre la cumbre de su gloria, bajar  al abismo infernal y en medio de sus ruinas estar  yo de pie, solo. Se reducir  su templo a escombros y en derredor de sus pórticos y galerías oir s el grito de las viudas y de los huérfanos. Las gentes, en su precipitada huida no verán las caras de sus hermanos; el horror los aturdir  y cuando dos de vosotros se reunieran en aquel día para llamarme, que miren al Oeste y all  me verán y oirán el eco de mis palabras repercutir en aquel día en sus oídos.

Y cuando hubimos llegado a la loma de Betania nos dijo: -V monos a Jerusalén; la ciudad nos espera. Entrar  por el pórtico montando un asno y predicar  entre la multitud. Son muchos los que quieren aprehenderme y encadenarme; m n: son muchos los que avivan el fuego para quemarme. Mas, vosotros hallar s en mi muerte vida y libertad. Ellos buscan el soplo de la Vida que flota sobre el corazón y el Pensamiento, a igual que el martinete que se cierne entre el campo y su nido. Mas el soplo de mi vida ha huido de ellos, y por esa razón no me vencerán jamás. Los muros que el Padre ha construido en torno de mí no caerán, y la tierra que ha santificado dentro de mi ser no se profanar  y cuando llegue el amanecer, el sol coronará mi cabeza y me unir  con vosotros para recibir al día, que será muy largo, y el mundo no verá su ocaso jamás. Dicen los fariseos y los escribas que la tierra est  sedienta de mi sangre; me regocija mucho poder saciar la sed de la tierra con mi sangre; empero las gotas de esa sangre nutrirán y levantarán los brotes de las encinas y lirios de Persia, cuyas bellotas y semilla serán llevadas en alas del viento del este a todas las ciudades del mundo.

Después de un silencio agreg  :

-La Judea no quiere un monarca para avanzar contra las legiones de Roma. Yo no quiero serlo, porque las coronas de S n se han hecho para las frentes chicas, y el anillo de Salomón es pequeño para este dedo. Ved estas manos,  no las veis que son más fuertes para no llevar cetro y más poderosas para no esgrimir espada? No es mi deseo que el sirio se rebele contra el romano, pero vosotros sabrás, mediante mis palabras, despertar la ciudad dormida, y con lo que mi espíritu le hablar  en su segunda alborada. Mis palabras formarán un ejército invisible, equipado de carros y caballos; sin picas ni lanzas derrotar  a los sacerdotes de Jerusalén y triunfará sobre los C bares. No me sentar  en un trono sobre el cual se hayan sentado esclavos para juzgar a otros

esclavos como ellos; no; y no es mi propósito sublevarme contra los hijos de Roma, empero seré una tormenta en su cielo y un canto en sus almas; y todos me recordarán y me llamarán Jesús el Ungido.

Estas fueron las palabras que dijo Jesús al pie de los muros de Jerusalén, antes de penetrar en la ciudad, y se han impreso sobre nuestros corazones como grabadas a buril.

NATANAEL

Jesús no era ni modesto ni humilde

Dicen que Jesús el Nazareno era modesto y humilde. Dicen asimismo que era justo y piadoso pero débil, y que muchas veces se mostraba vacilante delante de los fuertes y poderosos; que cuando se presentaba ante los tribunales no era sino un cordero delante del león.

En cambio yo digo que Jesús tenía autoridad sobre todos los hombres y que nadie estaba, como él, seguro de su fortaleza, que la proclamaba desde las montañas y valles de Galilea en las ciudades de Judea y de Fenicia.

¿Qué hombre débil y sumiso dice: "Yo soy la Vida y el Camino de la Verdad?"

¿Quién osaría afirmar si realmente era modesto y humilde, como lo considera, ante su declaración: "Yo estoy en mi Padre Dios y mi Dios Padre está en mí?"

¿Qué hombre no conoce bien su poder cuando pregona, "Quien no cree en mí no creerá en esta vida ni en la vida eterna?"

¿Quién no tiene confianza en el mañana cuando se siente capaz de manifestar: "Vuestro mundo desaparecerá y será reducido a cenizas, que el viento esparcirá antes que desaparezca una sola de mis palabras?"

¿Habría dudado, acaso, de su fuerza cuando dijo a los que llevaron la adúltera a su presencia, so pretexto de tentarlo: "Quien de vosotros no tuviere pecado, que arroje la primera piedra?"

¿Tuvo, acaso, miedo de los poderosos cuando expulsó del templo a los cambistas, no obstante tener ellos la protección de los sacerdotes?

¿Habría tenido las alas rotas cuando exclamó: "Mi Reino está por sobre vuestros reinos terrenales: "

¿Se escondía, acaso, detrás de la reticencia de las palabras, cuando decía una y muchas veces: "Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días?"

¿Cómo se atrevería el cobarde a levantar sus manos en casa de las autoridades superiores y llamarlas: "Falsos, viles y profanadores?"

Un hombre con el coraje de este, que proclama palabras tales a los grandes señores de la Judea, no es ningún humilde ni es modesto. El águila no construye su nido en el sauce llorón y el león no busca hacer su cubil entre las malezas. Estoy cansado de lo que dicen los débiles de corazón y de origen humilde; dicen eso para justificar la pequeñez de sus espíritus y su origen humilde; y, principalmente, cuando oigo hablar a los que caminan sobre las puntas de sus pies, esos que buscan consuelo poniendo al Maestro entre los de su condición.

Sí; me aburren ese tipo de hombres, mas yo predico el Evangelio de un fuerte Cazador y el espíritu montañés que jamás será doblegado.

SABAS DE ANTIOQUÍA

Hace la semblanza de Saulo de Tarsos

Escuché a Saulo de Tarsos predicar en esta ciudad el Evangelio de Jesús entre los judíos. Se hace llamar ahora Pablo, apóstol de los pueblos. Conocí a este hombre en mi infancia; en aquellos tiempos perseguía a los amigos del Nazareno. Aún recuerdo su goce y alegría cuando veía lapidar a Esteban, el joven iluminado.

Pablo es un ser curioso y extraño; no tiene alma de hombre libre, porque muchas veces aparece cual un animal perseguido y herido por los cazadores, en el bosque donde fue a refugiarse para esconder su dolor. No habla de Jesús ni repite sus parábolas, sino que predica la doctrina del Mesías que han anunciado los profetas, y a pesar de ser uno de los sabios judíos, se dirige a los judíos hablandoles en griego, idioma que habla mal y del cual no sabe escoger términos para sus temas.

En cambio es un hombre que posee una fuerza oculta; la gente lo apoya y acude a escuchar sus sermones; y varias veces les asegura cosas que él mismo no cree.

Nosotros, los que hemos conocido a Jesús y oído sus pláticas, sabemos que ha enseñado al hombre cómo romper las cadenas de la esclavitud para librarse de la cárcel de su pasado. En cambio Pablo forja cadenas nuevas para el hombre venidero; golpea el yunque con su martillo en nombre de un Hombre que él mismo no conoce.

El Nazareno desea que nosotros vivamos la hora con amor y ansias, mas el hombre de Tarsos nos ordena conservar y observar las leyes escritas en los antiguos Testamentos.

Otorgó Jesús un soplo de su alma al hombre que perdió la vida. En la soledad de mis noches creo y comprendo. Cuando Jesús se sentaba a la mesa contaba a los comensales unos ejemplos que los alegraban y hacían delicioso el bocado de su boca, mientras que Pablo limita nuestro pan y nuestra copa.

Permitidme, pues, que vuelva mi rostro al otro camino.

DE SALOMÉ A UNA AMIGA SUYA

Un deseo no realizado

Era como el Amapo que reluce bañado por el sol. Era como lago entre cerros solitarios al asomarse el sol. Era como nieve sobre las cimas de las montañas, muy blanca a los rayos del sol.

Era como todas esas cosas y por eso lo amé. Pero temía sentarme en su presencia, porque mis pies no podían soportar el peso de mi amor, para estrechar los suyos contra mi pecho.

Yo trataba de decirle: "Mata a tu amigo en un momento de pasión frenética que abrasaba mi alma; ¿quieres perdonar mi crimen? Ya que eres misericordioso y que te apiadas, desata las cadenas de mi juventud y libérame de la ignorancia ciega de mi acto, para así poder caminar libre en tu Luz Mayor".

Confío en que me habrá perdonado, cuando para danzar pedí la cabeza de su amigo. Estoy convencida que en mí habrá hallado tema para sus enseñanzas, por cuanto no había en el mundo un valle de hambre sin haberlo pasado, ni un desierto de sed que él no haya atravesado.

Era como el bello Amapo y como los lagos entre los cerros, y como la nieve de las montañas del Líbano. ¡Cuánto ansiaba aplacar la sed de mis labios entre los pliegues de su túnica!

Pero estaba muy lejos de mí, y yo tenía temor y vergüenza, tanto, que mi madre me prohibía ir a verlo. ¡Cuántas veces me tentaba el deseo de seguirlo! Y cada vez que

pasaba- por nuestra casa mi coraz n se conmov a ante su belleza. Mi madre frunc a su entrecejo con desprecio y me exhortaba a retirarme de la puerta, exclamando:

-¿Qui n ser e se, sino otro comedor de langostas del desierto? ¡Si ser e burl n y traidor! Un subversivo vividor, que no tiene otra ocupaci n que incitar al pueblo a rebelarse y despojarnos de nuestro cetro y nuestro trono, y traer a los coyotes de su tierra maldita a aullar en nuestros palacios y sentarse en nuestros sitios. Vete y cubre tu cara ante la luz de hoy y espera el d a en que su cabeza caer e pero no sobre tu bandeja.

Todo eso dijo mi madre, pero mi esp ritu no quiso retener ninguna de sus palabras, porque o en secreto lo amaba y ese amor circundaba mi sue o con llamas. Y ahora que ya pas el d a, y con n una cosa gigantesca que en m hab a, qui n sabe si no ha muerto en m la juventud, pues yo no puedo vivir m e en este mundo, despu s de haber visto morir, en n, al dios de la juventud.

RAQUEL, UNA DE LAS DISC PULAS

¿Era Jes s un hombre o una idea?

Muchas veces he meditado sobre el hecho de si Jes s era un pensamiento sin cuerpo vibrando en la Raz n -pensamiento que frecuenta la intuici n del hombre- o una criatura de carne y hueso como nosotros. Muchas veces se me ha ocurrido pensar que no era m e que un sue o de un dormir m e profundo que el mismo dormir, y una aurora m e serena que todas las auroras.

Parece que mientras cont bamos este sue o unos a otros, principiemos a creer que era una realidad efectiva, y cuando hubimos dado cuerpo en nuestra imaginaci n y voz en nuestros anhelos, lo modificamos por ltimo en una esencia verdadera, en la materialidad de nuestro existir. Pero en realidad no era un sue o: lo hemos visto con nuestros propios ojos a la luz del mediod a; hemos tocado sus manos y lo hemos seguido de un lugar a otro; hemos o do sus discursos y fuimos testigos de sus hechos. Por ventura, ¿creer s que namos un pensamiento que buscaba otro pensamiento, o un sue o que aleteaba en el cielo de otros sue os?

Nos parece, con frecuencia, que los grandes acontecimientos son cosas extra as a nuestra vida diaria e intrascendente, aunque estuviese su naturaleza arraigada en la nuestra. Ellos por m e que vengan y vayan pronto o s bitamente, su esencia y naturaleza perdurar n a trav s de los siglos y de las edades.

Jes s el Nazareno es, pues, el Gran suceso. Aquel hombre cuyos padres y hermanos todos conocamos, era en s mismo un milagro producido en Judea. Y si colocamos todos los d as, con todos los a os y los -siglos, no podran borrar su recuerdo de nuestras almas.

En la noche era una montaa ardiendo; mas al pie de los collados el calor era tibio y suave. En la atm sfera era una tempestad y, sin embargo, se mov a flotando dulcemente sobre la neblina del amanecer.

Era Jes s un torrente que descend a desde las alturas para devastar y destruir los obst culos; al mismo tiempo era ingenuo como la sonrisa de un ni o. Cada a o esperaba la visita de la Primavera en este valle, y esperaba los lirios y otras flores, mas, mi alma se sent a triste porque nunca pudo alegrarse en la Primavera, a pesar de haberlo deseado tanto. Pero cuando lleg Jes s a mis estaciones, era l, en verdad, una Primavera para mis sue os, y en l se hab an realizado y cumplido las promesas de todos los pr ximos a os. Llen de alegr a mi coraz n en tanto yo crec a como la

violeta, deslumbrada y avergonzada ante la luz de su advenimiento. Y hoy todos los cambios de las estaciones futuras no pueden borrar su belleza de nuestro mundo.

Jesús no era ni un sueño ni un pensamiento concebido por la fantasía de los poetas, sino un ser humano como tú y yo, en oído, en vista y en tacto; en lo demás era diferente a todos nosotros. De genio alegre, a través de la alegría conoció la tristeza de los hombres, y desde la más alta cima de su aflicción divisó la alegría de los hombres. Las visiones que tuvo no las distinguimos nosotros; las voces que oyó no las oímos nosotros. Con frecuencia hablaba dirigiéndose a las multitudes invisibles, y muchas veces hablaba por intermedio nuestro, con gente no conocida todavía.

Las más de las veces se hallaba solo, mas cuando se encontraba con nosotros se sentía como extraño en nuestra compañía. Se hallaba en la tierra, pero él era del cielo. Y nosotros no podemos ver la tierra de su soledad más que en nuestra soledad.

Nos amó con caridad y bondad. Su alma era una fuente al alcance de nosotros para llegar hasta él y llenar nuestras copas y beber hasta colmarnos. Una sola cosa no podía comprender en Jesús: el uso frecuente de la chanza con sus oyentes; les relataba un cuento gracioso y hacía juego de palabras para luego reírse en lo más hondo de su corazón, y hasta en las horas más tristes, cuando el dolor se mostraba en sus ojos y se mezclaba en las vibraciones de su voz. Todo esto no lo concebía en aquellos tiempos, y hoy bien lo comprendo.

Muchas veces, cuando pienso en la Tierra, se me parece una virgen grávida y primeriza, que tuvo en Jesús su primogénito, y cuando éste murió fue el primer hombre que moría. ¿No te parecía que la tierra estaba serena aquella semana sombría y que los cielos estaban en guerra contra los cielos mismos? Más aún: ¿No te has sentido, al desaparecer su rostro de nuestros ojos, que si lo damos unos recuerdos errantes en la neblina?

CLEOBA AL-BATRUNI

La Ley y los Profetas

Cuando Jesús habló se acalló el universo para oírlo. Sus palabras no eran para nuestra pobre inteligencia, sino para los elementos y sedimentos con que Dios creó la Tierra. Habló

con la mar, esa madre de pecho inmenso que nos dio la luz; habló con la montaña, nuestra hermana mayor, cuya cima es una promesa y una esperanza; habló con los ángeles que habitan detrás de la mar y la montaña, a quienes hemos confiado nuestros sueños antes de secarse el lodo que hay en nosotros, por los rayos del sol.

Sus palabras aún están reunidas en nuestra memoria, abriendo caminos a nuestros ideales. Esas palabras fueron sencillas, alegres y placenteras. La melodía de su voz resonaba como el agua serena sobre la tierra seca. Una vez alzó sus manos al cielo; sus dedos parecieron como ramas de sicomoro, y dijo con fuerte voz:

-Os hablaron muchos profetas de la antigüedad, cuyas palabras todavía pueblan vuestros oídos, mas yo digo que os vaciaréis de todo lo que habéis escuchado.

Esa frase de Jesús: "mas yo os digo", no la pronunció ningún hombre de los nuestros ni de ningún otro pueblo del mundo. Una legión de serafines la transportó al pasar por el firmamento de Judea. Tomaba los preceptos de la ley y de los profetas, una y más veces, y después agregaba: "mas yo os digo".

Palabras ardientes, palabras que son como olas del mar y que no pudieron conocer las

costas de nuestros pensamientos: "mas yo os digo".

Esas palabras son astros luminosos que iluminan la pobreza del alma, y, ¡cuántas almas velan esperando la luz de ese amanecer!

Quien pretenda comentar los sermones de Jesús, debe poseer su Verbo o el eco de su Verbo, mas yo no tengo, desgraciadamente, lo uno ni lo otro, por eso os pido perdón si no comienzo con algún relato que no sepa a terminar, por cuanto el final no está en mis labios; mis palabras son una canción de amor que está en la brisa.

NAAMAN AL-GADARINI

La muerte de Esteban

Sus apóstoles se dispersaron porque él les vaticinó, antes de ser crucificado, que sufrirían mucho. Sus enemigos los cazaban como a gamos y los acosaban como a zorros del monte. Mas, el carcaj del cazador aún sigue lleno de dardos; y cuando eran cogidos por el enemigo y conducidos a la muerte, se alegraban mucho. Sus caras cobraban el esplendor y la frescura de las novias en el momento de sus bodas. También en su Testamento les legó la alegría.

Tenía yo un amigo del norte llamado Esteban, que fue apresado y apedreado en medio de la plaza pública por haber predicado en nombre de Jesús. Al morir, abrió sus brazos sobre el suelo, porque quiso morir igual que su Maestro. Eran sus brazos dos alas de paloma presta a volar, y antes de extinguirse el brillo de sus ojos vi una celestial sonrisa en sus labios. ¡Qué parecida fue aquella sonrisa a la brisa que corre al final del invierno, anunciando la llegada de la Primavera!

¿Cómo puedo describir aquella sonrisa? Me parece que Esteban quería decirme en aquel momento: "Sébelo, amigo mío, que si en la otra vida me apedrean otros seres en la plaza de su ciudad no dejaré de predicar y anunciar Su nombre por la Verdad y la Razón que él posea, y por la Razón y la Verdad que hoy tengo".

Entre el público que se divertía con el martirio de Esteban, divisé a un hombre que observaba, lleno de contento, las piedras que caían como lluvia sobre aquél; ese hombre se llamaba Saúl de Tarso (Schaol El-Tarsosi), y fue él quien lo entregó a los clérigos, a los romanos y a la muchedumbre, para eliminarlo.

Saúl era calvo y de corta estatura, sus hombros tenían una joroba y no había armonía en las líneas de su cuerpo. Yo no podía quererlo. Me dicen que hoy predica en nombre de Jesús desde las azoteas; mas es difícil de creer. El sepulcro no puede impedir el avance de Jesús sobre el campamento de sus enemigos, para dominar su brutalidad y rendir a sus jefes. Sea como fuere, yo no lo quiero a ese hombre de Tarso, no obstante los buenos informes que me dan sobre la transformación que se operó en él después de la muerte de Esteban. Dicen que se calmó su cólera y fue derrotado en su viaje a Damasco. Ese hombre no puede ser nunca un discípulo leal, porque su cabeza es más grande que su corazón.

A pesar de todo esto, puede ser que yerre en mi juicio, pues confieso que a menudo me he equivocado al opinar sobre los hombres.

TOMÁS

Habla de su abuelo y de sus cuestionamientos

Me dijo una vez mi abuelo, que era abogado: -Pongámonos del lado de la Verdad, cuando ella se manifiesta con toda evidencia.

Cuando Jesús me llamó decid seguirlo, porque la voz con que me llamó era más fuerte que mi voluntad, pero no por eso olvidé el consejo de mi abuelo (que en paz descanse).

Mientras hablaba se conmovían sus oyentes como ramas agitadas por el viento; sin embargo, yo lo escuchaba y no me conmovía y, a pesar de todo, lo amaba. Hace ya tres años que se ha ido; hoy somos un núcleo disperso que canta y glorifica su nombre en todas partes. Y desde aquel día me llaman mis amigos "Tomé el Dudoso", porque la sombra de mi abuelo me seguía más que mi propia sombra; además yo buscaba la Verdad para acariciarla con mis manos.

En aquel tiempo, ensombrecido por la duda, ponía mi mano sobre mi herida para cerciorarme de si manaba o no sangre, y luego creer o no creer en mi pena; mas hoy sé que el hombre que ama con su corazón, pero que conserva una sombra de duda en su mente, es un esclavo condenado a remar en una nave oscura. Ese esclavo duerme sobre sus remos y sueña con su libertad, hasta que lo despierta el látigo de su amo.

Yo era como aquel esclavo que soñaba con su libertad, pero el recuerdo de mi abuelo pesaba sobre mis ojos, hasta que mi cuerpo tuvo necesidad del látigo de mi día, hasta en presencia del Nazareno me cerraba los ojos para ver mis manos encadenadas al remo.

La Duda es un dolor cuya soledad me hizo olvidar que ella y la Fe son gemelas. La Duda es una infeliz vecilla perdida; si su madre, después de hallarla, la estrecha contra su pecho, la rehúe temerosa y dubitativa.

No conoceré la Duda el camino de la Verdad en tanto no se cure de sus heridas. Dudé de Jesús hasta que se me reveló y puse mis dedos sobre sus heridas. Entonces, ante la Verdad, tuve Fe y me liberé de mi pasado y de todas las vacilaciones que heredé de mi abuelo. El muerto en mí ha enterrado a sus muertos, y el vivo en mí vivirá para el Ungido Rey, aquel que han denominado El Hijo del Hombre.

Me avisaron que debo ir a predicar en su nombre entre los hijos de Persia y de la India; estoy listo para viajar, y desde hoy al fin de mi vida, tanto en la Aurora como en el crepusculo veré a mi Señor en toda su majestad y le oír hablar.

UN ADELANTADO

Jesús era uno de afuera

Me solicité que os hable de Jesús el Nazareno; tengo mucho que deciros, pero no es tiempo aún, sin embargo. Todo cuanto os diga será la pura verdad; por cuanto toda palabra que no dice una verdad no tiene valor alguno. He aquí un desequilibrado que se rebela contra el orden, y un pordiosero que combate contra la propiedad, y un borracho que sólo se alegra y convive con repudiados y vividores.

No era hijo del Estado ni del Imperio, que disfrutara de un derecho o de un patrimonio a igual que los demás compatriotas, por eso se mofaba del Estado y del imperio. Viva libre ignorando lo que era un deber o un derecho, como las aves en el espacio; por eso los cazadores lo derribaron con sus flechas. Ningún hombre que destruya las vedas del pasado se salva del derrumbe de sus piedras, y nadie puede abrir las compuertas del diluvio de sus padres sin que lo arrastre el aluvión. Es la ley. Y como aquel Nazareno ha violado y roto esa ley, fue eliminado con sus adeptos.

En el mundo ha habido muchos seres como \emptyset , que han querido torcer el curso de nuestra vida, y despu \emptyset s tuvieron que cambiar de idea, porque fueron derribados. Hay al pie de los muros de la ciudad una vid que no da uva; crece y se extiende sobre las piedras del muro; si esa vid se dijera: "Destruir \emptyset estos muros con la fuerza del paso de mis ramas"; ¿qu \emptyset dir an de ella las otras plantas? Se mofar an de su pretensi n. Por eso me veis obligado a reirme de ese hombre y de sus ilusos ap stoles.

UNA DE LAS MARAS

Su tristeza y su sonrisa

Tena siempre alta la frente. En sus ojos brillaba la luz del Se \emptyset or. Era a menudo triste, pero su tristeza era un b \emptyset samo para las heridas de los afligidos y desconsolados. Cuando sonrea, era la suya una sonrisa de los que tienen hambre de lo oculto; una sonrisa como polvo de estrellas sobre p \emptyset mpados de ni \emptyset os; era un pedazo de pan en la boca.

Era triste, pero su tristeza era de esas que hacen temblar los labios y al abrirlos se trueca en sonrisa. Era su sonrisa como su velo dorado en el bosque a las horas oto \emptyset ales, y a veces parec an rayos de luna a la orilla de un lago.

Se sonrea como si sus labios quisieran cantar en el fest n de una boda, y a pesar de todo Jes s era melanc lico; tena la tristeza de un alado que no quera volar sobre sus compa \emptyset eros.

ROMANUS, POETA GRIEGO

Jes s el lrico

Jes s era poeta. Miraba para nuestros ojos y o a para nuestros o dos. Nuestras palabras mudas estaban siempre presentes en sus labios. Sus dedos tocaban lo que no alcanzamos nosotros a sentir.

De su alma volaban innumerables p \emptyset faros cantores; unos hacia el norte y otros hacia el sur. Las bellas y perfumadas flores que bordeaban y circundaban los caminos y los collados, dibujaban una lnea divisoria por la cual deb a dirigir sus pasos y seguir camino en el firmamento.

¡Cu \emptyset ntas veces lo he visto inclinarse para tocar las h medas hierbas!, escuch \emptyset ndolo en mi coraz n dialogar as con ellas: "¡Oh peque \emptyset as y verdes hierbecillas, vosotras estar \emptyset s en mi Reino, conmigo; como la encina de Biz \emptyset n y el cedro del L bano!"

Amaba todo lo que era bello en este mundo: el rubor en el rostro de los ni \emptyset os, la mirra y la resina del sur. Aceptaba con amor una granada o un vaso de vino que se le ofrendara con amor; y no le preocupaba que viniera de un humilde extra \emptyset o en la posada o de un rico hospedaje. Amaba las flores del almendro; lo vi una vez recogerlas con sus manos v cubrir su rostro con sus p \emptyset talos. Pareca desear que su amor alcanzara a todos los \emptyset boles de la Tierra.

Conoci el mar y los cielos. Habl de las perlas cuya luz no proviene de nuestra luz; y de los astros que vigilan nuestra noche. Conoci las montaaas tal como las conocen las \emptyset guilas, y los valles tanto como los conocieron los arroyos y los manantiales. Hab a un desierto en su silencio y un vasto vergel en sus palabras.

Jes s era un poeta cuyo coraz n ha sido colocado por sobre el nuestro, y as como sus

canciones fueron entonadas para nuestros oídos, asimismo otros oídos de otros pueblos las escucharon donde la Vida es juventud eterna y el Tiempo una constante Aurora.

Tiempo atravesó yo me creó a un poeta, pero cuando me detuve ante Él, en Betania, conocí el valor de aquel que pulsa un instrumento de una sola cuerda y la de aquel ante quien se rinden todos los instrumentos y todas las cuerdas con mansedumbre. En su voz se habían unido la risa de los truenos, las lágrimas de las lluvias y la danza de los vientos y de los árboles.

Desde que supe todo eso, mi cetera se convirtió en un instrumento de una sola cuerda, y mi voz no pudo más tejer recuerdos del pasado ni esperanzas del futuro. Es por eso que arrojé mi cetera y me callé para siempre, mas a cada hora crepuscular afiné mis oídos para los cantares de Jesús, el príncipe de todos los poetas.

LEV, DISCIPULO

Los tentadores y los hipocritas

Una tarde pasó Jesús por mi casa, despertando mi alma de su adormecimiento. Me dijo:

-Ven, Lev, ségueme.

Y lo seguí aquel día. En la tarde del siguiente le pedí que honrara mi casa con su visita. Pasó por mi puerta con sus amigos y bendijo a mi mujer, a mis hijos y a mí. En casa había otros huéspedes; eran escribas y sabios, discretos adversarios suyos. Cuando estábamos sentados a la mesa, le pregunté un escriba:

-¿Es verdad que tú con tus apóstoles violan la ley, haciendo fuego el sábado?

Jesús replicó:

-Es verdad que en día sábado hacemos fuego, porque en ese día queremos alumbrar y quemar con nuestras antorchas todas las pajas secas que se acumulen en los campos.

Otro escriba le objetó:

-Hemos sabido que bebes vino con los impuros.

A lo que respondí Jesús:

-Sí, también gozamos del vino. Hemos venido a compartir el pan y la copa de los no coronados que hay entre vosotros. Pocos son, muy pocos, los que no tienen plumas; pero se animan a desafiar al viento y muchos son los alados y los plumíferos que a veces no se atreven a abandonar sus nidos. Nosotros damos alimento con nuestro pico, lo mismo a los perezosos que a los decididos, en partes iguales.

Un tercer escriba le advirtió:

-¿Crees, por ventura, que desconozco que tú defiendes a las rameras de Jerusalén?

Entonces vi con mis propios ojos que las alturas rocosas del Líbano se habían reflejado en su rostro, cuando respondí:

-Todo lo que habéis oído es cierto. Las mujeres se presentarán, el día del juicio final, delante del trono de mi Padre y Señor, y se petrificarán con sus lágrimas, pero a vosotros se os juzgará y se os condenará a las cadenas de vuestros propios juicios. Babel no ha sido destruida por el pecado de sus mujeres. Babel se redujo a cenizas para que los ojos de los hipocritas no vieran más en ella la luz del día.

Otros escribas deseaban hacerle preguntas, pero un ademán mío los hizo callar; porque yo sabía que Él los vencería, y como eran mis huéspedes no quise que pasaran vergüenza en mi casa. A media noche se fueron los escribas con espíritu preocupado.

Entonces cerré mis ojos y me senté como si estuviera bajo el poder de un éxtasis; y vi: eran siete doncellas con trajes blancos rodeando a Jesús; estaban de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro inclinado con humildad y veneración; cuando hube mirado detenidamente en la niebla de mi visión, divisé el rostro de una de ellas que resplandecía luminoso: aquel rostro era el de la pecadora que vivió en Jerusalén. Abrí mis ojos y miré a Jesús; vi que sonreía; los cerré por segunda vez y en la esfera de luz de mi revelación aparecieron siete hombres con vestiduras blancas, en derredor del Maestro; cuando los hube mirado fijamente, reconocí en uno de ellos al ladrón que fue crucificado a la derecha de Jesús.

Pasada la medianoche se retiró Jesús de mi hogar acompañado de sus amigos.

UNA VIUDA DE GALILEA

Jesús el cruel

Mi hijo, primogénito y único, cultivaba nuestro campo y se sentaba muy alegre y conforme en su trabajo, hasta el día en que oí a aquel hombre que llamaban Jesús predicar a la multitud; entonces se transformó instantáneamente, como si algún espíritu extraño y maligno lo hubiese dominado. Dejé el campo y el huerto, y me dejé a mí también, y se hizo haragán, viviendo entre mendigos: Este Jesús el Nazareno es un individuo malo, pues, ¿qué hombre bueno separa a un hijo de su madre?

Lo último que me dijo mi hijo fue lo siguiente:

-Me voy como uno de sus apóstoles al norte, porque he reconstruido el edificio de mi vida sobre la roca del Nazareno. Tú me has dado a luz y te agradezco tu bondad, pero un deber mayor me obliga a partir. Te dejo nuestro campo fértil y todo lo que poseemos de plata y oro; no llevaré conmigo más que esta ropa y este báculo.

Así me dijo, al abandonarme, mi hijo; pero romanos y sacerdotes tomaron preso a Jesús y lo crucificaron, ¡y qué bien hicieron!, porque el hombre que aleja al hijo de su madre no puede venir de Dios, y quien nos quita nuestros hijos para enviarlos como mensajeros a las ciudades de otras naciones, no es nuestro amigo. Sé que mi hijo no regresará jamás a mi regazo; estoy segura, porque eso lo he visto en sus ojos. Por eso aborrezco a Jesús el Nazareno, que fue el culpable de que yo quedara sola en este campo ahora yermo, y en este jardín abandonado; y a no aborrezco a las personas que lo ensalzan.

Me dijeron, hace unos días, que Jesús dijo una vez:

-Mis padres y mis hermanos son aquellos que escuchan mi palabras y me siguen.

Entonces, ¿por qué es deber de los hijos dejar a sus madres y seguirlo a él? ¿Por qué mi hijo tiene que olvidar la leche que lo amamantó, por una fuente cuya agua no conoce, y no recordar más la calidez de mis brazos, para ir al país frío del Norte, lleno de luchas y odios? Aborrezco a ese Nazareno y lo aborreceré hasta el fin de mis días, porque me robó mi primogénito y único hijo.

JUDAS, PARIENTE DE JESÚS

La muerte del Bautista

Ocurrió esto en una noche de Mayo. Estábamos con el Maestro en un prado cerca del lago, que los antiguos llamaron "Prado de los Cráneos". Jesús estaba recostado en la

hierba, contemplando las estrellas, cuando dos hombres irrumpieron, agitados, entre nosotros; el dolor se traslucía en sus rostros. Se postraron ante Jesús y éste se puso de pie, preguntándole de dónde eran.

-De Majaros -respondieron.

Jesús se conmovió e interrogó con visible ansiedad:

-¿Qué sabéis del Bautista?

-Hoy lo decapitaron.

Alzó Jesús la cabeza y luego de caminar un corto trecho se detuvo entre nosotros y nos dijo:

-Estaba en manos del poder matar al Mesías antes de hoy. Es verdad que el rey ha probado y gustado todos los placeres de sus pueblos; pero los reyes antiguos no eran tardos en entregar la cabeza de un Mesías a los cazadores de cabezas. No estoy tan triste por la suerte que ha corrido Juan como por la de Herodes que la ha autorizado. ¡Pobre rey! Es como el animal llevado por las riendas. ¡Qué desgraciados son esos hombres! Caminan en las tinieblas, y quien viaje en sombras caerá. ¿Qué podréis esperar de un mar infecto sino peces muertos? Yo no detesto a los reyes, más bien quiero que gobiernen, pero a condición de que sean más sabios que los demás hombres.

Luego miró a los dos recién llegados y a nosotros, y reanudó su plática:

-Juan nació herido y la sangre de sus heridas fluía de sus palabras y enseñanzas. Era una libertad que aún no se había liberado de sí misma, y una abnegación que sólo aceptaba a los rectos y virtuosos. En realidad era una voz que tronaba en la tierra de aquellos que tenían oídos y no escuchaban. Yo le amé en su tristeza y soledad, como amé también su altivez y rebeldía, que entregó junto con su cabeza al verdugo, antes de darlos al polvo de los sepulcros. En verdad os digo que Juan, hijo de Zacarías, es el último de su estirpe, y como sus antepasados, fue muerto en el umbral entre el Templo y el Altar.

Calló un instante, se paseó calmadamente, y volviendo a detenerse ante nosotros, agregó:

-Así fue y así será. Los que gobiernan un instante matan a aquellos que gobernarán siglos. Así será eternamente. Se reunirán en sus divanes y juzgarán al hombre que todavía no ha nacido y lo condenarán a muerte antes de haber cometido algún crimen. El hijo de Zacarías vivirá conmigo en mi Reino y su día será eterno.

Acto seguido se dirigió a los discípulos de Juan:

-Cada acción tiene su mañana. Tal vez yo mismo sea un mañana para este acto. Id y decid a los amigos de mi amigo que yo estaré con ellos.

Los dos hombres se retiraron, pero menos tristes y desesperados que cuando vinieron. Jesús se recostó nuevamente sobre la hierba y volvió a la contemplación de los astros. Ya era hora avanzada de la noche; yo estaba recostado cerca de él, buscando descansar de todo corazón; pero una mano oculta golpeaba el pectoral de mi corazón; y así permanecí en vigilia, hasta que Jesús y el alba me llamaron para seguir el Camino.

UN HOMBRE DEL DESIERTO

Los cambistas

Yo no era un extranjero en Jerusalén. Vine a la Ciudad Santa en tren de peregrinación a conocer el Gran Templo, y a ofrecer mi presente en el altar, en agradecimiento a Dios,

porque mi mujer hab a dado a luz dos nias para mi tribu. Despuos de haber hecho el sacrificio, me detuve en una galer a a mirar los fariseos y los vendedores de palomas. En ese instante la algarab a de la multitud llegaba al cielo. En esa circunstancia entr de pronto un hombre, y con la rapidez del rayo se detuvo entre los cambistas y mercaderes. Ten a un aspecto venerable e imponente; llevaba en la mano un l aigo trenzado de cuero de cabra, con la otra mano tiraba las mesas de los cambistas, mientras repart a latigazos. Le escuchØ gritar con potente voz:

-¡Soltad esas aves al espacio, que all es su nido! Hombres y mujeres escapaban, mientras l se mov a entre ellos cual un hurac n sobre un arenal. Todo esto sucedi en un instante, pasado el cual las galeras del Templo quedaron desocupadas. Aquel hombre qued solo y sus camaradas agrupados a cierta distancia. ObservØ alrededor de m y descubr un hombre que observaba desde otra galer a del templo; lleguØ hasta Ø y le preguntØ

¿Quieres decirme quiØ es ese hombre que est e all parado como si fuera otro Templo?

-Es Jes s el Nazareno, el Mes as que ltimamente apareci en Galilea. Aqu , en JerusalØ, todos le aborrecen.

-Pues hay en mi espritu una fuerza que me impulsa a convertirme en su l aigo, y una sumisi n y respeto como para hincarme a sus pies.

Se encamin Jes s hacia el n cleo de sus amigos que lo esperaban, cuando tres palomas de las que hab a librado de su jaula, se posaron sobre sus hombros; Jes s las acarici con infinita ternura y sigui su camino. En cada uno de sus pasos hab a millas de distancia.

Pero decidme ahora, por vuestro Dios, ¿con quØ fuerza ha castigado a esos cientos de hombres y mujeres, dispers ndolos sin resistencia? Me dijeron que todos ellos lo detestaban, pero ninguno os resistirlo ni ponØsele delante ese d a. ¿Habr e arrancado los colmillos del odio en su camino al Templo?

PEDRO

El porvenir de los discipulos

Una vez arrib Jes s a Betsaida al declinar la tarde. Est bamos todos cansados, y lo que a n era peor: el polvo del camino nos rodeaba. Llegamos a una mansi n seorial que se levantaba en medio de un jard n. En el umbral se hallaba de pie el dueo de la casa. Jes s le dijo:

-Estos hombres est b cansados y tienen los pies lastimados y doloridos por el largo sendero. DØalos dormir en tu casa; que la noche est e fra y necesitan reposo y calor.

-No dormir b en mi casa -contest el rico. -Entonces dØalos dormir en tu jard n. -No les permitirØ dormir en mi jard n. Jes s se dirigi a nosotros:

-Este es un ejemplo de lo que os pasar e en el d a de ma aana. Este presente os anuncia vuestro futuro. Todas las puertas se cerrar b para vosotros; hasta los jardines que se recuestan a la luz de las estrellas os obstruir b sus verjas. Si vuestros pies resisten la fatiga del Camino y podØs sufrir hasta el final, hallarØs un bfora y un blando lecho, y tal vez pan y vino. Pero si no hallareis nada de eso, no olvidØs que habrØs, en aquel d a, atravesado uno de los bidos desiertos de vuestro Maestro. V bnonos de este lugar. El rico se hallaba turbado y p bido; mascullaba palabras ininteligibles y se intern en su jard n.

Jes s retom su marcha por el camino, seguido de todos nosotros.

Los milagros de Jes s

Me preguntás sobre los milagros de Jes s y os contesto: En cada un mil de mil años se juntan el Sol, la Luna y esta Tierra con sus hermanos los planetas, en una línea ecuatorial, para dar un ejemplo; luego se retiran lentamente y esperan pasar mil de otros mil años. No hay milagros en el Universo detrás de las Estaciones. T y yo nada conocemos de-Ellas, pues, ¿quØ me puedes decir de una Estaci n llena que se encarna y toma la forma de una sola persona? En Jes s se han fundido todos los elementos de nuestros cuerpos y de nuestros sueos, conforme a la ley, y todo lo que era anterior a su tiempo hoy hall en Ø su tiempo y saz n.

Dicen que devolv a la visi n a los ciegos y las fuerzas a los paral ticos, y expulsaba los demonios de los dementes. Puede ahora que la ceguera no sea sino una idea oscura que se puede vencer con un pensamiento luminoso y flam gero; y puede que el rgano invÆido no sea mÆ que una inercia que se puede despertar con la fuerza motriz, y que los malos esp ritus que son los elementos perturbadores en nuestra vida, sean expulsados de nosotros por los Ængeles de la Paz y el Sosiego.

Dicen tambiØn que tornaba la vida a los muertos. Si puedes decirme lo que es la Muerte te dirØ lo que es la Vida.

Vi una vez un arbusto de encina; era un arbusto modesto, tranquilo, sin importancia y sin valor; en la primavera siguiente encontrØ aquel arbusto con hondas raíces, convertido en gigantesca encina, erguida ante la faz del Sol. T , sin duda, crees que eso es un milagro, mas este milagro se obtiene mil veces en un descuido de cada año y en la nostalgia de cada primavera: entonces, ¿por quØ no puede ocurrir el milagro en el esp ritu del hombre? ¿No podrÆ las Estaciones agruparse en la mano de un Hombre Ungido tanto como en sus labios? Si nuestro Dios ha brindado a la Tierra la virtud de dar vida en sus entraas a las semillas ¿por quØ no otorga al esp ritu del hombre la de transmitir el soplo de vida a otro coraz n, aunque aparentemente haya estado muerto?

He hablado de estos milagros que, en realidad, no me llaman tanto la atenci n como el gran Milagro que es el Hombre mismo; ese caminante que ha trocado en oro puro el xido que hab a en m , y que me enseæ c mo debo amar a los que me odian. Con ese hecho que hizo conmigo me trajo el consuelo y coron mis noches con los mÆ dulces sueos.

Este es el milagro de mi vida. Yo era ciego y de errada conducta, y en mis profundidades hab a mucho de los esp ritus inquietos; yo era un muerto. Mas hoy veo con claridad y camino rectamente, porque he recuperado mi salud. Hoy vivo para ver y proclamar los milagros de mi Ser en cada hora de cada d a.

Yo no soy de sus aliados; soy un viejo astr logo que recorre el campo del espacio en cada Estaci n. Ya estoy en el ocaso de mi vida, mas toda vez que busco un amanecer busco en realidad la juventud de Jes s. La vida busca eternamente la juventud, pero la sabidur a busca en m las visiones apocal pticas.

UN FIL SOFO

Admiraci n y belleza

Cuando estaba con nosotros nos observaba con toda admiraci n lo mismo que a

nuestros actos, por cuanto sus ojos jamás se empañaron con el velo de los años. Todo lo vio caro a la luz de su juventud, y a pesar de haber sondeado la profundidad de la belleza, siempre se maravillaba ante ella y su esplendor.

Frente a la Tierra se ha detenido igual que el primer hombre, el día primero; mas nosotros, de embrutecidos sentidos, contemplamos la clara luz del día y nada vemos: prestamos oídos y no oímos; extendemos nuestras manos y nada palpamos; y si se quemaran delante de nosotros todos los inciensos aromáticos, seguiremos nuestro camino sin oler nada. No vemos al labrador cuando vuelve de su campo en el crepúsculo, ni oímos la flauta del pastor cuando conduce su rebaño, ni alargamos nuestra mano para tocar el ocaso del Sol, y nuestro olfato no tendrá jamás ansias que aspirar el perfume de las flores de Charon.

No respetamos ni reconocemos monarcas ni reinos, ni oímos el trino de la catarina sin antes tener sus cuerdas en nuestras manos, ni advertimos la presencia de un niño en un monte de olivos, pues lo confundimos con un olivo; que todas las palabras deban salir de labios naturales para no sentirnos mudos y sordos. Miramos y no vemos; prestamos oído y no oímos, comemos y bebemos, y no sentimos gusto. En todo esto consiste la diferencia primaria entre Jesús el Nazareno y nosotros, porque todos sus sentidos se renovaban siempre, tanto que tenía el orbe ante sus ojos, perennemente nuevo. No era menos para él el balbuceo de un niño que el grito de la Humanidad entera, que para nosotros sería ni más ni menos el balbuceo de un infante. Y el tallo de la anémona amarilla era, a su juicio, una aspiración hacia Dios, lo que para nosotros no es más que un simple tallo.

UR A, UN ANCIANO NAZARENO

Era un extraño en nuestro medio

Era un extraño en nuestro medio. Su vida se hallaba oculta por un manto oscuro. No siguió el camino de la felicidad, por cuanto ha elegido el camino de los malvados y la canalla. Su juventud se reveló y rechazó la dulzura de la leche que hay en nuestra naturaleza. Su juventud ardía como paja seca en la noche. Y cuando llegó a hombre tomó las armas contra todos nosotros. Hombres como éste son concebidos en la dulce bonanza humana. Nacen en las furiosas tormentas y en ellas viven un día, y luego mueren para siempre.

¿No lo recordáis cuando era niño, cómo discutía con nuestros sabios doctores, mostrándose de sus investiduras? ¿No recordáis su juventud, transcurrida entre el serrucho y el cepillo, cuando rehusaba acompañar a nuestros hijos e hijas en los días de fiesta, prefiriendo la soledad? No devolvía el saludo a los transeúntes, como si nosotros no fuésemos amasados de su mismo barro. Una vez lo vi en el campo; lo saludé y sólo me sonrió. En su sonrisa vi reflejada la soberbia y el desdén.

Mi hija fue a la viña con sus compañeras, a cortar uvas; lo encontró, lo saludó, y él no respondió el saludo. En cambio dirigió la palabra a todas las trabajadoras de la viña, como si mi hija no hubiese estado entre ellas.

Cuando dejó a sus padres y vagó por el país, perdió todo y se hizo charlatán. Su voz era, en ese entonces, como garra que se hundía en nuestra carne. Rememoramos un eco ingrato y doliente de su voz: Hablaba mal de nosotros y de nuestros padres y abuelos; su lengua era una flecha envenenada que traspasaba el alma.

Ese era Jesús.

Si hubiese sido hijo mío lo hubiera enviado con el ejército romano, al país de los árabes, y hubiera solicitado al general que lo pusiera en primera fila, para que en la hora del combate muriera bajo las flechas del enemigo, y así librarme de su audacia y soberbia. Mas no tengo hijo, por suerte; ¿quién habrá sido de mí si de mi hijo hubiera salido un enemigo de su pueblo? Mis canas se habrán cubierto de ceniza y mi blanca barba se habrá deshonrado.

NICODEMO, POETA

(EL MAS JOVEN DE LOS MIEMBROS DEL SANEDRIN)

Los necios y los mistificadores

Muchos son los necios que dicen que Jesús se interpuso entre él y su propio Sendero; que se combatió a sí mismo; que no conoció su propio pensamiento y que al perder ese conocimiento, se engañó y se perdió.

Numerosas son las lechuzas que no saben de cantos más que aquellos que se asemejan a sus chistidos. Yo y tú conocemos a los charlatanes que gustan jugar con las palabras; aquellos que sólo respetan a los que les superan en burlas y engaños, y llevan sus cabezas en cestas para venderlas en la feria por el primer precio que se les ofrezca. Nosotros conocemos a los enanos que retan a los gigantes cuyas cabezas tocan el cielo. También sabemos lo que dice la zarza a la encina y al cedro. Me compadezco de ellas porque no pueden subir y trepar las alturas. Mas la compasión no les lleva luz por más que la rodea la piedad de todos los ángeles. Conozco el espantapájaros que se mueve con sus andrajos en medio de las espigas, pero está muerto para las espigas y el viento cantor. Igualmente conozco cómo la araña que no tiene alas teje sus redes para cazar los alados. Conozco a los impostores y a los que soplan en los caramillos y a los que tocan los atabales; aquellos que por el ruido o la barahúnda que hacen no pueden oír el canto de la alondra del cielo ni el susurro del aura matinal en el bosque. Conozco el que rema en todos los ríos pero no conoce el manantial, y viaja con todos los arroyos, pero sin atreverse a bajar a la orilla del mar.

Conozco aquel que ofrece sus manos lentas al jefe de los albañiles del templo y al ser rechazadas esas manos inhábiles, amenaza en la lobreguez de su corazón, diciendo: "Destruiré todo lo que se construya".

Conozco a todos esos, pues son los que protestan por lo que dijo Jesús una vez: "Os traigo la Paz"; y en otra vez: "Traigo una espada". Ellos no pueden entender que Jesús dijo la verdad cuando habló así: "Yo llevo la Paz para los hijos de la Paz y coloco la espada entre el que ama la paz y el que ama la espada". También se admiran de cómo dijo un día: "Mi Reino no es de este mundo", para luego añadir: "Dad al César lo que es del César"; porque ignoran que si en verdad desean ser libres para entrar en el Reino de los anhelos de sus almas, es menester primero no discutir con el guardián que vigila el portico de sus necesidades, pagando miserable tributo para entrar en aquella ciudad. Esos son los que dicen: "Ha enseñado la bondad, la misericordia y el amor al prójimo, pero no se interesó de su madre ni de sus hermanos, cuando éstos lo buscaban por las calles de Jerusalén", desconociendo acaso que, por temor de perderlo, querían que volviera al taller de la carpintería. Mas él quería abrir nuestros ojos para que viéramos la Aurora de un nuevo día. Su madre y sus hermanos querían que viviese en lo oscuro de la muerte; pero él prefirió morir sobre aquella colina, a, fin de

permanecer vivo en nuestra mente, que no duerme.

Soy de esos topos que cavan sus cuevas sin un fin determinado. ¿No son ellos los que combaten a Jesús diciendo que Él se elogiaba cuando, ufano, dijo a la multitud: "Soy el Camino y la Puerta de la salvación", y se llamó "La Vida y la Resurrección"? Pero Jesús no pidió para sí más de lo que para sí pregona mayo a su llegada. Es verdad que dijo que Él era el Camino, la Vida y la Resurrección para el espíritu humano. Yo testimonio la verdad de ese dicho. ¿No os acordáis de mí? Soy Nicodemo, quien jamás se apartó de la ley y no creyó sino en ella, respetando sus preceptos y mandatos. Observadme ahora veros a un hombre que camina con la Vida y sonríe con el Sol al despuntar la aurora, hasta declinar la tarde y ocultarse tras las colinas.

¿Por qué os detenéis vacilantes, dudando ante la palabra "Salvación"?; yo mismo logré mi salvación por medio de Jesús. No me preocupa hoy lo que será de mañana, porque sé que Jesús reanimó mis sueños e hizo de ellos mis mejores camaradas y amigos del Camino. ¿Seré menos que un hombre si creo en una persona que es más que un hombre? Las barreras de los pies y de la sangre. han desaparecido al tenderme su mano el poeta de Galilea. Un espíritu me cogió y elevó a las alturas, y en medio del cielo entonaron mis alas las canciones del espacio puro. Y cuando bajé con el viento y manifesté mis curiosas opiniones en el Sanedrín, no perdí mis canciones ni a n en el seno del mismo, porque mi ascensión con alas sin plumas se ha conservado en el cántico, y todo lo que hay de indignancia en esta msera tierra no podrá despojarme de mi Tesoro.

He hablado lo suficiente. Deja que los sordos entierren el balbuceo de la vida en sus oídos muertos; yo estoy conforme con la melodía armoniosa de la cetera de Jesús, que Él llevaba consigo, y en cuya cuerdas tañía su Himno cuando lo elevaron sobre la Cruz y con su Sangre regó la Tierra.

JOS DE ARIMATEA

(DIEZ AÑOS DESPUÉS)

Los dos manantiales que surgían del Corazón de Jesús

En el Corazón del Nazareno había dos manantiales: el de su parentesco con Dios, a quien llamó Padre, y el del Amor, que cotejó con el Reino del Mundo Sublime.

¡Cuántas veces he pensado, en mis horas solitarias, en Él y he seguido esos dos manantiales que emanaban de su Corazón! Sobre el borde del primer manantial encontré mi alma, y mi alma era, ya una pordiosera vagabunda, ya una princesa en su jardín. Después seguí el segundo manantial; en el camino encontré un hombre golpeado y despojado por ladrones, pero con inefable sonrisa en los labios. A tiempo que me marchaba me encontré con los mismos ladrones; vi que en sus rostros había surcos de lágrimas no lloradas por nadie. Después oí el murmullo de esos dos manantiales en las honduras más y me llené de alegría. Y cuando visité a Jesús, antes de ser tomado preso por Poncho Pilatos y los clérigos, hablamos mucho todo un día sobre infinidad de cosas; y al retirarme supe que era el Rab y Señor de esta Tierra sobre la cual vivimos. Sucumbí el Cedro desde mucho y largo tiempo, mas su alba perduraré siempre y empaparé los cuatro puntos cardinales de la Tierra, hasta la Eternidad.

GEORGIUS DE BEIRUT

Los extranjeros

Estaba Jesús con sus discípulos en el bosque de los olivos, tras el cerco de mi casa. Cuando comenzó su sermón me levanté a escucharlo. Lo habría reconocido en el acto, porque su nombre se había difundido en nuestras costas antes que él, hiciera su primera visita. Cuando concluyó llegué hasta él y le dije:

-Ven conmigo, Señor, y hórname con tu presencia. Me miró sonriente y dijo:

-No este día, amigo mío, no será hoy.

En sus palabras había bendición, y sentí que su voz me envolvía como un manto de lana en una noche glacial. Luego observé a sus discípulos y les hablé:

-Ved a este hombre que, sin habernos visto, no nos cree forasteros, tanto que nos invita a su casa. En verdad os digo que en mi Reino no habrá extranjeros. Nuestra vida es la de todos los hombres; nos fue dado conocerlos a todos y amarlos. Los actos de los hombres son nuestros primeros actos, tanto íntimos como públicos. Os ruego no seáis un solo "yo" sino varios, y que seáis el dueño de la casa y el que no la tenga; el labriego y el ave que persigue los granos antes que descansen en la tierra; el que da con generosidad y alegría, y el que recibe con inteligencia y sin humillación. La belleza del día no se limita a lo que veis vosotros, sino que entiende a lo que ven otros también. Es por eso que os he elegido de entre los muchos que me han elegido a mí.

Me miró, sonrió por segunda vez y dijo:

-Todo lo que he dicho también te lo digo a ti, porque tú también recordarás mis palabras.

Le rogué otra vez:

-¿Honrarás mi casa con tu presencia, Señor?

Y me contestó:

-Conozco tu alma y me basta haber visitado tu Casa Mayor.

Cuando se dispuso a marcharse agregé:

-Quisiera Dios que tu casa sea una Casa Mayor, para que así hospede bajo tu techo a todos los peregrinos de la tierra.

MAR A MAGDALENA

Su boca era como el corazón de una granada

Su boca era como el corazón de una granada. Las sombras de sus ojos eran muy profundas y él era dulce y tierno como el hombre que está seguro de sus fuerzas. En mis sueños he visto todos los monarcas del mundo ponerse de pie, respetuosamente, ante él.

Quisiera hablar de su Rostro, pero ¿de qué manera podré hacerlo? Era como la noche sin oscuridad, y como el día que no conoce el bullicio del día. Era un rostro triste pero pletórico de alegría. Recuerdo bien cómo una vez alzó su brazo hacia el cielo; parecían sus dedos ramas de fresno. Recuerdo bien cuando medía el agua con sus pasos; no parecía que caminaba. Era él mismo un sendero sobre otro sendero del mismo modo que la nube que flota sobre la tierra y baja sobre ella para animarla e infundirle vida. Pero cuando llegué hasta él, era un hombre cuyo enigmático semblante despedía confianza y fortalecía los ojos que lo contemplaban. Al verme, me preguntó:

-¿Qué quieres, Mar a?

No le respondí. Mis alas se plegaron sobre mis secretos, y por mi cuerpo corrí calor; y como no podía soportar su Luz, lo dejé y proseguí mi ruta. En ese momento sentí huir de mí toda impudicia y quedarme sólo con mi pudor, y las ansias de hallarme a solas para que sus dedos tocaran las cuerdas de mi corazón.

DE JOZAM EL NAZARENO A UN ROMANO

La vida y el espacio

Amigo mío, tú eres como todos los romanos; quieres imaginar la vida más que vivirla, y eliges gobernar la tierra antes de ser gobernado por el Espíritu. Prefieres conquistar los pueblos y ganarte las maldiciones de sus hijos, que quedar en Roma y vivir feliz y bendecido.

Tú que no piensas más que en los ejércitos conquistadores y en naves que cruzan los mares, ¿cómo puedes entonces entender a Jesús de Nazareth, el Hombre modesto, el Hombre humilde y solitario; aquel que vino, no con ejércitos ni con centurias, a construir un reino en cada corazón y un imperio en el espacio libre de cada corazón?

¿Cómo puedes comprender a ese Hombre, que no era guerrero, pero vino armado con la fuerza del Cielo? No era una deidad sino un hombre como tú y yo, pero en él se fusionó la mirra de la Tierra con la resina del Cielo, y en sus palabras se entremezclaron nuestros tartamudeos con el susurro de lo invisible, y en sus cánticos oímos una voz inconmensurable.

Sí; Jesús era un Hombre, no un dios, y en ello está nuestro asombro y admiración.

Más, vosotros los romanos os maravilláis sólo ante los dioses, y ningún hombre os causa admiración; por eso no podéis entender al Nazareno. Jesús se adueña de la juventud del Pensamiento, y vosotros sólo poseéis la vejez del Pensamiento. Hoy nos gobernáis, pero esperemos un día más... ¡Quién sabe si este Hombre que no dirige ejércitos ni comanda centurias no gobierne el mundo mañana.

Nosotros, los que seguimos al Espíritu, surcaremos con nuestro sudor, y con gotas de sangre, la Tierra entera, en nuestros viajes en pos de él. Roma se arrastrará en el suelo como los huesos de un esqueleto. Sufriremos mucho, pero nos armaremos de paciencia y triunfaremos, y Roma será vencida. Sin embargo, si Roma, en su caída y humillación, pronuncia su nombre, él soplará en sus huesos nueva vida, a fin que vuelva a levantarse y ser ciudad viva entre las ciudades. Todo esto lo hará mi compatriota Jesús, sin necesitar ejércitos ni esclavos que remen en sus galeras, porque estará sólo.

EFRAIM DE JERIC

El banquete de la segunda boda

Cuando llegué por segunda vez a Jeric, fui a saludarlo y decirle:

-Maestro, mi hijo tomará esposa mañana; te pido nos honres con tu presencia en el banquete, como la vez que honraste la boda de Caná de Galilea.

Y me respondió:

-Es verdad que estuve presente una vez en una boda, pero no asistiré a otra, y menos hoy que mi alma está de novia.

Insistí:

-Te ruego, Maestro, que asistas a la boda de mi hijo. Sonríe, como si en su sonrisa hubiera un reproche e inquiri

-¿Por qué me suplicas? ¿No tendrías suficiente vino?

-Los cántaros y los jarrones están llenos, Maestro, mas, deseo que asistas a la boda de mi hijo.

-¿Quién sabe... Tal vez vaya... Sí, asistiré si tu corazón fuera un altar en su templo.

Al día siguiente se casó mi hijo; Jesús no acudió al banquete de la boda; y a pesar de haber venido mucha gente, me pareció como si no hubiese habido nadie. En realidad yo mismo, que recibía a los concurrentes, no me hallaba en la boda.

¡Quién sabe! ... Tal vez mi corazón no era un altar cuando lo invité y que sólo yo quería presenciar en mi casa un segundo milagro.

BARCA, MERCADER DE TIRO

La compra-venta

A mi ver, ni los judíos ni los romanos comprendieron a Jesús; ni sus mismos discípulos, aunque hoy predicán en su nombre.

Los romanos lo asesinaron, y en esto cometieron un grave error. Los galileos quisieron hacerlo dios, y este fue otro error. Jesús era el corazón del hombre. He surcado los siete océanos con mis naves; he tratado con reyes y príncipes, como también con estafadores y perdularios, en las más lejanas ciudades, pero no conocí ningún hombre que haya entendido tan bien a los mercaderes, como Jesús.

Le oí una vez relatar esta parábola:

"Viajó un mercader a un país extraño. Tenía dos siervos. A cada uno le dio un puñado de oro y le dijo:

"-Estoy para partir a una tierra lejana en busca de ganancias, haced lo mismo vosotros por otras partes, con este dinero. Sed sagaces y meticulosos en vuestros tratos, tanto al dar como al recibir.

"Después de un año se reunió el comerciante con sus dos siervos, y estos dieron cuenta de lo que habían hecho:

"-Yo -dijo uno de ellos- negocié con el oro que me diste, comprando y vendiendo, y esta es la ganancia.

"-Esa utilidad es para ti, por haber empleado bien el capital. Fuiste fiel a mí y a ti mismo.

"-Yo -dijo el otro siervo- tuve temor de perder tu oro y por eso no compré ni vendí. Aquí tienes tu oro intacto, y en esta bolsa.

"-Hombre de poca fe; si -hubieses negociado y perdido habría sido más provechoso que no hacer nada, porque como el viento esparce la semilla y espera el fruto, debe ser el hombre comerciante. Más te habría valido servir a los demás". Cuando Jesús habló de esa manera, sin ser comerciante, reveló el secreto del comercio. Sus ejemplos evocaban ciudades y países lejanos que no he conocido en mis viajes, pero yo los sentía más realmente que mi casa y herederos.

Mas el joven nazareno no era un dios, y me duele que los discípulos de ese hombre justo y sabio, pretendan hacer de él una divinidad.

FUM A, PITONISA DE SI N

A sus compaæeras

Empuaad vuestras flautas que quiero cantar
Tocad las cuerdas de plata y de oro.
Taaed que quiero cantar el recuerdo del Hombre valiente
Que mat al salvaje del valle, y luego se sent
A contemplarlo con misericordia.
Templad vuestros la des para cantar
A la Alta Encina que estÆen las Alturas.
Cantemos al recuerdo del Hombre cuyo esp ritu toca a
Los cielos y cuya mano rodea el Mar.
Aquel que bes los labios pÆidos de la Muerte,
Pero que hoy tiritita ante la boca de la Vida.
Templad vuestros la des para cantar juntas
Al Cazador valiente que estÆsobre la loma,
Que caz al animal con su invisible flecha,
ExtrayØndole la garra y el colmillo.
Templad vuestros la des para cantar todas juntas
Al joven aguerrido que venci las ciudades de los montes
Y de las llanuras, amontonadas cual serpientes sobre arena;
Y que no combati contra enanos sino contra gigantes
Hambrientos y sedientos de nuestra carne y de nuestra sangre; y que era cual el primer
halc n Aereo que s lo riae con las Aguilas, porque sus alas son grandes y orgullosas y
no quieren ser castigo de los dØbiles.
Templad vuestros la des para cantar todas juntas la canci n del mar y del aluvi n.
Los dioses han muerto y hoy duermen en paz
En la isla olvidada, en el mar abandonado;
Mas l estÆsentado sobre un trono, triunfante.
Estaba en su juventud, porque la Primavera
Todav a no le hab a dado barba.
Su est o era adolescente en su campo.
Traed vuestros la des para cantar juntas a la tormenta
Que en el bosque destroza los gajos secos y desnudos,
Mientras deja que las races se alimenten de la savia del suelo.
Tomad vuestros la des para cantar
Juntos el Himno Eterno de nuestro Bien Amado.
Deteneos, compaæeras, y no taæis mÆ vuestras cuerdas.
Dejad vuestros la des; no podemos cantarle ahora;
Porque el susurro dØbil que arrancan vuestros cantares
No llega a su tempestad, y no tiene fuerza para penetrar
La majestad de su silencio.
Dejad vuestros la des y venid a m .
Quiero repetir a vuestros o dos sus parÆolas
Y cantaros sus ejemplos, porque la reverberancia de su voz
Es mÆ profunda que nuestro amor.

BENJAMÍN, ESCRIBA

Permitid que los muertos entierren a sus muertos

Dicen que Jesús era enemigo de Roma y del judaísmo, mas yo os digo que no era enemigo de ningún hombre ni de ningún género de gente. Yo mismo le escuché decir: -Las aves del espacio y de las altas cumbres no se ocupan de las culebras en sus cuevas. Permitid que los muertos entierren a sus muertos, y en cuanto a ti, envuélvete en la vestidura de tu "yo" aún entre los vivos, y elevate hacia lo alto.

Yo no era discípulo suyo, pero lo he seguido con la multitud que iba tras él para ver su rostro. Miraba a Roma y a nosotros los esclavos de Roma, como cuando mira el Padre a sus hijos que pelean entre sí por un juguete.

Jesús era más grande que la Provincia y el Estado; era más grande que la Revolución. Vivía solo en su retiro y era una vigilia perfecta. Lloró por todo eso que nosotros no hemos llorado, y sonrió de nuestra rebelión y desobediencia. Jesús era el comienzo de un nuevo Reino sobre la Tierra, que jamás tendrá fin.

Era hijo y nieto de todos los monarcas que han levantado el Reino del Espíritu, y nuestro reino será gobernado por el Espíritu.

ZACARÍAS

La suerte de Jesús

Vosotros creéis por lo que se dice en vuestra presencia, pero más os valdría creer en lo que no se dice, porque lo que calla la gente está más cerca de la verdad que sus palabras. Y me preguntáis si Jesús era capaz de rehuir la tortura de su muerte y salvar a sus discípulos y sus adeptos de la persecución. Yo os contesto que sí, que podía haberse salvado de la muerte si lo hubiera deseado, pero no lo hizo, ni se preocupó en proteger sus rebaños de los lobos de la noche.

Predijo su final y sabía lo que estaba reservado para sus fieles, tanto, que se anticipó en avisarnos lo que sería de cada uno de nosotros. No buscó su destino pero lo aceptó; como el labrador que, al enterrar sus granos en el corazón de la tierra, acepta el Invierno y luego la Primavera y por fin la cosecha; como el albañil que busca la piedra mayor para el cimiento.

Su grupo se componía de hombres venidos de los valles de Galilea y de las quebradas del Líbano. En las manos de nuestro Maestro estaba el reformar con nosotros a nuestra tierra y vivir acompañados de su juventud, en nuestros jardines, hasta que la vejez nos hubiera llevado de nuevo al corazón de los años. Podía habernos dicho: "Voy a Oriente con el Viento del Oeste", y así despedirse de nosotros con una sonrisa en los labios. Si; podía decirnos: "Volved a vuestros hogares, pues el mundo no está preparado para recibirme. Volveré dentro de mil años; entretanto, enseñad a vuestros hijos a saber esperar mi regreso". Todo eso pudo habernos dicho si hubiese querido, pero sabía que para edificar el Templo invisible le era preciso colocarse él mismo de Piedra Fundamental en sus cimientos, y luego ser nosotros las piedrezuelas del cemento reforzaste.

Sabía también que la savia de su árbol, cuyas ramas se elevan hasta el cielo, no viene sino de sus raíces; por eso vertió su sangre sobre ellas sin pretender hacer con eso algún sacrificio, sino ganar un galardón más. La muerte devela los misterios y la muerte

de Jesús reveló el misterio de su vida. Si hubiera huido, habríais triunfado vosotros y sus enemigos al mundo; es por eso que no ha huido, porque ninguno gana todo sin haberlo dado todo. Jesús pudo escapar de la muerte y vivir hasta su completa vejez, pero conocía el giro de las Estaciones y quiso entonar la canción de su alma. ¿Qué hombre armado enfrenta un mundo desarmado y rehúsa vencerlo por corto tiempo, para luego conquistar el mundo y los siglos?

Y ahora ¿queréis saber, en verdad, quién asesinó a Jesús, si fueron los romanos o los sacerdotes de Jerusalén? Sabed que no fueron ellos, mas la humanidad en pleno se ha reunido al pie del Gólgota para tributarle veneración.

JONATHAN

Entre los lirios del agua

Un día yo estaba con mi amada remando en un lago de agua dulce, circundado por las colinas del Líbano. Pasábamos debajo de los sauces llorones, gozando de la fresca sombra que se dibujaba alrededor de nosotros. En tanto yo remaba y la barquilla se deslizaba, mi amada cantó así:

"¿Qué otras flores, de no ser los lotos del Nilo, conocen el agua y el sol?

"¿Qué otro corazón, de no ser el tuyo, conocerá la tierra y el cielo?

"Mira, amado mío, esta flor dorada que flota entre el cielo y la mansa hondura del lago tal como nadamos (tú y yo) entre mi amor, que estuvo desde el principio y que así seguirá hasta el fin de los siglos.

"Mueve tu remo, amor mío, que yo tocaré mi lira, y así seguiremos al sauce llorón y al lirio del agua.

"En Nazareth hay un poeta cuyo corazón es como la flor de loto. Es un poeta que conoce el alma de la mujer, y sabe de su sed que brota de las aguas y de su hambre de sol; no obstante tener ella sus labios hartos.

"Dicen que vive en Galilea, pero yo digo que está remando con nosotros.

"Mírame, amado mío, mira; donde se inclina el sauce y se resume su sombra sobre el rostro del lago, allí se mueve ese poeta, tal como nos mecemos blandamente en esta barca.

¡Cuán bello y encantador es conocer la juventud de la vida, amado mío, con su alegría cantante!

"¡Cuán alto anhelo que tus remos permanezcan eternamente en tus manos y tener yo entre mis dedos las cuerdas de mi lira, donde sonríen los lotos del Nilo, bajo los rayos del Sol, y se lustra el sauce en el agua, acompañados de la reverberancia de mis cuerdas!

"Rema, amado mío, que quiero tocar mi lira. En Nazareth hay un poeta que nos conoce y nos ama.

"Rema, amado mío, que quiero arrancar a las cuerdas de mi lira la canción más dulce".

JUANA DE BETSAIDA

(A O 73)

Mi tía en su juventud

Mi tía nos dejó cuando era joven para ir a habitar una cabaña próxima a una villa, en

heredad de su padre. Vivía sola y era muy frecuentada por los campesinos, a quienes curaba sus males con hierbas frescas o con raíces y flores secadas al sol. Los campesinos la creían profetisa, pero no faltaba quien la creía hechicera y bruja.

Un día me llamó mi padre y me dijo:

-Lleva estas hogazas de trigo a mi hermana, con esta jarra de vino y esta cesta de pasas.

Cargué con todo mi burrito y fui hasta la cabecera de mi tía, quien al verme se alegró mucho. Mientras me hallaba sentada con ella a la sombra, pasó un hombre que saludó a mi tía diciéndole:

-Buenas tardes, y bendiciones de la noche sobre ti. Mi tía se levantó respetuosamente y respondí :

-Buenas tardes tengas, Señor de los Buenos Espíritus y vencedor de los malos.

La miré aquel hombre con dulce mirada y seguí su camino. Reí en mi corazón porque creí que mi tía estaba loca, pero hoy bien sé que no lo estaba. Supo que yo había reído en mi alma y me reprochó tiernamente:

- yeme, hija mía, y aprende de mí lo que te voy a decir: ese hombre, que ha pasado ante nosotros en este instante, cual la sombra de un águila que vuela entre el sol y la tierra, vencerá a los Caudales y a su imperio; derribará al toro alado de los caldeos y al león con cabeza de hombre del Egipto, y gobernará el mundo. Esta tierra sobre la cual camina sucumbirá y en cuanto a Jerusalén, que está sentada soberbia sobre sus colinas, sucumbirá repudiada en medio del humo ante el viento desolador.

Cuando dejé de hablar mi risa se trocó en calma, y pregunté

-¿Quién es ese hombre, de qué pasas es y de qué tribu viene? ¿Cómo lograré vencer a los grandes reyes y a los opulentos reinos?

-Nací en este país, mas nosotros ya lo habíamos visto en los sueños de nuestros anhelos antes de venir a este mundo y desde el comienzo del tiempo. Es de todas las tribus y no pertenece a ninguna. Vencerá con su palabra de verdad y con el fuego de su espíritu.

Y de pie, inmóvil cual una roca, agregé :

-Perdóname el ángel de Jehová estas palabras: Lo matará y envolverá su juventud con las mortajas, y dormirá junto al corazón callado de la tierra, y será llorado por las doncellas de Judea.

Y alzando sus brazos al cielo continué :

-Pero sólo morirá su cuerpo físico. Subsistirá su espíritu y saldrá con sus legiones de esta tierra en que nace el sol, a aquella en cuyo horizonte muere al atardecer, y su nombre será el primero entre las naciones.

Mi tía era una profetisa de avanzada edad cuando me dijo esas palabras, mientras yo sólo era una pequeña niña, un campo virgen y agreste y una piedra que aún no se había empleado en ningún muro. Todo cuanto he visto en ese entonces en el espejo de sus pensamientos, ahora ha sucedido ante mis ojos. Jesús resucitó y luego condujo la humanidad a la tierra donde muere el sol. Y la ciudad que lo entregó a sus enemigos se redujo a escombros. En la sala donde lo condenaron a muerte graznaban los búhos y las lechuzas, en tanto derrama la noche el rocío de su corazón, como lágrimas sobre mí, un mol destrozado.

Hoy ya soy vieja, encorvada por el peso de los años. Mis padres han muerto y mi pueblo se ha extinguido. Después de aquel día lo vi una sola vez y oí su voz; sucedió esto en una meseta sobre una colina, cuando se dirigía a sus discípulos y amigos. Y a pesar de mi vejez actual y de mi amarga soledad, él me visita en mis sueños; llega

hasta m cual Ángel blanco; silencia con su gracia el terror de mis noches y me transporta a un mundo elevado, poblado de sueños sublimes.

A n sigo siendo un campo inculto y una fruta insulsa, todav a pegada a la rama. Todo cuanto poseo es el calor del sol y el recuerdo de aquel Hombre. SØ que en mi pueblo no habrÆmÆ reyes, ni Mes as, ni sumos sacerdotes, tal como lo predijo mi t a; porque saldremos de este mundo con la corriente de los ros y se olvidarÆ eternamente de nuestros nombres.

Mas los que han atravesado los mares de Jes s en su propia corriente, dejarÆ su recuerdo en el mundo.

MANASS, UN ABOGADO DE JERUSAL N

Los discursos y ademanes de Jes s

MÆ de una vez lo he escuchado hablar. La palabra estaba presente en sus labios en todo momento. Lo admirØ mÆ como hombre que como l der, porque sus sermones no me agradaban. Tal vez no los habrØ comprendido bien, porque superaban a mis pensamientos. AdemÆ, yo no necesito ni pretendo que nadie me aconseje.

Pero lo que mÆ me hab a deslumbrado en Ø eran sus ademanes y su voz, y no los argumentos de sus discursos. Me agrad , mas no me convirti , porque es ambiguo y l rico y de mucha reticencia. Por eso no penetr en mis ideas.

Conoc a muchos como Ø, pero no fueron tan constantes en sus principios, ni tan perseverantes y persuasivos en sus trabajos como firmes en sus luchas. Asimismo Østos encantaron a su auditorio, pero no alcanzaron al templo de los esp ritus.

Lo lamentable es la persecuci n que le hacen sus feroces enemigos, que piden su muerte. No creo necesaria la eliminaci n de ese hombre, y esa hostilidad duplicarÆ su fuerza y trasmutarÆ su dulzura en un avasallador poder. No es extrao que con su dialØtica opositora diera Æimos a un hombre que no los pose a, y le creara alas.

No conozco a sus enemigos, pero estoy convencido que por miedo a ese hombre, que nunca hizo mal a nadie, le han dado fuerzas para convertirlo en un gran peligro para todos ellos.

NEFTAL DE CESAREA

Un hombre que odia el nombre de Jes s

Ese hombre cuyo recuerdo colm vuestros d as y cuya sombra os acompaa en vuestras noches, es la hiel en mi boca; pese a ello, vosotros mortificÆs mis o dos hablÆdome de Ø, y perturbÆs mis pensamientos refiriØndome sus actos. Yo no tolero escuchar nada de lo que ha dicho y, sobre todo, de lo que ha hecho. Tan s lo nombrarlo me molesta tanto como el nombre de su pueblo. No quiero escuchar nada de lo que a Ø se refiera. ¿Por quØ hacØs un profeta de un hombre que no era mÆ que una sombra? ¿Por quØ divisÆs una torre en un mont n de arena y un lago en la concavidad producida por la pisada de un caballo, donde se han amontonado unas gotas de agua? No detesto el eco que repercute en las grutas de los valles, ni las largas sombras que dibujan las horas del ocaso, pero no quiero or las sandeces ni las manifestaciones que llenan vuestras cabezas; como tampoco quisiera detenerme ante el efecto que podr a provocar en vuestros ojos. ¿QuØ cosa dijo Jes s que antes no la hubiera dicho Hilel, y quØ

sabiduría proclama ese Nazareno que no fuera proclamada antes por Gamalael? ¿Qué comparación hay entre sus palabras indecisas y su tartamudeo con la voz de Filón? ¿Qué combalos ¿ ha tocado sin que, antes que ¿ naciera, no hayan sido tocados por otros?

Oigo el eco que repercute en las grutas de los silenciosos valles, y contemplo las sombras que sobre la tierra dibuja el ocaso del sol, pero no soporto que el corazón de ese hombre encuentre eco en otros corazones, y no admito oír al espectro de los brujos charlatanes llamarse profetas. ¿Quién se atreve a hablar después de Isaías, ni a cantar después de David? ¿Nacerá otra vez la sabiduría, después de haber ido Salomón a reunirse con sus padres? ¿Y qué podemos decir de nuestros profetas, cuyas lenguas eran puñales, y llamas de fuego sus labios? ¿Habrá dejado una sola espiga a este espigador de Galilea, o alguna fruta caída a ese pordiosero del norte?

No supo más que romper para sí el pan que antes que ¿ habían horneado nuestros antepasados, y escanciar el vino de la vida que sus pies santos estrujaron. Yo respeto más al alfarero y no al que compra el ábora, y venero más a aquellos que están sentados ante sus telares y no a los haraganes que visten sus telas.

¿Quién era ese Jesús el Nazareno y quién es? Es un hombre que no se atrevió a vivir sosteniendo sus ideas; es por ello que encontró su muerte, su único merecido. Por consiguiente, os ruego no mortificar mis oídos con lo que pudo haber dicho y hecho ese hombre. Mi corazón está lleno de gracia de los santos profetas de la antigüedad. Y esto me alcanza.

JUAN, EL DISCIPULO BIENAMADO

(EN SU VEJEZ)

Jesús, el Verbo

Me pedís que os hable de Jesús, pero ¿cómo puedo engañar o ahogar la canción del amor divino que llenó el universo, con esta canción hueca? En cada suceso de los diversos aspectos del día, Jesús ve a al Padre presente ante él. Lo vio en las nubes y en la sombra de las nubes que flotaban sobre la tierra. Vio el rostro del Padre reflejado en las albercas quietas y las huellas de sus pies marcados sobre los maldanos. Y muchas veces cerraba sus ojos para contemplar aquellos ojos divinos. La noche le hablaba, con la Voz del Padre y en su soledad sentaba a los ángeles que lo llamaban, y cuando buscaba descanso en el sueño o a el cuchicheo de los cielos en esas horas. A menudo se sentaba muy feliz en nuestra compañía y nos llamaba hermanos. Mirad, pues, cómo el Verbo, que en el principio era con Dios nos llama hermanos a nosotros, que apenas somos ciertas humildes palabras pronunciadas ayer. Tal vez me preguntéis por qué lo llamé Verbo primordial; pues oí: en el principio se movió Dios en el espacio y de su movimiento inconmensurable nació la Tierra y sus Estaciones. Por segunda vez se movió Dios y brotó la vida, y el anhelo de la Vida buscó ansiosamente la Altura y la Profundidad para que Dios posea la Mayor de toda Mayor cantidad de sí mismo.

Y después habló Dios, y el hombre fue una de sus palabras, un espíritu hecho del Espíritu de Dios. Y cuando hubo hablado así, el Mesías fue su primer Verbo, un Verbo Perfecto. Y al advenir Jesús el Nazareno al mundo, se supo del nacimiento del primer Verbo salido de la boca de Dios. Y fue concebido en carne y sangre la Voz del Verbo. De este modo, Jesús el Ungido es el Verbo Primordial con que Dios habló al mundo.

Del mismo modo que el manzano de un jardín, que florece y da frutos, antes que los demás árboles, por un día; y en el jardín de Dios, en aquel único día, había un ciclo completo. Sí, todos somos hijos del Altísimo, mas el Ungido era su primer hijo, que, encarnando en el cuerpo de Jesús el Nazareno, vivió entre nosotros y a quien hemos visto con nuestros propios ojos. Os digo todo esto para que lo comprendáis, no tanto con el pensamiento, sino también con el alma. El pensamiento pesa y mide, pero el espíritu llega al corazón de la vida y abraza sus misterios, porque la simiente del espíritu no muere. El viento sopla y luego acalla, y el mar tiene su flujo y reflujo; mas el corazón de la vida es un círculo sereno iluminado por astros firmes y eternos.

DE MANUS DE POMPEYA A UN GRIEGO

Los dioses de los semitas

Los judíos son como sus vecinos fenicios y árabes, no permiten descansar un momento a sus dioses sobre las alas de los vientos. Se preocupan demasiado de ellos y disputan por cuestiones de oración, de adoración y de sacrificio.

Nosotros los romanos, mientras tanto, nos ocupamos en construir los templos con piedras de mármol precioso, para nuestros dioses, en tanto vemos a esos pueblos semitas pasar su tiempo discutiendo sobre la naturaleza de su dios. Los romanos, en nuestras horas de amor y pasión por nuestros dioses, cantamos y bailamos a las puertas de los templos de Júpiter, de Juno, de Marte y de Venus; en cambio ellos, en esas horas visten cilicio y se cubren la cabeza con ceniza, gimiendo y maldiciendo el día en que han nacido.

Mas Jesús, ese hombre que demostró a su pueblo que Dios es un ser que ama la felicidad y el placer, fue perseguido y crucificado por ellos. Esa gente no quiere ser feliz con un dios feliz, y extraño es que los compañeros de Jesús y sus mismos discípulos, que conocieron su alegría y oyeron su risa, adjudiquen una imagen a su dolor y la adoren. Con esa imagen no se elevan hasta su dios, sino que lo rebajan al nivel de ellos mismos.

De todo esto creo yo que ese filósofo de Jesús, que no es muy distinto de Sócrates, tomará pronto en sus manos el gobierno de su país y tal vez extenderá sus doctrinas a otras naciones; porque todos somos seres tristes que tenemos nuestras dudas infantiles. Si alguien nos dijera: "¡Alegrémonos con los dioses!", no titubearíamos en seguirlo. Extraño es, entonces, que el sufrimiento de ese hombre se haya convertido en dogma. Esos hombres quieren dar con un segundo Adonis.

Pero confesemos, como un romano a un griego, que si nosotros estuviéramos en las calles de Atenas, nos asombraría la risa de Sócrates y olvidaríamos la copa de cicuta, aun cuando nos halláramos en el templo de Dionisio.

¿No se detienen nuestros padres, hasta hoy, en las esquinas de las calles, para comentar y hablar de sus males y gozar, por un instante de dicha, del recuerdo del triste final sobre cuyo camino han pasado nuestros grandes hombres?

PONCIO PILATOS

Ritos y supersticiones de Oriente

Mi mujer me habló de él más de una vez, antes de traerlo sus enemigos a mí

presencia, mas nunca me preocup .

Mi esposa es muy soãadora, como todas las mujeres romanas de su casta. Itimamente se ha entregado a los ritos y a las supersticiones de Oriente, que son para el imperio muy nefastas. Tanto como encuentren eco en el coraz n de nuestras mujeres, en cuanto su peligro se agranda, por causa de las tales supersticiones, que pueden ocasionar nuestra ruina.

Egipto muri y se eclips su podero cuando las caravanas de los Æabes le transportaron desde su desierto el Dios nico. El esplendor de Grecia se vino abajo cuando desde las orillas de Siria parti AstartØ para ocuparla, con sus siete doncellas. Yo no hab a conocido a Jes s antes del d a en que me lo entregaron, como malhechor y enemigo de su pueblo y de Roma.

Lo condujeron a palacio con los brazos atados con gruesa sogas. Yo estaba sentado en el pabell n cuando lleg hasta m , caminando con pasos atlØticos y firmes. Se detuvo ante m con la cabeza erguida. No puedo recordar ni imaginar lo que en ese instante pas por m ; tuve s bitamente un deseo oculto y emocionante -no obstante no haber habido causa justificada en mi voluntad- de abandonar mi sitial y prosternarme ante Ø. Sent como si el CØsar hubiera entrado en mi casa, porque el que estaba parado delante de m era mÆ grande que la misma Roma. Esta emoci n me dur un tiempo, pasado el cual vi en mi presencia un hombre modesto y simple, acusado de traici n por su pueblo. Yo era su gobernador y su juez.

Le preguntØ por quØ causa lo hab an traído hasta m , y no respondi , pero me mir ; hab a mucho de compasi n en su mirada, como si Ø fuera mi juez y mi gobernador. Se o an los gritos y la algarab a que afuera produc a el pueblo, mas Ø permanec a callado, sereno y tranquilo, y en sus ojos se reflejaba la conmisericordi a. Sal y me detuve en la escalera del palacio; cuando el pueblo me vio ces en su algarab a.

-¿QuØ deseÆs con este hombre? -preguntØ a la muchedumbre.

-¡Queremos crucificarlo, porque es enemigo nuestro y de Roma! -contestaron al un sono. Hab a entre ellos quien acusaba:

-¡Dijo que destruir a el templo! ¡Quiso reinar! ¡Nosotros no queremos mÆ rey que el CØsar!

RegresØ a la sala pretorial; all estaba el reo de pie, solo, erguida la cabeza y honda la mirada. En ese momento me asalt un pensamiento que hab a yo le do a un fil sofo griego: "El solitario es el mÆ fuerte de los hombres". Y es verdad; en aquel instante el Nazareno era mÆ grande que todo su pueblo. No sent por Ø alguna compasi n, porque Ø estaba por encima de toda conmisericordi a. Al preguntarle si era el Rey de los jud os, no respondi . Le preguntØ por segunda vez:

-¿Dijiste que eras el Rey de los jud os?

Y contest con voz suave y serena:

-T mismo me has proclamado Rey, y tal vez para eso he nacido; mas s lo he venido para testimoniar la Verdad.

Pensad un poco sobre este hecho curioso: un hombre que habla de la Verdad cuando su pueblo lo conduce para ajusticiarlo. Me armØ de paciencia, y repliquØ en voz alta, como hablando conmigo mismo:

-¿Y quØ es la Verdad, y de quØ le sirve al inocente cuando la mano del verdugo estÆ erguida sobre su cabeza? Entonces Jes s contest firme y enØgico:

-Ning n hombre puede gobernar en el mundo sino por el Esp ritu y la Verdad.

-¿Y t vienes del Esp ritu?

-TambiØ t vienes del Esp ritu, pese a que lo ignores. ¿QuØ es el Esp ritu y quØ es la

Verdad, en momento en que yo, por salvar el país y su pueblo, por mantener celosamente sus costumbres y sus ritos, entrego un hombre inocente al suplicio? Ningún hombre, ni pueblo, ni imperio alguno, deseará eludir el camino de la Verdad, si lleva a la meta de la perfección. Insisto en preguntar:

-¿Eres el Rey de los judíos?

-Te lo has dicho. He llegado al mundo en esta hora.

De todo cuanto me dijo fue esto lo único que no estaba en su lugar, porque, como sabéis, Roma es la única que ha triunfado en el mundo entero. En ese momento las voces atronadoras del populacho inquieto llenaban la sala. Le dije al reo:

-Ven conmigo.

Y me detuve con él en las gradas del palacio. Cuando el pueblo lo vio, clamó tumultuosamente. En medio de aquella marea tempestuosa de pueblo agitado, sólo se escuchaba esta condenación:

-¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

Lo restituí a los sacerdotes que me lo habían entregado y les dije:

-Haced lo que os guste con este inocente. Y si queréis lo haré vigilar con soldados romanos.

En el acto lo precedieron. Ordené que sobre la cruz se fijase este rótulo: "Jesús el Nazareno, Rey de los judíos". Sin duda, mejor hubiese sido: "El Rey Jesús Nazareno".

Lo desnudaron y lo crucificaron.

Podría haberlo salvado, pero eso hubiera incitado una insurrección en todo el pueblo. La cautela aconseja siempre al gobernante de una provincia romana, aceptar con paciencia todas las dudas y las supersticiones religiosas del pueblo vencido. Hasta ahora sigo creyendo que aquel hombre era algo más que un insurrecto. Las órdenes que dicté en aquella tragedia no fueron por mi voluntad; lo hice por Roma.

Después de un corto tiempo salimos de Siria, y desde aquella fecha mi mujer estuvo triste y melancólica. Muchas veces la vi pasear por este hermoso jardín con el rostro sombrío, como si se desarrollara en su interior una tragedia. Luego supe que siempre hablaba de Jesús a las damas de Roma.

Observad cómo el hombre cuya muerte yo había ordenado, vuelve desde el mundo de las sombras a refugiarse en mi casa; mientras yo sigo hasta ahora preguntando desde lo más hondo de mi ser: ¿Qué es la Verdad...? ¿Qué es la Verdad? ¿Será factible que el Sirio nos convenciera en la quietud de nuestras noches? Esto, en realidad no puede ser, ya que Roma debe vencer los sueños de nuestras mujeres.

BARTOLOM EN FESO

Los esclavos y los parias

Dicen los enemigos de Jesús, que éste hacía sus propuestas a los esclavos y a los repudiados, incitándolos a la rebelión contra sus patrones. Dicen que siendo él también de la plebe y mientras pedía socorro para los de su clase, trataba de ocultar su origen.

Pero hablemos ahora sobre los acólitos de Jesús y sobre su autoridad. En él principio elegí unos compañeros, para su obra, de gente del Norte, y todos eran libres, robustos, audaces y fuertes en el Espíritu. En los veinte años pasados han maravillado al mundo por su valor, por su voluntad inquebrantable y por su valentía ante la muerte. ¿Creeréis, por ventura, que esos hombres eran esclavos o repudiados? ¿Cómo admitir que los grandes adalides y príncipes del Líbano y de Armenia, tan vanidosos de su

linaje, se hayan destituido de su jerarquía y potestad para aceptar a Jesús como profeta de Dios? ¿Es de creer que esos nobles de Antioquia, Bizancio, Roma y Atenas se hubiesen dejado embaucar por la voz de un jefe de esclavos?

El Nazareno no estaba junto al esclavo en contra de su amo, ni con Cristo en contra de aquél; porque era un Hombre superior a todos los hombres, y los arroyuelos que han transitado en los cursos de su fuerza, cantaban con el dolor y con la fuerza al mismo tiempo. Si la nobleza está en la protección, Jesús el Nazareno es el más noble que hay en la tierra, y si la libertad constituye el pensamiento, el decir y el hacer, él será el príncipe de todos los libres y de todos los siglos.

No olvidéis que en la carrera sólo el más fuerte y veloz logra laureles. Y Jesús fue coronado por sus amigos y adeptos, tanto como por sus enemigos, sin que lo supieran, y hasta ahora él recibe los trofeos de los triunfos, de las sacerdotisas de Artemisa en la sacristía de su templo.

MATEO

Jesús ante los muros de la prisión

Una tarde pasó Jesús por la Torre de David mientras nosotros vamos detrás de él; de pronto lo vimos detenerse para colocar sus mejillas sobre las piedras de la prisión y exclamar:

-¡Hermanos de mi antiguo día!: mi alma se conmueve con la vuestra detrás de estos muros, y deseo que os libertarais dentro de mi libertad, y marcharais conmigo y con mis compañeros. Estáis prisioneros, mas no estáis solos. ¡Numerosos son los que caminan en las calles amplias, no obstante tener las alas sanas! Son como los pavos reales, aletean pero no vuelan.

"¡Hermanos de mi segundo día!: pronto os visitaré en vuestras cárceles y os ofreceré mis hombros para alivianar vuestras cargas, porque el inocente y el criminal no se separan uno del otro; son como los dos huesos del brazo, que nunca se separan.

"¡Hermanos de este día de hoy, que es mi día!: habéis nadado contra la corriente de los pensamientos de vuestros enemigos y os aprehendieron. Dicen que también yo nadado contra esa corriente, y quizá me lleve pronto hacia vosotros, donde permaneceré como violador de la ley entre sus violadores.

"¡Hermanos de un día que aún no ha Regado!: estos muros caerán y con sus rocas harán muchas formas de casas, las manos de Aquel cuyo martillo es la luz y cuyo buril es el viento. En cuanto a vosotros, os detendréis libres en la libertad de mi nuevo Día. Así habló Jesús y luego siguió su rumbo. Su mano fue acariciando el muro de la fortaleza hasta que abandonamos la Torre de David.

ANDRÉS

Los profanos

La angustia de la muerte es, en verdad, menos amarga que la vida sin ella. Se enmudecieron los días y callóse cuando se apagó su voz. Sólo permanece el eco que devuelve a mi memoria sus palabras, pero no su voz.

Cierto día le oí decir:

-Id al campo en vuestras horas de añoranza y anhelos, y sentaos al lado de los lirios, y

los oírlos cantar a los rayos del sol. Los lirios no tejen vestiduras para vosotros, ni cortan madera ni piedra para vuestras casas, sino que entonan sus cantinelas. Y quien trabaja en la noche reemplaza sus necesidades y el rocío de su bondad moja sus pechos. ¿Y a vosotros no os cuidará también Aquel que no sabe de la fatiga ni sabe dar tregua a su labor?

Otra vez le oí hablar así:

-Los planetas del firmamento están conformes. Vuestro Padre los protege y los cuenta, lo mismo que cuenta los cabellos de vuestras cabezas. No caerá ningún ave a los pies del cazador; no encanecerá ningún cabello de vuestras cabezas ni caerá al abismo de la ancianidad sin que todo se haga por la voluntad de Dios.

En otra ocasión dijo así:

-Os he oído susurrar en vuestros corazones, diciendo: "Es menester que nuestro Dios sea más clemente y piadoso con nosotros, que somos hijos de Abraham, que con esos que no lo conocieron desde el principio". Mas yo os digo: El patrón de la vida que requiere un obrero a la madrugada, para trabajar, y llama otro al atardecer, pagando igual paga a ambos, está libre de toda censura. ¿Acaso no paga de su bolsa y por propia voluntad? Es así como abrió mi Padre las puertas de su palacio cuando los pueblos van a golpearlas. Y las abrió a cualquiera de vosotros, porque sus oídos gozan con el mismo amor, tanto del nuevo canto como de las viejas canciones a que ya están habituados. Y festeja jubilosamente y de modo particular el nuevo canto porque es la cuerda menor en la cítara de su Alma.

En otra oportunidad habló así:

-Acordaos de estas palabras más: "El ladrón es un hombre necesitado, el mentiroso es un hombre medroso y el vago a quien le prende el guardia de vuestras noches, es atrapado por el vigía de su misma lobrete. Deseo que os compadezcáis de todos éstos. Si golpean las puertas de vuestras casas abridlas y convidadlos a vuestra mesa, y si los rechazáis seréis culpables por cualquier acto que cometieran".

Un día lo seguí, como varios otros, hasta la plaza de Jerusalén, y allí nos contó la historia del hijo prodigo, y la del comerciante que vendió todo lo que tenía para comprar una joya. Mientras nos hablaba llegaron los fariseos trayendo una mujer que ellos llamaban "adúltera". La colocaron en medio del gentío y, rodeando a Jesús, le dijeron:

-Esta mujer profanó el voto de fidelidad, cometiendo adulterio.

Pos Jesús su mano sobre la frente de la mujer pecadora y la miró largamente en los ojos; luego se volvió a los fariseos, y después de observarlos gravemente, se inclinó y comenzó a escribir con un dedo en la arena, los nombres y pecados de los fariseos. Mientras escribía vi que los acusadores se marchaban, unos tras otros, vencidos. Antes de que terminara Jesús no quedaban a su lado más que la mujer y nosotros. Miré nuevamente a la acusada y le dije:

-Has amado mucho, pero los que te han conducido a mi presencia muy poco han amado, y sólo te trajeron para inmiscuirme en sus ardides. Ahora vete en paz; ya no queda ningún acusador; y si quieres ser tan sensata cuanto eres amorosa, llámame, que el Hijo del Hombre no te juzgará.

Me quedé admirado en ese entonces, sin saber si esto se lo dijo a ella, porque él mismo no se hallaba libre de pecado. Desde aquel día estudio, investigo y medito. Ahora sé bien que un corazón puro disculpa al hombre esa sed que lo conduce a aguas putrefactas, y que sólo el fuerte puede tender su mano al caído.

Y de cierto digo que la angustia de la muerte es, en verdad menos amarga que la vida

sin ella.

UN HOMBRE RICO

Los bienes

Jesús condenaba a los ricos. Un día le preguntó

-¿Qué debo hacer, Señor, para poseer la paz del Espíritu? Me ordenó entregar mis bienes a los pobres y seguirle. Como él no posee nada no conoce lo que hay en el dinero y los bienes de seguridad para la vida y la libertad personal, y el respeto de afuera e interno.

En mi casa hay ciento cuarenta sirvientes y esclavos; algunos trabajan en mis montes y otros dirigen mis naves a tierras lejanas. Si yo le hubiera escuchado, dando a los pobres mi dinero y todos mis bienes, ¿qué habría pasado con mis esclavos y sirvientes y sus respectivas familias? Sin duda alguna se habrían vuelto pordioseros y vagabundos como él y sus acólitos, y en ese estado andarían por las calles de la ciudad y por las galerías del templo.

Ese buen hombre no ha sabido investigar el secreto que rodea al oro, y como él vivía con sus sectarios de la caridad pública, creyó que todos los hombres deberían vivir como ellos. He aquí ahora este secreto contradictorio: ¿Es deber de los ricos dar su fortuna a los pobres; que éstos deban poseer la copa y el pan del rico antes de ser recibidos por ellos, a sus mesas? ¿Es deber o es digno del Señor de la Torre, dar hospedaje a sus amigos sin que primero sea nombrado dueño y señor de la tierra?

La hormiga que guarda su alimento para el invierno, es más sabia que las cigarras, que un día se alegran con sus canciones y otro pasan hambre. Dijo uno de sus secuaces en la plaza pública:

-Sobre el portal del cielo, donde Jesús pone sus sandalias, ningún hombre es digno de poner su cabeza.

Más yo cuestiono: ¿Sobre el umbral de qué casa pudo aquel vagabundo y simple de corazón dejar sus sandalias, él que no tenía casa ni umbral y con frecuencia andaba descalzo?

JUAN EN PATMOS

Jesús el piadoso

Deseo hablar de él otra vez, pero como Dios me privó de la palabra, me dio en cambio la voz y los labios ardientes; y a pesar de no ser yo merecedor del Verbo perfecto, convoqué mi corazón para que se pose sobre mis labios.

Jesús me amó y no sólo por qué Yo lo amé porque él elevó mi alma por sobre mi cabeza y la bajó a honduras insondables. El Amor es un misterio sacrosanto; los que verdaderamente aman no hallan palabras con qué definir su amor, más aquellos que no aman creen que el amor es una burla cruel. Jesús me llamó a mí y a mi hermano mientras trabajábamos en el campo. Yo era joven; mis oídos sólo conocían la voz de la aurora, pero su voz puso punto final a mi trabajo y dio inicio a la era de mi amor y fascinación. Para mí sólo quedaba, desde entonces, el caminar bajo el sol y adorar la Belleza de la Hora. ¿Puedes aceptar una sublimidad cuya sutileza impide su manifestación, o una belleza cuya luz no llega a nuestros ojos? ¿Podrá escucharse en tus

sueños una voz que se averg enza de su amor?

Jes s me llam y yo lo segu . Esa tarde volv a la casa de mi padre para munirme de mi segunda vestidura, y dije a mi madre:

-Jes s el Nazareno quiere unirme a los suyos.

Mi madre me orden :

-Sigue su camino como lo sigui tu hermano.

Y segu a Jes s. Me dio sus rdenes, pero para liberarme solamente, porque el Amor es hospitalario y generoso con sus huéspedes, pero su casa es espejismo y burla para los no llamados.

¿Queréis ahora que os aclare mejor los milagros de Jes s? Somos todos una seaal milagrosa del tiempo, y nuestro Seæor y Maestro es el punto medio de ese tiempo, mas l no quiso que nadie lo supiera. Le o una vez decir al paral tico:

-Levátate y vete a tu casa, pero no digas al sacerdote que yo te he curado.

El pensamiento de Jes s no se hallaba con los paral ticos, sino mÆ bien con los fuertes y los erguidos. Su pensamiento busc otros pensamientos, y los protegi , y su Esp ritu perfecto visit otros esp ritus, y con este acto su Esp ritu alter aquellos pensamientos y aquellos esp ritus, lo cual a la gente pareci un gran milagro; pero para nuestro Seæor y Maestro era una cosa sencilla como el soplo del viento cotidiano.

Y ahora hablemos de otras cosas.

Un da me paseaba con l en un huerto: los dos ten amos hambre; as llegamos a un manzano silvestre; en el Æbol hab a dos manzanas; Jes s lo sacudi con sus manos, de tal suerte que cayeron las dos manzanas; las alz y me entreg una, conservando la otra en su mano. Yo met diente a la ma y cuando terminØ de comerla vi que Jes s ten a a n, la suya en su mano, que me extendi , diciendo:

-Toma y come esta tambiØn.

La recib avergonzado, pero el hambre me incit a ello. Y mientras caminÆbamos observando su rostro... ¡Oh! ¿C mo puedo contaros lo que en l he visto? Vi una noche en cuyo espacio se quemaban los cirios de un sueæo inabordable por nuestros sueæos; un medioda en el que los pastores se alegran mirando pacer su rebaæo; una tarde serena y un silencio confortable y encantador; una casa para refugio del esp ritu y un dormir tranquilo y un dulce soæar ... Todo eso he visto en su cara.

Me dio las dos manzanas. Yo sab a que l ten a tanto hambre como yo, y sØ ahora que al darme las dos hab a satisfecho y saciado su hambre, porque hab a comido y gozado el fruto de un Æbol desconocido.

Quisiera contaros otras cosas mÆ, pero ¿c mo me ser a posible hacerlo?, porque cuanto mayor es el amor tanto mÆ difcil es explicarlo o definirlo, y cuando la memoria se encuentra muy cargada, se encamina a buscar las honduras calladas.

PEDRO

El vecino

Cierto da me dijo mi Rab y Maestro en Cafarna m:

-Vuestro vecino es vuestro segundo "yo" que vive tras las paredes. Con la mutua comprensi n sucumben todas las paredes. Y quiØn sabe si vuestro vecino no es vuestro mejor "yo" encarnado en otro ser. Procurad, entonces, quererlo tanto como a vosotros mismos. Es tambiØn una manifestaci n del Todopoderoso, que vosotros no conocØs.

"Vuestro vecino es un campo en el cual se pasea la Primavera de vuestras esperanzas

con su atav o verdoso. Vuestro Invierno sueaa en Ø, con las cimas cubiertas de nieve. "Vuestro vecino es un espejo en cuya faz se refleja vuestra imagen alegre y triste; alegr a y tristeza que vosotros desconocØs. Amad, pues, a vuestro vecino tal como os he amado yo.

Entonces le preguntØ

-¿C mo puedo amar a un vecino que no me ama, que es envidioso y quiere quitarme lo m o, y muchas veces me roba?

-Cuando aras y mientras tu siervo echa la semilla detrÆ de ti, ¿te detienes, acaso, para observar hacia atrÆ y ahuyentar un gorri n que baja al suelo a mitigar su hambre con un grano de los tuyos? Si as lo hicieras no seras digno de la bendici n ni la riqueza de la siega.

Cuando me hubo dicho eso tuve verg enza de m mismo, mas no me desanimØ porque me fortaleci su sonrisa.

UN ZAPATERO EN JERUSAL N

Neutralidad

JamÆ lo amØ pero tampoco lo odiØ. Nunca prestØ o do a sus prØdicas; prefer a or su voz mel dica, que me era tan agradable.

Todo lo que dijo era ambiguo e incomprensible a mis o dos y pensamientos, aunque la m sica de su voz era clara y sonora para m .

En verdad, si yo hubiera o do de labios de la gente la acotaci n de sus enseaaanzas, no habr a podido diferenciar si Jes s era amigo o enemigo del juda smo.

JOS , LLAMADO "JUSTUS" .

Jes s el peregrino

Dicen que era villano y una espiga endeble en una endeble y raqu tica sementera; un hombre obtuso y bruto.

Dicen que s lo el Viento peinaba sus cabellos y que s lo la lluvia lavaba su rostro y sus ropas.

Dicen tambiØn que era un loco, y atribulan sus palabras a influencia de los demonios. Pero ese hombre ha retado a duelo a sus enemigos, y sus palabras contin an infundiØndoles temor, porque ning n ser humano puede detenerse ante l. Cant una melod a cuya resonancia nadie podrÆ interrumpir. Ella seguirÆ libremente vibrando de siglo en siglo, recorriendo los ocØanos, llevando el eco de aquellos labios que la modularon y el gran Esp ritu que la engendr .

Era un extraæ; s, s; era un Peregrino que andaba en el Sendero del Sacrosanto Lugar. Era un Mensajero que ven a a golpear nuestras puertas. Era un HuØped que ven a de lejanas

ciudades, y que no encontr entre nosotros cumplido y generoso hospedaje; por eso regres al Lugar que le fue preparado desde la creaci n del mundo.

SUSANA, NAZARENA VECINA DE MAR A

El joven y el hombre en Jes s

Conocí a Mara, madre de Jesús, antes de casarse con José el carpintero. En aquel momento las dos éramos solteras. Mara tenía visiones y oía voces, y hablaba de servidores celestiales que la visitaban en sus sueños.

Los nazarenos tenían obvia preocupación por ella y la observaban en sus idas y venidas. La miraban con dulzura, porque su frente era alta y derechos sus pasos, pero unos decían que era loca, porque actuaba con entera libertad. Yo la consideraba como una mujer adulta, pese a su plena juventud, porque he visto una sazón de cosecha en sus flores y frutos, ya maduros, en su Primavera.

Nací y crecí en medio de nosotros, y sin embargo ha sido en nuestra aldea como una extranjera del Norte. En sus ojos había siempre la sorpresa del extranjero que nunca nos vio. Tenía también el mismo orgullo de la vieja Myriam que con su hermana se había retirado del Nilo al desierto. Después se casó con José el carpintero.

Durante su embarazo, de Jesús, Mara sola hacer paseos por los prados, y cuando regresaba traía en sus ojos una belleza encantadora y un hondo dolor. Y al nacer Jesús, me contó una amiga que Mara dijo a su madre:

-No soy sino un árbol cuyas ramas aún no fueron podadas, sino observa este fruto. Estas palabras fueron dichas por Martha la partera.

Luego de tres días fui a visitarla. En sus ojos se reflejaba sorpresa y su pecho estaba agotado. Tenía abrazado al niño como la concha que atesora su perla. Todos hemos amado al hijo de Mara y seguimos sus pasos con amorosos ojos, porque el niño estaba lleno de vitalidad. Pasaron las estaciones y sucedieron las lunas, y llegó el niño a la pubertad.

Era alegre; reía mucho. Nadie sabía lo que iría a ser ese niño que parecía extranjero a nuestra raza.

Nadie se animaba a reprenderlo, no obstante el peligro a que muchas veces se exponía por su ternura e intrepidez. Jugaba con sus compañeros, pero no podíamos asegurarnos si estos jugaban con él.

Cuando llegó a los doce años ayudó a un ciego a vadear el arroyo, y lo llevó hasta el camino real. El ciego, agradecido, le preguntó:

-¿Quién eres, niño?

-No soy niño, soy Jesús.

-¿Quién es tu progenitor?

-Dios es mi padre.

Se rió el ciego y agregó:

-Has dicho la verdad, hijo mío. ¿Quién es tu madre?

-Yo no soy hijo tuyo, y la Tierra es mi madre.

-Entonces es el Hijo de Dios y de la Tierra el que me ha llevado.

-Te conduciré a donde quieras y mis ojos acompañaré tus pies.

Y creció Jesús como una preciosa palmera en nuestros jardines, y cuando llegó a los diecinueve años era ya un mozo muy gallardo y bello como un gamo. Sus ojos eran dulces y llenos del asombro del día. Su boca tenía la sed de un rebaño en el desierto frente a un arroyo cristalino. Caminaba solo en los campos, mientras nuestros ojos y los de las mozas de Nazareth lo seguían con ternura, pero en presencia de los suyos todos nos sentíamos avergonzados, y como el Amor es pálido y vergonzoso ante la belleza, ésta es y siempre será el objeto y punto de mira del Amor.

Y luego lo invitaron las estaciones a conversar en los jardines de Galilea. A menudo Mara le seguía los pasos para oír sus palabras y en ellas escuchar a su espíritu, pero cuando iba con sus amigos a Jerusalén no lo seguía, porque siempre en las calles de

Jerusalén se mofaban de nosotros, los hijos del Norte, aunque vengamos con nuestro presente para el Templo. María era tan delicada que no quería ser causal de mofa de la gente del Sur.

Jesús visitó otros países de Oriente y Occidente, y a pesar de no conocer nosotros el país que él había visitado, nuestros corazones lo seguían. Mientras, María lo esperaba sentada en el umbral de su casa, mirando siempre al camino por donde tenía que volver al hogar. Y cuando regresaba Jesús a su casa venía María a decirnos:

-Es enorme para que sea mi hijo; su elocuencia supera la inteligencia de mi corazón callado. ¿Cómo, pues puedo pretender que me pertenezca?

Noté que María no pudo creer que la llanura engendrara la montaña, y en el candor de su corazón no: advertí que la falda de la montaña era el camino a la cima. Ella conoció en Jesús al Hombre, pero como era su hijo no se atrevió a reconocerlo como tal.

Un día fue Jesús al lago para encontrarse con sus amigos los pescadores; María me susurró al oído:

-¿Quién es el Hombre, sino ese ser inquieto que surge de la Tierra y del ansia, y que se yergue camino del cielo? Mi hijo es un anhelo que viene de muy lejos; es todos nosotros elevados con nuestros anhelos hacia las estrellas. ¿Dije yo que es mi hijo? ¡Dios me perdone! Pero mi corazón me dice que soy su madre.

Me es difícil poder contaros más de lo referido sobre María y su hijo Jesús, mas aunque nazcan espinas en mi paladar, o que mis palabras os arribaran a vosotros cual paratíco que se arrastra, no puedo menos que contaros lo que he visto y oído. El año era feliz y glorioso por su lozana encantadora. Las anémonas engalanaban las cumbres de las colinas, cuando Jesús llamó a sus apóstoles y les dijo:

-Venid conmigo a Jerusalén y asistiremos al sacrificio del cordero en la Pascua.

El mismo día vino María a mi casa y me dijo:

- ¡Voy a la Ciudad Santa. ¿Querrás acompañarme para seguirlo junto con las otras mujeres?

Y en el momento nos encaminamos tras de María y su hijo, por aquel largo camino hasta llegar a Jerusalén donde fuimos recibidos por una multitud de gente a la entrada de la ciudad, porque sus discípulos habían anunciado su arribo a sus adeptos; pero Jesús dejó la ciudad esa misma noche, con sus amigos. Nos dijeron que se había marchado a Betania. En la fonda quedó María con nosotros esperando su regreso.

Lo prendieron lejos de los muros de Jerusalén y lo encarcelaron. Cuando lo supimos observé que María no dijo una sola palabra, mas en sus ojos se había manifestado rápidamente la oculta verdad de aquel prometido dolor y aquella futura alegría, que todos hemos visto cuando era novia en Nazareth.

María no lloró; andaba con nosotros cual el espíritu de una madre que no quiere llorar por el alma de su hijo. Nos sentamos en cuclillas en el suelo, mientras ella caminaba erguida por el cuarto, y de vez en cuando se detenía para contemplar por la ventana la lontananza, peinando sus cabellos con las manos. Al despuntar la aurora la vimos de pie entre nosotros, como un estandarte que flamea en un desierto sin legiones.

Lloramos cuando supimos lo que el día de mañana guardaba para su hijo, pero ella no lloró. Sus huesos eran del metal puro bronce y su fuerza era de encina; sus ojos como el firmamento, en su amplitud y temeraria dimensión. Dime si has visto una calandria cantar ante su nido destrozado por el fuego. ¿Habrás visto una mujer cuyo dolor sobrepasa sus lágrimas o un corazón herido que se eleva por sobre de su sufrimiento? No has visto a esa mujer porque no estuviste ante María, y porque jamás te ha tenido en su regazo la Madre Transparente.

En aquella hora serena, en cuyo espacio las herraduras del silencio golpeaban sobre el pecho de los que nos hallábamos en vigilia, entró Juan, el hijo menor de Zebedeo, exclamando: -¡Oh, Madre! ¡Oh, Mar a! Jesús se va; ¡sigúenosle!

Colocó Mar a su mano sobre el hombro de Juan y salieron seguidos de nosotros. Cuando llegamos a la torre de David, vimos a Jesús cargando con su cruz y rodeado de mucha gente. Lo acompañaban dos hombres que también llevaban una cruz cada uno. Mar a tenía la cabeza erguida; iba con nosotros al lado de su hijo, con pie firme. Tras ella caminaban Síon y Roma; es decir, el mundo entero, para vengarse de sí mismo ante el Hombre Libre yónico. Cuando llegamos a la colina lo crucificaron. Yo observaba a Mar a; su rostro era el de una mujer afligida. Tenía el aspecto de la tierra fértil que da hijos sin cesar y los entierra displicente. Después, evocando la adolescencia de su hijo, exclamó :

-¡Hijo mío que no es mi hijo! ¡Oh! Hombre que habitó una vez mi vientre, ¡gloria a tu fuerza y a tu valor! Sólo que cada gota de sangre que fluye de tus manos, será un manantial que formará rosas de naciones. Mueres en esta tormenta tal como ha muerto, una vez, mi corazón en el ocaso del sol. Es por eso que no te lloraré

En ese instante intentó cubrirme el rostro con las manos, a fin de huir y regresar a mi tierra del Norte; pero en ese momento oí a Mar a exclamar:

-¡Hijo mío que no es mi hijo! ¿Qué es lo que dijiste al hombre de tu diestra para hacerlo feliz en sus dolores, tanto que ya en su rostro se dibuja apenas la sombra de la muerte, y al punto que él no puede quitarte de sus ojos? Tú me sonríes ahora y esa sonrisa me dice que has vencido al mundo. Entonces Jesús miró a su madre y respondí :

-¡Oh, Mar a, sólo a partir de hoy una madre para Juan.

Y dirigiéndose a él:

-Sólo un tierno hijo de esta mujer. Vete a su morada y que tu sombra se dibuje y atraviese aquel umbral sobre el cual tantas veces me he sentado. Haz todo eso en mi memoria.

Alzó Mar a su diestra hacia Jesús; estaba cual un árbol de un solo gajo, y le dijo:

-¡Hijo mío que no eres mi hijo! Si esto es de Dios, vengamos entonces la paciencia y que nos brinde el conocimiento de la Verdad; y si es del hombre, que Dios lo perdone por toda la eternidad. Si es de Dios, la nieve del Líbano te servirá de mortaja, mas si es de estos sacerdotes y de estos soldados solamente, mi manto cubrirá tu cuerpo desnudo. ¡Hijo mío que no es mi hijo! Lo que Dios crea aquí no puede desaparecer, y lo que el hombre destruye permanecerá construido y en pie, pero en una forma que escapa al raciocinio del hombre.

En ese momento el Cielo lo entregó a la Tierra, cual una voz y un Soplo viviente. También Mar a lo dio al hombre cual una herida y un bálsamo.

-Mirad ahora -agregó Mar a-, ya se fue, ya concluyó la batalla y el Astro dio su luz. Ya llegó la nave al puerto, y Aquel que se había recostado sobre mi pecho, se cierra hoy en el espacio. Añ en la propia muerte se sonreó. Vencí al mundo, y me enorgullece ser la madre del Triunfador.

Mar a se puso en camino a Jerusalén, apoyada en el brazo de Juan, el discípulo amado. Era una madre cuyas esperanzas ya se habían realizado. Cuando arribamos a la puerta de la ciudad, miró su rostro y quedó hechizada. Si es cierto que la cabeza de Jesús estaba en ese día más erguida y altiva que la de todos los hombres, la de Mar a no lo estaba menos. Ocurrió todo esto en la Primavera; ahora estamos en Otoño, y Mar a ha vuelto a su morada y vive sola.

Desde dos s/ados mi coraz n era como una piedra en mi pecho,,porque mi hijo me hab a abandonado para ir en busca de una barca en Tiro y largarse a los mares. Me dijo que no regresara a verme.

Una tarde fui a visitar a Mara y la encontrØ sentada ante su telar, pero no trabajaba; se hallaba en contemplaci n, con la vista puesta en el horizonte, hacia la lejan a de Nazareth.

-¡Salud, oh Mara!

-Ven y siØntate a mi lado -respondi extendiØndome la mano- a contemplar c mo vierte el sol su sangre sobre estos montes.

Me sentØ al lado de ella a contemplar el paisaje; pasado un momento, dijo:

-No sØ a quiØn crucifica el Sol esta tarde.

Yo, a impulsos de la obsesi n que all me llev , repuse:

-Vine en busca de consuelo. Mi hijo me dej y se fue al mar, dejÆdome sola en casa.

-Quisiera consolarte, mas ¿c mo lograrlo?

-HÆblame de tu hijo y ello me consolarÆ

-Te contarØ de l, porque lo que a ti te consuela me trae a m un consuelo mayor.

Y me relat de Jes s todo lo que fue desde el comienzo.

No hizo distinciones entre su hijo y el mo, pues formul esta comparaci n:

-Mi hijo es marino como el tuyo; ¿por quØ no entregas tu hijo al anhelo de las horas tal como entreguØ el mo? La mujer serÆ eternamente por siempre un vientre y una cuna, pero jamÆ serÆ un sepulcro. Nosotras morimos para otorgar vida a la vida; tanto como cuando nuestras manos tejen los hilos de una vestidura que no usaremos jamÆ. Nosotras echaremos nuestras redes para pescar peces que no comeremos. Por eso nos afligimos y nos entristecemos; pero en todo eso se halla nuestra alegr a y felicidad.

As habl Mara. RetornØ a mi casa y, a pesar de haber declinado el da, me puse al telar a tejer la tela que nunca vestirØ

FILIPPUS

Cuando muri , la Humanidad muri con Ø

Cuando muri nuestro Amado, muri con l toda la Humanidad. Se transform en silencio todo cuanto hab a en el espacio y cambi de color. El levante se oscureci y de sus profundidades bram una tempestad huracanada que envolvi toda la tierra. Los ojos del cielo se abran y cerraban provocando una lluvia fort sima que lav la sangre que manaba de sus manos y sus pies.

Yo he sido uno de los desmayados, pero lo escuchØ en la hondura de mi negligencia hablar as :

-¡Padre mo, perd nalos, porque no saben lo que hacen! Su voz busc mi alma ahogada y me condujo por segunda vez a la orilla. Abr mis ojos y vi su cuerpo blanco y puro colgado frente a las nubes. Sus palabras se reencarnaron en mi alma y me hice un hombre nuevo. Desde aquel entonces no supe lo que era el gusto de la tristeza.

¿QuiØn se aflige por el mar cuando se quita el velo de su cara, o por la montaa cuando se re frente al Sol? ¿QuØ coraz n humano es capaz, al ser herido, de decir sendas palabras?

¿QuØ juez, entre los jueces de los hombres, ha perdonado a sus jueces? ¿HabrÆ existido un amor, en todos sus cursos, que hubiera vencido al odio con esa fuerza absoluta que tanta confianza tiene en s? ¿CuÆdo ha odo la Humanidad la voz de un clar n cual

¿Este, que hace temblar la tierra y el cielo? ¿Se ha oído antes de ahora a una víctima pedir piedad para sus torturadores? ¿Se ha visto que un topo detuviera el curso de un rayo?

Sucedieron y pasaron las estaciones y se plegaron los años antes de desaparecer de la tierra el eco de estas palabras: ¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen! Pero tú y yo, si nacemos por segunda vez, no olvidaremos esas palabras. Y ahora marchó a mi casa para mendigar, con la frente alta, a su Puerta.

B'RBARA, LA AMONITA

Jesús el implacable

Jesús era muy paciente con los simples y los ignorantes; era como el Invierno que aguarda la llegada de la Primavera. Era paciente como la montaña, con los embates de la tempestad. Respondía con dulzura todas las preguntas que, estupidamente, le formulaban sus enemigos. Callaba ante vanas y erróneas discusiones, porque era fuerte, y al alcance del fuerte está siempre el poder y la fuerza de ser paciente. Pero Jesús también era impaciente e implacable. Jamás toleraba los hipócritas y nunca encomendó sus armas a los malvados ni a los mistificadores. Ningún hombre pudo dominarlo. No tuvo paciencia con esos que negaron la Luz para vivir en la sombra, ni con los que exigían señales del cielo, en vez de solicitarlas a sus corazones.

No era paciente con los que han pesado el día y medido el cielo antes de haber ofrecido sus sueños al Alba y al Atardecer. Jesús era paciente, pero tenía menos paciencia con esa gente. Exigía que tejieras la tela aunque perdieras muchos años entre el telar y sus hilos, pero nunca permitía a nadie romper un centímetro de la tela ya terminada.

DE LA MUJER DE PILATOS A UNA DAMA ROMANA

El amor y la fuerza

Andaba yo cierto día, con mis doncellas, en un bosque lejos de Jerusalén, cuando me encontré con él, rodeado de hombres y mujeres. Les hablaba en un lenguaje que yo entendía a medias. Pero el ser humano no necesita de lengua alguna para ver una columna de luz o una montaña de cristal. Así es el alma que entiende lo que no dice la boca y lo que no perciben los oídos. Hablaba a sus amigos sobre el Amor y la Fuerza. Sólo entendí que hablaba del Amor porque en su voz había una dulcísima melodía. Comprendí asimismo que hablaba de la Fuerza, porque legiones y ejércitos avanzaban en sus gestos. Era gracioso y dulce. No creo que mi propio esposo pueda haber hablado con más autoridad de la que hablaba ese hombre.

Cuando noté que yo iba pasando delante del grupo, se calló un momento y me miró con dulzura. Sentí en ese instante que mi alma se humillaba ante sus ojos y presentí que me hallaba ante un dios. Desde aquel día su imagen me visita en mi retiro; sus ojos se ahondaron en los secretos de mi alma; su voz era poseedora de las quietudes de mis noches. Ahora soy prisionera del encanto de aquel hombre hasta la eternidad; mi salvación está en mis dolores y la libertad está en mis lágrimas.

Tú no has visto a ese hombre, amiga mía, y ya no lo verás; ha desaparecido de nuestros sentidos; mas hoy está muy cerca de mí que todos los seres.

JUDAS ISCARIOTE

Cuenta la escena un hombre de los suburbios de Jerusalén

El día viernes 17 de Nisán y víspera de la Pascua, llamé Judas violentamente a la puerta de mi casa. Al entrar sus miradas me inspiraron pánico y estupor.

Estaba pálido y demacrado; sus manos temblaban como ramas secas al soplo del huracán. Sus vestiduras destilaban agua, como si se hubiera sumergido en un río. Es cierto que aquella tarde habían soplado vientos impetuosos y fuertes tormentas se desencadenaron sobre la ciudad.

Judas me observó fijamente y con gravedad; las cuencas de sus ojos parecían dos tenebrosas cavernas y sus pupilas dos manchas de sangre. Con voz grave me dijo:

-Entregué a Jesús el Nazareno a sus enemigos y a los romanos, porque tiempo atrás me había prometido derrocar a ambos. Yo lo creí y lo seguí, cuando en realidad no era más que un inepto, incapaz de lograr la meta de la victoria; así nos engañó a todos. ¡Esperanza perdida! Cuando me llamé para seguirlo, me hizo igual promesa que a sus discípulos: que nos entregara un reino invicto y poderoso.

"Y lo hemos seguido y escuchado, procurando contentarlo con nuestra sumisión, esperanzados con alcanzar en su Corte las más altas posiciones. Confiamos en él; creímos que nos haría reyes del tiempo, devolviendo a estos romanos las humillaciones y escarnio que consumaron con el pueblo de Israel.

"Tantas veces nos confirmé esas promesas en sus sermones sobre nuestro reino, como veces se alegró mi corazón oyéndolo. Y yo me contaba entre los elegidos para guiar sus ejércitos y ser proclamado jefe de sus legiones.

"Lo seguí sumisamente, y tuve la mala estrella de oír sus triviales sermones sobre el amor, sobre la ayuda al prójimo, sobre el perdón de las culpas de otros, y trivialidades que gustan a las aldeanas y simples. Entonces sentí embargarme una profunda tristeza y endurecerse mi espíritu.

"Hemos creído ver en él al futuro rey de Jerusalén, cuando solamente era un lírico flautista que tocaba su caramillo en los valles de Judea y cuya única preocupación era enderezar el juicio de los mendigos e irresponsables. Lo creímos un áfora plena de aromático vino, y no era más que una flor sobre cuyos pétalos brillaban tenues unas pocas gotas de rocío, sin savia y sin esplendor.

"Yo lo amaba tanto como muchos de mi tribu lo amaron y depositaba en él la esperanza de salvarnos del yugo de los extranjeros; pero lo vi callado y sin valerse de su poder para libertar a Israel de su esclavitud, otorgando al César lo que era del César y esto desgarraba mi corazón. Y cuando vi desvanecerse mis ilusiones, me dije: Quien mata mis esperanzas merece la muerte, ya que ellas y mis sueños valen más que la vida de un hombre, y me vengaré pues no aceptaré ser yo tumba de la derrota y de la decepción.

Fruncí el ceño y apreté los puños. En su silencio yo veía desfilar ante mis ojos la tragedia de su crimen, porque después, como desanimado, añadió:

-Lo entregué y hoy lo crucificaron ... Pero murió sobre la cruz como un rey. Murió en medio del huracán tal como mueren los salvadores, como los grandes que seguirán viviendo la inmortalidad, a pesar de la mortaja y del sepulcro. Sucumbí dulce y piadosamente, con un corazón desbordante de piedad. Murió por todos, hasta por mí... que lo traicioné entregándolo.

Yo repliqué...

-Has cometido ¡oh Judas!, ¡una acción verdaderamente ruin!

-Pero sufrí la muerte de los reyes. ¿Por qué rehusé vivir como un rey, y aceptar la muerte de los criminales y de los esclavos?

-Has cometido un acto imperdonable.

Se senté en un banco y quedé callado e inmóvil. Yo me paseaba presa de hondo pesar y le grité

-¡Has cometido un crimen terrible!

Se levantó bruscamente e irguiéndose ante mí me dijo con voz quejumbrosa, cual el sonido arrancado a un vaso de cristal quebrado:

-En mi corazón no había ningún crimen. Esta misma noche iré en busca de sus reinos y me presentaré ante él y le pediré perdón. Murió como un rey y yo lo haré como un traidor. Mi corazón me dice que me perdonaré. -Y envolviéndose en su rojo manto, siguió: -Hice bien en venir a tu casa esta noche, no obstante saber que te causaba disgusto. ¿Me perdonaré? Diles a tus hijos, a tus hermanos y nietos, que Judas Iscariote entregó a Jesús el Nazareno a sus enemigos porque creía que era enemigo de su pueblo. Diles asimismo que al cometer ese crimen ha seguido, en el mismo día, al rey de los judíos hasta las gradas de su trono, para ser juzgado por él en el día del juicio final. Y a él le diré que mi sangre tiene también sed de la Tierra y mi alma perversa busca la Libertad.

Apoyó su cabeza en el muro e invocó:

-¡Oh, Dios!, ¡cuyo nombre nadie menciona sin que los dedos de la muerte sellen sus labios. ¿Por qué me has quemado con un fuego que no ha tenido luz? ¿Por qué has dado al Galileo ese supremo anhelo de una tierra desconocida, y a mí me has cargado con deseos que no pasan las paredes de mi casa y de mi fogón? ¿Y quién es ese Judas cuyas manos se han manchado con sangre? Ay dame a sacarlo de mí. No es más que un andrajo y un arma mellada. Ay dame a lograrlo esta noche y dame poder detenerme fuera de estos muros. Ya me desespera esta libertad con sus alas cortadas. Quiero una cárcel mayor que ésta; quiero circular como un manantial de lágrimas hacia el amargo mar; quiero ser un hombre que goce de tu piedad antes que golpear la puerta de su corazón.

Así habló Judas. Luego, salió de mi casa y se perdió en las tinieblas de la noche.

Transcurridos tres días después de la tragedia del Gólgota, visité Jerusalén y supe todo lo que había pasado. Judas se había arrojado desde lo alto de un peñasco. Sentí honda tristeza, y desde ese día he pensado mucho en su crimen, y observo que los que han amado al Nazareno aborrecen a Iscariote; pero yo no puedo odiarlo; creo haberlo comprendido; consumí los deseos de su miserable vida. Era un ave de alas débiles que sólo podía volar a ras del suelo y como nube que flotaba sobre esta tierra esclavizada por los romanos, mientras el Gran Profeta remontaba las alturas. El primero anhelaba un reino del cual ambicionaba ser soberano; el segundo soñaba con un Reino Superior, en donde todos los hombres serían soberanos.

SARQUIS

(ANCIANO PASTOR GRIEGO APODADO "EL LOCO")

Jesús y Pan

Soñó una noche que Jesús el Nazareno y Pan, mi dios, se encontraban sentados en el

corazón de un bosque, festejando el uno las palabras del otro. El arroyo participaba de sus risas. La de Jesús era más feliz y jovial. Estuvieron dialogando largamente.

Habló Pan de la tierra y de sus misterios; de sus hermanos de pezuñas y cuernos; de los sueños, de las raíces y de la serenidad y, sobre todo, de la savia que se reanima y despierta cantando con la primavera.

Jesús habló de las pequeñas ramas del bosque, de las flores de los frutos y de las semillas que llevarán sus ramas en una estación que aún no ha venido. Habló de los pájaros que vuelan y cantan en el espacio infinito y de los gamos blancos que el ojo del Todopoderoso cuida en el llano.

Se alegró Pan con los diálogos del nuevo dios, llenándose de placer sus narices. En el mismo sueño vi que el sueño reinaba sobre Pan y Jesús, y que estaban sentados a la sombra de los árboles, luego, tomó Pan su caramillo y tocó; su música produjo un movimiento de sacudidas en los árboles; tiritó el follaje y se estremeció el helecho, lo cual me causó temor y pánico. Jesús le dijo:

-Buen hermano, has reunido en tu caramillo los senderos de los bosques y las cumbres de las montañas.

Pan, alcanzándole el caramillo a Jesús; le dijo:

-Tócate ahora. Ya es tu turno.

-Es grande en mi boca esta caña; dame que toque en la mano.

Y Jesús comenzó a tocar; entonces oí la melodía de la lluvia sobre las hojas, el murmullo de los arroyos entre las colinas y la suave caída de la nieve sobre la cima de los cerros. Y los latidos de mi corazón, que había tomado del viento, volvieron al viento. Toda la marea de mi pasado volvió a mi ribera, y fui otra vez Sarquís el pastor. Y el caramillo de Jesús se convirtió en mil naipes de mil pastores que conducen innumerables rebaños.

-Te estás más cerca de la música -dijo Pan- por tu juventud, que yo por mi vejez. Antes de hoy he oído en mi paz tu música y tu nombre. Tu voz, y tu nombre son sacros y dulces; ellos se elevarán fuertemente con la savia a las ramas y correrán entre montes y quebradas. Tu nombre no es desconocido para mí, no obstante no habíselo oído a mi padre; basta que tocaras tu caramillo para recordarte. Ahora vamos a tocar al unsono.

Y los dos tocaron al mismo tiempo. Su música golpeó el cielo y la tierra y un terror invadió a todos los vivos. Oí el rugido de, los animales y la angustia del bosque; el lamento de los solitarios y la queja de los que anhelan lo desconocido. Oí los suspiros de la doncella por su amado, y el jadeo del cazador tras su presa. Luego volvió la paz a la música de ambos. Y se emocionó alegremente la tierra y juntamente con el cielo entonaron una canción.

Todo eso he visto y escuchado en mi sueño.

ANÍS

Jesús era un plebeyo

Pertenecía a la clase baja; un ladrón, un mistificador; un aventurero y vanidoso, que sólo tocaba su clarín para sí. Nadie lo tuvo en cuenta, más que los herejes y los miserables, y por eso su camino era el de la gente viciosa, malvada, deshonesto y sucia.

Se burló de nosotros y de nuestras leyes; se mofó de nuestro honor y de nuestra

dignidad. Era tanta su locura que os manifestar ante la muchedumbre que derribar a el Templo y profanar a los Santos Lugares.

Era muy casto y altivo, y por ello lo condenamos a muerte humillante y vergonzosa. Ven a de Galilea, que es suelo de todos los pueblos; un forastero del Norte, donde Adonis y Astarte siguen disputando a Israel y a su dios su dominio sobre su pueblo. Aquel, cuya lengua farfullaba las palabras de nuestros profetas, termino alzando su voz, hablando y arengando en la lengua de los bastardos, a la canalla y la ralea que le seguia. ¿Que otra cosa podia yo hacer que condenarlo a muerte? ¿No soy el Sumo Sacerdote, guardián del Templo y cumplidor de la Ley? ¿Podia volverle mis espaldas, diciendo tranquilamente: "Este es un loco suelto entre locos; dejadle seguir en paz su camino hasta que su locura lo consuma, por cuanto los locos e idiotas poseidos por espíritus malignos no obstruyen el camino de Israel?"

¿Como podia yo cerrar mis oídos a sus palabras, cuando nos insultaban con sus palabras impostoras, hipocritas, chacales, hijos de vboras? No porque era un loco debia yo hacerme el sordo a sus ultrajes. Era un pagado de si mismo y por eso se atrevi a provocarnos y desprestigiarnos. Ordeno que lo crucificaran para castigo y ejemplo de los que se hayan estigmatizado con su sello maldito.

Soy bien que bastante gente ha reprobado mi actitud, y algunos eran del Gran Consejo del Sanedrín, pero comprendí en aquel momento, y de ello estoy seguro ahora, que un hombre solo deberia morir en aras de la Nación, para evitar que fuera arrastrada al caos y a la destrucción.

Un enemigo extranjero ha vencido al judaísmo, mas no debemos dejar que un enemigo de adentro tambien nos subyugue. Ningun hombre de aquel Norte maldito debe llegar hasta nuestra santidad, ni su sombra alcanzar a mancillar nuestra Arca Sacra.

UNA VECINA DE MARA

Elegía

Mi cumpleaños los cuarenta días de su muerte, fueron todas las vecinas de Mara a consolarla y a cantar sus elegías. Una de ellas canto de esta manera:

¿A dónde, Primavera mía, a dónde,
Y hasta que otro espacio se eleva tu perfume?
¿En que huerta andarás?
¿Hasta que firmamento alzarás tu cabeza
Para hablar y revelar lo que hay en tu corazón?

Se volverán desiertos estos vergeles,
Ya no tendremos campos rasos Y desiertos eriales.
Todo lo verde y lozano Se marchitará al Sol.
Nuestros jardines no darán más
Que manzanas agrias, y nuestros viñedos
No cargarán sino uva amarga.
Tendremos sed de tu vino
Y ansia de tu aroma.

¿A dónde ¡oh, flor de nuestra primogénita

Primavera! a dónde?
¿Volveré con nosotros?

¿No nos visitarás tu jazmín?
¿No crecerán más flores en
Las orillas del camino, con el
Perfume de tu corazón para advertirnos
Que nosotros también tenemos
Profundas raíces en la tierra,
Y que nuestros suspiros no interrumpidos
Permanecerán elevándose por siempre
Hacia el cielo?

¿A dónde John, Jesús! a dónde?
¡Oh, hijo de mi vecina María
Y amigo de mi hijo querido!
¿Para dónde John, nuestra
Primogénita Primavera! y a cuánta
Erial te vas?
¿Volveré otra vez a
Estar con nosotros?
¿Visitaré, en la marea de tu Amor,
Las desiertas playas de nuestros sueños?

AHAZ, POSADERO OBESO

La cena antes de Pascua

Recuerdo fielmente la última vez que me visitó Jesús el Nazareno. A la hora del mediodía de un jueves llegó Judas y me pidió preparara una cena para Jesús y sus discípulos. Me entregó dos piezas de plata y me dijo:

-Compra todo cuanto sea necesario para la cena.

Al irse dijo mi esposa:

-Para nosotros es un inmerecido honor, porque Jesús es ya un gran Profeta y sus portentos son muchos.

Al declinar la tarde llegó Jesús con sus discípulos y subieron a la planta superior y se sentaron alrededor de la mesa. Estaban silenciosos, como si el Ave estuviese volando sobre sus cabezas. En otras ocasiones vinieron a mi casa pero satisfechos y alegres, cortaban el pan, escanciaban el vino y cantaban nuestras viejas canciones, o escuchaban a Jesús que solía hablarles con animación hasta medianoche, para luego dejarlo solo, porque así lo deseaba.

Permanecía despierto toda la noche; yo escuchaba el eco de sus pasos. Esta vez me pareció que estaban preocupados y sus amigos. Mi esposa había preparado pescado del lago, con gangas de Hurón y rellenos de arroz y granos de granada. Yo les serví vino de mi propia cosecha. Observé que deseaban estar solos, y así permanecieron hasta la hora del mogreb, en que se fueron. Jesús, antes de salir, nos dijo a mí y a mi esposa, poniendo su mano sobre la cabeza de mi hija:

-Buenas noches. Retornaremos a vuestra casa y no nos iremos tan temprano como

ahora; permaneceremos con vosotros hasta el alba. Volveremos pronto y os pediremos mayor cantidad de pan y vino. Nos habéis tratado bien y os recordaremos cuando lleguemos a nuestra casa y nos sentemos a nuestra mesa.

-He tenido mucho honor en servirte, Señor -respond-. Mis colegas posaderos me envidian el honor de estas visitas tuyas. Me río con soberbia de ellos en la plaza pública y les vuelvo la espalda.

-Todos los posaderos deben sentirse honrados cada vez que sirven, porque quien da el pan y el vino es hermano de aquel que siega y recoge las gavillas para llevarlas a la era; también es hermano del que estruja la uva en el lagar. Todos vosotros sois generosos, porque dais de vuestros bienes al que llega a vuestra casa con su hambre y su sed.

Luego, hablándole a Judas, que llevaba la bolsa de la Comunidad, le dijo

-Dame dos ciclos.

-Son las dos últimas monedas de plata que quedan en nuestra bolsa -advirtiéndole, Judas, dándole las monedas.

Jesús lo envolvió con su mirada y contestó :

-Pronto tu bolsa se colmará de plata -y poniendo las monedas en mi mano, añadió -: Compra una blusa de seda para tu hija, para que la luzca en la Pascua, en recuerdo nuestro.

Contempló a mi hija, la besó en la frente, y echó a caminar, saludando:

-Buenas noches a todos.

Ahora me dicen que todo lo que nos dijo esa noche lo escribió uno de sus discípulos sobre cuero fino y lo guardó en su casa; mas yo lo relato tal como lo he oído de sus labios. Mientras viva recordaré el timbre armonioso de su voz, cuando se despidió diciéndome: "Buenas noches a todos".

Si deseáis saber más sobre este nuevo Profeta, preguntad a mi hija, que hoy ya es mujer, y no trocar a sus recuerdos de su infancia por todo el oro del mundo. Ella está más preparada que yo para hablaros sobre él.

BARRABÁS

Las palabras póstumas de Jesús

A mí me pusieron en libertad; en cambio, a él lo eligieron para la cruz; pero él se levantó y yo caí.

Lo arrestaron y presentaron como holocausto de la Pascua. Yo, libre de mis cadenas, me sumé a la gente que lo seguía, pero era yo un hombre vivo que marchaba hacia su sepulcro. Habría sido para mí mejor y más digno huir al desierto, donde el deshonor se purifica a los rayos del Sol; mas fui con los que lo eligieron para que él cargara con mis crímenes.

Cuando lo clavaron en la cruz yo estaba en ese lugar, vi y oí, pero mi "yo" consciente estaba fuera de mí. Le dijo el ladrón que estaba a su derecha:

-Tu sangre mana como la mía... ¡oh, Jesús el Nazareno!

-Si estos clavos no sujetaran mi diestra te la hubiera tendido para saludarte. Nos han crucificado juntos, pero hubiese querido que tu cruz estuviera más cercana a la mía.

Miré luego hacia abajo y vi a su madre y a un joven que estaba a su lado y les dijo:

-¡Madre, he aquí a tu hijo! ¡Mujer: este es el Hombre que transportará las gotas de mi sangre al Norte!

Al oír los lamentos de las mujeres de Galilea dijo:

-Ved cómo lloran ellas cuando tengo mucha sed. Me elevaron tan alto que no puedo llegar a sus lágrimas. No beberé el vinagre amargo para apagar el fuego de esta sed.

Abriéronse sus ojos y, elevando su mirada al cielo exclamó :

-¡Padre!, ¿por qué nos abandonaste?

-Y después de un corto silencio, pronunció estas misericordiosas y compasivas palabras:

-¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

Al oír estas postreras palabras me pareció ver a todos los hombres de rodillas ante Dios, demandando perdón por la crucifixión de este Hombre bueno. Momentos después invocó en alta voz:

-Padre ¡en tus manos confío mi alma!

-Y tras un corto silencio alzó la cabeza y dijo:-Todo ha concluido... pero sobre esta colina solamente.

Y cerró sus párpados. Rayos y relámpagos rasgaron el velo oscuro del cielo; y se escucharon muchos truenos.

Hoy sé que aquellos que lo mataron en sustitución mía me han condenado a un suplicio eterno, porque su crucifixión sólo duró una hora, en tanto la mía durará hasta el fin de mis días.

CLAUDIO, CENTURIÓN ROMANO

Jesús era un gran jefe

Después de arrestarlo me lo entregaron. Poncio Pilatos me ordenó que lo incomunicara hasta el día siguiente. Se dejó prender tranquilamente. Yo tenía por costumbre hacer inspecciones nocturnas en la tropa a mi cargo, pero esa noche me dirigí a la sala de armas porque allí estaba el preso. Encontré a mis soldados y a unos jóvenes judíos distraídos por su aburrimiento y burlándose de él. Le habían quitado su ropa y colocado en su cabeza una corona hecha con ramas espinosas. Lo habían sentado al pie de una columna, con una caña en sus manos, y bailoteaban y gritaban alrededor de él. Al verme, uno de ellos exclamó :

-¡Mira, centurión, al rey de los judíos!

Me detuve frente a él y lo contemplé. Simbóticamente me sentí avergonzado, sin explicarme por qué. En las Galias y España libré muchas batallas, hallé la muerte muchas veces; jamás tuve miedo y nunca fui cobarde, pero frente a aquel hombre perdí toda mi valentía cuando me miró, y tuve miedo; sentí que mis labios se habían sellado y no pude pronunciar una sola palabra. En el acto abandoné la sala.

Sucedí esto hace treinta años. En ese entonces mis hijos eran pequeños; hoy son hombres que sirven al César y a Roma; cada vez que los reúno para darles mis órdenes y consejos, les hablo de aquel hombre que mientras moraba pedía a su padre perdón para sus verdugos.

Yo soy anciano, he vivido sin privarme de nada y creo que ni Pompeyo ni César tienen el don de mando de aquel galileo, porque desde su muerte, que se ejecutó sin resistencia, se formó un ejército enorme en la tierra, para defender su nombre y combatir por él.

Y a pesar de haber muerto se le sirve y venera, lo que Pompeyo ni César jamás obtuvieron de sus soldados y partidarios.

SANTIAGO, HERMANO DEL RAB

La última cena

Mil veces me ha visitado el recuerdo de esa noche, y ahora sé bien que mil veces más volveré a visitar mi mente.

La tierra se olvidó de los surcos que hieren su pecho; la mujer olvidó el dolor y el placer del alumbramiento, mas yo no me olvidé de aquella noche en tanto estoy vivo. Una vez, estando fuera de los muros de Jerusalén, nos dijo Jesús:

-Vayamos a la ciudad a comer en la posada.

Cuando llegamos ya era de noche y todos teníamos apetito. Tan pronto como nos vio, el posadero se apresuró a recibirnos cordialmente, conduciéndonos al comedor de la planta alta. Jesús nos pidió que nos sentáramos alrededor de la mesa, pero él permaneció de pie y dijo al posadero:

-Traénos una jarra, agua y toalla. Luego nos miró dulcemente y nos dijo: -Sacaos vuestras sandalias.

No entendimos sus intenciones, pero obedecimos. Llegó el posadero con lo que Jesús había pedido y fue entonces cuando nos dijo su voluntad:

-Os lavaré los pies, porque es preciso que yo les quite el polvo del viejo camino, para que podáis entrar libres en el Nuevo Camino.

Quedamos perplejos y ruborizados. Simón Pedro se levantó y pretextó:

-¿Cómo permitiré que mi Señor y Rab se moleste en lavarnos los pies?

-Lavaré vuestros pies -replicó Jesús- para que no os olvidéis que aquel que sirve a los hombres será más grande que todos los hombres.

Pasó su vista por nosotros y agregó:

-El Hijo del Hombre que os ha elegido por hermanos y cuyos pies han sido ungidos con ungüentos hechos y secados por el cabello de una mujer, quiere, a su vez, lavar vuestros pies.

Echó agua en la jofaina, se arrodilló y nos lavó los pies, comenzando por Judas el Iscariote. Cuando hubo terminado se sentó entre nosotros. Su rostro resplandecía cual una aurora sobre un campo de batalla luego de una noche de combate sangriento.

El posadero y su concubina trajeron la comida y el vino. Antes del lavado yo tenía apetito, pero después lo perdí. En mi garganta había una llama sacra que no quise apagar con vino. Tomó Jesús un pan y dio un pedazo a cada uno de nosotros, diciéndonos:

-Tal vez ya no comeremos más pan juntos: comamos, pues, este trozo en recuerdo de nuestros días de Galilea.

Acto seguido llenó su vaso de vino y después de beber un sorbo lo pasó a nosotros, diciéndonos:

-Bebed este vino, recordando la sed que juntos hemos conocido. Bebed con la fe de una vendimia nueva y mejor. Cuando me ausente de vosotros, partid el pan cada vez que os reunáis aquí o en otro lugar, y bebed tal como en este momento lo hacéis; luego mirad en derredor de vosotros, que quizá os hallaréis allí.

Y nos repartió pescado y ganga, igual al ave que da alimento a sus pichones. A pesar de que comimos muy poco nos sentamos hartos y satisfechos. Apenas entonamos unos sorbos, nos pareció que la copa que teníamos delante era un espacio entre esta tierra y otra distinta. Al terminar nos dijo Jesús:

-Levantémonos, y antes de abandonar esta mesa cantemos los cantos de alegría que juntos entonamos en Galilea. Nos pusimos de pie y cantamos; pero su voz sobresalía de

las nuestras y en cada tono ten a una armon a particular. Cuando concluimos nos mir a cada uno y dijo:

-Me despido de vosotros por ahora. Encaminmonos a Getseman , lejos de estos muros.

-Maestro ¿por quØ te despides esta noche de nosotros? -inquiri Juan el hijo de Zebedeo.

-Nada temÆs, no os dejarØ hasta que os prepare lugar en casa de mi Padre, pero si tenØs necesidad de m volverØ a estar con vosotros; os oirØ cuando me llamØs; donde vuestro espirtu me solicite, all estarØ Recordad que la sed conduce al lagar y el hambre al fest n de la boda. Vuestro anhelo os eleva hasta El Hijo del Hombre, porque es la Fuente santa del Amor y el Camino seguro que conduce al Padre.

-Si en verdad nos dejas ¿c mo podremos guiarnos hacia nuestras alegras, y por quØ hablas de separarnos?

-El gamo perseguido conoce la flecha del cazador antes de que se clave en su pecho. El arroyo conoce el mar antes de llegar a la playa. As es El Hijo del Hombre, que ha recorrido todos los senderos de los hombres. Antes de reventar los botones de los almendros al calor del Sol, mi ' rbol habrÆbuscado el coraz n de otros campos.

-Maestro, no nos dejes ahora -rog Sim n Pedro- y no nos prives de la dicha de tu presencia entre nosotros. Iremos donde t vayas y estaremos a tu lado en cualquier lugar.

Pos Jes s sus manos sobre los hombros de Sim n Pedro y le contest :

-¡QuiØ sabe si no me negarÆ antes de terminar esta noche, y me dejarÆ antes de que yo te deje! -Y s bitamente, dirigiØndose a todos, dijo:

-VÆmonos.

Dejamos la posada, y cuando llegamos a la puerta de la ciudad advertimos la ausencia de Judas Iscariote. Pasamos el Valle del infierno. Jes s iba al frente. Al llegar al Monte de los Olivos se detuvo y nos dijo:

-Descansad en este lugar.

La tarde era fra, no obstante hallarse la Primavera a mitad de su carrera. Las moreras reverdecidas y los manzanos en pleno florecimiento. Tenan los jardines encantos de suprema belleza. Cada uno de nosotros se recost al tronco de un Æbol. Yo me recostØ debajo de un pino y me envolv en mi manto. Jes s se fue solo al huerto. Yo lo miraba mientras los demÆ dorm an. El Maestro, tranquilo y sereno se paseaba en corto trecho, hasta que deteniØndose, alz su cabeza hacia el cielo, extendi sus manos hacia el Levante y luego al Poniente. Le o decir: "El Cielo, la Tierra y el infierno mismo proceden del hombre". RecordØ esas palabras y comprend que el Hombre que se paseaba a mi vista en el Monte de los Olivos, era el Cielo transformado en Hombre, y pensØ que el vientre de la Tierra no es el Principio ni el Fin, sino un vehculo y una estaci n; una sensaci n de asombro y de maravilla. TambiØn he visto a Gehena en el valle conocido por el infierno, que estaba elevado entre Jes s y la Ciudad Santa.

Yo segu a tendido en el suelo, envuelto en mi manto. Le o a hablar, pero no con nosotros. Tres veces le escuchØ pronunciar "Padre" y es todo lo que pude o r. Baj sus brazos y qued como en Øxtasis, de pie, erguido cual un Æamo entre mis ojos y el firmamento.

Finalmente se volvi hacia donde estÆbamos nosotros, ya dormidos, y nos despert diciØndonos:

-Despertaos y levantaos, ya estÆcerca mi Hora y el mundo se alza armado en mi contra y se prepara para el combate. Hace un segundo o la voz de mi Padre, y si no vuelvo mÆ a veros, no olvidØs que el Victorioso no gozarÆ de la paz hasta caer

vencido.

Nos levantamos y acercamos a Él y vimos que su cara era como un cielo enojado sobre el desierto. Besó a cada uno de nosotros en la frente; sentí que en sus labios había el fuego de un niño afebrado. En esas circunstancias percibimos fuertes rumores y ruidos que procedían de la entrada del monte; parecía acercarse una multitud, pues se oía un bullicio de gentes cuanto más se acercaban los ruidos. Repentinamente aparecen hombres que vienen a todo correr, con antorchas, garrotes y armas. Jesús fue a su encuentro. Los guiaba Judas el Iscariote. Eran soldados romanos y populacho. Judas se adelantó y besó a Jesús, y señaló a los soldados:

-Este es.

Jesús dijo a Judas:

-Me tuviste mucha paciencia ¡oh, Judas! -Y habló a los soldados, añadió: -Llévame con vosotros, pero tratad que vuestra jaula sea muy grande, para que en ella puedan caber estas alas.

Se arrojaron sobre Jesús y lo prendieron entre gritos y vocerío.

El terror me hizo huir para librarme de ellos. Huí sin pensar en nadie durante toda la noche. Al amanecer me encontré en una aldea cerca de Jericó. ¿Por qué abandoné a Jesús? No lo sé. Me siento triste y arrepentido de mi cobardía. Así, avergonzado y arrepentido, volví a Jerusalén. Allí lo habían encerrado e incomunicado. Después lo crucificaron. Su sangre creó nuevo polvo sobre la tierra. Yo todavía estoy vivo, pero alimenté a mi familia con el panal de miel que su vida elaboró.

SIMÓN CIRINEO

Como lo ayudé a llevar la cruz

Me dirigía yo al campo cuando lo vi cargado con la cruz y seguido de la multitud, y me agregué a los que iban al lado de Él. El peso de su carga lo hizo detenerse varias veces, a medida que sus fuerzas se agotaban. Un soldado me dijo:

-Ayúdalo; eres fuerte y fornido; ayuda a este hombre a llevar su cruz.

Al oír esas palabras mi alma bailó de alegría y aprovechando la ocasión cargué gustoso con la cruz.

Era pesada, por haber sido construida de madera buena de pino. Jesús me miró, mientras el sudor de su frente empapaba su barba y me dijo:

-También bebas este cáliz; verdaderamente te digo, que lo apuraré conmigo hasta el fin de los siglos.

Y puso su mano sobre mi hombro y así caminamos juntos hasta la colina del Gólgota. Pero, puesta su mano sobre mi hombro yo no sentía el peso de la cruz; sólo sentía el de su mano, que era cual el ala de un ave. Cuando llegamos a la explanada de la colina, donde todo estaba pronto para la crucifixión, sentí entonces todo el peso de la madera.

Cuando hundieron los clavos en sus manos y pies, no pronunció una sola palabra, ni salió de su boca una sola queja; tampoco tembló su cuerpo bajo los golpes del martillo. Yo creí que sus manos y pies habían muerto y que en ese instante volvían a la vida bañados en su sangre; mas Él anhelaba los clavos como el príncipe su cetro, y quería elevarse hacia lo alto, muy alto.

Mi corazón no tuvo la advertencia de ocuparse de Él, porque la perplejidad llenaba mi ser. Y he aquí el hombre cuya cruz yo había llevado, que se trueca su cruz en mía.

Pues si me dicen otra vez: "lleva la cruz de ese hombre", la portaré con mucho gusto, hasta que me conduzca al camino del sepulcro. Pero entonces le rogaré que sobre mi hombro pusiera su mano.

Esto ha pasado hace muchos años, mas toda vez que sigo el surco de mi campo y cuando el suegro trata de apoderarse de mí, pienso en aquel Hombre querido y siento su Mano Alada posarse aquí, sobre mi hombro izquierdo.

CIBOREA, MADRE DE JUDAS ISCARIOTE

Habla de su hijo

Mi hijo era un hombre correcto y virtuoso, y muy amable y cariñoso en su trato conmigo. Amaba a su familia, parientes y compatriotas, y aborrecía a nuestros malditos enemigos, los romanos que se visten de pura sin que hayan tejido una sola pieza ni se hayan sentado ante ningún telar; que cosechan y acopian sin sembrar ni crear.

Mi hijo tenía diecisiete años cuando lo prendieron por primera vez, por haberlo sorprendido arrojando flechas contra la guardia romana que pasaba por nuestro campo. En aquella edad hablaba a los jóvenes del pueblo, de la gloria de Israel, pronunciando discursos que yo no podía comprender. Era un hijo muy cariñoso; también era el único. Bebí la vida en este seno ya seco. Ensayé sus primeros pasos en este jardín, agarrado siempre a estas hoy temblorosas manos, que en aquellos tiempos eran más frescas que las uvas del Libano. He guardado sus primeras sandalias en un lienzo de seda, regios de mi madre, que aún conservo en aquella alazana que todavía está cerca de la ventana.

Cuando dio sus primeros pasos sentí que yo con él los daba, porque las mujeres no viajan sino cuando son conducidas por sus hijos.

Me han dicho que se suicidó tirándose desde lo alto de un peñasco, por haberse arrepentido de haber entregado a su amigo Jesús el Nazareno a sus enemigos. Estoy segura que no traicionó a nadie, porque amaba a los hombres de su raza y detestaba a los romanos. Un solo norte tenía en su vida: la gloria de Israel; era el tema obligado de sus pláticas y discursos.

Cuando conocí a Jesús me abandonó y lo siguió. Yo sabía que Judas se equivocaría siguiendo a cualquier hombre, porque había nacido para mandar y no para ser mandado. Al despedirse de mí le advertí de su error, pero no quiso oírme. Nuestros hijos no oyen nuestros consejos; son la marea de hoy que no quiere oír la marejada del ayer.

Os ruego no me preguntéis nuevamente por mi hijo. Lo amé y lo amé hasta el fin de mis días.

Si el amor estuviera en la carne, quemaría la mía con hierros candentes para conseguir mi salvación; pero el amor está en lo más hondo del alma, hasta donde no se puede llegar: Ahora quiero callarme. Id y preguntad a otra madre más honrada y más noble que la de Judas; id a la madre de Jesús, por cuyo corazón pasó también la espada; ella os hablará de mí, y así entenderéis mejor.

UNA MUJER DE BIBLOS

Elegía

Llorad conmigo ¡oh, hijas de Astarte y amantes de Tammuz! Que vuestros corazones se expriman y se derramen cual lágrimas de sangre;
 Porque Aquel que fue concebido de oro y marfil ya no está con nosotros.
 Lo embisti el jabal en el bosque oscuro y destroz su cuerpo con sus colmillos.
 Hoy duerme ensangrentado con las hojas de los años ya idos; El eco de sus pisadas no despertará las semillas que duermen en el regazo de la Primavera.
 Su voz no vendrá con el alba a mi ventana. Viviré eternamente sola.
 Llorad conmigo ¡oh, hijas de Astarte y amantes de Tammuz! porque mi Amado se escapó de mis manos.
 Mi Amado hablaba como los rosos; su voz y su tiempo eran gemelos.
 La boca de mi Amado era un dolor en llamas y luego se transformó en dulzura.
 El Amado era Aquel en cuyos labios el acbar se volvió a miel. Llorad conmigo ¡oh, hijas de Astarte y amantes de Tammuz! Llorad conmigo alrededor de su altar como cuando lloran los astros;
 Y como cuando los pedregales de la Luna caen sobre su cuerpo lastimado.
 Mojad con vuestras lágrimas los cobertores de seda de mi lecho; Allí donde descansó mi Amado una vez en mi sueño y luego se apartó de mis horas de vigilia.
 Os conjuro ¡oh, hijas de Astarte y todos los que aman a Tammuz que lloréis conmigo; pues Jesús es el Nazareno
 Ha muerto.

MAR A MAGDALENA

(TREINTA AOS DESPUES)

La resurrección del Espíritu

Nuevamente digo que Jesús triunfó sobre la muerte por la muerte misma; resucitó en Espíritu y Fuerza y caminó en nuestra soledad; visitó el jardín de nuestro amor y de nuestros anhelos.

Él no duerme allí, sobre aquella roca labrada, detrás de aquella mole. Nosotros, los que amamos a Jesús, lo hemos visto con estos ojos a los que Él mismo ha dado la luz, y lo hemos tocado con esas manos que Él enseñó a abrirse y a tenderse. A todos los que no pensáis en Él os conozco; yo era uno de vosotros. Hoy sois muchos, pero mañana seréis menos. Mas, decidme, ¿es necesario quebrar vuestro altar para hallar la mística que encierra? ¿Es menester cortar el árbol antes de tener fe en sus frutos?

Vosotros aborrecéis a Jesús porque un Hombre del Norte dijo que era un Hijo de Dios; mas vosotros os odiáis entre vosotros, porque cada uno de vosotros se cree mucho más que un hermano para los otros.

Vosotros lo detestáis porque unos dijeron que nació de una mujer virgen y no del semen de ningún hombre. Vosotros no conocéis a las madres que se van a la tumba a nacer virgenes, ni a los hombres que se dirigen a sus sepulturas ahogados en su sed. Vosotros no sabéis que la Tierra se desposó con el Sol, y que la Tierra es la que nos envía al desierto y a la montaña.

Hay un abismo que bosteza entre los que aman a Jesús y los que lo aborrecen; entre los que creen en Él y los que no creen. Cuando los años construyan un puente entre esas orillas opuestas, sabréis entonces que quien vivió en nosotros no morirá porque era el Hijo de Dios, de la misma manera como nosotros somos también hijos de Dios;

y que él ha nacido de una mujer virgen, tal como hemos nacido de la Tierra que no tiene esposo.

Es curioso y extraño que la Tierra no diera a los creyentes más que las raíces que se nutren de su seno y alas para elevarse y beber el rocío del espacio.

Mas yo sé que sé y en esto hay demasiado para mí.

OPINA UN HOMBRE DEL LIBANO

19 siglos más tarde

¡Príncipe de los poetas!

¡Oh, soberano de las silenciosas palabras! Siete fueron las veces que he nacido y siete las veces que he muerto, luego de tu rápida visita y nuestra apresurada recepción.

Otra vez vivo, me encuentro rememorando ese tiempo en cuyo espacio tu marejada nos ha alzado, entre un solo amanecer y un solo crepúsculo, sobre valles y montañas.

Luego he caminado muchos senderos y navegado en muchos océanos, y a cualquier lugar que las caravanas por la tierra y las embarcaciones por las aguas me llevaran, escuché tu nombre, ya en la oración que brotaba de lo hondo del espíritu, ya en las bendiciones de la mente, porque las personas se dividen en dos facciones: una te bendice y la otra te maldice. Pero, la maldición es indicio seguro del fracaso, en tanto que la gracia es el cantar del cazador triunfante que vuelve de cazar pleno y feliz.

Tus compañeros moran aún entre los hombres, para nuestra consolación y ayuda. Asimismo tus enemigos entre nosotros están, y ello aumenta nuestra valentía y nuestra fe.

Tu madre se encuentra entre nosotros; he podido ver la luz de su semblante en el rostro de todas las madres. Su mano mece tiernamente la cuna de todos los niños del planeta, de la misma forma como prepara misericordiosamente las mortajas.

María Magdalena, esa mujer que probó el vinagre de la vida escanciando luego su ambrosía, no se ha ido todavía de entre nosotros. Y Judas, ese hombre de ruinas y rastreras ambiciones y sufrimientos, aún existe y pisa nuestro suelo, y sigue cazándose a sí mismo, y no encontrando otra presa que su propio "yo", se autoelimina, tratando de hallar otro "yo" más elevado.

Y Juan, cuya juventud ha sido regalada por la belleza, asimismo se halla con nosotros. Prosigue cantando aunque nadie lo oye. Y Simón Pedro, el fogoso, el impulsivo, que negó saber tu nombre a fin de prolongar su vida para conocerte mejor, continúa sentado alrededor de nuestras fogatas; tal vez tenga que negarte nuevamente antes que raye la aurora del día que nace, sin embargo, está predispuesto a inmolarse sin considerarse digno de tal honor.

Y Caifás y Ananás gozan de la luminosidad de las mañanas, juzgando y dictando sentencia al culpable tanto como al inocente, descansando en sus colchones de plumas en tanto que el látigo flagela la espalda del condenado.

La mujer adúltera continúa asimismo entre nosotros, con hambre del pan que todavía no ha sido sacado del horno y habitando solitaria una casa desierta.

Poncio Pilatos está de pie ante ti, desvestido de su soberbia, dirigiéndose hacia ti con respeto. No osa arriesgar su puesto ni ponerse al frente de un pueblo extranjero. Todavía no ha concluido de lavarse las manos. Jerusalén todavía sostiene la aljofaina y Roma el jarro, en tanto que millares de manos aguardan turno para ser lavadas.

¡Príncipe de los poetas!

¡Oh, soberano de todo lo cantado y todo lo dicho! Las personas han erigido templos en tu nombre y en cada cumbre han alzado tu cruz, en forma de testimonio y símbolo de las huellas de tus vacilantes pasos, y no para felicidad de tu Espíritu, pues tu felicidad es una cima que se yergue más allá de sus ideas y sus premoniciones, y ello no brinda consuelo. Pretenden glorificar a ese ser que no han comprendido, pues... ¿qué consuelo pueden sentir ante un ser que es idéntico a ellos y cuya misericordia es cual la suya, o ante una divinidad que posee un amor idéntico al suyo y cuya piedad y complacencia es como la que ellos tienes?

No es su deseo idolatrar al hombre viviente, a ese hombre primigenio que entreabrió sus ojos y miró al Sol sin parpadear ni vacilar. No lo conocen y pretenden ser iguales a él.

Desean vivir desconocidos y caminar en cortejos inexistentes. Desean portar su propia melancolía, y es por ese motivo que rehuyen el consuelo que brinda tu felicidad. Sus doloridas almas no buscan alivio en tus poemas ni en tus palabras. Su sufrimiento silencioso y relajado los convierte en misétrapos a los que nadie quiere visitar.

Y a pesar de vivir entre sus compatriotas y parientes transcurren la vida solitarios y sin amigos; peor no pueden sentirse solos y cuando el viento del Oeste sopla se inclinan hacia el del Levante. Te nombran Soberano y pretenden formar parte de tu corte y proclaman que eres el Mesías, pero en realidad lo único que quieren es unirse a sí mismos con el León santo.

¡De qué forma tratan de vivir a tu costa, Señor!

¡Príncipe de los cantores! Tus Lágrimas eran como gotas de rocío en Mayo, y tu risa como el oleaje del océano blanco, y en el momento que hablaste, tus frases tradujeron un distante balbucear de su boca, en tiempo que esa boca debía iluminarse por las llamas. Has sonreído para dar felicidad a su máscara que no estaba capacitada para recibir la risa. Has vertido llanto para sus pupilas que nada sabían de Lágrimas. Tus palabras eran un padre bondadoso para su mente y sus ideas y era también una madre cariñosa para su aliento y sus frases. Siete fueron las veces que he nacido y siete las veces que he muerto, y por segunda vez hoy puedo mirarte: guerrero entre guerreros; poeta entre poetas; monarca sobre todos los monarcas y un hombre desnudo entre los amigos, compañeros vagabundos que caminan a la orilla de los caminos. Todos los días, prelados y sacerdotes inclinan la frente al decir tu nombre, y los pordioseros piden limosna asimismo en tu nombre, diciendo: "¡Una moneda, para comprar pan, en nombre de Jesús!"

Los hombres nos suplicamos y rogamos los unos a los otros, pero en verdad únicamente a ti suplicamos y rogamos. Somos como la marea alta en la primavera de nuestras ambiciones y necesidades, y en cuanto llega nuestro otoño nos parecemos a la marea baja. A no seamos gigantes o pequeños, patricios o plebeyos, en nuestros labios tu nombre siempre está presente. Eres el Señor Eterno de la Eterna Bondad.

¡Príncipe del Amor! La doncella espera tu llegada en su perfumada alcoba; te aguardan en su jaula la casada como la soltera; tanto la hetaira disoluta como la enclaustrada beata; te aguarda la infecunda detrás del cristal de su ventana, en donde la mano del cierzo helado ha bosquejado una selva fantástica, y que halla consuelo guardándose en sus ensoñaciones.

¡Príncipe de los poetas! ¡Príncipe de nuestras silenciosas ansias! La esencia del mundo repercute con el eco de los latidos de tu corazón. El mundo escucha tu voz con tranquilidad y paz, pero no se molesta en levantarse del lugar donde está sentado para adornar las laderas de tus montes. Los hombres desean soñar tus sueños, mas no

desean despertarse con tu alborada, que es todav a mÆ grande que tu sueo. Pretenden observar mediante tus ojos, pero sin encaminar sus entorpecidos pasos hacia tu trono. No obstante, muchos son los que se han colocado en ese trono invocando tu nombre, su testa coronada por tu poder, transformando tu visita Airea en coronas para sus frentes y cetros para sus diestras.

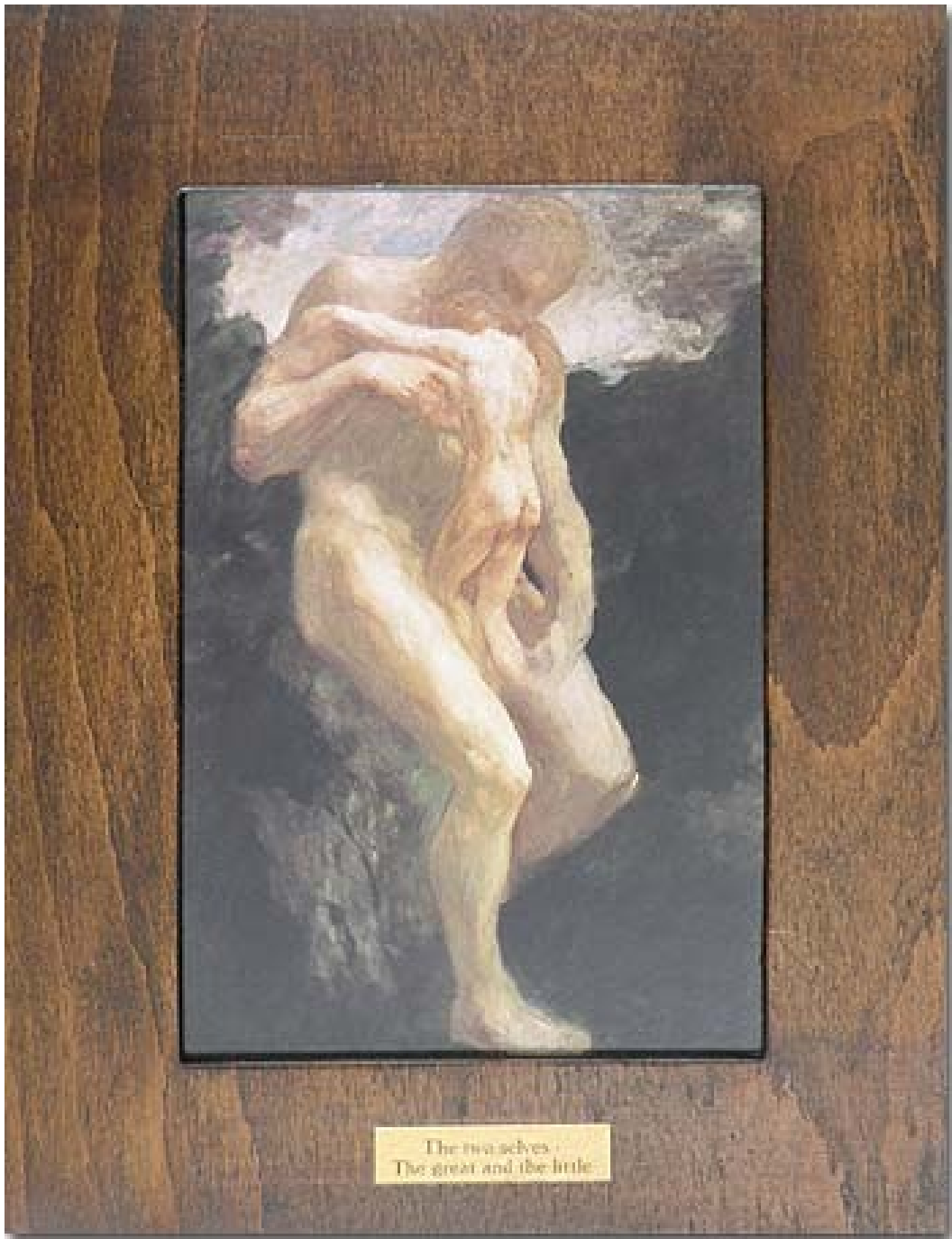
¡Prncipe de la luz! Tu mirada se encuentra en el tacto vidente de los ciegos; todav a se te desprecia, se te mofa y escarnece. ¡Oh, hombre, tus debilidades no te permiten alcanzar a la divinidad! ¡Oh, Dios, tu esencia eterna y humana no permite que alcances la adoraci n! ¡Seor, cuanto te ofrendan las personas, ya sean oraciones o salmos, misas u Hosannas, no es mÆ que para su propio "yo" preso, porque solamente t eres ese distante "yo", sus ansias y su grito lejano!

¡Seor, oh, gran esp ritu celestial; hOe de nuestras doradas ensoaciones! ¡Oh, t que a n hoy permaneces caminando y entre nosotros habitas, ni espadas ni saetas detienen tu camino, pues avanzas imperturbable entre nuestras lanzas y flechas!

Desde tu Elevaci n nos sonres, y no obstante ser menor en edad que todos nosotros, eres nuestro Padre. ¡Oh, poeta! ¡Oh, cantor! ¡Oh, enorme esp ritu! ¡Que Dios bendiga tu nombre y el viento que te ha concebido y el seno que te ha amamantado! Y que Dios tenga misericordia de todos nosotros.







GIBR' N KHALIL GIBR' N

LA PROCESI N

(1918)

DEL MUNDO ILUSORIO

El Sabio

Este mundo no es sino una taberna
Y el Tiempo es su Amo y su Señor
que sólo sirve a aquellos que se abisman
en sueños sin nexo ni rima.

Los hombres beben y se desbocan
Como corceles enloquecidos
Algunos son ruidosos al orar
Y otros tienen la fiebre de adquirir.

Pocos en la tierra saborean la vida
Y no se marean con los dones que ella otorga
Ni desvan sus fuentes hacia copas
En que sus sueños vacilan y naufragan.

Si encontraras, por acaso, un alma sobria
En medio de esta orgía enloquecida
Maravillate: es como si la luna tomase
Una nube de tormenta por dosel.

El Joven

Nada en el campo se embrutece
Con vino o ilusiones;
Las nubes derraman en los arroyos
El más sublime de los elixires.

Mientras tanto el hombre se embriaga
Cual si estuviese siendo amamantado y
Sólo alcanza la edad de la razón
Cuando es muy tarde, a la hora del reposo final.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Pues el canto es sombra refrescante
Y el murmullo del caramillo permanece
Cuando las ilusiones mueren y se desvanecen.

DE LA BONDAD Y LAS CLASES SOCIALES

El Sabio

El bien debe fluir libremente en el hombre, as
Como el mal contin a mÆ allÆde la tumba
Los dedos del tiempo mueven los trebejos
Por alg n tiempo, y despuØs derriban
A alfiles y peones por igual.

Nunca digas: "AllÆva un gran hombre"
Ni: "Un Jefe digno de respeto".
Los mejores hombres, an nimos, estÆn en el rebaæo
Y tienen por gu a a su pastor.

El Joven

El campo no tiene necesidad de pastores
Ni los rebaæos se separan, dispersos
No rivalizan la primavera y el invierno
Pues cada cual desempeæa su papel.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
El canto apacigua el coraz n
Y el murmullo del caramillo es mÆ durable
Que castas y clases sociales.

DE LA VIDA Y LA TRISTEZA

El Sabio

La vida no es mÆ que un letargo perturbado
Por el sueæo que sugiere la voluntad;
El alma entristecida, en la tristeza esconde
Sus secretos y, conmovida, sus alegr as...

El Joven

En el campo nadie sufre
Nadie se abate en sus pesares
Apenas los cØiros secretean su compasi n
Cuando murmuran en la arboleda...

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Que el canto apague los disgustos
Pues el son del caramillo repercute
Cuando el pasado y el futuro se entrelazan...

LA RELIGI N

El Sabio

La religi n es un campo bien sembrado
Plantado y regado por el deseo
De aquØ que ans a el Para so
O por aquØ que teme los Fuegos del infierno.

¡Ah! Si la religi n constase apenas
De las bendiciones de la Resurrecci n
Ellos recurrir an a Dios, y se arrepentir an
S lo para obtener un destino mejor.

Como si la religi n fuese parte
De su comercio cotidiano:
Si fueran negligentes, se ver an perjudicados
Y recompensados si fueran perseverantes.

El Joven

Los seres silvestres no creen
Ni esconden incredulidad alguna
El canto de las aves no afirma
Ni ÆLa Verdad, ni al Dolor, ni a la Felicidad.

Las creencias populares nacen y mueren
Como las sombras de la noche tenebrosa
Ninguna fe, despuØ de Taha,
Ninguna luz, despuØ de Cristo.

DE LA JUSTICIA

El Sabio

La justicia terrenal causar a pesar a un Djim
Tan desvirtuada ha sido en su sentido.
Y los muertos har an escarnio
De aquello que en el mundo llaman equidad.

S . Muerte y prisi n es lo que distribuimos
A los peque os transgresores de las leyes
Al paso que honra, riqueza y gran respeto
A los grandes piratas tributamos.

Condenamos a quien hurta una flor,
Quien se apodera de un campo es un caballero
Debe morir quien mata un cuerpo

Quien mata al esp ritu, queda libre.

El Joven

En el seno de Natura no hay justicia
Ni castigos;
Cuando el sauce extiende su sombra
Sin pedir licencia,

Nadie oye decir al ciprØ:
Esto es contra la ley y el derecho.
La justicia humana se derrite de verg enza
Como la nieve bajo el sol.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
El canto es sentencia sublime para el coraz n
Y el trino del caramillo perdura
mÆ allÆdel crimen, mÆ allÆdel criminal.

DE LA VOLUNTAD Y EL DERECHO

El Sabio

El Derecho pertenece a los voluntariosos
Pues las almas, cuando fuertes, predominan;
Los dØbiles son llevados por el bien y el mal
Como el viento que viene y va.

No niegues, entonces que la Voluntad del Alma
Es mÆ fuerte que la Fuerza f sica,
Y que los cobardes s lo ascienden a los tronos
De los que son indiferentes al bien y al mal.

Mira: en la madriguera del le n hay un olor
Que ahuyenta a los hijos de las raposas,
Sea que sus moradores anden por all ,
O por la floresta cazando presas.

As es tambiØn con ciertas aves
Que, aunque volando en la amplitud del espacio
EstÆ siempre temerosas del halc n,
Quien, aun en el morir, mantiene el orgullo de su stirpe.

El Joven

La naturaleza no tolera a los dØbiles,
Ni admite un dominio tibio
Cuando los leones rugen su presencia,

La floresta no se asusta s lo por eso.

La voluntad del hombre es sombra fluctuante
Que Ø concibe en su propia mente.
Y los derechos humanos tambiØn pasan,
Como perecen las hojas otoales... .

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
La m sica imprime una Voluntad al Alma
Y el son del caramillo permanece
Cuando los sonidos se apagan y se aquietan.

DE LA CIENCIA Y EL CONOCIMIENTO

El Sabio

La Ciencia sigue amplias sendas.
Conocemos su comienzo, mas nos perdemos en sus l mites.
Pues el Tiempo y el Destino dirigen su curso
Y no alcanzamos a ver mÆ allÆ
de las curvas del camino...

Lo que mÆ importa en la Sabidur a
Es la idea que mueve al hombre victorioso,
Firme e inc lume ante el rid culo,
Calmo y sereno,
Indiferente y humilde.

As es el profeta cuando llega
Envuelto en el manto de su pensamiento
Y se encuentra en medio de su pueblo
Que no percibe los tesoros que Ø viene cargando

El es un extranjero en esta vida.
Extraæo a los que lo alaban y a los que lo insultan
Pues alza la antorcha de la Verdad
Aunque su llama lo devore.

El es valiente, aunque
parezca apenas gentil y cordial.
EstÆtan distante de los que estÆn cerca,
Como de los que estÆn lejos.

El Joven

La cultura que ostenta el pueblo hoy
Es como la niebla sobre el campo.
El despuntar, no obstante, de los rayos

Del Sol, disipar sus brumas...

DE LA LIBERTAD

El Sabio

El hombre libre construye en su lucha
La cárcel en que ser cautivo
Y cuando se aparta del clan familiar,
Cae esclavo de una idea,
O de las caricias de un amor...

El Joven

La floresta no puede acoger al
Hombre libre
Ni tampoco a un pobre esclavo.
Las honras son ilusiones falsas
igual a la espuma impulsada por las olas.

Cuando siembra sus flores
Sobre la grama a sus pies,
El almendro no reclama derechos de propiedad
Ni deja de inclinarse hacia la hierba.

DE LA FELICIDAD Y LA ESPERANZA

El Sabio

La felicidad es un mito que perseguimos;
Del que nos cansamos cuando se materializa,
Tal como el río que desciende veloz hacia los campos
Y que al llegar se arrastra enturbiado.

Pues un hombre sólo es feliz
En la aspiración por ser feliz.
Siempre que alcanza su meta pierde interés
Y se lanza a otros vuelos por las alturas.

Si encontraras por acaso un hombre
Que se contente con su Hado
Al contrario de los demás hombres,
Ora para que su Nirvana no sea perturbado.

El Joven

La esperanza no se encuentra en el campo
Ni cuadro de atroz desesperanza

¿Por qué el campo desear a migajas
Si en él TODO se concentra?

¿Debiera alguien buscar sus esperanzas en el campo
Cuando la naturaleza entera es su objetivo?
La esperanza no es más que un bálsamo
Como el tiempo, la riqueza y la fama.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Pues el canto es luz y llama
Y el son del caramillo es un deleite
Intangible al espíritu ocioso.

DE LA BENEVOLENCIA

El Sabio

La benevolencia de algunos es como una
Concha pulida y lustrosa,
mas vacía, pues no contiene aquella perla preciosa
Que es el bien hecho al hermano.

Si encontraras a alguien, al mismo tiempo
Fuerte y gentil ¡dichosos tus ojos!
Pues es una visión gloriosa
Y hasta un ciego podrá contemplar sus virtudes.

El Joven

Nadie en el campo es benevolente
Ni de rodillas se hinca acobardado.
Allí el esbelto junco y el roble, lado a lado,
Crecen disputándose altura.

Y si el plumaje del pavo real es pura
No toma conocimiento de su belleza
Ni se vanagloria de su encanto.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Que la música consuela a los débiles
Y el trino del caramillo sobrevive
Más allá del débil y del fuerte.

DEL AMOR

El Sabio

Se olvidan las glorias

De los intrépidos conquistadores
Mas nunca hasta el fin de los tiempos
Olvidaremos a los grandes amores.

En el corazón del guerrero macedonio
Vislumbramos un campo de muerte y dolor;
Mas en el de Qais entrevemos
Un templo al amor.

En el triunfo del primero
Se descubre la derrota innoble;
Mientras que en la frustración de Qais
La victoria fue completa.

Pues el amor anida apenas en el alma,
-no en el cuerpo- y, como el vino
Estimula nuestra espiritualidad
Para acoger las bendiciones del Amor Divino

El Joven

En el campo sólo hay recuerdo
De los que se amaron ardorosamente.
De los reyes que gobernaron,
Desde tronos opresores, queda

Apenas la historia de sus crímenes.
Mas el recuerdo de los apasionados
Estañado, sublime
En las campiñas en flor...

El Sabio

Si encontraras un amante en su amor perdido,
Tropezando a ciegas, mas despreciando a quien guía;
Sediento, mas sin calmar su sed;
Hambriento, mas satisfecho con su hambre,

Oírle decir de él: "Este joven engalanado, ¿qué procura?
¿Qué esperanza, paciente, pone en su destino?
¿Por qué llora lágrimas de sangre
Por aquella a quien le falta honra y belleza?"

Decid que los que así hablan
Han nacido muertos:
Nada saben de la vida
Ni consiguen entenderla.

El Joven

En el campo nadie persigue
O esp a el encuentro de los que se aman.
Cuando la gacela, avista a lo lejos al macho,
Corresponde ligera a su llamado.

AllÆEn la cima, las Æguilas no se admiran,
Ni hablan sobre los "excesos de lo extraæ"
Pues nosotros, hijos de la naturaleza,
S lo juzgamos extraæ lo normal.

DEL ALMA Y LA FERTILIDAD

El Sabio

La raz n por la cual se dice que el alma existe
Se esconde en su propia esencia
Nadie puede pintarla
O retratar la substancia que la forma.

HabrÆQuien diga que las almas cuando alcanzan
La perfecci n
Desaparecen en el mar azul de la NADA:
Como si fuesen frutos maduros
Cayendo de los Æboles, al menor soplo de los vientos.

Otros afirman que el cuerpo
Resume todo, y que, en el desenlace,
No existiendo ni alma ni esp ritu,
No hay sueæ ni despertar.

O que el alma es una frÆgil sombra
Reflejada borrosamente en lmpido arroyuelo
Y que se esfuma de repente
Cuando el torrente se diluye.

Todos se engaæn. Pues la chispa
No desaparece ni con el cuerpo ni con el alma.
Pues lo que el Viento Norte dobla,
El Viento Este, al pasar, enderezarÆ

El Joven

En el campo no se hace distinc i n
Entre el cuerpo y el alma;
La nube es agua etØrea
Y el roc o agua perlada.

Por la fragancia se prolongan las flores;
La tierra es florescencia materializada;
Y las- sombras de los ~~A~~amos son hur es
que pensaron que era noche y se durmieron.

El Sabio

El cuerpo es para el alma
Como un ~~tero~~ materno. Ella vive en \emptyset ,
Hasta que al fin, asciende
Una vez m~~A~~ al espacio; y \emptyset retorna
Como simiente para germinar de nuevo.

El alma del ni~~o~~ tiene su d a festivo:
El de nacer feliz;
Mas algunos seres son est \emptyset iles,
Como arcos contra dos
Que no disparan flechas.

Tales seres nada generan
Pues las almas no nacen de troncos
Hace tiempo fenecidos,
Ni de arcilla cocida y r gida.

El Joven

La naturaleza no telera al in til
Ni al intruso, sin repelerlos.

El panal de miel es el s mbolo
De la colmena y la labranza.
La esterilidad es una expresi n heredada
De la incapacidad de producir.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Pues el canto es una forma leve
Y el son del caramillo contin a,
Cuando se encuentran iguales y opuestos.

DE LA MUERTE Y LA INMORTALIDAD

El Sabio

En la tierra la muerte es el fin para el hijo
De la tierra, el final de toda gloria,
Mas para aquel que tiene sus ra ces en lo et \emptyset reo,
Es apenas el principio
Del comienzo de la victoria.

Quien abraza el alba en sueños
Ciertamente es inmortal.
Si \emptyset durmiera en su larga noche,
Dormitará en un profundo mar.

Mas quien al suelo con apego se aferre
Por el suelo se arrastrará hasta el final.
La muerte, como el mar, será vencida por quien la
Enfrenta con bravura,
Los de alma pesada se hundirán.

El Joven

En la naturaleza no existe la Muerte,
Ni tampoco se construyen tumbas
Concluye la primavera,
Mas sus encantos quedan en los campos

El miedo a la muerte es la desilusión
Anidada en el corazón de los sabios
Quien viviera una sola Primavera
Es como si hubiera vivido siglos ilimitados.

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
El canto es inmortalidad,
Y el son del caramillo permanece
Sobre las miserias y alegrías

CONCLUSION DEL JOVEN

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Ya olvidé lo que nos hemos dicho
Pues las palabras no son mas que notas del arco iris
Háblame, sí, de las reales alegrías que ya has saboreado.

¿Te has internado alguna vez en la floresta
Huyendo de la suntuosidad de los palacios?
¿Has acompañado el curso del arroyo
O trepado a los barrancos a la vera del camino?

¿Te has bañado en auras perfumadas
Y secado en lienzos de luz?
¿Has bebido el vino de la aurora
Paladeado en relucientes cálices

¿Has descansado alguna vez, cuando el sol se pone,
A la sombra de las viñas
Cargadas de racimos

Como gemas maduras y doradas?

¿Te has deleitado en la suave hierba,
Teniendo por manto la bveda del cielo,
Despreocupado del futuro,
Y olvidado por entero tu pasado?

¿Has sentido alguna vez que el silencio nocturno
Circunda como un mar tu cabeza,
Mientras el seno de la noche parec a
Anclar un coraz n palpitante junto a tu lecho?

¡Dame un caramillo y canta conmigo!
Olvida ofensas, olvida consuelos
La vida es como un verso escrito
Sobre la superficie de un arroyuelo.

¿QuØ placer, dime, puedes sentir
En esa lucha loca, luchando en la multitud,
En discutir, protestar, en porfas,
Indefinidamente;

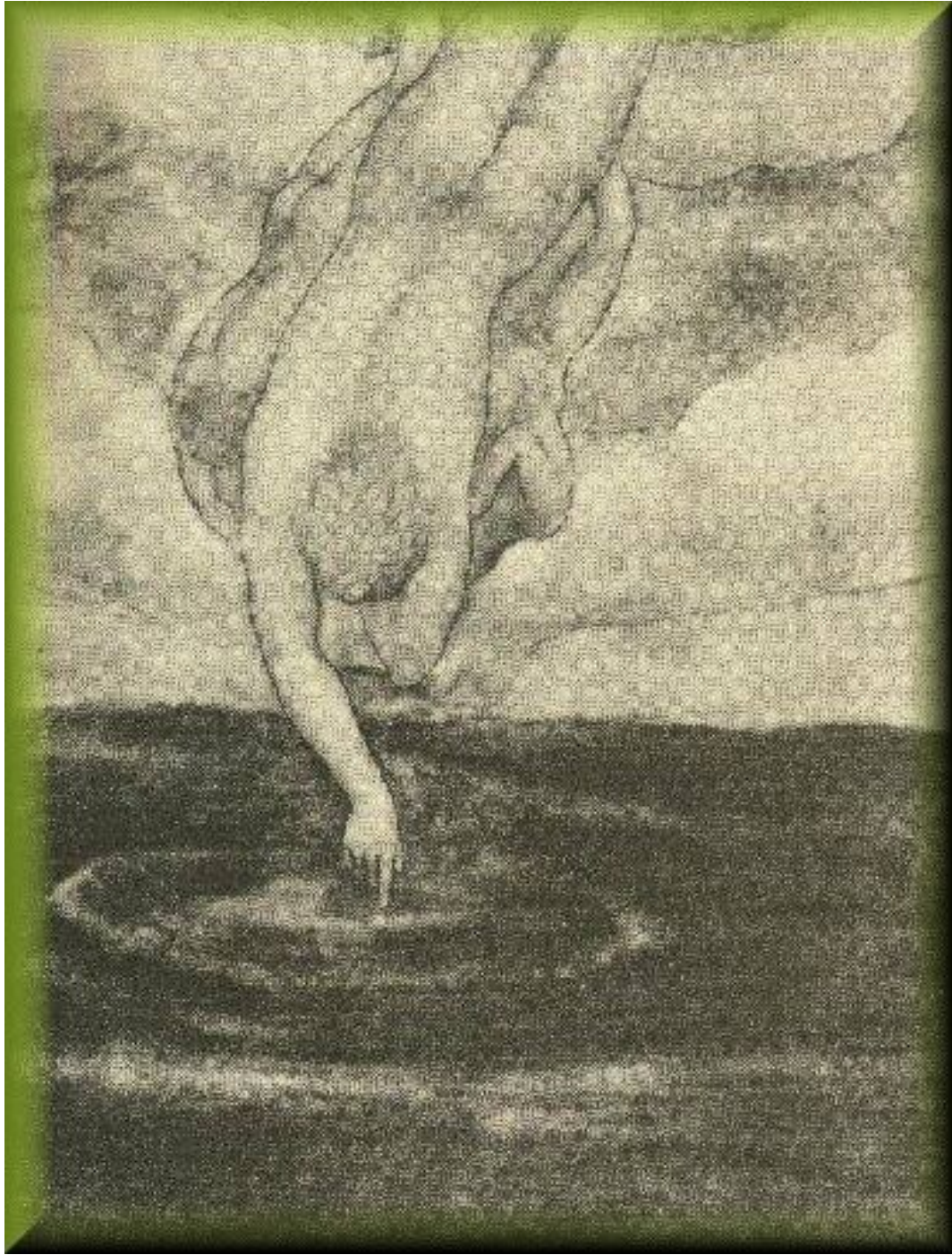
¿Cavando en la oscuridad como los topos
O queriendo trepar por telas de araa
-siempre frustrada la ambici n
Hasta que los vivos yazcan junto a los muertos?

RECAPITULACION DEL SABIO

Si pudiese pulsar con mis dedos, los hilos de mi suerte,
Los tejer a en el campo.
Mas las circunstancias nos fuerzan a recorrer a tientas
Los estrechos senderos marcados por Kismet.

El Destino tiene caminos que no podemos alterar,
Cuando nuestra voluntad comienza a flaquear
Si vivimos disculpando nuestros errores
Ayudamos a los Hados a matarnos ...

-O-O-O-O-



GIBR' N KHALIL GIBR' N

LA TEMPESTAD (1920)

SATANAS

El Padre Samaan era profundo conocedor de temas espirituales y teológicos, versado en los secretos del pecado venial y mortal, y una autoridad en los misterios del Paraíso, el infierno y el Purgatorio.

Su tarea era recorrer las aldeas del Norte del Líbano, predicando al pueblo, curando a las almas del mal y previniendo a los hombres contra las acechanzas de Satán, a quien el Padre Samaan, día y noche, combatía sin descanso.

Los campesinos lo respetaban y reverenciaban, y estaban siempre dispuestos a pagar sus consejos y oraciones con monedas de oro y plata. Y en toda colecta, aportaban los mejores frutos de su trabajo.

En una noche de otoño, cuando el Padre Samaan se dirigía hacia su solitaria aldea, atravesando un sitio desolado en medio de valles y colinas, oyó un grito angustioso proveniente del costado del camino. Se detuvo, miró en dirección al lugar de donde provino el llamado y vio un hombre desnudo, tendido sobre el suelo. La sangre brotaba de las profundas heridas de su cabeza y de su pecho mientras gemía e imploraba socorro:

-¡Salvadme! ¡Socorredme! ¡Tened piedad de mí, me estoy muriendo!

El Padre Samaan miró, perplejo, hacia el caído diciéndose: "Este hombre debe ser un ladrón ... Seguramente trató de asaltar a un viajero y fracasó; está agonizando y, si muriera en mis brazos, me responsabilizaré de su muerte. Así pensando, siguió su camino; mas el moribundo detuvo sus pasos gritando:

- ¡No me abandones! ¡No me abandones! ¡Me conoces y te conozco y moriré si no me socorres!

El Padre, entonces, se detuvo y empalideció al pensar que estaba negando un auxilio, y con labios trémulos se dijo: "Él ha de ser, sin duda, uno de los locos del bosque. El aspecto de sus heridas hace temblar mi corazón; ¿cómo haré? ¿En qué puedo ayudarlo? Un médico de almas no cura cuerpos"

Y el Padre se alejó; mas, cuando había dado unos pocos pasos, el moribundo lanzó un gemido que conmovió el corazón más duro. El Padre se detuvo nuevamente y oyó al herido que decía, con un jadeo:

-Acércate. Acércate, pues somos amigos desde hace mucho tiempo... Tú eres el Padre Samaan, el Buen Pastor, y yo no soy ni un loco ni un ladrón. Ven a mi lado y te diré quién soy.

El Padre Samaan se acercó al hombre, se inclinó y lo contempló atentamente. Mas tan sólo vio un rostro extraño; un rostro lleno de contrastes; vio inteligencia y maldad; fealdad y belleza; perversidad y ternura ... Irguiéndose, retrocedió de un salto exclamando:

-¿Quién eres? ¡Nunca te vi en mi vida! Y el moribundo, con voz débil, dijo:

-No tengas recelo de mí, Padre, que hace tiempo que somos amigos. Levántame y llévame hasta el arroyo y lava mis heridas.

-¿Quién eres tú? Dímelo, pues no te reconozco ni recuerdo haberte visto.

Y el hombre respondi con voz agonizante:

-Me conoces muy bien. Me has visto ya mil veces, hablas de m todo el d a y te soy mÆ querido que tu propia vida. Pero el Padre Samaan, sin reconocerlo, le respondi , enojado

-¡Eres un impostor y un mentiroso! Un moribundo debiera decir la verdad... JamÆ vi tu rostro malvado en toda mi vida. Dime quiØ eres o te dejarØ morir ...

Y el herido, moviØndose trabajosamente, mir a los ojos del sacerdote y con una significativa sonrisa en sus labio, le dijo con voz tranquila, profunda y suave:

-Soy SatanÆ.

Al escuchar la terrible palabra, el Padre Samaan dio un grito tan fuerte que sacudi los rincones mÆ lejanos del valle, y, con los ojos llenos de espanto, mir nuevamente al herido reconoci que su figura y sus heridas, coincid an con la figura y las heridas de SatÆ pintadas en una tela que colgaba de la pared de una iglesia de la aldea, representando el juicio Final. Entonces, exclam trØmulo:

-Dios me revel tu rostro y me mostr tu figura infernal para alimentar mi odio por ti. ¡Maldito seas por siempre jamÆ! ¡La oveja enferma debe ser sacrificada por el pastor para que no infecte al rebaæ!

Y el demonio respondi , con impaciencia:

-No te apresures, Padre, en perder tu tiempo pronunciando palabras vanas. Ven y cura mis heridas antes que la vida se escape de mi cuerpo.

Mas el sacerdote le dijo:

- ¡Las manos que ofrecen sacrificios a Dios no se mancharÆ tocando un cuerpo hecho de las secreciones del Infierno! ¡T debes morir maldecido por las lenguas de las Edades, por los labios de la Humanidad, pues eres enemigo del Hombre y es intenci n confesa destruir toda virtud! SatanÆ se movi angustiado, se apoy en un codo y, dificultosamente se irgui respondi:

-No sabes lo que dices ni comprendes el crimen que cometes contra mi mismo.

"Yo soy la raz n de ser de tu bienestar y de tu felicidad. ¿Menosprecias mis beneficios y niegas mis mØritos mientras vives a mi sombra? ¿No es mi existencia la justificaci n de tu profesi n, y mi nombre el que da sentido a tu vida? ¿QuØ otra profesi n abrazaras si el destino decretase mi muerte y el viento esparciera mi nombre? Hace veinticinco aæos que recorres estas aldeas para prevenir a los hombres de las trampas y ellos compran tus prØdicas con dinero y con los frutos de sus campos. ¿QuØ otra cosa comprar an de ti, maæana, sabiendo que su enemigo, el demonio, muri y que estÆ libres de su maleficio?

"¿No sabes, en toda tu ciencia, que cuando la causa desaparece, las consecuencias desaparecen tambiØn? ¿C mo aceptarÆ, entonces, que yo muera si con ello perderÆ tu posici n y el pan de tu familia?

Call SatanÆ. Y los rasgos de su rostro ya no expresaban rØplica, sino confianza. DespuØ, habl de nuevo:

- yeme, oh impertinente ingenuo, y te mostrarØ la verdad que liga mi destino al tuyo. En la primera hora de su existencia, el hombre, de pie frente al sol, extendi sus brazos y exclam :

"-Tras las estrellas hay un Dios poderoso que ama el bien. -DespuØ, volviØndose de espaldas, vio su sombra en el suelo y grit : -En las profundidades de la tierra hay un demonio perverso, adorador del mal.

"Y el hombre volvi a su gruta murmurando:

"-Estoy entre dos dioses terribles, uno es mi protector y el otro mi enemigo.

"Y durante siglos, el hombre se sintió dominado por ambas fuerzas; una buena, que Ø bendec a y otra mala, que Ø maldec a.

"DespuØ, aparecieron los sacerdotes. Y esta es la historia de su aparici n: Hab a, en la primera tribu que se form sobre la tierra, un hombre llamado La s, que era inteligente pero lleno de prejuicios. Detestaba los trabajos manuales de que se viva en aquella Øpoca, y muchas veces deb a dormir con el est mago vac o.

"Una noche de verano, cuando los miembros de la tribu estaban reunidos alrededor del jefe, conversando mientras descansaban, uno de ellos se levant de pronto en medio de la asamblea, elev sus brazos al cielo y, poniendo en su voz toda la emoci n que pudo fingir, dijo piadosamente:

"-¡Posternaos hermanos m os y orad, pues el dios de las tinieblas estÆatacando al dios incandescente de la noche. Y si vence el primero, moriremos, pero si triunfa el segundo, entonces viviremos. Orad para que venza el dios de la luna! "Y La s continu hablando hasta que la luna volvi a su brillo natural. Y los presentes quedaron maravillados y manifestaron su alegr a con danzas y canciones. Y el jefe de la tribu dijo a La s:

Conseguiste esta noche, lo que ning n mortal consigui antes que t . Y descubriste secretos del Universo que nadie entre nosotros conoc a. regocjate, pues a partir de hoy serÆ el segundo hombre de la tribu despuØ de m . Yo soy el mÆ fuerte y el mÆ valiente; y tu eres el mÆ culto y el mÆ sabio. SerÆ, por lo tanto, el intermediario entre los dioses y yo, y me revelarÆ sus secretos y me ensearÆ lo que debo hacer, para merecer su aprobaci n y su benevolencia.

"-Todo lo que los dioses me revelarÆ en mis sueæos -respondi La s-, yo te revelarØ al despertar. SerØ quien interceda entre los dioses y t .

"El jefe, satisfecho, obsequi a La s dos caballos, siete bueyes, setenta corderos y setenta ovejas. Y le dijo: "-Los hombres de la tribu te construirÆ una casa igual a la ma y te ofrecerÆ, de cada cosecha, una parte de los frutos recogidos. Pero dime ¿quien es ese dios del mal, que se atreve a atacar al dios resplandeciente?

"-Es el demonio -respondi La s-, el mayor enemigo del hombre, la fuerza que desv a el mpetu del huracÆ hacia nuestras casas, la que manda secar nuestros plant os y enferma nuestros rebaæos, la que se alegra con nuestra infelicidad y se entristece con nuestras alegras. Necesitamos estudiar sus intenciones y tÆticas para prevenir sus maleficios y frustrar sus artimaæas.

"El jefe apoy su cabeza en el cayado y susurr :

"-SØ ahora lo que ignoraba y los hombres sabrÆ tambiØn lo que sØy te honrarÆ. La s, porque nos revelaste el misterio de nuestro terrible enemigo y nos enseaste a combatirlo.

"Y La s volvi a su tienda, euf rico por su habilidad e imaginaci n, mientras el jefe y los hombres atravesaron una noche poblada de pesadillas.

"As aparecieron los sacerdotes en el mundo; y mi existencia fue la causa de su aparici n. La s fue el primero en hacer de la lucha contra m una profesi n. MÆ tarde, esa profesi n evolucion y progres hasta convertirse en arte sutil y sagrado que solamente abrazan los esp ritus maduros, las almas nobles, los corazones puros y la amplia imaginaci n.

"En cada ciudad que nac a, mi nombre era el centro de las organizaciones religiosas, culturales, art sticas y filos ficas. Yo constru a monasterios y ermitas sobre cimientos de miedo, y fundaba tabernas y burdeles sobre el gozo y la lujuria. Soy padre y madre del

pecado.

"¿Deseas que el pecado muera con mi muerte? ¿Aceptas que yo muera en esta soledad? ¿Deseas romper los lazos que existen entre t y yo?"

"Es curioso que me esfuerce en mostrarte una verdad que conoces mejor que yo, y que es más útil a tus intereses que a los míos."

"Ahora haz lo que quieras. ¡Cae sobre tus espaldas y llévame a tu casa y cura mis heridas; o déjame agonizar y morir aquí mismo!"

Mientras hablaba Satanás, el Padre Samaan se frotaba las manos agitado. Después, con voz balbuceante como pidiendo disculpas, dijo:

"Sólo ahora lo que ignoraba hace una hora, perdona, pues, mi ingenuidad. Sólo que estás en el mundo para tentar, y la tentación es la medida con que Dios determina el valor de las almas."

"Sólo ahora, que si murieras, morirías con la tentación y desaparecerías conmigo las fuerzas que obligan al hombre a ser prudente y a orar, ayunar y adorar. Debes vivir, porque sin ti, los hombres dejarían de temer al infierno y se hundirían en el vicio. Tu vida es, por lo tanto, necesaria para la salvación de la Humanidad; y yo sacrificaré mi odio por ti en el altar de mi amor a los hombres."

Satanás lanzó una carcajada que sacudió el suelo.

- ¡Cómo eres de inteligente, Padre! -dijo-. Y que conocimientos posees de teología! Has hallado, con el poder de tu inteligencia, una finalidad para mi existencia que yo mismo ignoraba. Ahora comprendemos ambos, nuestra mutua necesidad."

"Aproxímate, hermano mío. Las tinieblas están cubriendo la campiña y la mitad de mi sangre se ha escapado sobre las arenas de este valle y, a menos que me ayudes, nada quedará de mí, sino los restos de mi cuerpo quebrado por la Muerte."

El Padre Samaan, entonces, arrolló las mangas de su hábito, se acercó a Satanás, y cargándolo sobre sus espaldas se encaminó hacia la casa.

En medio de aquellos valles silenciosos y cubiertos por el velo de la oscuridad, el Padre Samaan caminaba doblado por el peso de su carga. Su sotana negra y sus largas barbas estaban salpicadas por la sangre que se escurría sobre él, pero caminaba animado, con sus labios murmurando fervientemente una oración por la vida de Satanás agonizante ...

"CONOCETE A TI MISMO"

Salim Efendi Deaibes, en una noche lluviosa de Beirut, meditaba sobre la base de Sócrates: "Conócete a ti mismo".

"Sólo -deca-, esta es la llave y la base de todo el saber. Necesito conocerme a mí mismo. -Y levantándose, se paró frente a un enorme espejo y, después de contemplarse largamente, comenzó a enumerar sus características:

-Soy de baja estatura. Así eran Napoleón y Víctor Hugo.

-Tengo la frente estrecha. Así era la de Sócrates y Spinoza.

-Soy calvo. Así era Shakespeare.

-Tengo una nariz grande y aguilada. Así era la de Savonarola y Voltaire y George Washington.

-Tengo los ojos melancólicos. Así eran los de Pablo el Apóstol y Nietzsche.

-Tengo los labios gruesos. Así eran los de Anbal y Marco Antonio.

Después de enumerar decenas de características semejantes, Salim concluyó :

"Es mi personalidad. Es mi verdad. Soy un conjunto de cualidades que distinguieron a

los grandes hombres desde el comienzo de la Historia. ¿Puede un hombre así dotado dejar de realizar algo grande en este mundo?

Una hora más tarde, nuestro hijo estaba durmiendo vestido, sobre la cama deshecha y sus ronquidos, más que la respiración de un ser humano, semejaban el ruido de un molino.

ESCLAVITUD

Los hombres son esclavos de la Vida, y es una esclavitud que llena sus días con miseria y desesperación, e inunda sus noches con Lágrimas y angustia.

Siete mil años han pasado desde el día de mi primer nacimiento, y desde aquel día he presenciado los esclavos de la vida, arrastrando sus pesados grilletes. He recorrido el Este y el Oeste de la Tierra, y he vagado a la luz y a la sombra de la Vida. He visto las procesiones de la civilización moviéndose de la luz hacia la oscuridad, y cada una fue arrastrada al infierno por almas humilladas, doblegadas bajo el yugo de la esclavitud. El poderoso es reprimido y sometido, y el fiel se arrodilla adorando a los dolos. He seguido al hombre desde Babilonia hasta El Cairo, desde Ain Dour hasta Bagdad y he observado las huellas de sus cadenas sobre la arena. He escuchado los ecos tristes de los cambiantes siglos, repetidos por las praderas y los eternos valles.

He visitado templos y altares y entrado a palacios, y sentado ante los tronos. Y vi al aprendiz ser esclavo del artesano, y al artesano ser esclavo del emperador, y al empleador ser esclavo del soldado, y al soldado ser esclavo del gobernador, y al gobernador ser esclavo del rey, y al rey ser esclavo del sacerdote, y al sacerdote ser esclavo del dolo... y el dolo es nada más que tierra modelada por Satanás y erigida sobre una pila de cráneos.

Entré a las mansiones de los ricos, y visité las chozas de los pobres. Encontré al infante mamando del pecho de su madre la leche de la esclavitud, y a los niños aprendiendo sumisión con el alfabeto.

Acompañé a los siglos desde las riberas del Ganges hasta las costas del Eufrates; desde la desembocadura del Nilo hasta las planicies de Asiria; desde las arenas de Atenas hasta las iglesias de Roma; desde los suburbios de Constantinopla hasta los palacios de Alejandría... Sin embargo, vi a la esclavitud moverse sobre todo, en una gloriosa y majestuosa procesión de ignorancia. Vi a la gente sacrificando jóvenes y doncellas a los pies del dolo, llamándolo el Rey; quemando incienso delante de su imagen, y llamándolo Profeta; arrodillándose y adorándolo, y llamándolo la Ley; peleando y muriendo por él, y llamándolo la Sombra de Dios sobre la tierra; destruyendo y demoliendo hogares e instituciones por su causa, y llamándolo Fraternidad; luchando y robando y trabajando por él y llamándolo Fortuna y Felicidad; matando por él, y llamándolo igualdad.

Posee varios nombres, pero una realidad. Tiene muchas apariencias, pero está hecho de un solo elemento. En verdad, es un mal eterno legado por cada generación a su sucesor.

Encontré la esclavitud ciega, que ata el presente de las personas al pasado de sus padres, y los incita a ceder a sus tradiciones y costumbres poniendo espíritus ancianos dentro de los nuevos cuerpos.

Encontré la esclavitud muda, que liga la vida de un hombre, a una esposa que aborrece, y coloca el cuerpo de una mujer en el lecho de un esposo odiado, desvitalizando ambas vidas espiritualmente.

Encontré la esclavitud sorda, que sofoca el alma y el corazón, dando al hombre sólo el eco vacío de una voz, y la lastimosa sombra de un cuerpo.

Encontré la esclavitud coja que pone el cuello del hombre bajo el dominio del tirano y somete cuerpos fuertes y mentes débiles a los hijos de la Codicia para ser usados como instrumento de su poder.

Encontré la esclavitud cruel, que desciende con el espíritu del infante desde el amplio firmamento hasta el hogar de la miseria; donde la Necesidad vive junto a la Ignorancia, y la Humillación reside al lado de la Desesperación. Y los niños crecen como miserables, y viven como criminales, y mueren como despreciados y rechazados seres inexistentes.

Encontré la esclavitud sutil, que nombra a las cosas de otra manera... llamando inteligencia a la astucia, y vacío a la sabiduría, y debilidad a la ternura, y cobardía a un firme rechazo.

Encontré la esclavitud retorcida, que hace que la lengua de los débiles se mueva con miedo, y hable sin sentimiento, y ellos fingan estar meditando sus plicas, pero son como sacos vacíos que hasta un niño puede doblar y colgar.

Encontré la esclavitud sumisa que induce a una nación a cumplir con las leyes y reglas de otra nación, y la sumisión es cada día mayor.

Encontré la esclavitud perpetua, que corona a los hijos de monarcas como reyes, sin ofrecer consideración al mérito. Encontré la esclavitud negra, que marca para siempre con vergüenza y desgracia a los hijos de los criminales.

Al contemplar la esclavitud, vemos que posee los viciosos poderes de continuación y contagio.

Cuando me cansé de seguir detrás de los disolutos siglas y me aburrí de observar procesiones de gente apedreada, caminé solitario por el "Valle de la Sombra de la Vida, donde el pasado trata de esconderse detrás de las culpa, y el alma del futuro se repliega y descansa demasiado tiempo. Allí, al borde del Río de Sangre y Lágrimas que se arrastraba como una vborra ponzoñosa y se retorcía como los sueños de un criminal, escuché el asustado susurro del fantasma de esclavos, y contemplé la nada.

Cuando llegé la medianoche y los espíritus emergieron de sus escondites, vi a un cadavérico y agonizante espectro caer de rodillas, contemplando la luna. Me acerqué diciendo:

-¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre es Libertad -contesté esta espantosa sombra de un cadáver.

-¿Dónde están tus hijos? -le pregunté Y la libertad, llorosa y débil, jadeó.

-Uno murió crucificado, otro murió loco, y el tercero todavía no ha nacido.

Se fue cojeando, hablando todavía, pero las Lágrimas en mis ojos y los gritos de mi corazón no me impidieron ver ni oír.

VENENO DULCE

En una mañana de otoño, que en el norte del Líbano tiene un esplendor inigualable, los aldeanos de Tala se reunieron en la plaza de la iglesia para comentar el repentino viaje de Fares Rahal que, abandonando a su joven esposa, partiera con rumbo desconocido.

Fares Rahal era el líder de la aldea. Había heredado su primacía de su abuelo y de su padre. Y, aunque joven, había en él una superioridad que se imponía.

Cuando se casó con Susan Barabat todos dijeron: " ¡Qué felicidad! Consiguió, con menos de treinta años, todo lo que un hombre pueda desear de este mundo."

Pero, aquella mañana en que lo recordaban, los habitantes de Tula, que sabían que Fares había reunido todo su dinero antes de montar su caballo y abandonar la aldea sin despedirse de nadie, se sentían perplejos y comenzaron a buscar los motivos que podían haber llevado, a un hombre como él a abandonar de repente a su gente, su esposa, su casa, sus campos y viñedos.

En el norte del Llano, la vida se asemeja a un socialismo más que a cualquier otro sistema. Todos comparten las alegrías y las tristezas de la vida, guiados por instintos simples y sinceros. Y hacen frente, juntos, a todos los acontecimientos importantes.

Fue por eso que los habitantes de Tula abandonaron sus tareas cotidianas y se reunieron cerca de la iglesia para cambiar opiniones sobre la misteriosa partida de Fares Rahal.

Mientras conversaban, vieron acercarse al Padre Esteban, párroco de la ciudad, con la cabeza gacha y el rostro sombreado. Lo acogieron con miradas interrogantes.

-No me hagan preguntas -dijo él, por fin-. Todo cuanto se, es lo siguiente: Fares vino a golpear mi puerta antes del amanecer; su rostro estaba marcado por la tristeza cuando me dijo:

-Vine a despedirme, Padre. Me voy más allá del mar y no regresaré jamás a este país. Después, me entregó una carta para su amigo Nagib Malik y me pidió que la entregara personalmente. Hecho eso, saltó sobre su caballo y desapareció antes que pudiera preguntarle nada.

Alguien conjeturó: -Sin duda, la carta explica los motivos del viaje, ya que Nagib era su mejor amigo.

Otro preguntó: -¿Ha visto a su esposa, Padre?

-La visité después de las oraciones de la mañana -respondió el Padre-. La encontré sentada al lado de su ventana. Miraba a la distancia, con ojos vidriosos, como si hubiera perdido la razón. Cuando la interrogué abanicó su cabeza y murmuró: -No sé. No sé. Y se echó a llorar como una criatura.

De pronto se oyó un disparo de revólver y todos se estremecieron. Y a continuación escucharon los gritos de una mujer. Los aldeanos quedaron atónitos un instante, y, enseguida, salieron corriendo en dirección al sitio donde sonó el disparo. Cuando llegaron cerca de la casa de Fares Rahal, vieron a Nagib Malik tendido en el suelo, con sangre brotando de su cuerpo. A pocos pasos de él, Susan, la esposa de Fares Rahal, se arrancaba los cabellos y gemía:

-Se ha suicidado. Se ha suicidado...

La gente se detuvo temerosa. El Padre vio, en la mano del infeliz la carta que le entregara aquella mañana, la retiró y la puso discretamente en su bolsillo.

Cargaron, luego, el cuerpo del suicida y lo llevaron a casa de su madre, quien al ver el cadáver de su único hijo, perdió el sentido.

Las mujeres cuidaban a Susan que estaba medio muerta. Cuando el Padre Esteban volvió a su casa, cerró la puerta, se puso los anteojos y abrió la carta leyendo con voz trémula:

"Nagib, hermano mío,

Abandono esta ciudad porque mi presencia en ella es causa de infelicidad para ti, para mi esposa y para mí mismo.

Sé que eres demasiado noble para traicionar a tu amigo y vecino.

Sé que Susan, mi esposa, es pura e incapaz de cometer un pecado.

Más sé también, que el amor que liga tu corazón al de ella es más fuerte que vuestras voluntades. Tú no lo puedes detener, como no puedes detener el curso del río Kadisha. Somos amigos, Nagib, desde que éramos pequeños. Y deseo que continúes pensando

en mí como lo has hecho hasta ahora. Y si te encontrases con Susan, dile que la amo y que no la censuro. Dile que senta pena de ella cuando, de noche, la ve a arrodillada frente a la imagen de Jesús, rezando y llorando.

Nada es tan cruel como el destino de una mujer que ama a un hombre, mientras debe vivir con aquél a quien debe amor. Quiera mantenerse fiel a sus obligaciones, pero no pueda acallar sus sentimientos. Es por eso que me alejo hacia lejanas tierras de donde jamás regresaré. No deseo continuar siendo un obstáculo en el camino de vuestra felicidad.

Finalmente, te pido, amigo y hermano, ser fiel a Susan y ampararla hasta el fin. Ella sacrificó todo por tu causa. Y permanece, Nagib, tal como te conozco: corazón noble, alma elevada. ¡Y que Dios te proteja!

Fares Rahal

El Padre Esteban dobló la carta y la devolvió a su bolsillo con aire ausente. Sentía que algo se le escapaba. Luego, se levantó agitado, como si hubiera descubierto un secreto terrible escondido tras apariencias inocentes. Y gritó:

-Extraordinaria fue tu astucia, ¡oh, Fares Rahal! Supiste matar a tu amigo sin manchar tus manos con su sangre. Enviaste el veneno mezclado con miel, y cuando él dirigió el revólver contra su propio pecho, tu mano guiaba su mano y tu voluntad dominaba su voluntad... ¡Mortal es tu astucia, oh, Fares Rahal ...!

Y el Padre Esteban se volvió de espaldas acariciando sus barbas, el rostro marcado por una mueca amarga.

Desde el centro de la aldea, llegaban hasta él los lamentos de las mujeres.

DIENTES CARIADOS

Había en mi boca un diente cariado. Era un diente astuto y malvado: permanecía quieto todo el día y sólo comenzaba a molestar y a doler por la noche, cuando los dentistas dormían y las farmacias estaban cerradas.

Cierta día, perdí la paciencia, busqué un dentista y le dije:

-Llévame, por favor, de este diente hipocrita.

-Será tonto arrancar un diente que podemos tratar -objetó el dentista.

Y comenzó a raspar, limpiar y desinfectar. Cuando el diente estuvo libre de la caries, el dentista lo obturó y declaró con orgullo:

-Este diente es, ahora, más sordo que los otros.

Creí sus palabras, llené sus manos de dinero y me retiré satisfecho.

Pero una semana después, el maldito diente volvió a atormentarme.

Busqué otro dentista y le dije:

-Arranque este diente sin discutir. Porque sufrir es diferente de ver sufrir.

El dentista arrancó el diente. Fue una hora terrible pero beneficiosa. El odontólogo, examinando el diente dijo: -Hizo bien en extraerlo, la caries había llegado a las raíces. No había forma de recuperarlo.

Y dormí en paz, aquella noche y todas las noches siguientes.

En la boca del ser que llamamos Humanidad, también hay dientes cariados. Y las caries ya alcanzaron las raíces, pero la Humanidad no los arranca. Prefiere tratarlos y limpiarlos y obturarlos con oro brillante.

¡Cuántos dentistas están ocupados en tratar los dientes de la Humanidad! ¡Y cuántos enfermos se entregan a esos médicos!; y sufren y aguantan, para después morir.

Y la nación que se debilita y muere, no resucita para narrar su enfermedad al mundo,

ni para hablar de la ineficacia de los remedios sociales que la llevaron a la tumba. En la boca de la naciones de Oriente, también hay dientes cariados, sucios y nauseabundos. Nuestros dentistas tratan de obturarlos. Pero esos dientes no se curarán. Es necesario arrancarlos. Pues las naciones que tienen dientes cariados tienen est magos diles.

Quien quiera ver los dientes cariados de una nación oriental, visite sus escuelas, donde los niños y niñas de hoy se preparan para ser los hombres y mujeres de mañana. Visite los tribunales y sea testigo de los actos fraudulentos y corruptos de aquellos que debieran hacer justicia. Ver cómo se burlan de los sentimientos y pensamientos de los hombres simples, tal como el gato se burla del ratón.

Visite las casas de los ricos, donde reinan la vanidad, la falsedad y la hipocresía.

Y recuerde visitar, también, los tugurios miserables donde habitan el miedo, la ignorancia, la envidia y la cobardía. Después, visite a los dentistas de dedos hábiles, poseedores de instrumentos delicados, panaceas y sedantes, aquellos que gastan sus días llenando las cavidades de los dientes podridos de la nación para disfrazar las caries.

Hable con esos reformadores que se presentan como la inteligencia de Siria y organizan sociedades y promueven conferencias y hacen pronunciamientos. Cuando -los oiga hablar, escuchará melodías que, quizá suenen más sublimes que el reconfortante son de la piedra del molino, y más solemne que el croar de los sapos en una noche de verano.

Cuando usted les diga que la nación siria muerde su pan con dientes cariados y que cada trozo masticado y mezclado con saliva infectada enferma el estomago de la nación, ellos le responderán:

-Sí, pero estamos buscando, justamente, las drogas modernas y los medicamentos más eficaces.

Y si les preguntaran: -¿Y qué es lo que piensas de la extracción? -Se reírán del que los interroga, ya que no estudió la noble ciencia de la odontología.

Y si insisten en preguntar, se enfadan y, apartándose dirán: - ¡Cuántos ignorantes en este mundo! ¡Y como-incomoda su ignorancia!

¡OH, NOCHE!

¡Oh, noche de los enamorados, de los poetas y los cantores!

¡Oh, noche de los fantasmas, de las almas y las sombras! ¡Oh, noche del deseo, de las ansias y la nostalgia!

¡Oh, gigante erguido entre las nubes enanas del poniente y las hadas de la aurora, empujando la espada del terror, coronado por la luna, vestido de silencio, mirando con mil ojos la profundidad de la vida, oyendo con mil oídos los gemidos de la muerte y el aniquilamiento.

Eres la oscuridad que nos hace ver las luces del firmamento, mientras que el día es una luz que nos envuelve en la oscuridad, de la tierra.

Eres una esperanza que abre nuestros ojos a la majestad del infinito, mientras que el día es una presunción que nos transforma en ciegos, en un mundo de cantidades y medidas.

Eres quietud que revela secretos a las almas despiertas, en los espacios celestiales, mientras que el día es una serie de ruidos que perturba a las almas, perdidas, entre sus propósitos y sus deseos.

Eres el justo que une, bajo las alas del sueño, los sueños de los débiles y las aspiraciones de los poderosos, y eres el bienhechor que cierra con sus dedos invisibles, los párpados de los infelices y conduce sus corazones a un mundo menos cruel que este mundo.

Entre los pliegues de tus azules vestidos, los enamorados exhalan sus suspiros; y a tus pies cubiertos de rocío, los solitarios vierten sus lágrimas y en tus manos perfumadas con el aroma de los valles, los exilados depositan los gemidos de su pasión y su nostalgia. Eres el compañero de los enamorados y de los exilados; eres el consuelo de los solitarios y los abandonados.

A tu sombra vagan las almas de los poetas y a tu paso, despierta el corazón de los profetas y toma forma la sabiduría de los pensadores.

Cuando mi alma se cansa de los hombres y mis ojos de contemplar el rostro del día, me alejo hacia el sitio distante, donde duermen las sombras de los tiempos idos.

Allí, me detuve frente a una presencia oscura, que cabalgaba a miles de pies sobre la tierra, y sus valles y montañas. Y miré fijamente los ojos de la sombra y pude oír el batir de alas invisibles y sentir las caricias del silencio, y vencer el miedo a la oscuridad.

Allí te vi, oh, noche, fantasma gigantesco y hermoso, suspendido entre la tierra y el cielo, velado por nubes, envuelto en la cerrazón, riéndote del día, riéndote del sol, burlándote de los esclavos en vigilia, frente a los dolos dormidos.

Te vi hacer escarnio de los reyes que dormían envueltos en seda y contemplar con furia el rostro de los criminales. Meciendo a los niños en su cuna y sonriendo a las lágrimas de los enamorados. Elevando a las almas nobles al cielo y aplastando bajo tus pies a las almas mezquinas.

Te vi, oh, noche, y tu me viste. Y eras en tu terrible majestad, un padre para mí y yo era, en mis sueños, un hijo para ti. Y no hubo más velos entre nosotros, y me confesaste tus secretos e intenciones. Y yo te revelé mis aspiraciones y mis esperanzas. Y cuando lo temible de tu rostro se transformó en melódica, suave como el murmullo de las flores y mis temores cedieron paso a una seguridad dulce como la confianza de las aves, me alzaste hasta ti, me pusiste sobre tus rodillas y enseñaste a mis ojos a ver, a mis oídos a oír, a mis labios a hablar. Y enseñaste a mi corazón a amar lo que los hombres odian y a odiar lo que ellos aman.

Después tocaste mis pensamientos con tus manos y mis pensamientos son ahora cual un río caudaloso que corre cantando y arrastrando todo lo viejo y todo lo muerto.

Después besaste mi alma y mi alma se encendió y es como una llama que quema todo lo seco.

Y te acompañé, oh, noche, y te seguí hasta asemejarme a ti. Y mis inclinaciones se mezclaron con las tuyas, y te amé hasta que mi ser se convirtió en una diminuta réplica tuya. Y en mi alma oscura hay estrellas luminosas que la pasión esparce al anochecer y en mi corazón hay una luna que ilumina la procesión de mis sueños.

Y en mi alma vigilante hay una quietud, que revela los secretos de los enamorados y repite el eco de las plegarias de los fieles. Y en torno a mi cabeza un anillo mágico, rasgado por el estertor de los agonizantes y restaurado por el canto de los trovadores.

Soy como tú, oh, noche. ¿Y que pensarán los hombres de mi pretensión, ellos, que se comparan con el fuego cuando quieren enaltecerse?

Soy como tú, y a ambos nos acusan de ser lo que no somos.

Soy como tú, aunque el atardecer no me corone con tus nubes doradas.

Soy como tú, aunque no estoy envuelto por la Vela Etea.

Soy una noche espejada, extensa, quieta, trómula y vibrante, y mi oscuridad no tiene principio y mi profundidad no tiene fin.

Cuando las almas se alzan, ufándose de la luz de sus alegrías, mi alma se cubre, feliz, con la oscuridad de su melancolía.

Soy como tú, oh, noche. Y mi mañana sólo llegará cuando mi tiempo haya terminado.

EL EXTRANJERO

La Pascua llegó y, mejor que todas las señales, las alegres multitudes lo anunciaban. Sólo y melancólico, me aparto de la multitud. Pienso en el hijo del Hombre, que nació y vivió en la indigencia y después murió crucificado. Pienso en aquel Fuego Divino que el Espíritu encendió en una pequeña aldea y que sobrevivió a los siglos y puso su marca en todas las civilizaciones.

En el desierto, un hombre, también solo, parecía estar esperándome. Se sentó a mi lado y comenzó a dibujar en la arena figuras misteriosas. Sus vestimentas eran modestas, pero de su presencia emanaba una grandeza inefable.

-¿El señor es, tal vez, extranjero? -le preguntó con simpatía.

-Yo soy extranjero en esta ciudad y en todas las ciudades.

-Pero en días festivos, el extranjero olvida la amargura del exilio y se deja consolar por el afecto de los corazones abiertos.

-Yo soy más extranjero aquí, en estos días, que en otro cualquiera. -Y dirigió al cielo una mirada soñadora, como si estuviera buscando en el más allá una patria desconocida.

Lo observé nuevamente y le dije:

-Me parece que el señor necesita ayuda, ¿no acepta la mía?

-Sí, necesito ayuda, pero mi necesidad no es de dinero -me respondió.

-¿Y que es lo que usted necesita?

-Necesito un abrigo. Necesito un lugar donde descansar mi cabeza.

-Pero, si acepta mi dinero, podrá alojarse en un hotel.

-Ya fui a todos los hoteles y ninguno me aceptó. Ya golpeé todas las puertas sin hallar un amigo.

-Venga entonces conmigo. Pasaré la noche en mi casa.

-Mil veces llamé a tu puerta pero jamás me abriste. Y ahora, si supieras quién soy, no me invitarías.

-Y, ¿quienes el señor?

-Yo soy quien derriba lo que los siglos establecieron. Soy el huracán que arranca las raíces secas. Soy quien trae al mundo la justicia y la piedad.

Dijo eso y se levantó. Era de gran estatura y su voz, profunda como la noche, evocaba el sonido de la tempestad. Después, su rostro se iluminó. Extendió sus brazos y vi en sus manos rastros de heridas. Me arrojó a sus pies balbuceando:

-Jesús, el Nazareno.

Y le oí decir:

-El mundo celebra en mi nombre las tradiciones que los siglos tejieron a mi alrededor. Pero yo permanezco extranjero, recorriendo el universo y atravesando los siglos sin encontrar, entre los pueblos, quien comprenda mi verdad. Los zorros tienen sus madrigueras y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene un lugar donde reclinar su cabeza.

Cuando levanto mis ojos, nada vi sino una columna de incienso. Y o el eco de una canción llegarme desde la eternidad.

LOS GIGANTES

Quien escribe con tinta no es como el que escribe con sangre del corazón. Y el silencio que produce el tedio es diferente del silencio que nace del dolor. Busco refugio en el silencio porque los oídos de la Humanidad se cerraron al susurro de los débiles y sólo escuchan el tumulto del abismo. Y es más prudente para el débil callar frente a las fuerzas tempestuosas de la vida; aquellas que tienen cañones por voz y bombas por palabras. Vivimos una época cuyos hechos más pequeños son más grandiosos que los más grandes del pasado. Los valores y los problemas que monopolizan corazones y pensamientos están en penumbras. Los antiguos sueños se desvanecen como bruma y son sustituidos por gigantes que caminan como tempestades, se mueven como el mar y respiran como volcanes.

Y, ¿cómo será el destino del mundo, cuando los gigantes finalicen su guerra?
¿Volverá el campesino a sembrar semillas donde la muerte sembró esqueletos?
¿Llevará el pastor su rebaño hacia las praderas donde la sangre regó la tierra?
¿Se inclinará el creyente en templos donde los demonios danzaron? ¿Declamará el poeta sus poemas frente a las estrellas ofuscadas por el fragor de las batallas? y ¿cantará el cantor sus canciones en la quietud perturbada por tantos horrores?
¿Se sentará la madre al lado de la cuna de su niño para arrullarlo sin temores del mañana?

¿Se encontrarán los enamorados a cambiar besos donde los enemigos cambiaron golpes?

¿Volverá la primavera a cubrir con flores las heridas de la tierra?

Y, ¿cómo será de nuestra patria? ¿Cómo de los gigantes dominará aquellas colinas y aquellas praderas que nos dieron vida y nos transformaron en hombres y mujeres?

¿Continuará el Oriente siendo disputado por lobos y cerdos, o caminará como la tempestad hasta la guarida del león y el nido de las águilas?

Y, ¿se levantará nuevamente la aurora sobre las cumbres del Líbano?

Siempre que estoy solo le hago preguntas a mi alma. Pero el alma es como el Destino, no habla.

¿Quién de vosotros no se preocupa del futuro del mundo y sus habitantes una vez que los gigantes se hayan saciado de lágrimas de viudas y huérfanos?

Soy de los que creen en la ley de la evolución y el progreso. A mi entender esta ley alcanza tanto a lo material como a lo inmaterial. Lleva de lo bueno a lo mejor, no solamente a las criaturas físicas sino también a las religiones y a los gobiernos. Sólo hay retrocesos y decadencias aparentes.

La ley de la evolución tiene infinitas ramificaciones pero una sola raíz. Sus manifestaciones son, a veces, duras e injustas y oscuras, provocando la rebelión de las mentes limitadas y de los corazones frágiles. Pero su esencia es, siempre, justa y luminosa. Se ocupa de derechos superiores a los del individuo y sus objetivos son superiores a los de la comunidad. Su voz, mezcla de horror y suavidad, contiene el gemir de los flagelados y la angustia de los que sufren.

Alrededor de mí hay muchos enanos que miran, ... desde lejos, la lucha de los gigantes y oyen sus gritos de júbilo y rabia, mientras croan como ranas diciendo:

-El mundo volvió a sus orígenes. Lo que las generaciones edificaron por la ciencia y por

el arte, el hombre lo demolió por egoísmo y ambición. Vivimos nuevamente como trogloditas. Y es lo que nos diferencia de ellos nuestras máquinas y las estrategias que inventamos para destruir.

Los que así hablan, son los que miden la conciencia del mundo con la vara de sus propias conciencias y analizan las aspiraciones de la Humanidad por la necesidad de su supervivencia individual, como si el sol, existiera solamente para calentarlos y el mar para sus baños.

De las entrañas de la vida, más allá de la materia, de las profundidades del universo donde los secretos son guardados, surgirán los gigantes como una tempestad, y ascenderán como nubes y chocarán como montañas y lucharán para resolver un problema de la Tierra, que solamente la guerra puede resolver.

Los hombres, sus conocimientos, su amor y su odio, su desesperación y su dolor, son apenas mecanismos que los gigantes emplean con miras a un objetivo superior que debe ser alcanzado.

La sangre derramada se transformará en rosas de elixir y las lágrimas lloradas brotarán como flores y las almas asesinadas se reunirán y aparecerán por detrás del horizonte como una nueva aurora.

Y la primavera retornará. Pero aquí que desea alcanzar la primavera sin pasar por el invierno jamás lo logrará.

EL SER NACIONAL

Una nación, es una comunidad de individuos que se diferencian en su carácter, tendencias y opiniones, pero que están unidos por una red moral, más fuerte que sus divergencias.

Tal vez, la unidad religiosa constituya un hilo de esta red. Con todo, las divergencias religiosas no perjudican a la unidad nacional sino cuando esta unidad estaba previamente debilitada, como en ciertos países orientales.

Tal vez la unidad de lengua sea fundamental para la realización de la unidad nacional. Existen, todavía, muchos pueblos que hablan la misma lengua, pero, divergen continuamente en su política, administración e ideológica. Tal vez la unidad de raza sea también esencial. Pero la Historia cita muchos ejemplos de pueblos que, descendiendo de la misma simiente, han luchado unos contra otros, hasta su mutua destrucción.

Los intereses materiales, tal vez sean un elemento de unidad. Pero, ¿en cuántos países los intereses materiales se lo han servido para generar competencia y luchas internas?

¿Cuáles es, entonces, el fundamento esencial de la unidad nacional? ¿Cuál es el suelo en que crece el árbol de la nación? Tengo a este respecto, ideas propias, que ciertos pensadores hallan extrañas porque sus orígenes y consecuencias no son palpables.

He aquí lo que pienso:

Cada pueblo tiene una personalidad característica, así como cada individuo la tiene a su vez. Y, aunque la personalidad nacional tome sus componentes de los individuos, así como el árbol forma su sustancia con el agua, la tierra, el calor y la luz, esa personalidad general, es diferente e independiente de las personalidades individuales, y tiene vida y voluntad propias.

Y, así como encuentro difícil determinar la época en que se forma la personalidad de cada individuo, así encuentro de difícil determinar la época en que se forma la personalidad nacional. Pienso, sin embargo, que la personalidad egipcia, por ejemplo, se formó, por lo menos quinientos años antes de la aparición de la Primera Dinastía en

las mÆgenes del Nilo. Esa personalidad produjo las manifestaciones art sticas, religiosas y sociales de la historia egipcia. Y lo que digo de Egipto, se aplica a Asiria, Persia, Grecia, Roma, Arabia y las naciones modernas.

Dije que la personalidad nacional tiene una vida especial. S , y tiene tambi n, un tiempo de vida limitado que no puede ser trascendido, exactamente como en el caso de todos los seres vivos. El individuo se desenvuelve pasando por la infancia, por la juventud, por la madurez, por la vejez; y as tambi n se desarrolla la naci n: pasando por la aurora velada por el sueo, por el mediod a iluminado por el esplendor del sol, por la tarde marcada por el tedio, con la noche envuelta por el cansancio, por un sueo profundo ...

La entidad griega, despert en el siglo X antes de Cristo y camin con fuerza y majestad en el siglo V y se haba agotado al llegar la era cristiana. Se entreg , entonces, para siempre, al sueo de la eternidad.

La entidad Aabe tom conciencia de s misma en el siglo III antes del islam. Con el Profeta Mahoma, se levant como un gigante y camin como un temporal, derrumbando todos los obstÆulos. Y, cuando alcanz la Øpoca de los AbÆsidas, se sent en un trono apoyado en muchas bases; desde la india hasta Andaluc a. Y, lleg al atardecer cuando la personalidad mong lica esta creciendo y extendi ndose de Oriente a Occidente. ¿SerÆ el sueo de la entidad Aabe un sueo liviano y despertarÆ de nuevo para exteriorizar lo que permanec a escondido como lo hizo la entidad Romana, cuando volvi , en el Renacimiento Italiano, y complet en Venecia, Florencia y MilÆ, lo que haba sido interrumpido por los pueblos teut nicos al comienzo de la Edad Media?

Y la mÆ llamativa de las entidades nacionales es la francesa. Vivi dos mil a os y a n contin a joven y radiante. Y posee hoy una mente mÆ penetrante y una visi n mÆ amplia y un arte y una ciencia mÆ ricas que en cualquier otra Øpoca pasada, demostrando que hay entidades nacionales que tienen vida mÆ larga que otras. La entidad egipcia vivi tres mil a os. La entidad griega s lo vivi mil a os. Las causas de esta desigualdad quizÆ sean las mismas que determinan la duraci n de la vida individual.

¿QuØ sucede con las entidades nacionales despuØ que desempe aron su papel en el teatro de la existencia? ¿Se desvanecen frente al paso de los d as y las noches?

En mi opini n, las entidades inmateriales se transforman y no desaparecen. Y, como los seres materiales, adquieren nuevas formas, pero su esencia sobrevive para siempre. El alma de las naciones duerme, como duermen las flores: cuando sus semillas caen al suelo su perfume _asciende al mundo de la eternidad. Para m , el perfume, en la flor y en la naci n, es su verdad absoluta, su real esencia. Y el perfume de Tebas y Babel y N nive y Atenas y Bagdad, estÆ hoy en el Øter que envuelve la tierra. Y, quizÆ, estØ tambi n en lo mÆ profundo de nuestras almas. Todos nosotros, individuos y naciones, somos los herederos de todas las entidades nacionales que ya existieron sobre la superficie de la tierra.

Esa herencia etØrea, no adquiere, sin embargo, formas palpables en los individuos, hasta que no se perfeccione la naci n a la que pertenecen esos individuos, y adquiera una vida y una voluntad propias.

LA TEMPESTAD

Primera Parte

Yussef El Fakhri, ten a treinta años cuando abandonó la sociedad yendo a vivir a una solitaria ermita, cercana al Vallón de Kadisha, en el norte del Líbano.

Los pobladores de las aldeas vecinas, discutían los motivos de su decisión. Algunos decían que pertenecía a una rica y noble familia y que, al ser traicionado por la mujer que amaba, buscó consuelo en la soledad. Otros decían que era un poeta que, harto de la vida bulliciosa de la ciudad, desertó de ella buscando el sitio apropiado para meditar y, entregarse a la inspiración. Muchos otros, afirmaban que era un místico que se contentaba con el mundo espiritual. Otros, decían que, simplemente, era un loco.

Ninguna de esas opiniones me conformaba, pues sé que los secretos de las almas están más allá de nuestras suposiciones y deducciones. Y deseaba encontrarme con aquel hombre y conversar con él. Dos veces traté de acercarme y sólo recibí palabras frías y altivas.

La primera vez que lo encontré Yussef estaba paseando por los Cedros del Líbano, me acerqué y lo saludé amistosamente, pero él, tan sólo me movió la cabeza y se alejó sin hablarme.

La segunda vez, lo encontré parado en medio de un pequeño viñedo vecino a un monasterio, y, nuevamente, me acerqué a él, lo saludé y le dije:

-Dicen los aldeanos que aquí el monasterio fue construido por una congregación siria del Siglo XIV, ¿sabe usted algo de su historia?

Y él me respondió, fríamente:

-No sé quién construyó ese monasterio, ni tengo interés en saberlo -y mientras se volvía de espaldas, agregó -: ¿Por qué no preguntas a tus abuelos, que son mis viejos que

yo y conocen de estos valles y de su historia, más que yo? -Después se alejó.

Dos años más tarde, el misterio continuaba intacto, pero la curiosidad por conocer la verdad acerca de la vida de ese hombre extraño, se había apoderado de mi mente y de mis sueños.

Segunda Parte

En un día de otoño, vagando por las colinas adyacentes a la ermita de Yussef El Fakhri, fui sorprendido por un fuerte viento, seguido de espesa lluvia. La tempestad me empujaba de un lado hacia otro y me bamboleaba como un barco sin timón en un mar bravo.

Y me dije: "Esta es mi oportunidad para visitar a Yussef, la tempestad será mi justificación para entrar y mis ropas-mojadas, una buena razón para quedarme un tiempo en su ermita". Y dirigí mis pasos hacia la morada de Yussef El Fakhri. Me hallaba en una situación angustiosa, cuando por fin, alcancé la ermita. Cuando llamé al hombre que yo estaba tan ansioso por ver, salió a recibirme. Llevaba en sus manos un avecilla herida y temblorosa. Lo saludé diciendo:

-Por favor, discúlpame por presentarme en este estado, pero la tempestad me sorprendió lejos de mi casa.

Él, me miró con severidad diciéndome:

-Hay muchas grutas por estos lugares en que podrías haberte refugiado -sin embargo, apartándose, me hizo entrar. Yo lo contemplaba, mientras él acariciaba el avecilla, con una ternura tal como jamás había visto en mi vida y quedé sorprendido; la compasión y la aspereza convivían en aquel hombre.

El pesado silencio nos había cubierto. Él se hallaba molesto con mi presencia y yo

deseaba quedarme. Finalmente Yussef dijo:

-La tormenta ya se ha calmado, por otra parte a ella no le agrada comer carne pasada. ¿Por qué huyes de ella? Con un toque de humor, respond :

-La tempestad puede no gustar de comidas muy saladas o muy Acidas pero sin duda le agradan las comidas frías y tiernas, y sin duda se sentirá satisfecha de engullirme si me atrapa de nuevo.

El rostro del eremita se puso serio al decir:

-Si la tempestad te engulle, te conferirá un gran honor que no mereces.

-S, señor -asent-, hu de la tempestad para no recibir un honor inmerecido.

Yussef dio vuelta la cara tratando de ocultar su sonrisa y luego me acercé un banco de madera y me invitó a sentarme y a secar mi ropa en la estufa.

Agradecido, me senté. El se acomodó frente a mí, en un banco de piedra labrada y, humedeciendo sus dedos en un ungüento, comenzó a frotar con él, la cabecita del ave y su ala quebrada. Sin levantar los ojos, me dijo:

-El vendaval arrojó a este pobre pájaro contra las rocas, dejándolo medio muerto... Ojalá los temporales quebraran las alas de los hombres y rompieran sus cabezas. Pero los hombres fueron amasados con miedo y cobardía, apenas olfatean la tormenta, se ocultan asustados ...

Contesté con deseo de alentar la conversación:

-S, el pájaro y el hombre tienen esencias diferentes. El hombre vive a la sombra de leyes y tradiciones inventadas por él y las aves, según las leyes universales que hacen girar los mundos.

Sus ojos brillaron y sus brazos se abrieron como si hubiera encontrado, en mí, un discípulo de rápida comprensión. Después dijo:

-Muy bien, muy bien. Si crees en lo que dices, abandona a los hombres y vive como las aves, la ley del cielo y de la tierra.

-Claro está que creo en lo que digo -respondí.

Levanté, entonces, su mano y con su tono anterior expresé:

-Crear es una cosa y vivir conforme a las creencias es otra. Muchos hablan con la voz profunda del mar mientras viven como pantanos. Muchos alzan su cabeza por encima de las montañas mientras sus almas permanecen en las tinieblas de sus grutas.

Yussef se levantó y acomodó el pajarito, sobre un paño doblado, junto a la ventana. Arrojé después un montón de ramas secas al fuego diciendo:

-Quítate las botas y sécate los pies, pues la humedad es peligrosa para la salud. Seca bien tus ropas y ponte cómodo. La ya prolongada hospitalidad de Yussef, mantuvo viva mi esperanza de conocer la historia de su exilio voluntario. Me aproximé al fuego y el vapor comenzó a brotar de mis ropas mojadas. Mientras tanto, el eremita, de pie en la puerta, contemplaba el cielo ceniciento.

Busqué avidamente una forma de extraer de él una respuesta a mi inquietud; finalmente pregunté:

-¿Hace mucho que has venido a este sitio?

-Vine a este lugar -contesté sin mirarme- cuando la tierra era informe y vacía, y las tinieblas floraban sobre la profundidad del abismo, cuando el Espíritu de Dios se reflejaba sobre la superficie de las aguas ...

Quedé espantado tras esas palabras. Luchando por reunir mis pensamientos me dijo: " ¡Qué hombre extraño! ¡Y qué difícil el camino que lleva, a su realidad! Pero me acercaré con cautela, con astucia y, con paciencia, hasta que su reticencia se transforme en comunicación y comprenda su extrañeza.

Tercera Parte

La noche extendi su manto negro sobre aquellos valles. La lluvia se hizo torrencial y el viento aullaba cada vez más fuerte. Parecía que el diluvio bíblico se repetía para extinguir la vida y lavar a la tierra de Dios de la impureza humana.

Y la furia de los elementos pareció serenar el corazón de Yussef y su agresividad desapareció. Se volvió, encendió dos velas y acercó una botella de vino y una bandeja con pan, queso, aceitunas, miel y frutas secas. Se sentó cerca mío y dijo amablemente:

-Son todas mis provisiones. Hazme el favor, hermano mío, de compartirlas conmigo.

Cenamos sin hablar, acompañados por los sonidos del viento y la lluvia.

Después de levantar la mesa, retiré de la estufa una cafetera de bronce y sirviéndome dos tazas del aromático líquido acercando, luego, una caja de exquisitos cigarrillos.

Tomé una taza y un cigarrillo, dudando de lo que estaba viendo. Y él, como si leyera mis pensamientos, sonrió diciendo:

-Te asombra encontrar vino y cigarrillos y café en esta ermita; tal vez te extraña hallar comida. No te censuro. Muchos imaginan que nuestro alejamiento de la sociedad supone el alejamiento de los placeres naturales y simples de la existencia.

-Así es. Imaginamos a los eremitas sustentándose, apenas, con hierbas y agua.

-No abandoné el mundo para encontrar a Dios -dijo-, pues lo encontraba en la casa de mis padres y en todo sitio. Me aparté de los hombres porque yo era una rueda que giraba hacia la derecha entre ruedas que giraban hacia la izquierda. Dejé la civilización porque me di cuenta de que era un árbol viejo y carcomido, cuyas flores eran la codicia y el engaño, y cuyos frutos son la infelicidad y el desasosiego. Algunos reformadores intentaron transformarla, pero nada consiguieron y acabaron perseguidos y derrotados. -Se inclinó sobre la estufa y, como sabiendo el efecto que sus palabras me causaban, bajó la voz diciendo: -No, no busqué la soledad para orar y dedicarme al ascetismo, pues la oración, que es el canto del alma, alcanza los oídos de Dios a través de la mezcla con el tumulto de las multitudes. Y el ascetismo, que es la humillación del cuerpo y la inmolación de sus deseos, es algo que no condice con mi religión. Dios creó los cuerpos para que fueran templos de las almas. Debemos cuidar de esos templos para que sean dignos de la divinidad que mora en ellos. No, hermano mío, no busqué la soledad para orar o castigarme, sino para huir de los hombres, de sus leyes, de sus tradiciones y de su bullicio. Busqué la soledad porque me cansé de los que confunden amabilidad con debilidad, tolerancia con cobardía y altivez con orgullo. Busqué la soledad porque me cansé de luchar con los adinerados que piensan que el sol y la luna y las estrellas se levantan desde sus cofres y se ponen en sus bolsillos. Busqué la soledad porque me cansé de los políticos que arrojan a los ojos del pueblo polvos dorados y a sus oídos falsas promesas. Me cansé de los sacerdotes que aconsejan a otros y no se aconsejan a sí mismos; y exigen a otros lo que no se exigen a sí mismos.

"Busqué las montañas deshabitadas porque en ellas está el despertar de la primavera, y los deseos del verano; las canciones del otoño y la fuerza del invierno. Vine a esta ermita para descubrir los secretos del universo y aproximarme al trono de Dios.

Yussef calló y lanzó un suspiro, como si se hubiera aliviado de una pesada carga. En sus ojos brillaban mágicos rayos de una luz extraña, y sobre su rostro reflejos de grandeza, voluntad y determinación.

Pasaron algunos minutos. Yo me hallaba feliz por haber descubierto el secreto que tanto tiempo ocupó mi mente. -Tienes razón en todo lo que me has dicho -le dije- y es

correcto tu diagnóstico de los males sociales; pero lo que no me parece correcto es que, como buen médico, te apartes del enfermo antes de curarlo o antes de que muera. Este mundo desesperado requiere tu atención. Y, ¿es justo y caritativo que te alejes negándole tu auxilio?

El me enfrenté pensativo, y respondí :

-Desde el principio del mundo, los médicos han tratado de salvar los hombres de sus males; algunos usaron bisturíes y otras medicinas; pero todos murieron desesperados sin conseguir nada y la enfermedad se extendió implacablemente. Y estos enfermos malvados matan a sus médicos y, después de cerrarles los ojos, dicen: "Eran realmente grandes médicos." No, mi querido amigo, nadie cambiará a los hombres. El mástil de los agricultores no obtendrá cosecha alguna en el invierno.

-Pero el invierno de la Humanidad pasará-le dije entonces-. Luego vendrá la Primavera, con sus flores y canciones. Y él respondió, con una sonrisa:

-¿Crees que Dios dividió la Eternidad en Estaciones como las estaciones del año? ¿Vendrá de aquí a un millar de millones de años, una generación de hombres que vivirá por el espíritu y la verdad, y hallará su felicidad en la luz del día y en la quietud de la noche? ¿Vendrá todo esto alguna vez...? Esos son sueños lejanos. Y esta ermita no es una morada de sueños...

-Respeto tus convicciones y tu soledad -le dije-. Pero también sé que esta infeliz nación perdió, con tu alejamiento, un hombre dotado, capaz de despertarla y guiarla.

-Esta nación es como las demás naciones -dijo-. Todos los hombres son iguales y sólo difieren en cosas sin importancia. Lo que se considera progreso, en Occidente, es apenas otra sombra de la ilusión y, la hipocresía, aunque trate bien a algunos, no deja por eso de ser hipocresía. Y la impostura permanece impostura aun cuando se vista de seda y habite un palacio. Y el fraude y la codicia no cambian su naturaleza aunque aprendan a medir distancias y a pesar elementos. Ni los crímenes se transforman en virtudes caminando en fábricas y rascacielos... La eterna Esclavitud enseña costumbres y supersticiones, permanecer esclavitud, aunque pinte su rostro y disfrace su voz. La Esclavitud permanece Esclavitud aunque se intitule Libertad.

"No, hermano mío, el Occidente no es mejor que el Oriente, ni el Oriente inferior al Occidente y la diferencia que existe entre ellos no es mayor que la que existe entre el tigre y el león. Hay una ley que he hallado tras las apariencias de la sociedad, que reparte miserias, infelicidad, ceguera e ignorancia, sin distinguir entre pueblo y pueblo, entre raza y raza...

-¿Entonces, todo es vanidad? -exclamó-. ¿La civilización y todo lo que hay en ella, nada es, sino vanidad?

-Sí -dijo- con rapidez-, la civilización y todo lo que hay en ella, nada es sino vanidad... Los inventos y los descubrimientos sólo son para diversión y confort del cuerpo. La conquista de la distancia y la victoria sobre los mares sólo son falsos frutos que no satisfacen al alma, ni alimentan el corazón ni elevan el espíritu, pues están lejos de la Naturaleza. Y aquellas teorías y estructuras que los hombres llaman arte y ciencia, no son nada, sino cadenas y grilletes dorados, que arrastran pesadamente alegrándose con sus reflejos brillantes y sus tintineantes sonidos. Todo eso no es sino una jaula cuyos barrotes los hombres comenzaron a forjar hace siglos, inconscientes de que construirán la cárcel en que quedarán aprisionados. Sólo, fictiles son los hechos de los hombres y vanos sus propósitos ... Todo es vanidad sobre la tierra.-Y agregó luego:

-Entre todas las cosas de la vida, sólo hay una, una sola que el espíritu anhela y desea fervientemente. Una sola, deslumbrante, que merece todo nuestro amor y toda nuestra

dedicación.

-¿Qué -le pregunté y esperé ansioso, por saber qué era eso, maravilloso y místico. Yussef me contempló un instante, luego cerró los ojos, cruzó sus brazos y con el rostro iluminado y la voz serena y sincera, respondió :

-El despertar espiritual. El despertar en las profundidades del corazón de un poder irresistible y magnífico que desciende, de pronto, sobre la conciencia del hombre y abre sus ojos, y le hace ver la Vida en medio de una lluvia brillante, de una mística profunda, rodeada de un círculo de luz dorada y, al hombre de pie, entre el cielo y la tierra como un pilar de belleza. Es una llama que, repentinamente asciende devastadora, dentro del espíritu y quema y purifica el corazón y lo eleva más allá de la tierra y lo hace flotar en el espacio ilimitado.

"Es una fuerza que se aloja en el corazón del hombre y se rebela contra todos los obstáculos.

"Es la mano misteriosa que arrancó los velos de mis ojos cuando vivía en medio de la sociedad, en el seno de mi familia, con mis amigos ... Muchas veces, hablando conmigo mismo, me preguntaba: "¿Qué es el Universo, por qué soy diferente de aquellos que me miran, qué son esos rostros, qué representan para mí, por qué vivo con ellos? ¿Soy un extranjero en medio de ellos o son ellos los extranjeros en esta tierra formada por la Vida que me confió sus claves?-Y después de un corto silencio, agregó :-Eso fue lo que me aconteció hace cuatro años, cuando dejé el mundo y busqué esta soledad para vivir despierto y encontrar la paz.

Caminé luego ¿hasta la puerta y, contemplando la oscuridad dijo, como hablando a la tormenta:

-Es el despertar espiritual. Y quien lo siente no puede expresarlo con palabras y quien no lo siente, jamás podrá conocerlo por palabras.

Cuarta Parte

Pasó una larga hora. Yussef El Fakhri, caminaba, con largos pasos por la sala, deteniéndose de a ratos, a contemplar los cielos cenicientos. Yo permanecía en silencio, reflexionando sobre la extraña armonía entre alegrías y tristezas que había en su solitaria vida.

Pasó un tiempo más, y luego se acercó a mí diciendo:

-Voy ahora a caminar con la tempestad noche adentro para sentir de cerca la expresión de la Naturaleza. Es una costumbre que me deleita en otoño y en invierno. Allí tienes los cigarrillos y el vino y, allí la cafetera. Pasa aquí la noche como si fuera tu casa.-Se envolvió en un manto negro y agregó , sonriendo:-Haz el favor de cerrar la puerta mañana, cuando te vayas, para que no entren los intrusos, pues yo pasaré el día entre los Cedros Sagrados.-Y se dirigió a la puerta llevando un largo cayado, diciendo:-Si la tempestad te sorprendiera otra vez, no dudes en refugiarte en esta ermita. Aunque espero que aprendas a amar la tempestad en vez de temerla. Buenas noches, hermano mío.

Abrió la puerta y salió , con la cabeza erguida, hacia la oscuridad. Fui hasta el umbral para ver qué dirección había tomado, pero ya había desaparecido, sólo se oyó , por un momento, el ruido de sus pasos sobre las piedrecillas del valle.

Quinta Parte

Despu  de una noche pasada en medio de profundos pensamientos, lleg la mañana. Hab a pasado la tempestad, el cielo estaba claro, y las montaaas y las campiaas reflejaban los rayos del sol. Al volver a la ciudad sent aquel despertar espiritual del que habl Yussef. Sent estremecer todas las fibras de mi ser por un temblor que era visible y, cuando me calmó todo era belleza y perfecci n a mi alrededor. Despu  de haber estado cerca de algunas personas y haber odo sus voces y observado sus actos, me detuve y me dije:

-S , el despertar espiritual es lo esencial, lo fundamental en -la vida del hombre y la nica finalidad de su existencia.

Nunca m  vi a Yussef El Fakhri, pues, a causa de mis esfuerzos por atender los males de la civilizaci n, la Vida me expuls del Norte del Libano durante aquel mismo otoño y tuve que vivir en el exilio de un pa s lejano, que tambi n ten a sus tempestades... Y llevar una vida de eremita en ese pa s extranjero es una especie de locura gloriosa, pues su sociedad tambi n está enferma ...

LA HECHICERA

 Hacia d nde me llevas, oh, hechicera?

 Hasta cu do te seguir  por este camino escarpado, cubierto de espinas, que serpentea entre las piedras y lleva mis pies á la cumbre y a mi alma conduce al abismo?

Seguir  la orla de tu vestido. Te seguir  como un niño sigue a su madre, olvidado de mis sueaas, absorbido por tu belleza, distra do por las sombras que flotan sobre mi cabeza, atra do por la fuerza misteriosa que se esconde en tu cuerpo.

Detente un instante y d ame contemplar. tu rostro. Mrame un momento; quiz  descubra en tus ojos los secretos de tu coraz n y, en tus facciones, los enigmas de tu alma.

Detente un instante, oh, hada. Estoy cansado de andar y mi alma teme a los peligros del camino. Detente. Ya alcanzamos la encrucijada donde la vida y la muerte se encuentran.

Y no dará un paso m  hasta que mi alma no descubra las intenciones de tu alma y mi coraz n discierna los secretos de tu coraz n.

Oye,  oh, hada hechicera!

Yo era hasta ayer, un pájaro libre que se mov a entre los arroyos y flotaba en el espacio y, al atardecer se posaba en los  boles y contemplaba los palacios y los templos de la ciudad y las nubes coloridas que el sol construy en el crepusculo y destruy en el ocaso.

Yo era como el pensamiento, que recorre, solo, las tierras de Oriente y Occidente, alegre con las bellezas y las delicias de la vida y sondeando los secretos y misterios de la existencia.

Yo era como un sueo: caminaba en las tinieblas de la noche y entraba por las ventanas en las alcobas de las vrgenes adormecidas y jugaba con sus sentimientos. Despu  pasaba por los lechos de los j venes y excitaba sus deseos. Y me sentaba cerca de los viejos y analizaba sus pensamientos. Hoy, habiéndome encontrado, oh, hechicera, y habiendo absorbido el veneno de tus besos, me he transformado en prisionero que carga sus cadenas sin rumbo conocido. Y me transform  en borracho que clama por el vino que rob su voluntad y besa la mano que le dio bofetadas.

Detente un instante, oh, hechicera, ya recuperó mis fuerzas y quebró las cadenas que

aprisionaban mis pies y derramó la copa en que bebía el veneno que me deleitaba.
¿Qué quieres que hagamos? ¿Qué camino quieres que caminemos?
Reconquisté mi libertad.

¿Me aceptarás como compañero libre, que mira el sol con párpados firmes y toma el fuego con dedos que no temen?

Abr nuevamente mis alas. ¿Me aceptas, como amigo, que pasa los días entre montañas como el águila y, las noches durmiendo en el desierto como un león?

¿Te satisfarás con el amor de un hombre para quien el amor es un comensal y no un dueño?

¿Aceptarás la pasión de un corazón que desea, mas no se entrega: y que quema, mas no se derrite?

¿Aceptarás un amigo que no esclaviza ni se deja esclavizar? He aquí, entonces, mi mano; tú mala en tus hermosas manos. He aquí mi cuerpo, apréndalo con tus brazos suaves. He aquí mi boca, bésala largamente, profundamente, silenciosamente.

ENTRE NOCHE Y DÍA

Calla, corazón mío. Pues el espacio no escucha tu voz.

Calla, pues el Viento, cargado de lamentaciones y gemidos, no llevará tu canción y la procesión de tinieblas no se detiene frente a tus sueños.

Calla, corazón mío. Calla hasta que llegue el día. Pues quien aguarda el día con paciencia, lo hallará. Y quien ama la luz, será amado por la luz.

Calla, corazón mío, y yeme.

Vi, en sueños, un ruiseñor cantando sobre el cráter de un volcán vomitando lava.

Y vi un lirio alzarse erecto por encima de la nieve. Y vi un hada danzando entre las tumbas.

Y vi un niño jugando con cráneos y riendo.

Vi todas esas imágenes en sueños y, al despertar miré a mi alrededor. Y vi el volcán en actividad, pero no vi al ruiseñor, ni lo oí.

Y vi al cielo derramando nieve sobre los campos y los valles enterrando bajo sus blancas mortajas los cuerpos de los lirios.

Y vi hileras de tumbas con sus lápidas erectas frente al silencio de los siglos; pero, en medio de ellas, nadie danzaba ni rezaba.

Y vi un montículo de cráneos, pero nadie reía allí, tan sólo el viento.

En mi despertar sólo vi tristezas y llantos. ¿Adónde fueron las alegrías del sueño? ¿Y su esplendor y sus imágenes? ¿Y cómo puede soportar el alma hasta que el sueño le devuelva la sombra de sus esperanzas y aspiraciones?

Presta atención, corazón mío, a lo que estoy diciendo. Ayer mi alma era un árbol fuerte y sus raíces penetraban profundamente la tierra y sus ramas alcanzaban el cielo.

Y mi alma floreció en primavera y dio sus frutos en verano. Y, cuando llegó el otoño, recogí los frutos en bandejas de plata y coloqué las bandejas en los caminos públicos y los transeúntes los tomaban, los comían y seguían su camino.

Al finalizar el otoño, miré mis bandejas y sólo vi en ellas un fruto, que dejaban los transeúntes. Lo tomé lo comí, y lo encontré amargo como la hiel, ácido como uva verde. Y le dije a mi alma:

"¡Ay de mí! Puse maldición en la boca de las personas y odio en sus estómagos. ¿Qué hiciste, alma mía, con la dulzura que tus raíces sorbieron de lo profundo de la tierra y qué con el perfume que tus ramas bebieron de la luz del sol?"

Después, arranqué el  bol de mi alma, por mí fuerte y a so que fuera.
Lo arranqué con sus races de la tierra donde hab  brotado y crecido; lo arranqué de su propio pasado y lo despojó del recuerdo de mil primaveras y de mil otoños.
Después, plant  el  bol de mi alma en una nueva tierra. Lo plant  en un campo distante, apartado de los caminos del tiempo. Y lo cuid  diciendo: "Las vigili s nos aproximan a las estrellas." Y lo regu  con mi sangre y mis lágrimas diciendo: "En la sangre hay sabor y en las lágrimas dulzura." Y, cuando volvió la primavera, mi alma floreció de nuevo. Y en el verano dio sus frutos.
Y cuando llegó el otoño, recogí los frutos maduros en bandejas de oro y coloqué las bandejas en la encrucijada de las calles. Y muchos transeúntes pasaron, pero ninguno extendió su mano para tomar uno.
Tom  entonces un fruto y lo comió. Y era dulce como la miel y sabroso como elixir y m  suave que el vino de Babilonia y m  perfumado que el aliento de un jazmín. Grit  entonces:
"Los hombres no quieren la Bendición en sus bocas, ni la Verdad en sus corazones, porque la Bendición es hija de las lágrimas y la Verdad es hija de la sangre.
Y regres . Y me sent  a la sombra del  bol de mi alma en un campo apartado del camino de los hombres.
C ate, corazón mo, c ate hasta que llegue el día. C ate, pues el espacio está repleto del olor de los cadáveres y no absorberá tu aliento.
Oye, corazón mo, mis palabras.
Ayer, mi pensamiento era un velero que oscilaba de uno a otro lado con las olas y se mov  a placer de los vientos, de una a otra playa.
Y el velero de mi pensamiento carecía de todo. Tan sólo poseía siete frascos llenos de tintas de siete colores distintos, como el arco iris.
Un día, harto de viajar por los mares, decidí volver, con el velero de mi pensamiento, a la tierra donde nací.
Y comencé a pintar mi velero con color amarillo como el sol y verde como el corazón de la primavera; azul como el techo del cielo y rojo como el horizonte en llamas y dibuj  sobre las velas y el timón formas fantasiosas que atraían la mirada y encantaban la imaginación. Y, al terminar mi trabajo, mi velero semejava la visión de un profeta vagando entre dos infinitos: el mar y el cielo. Entr  entonces, en el puerto de mi tierra y, todo el pueblo salió a mi encuentro con aleruzas y regocijo y me condujeron a la ciudad, al son de trompetas y tambores.
Hicieron todo esto, porque el exterior de mi velero era colorido y atrayente, pero nadie entr  en el interior del velero de mi pensamiento.
Y ninguno previó qu  había traído de otros puertos en mi velero.
Y nadie supo que lo había traído vacío, al puerto. Entonces, me dije a mí mismo: "A todos engaa . Y con siete fraseos de colores, ilusion  sus ojos y su imaginación. Un año después me embarqué nuevamente, en mi velero. Visit  las islas de Oriente y all  recogí mirra, sándalo y  nbar.
Y fui a las islas de Occidente donde recogí polvo de oro; marfil, esmeraldas y todas las demás piedras preciosas.
Y fui a las islas del Norte y en ellas cargué sedas y bordados.
Y a las islas del Sur, de donde traje las espadas y los escudos m  perfectos y toda variedad de armas.
Llen  el velero de mi pensamiento con todas las cosas valiosas y llamativas de la tierra. Y retorn  al puerto de mi patria, pensando: "Ahora mi pueblo me glorificar  con razón

y me recibí con regocijo merecido."

Mas, cuando llegué al puerto, nadie salió a mi encuentro. Y recorrí las calles de la ciudad sin que nadie me prestara atención.

Y hablé en las plazas públicas enumerando los tesoros que había traído. Pero la gente me miraba con desprecio o se burlaba de mí, y seguí a su camino.

Volví al puerto, triste y perplejo y, cuando vi mi barco, me di cuenta de algo que no había percibido antes y exclamé entonces: "Las olas del mar borraron la pintura del casco de mi velero. El parece ahora un esqueleto. El calor del sol y los vientos y la espuma del mar, borraron los dibujos coloridos de sus velas y ellas parecen, ahora, harapos de color ceniza."

Había reunido los tesoros del mundo y, con ellos en mi barco, volví a mi pueblo; pero yo renegé de mí, pues sus ojos sólo vieron las apariencias.

En aquel momento, dejé el velero de mi pensamiento y fui a la ciudad de los muertos y me senté en medio de las tumbas pintadas de blanco, a meditar sobre sus secretos.

¡Átate, corazón mío, hasta que llegue el día.

¡Átate, pues la tempestad se reñe de tus profundidades y las grutas del valle no repetirán el eco de las vibraciones de tus cuerdas.

¡Átate, corazón mío, hasta que llegue el día. Quien espera por el día con paciencia, será abrazado con caricias por la aurora.

He aquí que el día llega, habla, corazón mío, si es que puedes.

He aquí la procesión del día, corazón mío. ¿Habrá dejado el silencio de la noche alguna canción en tus profundidades, para acoger al día?

Las bandadas de palomas y ruiseñores, esbozan, volando de un lugar a otro, los cantos del valle. ¿Habrá dejado los temores de la noche, bastante fuerza en tus alas como para que puedas volar?

Los pastores llevan sus rebaños a los verdes campos. ¿Habrá dejado los fantasmas de la noche, bastante energía en tus piernas como para continuar tu camino?

Muchachos y muchachas caminan despacio rumbo a los viñedos. ¿Por qué no te levantas y caminas con ellos? Levántate, corazón mío. Levántate y camina con el día, pues la noche ya se fue y con ella los temores.

Levántate, corazón mío, y eleva en tu voz una canción. Quien no participa de las canciones del día se incluye entre los hijos de la noche.

EL SEPULTURERO

En el terrible silencio de la noche, luego que las estrellas y la Luna desaparecieron tras el inmenso velo de oscuras nubes, caminé solo y atemorizado, por el Valle de las sombras de la Muerte.

Al llegar la medianoche cuando los espectros comenzaron a salir de sus escondrijos, o pasos pesados que se aproximaban a mí. Volví la cabeza y vi un fantasma gigantesco que me contemplaba.

-¿Qué quieres de mí? -grité asustado.

La sombra clavó en mí sus ojos, incandescentes como antorchas; y respondí enigmáticamente: -No quiero nada y quiero todo.

-Dámame en paz y prosigue tu camino -exclamé

-Mi camino es tu camino -respondí sonriendo-. Ando mientras andas y me detengo cuando te detienes.

-Vine aquí en busca de soledad, no la perturbes -dije.

-Yo soy la soledad. ¿Por qué me temes? -me contestó .

-No te temo -respondió .

-¿Por qué entonces, tiembles como avechilla con frío? -dijo.

-El viento agita mis ropas. No tengo miedo -respondió .

Soltó una carcajada estruendosa como un vendaval.

-Tu miedo es doble -dijo-, pues me temes y temes tener miedo. Y tratas de esconder tu miedo tras un velo más frágil que una telaraña. Me diviertes y me irritas al mismo tiempo.

Dicho esto, se sentó en una piedra. Me sentó yo también, de mal grado, y contempló sus trazos altivos. Después de unos instantes, que parecieron mil años, me miró con ironía y me preguntó :

-¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre es Abdala, que quiere decir Siervo de Dios.

-¡Cualitos se dicen siervos de Dios! -exclamó, riendo. Y sólo sirven de pesares para Dios. ¿Por qué no te llamas "señor de diablos" y agregas un mal a las desgracias de los demonios?

-Mi nombre es Abdala. Me gusta y me fue dado por mi padre cuando nací. No lo cambiaré por ningún otro.

-La infelicidad de los hijos está en lo que reciben de sus padres -dijo-. Quien no renuncia al legado de sus padres y abuelos, será esclavo de los muertos hasta que se vuelva a su vez un muerto.

Inclinó la cabeza y meditó. Y me pareció haber tenido sueños en que oía palabras similares.

-¿Cuál es tu profesión? -volví a interrogarme.

-Soy poeta y escritor -respondió-. Tengo opiniones sobre la vida y las comunico a los hombres.

- ¡Qué profesión obsoleta y superada! -dijo-. Ni beneficia ni perjudica a los hombres.

-¿Y cómo emplearás mis días y mis noches en beneficiar a los hombres? -preguntó

-Hazte sepulturero -respondí -, para librar a los vivos de los cadáveres que se amontonan alrededor de sus casas y templos y tribunales.

-No he visto cadáveres abandonados en esos sitios -observó

-Te miras con ojos velados por la ilusión -contestó -. Al ver a los hombres agitarse en la tempestad, piensas que viven, cuando en realidad están muertos desde el mismo día en que nacieron. Mas no hubo quien los enterrara y quedaron sobre la tierra exhalando pudrición.

El miedo comenzaba a abandonarme.

-¿Y cómo distinguir los vivos de los muertos si todos se agitan en la tempestad? -preguntó

-El muerto se agita en la tempestad, mas el vivo camina con ella y sólo se detiene cuando ella se detiene -respondí . Se reclinó sobre su brazo y vi sus músculos poderosos, retorcidos como las raíces de un roble. Después me preguntó :

-¿Eres casado?

-Sí, respondió, y mi mujer es muy hermosa y yo estoy muy enamorado de ella.

-¡Cualitos crímenes y maldades has cometido...! -objetó -. El casamiento es la sumisión del hombre a la fuerza del hábito. Si quieres ser libre, divórciate y vive sin lazos.

-Es que tengo tres hijos -respondí -, y el más pequeño apenas sí pronuncia una palabra.

¿Qué haré con ellos?

-Enséñales a cavar tumbas y dalelos en paz consigo mismos -respondí .

-No soporto vivir solo -dijo entonces-. Estoy habituado a gozar de la vida con mi mujer y con mis hijos. Si los abandonara la felicidad me abandonaría.

-El hombre que vive con su mujer y sus hijos dijo- habita una negra infelicidad pintada de blanco. Si crees indispensable casarte, cáete con un hada.

-Las hadas no existen -respondí, sorprendido-. ¿Por qué me engañas?

-¡Cómo eres de tonto! -dijo-. Si las hadas existen realmente. Y fuera del mundo de las hadas es donde existen las dudas y el equívoco.

-¿Y las hadas, son hermosas? -preguntó

-Su belleza no se esfuma y su gracia es eterna -respondí .

-Muéstreme una de ellas para que pueda creerte -le dije.

-Si pudieras ver y tocar a las hadas -respondí -, no te aconsejaría que te casaras con una de ellas.

-¿Y qué utilidad tendría, para un hombre, una esposa que no puede ver ni tocar?

-La utilidad no sería para un hombre sino para todos -respondí -. Pues con tal casamiento desaparecerían, poco a poco las criaturas que se agitan en la tempestad y no andan con ella.

Y después de un momento me preguntó .,

-¿Y cuál es tu religión?

-Creo en Dios y honro a sus profetas -respondí -. Amo a la virtud y anhelo la vida eterna.

-Esas son fórmulas que las generaciones pasadas vienen repitiendo desde siempre -dijo- y la imitación deposita en tus labios. En realidad, tú sólo crees en ti mismo y sólo te honras a ti mismo y sólo anhelas tu propia inmortalidad. Desde el principio, el hombre adora su propio ego poniéndole diversos nombres, de acuerdo a sus inclinaciones y aspiraciones, llamándole Baal, Júpiter o Dios.-Y rompí a reír con sorna, diciendo:-Lo más extraño, es que sólo adoran sus egos, aquellos cuyos egos son cadáveres descompuestos.

Meditó un minuto sobre estas terribles palabras, más extrañas que la vida, más terribles que la muerte y más profundas que la verdad. Y sentí el deseo incontrollable de descubrir el secreto de este ser extraordinario. Y lo interrogué

-Si crees en Dios, te conjuro en su nombre. Dime, ¿quién eres tú? ¿Tienes una religión o un Dios?

-Mi nombre es el Dios Loco -me respondí entonces_. Nací en todo tiempo y en todo lugar. Yo soy mi propio dios. Y no soy sabio, pues la sabiduría es la debilidad de los débiles. Yo soy fuerte y la Tierra se sacude a mi paso y, cuando me detengo, la procesión de las estrellas se detiene conmigo. Me burlo de los hombres ... y acompaño a los genios de la noche. De ellos y de las hadas aprendo los secretos de la existencia y la no existencia. Soy un loco.

-Y, ¿qué haces en estos montes escarpados? -preguntó

-Maldigo al sol por la mañana y a la Humanidad al mediodía. Por la tarde me burlo de la Naturaleza y, al llegar la noche, me arrodillo delante de mí mismo y me adoro. Me alimento de cuerpos humanos y bebo su sangre para saciar mi sed y, con sus últimos suspiros perfumo mi aliento. Como el tiempo y el mar, jamás duermo ni descanso. Y tú, no te engañes, tú eres mi hermano y vives como yo vivo. ¡Vuelve de nuevo a tu tierra y continúa adorándote a ti mismo entre los muertos en vida!

Se levantó, cruzó sus brazos y, mirándose a los ojos, agregó :

-¡Hasta la vista! Ya me voy hacia donde se reúnen colosos y gigantes -y se perdió entre las tinieblas.

Yo, tambaleante, me desplomé como narcotizado. Dudaba de lo que habían escuchado mis oídos y de lo que habían visto mis ojos. Había sufrido con sus verdades. Me levanté y vagué el resto de la noche perdido en melancólicas meditaciones.

Al día siguiente me separé de mi mujer y me casé con un hada. Después, entregué a cada uno de mis hijos, una pala y les dije:

-Partan. Y cada vez que vean un muerto, entiérenlo. Y busquen una pala para mí mismo y me dije:

-Cava, profundamente, ahora y siempre, cada tumba de cada muerto en vida que encuentres en tu camino.

Y, desde aquel día, he estado sepultando cadáveres, pero son muy numerosos los muertos en vida, y no tengo ayuda y estoy muy solo...

VIERNES SANTO

Hoy, y en cada Viernes Santo, el hombre despierta de su profundo sueño y se pone de pie ante la sombra de las edades, y, con los ojos llenos de lágrimas mira hacia el Gólgota contemplando a Jesús el Nazareno clavado en su cruz... Pero cuando el sol se pone y anochece, vuelve a ponerse de rodillas para adorar a sus dolos cotidianos, levantados en todos los rincones de su vida.

Hoy, las almas de los cristianos volan alas del recuerdo, vuelan hasta Jerusalén. Allí se aglomeran en multitudes golpeándose el pecho, para contemplar al Crucificado con su corona de espinas, extendiendo los brazos hacia el infinito y penetrando el velo de la Muerte para alcanzar la profundidad de la Vida...

Pero, cuando el telón de la noche descende sobre el escenario del día, dando por finalizado el breve drama, los cristianos vuelven y, en grupos, se pierden entre las sombras del olvido, hundiéndose en la ignorancia y la indolencia.

En este mismo día de cada año, los filósofos dejan sus grutas tenebrosas, los pensadores abandonan sus fras celdas y los poetas se alejan de sus torres de marfil y todos, en el Monte del Calvario, escuchan reverentemente las palabras de aquel hombre, joven aún, diciendo: "Perdónalos Padre, pues no saben lo que hacen."

Más, apenas las tinieblas del silencio apagan las voces de la luz, los filósofos, los pensadores y los poetas regresan a la estrechez de sus preocupaciones y se sumergen en las páginas de su vana literatura.

Las mujeres que pierden el tiempo con los esplendores de la vida, abandonan el confort de sus mullidos cojines para ver a la mujer, triste y angustiada que se acerca a la cruz y allí se queda como una pequeña plantita desamparada frente a la tempestad devastadora y, cuando se aproximan a ella, escuchan su profundo lamento, su penoso llanto...

Los jóvenes, que se dejan llevar por la corriente de la vida sin saber adonde van, se detienen hoy, por un instante, para contemplar a Magdalena lavar con sus lágrimas la sangre que mancha los pies del hombre erguido entre el cielo y la tierra. Pero, cuando se cansan del espectáculo, desvan los ojos y retornan a la corriente entre carcajadas, para ser arrastrados nuevamente.

En este mismo día, cada año, la Humanidad se despierta con el despertar de la primavera y se echa a llorar frente al Nazareno sufriente, más luego, cierra los ojos y retorna a su profundo sueño. Pero la primavera permanecerá despierta, sonriente y festiva hasta que llegue el verano, con sus dorados ropajes.

La Humanidad es una plaçidera que se deleita en lamentarse por los héroes muertos. Si

fuera hombre, se regocijara por sus grandezas y por sus glorias.

La Humanidad ve a Jesús naciendo y viviendo como un pobre, humillado como un débil, y tiene piedad de Él, pues fue crucificado como un criminal... Todo lo que la Humanidad tiene para ofrecerle son lágrimas y lamentos. Durante siglos la Humanidad viene adorando la debilidad en la persona del Señor. Los hombres no comprenden el verdadero sentido de la fuerza.

Jesús, no vivió una vida de miedo ni murió sufriendo y quejándose. Él vivió como un rebelde, fue crucificado como un revolucionario y murió con un heroísmo que atemorizó a sus torturadores.

Jesús, no fue un ave con alas rotas, sino una tempestad que rompe con su fuerza todas las alas torcidas.

Jesús no vino del mundo para hacer del dolor un símbolo de la vida, sino para hacer de la vida el símbolo de la verdad y la libertad.

Jesús, no tuvo miedo de sus perseguidores ni sufrió frente a sus asesinos. Él, era libre, valiente y osado. Desafiaba a tiranos y déspotas y opresores. Y cuando ve a pestes infectadas, las punzaba. Y acallaba la voz del Mal, destruía la Falsedad y ahogaba la Traición.

Jesús no vino desde el círculo de la luz para destruir hogares y construir sobre sus ruinas conventos y monasterios. Él, vino a esta tierra para insuflar un espíritu nuevo, que destruye con su poder, las monarquías construidas sobre huesos y calaveras humanas. Él vino para demoler los palacios majestuosos construidos sobre las tumbas de los débiles y derrumbar los dolos asentados sobre los cuerpos de los miserables.

Él vino para hacer del corazón un templo, del alma un altar y del espíritu un sacerdote. Esa era la misión de Jesús y esas las enseñanzas por cuya causa fue crucificado. Y si la Humanidad fuera sensata, ella se alzaría hoy, y cantaría, vigorosa, el canto del triunfo y la victoria.

Oh, Jesús crucificado, que contemplas, triste desde el Golgota, la procesión de los siglos y oyes el clamor de las naciones y comprendes los sueños de la Eternidad. ¡Tú eres, en la cruz, más glorioso y digno que mil reyes en mil tronos de mil imperios!

¡Tú eres, en la agonía de la muerte, más poderoso que mil generaciones en mil guerras!

Y en tu tristeza, más alegre que la primavera con sus flores...

Y en tus dolores, más sereno que los ángeles del cielo.

Y cautivo, en manos de tus verdugos, eres más libre que la luz del sol y más firme que una montaña.

Y tu corona de espinas, es más esplendorosa y brillante que la corona de Brahma...

Y el clavo que atraviesa tu mano, es más imponente que el cetro de Júpiter.

Y las gotas de sangre que se deslizan en tus pies, más resplandecientes que el collar de Venus.

Perdona la debilidad de los que Te lamentan hoy, pues ellos no saben lamentarse por sí mismos...

Perdónalos, pues no saben que conquistaste a la muerte con la muerte y diste vida a la muerte...

Perdónalos, pues no saben ellos que todo día es tu día...

EL POETA DE BAALBECK

1. En la ciudad de Baalbeck, Año 112 a.C.

El Emir estaba sentado en su trono de oro, rodeado de Lámparas brillantes y turferos ricamente trabajados. El incienso perfumaba todo el palacio. A la derecha del Emir se sentaban los altos dignatarios civiles, a la izquierda, los sacerdotes, y, de pie, inmóviles, estaban los guardias y los esclavos, semejando estatuas de bronce.

Después que los cantores entonaron sus himnos, un anciano Visir se prosternó frente al soberano y, con voz trémula a causa de la edad dijo:

-Oh, grande y generoso Príncipe, ayer llegó a nuestra ciudad un sabio proveniente de la India. Predica doctrinas extrañas de las que amamos hablar, como la de la transmigración de las almas. Dice, O, que las almas encarnan, generación tras generación, en cuerpos diferentes hasta alcanzar la perfección y elevarse hasta el nivel de los dioses. Y pide ser presentado ante ti, para exponer sus ideas.

El Emir meneó la cabeza y sonriendo dijo:

-De la India nos llegan muchas cosas extrañas y maravillosas. Invita a ese sabio para que podamos oír sus palabras de sabiduría.

Apenas pronunciadas estas palabras, un hombre de cierta edad, moreno, imponente, de grandes ojos y facciones serenas, entró en el recinto con paso digno y se detuvo frente al Emir.

Después de inclinarse y pedir permiso para hablar, levantó la cabeza y comenzó a exponer su doctrina. Sostuvo que las almas pasan de un cuerpo a otro evolucionando por la experiencia obtenida en cada existencia, impulsadas por la búsqueda de un esplendor que las estimula y las hace crecer en amor.

Luego, se demoró explicando la forma en que las almas encarnan en uno y otro cuerpo y cómo expían en cada vida, los errores y crímenes cometidos en la anterior, como si cosecharan en un paso lo que sembraron en otro.

Observando que la conferencia se prolongaba más de lo esperado y que el rostro del Emir mostraba señales de cansancio, el viejo Visir sugirió al sabio hindú que dejase su exposición para continuarla en otra oportunidad.

Entonces, el visitante abandonó su discurso y tomó asiento entre los dignatarios civiles, cerrando ligeramente los ojos, como cansado de contemplar los abismos de la vida.

Después de un profundo silencio, semejante al éxtasis de un profeta, el Emir, miró a derecha e izquierda como buscando a alguien, y luego preguntó:

-¿Dónde se encuentra nuestro poeta? Hace muchos días que no lo vemos. ¿Qué le ha ocurrido que no concurre a nuestras reuniones?

-Yo lo vi hace una semana sentado en el pórtico del templo de Ishtar -respondió un sacerdote-, mirando con ojos tristes hacia el infinito, más allá del crepúsculo, como si contemplase uno de sus poemas flotando sobre las nubes.

Y un gran dignatario agregó:

-Y yo lo vi ayer parado a la sombra de los Álamos y los cipreses. Lo saludé mas no me prestó atención y permaneció como sumergido en el mar profundo de sus pensamientos y meditaciones.

Y el Gran Eunuco completó:

-Y yo lo vi, hoy, en el jardín del palacio, con el rostro pálido y abatido, suspirando profundamente y con los ojos llenos de Lágrimas.

-Buscad inmediatamente a quien tanto nos preocupa con su ausencia -ordenó entonces el Emir.

Obedeciendo la orden, guardias y esclavos, salieron del recinto en busca del poeta. Mientras tanto, el Emir y sus dignatarios, que permanecían reunidos aguardando su retorno, parecían sentir, en sus espíritus, la presencia invisible del poeta.

Poco después regresó el Gran Eunuco quien cayó totalmente extendido a los pies del Emir cual parecía herido por la flecha de un cazador. El Emir, al verlo, exclamó :

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tienes que decir?

El Gran Eunuco levantó entonces, la cabeza y, con voz triste y temblorosa dijo:

-Hemos encontrado al poeta, muerto, en el jardín del palacio.

Oyendo esto, el Emir se levantó apesadumbrado y avanzó, apresurado, en dirección al jardín. Todos los dignatarios lo seguían.

Al final del parque, bajo los almendros, la luz amarillenta de las antorchas mostraba a los ojos de los presentes, un cuerpo inanimado, extendido sobre la gramilla como una rosa marchita.

-Mirad como está abrazado a su lira -dijo un cortesano-. ¡Parecen dos amantes que juraron morir juntos!

-Aún tiene los ojos abiertos -agregó otro- como los tuvo en vida, clavados en el corazón del espacio, contemplando los invisibles movimientos de un dios desconocido en medio de los lejanos planetas.

Finalmente, el Sumo Sacerdote se dirigió al Emir:

-Lo sepultaremos mañana con las honras de un gran poeta, a la sombra del templo de Ishtar. Convocaremos a todo el pueblo para la procesión fúnebre; los jóvenes cantarán sus poemas y las vírgenes derramarán flores sobre su tumba.

El Emir, sin quitar los ojos del rostro del poeta, ya pálido por el frío de la muerte, moviendo la cabeza con pesar dijo:

-Nosotros, menospreciamos esta alma pura mientras vivía e inundaba el universo con los frutos de su inspiración y esparcía en el aire la fragancia magnífica de su espíritu. Si no le rendimos homenaje ahora, seremos escarnecidos y ridiculizados por los dioses y por las ninfas de valles y praderas.

"Lo enterraremos en este mismo sitio donde exhaló su último suspiro, con la lira amada entre sus brazos. Y, si alguno entre vosotros quiere rendirle homenaje, que al regresar a su casa, cuente a sus hijos, que el Emir fue la causa de la muerte del poeta, pues no le prestó debida asistencia, dejándolo morir solo y abandonado.-Después, mirando alrededor de sí, preguntó :-¿Dónde está el sabio llegado de la India?

Y el sabio se adelantó, diciendo:

-¡Heme aquí, oh, Gran Príncipe!

-Dime, oh, sabio -preguntó el Emir-, ¿acaso los dioses me harán volver a este mundo como Príncipe y traerán también al poeta muerto, como poeta? ¿Mi espíritu, reencarnará en el cuerpo del hijo de un gran rey y, el alma del poeta será conducida hacia el cuerpo de otro genio? ¿La ley sagrada, lo retornará para que, frente a la eternidad, componga nuevamente sus versos honrando a la vida? ¿Retornará, para que yo pueda cubrirlo de honores y rendirle los tributos que merece y alegrar su corazón y su vida?

Y el sabio respondió :

-Todo lo que las almas anhelan, las almas lo alcanzarán, pues la ley que nos devuelve el esplendor de la primavera después del invierno, también te devolverá Príncipe glorioso y lo devolverá gran poeta.

Se animó, entonces, el rostro del Emir y su alma se vivificó. Y se encaminó hacia el palacio, recordando y meditando las palabras del sabio hindú : "Todo lo que las almas anhelan, las almas lo alcanzarán."

2. En la ciudad de El Cairo, Año 1912 d.C.

Se alz la luna llena derramando sus reflejos de plata sobre la ciudad. El Prncipe contemplaba, desde el balc n de su palacio, el lmpido cielo. Meditaba acerca de los siglos que hab an pasado sobre aquellas m /Egenes del Nilo, interpretaba los hechos de reyes y conquistadores o imaginaba la procesi n de pueblos desde las pir /Enides hasta el palacio de Abedine.

Como el crculo de sus pensamientos se hab a ampliado tanto que ya tocaba el crculo de sus propios sue os, mir hacia el compa ero que ten a a su lado y le dijo:

-Mi alma tiene sed, rec tame un poema.

Y el compa ero comenz a declamar los versos de un poema pre-isl /Enico. Pero, antes que avanzara mucho en el recitado, el Prncipe lo interrumpi :

-Declama algo m /E reciente, m /E moderno...

Su compa ero comenz , entonces, a declamar los versos de un poeta Hadramout. Pero, nuevamente lo interrumpi el Prncipe:

-Deseo algo m /E reciente, mucho m /E reciente.

El recitante levant la cabeza y puso su mano en ella, como tratando de ayudarse a recordar poemas de autores contempor /Eos. Repentinamente, su rostro se ilumin , y sus ojos se tornaron m /E vivos y se puso a entonar unos versos rom /Euticos, con un ritmo doliente lleno de encanto. El Prncipe, como si manos invisibles lo hubieran elevado hacia el cielo pregunt :

-¿De qui n son esos versos?

-Del poeta de Baalbeck -dijo el poeta.

-Del poeta de Baalbeck -repiti el Prncipe; y el nombre vibr en sus o dos y lleg a su alma, despertando en ella a los fantasmas de antiguos recuerdos, dibujando frente a los ojos de su coraz n, en la niebla del tiempo, el cuadro de un joven muerto, abrazado a su lira y rodeado de altos dignatarios de una corte.

Y como los sue os que son disipados por la luz del despertar, as huy de los ojos del Prncipe la visi n que contemplaba. Se puso de pie junto con el recitador y, mientras caminaban, repet a para s las palabras de Mahoma: "Estabas muerto y El te resucit . Y El te retornar /E a la muerte nuevamente y nuevamente a la vida. S lo entonces retornar /E a El." Se volvi hacia su compa ero y le dijo:

-Tenemos suerte de tener al poeta de Baalbeck en nuestro pas. Y es nuestro mayor deber darle nuestro homenaje y prestarle nuestra ayuda.

Y luego de unos instantes, presididos por el respeto y el silencio, el Prncipe agreg :

-El poeta es un ave de extra o comportamiento. Desciende desde su cielo para cantar entre nosotros y, si no lo honramos, n extender /E sus alas y alzar /E vuelo hacia su patria. Y, cuando termin la noche y el firmamento se quit su vestido adornado con estrellas para ponerse otro, tejido con los rayos de luz de la aurora, el alma del Prncipe flotaba embelesada por los misterios de la vida.

EL CONFLICTO

Raquel despert a medianoche, abri sus ojos y los fij en el techo de su cuarto por unos instantes. O a una voz m /E suave que los murmullos de la vida y m /E l gubre que la invitaci n del Abismo, m /E tierna que el susurro de un par de alas... Ella vibr esperanzada, con alegr a y tristeza, con amor a la vida y con deseos de morir. Raquel cerr sus ojos, suspir profundamente y dijo con voz entrecortada:

-La madrugada alcanz los confines del valle, debemos ir en direcci n al sol para encontrarlo.

El sacerdote se aproximó a su lecho y tomó su mano; la halló fría como la nieve. Y, cuando aturdido, buscó su corazón, lo encontró inmóvil y silencioso. El sacerdote inclinó la cabeza desesperado. Sus labios temblaron, como queriendo pronunciar una palabra divina que sería repetida por las sombras de la noche en aquellos valles solitarios y agrestes.

Después de cruzarle los brazos sobre el pecho, el Padre miró hacia un hombre sentado en el rincón más oscuro del cuarto y, con voz bondadosa y tierna le dijo:

-Su amada ha penetrado en el gran círculo de luz. Ven, hermano mío, arrodíllmonos y oremos.

El pobre esposo levantó la cabeza, sus ojos se abrieron como contemplando lo invisible y su semblante se transformó como si hubiera hallado comprensión en el fantasma de un Dios desconocido. Reunió sus últimas fuerzas, se dirigió, reverente, hacia el lecho de su esposa y se arrodilló al lado del sacerdote, que oraba y lloraba haciendo la señal de la cruz.

Pasado un tiempo, el sacerdote colocó la mano sobre el hombro del marido herido por el dolor y le dijo, suavemente: "Ve, hermano mío, a recostarte en el cuarto contiguo, pues necesitas descansar.

Y el esposo se levantó, obediente, y se encaminó al otro cuarto, extendió su cuerpo cansado en una cama estrecha y, en pocos minutos, navegaba en el mar del sueño como una criatura que busca refugio en los brazos de la madre amorosa.

El sacerdote permaneció de pie, como una estatua, en medio del cuarto. Un extraño conflicto se había apoderado de su alma. Miraba con ojos llenos de lágrimas, ora hacia el cuerpo helado de la mujer, ora, a través de la cortina entreabierta, hacia el esposo, entregado a la seducción del sueño. Una hora más larga que la eternidad había transcurrido, y el sacerdote continuaba de pie, entre las dos almas separadas. Una, soñaba como los campos sueñan con la primavera después de la tragedia del invierno, la otra, descansaba eternamente. Entonces, se acercó al lecho de la muerta y se arrodilló, como en adoración frente a un altar. Tomó su mano fría, la llevó hasta sus labios temblorosos y miró largamente el rostro cubierto por la palidez de la muerte. Y, con voz tranquila como la noche, profunda como el mar y trémula como las esperanzas de los hombres, dijo:

-Raquel, Raquel, hermana de mi alma, ¡yeme! ¡Ahora, por fin, puedo hablar! La Muerte abrió mis labios y puedo revelarte mi secreto. El dolor desató mi lengua y puedo, ahora, contarte mi sufrimiento. ¡Oye el grito de mi alma, oh, puro espíritu, que aleteas entre la tierra y el infinito! Oye al oven que, cuando volvas de los campos, se esconda entre los árboles por miedo a la belleza de tu rostro. Oye al sacerdote dedicado a Dios, que te llama ahora, sin recelo, pues ya partiste hacia la Ciudad del Señor.

Y, habiendo abierto, así, su corazón, el sacerdote se inclinó y le dio tres largos besos sobre la frente, los ojos y el cuello, desbordante de amor y dolor, expresando su secreto amor y toda la angustia de muchos años. Después, buscó un oscuro rincón y se desplomó en el suelo, en tremenda agonía, como las hojas que en otoño se desprenden de los árboles; como si el frío rostro de la muerta hubiera despertado, dentro suyo, el arrepentimiento. Enseguida se compuso. Se arrodilló y murmuró suavemente, con el rostro escondido entre las manos:

-¡Dios, perdona mi pecado, perdona mi flaqueza, oh, Señor! Yo no podía ocultar, por más tiempo, aquello que ya sabías. Por siete años guardé escondidos en mi corazón los más íntimos secretos, hasta que el velo de la Muerte los reveló. Ay dame, oh,

Dios, a apagar ese recuerdo y perdona mi debilidad.

Sin mirar el cadáver, Ø continué llorando y lamentándome, hasta que llegó la aurora y lanzó su rosado velo sobre esas escenas terrestres, revelando el conflicto entre la Religión y el Amor, entre la Vida y la Muerte.

EL POETA

Soy ajeno a este mundo, y hay en mi exilio una severa soledad y una dolorosa tristeza. Estoy solo, pero en mi soledad contemplo un país desconocido y encantador, y esta visión llena mis sueños de espectros de una tierra grande y lejana que mis ojos nunca han visto.

Soy un extraño entre mi gente y no tengo amigos. Cuando veo una persona me digo a mí mismo, "¿Quién es Ø, y de qué manera lo conozco, y por qué está aquí, y qué ley me ha unido a Ø?"

Soy un extraño a mí mismo, y cuando oigo hablar en mi propia lengua, mis oídos se asombran de mi voz; veo a mi ser interior sonriendo, llorando, desafiando y temiendo; y mi existencia se pregunta sobre mi sustancia mientras mi alma interroga a mi corazón; pero yo permanezco ajeno, sumergido en un silencio tremendo.

Mis pensamientos son extraños a mi cuerpo, y al colocarme delante del espejo, veo algo en mi rostro que mi alma no ve, y encuentro en mis ojos lo que mi ser interior no encuentra.

Cuando camino con los ojos vacíos por las calles de la clamorosa ciudad, los niños me siguen, gritando: "Aquí hay un ciego. Dónosle un bastón para que encuentre su camino." Cuando huyo de ellos, me encuentro con un grupo de doncellas que aferran los bordes de mis ropas diciendo: "Es sordo como una tapia; llenemos sus oídos con la música del amor. Y cuando me escapo de ellas, una multitud de viejos me señala con dedos temblorosos diciendo: "Es un demente que enloqueció en el mundo de los genios y los espíritus."

Soy un extraño en este mundo; recorrí el Universo de punta a punta, pero no pude encontrar un lugar donde aposentar mi cabeza; ni conocí a ningún humano con el que pudiera confrontarme, ni a un individuo que pudiera escuchar mis pensamientos.

Cuando abro mis insomnes ojos al amanecer, me encuentro aprisionado en una oscura cueva de cuyo techo cuelgan insectos y por cuyo suelo se arrastran las víboras.

Cuando salgo a encontrar la luz, la sombra de mi cuerpo me sigue, pero la sombra de mi espíritu me precede y me guía hacia un lugar desconocido buscando cosas más allá de mi entendimiento, y asiendo objetos que no tienen sentido para mí. Cuando la marea se nivela, regreso y me acuesto sobre mi lecho, hecho de suaves plumas, y rodeado de espinas, y contemplo y siento los molestos y alegres deseos, y percibo con mis sentidos dolorosas y gozosas esperanzas.

A medianoche los fantasmas de los siglos pasados y los espíritus de la olvidada civilización entran por las grietas de la cueva a visitarme. Los contemplo y ellos me miran fijamente; les hablo y me contestan sonrientes. Luego trato de asirlos, pero se escurren entre mis dedos y desaparecen como la bruma que flota sobre el lago.

Soy un extraño en este mundo, y no hay nadie en el Universo que entienda mi lenguaje.

Fantasmas de recuerdos fantásticos cobran formas bitamente en mi mente, y mis ojos producen raras imágenes y tristes pesadillas. Camino por las desiertas praderas, observando los arroyos correr rápidamente, hacia arriba y arriba, desde las

profundidades del valle hasta la cima de la montaña; observo a los árboles desnudos florecer y dar frutos; y derramar sus hojas en un instante, y luego veo las ramas caer y convertirse en manchadas serpientes. Veo a los pájaros revoloteando en lo alto, cantando y lamentándose; luego se detienen y abren sus alas y se vuelven desnudas doncellas de larga cabellera, que me miran detrás de ojos pintarrajeados y lánguidos, y me sonríen con melosos labios sensuales, y alargan sus perfumadas manos hacia mí. Luego ascienden y desaparecen de mi vista como fantasmas, dejando tras de sí el resonante eco de su sarcástica y burlona risa.

Soy un extraño en este mundo... Soy un poeta que compone lo que la vida escribe en prosa, y que escribe en prosa lo que la vida compone.

Por esta razón soy un extraño, y permaneceré un extraño hasta que las blancas y amistosas alas de la Muerte me lleven a mi hogar en mi hermoso país. Allí, donde reinan la luz y la paz y el entendimiento, esperaré a los otros extraños que serán rescatados por la amistosa trampa del tiempo de este mundo estrecho y oscuro.

LA LIBRETA DEL DIABLO

1

Selman Effendi, es un hombre de treinta y cinco años de edad, cuerpo delgado, trajes elegantes, medias de seda y brillantes zapatos. Fuma cigarros caros y su mano suave y delicada carga un fino bastón incrustado con piedras preciosas y adornos de oro.

Selman come en los restaurantes más caros, se codea con la aristocracia y, en su magnífico carruaje tirado por caballos de pura sangre, se pasea por las calles habitadas por la clase alta.

La fortuna de Selman Effendi, no fue heredada de su padre, el cual (que su alma descansa en paz) era un hombre pobre. Tampoco la acumuló por medio de la perspicacia y continuas actividades en el mundo de los negocios. Pues él, estrellado de prejuicios y detesta el trabajo, consideraba el trabajo degradante en cualquiera de sus formas.

Una vez se lo oyó decir: "Mi cuerpo y mi temperamento no están hechos para el trabajo, el trabajo está hecho para los que tienen la mente pesada y el cuerpo torpe."

¿Cómo es, entonces, que Selman acumuló su riqueza? ¿A través de qué magia, el barro en sus manos se transformaba en oro y plata?

Este es uno de los secretos que contiene la Libreta de hojas de plata y que Azrael, el ángel de la Muerte, nos reveló a nosotros y que, ahora, nosotros revelamos.

Hace cinco años, Selman Effendi desposó a Faheema, viuda de Butros Nama, comerciante famoso por su honestidad, perseverancia y dedicación al trabajo.

Faheema tenía, entonces, cuarenta y cinco años de edad física y solamente dieciséis años de edad mental y emotiva. Aún ahora, tiñe sus cabellos y, usando cosméticos, trata de parecer joven y hermosa. Sin embargo no logra ver a su joven marido hasta después de medianoche. Y difícilmente consigue algo, excepto miradas despreciativas y palabras duras, de quien está muy ocupado y entretenido en gastar la fortuna que su primer esposo ganara con sudor y esfuerzo.

2

Adib Effendi, es un joven de veintisiete años, nariz grande y ojos pequeños, manos sucias y rostro no muy limpio, ropa remendada y mal arreglada, con manchas de grasa

y café

La apariencia desagradable de Adib no es debida a su pobreza, sino a su preocupación por cuestiones espirituales y teológicas. Y se lo ha oído, con frecuencia, citar la sentencia de Amin El Jundy: "La mente no puede dedicarse a dos cosas al mismo tiempo", según la cual un hombre no puede dedicarse, a la vez, a cuidar su persona y atender asuntos del intelecto.

Adib habla sin cesar y en cualquier sitio emite juicios acerca de cosas y personas. Después de investigarlo, hemos descubierto que concurrió dos años a una escuela de Beirut para estudiar Retórica; escribe poemas, ensayos y artículos que jamás llegaron a publicarse, lo cual justifica, diciendo que los lectores árabes son ignorantes y que la prensa está degenerada.

Ítimamente, Adib Effendi, se ocupa en estudios sobre filosofía antigua y moderna. Admira a Sócrates y a Nietzsche y saborea los dichos de San Agustín tanto como los de Voltaire y Rousseau. En una fiesta de casamiento, lo hemos oído discutiendo acerca de Hamlet; mas su conversación era un monólogo, ya que los demás preferían cantar y beber.

En otra ocasión, en un funeral, el tema de su conversación eran los poemas de amor de Ben Al Farid y la "vinología" de Abinawaas, mientras, alrededor de él, la familia del muerto lloraba y gemía apesadumbrada.

Muchas veces nos hemos preguntado: ¿Por qué existe Adib Effendi? y ¿por qué pasa tílmente sus días y sus noches en medio de libros viejos y manuscritos gastados? ¿No sería mejor que comprara un asno y se convirtiera en un saludable y tíl transportista?

Este es otro de los secretos contenidos en la Libreta de hojas de plata y que nos fuera revelado por Belcebú y que nosotros ahora revelamos.

Hace tres años, Adib Effendi compuso un poema en honor de Su Excelencia, el Obispo Joseph Shamoun y lo declamó en la residencia de Habib Bey Seluam. Después de lo cual, el Obispo se acercó a Adib y, poniendo una mano sobre su hombro, dijo sonriendo:

- ¡Bravo, hijo mío! ¡Dios te bendiga! No tengo dudas acerca de tu inteligencia, algo digno de ser uno de los hombres más grandes de Oriente.

3

Farid Bey Davis es un hombre de cuarenta años, alto, de cabeza pequeña y calva. Camina con paso pomposo y balanceándose, inflando el pecho y estirando el cuello como un camello. Y, cuando habla a los gritos y pomposamente, quien no lo conoce, lo toma por un Ministro de Estado ocupado en dirigir un Imperio y gobernar a su pueblo.

Pero, Farid, sólo se ocupa de concurrir a fiestas y reuniones y hablar de las glorias de sus antepasados. Se deleita en citar frases de conquistadores, como Napoleón y Antares y su pasión, aunque no sepa usarlas, es coleccionar armas.

Uno de los proverbios que cita frecuentemente es aquel que dice: "Los hombres nacieron para ser servidos." O sino: "El pueblo es como una mula; sólo obedece a quien sabe montarla." Y también repite: "La pluma es para los débiles y las armas para los fuertes."

Pero, ¿qué es lo que induce a Farid a elogiar a sus antecesores y a proceder de esa forma?

Esto también es un secreto contenido en la Libreta de hojas de plata y que nos fue revelado por Satanael y que, ahora, nosotros revelamos:

En la tercera década del siglo XIX, el Emir Bashiz, Gran Gobernador del Monte Líbano, pasaba con su comitiva, a través de los valles libaneses, por la aldea en que vivía Mansour Davis, abuelo de Farid. El día era excesivamente caluroso y el Emir bajó del caballo y ordenó a sus hombres que desmontaran para descansar a la sombra de un roble.

Mansour Davis, informado de la presencia del Emir, llamó a sus vecinos y la buena noticia se esparció por toda la aldea. %fueron todos al encuentro del Emir cargados de cestos con uvas y miel, higos y vino, conducidos por Mansour.

Cuando llegaron al sitio en que descansaba la comitiva, Mansour, se adelantó y, arrodillándose frente al Emir, besó el borde de sus ropajes. Después, se levantó y degolló un carnero y exclamó:

- ¡Todo esto para vuestra generosidad, oh, Príncipe y Protector de nuestras vidas!

Y el Emir, agradecido y satisfecho de tanta hospitalidad dijo a Mansour:

-De hoy en adelante, seré el jefe de esta aldea bajo mi protección. Y durante doce meses este poblado estará libre de impuestos.

Y aquella noche, después que hubo partido el Emir, los aldeanos se reunieron en casa del "Shaik" Mansour Davis y juraron lealtad a la recién nominada autoridad.

¡Dios tenga piedad de sus almas!

Son muchos más los secretos contenidos en la Libreta de hojas de plata para poder enumerarlos a todos. Los demonios nos revelan algunos casi todos los días y, éstos, los revelaremos antes de que el Ángel de la Muerte nos envuelva con sus alas y nos conduzca al infinito.

Por ser ya la medianoche y por estar nuestros ojos ya cansados, permitid que nos entreguemos al descanso y, quizás, el maravilloso velo de los sueños transporte nuestras almas a un mundo más honesto que éste.

LA AMADA

En este cuarto, quieto y solitario, ayer se sentó la amada de mi corazón.

Sobre estos suaves cojines de color rojo apoyó su hermosa cabeza y en esta copa de cristal bebió su vino, mezclado con una gota de esencia de rosas.

Todo esto era ayer y el ayer es un sueño que no regresará jamás. Hoy, la mujer que amó mi corazón se fue a una tierra distante, desierta y fría, llamada tierra de la soledad y del olvido.

Las huellas de los dedos de la mujer que amó mi corazón aún están visibles en el cristal del espejo; el perfume de su aliento se detiene en los pliegues de mi ropa y el eco de su voz se repite en los rincones de la casa. Pero la mujer, ella misma -la mujer que amó mi corazón- se alejó hacia una tierra distante, llamada tierra del abandono y del olvido. Mañana abriré las ventanas y las ráfagas de viento entrarán y llevarán, para siempre, todo lo que aquella hermosa hechicera dejó en este sitio: el perfume de su aliento, la sombra de su alma, el eco de su voz, las huellas de sus dedos en el cristal del espejo...

El retrato de la mujer que amó mi corazón, continúa al lado del lecho. Las cartas de amor que me escribieron permanecen en la caja de plata incrustada en coral. Y la trenza de sus cabellos de oro, que me envié como recuerdo, se conserva envuelta en

seda y perfumada en almizcle e incienso. Todos esos recuerdos permanecerán en su sitio hasta la aurora y, cuando la aurora llegue, abriré las ventanas para que entre el viento y las arrastre hacia las tinieblas de la nada, donde mora una quietud sin palabras. La mujer que amó mi corazón es semejante a las mujeres que amaron vuestros corazones, oh, ¡j venes. Y es una criatura extraña. Para tallarla, usaron los dioses la modestia de la paloma y la mutabilidad de la serpiente; la vanidad del pavo real y la ferocidad del lobo; la belleza de la rosa blanca y el terror de una noche oscura y un puñado de cenizas.

Conocí a la mujer que amó mi corazón desde la infancia y corrí tras ella por los campos.

La conocí en la juventud y contemplaba la sombra de su rostro en los libros. Reconocí las curvas de su cuerpo en las nubes del cielo y oí a su voz en el murmullo de los arroyos.

Y la conocí en la madurez. Y conversaba con ella y le hablaba de los dolores de mi corazón y de los secretos de mi alma.

Todo esto, era ayer; y el ayer es un sueño que jamás regresará. Hoy, aquella mujer se fue hacia una tierra distante, fría y desierta, llamada tierra de la soledad y del olvido.

Y el nombre de la mujer que amó mi corazón es la vida. La vida es una mujer hermosa y fascinante, que atrae nuestros corazones y hechiza nuestras almas. Envuelve nuestra existencia con promesas, cuyo cumplimiento aplaza y difiere y, cuando se nos entrega, provoca el tedio en nosotros.

La vida es una mujer que se baña en las lágrimas de sus enamorados y se perfuma con la sangre de sus víctimas.

La vida es una mujer que viste la blancura de los días cubriendo la negrura de las noches.

La vida es una mujer que acepta el corazón humano como amante y lo rechaza como esposo.

La vida es una mujer hermosa y perversa. Y, quien descubre su perversidad, aborrece su belleza.

PALABRAS Y HABLADORES

Estoy harto de palabras y habladores.

Mi alma está cansada de las palabras y de los habladores. Mi doctrina se ha perdido en medio de palabras y habladores.

Despierto por la mañana y veo a las palabras, sentadas a mi lado, sobre los rostros de las cartas y los periódicos y las revistas. Y me lanzan miradas, llenas de astucia y falsedad.

Me levanto, me siento al lado de mi ventana para librar mi semblante del velo del sueño con una taza de café y las palabras me siguen y se alzan, frente a mí, petulantes y endiabladas. Después, extienden su mano hacia mi café y lo beben conmigo. Y, si fumo, fuman conmigo.

Salgo a trabajar y las palabras me acompañan, hechas zumbido en mis oídos y tumulto en mi cerebro. Trato de expulsarlas, mas ellas se ren en burlonas y vuelven a susurrar, a zumbir en tumulto.

Camino por la calle y veo palabras en movimiento en todos los comercios. Y palabras innecesarias sobre las paredes de las casas. Las veo en los semblantes de las personas cuando están quietas y silenciosas y también cuando se mueven y gesticulan.

Cuando me siento a conversar con un amigo las palabras se sientan con nosotros. Y, si encuentro un enemigo, las palabras se inflan y se esparcen y se multiplican y acaban formando un ejército inmenso, que se extiende de uno a otro continente.

Penetro en tribunales y escuelas e instituciones y, ¿qué es lo que encuentro? Palabras y más palabras, todas sirviendo de marco para mentiras y astucias.

Voy a la fábrica, o a la oficina, o a la repartición pública y encuentro palabras, reunidas en familias, en tribus y, todas, mirándose con grosería y riéndose y burlándose de mí.

Y si me sobraron energías para visitar iglesias y templos, también allí, encuentro palabras entronizadas, coronadas y portando cetos finamente labrados y suaves al tacto.

Y, cuando llega la noche y regreso a mi casa, encuentro las mismas palabras escuchadas durante el día, pendiendo del techo como serpientes y caminando por los rincones como escorpiones.

Palabras en alas del viento. Palabras sobre las olas del mar. Palabras en los bosques y en las grutas y en las cumbres de las montañas.

Palabras en todas partes. ¿Dónde puede esconderse quien busca la paz?

¿Tendrá Dios pena de mí y me enviará la sordera para que pueda vivir feliz en el paraíso de la quietud eterna? ¿Habrá sobre la faz de la tierra un rincón libre del tumulto y la confusión de las lenguas, donde las palabras no sean vendidas ni compradas, ni dadas ni tomadas?

¿Habrá entre los habitantes de la tierra, alguien que no se adore a sí mismo mientras habla? ¿Habrá entre los hijos de Adán, alguien cuya boca no sea guarida de falsedades?

Si los habladores fuesen de una sola clase, los aguantaría y me conformaría. Pero pertenecen a innumerables clases y categorías.

Están los habladores semejantes a ranas, que viven todo el día en los pantanos. Y, cuando llega la noche se acercan a las márgenes, levantan la cabeza por encima del agua y comienzan a perturbar la quietud con voces tan horribles que oído alguno puede soportar.

Están los habladores semejantes a mosquitos, también ellos producto de los charcos. Revolotean alrededor de nosotros, zumban en nuestros oídos sin otra finalidad que la de irritarnos y molestarnos.

Están los habladores semejantes a piedras de molino, los que producen el mismo barullo infernal que las piedras de molino.

Están los habladores semejantes a vacas, que llenan sus estómagos de pasto y se paran en las esquinas y en las plazas para lanzar al viento sus mugidos.

Están los habladores semejantes a lechuzas, que pasan su tiempo entre los cementerios de los vivos y los cementerios de los muertos, prodigando sobre ambos sus ligeros chistidos.

Están los habladores semejantes a tambores, que golpean sobre sí mismos con mazas, extrayendo de sus bocas vacas sonos tan inarticulados como los de los tambores.

Están los habladores semejantes a telares, que tejen viento con el viento y permanecen con mentes vacas y sin ropa.

Están los habladores semejantes a grillos que, considerándose domadores del mundo, como dice el poeta, van chillando por todas partes.

Están los habladores semejantes a campanas, los que llaman al pueblo al santuario mientras ellos quedan afuera. Y hay muchas-otras clases y categorías y tribus de habladores.

Y ahora, que he mostrado mi menosprecio por las palabras y los habladores, me siento

como un médico enfermo o como un criminal predicando a otros criminales. He censurado a las palabras con palabras. Y, deseando huir de los habladores, me he revelado como uno de ellos. ¿Querrá Dios, antes de enviarme al valle del Pensamiento, del Sentimiento y de la Verdad, donde no existen palabras ni habladores, perdonarme?

EN LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

En las tinieblas de la noche, nos llamamos unos a otros. En las tinieblas de la noche, gritamos y apelamos, mientras la sombra de la muerte se levanta entre nosotros. Sus negras alas flotan encima de nosotros; sus manos crueles empujan nuestras almas al abismo y sus ojos incandescentes están fijos en el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, camina la muerte y nosotros caminamos tras ella, temerosos, afligidos y sin esperanzas de poder detenernos.

En las tinieblas de la noche camina la muerte y nosotros caminamos tras ella. Y cada vez que la muerte mira hacia atrás, millares de nosotros caemos al costado del camino. Y aquel que cae se duerme para no despertar más. Y aquel que no cae camina a pesar de sí mismo, sabiendo que caerá a su vez y que dormirá con los que duermen. Que no despertará jamás. Y la muerte continúa su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, el hermano llama al hermano; el padre llama a sus hijos; la madre llama a sus criaturas. Y todos estamos hambrientos y atormentados por la sed. Mas la muerte no tiene hambre ni sed. Devora nuestros cuerpos y nuestras almas. Y bebe nuestra sangre y nuestras lágrimas. Y jamás se harta ni se satisface.

Al comenzar la noche una criatura llama a su madre diciendo:

-Madre, tengo hambre.

-Espera un poco, hijo mío -responde la madre.

Entrada la noche, la criatura llama nuevamente a su madre:

Madre, estoy con hambre. Dame pan.

-No tengo pan, hijo mío -responde la madre.

Cuando la noche va llegando a su fin, la muerte pasa sobre la madre y su hijo, los golpea con sus alas y ellos caen al borde del camino. Y la muerte continúa su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

Por la madrugada, el hombre va hacia los campos en busca de alimento, pero sólo encuentra piedras y tierra. Y al mediodía, regresa a su mujer y sus hijos, con las manos vacías y agotadas sus fuerzas.

Y al caer la noche, la muerte pasa por el hombre y su mujer y sus hijos. Y los encuentra inmóviles. Entonces regresa y retoma su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

Por la mañana, el labrador se aleja de su cabana en dirección a la ciudad. Lleva en sus bolsillos las joyas de su madre y de su hermana, para cambiarlas por pan. Y al atardecer, regresa a su casa sin pan y sin joyas. Y encuentra a su madre y a su hermana, inmóviles y con los ojos clavados en el vacío. Alza sus brazos al cielo y cae como un pájaro herido por un cazador. Y, a la noche, la muerte pasa por el labrador y por su madre y por su hermana y los ve dormidos. Y sonríe y prosigue su camino mirando hacia el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, en esas tinieblas sin fin, apelamos a vosotros para que caminéis a la luz del día. ¿Nos oís?

Os enviamos las almas de nuestros muertos como emisarios. ¿Comprendisteis el

mensaje de nuestros emisarios?

Y volcamos sobre el viento del Este nuestro aliento.

¿Llegó el viento hasta vuestras costas distantes y entregó su carga? ¿Tomasteis conocimiento del flagelo que nos azota, tratando de salvarnos, o dijisteis, en vuestra prosperidad y seguridad: "¿Qué pueden hacer los que viven en la luz por los que viven en las tinieblas? Dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Y que la voluntad de Dios sea cumplida."

Sí, ¡que, la voluntad de Dios sea cumplida!

Sin embargo, no pudisteis elevar a vuestras almas por encima de vosotros mismos para que Dios pudiera, a través vuestro, acudir en nuestra ayuda.

En las tinieblas de la noche, nos llamamos unos a otros.

En las tinieblas de la noche, el hermano llama al hermano; la madre a su hijo; el marido a su esposa y el enamorado a su amada. Y cuando nuestras voces se mezclan y se elevan, la muerte se detiene un instante, se ree de nosotros. Y después, prosigue su camino, mirando hacia el horizonte lejano con sus ojos incandescentes.

LOS HIJOS DE LOS DIOS Y LOS HIJOS DE LOS HOMBRES

Extraño es el destino. Y nosotros también somos extraños.

El destino cambia. Y cambiamos con él.

Fue hacia adelante e hicimos lo mismo.

Y develó su rostro y nos sentimos sorprendidos y felices.

Ayer, temíamos al destino y nos quejábamos de él. Hoy, lo amamos y confiamos en él.

Y comprendemos sus intenciones y sus secretos y sus misterios.

Ayer, caminábamos, desconfiados, como sombras trémulas en medio de los temores del día y de la noche. Hoy, caminamos con entusiasmo hacia las cumbres de las montañas, donde mora la tempestad y hacen sus nidos el relámpago y el trueno.

Ayer, comíamos el pan amasado con sangre y bebíamos el agua mezclada con lágrimas; hoy, recibimos el maná de manos de las hadas de la aurora y bebemos vino, perfumado con la fragancia de la primavera.

Ayer, jugamos juguetes en manos de la fortuna; y la fortuna era un gigante embriagado que nos empujaba, ora a la izquierda, ora a la derecha. Hoy, la fortuna salió de su embriaguez, se ree y juega con nosotros y nos sigue hacia donde queremos conducirla.

Ayer, quemábamos incienso frente a dolos y ofrecíamos sacrificios a los dioses. Hoy, no quemamos incienso, si no es para nosotros mismos, porque el mayor y más espléndido de los dioses escogió nuestro corazón por templo.

Ayer, obedecíamos a reyes y nos inclinábamos frente a sultanes. Hoy, sólo nos inclinamos frente a la verdad, sólo seguimos a la belleza y sólo obedecemos al amor.

Ayer, bajábamos los ojos frente a los sacerdotes y respetábamos a los hechiceros. Mas los tiempos cambiaron; hoy podemos mirar al sol de frente y sólo prestamos, oído a la melodía del mar y sólo puede movernos una tempestad.

Ayer, destruimos los tronos de nuestros egos para construir tumbas para nuestros antepasados. Hoy, nuestras almas son altares sagrados; las sombras de los siglos no pueden acercarse a ellos y los dedos de los muertos no pueden tocarnos.

Éramos un pensamiento silencioso escondido en los rincones del olvido. Hoy, somos una voz que sacude al firmamento.

Éramos una débil chispa, recubierta de cenizas. Hoy somos un fuego que domina las alturas por encima de los valles.

¡Cuántas veces pasamos la noche, echados sobre la tierra desnuda, cubiertos por la nieve, llorando las riquezas perdidas y las oportunidades desaprovechadas! ¡Y cuántas veces pasamos el día, postrados como ovejas sin pastor, bebiendo nuestros propios pensamientos y comiendo nuestras propias emociones, sin escapar ni al hambre ni a la sed! ¡Y cuántas veces el día que terminaba y la noche que llegaba nos encontraban llorando nuestra juventud agotada, sin saber qué deseábamos, sin saber por qué estábamos tristes, mirando espacios oscuros, atentos al gemido de lo vacío!

Esas fueron edades que pasaron como lobo entre las tumbas. Hoy, la atmósfera está serena, nuestro es el sueño y nuestros el pensamiento y los deseos. Tomamos el fuego con dedos que no tiemblan. Conversamos con las almas que nos rodean en un lenguaje nuevo. Y nubes de ángeles, embriagados con la melodía de nuestras almas, revolotean alrededor nuestro.

No somos, hoy, lo que éramos ayer. Tal fue la voluntad de los dioses para con los hijos de los dioses. ¿Cuál es vuestra voluntad, oh, hijos de los monos?

¿Avanzasteis un solo paso, desde que salisteis de las grietas de la tierra? ¿Mirasteis, alguna vez, hacia arriba, desde que los demonios abrieron vuestros ojos? ¿Pronunciasteis, una sola palabra del libro de la Verdad, desde que las serpientes besaron vuestros labios?

¿O, escuchasteis siquiera un momento, la canción de la Vida, desde que la Muerte tapó vuestros oídos?

Hace setenta mil años pasé entre vosotros. Os agitabais cual gusanos en las grietas de vuestras cavernas. Y, hace siete minutos, miré a través de los vidrios de mi ventana y os vi andar por vuestras sucias calles, con los grilletes de la esclavitud aprisionando vuestros tobillos y las alas de la muerte batiendo sobre vuestras cabezas. Vosotros sois, hoy, lo que erais ayer. ¡Y así, seréis mañana!

Somos, hoy, diferentes de lo que éramos ayer: tal es la ley de los dioses para los hijos de los dioses.

¿Cuál es la ley de los monos que se aplica a vosotros, oh, hijos de los monos?

DEL AMOR

Para hablar del amor, purifiqué mis labios en el fuego sagrado. Mas, cuando abrí mis labios para hablar, estaba mudo.

Cantaba al amor antes de conocerlo. Y cuando lo conocí, las palabras se transformaron en mi boca en un hábito frágil, y las melodías de mi corazón, en una quietud profunda. Cuando los hombres, me interrogaban acerca de los misterios y milagros del amor, yo respondía y los convencía de mi conocimiento. Mas ahora que el amor me ha envuelto con su manto, soy yo quien pregunta acerca de sus caminos y características. ¿Habrá entre ellos quien me responda?

¿Qué es esta llama que arde en mi pecho y consume mis fuerzas y mis sentimientos y mis inclinaciones?

¿Y, qué son esas alas, que revolotean alrededor de mi lecho en la quietud de la noche y me mantienen despierto, esperando algo que ignoro, prestando oídos a lo que no escucho, fijando mis ojos en lo que no veo, pensando en lo que no comprendo, sintiendo lo que no aprehendo y hallando en los suspiros un deleite que no encuentro en la alegría y en las risas? Me entrego a una fuerza invisible que me mata y me resucita; para matarme y resucitarme nuevamente; hasta que llega la aurora e inunda con su luz mi cuarto. Duermo entonces, mientras en mis párpados debilitados, bailan las

sombras y en mi lecho de piedra danzan los sueños de los sueños.

¿Qué es esto que llamamos amor?

¿Qué es este pensamiento ilimitado, causa de todas las consecuencias y consecuencia de todas las causas?

¿Qué es este despertar que abarca la vida y la muerte, y que forma con ellas un sueño más profundo que la muerte y más extraño que la vida?

¿Hay alguien que no despierta del sueño de la vida, cuando el amor toca su alma con la punta de sus dedos?

Y, ¿hay al quien que no abandona padre, madre y patria, cuando oye el amado de la amada?

¿Hay alguien que no atraviesa mares, desiertos, montañas y valles, para encontrarse con la elegida de su corazón?

Y, ¿qué hombre no llevaría su corazón hasta los confines de la tierra si hubiera en los confines de la tierra una mujer que lo embriaga con el perfume de su aliento, lo encanta con el toque de su mano y lo hechiza con el timbre de su voz?

¿Qué hombre no se consume como incienso, en el altar de un dios que oye sus preces y atiende sus súplicas?

REY ENCARCELADO

Paciencia, oh, rey encarcelado; no estás peor dentro de tu prisión, que yo dentro de mi cuerpo. Descansa y resignate, oh, padre de los terrores. Derrumbarse frente a las aflicciones, es propio de chacales. A los reyes encerrados, sólo les cabe el desprecio por mazmorras y verdugos.

¡Cámate, oh, valiente y mame: Soy, entre los esclavos de la vida, como tú entre las rejas de tu jaula. La única diferencia está en un sueño perturbador, que envuelve mi alma pero que recela acercarse a ti.

Ambos vivimos exilados de nuestras patrias, separados de nuestras familias y seres queridos. Cámate y sé como yo: paciente frente a las amarguras de los días y las noches, mirando desde lo alto a esos cobardes que nos superan por su número, mas no por su valor individual.

¿De qué sirven los rugidos y los gritos, siendo los hombres sordos como son?

Grita antes que tú en sus oídos y sólo atraje las sombras de la noche; los examino como tú y sólo encontré cobardes que simulan valentía frente a los encadenados. Y débiles que se ensoberbecen frente a los encarcelados.

¡Mira, oh rey poderoso! Mira a los que rodean ahora tu cárcel, fíjate en sus rostros y en ellos encontrarás lo que encontrabas en los más humildes servidores y súbditos de la selva. Contemplalos y verás a los que se parecen a los conejos por su fragilidad, a los zorros por su duplicidad y a las serpientes por su hipocresía. Mas, ninguno entre ellos, posee la mansedumbre del conejo, ni la inteligencia del zorro, ni la sabiduría de la serpiente.

Mira, ese es mugriento como un cerdo, mas su carne no se come. Aquí es ápero como un cocodrilo, mas su piel de nada sirve. Ese es estúpido como un burro, mas camina con dos piernas. Y aquella, es vanidosa como pavo real, mas sus plumas son postizas.

Y mira, ¡oh, soberano majestuoso! Mira hacia esos palacios y moradas. Son, en realidad, nidos estrechos, habitados por hombres que se enorgullecen del decorado de sus techos, olvidando que son esos techos, los que los separan de las estrellas; que se

enorgullecen de la solidez de sus paredes, olvidando que son esas paredes, las que los separan de los rayos del sol. Sus casas son cavernas oscuras donde mueren las flores de la juventud; donde muere el fuego del amor y se transforma en cenizas; donde el sueño del amor se convierte en columnas de humo. Y hay en ellas pasillos y galerías sin sentido, donde la cuna del recién nacido está al lado de la cama del agonizante; y el cajón del muerto al lado del lecho de la novia.

Y, mira, ¡oh, prisionero venerable! Mira hacia aquellas calles largas y aquellos pasajes estrechos; son valles peligrosos donde se esconden los asaltantes. Son campos de batalla para las ambiciones; donde las almas luchan, mas no con espadas. Y se hieren y se desgarran mutuamente, mas no con garras. Son, más exactamente, la selva de los horrores donde moran animales con apariencia de domesticados; con colas perfumadas y cuernos pulidos, que obedecen a la ley de la supervivencia, no del mejor, sino del más astuto y falso, y respetan las tradiciones que exaltan, no al más fuerte y más dotado, sino al más hipócrita y falaz. Y sus reyes no son leones, como tú, sino extrañas criaturas que tienen pico de águila y garras de lobo; cola de escorpión y voz de rana.

Dar a mi vida, por rescatarte, ¡oh, rey encarcelado!

Y te he cansado de mi presencia y he hablado demasiado. Mas, el corazón destronado halla consuelo junto a los reyes destronados. Y el alma solitaria y prisionera le agrada la compañía de los prisioneros y solitarios. Perdona, pues, a un hombre que mastica palabras en lugar de alimentos y bebe sus propios pensamientos en vez de vino.

¡Hasta la vista, gigante majestuoso! Si no nos encontramos nuevamente en este mundo extraño, nos veremos en el mundo de las sombras, donde las almas de los reyes se reñen con las almas de los mártires.

UNA VISION

Cuando la noche extendió su negro manto sobre la tierra, dejé mi lecho y fui hacia el mar, diciéndome a mí mismo: "El mar nunca duerme y, en su vigilia, halla consuelo el alma insomne."

Al llegar a la playa, la niebla que descendía de las montañas, cubría la región como un velo transparente, similar al velo que cubre el rostro de las mujeres hermosas. Contemplé las olas llenas de espuma; escuché sus oraciones elevarse a Dios y medité sobre el inmenso poder contenido en ellas, el mismo poder que habita el corazón de las tempestades, el mismo poder que alienta en la erupción de los volcanes, que sonríe en los labios de las rosas y canta en los arroyos.

Y entonces vi tres apariciones sentadas sobre una roca, envueltas en ropajes de niebla. Sentí que una fuerza ajena a mi voluntad, arrastraba mis pasos hacia ellas... Y el mismo poder que me había empujado me detuvo a poca distancia del sitio en que se hallaban.

En ese instante, oí a uno de los fantasmas que decía con voz terrible: "La Vida, sin Amor, es como un árbol sin flores ni frutos. Y el Amor sin Belleza, es como flores sin perfume, como frutos sin semillas... Vida, Amor y Belleza son tres entidades en una, que no pueden separarse.

Oí, entonces, la voz del segundo fantasma, semejante al rugir de una cascada: "La Vida sin Rebeldía, es como las estaciones sin la primavera. Y la Rebeldía, sin el Derecho, es como la Primavera en un desierto árido... Vida, Rebeldía y Derecho, forman un triángulo que no puede ser alterado ni sus lados separados."

Entonces, el tercer fantasma, con voz retumbante, semejante al sonido de un trueno,

dijo: "La Vida, sin Libertad, es como un cuerpo sin alma. Y la Libertad sin Pensamiento, es como un espíritu confuso... Vida, Libertad y Pensamiento son tres en uno perpetuamente, y, jamás desaparecerán."

Y, los tres fantasmas, se levantaron simultáneamente y, con voces vigorosas, proclamaron: "Lo que genera el Amor, lo que crea la Rebelión y lo que construye la Libertad, son tres manifestaciones de Dios. Y Dios es la expresión del Universo inteligente."

Y se hizo el silencio. Y el silencio se estremeció con el roce de alas invisibles y la vibración de cuerpos celestiales. Y pasaron los minutos. Y cerré mis ojos y, en mis oídos, aún sonaban las palabras pronunciadas.

Cuando abrí mis ojos, nada vi, excepto el mar envuelto en la niebla. Fui hacia la roca donde los fantasmas estuvieron sentados y nada había allí, sino una columna de incienso que se elevaba hacia el cielo.

LAS SIRENAS

En la profundidad del mar, rodeando las islas cercanas en donde nace el sol, hay un abismo. Y allí, donde la perla existe en abundancia, yace el cadáver de un joven rodeado por doncellas marinas de larga y dorada cabellera; lo miran fijamente con sus hondos ojos azules, conversando entre ellas con voces melodiosas. Y su conversación escuchada por las profundidades y llevada hacia la orilla por las olas, me fue traída por la brisa traviesa.

Una de ellas dijo:

-Es un humano que entró a nuestro mundo ayer, mientras nuestro mar estaba enfurecido.

Y la segunda dijo:

-El mar no estaba enfurecido. El hombre, que pretende ser un descendiente de los dioses, estaba guerreando con armas de hierro, y su sangre se derramaba hasta tornar carmesí el color del agua; este humano es una víctima de la guerra.

La tercera aventuró:

-No sé lo que es la guerra, pero sé que el hombre, después de haber sometido la tierra, se volvió agresivo y resolvió someter el mar. Inventó un extraño objeto que lo transportaba sobre las aguas, con lo cual nuestro severo Neptuno se enfureció ante su codicia. Para complacer a Neptuno, el hombre comenzó a ofrecer regalos y sacrificios, y el inmóvil cuerpo delante nuestro es el regalo más reciente a nuestro gran y terrible Neptuno.

La cuarta aseguró:

-Que grande es Neptuno, y cuánto cruel es su corazón. Si yo fuera el Sultán del mar, rehusaría aceptar semejante paga... Vengan ahora, y examinemos este-rescate. Tal vez nos iluminemos con respecto al clan humano.

Las sirenas se acercaron al joven, exploraron sus bolsillos y encontraron un mensaje cerca de su corazón; una de ellas lo leyó en voz alta a las otras:

Amado mío:

La medianoche ha llegado nuevamente, y mi único consuelo son mis vertientes lágrimas, y no hay nada que me conforte más que la esperanza de que regreses a mí desde entre las sangrientas garras de la guerra. No puedo olvidar tus palabras cuando partiste: "Cada hombre tiene un próstamo de lágrimas que deben ser devueltas algún día."

No sØ que decir, Amado m o, pero mi alma se arrugara como pergamino... mi alma que sufre por la separaci n, pero se consuela con el Amor que da alegr a al dolor y felicidad a la pena. Cuando el amor unific nuestros corazones, y deseamos el d a en que nuestros dos corazones fueran unidos por el poderoso soplo de Dios, la guerra grit su horrible llamado y t la seguiste, impulsado por tu deber para con los jefes.

¿QuØ es este deber que separa a los amantes, y hace que las mujeres se conviertan en viudas, y los niæos en huØfanos? ¿QuØ es este patriotismo que provoca guerras y destruye reinos por cosas sin importancia? ¿Y quØ causa puede ser mÆ trivial cuando se la compara con una vida? ¿QuØ es este poder que invita a pobres de la aldea, menospreciados por los fuertes y por los hijos de la nobleza heredada, a morir por la gloria de sus opresores? Si el deber destruye la paz entre las naciones, y el patriotismo molesta la tranquilidad de la vida del hombre, entonces digamos: "La paz sea con el deber y el patriotismo:"

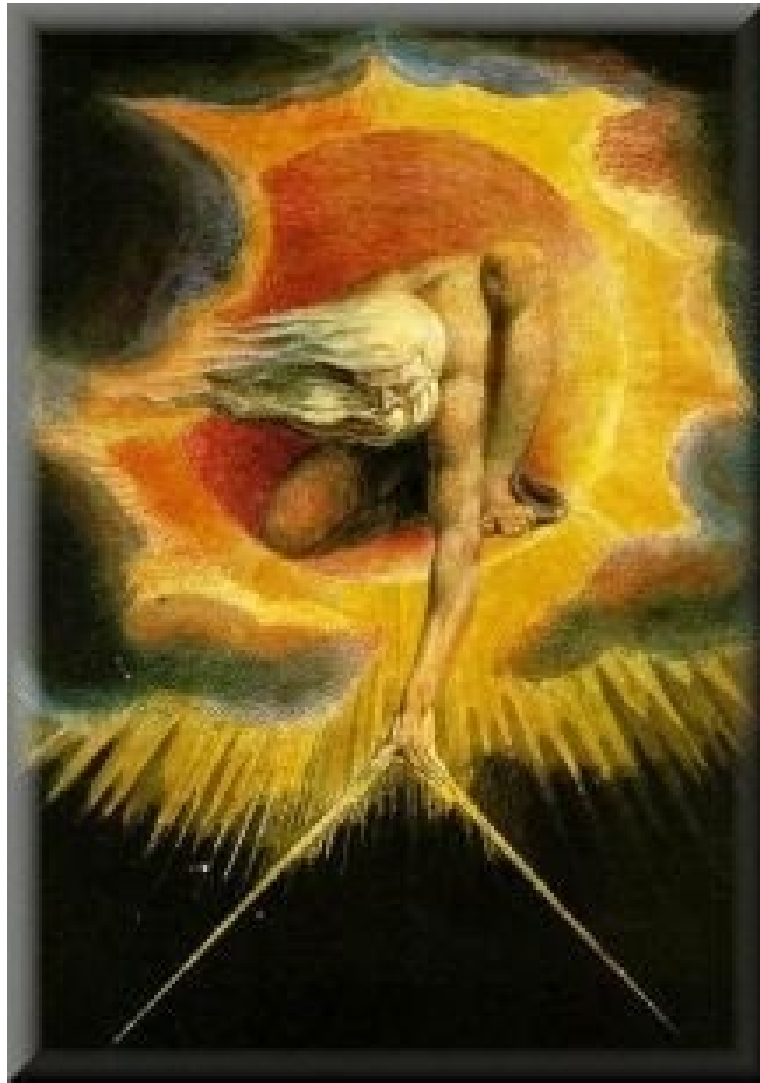
No, no, Amado m o. No hagas caso a mis palabras. SØ valiente y fiel a tu pa s... No escuches a una doncella, cegada por el Amor, y perdida entre la despedida y la soledad... Si el Amor no te devuelve a m en esta Vida, entonces el Amor seguramente nos unirÆ en la vida futura.

Tuya para siempre

Las sirenas volvieron a poner la nota bajo las vestimentas del joven y se fueron nadando, silenciosa y tristemente. Mientras se reun an a cierta distancia del cuerpo del soldado muerto, una de ellas dijo:

-El coraz n humano es mÆ severo que el cruel coraz n de Neptuno.





GIBR' N KHALIL GIBR' N

LA VOZ DEL MAESTRO
(1959)

I
EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

VIAJE DEL MAESTRO A VENECIA

Y sucedi que el Discipulo vio al Maestro pasear en silencio arriba y abajo del jard n, y en su p/ido semblante mostraba seales de profunda tristeza. El Discipulo salud al Maestro en nombre de Al/Ey le pregunt cu/E era la causa de su dolor. El Maestro hizo un adem/A con el b/Eulo y rog al Discipulo que se sentase en la piedra junto al estanque de los peces. As lo hizo el Discipulo, prepar/ndose a escuchar la voz del Maestro.

Y Øste dijo:

Quieres que te relate la tragedia que mi Memoria repite cada d a y cada noche en el escenario de mi coraz n. Est/E cansado ya de mi prolongado silencio y del secreto que no te revelo, y te atribulas ante mis suspiros y -lamentaciones. Te dices a t mismo: "Si el Maestro no me admite en el templo de sus tristezas, ¿c mo voy a poder penetrar jam/E en la morada de sus afectos?"

Escucha mi historia ... PrØtame odo, pero no me compadezcas, porque la piedad es parados dØbles, y yo estoy fuerte todav a en medio de mi aflicci n.

Desde los d as de mi juventud me ha venido persiguiendo en el sueæo y en la vigilia el fantasma de una extraæa mujer. La veo cuando estoy a solas por la noche, sentada junto a mi lecho. En el silencio de la medianoche escucho, su dulce voz. Muchas veces, al cerrar los ojos, siento el tacto de sus suaves dedos en mis labios; y cuando abro los ojos, el miedo me invade y repentinamente empiezo a escuchar el susurro de los ecos de la Nada...

Frecuentemente me siento desorientado y me digo: "¿No ser/E mi fantas a la que me hace dar vueltas hasta parecer que me pierdo entre las nubes? ¿No habrØ forjado yo desde lo m/E hondo de mis sueæos una nueva divinidad de voz melodiosa y manos tibias? ¿He perdido acaso los sentidos y, en medio de mi locura, he creado esta cara y amada compaæera? ¿Me he retirado de la sociedad de los hombres y del bullicio de la ciudad para poder estar a solas con el objeto de mi adoraci n? ¿HabrØ cerrado los ojos y los odo a las formas y rumores de la Vida, para poder admirarla mejor y escuchar su melodiosa voz?"

Me pregunto a m mismo muchas veces: "¿Soy un loco a quien le place estar solo, y que de los fantasmas de su soledad modela una compaæera y esposa para su alma?"

Te hablo de una Esposa y te asombra el or esta palabra. Pero, ¿cu/itas veces nos desconcertamos ante una experiencia extraæa que rechazamos como imposible,

aunque su realidad no puede borrarse de nuestra mente por mucho que lo intentemos?

Esta mujer de mis visiones ha sido en realidad mi esposa, y ha compartido conmigo los gozos y sinsabores de la vida. Cuando me despierto por la mañana, la veo reclinada sobre mi almohada, mirándome con ojos rutilantes de bondad y amor maternal. Está conmigo cuando planeo cualquier empresa y me ayuda a realizarla. Cuando me siento a comer, ella toma asiento junto a mí e intercambiamos ideas y palabras. Al anochecer, está conmigo de nuevo y me dice:

-Llevamos mucho tiempo encerrados en este lugar. Salgamos a caminar por los campos y las praderas.

Entonces dejo mi trabajo y la sigo por el campo, nos sentamos en una piedra elevada y contemplo el horizonte distante. Ella me señala la nube dorada y me hace notar la canción que gorjean los pájaros antes de retirarse a pasar la noche, agradeciendo al Señor por la divina de su libertad y de su paz.

De cuando en cuando viene a mi habitación, en mis momentos de ansiedad y tribulación. Pero, en cuanto la diviso, todos mis cuidados y zozobras se truecan en alegría y calma. Cuando mi espíritu se subleva contra la injusticia del hombre para el hombre, y veo su rostro entre otros rostros de los cuales estoy dispuesto a huir, soségase la tempestad de mi corazón, a la que sucede su voz celestial de paz. Cuando estoy solo y los crueles dardos de la vida despedazan mi corazón y me encadenan a la tierra los grilletes de la vida, observo que mi compañera me mira con los ojos llenos de amor, y mi amargura se torna en mansedumbre, y la Vida se me antoja un Edén de felicidad.

Acaso me preguntes cómo puedo estar contento con esta existencia tan rara, y cómo un hombre como yo, en plena primavera de la vida, es capaz de encontrar alegría en fantasmas y ensueños. Pero yo te digo que los años que he pasado en tal estado constituyen la piedra angular de cuanto he llegado a conocer sobre la vida, la Belleza, la Dicha y la Paz.

Porque la compañera de mi fantasía y yo hemos sido como pensamientos que flotan libremente ante la luz del Sol o sobre la superficie de las aguas, entonando un cántico a la luz de la Luna... Un cántico de paz que endulza el espíritu y conduce a la belleza inefable.

Vida es lo que vemos y experimentamos a través del espíritu; pero llegamos a conocer el mundo que nos rodea a través de nuestro entendimiento y de nuestra razón. Y ese conocimiento nos produce gran alegría o tristeza. Yo estaba destinado a experimentar la tristeza antes de llegar a los treinta años. Ojalá hubiese muerto antes de alcanzar los años que secaron la sangre de mi corazón y la savia de mi vida, dejándome como un árbol seco con ramas que ya no se columpian a la dulce brisa, y en las que no construyen sus nidos los pájaros.

El Maestro se calló y sentándose junto a su Discípulo, continuó:

Hace veinte años, el gobernador del Monte Líbano me mandó a Venecia en una misión de estudio, con una carta de recomendación para el alcalde de la ciudad, a quien había conocido en Constantinopla. Zarpé del Líbano a bordo de una nave italiana en el mes de Noviembre. El aire primaveral era fragante y las nubes blancas se cernían sobre el horizonte como hermosas pinturas. ¿Con qué palabras podré describirte el júbilo que sentí durante la travesía? Todas son muy pobres y muy escasas para expresar los sentimientos que laten en el corazón del hombre.

Los años que pasé con mi eterna compañera estuvieron llenos de gozo, de

delicias y de paz. Jamás sospeché que el Dolor estuviese esperándome, ni que el Sufrimiento acechase en el fondo de mi copa de Alegria.

Cuando el vehiculo me apartaba de mis montañas y valles nativos y me acercaba a la costa, mi compañera iba sentada a mi lado. Estuvo conmigo los tres días jubilosos que pasé en Beirut, recorriendo la ciudad junto a mí, deteniéndose donde yo me detenía, sonriendo cuando me topaba con algún amigo.

Cuando me senté en el balcón del hotel que dominaba la ciudad, ella se incorporó a mis sueños.

Pero un gran cambio se efectuó en mí cuando estaba a punto de embarcarme. Sentí una mano misteriosa que me agarraba y tiraba de mí hacia atrás; y oí en mi interior una voz, que murmuraba:

- ¡Regresa! ¡No te vayas! ¡Vuélvete al puerto antes de que se dé el barco a la vela!

Pero yo no quise escuchar aquella voz. Cuando izaron las velas, me sentí como un pájaro que de repente hubiera caído entre las garras de un halcón y que lo arrebatara a lo alto del cielo.

Al anoecer, cuando las montañas y las colinas del Líbano no se perdían en el horizonte, me encontré solo en la popa de la embarcación. Miré en torno, buscando a la mujer de mis sueños, a la mujer que amaba mi corazón, a la esposa de mis días, pero ya no estaba junto a mí. La hermosa doncella cuyo semblante veía cada vez que miraba al cielo, cuya voz escuchaba en el sosiego de la noche, cuya mano sostenía cuando vagaba por las calles de Beirut... ya no estaba junto a mí.

Por vez primera en mi vida me encontré completamente solo en un bajel que surcaba el mar profundo. Me puse a pasear por cubierta, llamándola desde el fondo de mi corazón, mirando a las olas con la esperanza de descubrir su rostro. Pero todo fue en vano. A medianoche, cuando todos los pasajeros se habían retirado, yo seguía en cubierta, solo, atormentado y lleno de ansiedad.

De repente levanté los ojos, ¡y allí estaba la compañera de mi vida, por encima de mí, en una nube, a corta distancia de la proa! Salté de gozo, abrazándolos los brazos y exclamé

- ¡Por qué me has abandonado, amada mía! ¿Adónde te has ido? ¿Dónde has estado? ¡Acócate amorosamente a mí y ya no me dejes solo jamás!

Pero ella no se movió. En su cara advertí señales de pena y amargura, que jamás hasta entonces había visto. Hablando quedamente y en tono triste, me dijo:

- He surgido de las profundidades del mar para verte una vez más. Vete ahora a tu camarote y duérmete, entregado al sueño.

Dichas estas palabras, se fundió con las nubes y se desvaneció. La llamé a gritos frenéticamente, como un niño hambriento. Abrí los brazos en todas las direcciones, pero lo único que estrecharon fue el aire nocturno, denso de humedad. Bajé a mi litera, sintiendo dentro de mí el flujo y el reflujo de los furiosos elementos. Era como si estuviese a bordo de otra nave completamente distinta, agitado por las rápidas marejadas de la Perplejidad y la Desesperación.

Por extraño que parezca, en cuanto toqué con el rostro la almohada, me quedé profundamente dormido.

Soñé y en mi sueño vi un manzano en forma de cruz, pendiente de la cual, como crucificada, estaba la compañera de mi vida. De sus manos y pies manaban gotas de sangre, que caían sobre las flores marchitas del árbol.

La embarcación bogaba día y noche, pero yo me sentía como en trance, no

sabiendo si era un ser humano que viajaba a un clima distinto o un espectro que se movía a través de un cielo encapotado. En vano imploré a la Providencia para que me concediese oír el rumor de su voz, o ver un atisbo de su sombra, o gozar la suave caricia de sus frágiles dedos sobre mis labios.

Transcurrieron catorce días y seguía todavía solo. El día decimoquinto, a la luz de la Luna, avistamos la costa de Italia a lo lejos y entre dos luces arribamos al puerto. Un gentío a bordo de gondolas ornamentadas con insignias salió al encuentro de la nave para dar la bienvenida de la ciudad a los pasajeros.

La ciudad de Venecia está situada sobre muchas pequeñas islas, próximas la una a la otra. Sus calles son canales y sus numerosos palacios y residencias están construidas sobre el agua. Las gondolas son su único medio de transporte.

Mi gondolero me preguntó adónde iba, y cuando le dije, que quería visitar al alcalde de Venecia, me miró con extraño misterio. Seguramente nos internamos por los canales, la noche fue extendiendo su manto negro sobre la ciudad. Brillaban luces en las ventanas abiertas de los palacios y de las iglesias, y sus reflejos en el agua daban a la ciudad el aspecto de algo entrevisto en la visión fantasmagórica de un poeta, hechicera y encantadora a la vez.

Cuando la gondola llegó a la confluencia de los canales, escuché de pronto el trágico tañido de las campanas de una iglesia. Aunque estaba en trance espiritual, ausente totalmente de la realidad, los ecos se hundieron en mi corazón y me deprimieron el espíritu.

La gondola atracó y quedó amarrada al pie de una escalinata de mármol que llevaba a una calle enlosada. El gondolero señaló hacia un suntuoso palacio que se erguía en medio de un jardín, y me dijo:

-Aquí está tu destino.

Lentamente fui subiendo los peldaños que conducían hasta el palacio, seguido por el gondolero que cargaba mis pertenencias. Al llegar a la puerta, le pagué y despedí, dándole las gracias.

Llamé y la puerta se abrió. Cuando entré me saludaron rumores de llantos y sollozos. Me estremecí y me quedé estupefacto. Se me acercó un anciano criado de la casa que me preguntó en tono sombrío qué deseaba.

-¿Es éste el palacio del alcalde? -le pregunté

Me dijo que sí con una inclinación de cabeza. Entonces le entregué la misiva que me diera el gobernador del Líbano. La miró y se retiró solemnemente hacia la puerta que comunicaba con el salón de recepciones.

Me volví hacia el criado joven y le pregunté la causa de la tristeza que se cernía sobre la habitación. Me contestó que ese mismo día había muerto la hija del alcalde, y mientras decía estas palabras, se cubrió el rostro y derramó lágrimas amargas.

Imagínate lo que podía sentir un hombre que acababa de surcar el océano, fluctuando entre la esperanza y la desesperación y que, al terminar su viaje, se encontraba a la puerta de un palacio poblado por los crueles fantasmas de la consternación y el llanto. Imagínate los sentimientos de un extranjero que busca hospitalidad y descanso en un palacio, y que sólo se halla con las alas blancas de la muerte.

No tardé en regresar el viejo criado, y con una inclinación me dijo:

-El alcalde os espera.

Me acompañó hacia otra puerta que había al extremo de un pasillo y con un ademán me invitó a pasar. Allí me encontré con un conjunto de sacerdotes y otros

dignatarios, hundidos en el más profundo silencio. En el centro de la estancia me recibí un hombre anciano de lengua barba blanca, que me estrechó la mano y me dijo:

-Tenemos la desgracia de daros la bienvenida cuando venís de tierras tan remotas, en un día que lloramos la pérdida de nuestra amadísima hija. Sin embargo, confío en que nuestra pena no interfiera para nada con vuestra misión, que puedo aseguraros haré lo posible por atender.

Le di las gracias por su bondad y expresé mis condolencias más sinceras. Tras lo cual me señaló un asiento y yo me incorporé al austero y silencioso grupo.

Al contemplar los tristes rostros de los presentes y escuchar sus sollozos ahogados, sentí que el corazón se me agobiaba de abatimiento y dolor.

No tardaron en marcharse uno tras otro los dolientes y sólo quedamos el atribulado padre y yo. Cuando también yo hice ademán de retirarme, me retuvo y me dijo:

-Amigo mío, os suplico que no os vayáis, sed nuestro huésped, si es que no tenéis inconveniente en acompañarnos en nuestro luto.-Sus palabras me conmovieron hondamente, asentí con un ademán y yo seguí diciendo:-Los hombres del Líbano son sumamente hospitalarios con los extranjeros; no debemos dejarnos ganar en bondad y cortesía por nuestro invitado del Líbano.

Tocó una campanilla y apareció un mayordomo, vestido con un magnífico uniforme.

-Muestra a nuestro huésped el aposento del ala oriental -le dijo- y haz que lo atiendan como se merece mientras está con nosotros.

El mayordomo me condujo a una habitación espaciosa y amueblada con lujo. En cuanto se retiró, me dejé caer en el diván y empecé a reflexionar sobre mi situación en esta tierra extranjera. Pasó revista a las primeras horas que había pasado en ella, tan lejos de mi patria nativa.

A los pocos minutos regresó el mayordomo, trayéndome la cena en una bandeja de plata. Después de comer, me puse a pasear por la estancia, asoméme de cuando en cuando a la ventana para contemplar el cielo veneciano y escuchar las voces de los gondoleros y el rítmico batir de sus remos. No tardé en sentirme adormilado y, reclinando mi fatigado cuerpo en la cama, me entregué completamente a un olvido de todo, en que se mezclaba el aturdimiento del sueño con el despejo de la vigilia.

No sé cuántas horas estuve sumido en este estado, porque hay grandes espacios de la vida que atraviesa el espíritu y no seríamos capaces de medir con el tiempo, ese invento del hombre. Lo único que sentí entonces y siento todavía es la poco venturosa condición en que me encontraba.

De pronto advertí que un fantasma flotaba sobre mí; era un espíritu sutil que me llamaba, aunque no con señales sensibles. Me levanté y me dirigí hacia el pasillo, como impelido o arrastrado por alguna fuerza divina. Caminaba sin voluntad, como en sueños y se me antojaba que me movía en un mundo más allá del tiempo y del espacio.

Cuando llegué al fondo del corredor, abrí una puerta y me encontré en una antecámara de vastas proporciones, en cuyo centro se levantaba un fúnebre rodeado de cirios llameantes y guirnaldas de flores blancas. Me arrodillé junto al ataúd y miré a la figura que yacía inerte en él. Allí, delante de mí, cubierta por el velo de la muerte, estaba la faz de mi adorada, de la compañera de mi vida. Era la mujer a quien tanto amara, yerta ahora en el frío de la muerte, envuelta en un sudario blanco, rodeada de blancas flores y velada por el silencio de los siglos.

¡Oh Señor del Amor, de la Vida y de la Muerte! Tú eres el creador de nuestras

almas. Tú guas nuestros espíritus hacia la luz y hacia las tinieblas. Tú calmas nuestros corazones y los sobresaltas de dolor o de esperanza. Tú me acabas de mostrar a la compañera de mi juventud en esta forma helada e inerte. Señor, Tú me has arrancado de mi patria para llevarme a otra y me has revelado el poder de la muerte sobre la vida y del dolor sobre la alegría. Tú has plantado un lirio blanco en el desierto de mi quebrantado corazón y me has trasladado a un valle remoto para enseñarme otro lirio seco.

¡Oh amigos de mi soledad y mi destierro! Dios ha querido que apure el cáliz amargo de la vida. Hágase su voluntad. No somos más que frágiles átomos en el cielo infinito; y sólo nos cabe obedecer y acatar la voluntad de la Providencia.

Si amamos, ese amor no es de nosotros ni para nosotros. Si nos regocijamos, nuestro gozo no está en nosotros sino en la vida misma. Si padecemos, nuestro sufrimiento no está en nuestras heridas, sino en el corazón mismo de la Naturaleza. No estoy lamentándome al narrarte esta historia, porque el que se lamenta duda de la vida, y yo soy un firme creyente. Creo en el valor de las hieles que van mezcladas en cada brebaje que apuro en la copa de la vida. Creo en la belleza del dolor que penetra y satura mi corazón. Creo en la compasión última de estos dedos de acero que me despedazan el alma.

Esta es mi historia. ¿Cómo voy a poder terminarla, cuando en realidad no tiene fin?

Me quedé arrodillado ante el fétetro, hundido en el silencio y estuve contemplando aquel semblante angelical hasta que llegó la aurora. Entonces me levanté y volví a mi aposento, abatido bajo el peso abrumador de la Eternidad y sostenido por el dolor de toda la humanidad sufriente.

Tres semanas después abandoné Venecia y regresé al Líbano. Antojábaseme que había vivido miles de años en las vastas y mudas profundidades del pasado.

Pero la visión me siguió. Aunque la volví a encontrar muerta, en mí continuaba viva a n. A su sombra he padecido y he aprendido. Tú sabes perfectamente bien, discípulo mío, cuáles han sido mis sufrimientos.

Me he esforzado por comunicar a mi pueblo y a sus gobernantes el conocimiento y la sabiduría: Llevé a Al-Haris, gobernador del Líbano, el llanto de los oprimidos que estaban siendo vejados y aplastados por las injusticias y perversidades de los funcionarios de su Estado y de los dignatarios de la iglesia.

Le aconsejé que siguiese el camino de sus antepasados y tratase a sus súbditos como ellos, con clemencia, caridad y comprensión. Le dije: "El pueblo es la gloria de nuestro reino y la fuente de su prosperidad." Dije también: "Cuatro cosas hay que un gobernante debe desterrar de su reino: la ira, la avaricia, la mentira y la violencia."

Por estas y otras enseñanzas, fui castigado, desterrado y excomulgado por la Iglesia.

Pero llegó una noche en que Al-Haris, con el corazón atribulado, no podía conciliar el sueño. De pie ante su ventana contemplaba el firmamento. ¡Qué maravilla! ¡Cuántos cuerpos celestes perdidos en el infinito! ¿Quién cree este mundo misterioso y admirable? ¿Quién dirige las trayectorias de estas estrellas? ¿Qué relación tienen estos remotos cuerpos con el nuestro? ¿Quién soy yo y por qué estoy aquí? Todas estas preguntas se formulaba Al-Haris a sí mismo.

Entonces se acordó de mi destierro y se arrepintió del duro trato a que me había sometido. Inmediatamente mandó a buscarme, implorando mi perdón. Me hizo merced de un manto oficial y me proclamó su consejero ante todo el pueblo, mientras

me colocaba una llave de oro en la mano. No siento la menor pesadumbre por mis años de destierro. El que quiera buscar la verdad y anunciarla a la humanidad tiene que sufrir. Mis dolores me han enseñado a comprender los de mi prójimo; ni la persecución ni el destierro han empañado la visión que palpita dentro de mí.

Y ahora estoy fatigado...

Terminada su historia, el Maestro despidió a su Discípulo, que se llamaba Almuhtada, lo cual quiere decir "el Converso", y se dirigió a su retiro para reposar en cuerpo y alma del cansancio de los viejos recuerdos.

7. MUERTE DEL MAESTRO

Dos semanas después, el Maestro enfermó y una multitud de admiradores suyos acudió a la ermita para preguntar por su salud. Cuando llegaron a la puerta del jardín, vieron que salían de las habitaciones del Maestro un sacerdote, una monja, un médico y Almuhtada. El Discípulo amado anunció la muerte del Maestro. El gentío empezó a llorar y a sollozar, pero Almuhtada no derramó una sola lágrima ni habló una palabra.

Quedó algún tiempo hundido en sus propios pensamientos, hasta que por fin se irguió sobre la piedra del estanque de los peces y habló:

Hermanos y compatriotas: acaban todos de escuchar la triste noticia de la muerte del Maestro. El inmortal Profeta del Líbano se ha entregado al sueño eterno y su alma bien aventurada se eleva por encima de nosotros en los cielos del espíritu, más allá de la tristeza y de la pesadumbre. Su alma se ha desprendido de la esclavitud del cuerpo, y ha arrojado las cargas y la fiebre de esta vida terrenal.

El maestro ha abandonado este mundo material, ataviado con las vestiduras de la gloria y ha pasado a otro mundo libre de penalidades y aflicciones. Ahora está donde nuestros ojos no pueden verlo ni nuestros oídos escucharle. Mora en el mundo del espíritu, cuyos habitantes lo necesitan acuciosamente. Está ahora adquiriendo el conocimiento de un nuevo cosmos, cuya historia y hermosura siempre lo han fascinado y cuya lengua él se ha esforzado siempre por aprender.

Su vida en esta tierra constituyó una larga cadena de hechos gloriosos. Fue una vida de meditación constante, porque el Maestro no descansaba más que en el trabajo.

Amaba el trabajo, que definió como amor visible.

Fue la suya un alma inquieta, que no podía descansar sino en el regazo de la vigilia. Fue el suyo un corazón amante que rebosaba de bondad y de celo.

Tal fue la vida que llevó en esta tierra...

Era un manantial de sabiduría que brotaba del seno de la Eternidad, una corriente pura de ese conocimiento que riega y vivifica la mente del Hombre.

Y ahora ese río ha desembocado en las playas de la Eternidad. ¡Que ningún intruso lo llore ni derrame lágrimas por su partida!

Debe tenerse presente que sólo los que han estado frente al Templo de la Vida, sin hacer fructificar la tierra con una gota de sudor de su frente, se hacen acreedores a las lágrimas y a las lamentaciones cuando la abandonan.

Pero, ¿no pasó por ventura el Maestro todos los días de su vida trabajando en beneficio de la Humanidad? ¿Hay entre los presentes alguno que no haya bebido de la fuente pura de su sabiduría? Por eso, el que desee honrarlo que ofrezca a su alma bienaventurada un himno de alabanza y acción de gracias, no los ecos lígubres de sus lamentos. El que desee rendirle el homenaje que se merece, que asimile el

conocimiento en los libros llenos de sabiduría que ha legado al mundo.

¡Al genio nada se le da, sólo se recibe de Dios! Sólo así debe honrarse. No hay que llorar por Dios, sino alegrarse y beber de lo hondo de su sabiduría. Solamente así podrá pagarse el tributo que se le debe.

Después de oír las palabras del Discípulo, la muchedumbre se retiró y todos volvieron a sus casas con una sonrisa en los labios y con cánticos de acción de gracias en el corazón.

Almuhada quedó solo en este mundo, pero la soledad jamás tomó posesión de su corazón, porque la Voz del Maestro resonó siempre en sus oídos, exhortándolo a seguir trabajando y a sembrar las palabras del Profeta en los corazones y mentes de cuantos querían escucharlo por su libre voluntad. Pasaba muchas horas en el jardín meditando a solas sobre los pergaminos que le entregara el Maestro, y en los cuales había dejado escritas sus palabras de sabiduría.

A los cuarenta días continuos de meditación, Almuhada abandonó el retiro de su Maestro y empezó a peregrinar por los villorrios, aldeas y ciudades de la Antigua Fenicia.

Un día que cruzaba la plaza del mercado de la ciudad de Beirut, lo siguió una muchedumbre. Se detuvo en un paseo público, el gentío se agolpó en torno suyo y Dios les habló con la voz del Maestro, diciendo:

El árbol de mi corazón está cargado de frutos; venid, vosotros los hambrientos y recogedlos. Comed y saciaos... Venid y recibid de la abundancia de mi corazón y aliviadme la carga. Mi alma se abate bajo el peso del oro y de la plata. Venid, buscadores de tesoros ocultos, llenad vuestras bolsas y aligerad mi peso...

Mi corazón rebosa hasta los bordes con el vino de los siglos. Venid, todos los sedientos, bebed y apagad vuestra sed. El otro día vi a un rico de pie a la puerta del templo, extendiendo sus manos llenas de piedras preciosas a los transeúntes, mientras los llamaba y decía:

Tengan piedad de mí. Quétenme estas joyas de encima, porque han debilitado mi alma y endurecido mi corazón. Compadíos de mí, llévenselas y devuélvanme la salud.

Pero ninguno de los fieles prestaba oídos a sus súplicas. Me quedé mirando al hombre y dije para mis adentros: Seguramente sería mejor que fuese un mendigo, que vagase por las calles de Beirut alargando su mano temblorosa, pidiendo limosnas y que se volviese a casa por la noche con las manos vacías.

He visto a un acaudalado y generoso jeque de Damasco plantar sus tiendas en el desierto árido de Arabia y en las laderas de las montañas. Al anochecer enviaba a sus esclavos a buscar viajeros para darles albergue y acogida en sus tiendas. Pero los esperos caminos estaban solitarios y los criados no le llevaron jamás invitado alguno.

Y reflexioné sobre la suerte del triste jeque y el corazón me habló, diciendo: "Indudablemente, sería mejor que fuese un pordiosero, con un báculo en la mano y una escudilla colgando del brazo y que compartiese al mediodía el pan de la amistad con sus compañeros junto a los montones de basura de las afueras de la ciudad..."

Vi en Lbano a la hija del gobernador, que se levantaba del lecho ataviada con un manto precioso. Llevaba la cabellera ungida de almizcle y su cuerpo estaba envuelto en perfumes. Paseaba por el jardín del palacio de su padre en busca de un enamorado. Las gotas de rocío que humedecían la hierba mojaban la orla de su vestido. ¡Pero ay!

Entre todos los s bditos de su padre no hab a quien la amase.

Al reflexionar sobre el Aimo atribulado de la hija del gobernador, mi alma me advirti , diciendome: "¿No ser a mejor para ella acaso ser la hija de un oscuro labrador, que condujese al pasto las ovejas de su padre y las volviese al aprisco al anochecer, entre las fragancias de la tierra y de las vias, con su tosco vestido de pastora?" Por lo menos, por mal que le fuesen las cosas, podra huir furtivamente de la cabaã de su padre y en el silencio de la noche salir en busca de su amado, que la esperar a junto al arroyuelo murmurante.

El Abol de mi coraz n estÆ cargado de frutos. Venid, almas hambrientas, recogedlos, comed y saciaos. Mi espiritu rebosa de vino aæjo. Venid, corazones sedientos, bebed y apagad vuestra sed ...

OjalÆ fuera yo un Abol que no floreciese ni diese fruto; porque el dolor de la fertilidad es mÆ cruel que la amargura de la infecundidad; y el sufrimiento del generoso acaudalado es mÆ terrible que la miseria del pobre mendigo...

OjalÆ fuera yo un pozo seco, para que la gente arrojase piedras a mis profundidades. Porque es preferible ser un pozo vac o -que una fuente de agua pura, no tocada por labios sedientos.

Pedir a a Dios ser una caã rota, pisoteada por el pie del hombre, porque eso es mejor que ser una lira en casa de alguien que tenga los dedos llagados y todos los miembros de su hogar sean sordos.

O dme, hijos e hijas de mi patria; meditaad sobre estas palabras que os han llegado a travs de la voz del Profeta. Haced un hueco para ellas en los senos de vuestro coraz n y que la semilla de la sabidur a germine en el jard n de nuestra alma. Porque este es el don precioso del Seor.

Y la fama de Almuhtada se extendi por toda la tierra y mucha gente acud a a rendirle homenaje de otros pases y a escuchar al vocero del Maestro.

Acosabanle m dicos, letrados, poetas y fil sofos con diversas preguntas, dondequiera que lo encontraban, lo mismo en la calle que en la iglesia, en la mezquita, en la sinagoga o en cualquier lugar en que se, congregasen los hombres. Sus mentes quedaban enriquecidas con sus hermosas palabras, que pasaban de boca en boca.

Les hablaba de la Vida y de la Realidad de la Vida, diciendoles as :

El hombre es como la espuma del mar, que flota sobre la superficie del agua. Cuando sopla el viento, se desvanece como si nunca hubiese existido. As son nuestras vidas arrebatadas por el soplo de la Muerte ...

La Realidad de la Vida es la Vida misma, que no comienza en el vientre de la madre ni termina en la tumba.

Porque los aos que pasan no son mÆ que un momento en la vida eterna; y el mundo de la materia y cuanto en Ø hay no es sino un sueo comparado con el despertar que llamamos el terror dula Muerte.

El Øter propaga todos los ecos de nuestra risa, todos los suspiros que exhalan nuestros corazones y conservan su resonancia, que responde a cada verso nacido de la alegr a.

Los Angeles llevan la cuenta de cada Lgrima derramada por la tristeza, y llevan a los odos de los espitus que flotan en el cielo del Infinito cada canci n de Alegr a emanada de nuestros afectos.

All , en el mundo futuro, vamos a ver y sentir todas las vibraciones de nuestras

emociones y todos los movimientos de nuestro corazón. Comprenderemos el significado de la divinidad que hay dentro de nosotros y a la que no prestamos atención porque estamos arrastrados por la Desesperación.

Esa acción que, en medio de nuestra culpa, llamamos hoy flaqueza, aparecerá mañana como eslabón esencial de la cadena completa del Hombre.

Las tareas crueles por las que no hemos recibido compensación viviremos con nosotros e irradiaremos su esplendor y seremos heraldos de nuestra gloria; y las penalidades que hemos soportado seremos como una guirnalda de laurel en nuestras cabezas glorificadas ...

Después de pronunciar estas palabras, estaba el Discípulo a punto de retirarse de la muchedumbre para descansar corporalmente de los afanes del día, cuando divisó a un joven que miraba a una hermosa doncella con ojos en los cuales se reflejaba la perplejidad.

Y el discípulo se dirigió a Él, diciendo:

¿Estás preocupado por los numerosos credos que profesa la Humanidad? ¿Estás extraviado en el valle de las creencias contrarias? ¿Crees que el estar libre de energía es menos grave y pesado que el yugo de la sumisión, y que la opción a disentir proporciona al hombre más seguridad que el baluarte del asentimiento?

Si estás en este caso; haz de la Belleza tu religión y adórala como si fuese tu diosa; porque es la obra visible, manifiesta y perfecta de las manos de Dios. Alójate de los que han jugado con lo divino como si fuese una farsa y se han asociado con la codicia y el orgullo; cree en cambio en lo divino de la belleza, que es al mismo tiempo el comienzo de nuestro culto a la Vida y la fuente de nuestra hambre de Felicidad.

Haz penitencia ante la Belleza y expía por tus pecados, porque la Belleza acerca más tu corazón al trono de la mujer, que es el espejo de tus afectos y la maestra de tu corazón en los secretos de la Naturaleza, hogar de tu vida.

Y antes de despedir al joven que lo rodeaba, añadió :

En este mundo hay dos linajes de hombres: los hombres de ayer y los hombres de mañana. ¿A cuál de ellos perteneces, hermanos . mos? Venid, permitidme que os observe y averigüed si sois de los que entran en el mundo de la luz, o de los que avanzan por el pasaje de las tinieblas. Venid, decidme quién sois y qué sois.

¿Eres un político que dice para sus adentros: "Voy a valerme de mi patria en beneficio propio?" Entonces, no eres sino un parásito que vive de los demás. O bien, ¿eres un patriota sincero, que susurra al oído de su yo interior: "Me gusta entregarme al servicio de mi país como ciudadano fiel?" En ese caso, eres un oasis en el desierto, dispuesto a apagar la sed del caminante.

¿O eres un mercader que te aprovechas y explotas las necesidades de la gente, acumulando bienes para revenderlos a precios exorbitantes? Si es así, eres un raptor; y lo mismo da que mores en un palacio o que tu casa sea la cárcel. ¿O eres un hombre honrado que facilitas al labrador y al tejedor dar salida a sus productos, medias entre comprador y vendedor y permites que ganen también los demás y no tú solo? Entonces, eres un hombre justo; y no importa que te colmen de elogios o de ignominia.

¿Eres un líder religioso, que tejes con la sencillez y simplicidad de los creyentes un manto escarlata para tu cuerpo, y con su bondad una corona de oro para tu cabeza y aunque te aprovechas de la abundancia de Satanás, vas predicando el odio a Satanás?

En ese caso eres un hereje y lo mismo da que ayunes todo el día y reces toda la noche. ¿O eres el hombre fiel que ve en la bondad del pueblo una base para el mejoramiento de toda la nación y en cuya alma está la escala de la perfección que lleva hasta el Espíritu Santo? Si eres de esos, vienes a ser como un lirio en el jardín de la Verdad; y no importa que tu fragancia se propague entre los hombres o se disipe en el aire, porque allí será conservada eternamente.

¿O eres un periodista que vende sus principios en los mercados de esclavos y se realiza en la calumnia, en la desventura de la gente y en el crimen? Entonces eres como un buitre voraz que trata de hartarse de carne putrefacta.

¿O eres un maestro que se asoma al escenario de la historia e inspirado en las glorias del pasado, predica a la humanidad y obra de conformidad con lo que predica? Si es así, constituyes un remedio para la humanidad doliente y un bálsamo para los corazones dolidos.

¿Eres acaso un gobernador que mira por encima del hombro a sus gobernados y que no se afana más que por exprimirles la bolsa y explotarlos en beneficio propio? Pues entonces, eres como cizaña en el granero de la Nación.

¿Eres un servidor público dedicado, que ama al pueblo y está siempre alerta para proporcionarles bienestar y eres celoso por su prosperidad? Si es así, eres una verdadera bendición en los campos de pan de la nación.

¿O eres uno de esos maridos que se considera con derecho a cometer toda clase de atropellos, pero estima ilegal cualquier acción reprobable de su esposa? En ese caso, eres como los salvajes ya desaparecidos, que vivían en las cavernas y se tapaban la desnudez con pieles de animales.

O bien, ¿eres un compañero fiel, cuya esposa está siempre a tu lado, compartiendo cada uno de tus pensamientos, de tus alegrías y de tus triunfos? Si es así, vienes a ser como el que camina al amanecer al frente de una nación hacia el mediodía de la justicia, de la razón y de la sabiduría.

¿Eres un escritor que yergue ufánamente su cabeza por encima del vulgo, mientras su cerebro se empantana en el abismo del pasado, lleno de andrajos y desechos inútiles de las edades?. Si es así, eres como un charco de agua estancada, ¿O eres uno de esos pensadores profundos que escudriñan su yo interior, eliminando lo que es inútil, gastado y malo, para quedarse únicamente con lo que es útil y bueno? En ese caso, eres maná para el hambriento y agua clara y fresca para el sediento.

¿Eres un poeta lleno de ruido y vacío de ecos musicales? Entonces eres como uno de esos payasos que nos hacen reír cuando lloran y nos hacen llorar cuando reír.

¿O eres una de esas almas privilegiadas en cuyas manos ha puesto Dios un lámpara para que solaces el espíritu de los hombres con sonos celestes y lleves a tus prójimos hacia la Vida y la Belleza de la Vida? Si te cabe esa suerte, eres como una antorcha que ilumina nuestro camino, una dulce inspiración para nuestros tristes corazones y una revelación de lo divino en nuestros sueños.

Por lo tanto, la humanidad está dividida en dos largas hileras, una integrada por los ancianos y tullidos, que se apoyan en débiles bastones y van jadeando al avanzar por el camino de la Vida como si estuviesen escalando la cumbre de una montaña cuando, en realidad está descendiendo al abismo.

Y la otra hilera está integrada por jóvenes que parecen correr con alas en los pies, cantando como si tuviesen cuerdas argentinas en sus gargantas y ascienden hacia las cumbres como arrastrados por algún poder mágico e irresistible.

¿A cuál de estos dos grupos pertenecemos, hermanos míos? Formulaos vosotros

mismos esta pregunta, cuando est~~o~~s solos en el silencio de la noche.

Juzgad por vosotros mismos si pertenec~~o~~s a los Esclavos del Ayer o a los Hombres Libres del Ma~~a~~ana.

Y Almuhtada se volvi~~o~~ a su retiro y no se dio a ver en muchos meses, porque se entreg~~o~~ a la lectura y a la reflexi~~o~~n de las sabias palabras que su Maestro dejara escritas en los pergaminos de que lo hizo heredero. Aprendi~~o~~ mucho, sobre todo muchas cosas que jam~~a~~s hab~~a~~ o do de los labios de su Maestro y de las cuales no ten~~a~~ la menor idea. Hizo voto de no abandonar la ermita hasta haber estudiado y dominado a fondo cuanto el Maestro hab~~a~~ dejado en la tierra, para pod~~e~~rselo comunicar, a sus conciudadanos. De esta manera Almuhtada se impuso en las doctrinas de su Maestro, olvidado de s~~i~~ mismo y de cuanto lo rodeaba, as~~i~~ como de todos aquellos hombres que hab~~an~~ escuchado su palabra en los mercados y calles de Beirut. En vano intentaron sus seguidores localizarlo y llegar hasta donde estaba, cuando empezaron a preocuparse por su suerte. El mismo gobernador del Monte dirigi~~o~~ndose a los funcionarios del estado, se encontr~~o~~ con que declinaba tal honor con el mensaje siguiente:

"Volver~~o~~ pronto a verte y traer~~o~~ un mensaje especial para todo el pueblo."

El gobernador decret~~o~~ que todos los ciudadanos saliesen a recibir a Almuhtada el d~~a~~ que iba a aparecer en p~~u~~blico, para darle la bienvenida con todo g~~l~~orioso de honores en sus casas, en las iglesias, mezquitas, sinagogas y centros de estudio y que estuviesen dispuestos a escuchar con reverencia sus palabras, porque su voz era la voz del Profeta.

El d~~a~~ en que por fin sali~~o~~ Almuhtada de su retiro para dar comienzo a su misi~~o~~n se convirti~~o~~ en una jornada de regocijo y celebraci~~o~~n popular. Almuhtada se expres~~o~~ con toda libertad y sin rebuscamientos ni rodeos de ning~~u~~n g~~l~~orioso, predic~~o~~ el evangelio del amor y de la hermandad. Nadie se atrevi~~o~~ a amargarlo siquiera con el destierro del pa~~is~~, ni con las excomuniones de la Iglesia. ¡Cu~~an~~to hab~~a~~ sido el sino triste de su Maestro, al cual hab~~an~~ desterrado y excomulgado, sin otorgarle un perd~~o~~n eventual y sin volverlo a llamar de su exilio!

La voz de Almuhtada reson~~o~~ bajo los cielos de todo el L~~ibano~~. Pasando el tiempo, sus palabras se imprimieron en un libro en forma de ep~~is~~tolas, que se distribuy~~o~~ por la Antigua Fenicia y otros pa~~ises~~ ~~A~~rabes. Algunas de las ep~~is~~tolas estaban redactadas con las palabras mismas del Maestro; pero otras fueron rescatadas por Maestro y Disc~~ipulo~~ de vol~~u~~menes antiguos de sabidur~~a~~ y tradiciones populares.

II

LA VOZ DEL MAESTRO

6. DE LA VIDA

La Vida es una isla en un oc~~e~~ano de soledad, una isla cuyos macizos de rocas son esperanza, cuyos ~~A~~boles son sue~~no~~, cuyas flores son soledad y cuyos arroyuelos son sed.

Vuestra vida, hombres compa~~er~~os m~~os~~, es una isla separada de todas las dem~~as~~ islas y regiones. Por muchas que sean las naves qu~~e~~ zarpan de vuestras costas rumbo a otros climas, por muchas que sean las embarcaciones que tocan vuestras playas, segu~~s~~ siendo una isla solitaria que adolece de las angustias de la soledad y de

ansia de felicidad. Sois desconocido para vuestros semejantes y estáis muy lejos de su simpatía y de su comprensión.

Hermano mío, yo te he visto sentado sobre tu montaña dorada, regodeándote en tus riquezas, ufano de tus tesoros y seguro en tu fe ciega de que cada puñado de oro que has amasado constituye un eslabón invisible que une los deseos y pensamientos de los demás hombres con los tuyos.

Te he visto con los ojos de mi mente como a un gran conquistador que acaudillase sus tropas, empeñado en destruir las fortalezas de sus enemigos. Pero, al mirarte de nuevo, no he encontrado más que un corazón solitario anclado en tus arcones, un pájaro sediento encerrado en una jaula dorada, con su vasija de agua vacía.

Te he visto, hermano mío, encaramado al trono de la gloria, mientras tu pueblo te rodeaba aclamando tu majestad, cantando las glorias de tus grandes hazañas, encomiando tu sabiduría y alzando hacia ti sus ojos con la expresión de quien mira a un profeta, exultantes y jubilosos sus espíritus hasta el mismo pabellón de los cielos.

Y cuando paseabas la mirada sobre tus súbditos, observé en tu faz las señales de la felicidad y del poder y del triunfo, como si fueses tú el alma de su cuerpo.

Pero, al volver a mirarte, he aquí que te encontré solo en tu soledad, de pie junto a tu trono, como un desterrado que alarga su mano en todas direcciones, suplicando compasión y piedad a espectros invisibles, mendigando albergue, aunque sólo haya dentro de él un poco de calor y amistad.

Te he visto, hermano mío, enamorado de una hermosa mujer, entregando el corazón ante el altar de su belleza. Cuando sorprendí la mirada de ternura y amor maternal que te lanzaba, me dije: "¡Viva el Amor que ha desterrado la soledad de este hombre y ha unido su corazón con otra!" Pero, cuando levanté nuevamente hacia ti mis ojos, vi dentro de tu amante corazón otro corazón solitario, derramando en vano amargas lágrimas por revelar sus secretos a una mujer; y tras tu alma transida de amor, otra alma solitaria que era como una nube vagarosa, deseaba en vano disolverse en lágrimas que anegasen los ojos de tu amada.

Tu vida, hermano mío, es una morada solitaria separada de las viviendas de los demás hombres. Es una casa en cuyo interior no puede penetrar la mirada del vecino. Si se hundiese en las tinieblas, la lámpara de tu vecino no podría alumbrarla. Si estuviese vacía de provisiones, no podrían llenarla las despensas de tus vecinos. Si estuviese en un desierto, no podrías pasar a los jardines de los demás hombres, labrados y cuidados por otras manos. Si se levantase en la cumbre de una montaña, no podrías bajarla al valle hollado por los pies de otros hombres.

El espíritu de tu vida, hermano mío, está asediado por la soledad y si no fuese por esa soledad y ese abandono, tú no serías tú, ni yo sería yo. De no ser por esta soledad y este abandono desolado, llegaría a creer, al oír tu voz, que era la mía; y al ver tu rostro, que era yo mismo mirándome en un espejo.

7. M'RTIRES DE LA LEY DEL HOMBRE

¿Has nacido acaso en la cuna del dolor y criado en el regazo de la desventura y en la casa de la opresión? ¿Estás comiendo un mendrugo seco, humedecido sólo con tus lágrimas?

¿Eres un soldado a quien la dura ley del hombre obliga a abandonar a tu esposa y a tus hijos, para lanzarte al campo de batalla a defender la Avaricia, que tus gobernantes llaman falsamente Deber?

¿Eres un poeta contento con las migajas de la vida, feliz con tu posesión de pergamino y tinta, que habitas como un extranjero en tu patria, desconocido para tus semejantes?

¿Eres un prisionero, aherrojado en oscura celda por algún delito insignificante y condenado por quienes tratan de reformar al hombre, corrompiéndole?

¿Eres una joven a la que Dios ha otorgado el don de la belleza, pero víctima de la torpe licencia del rico que te engaña y compra tu cuerpo, pero no tu corazón y te abandona a la miseria y a la desgracia?

Si eres uno de estos seres, eres miserable de la ley del hombre. Eres un desdichado y tu desdicha es fruto de la iniquidad del fuerte y de la injusticia del tirano, de la brutalidad del rico y del egoísmo del libertino y del avaro.

¡Animo, dolientes amados míos, porque tras este mundo de materia hay un Gran Poder, un Poder que es todo justicia, misericordia, piedad y amor!

Sois como una flor que crece a la sombra; la suave brisa llega y se lleva nuestra semilla a la luz del Sol, donde volveréis a vivir en la belleza.

Sois como el árbol desnudo que se encorva bajo las nieves del invierno. ¡Llegaréis la Primavera y extenderéis sobre vosotros sus lozanas ropas verdes! ¡Y la Verdad rasgará el velo de lágrimas que oculta nuestra brisa! Yo os meto dentro de mí, afligidos hermanos míos, yo os amo y desprecio a vuestros opresores.

8. PENSAMIENTOS Y MEDITACIONES

La vida nos lleva de un lugar a otro; el Destino nos traslada de un punto a otro. Y nosotros, conducidos en vilo por estos dos gemelos, escuchamos voces temerosas y sólo lo vemos lo que se interpone como obstáculo en nuestro camino.

La Belleza se nos revela sentada en trono de gloria; pero nosotros nos acercamos a ella en nombre de la Lujuria, la despojamos de su corona de pureza y manchamos su vestidura con nuestra perversidad.

El Amor pasa junto a nosotros con un manto de mansedumbre; pero nosotros huimos de él por temor, o nos escondemos en las tinieblas; o también lo seguimos para hacer el mal en su nombre.

Hasta el hombre más sabio se inclina ante el peso imponente del Amor; pero en verdad es tan liviano como la brisa juguetona del verano.

La Libertad nos invita a su mesa para que participemos de sus sabrosos manjares y de su generoso vino; pero, cuando nos sentamos a ella, comemos vorazmente y nos atragantamos.

La Naturaleza extiende hacia nosotros sus brazos acogedores y nos invita a gozar de su belleza; pero nosotros tenemos miedo a su silencio y nos abalanzamos a las ciudades populosas, para cobijarnos en ellas cual ovejas que huyen del lobo feroz.

La Verdad nos visita, atraída por la risa alborozada e inocente de un niño, o por el beso de un ser querido; pero casi todos nosotros le cerramos las puertas del afecto y la tratamos como si fuese un enemigo.

El corazón humano implora ayuda; el alma humana nos suplica que la liberemos; pero nosotros no escuchamos sus ruegos, ni la oímos ni entendemos. En cambio, llamamos loco al que oye y entiende, y huimos de él.

Así pasan las noches y vivimos en la inconsciencia; y los días nos saludan y abrazan. Pero estamos en temor constante día y noche.

Nos apegamos a la tierra cuando tenemos abiertas de par en par las puertas del Corazón del Señor. Pisoteamos el pan de Vida, mientras el hambre roe nuestros corazones. ¡Qué buena es la Vida del Hombre, pero qué alejado está el Hombre de la vida!

4. LA PRIMERA MIRADA

El primer beso

Es el trago primero de la copa del néctar de la Vida escanciada por la diosa. Es la línea que separa la Duda desorientadora del espíritu y entristecedora del corazón, de la Certidumbre que inunda de alegría el yo interior. Es el comienzo del canto de la vida y el acto primero del drama del Hombre ideal. Es el vínculo de unión entre lo extraño del pasado y lo brillante y prometedor del futuro; el enlace del silencio de las emociones con su cántico. Es una palabra musitada por cuatro labios que proclaman rey al Amor, trono al corazón y corona a la fidelidad. Es el delicado toque de los sutiles dedos de la brisa sobre los labios de la rosa, murmurando un prolongado suspiro de alivio y una dulce quejumbre.

Es el comenzar de esa vibración mágica que transporta a los amantes del mundo de pesos y medidas, al de los sueños y revelaciones.

Es la unión de dos flores fragantes y la mezcla de sus efluvios perfumados para crear una tercera alma.

De la misma manera que la primera mirada es como una semilla que la diosa siembra en el campo del humano corazón, y el beso primero es la primera flor que brota en la rama del árbol de la Vida.

El matrimonio

Aquí empieza el amor a trocar la prosa de la Vida en himnos y cánticos de alabanza, con música que se compone de noche para ser entonada de día. Aquí las ansias anhelantes del amor recorren el velo e iluminan las cimas del corazón, creando una felicidad que ninguna otra es capaz de superar sino la que siente el Alma cuando abraza a Dios.

El matrimonio es la unión de dos deidades para que nazca en la tierra una tercera. Es la unión de dos almas en un amor vigoroso, para abolir la separación. Es la unidad augusta que funde en dos espíritus las unidades separadas. Es el eslabón dorado de una cadena que arranca de una mirada y termina en la Eternidad. Es la lluvia pura que cae de un cielo sin medida, para fructificar y bendecir los campos de la Naturaleza divina.

De la misma manera que la primera mirada de los ojos de la amada es como una semilla sembrada en el corazón del hombre, y el primer beso de sus labios como

una flor brotada en la rama del árbol de la Vida, así también la unión de dos amantes en el vínculo matrimonial es como el fruto primero de la primera flor de esa semilla.

6. DE LA DIVINIDAD DEL HOMBRE

Llegó la primavera y la Naturaleza empezó a hablar en el murmullo de los regados y arroyuelos, y en las sonrisas de las flores; y el alma del Hombre se sintió feliz y contenta.

Pero, de repente, la Naturaleza se encrespó de furia y arrasó la bella ciudad. Y el hombre olvidó sus risas, sus halagos y su hospitalidad.

En una hora terrible, la fuerza ciega de la Naturaleza destruyó lo que construyeran mil generaciones. La horrenda muerte despedazó y aplastó entre sus garras hombres y bestias.

Las llamas devastadoras abasaron al hombre con sus propiedades y bienes; una noche el gubro y aterradora sumió a la belleza de la vida como un sudario de cenizas. Los elementos desencadenados se enfurecieron y destruyeron al hombre, con sus viviendas y cuanto había salido del trabajo de sus manos.

En medio de este trueno pavoroso de Destrucción que surgía de las entrañas de la Tierra, en medio de esta miseria y de tanta ruina, se erguía la pobre Alma mirando a toda esta desolación desde lejos y meditando con amargura sobre la flaqueza del Hombre y la omnipotencia de Dios. Reflexionaba sobre el enemigo de la Humanidad, que se escondía bajo los estratos de la tierra y entre los Átomos deléter. Oyó el alarido de las madres y el llanto de los niños hambrientos y se sintió partícipe de su dolor. Cavilaba sobre lo salvaje de los elementos y la pequeñez del Hombre. Y recordaba cómo ayer, sin ir más lejos, los hijos del Hombre dormían seguros en sus hogares, pero eran fugitivos apátridas que lamentaban la ruina de su ciudad opulenta al divisarla allí lejos, trocada esperanza en desesperación, alegría en tristeza, vida de paz en tribulación de guerra. Con el corazón destrozado sufría por los que habían quedado atrapados entre las zarpas de hierro del Dolor, de la Amargura y de la Desesperación.

Y mientras el Alma meditaba, padecía y dudaba, erguida, de la justicia de la Ley Divina que une a todas las fuerzas del mundo, murmuraba al oído del Silencio:

Detrás de toda esta creación, está la sabiduría eterna que provoca la celeridad y la destrucción, pero que también produce una belleza imposible, por lo tanto, de predecir.

Porque el fuego, el trueno y la tempestad son para la Tierra lo que el odio, la envidia y la maldad para el corazón humano. Mientras la nación afligida poblaba el firmamento de gemidos y lamentaciones, la Memoria reprodujo en mi mente todos los anuncios, calamidades y tragedias que se han desarrollado sobre el escenario del Tiempo.

Vi al Hombre, a lo largo de la historia, construyendo torres, palacios, ciudades y templos sobre la faz de la Tierra; y vi cómo ésta se revolvía enfurecida contra estas edificaciones y las engolfaba en lo más profundo de su seno.

Vi cómo hombres fuertes erigían castillos inexpugnables y observé cómo embellecían los artistas sus muros con pinturas; después vi abrirse las fauces de la Tierra, desgarrarse sus entrañas y tragar cuanto había modelado la mano hábil y la mente luminosa del genio.

Y comprend que la Tierra es como una bella mujer que no necesita las joyas labradas por la mano del hombre para adornar su belleza, sino que se siente satisfecha con el lozano verdor de sus campiñas y las doradas arenas de sus playas, y las piedras preciosas de sus montañas.

Pero vi que el hombre se enderezaba en su Divinidad como un gigante sobre la C lera y la Destrucción, riéndose de la rabia de la Tierra y de la furia de los elementos. Como un pilar de luz, levantó al Hombre en medio de las ruinas de Babilonia, Nive, Palmira y Pompeya, y así, erguido, entonaba el cántico de la inmortalidad.

Que la Tierra arrebaté
Lo que es suyo,
Porque yo, el Hombre, no tengo fin.

6. RAZÓN Y CONOCIMIENTO

Cuando te habla la razón, escucha lo que te dice y serás salvo. Haz buen uso de sus recomendaciones y serás como un hombre armado. Porque el Señor no te ha dado guía mejor que la Razón, ni brazo más fuerte que la Razón. Cuando la Razón habla a tu yo más profundo, te pone a prueba contra el Deseo. Porque la Razón es un ministro prudente, un guía leal y un sabio consejero. La razón es luz en las tinieblas, como la ira es oscuridad en medio de la luz. Sólo sabio, que, tu guía sea la Razón, no el impulso.

Pero debes tener presente que, aunque la Razón está a tu lado, de nada te vale sin la ayuda del Conocimiento. Sin su hermano de sangre, el Conocimiento, la Razón es como la pobreza sin hogar; y el Conocimiento sin la Razón es como una casa sin protección. Y de poco te valdrá hasta el mismo Amor, la Justicia y la Bondad, si no van acompañados de la Razón.

El hombre culto, pero carente de juicio, es como un soldado que entra en combate sin armas. Su c lera emponzoará a su comunidad, y sólo será como el grano de trigo en una vasija de agua pura.

Razón y conocimiento son como cuerpo y alma. Sin el cuerpo, el alma no es más que viento vacío. Sin el alma, el cuerpo no es más que una estructura carente de sentimiento.

La razón sin conocimiento es como la tierra sin labrar, como un campo yermo, o como el cuerpo humano sin alimento.

La razón no es como las mercancías que se venden en los mercados, que mientras más abundan, menos valen. El valor de la razón merma al abundar. Pero, cuando se vende en el mercado, sólo el sabio es capaz de entender su verdadero valor.

El insensato no ve sino insensateces; y el loco no ve sino la locura. Ayer rogué a un tonto que contase los tontos que se movían en torno nuestro. Se echó a reír y me contestó:

"Es una tarea demasiado difícil y me llevaría mucho tiempo. ¿No sería mejor que contases sólo los sabios?"

Conoce tu verdadero valor y no perecerás. La razón es tu luz y tu antorcha de la Verdad. La razón es la fuente de la Vida. Dios te ha dado el Conocimiento para que a su luz no sólo le adores a Dios, sino que te veas a ti mismo con tus flaquezas y con tu fortaleza.

Si no te quitas primero la paja que tienes en el ojo, no podrás ver la de tu

vecino.

Examina cada día tu conciencia y corrige tus faltas; si no cumples con este deber no serás fiel al Conocimiento y a la Razón que hay dentro de ti.

Obsérvate a ti mismo, como si fueras tu propio enemigo; porque no puedes aprender a gobernarte, mientras no aprendas primero a gobernar tus pasiones y a obedecer a los dictados de tu conciencia.

O una vez decir a un hombre: "Todos los males tienen remedio, menos la insensatez. Reprender a un necio insensato o predicar a un idiota es como escribir en el agua. Cristo curó a los ciegos, a los lisiados, a los paráliticos y a los leprosos. Pero a los idiotas no pudo curarlos."

Estudia un problema desde todos los ángulos y tendrás la seguridad de descubrir dónde se ha deslizado el error. Cuando el portal de tu casa es ancho, procura que el pasillo de atrás no sea demasiado estrecho.

El que intente aprovechar una oportunidad después que ha pasado junto a él, es como el que la ve acercarse, pero no sale a su encuentro.

Dios no obra el mal. Nos da la Razón y el Conocimiento para que estemos siempre en guardia contra los peligros del Error y de la Destrucción.

Bienaventurados aquellos a quienes Dios ha hecho merced con el don de la Razón.

7. DE LA MÚSICA

Me senté junto a la amada de mi corazón y escuché sus palabras. Mi alma empezó a vagar por los espacios infinitos en que el universo parecía un sueño y el cuerpo una prisión estrecha.

La voz encantadora de mi Amada penetraba mi corazón. Es la Música, oh amigos, porque la escuché en los suspiros de aquella a quien amaba, y en las palabras a medio murmurar entre sus labios.

Con los ojos de mi orvi el corazón de mi Adorada.

Amigos míos: la música es el lenguaje del espíritu. Su melodía es la brisa juguetona que hace temblar de amor las cuerdas. Cuando los áureos dedos de la música llaman a la puerta de nuestro sentimiento, despiertan memorias dormidas desde tiempos remotos en las profundidades del Pasado. Las tristes vibraciones de la música provocan en nosotros melancólicas nostalgias; y sus poéticos sonos nos traen recuerdos placenteros. El vibrar de las cuerdas nos hace llorar cuando se nos va un ser querido o sonreír por la paz que Dios nos ha concedido.

El alma de la Música es el Espíritu, y su mente es el Corazón.

Cuando Dios creó al Hombre, le otorgó la Música como un lenguaje distinto de todos los demás. Y el hombre primitivo cantaba su gloria en la soledad; y ella movió al corazón de los reyes y los hizo salir de su trono.

Nuestras almas son como delicadas flores a merced de los vientos del Destino. Tiemblan a la brisa matutina e inclinan la cabeza bajo el rocío que desciende del cielo.

El trino del pájaro despierta al Hombre de su sueño y lo invita a incorporarse a los salmos de gloria cantados a la Sabiduría Eterna que ha creado el trino del pájaro.

Esa música nos hace preguntarnos cuáles es el significado de los misterios contenidos en los libros antiguos.

Cuando cantan los pájaros, ¿llaman a las flores de los campos o hablan a los árboles, o repiten el murmullo de los arroyos? Porque el Hombre, con todo su

entendimiento, no es capaz de saber lo que canta el pájaro, ni lo que murmura el arroyuelo, ni lo que susurran las olas cuando lamen la playa lenta y delicadamente.

El hombre no es capaz de saber con todo su entendimiento qué es lo que dice la lluvia al caer sobre las hojas de los árboles, o cuando sus gotas-golpean los cristales de la ventana.

No puede saber lo que la brisa está diciendo a las flores de los campos.

Pero el Corazón del Hombre puede sentir y captar el significado de estos sonidos que hacen vibrar sus sentimientos. La Sabiduría Eterna habla frecuentemente en un lenguaje misterioso; Alma y Naturaleza conversan juntas, mientras el Hombre se queda sin habla perplejo.

Sin embargo, ¿no ha orado el Hombre al escuchar los sonidos? ¿Y no son sus Lágrimas un entendimiento elocuente?

¡Mística Divina!
Hija del Alma del Amor.

Copa de amargura
Y de Amor .
Sueño del corazón humano,
Fruto del dolor.

Flor de alegría, aroma
Y efluvio del sentimiento.
Lengua de los amantes, reveladora
De los secretos.

Madre de las Lágrimas del amor oculto,
Inspiradora de poetas, místicos y
Arquitectos.

Unidad de pensamientos latentes
En fragmentos de palabras.

Tú has diseñado con belleza al amor,
Nocturno del corazón, exultante
Del mundo de los sueños.

Vigorizadora de los guerreros
Y fortaleza de las almas,
Océano de piedad y mar de ternura.

¡Oh Mística!
En tu seno depositamos nuestros corazones
Y nuestras almas.
Tú nos has enseñado a ver
Con nuestros ojos,
Y a orar con nuestros corazones.

8. DE LA SABIDUR A

El hombre sabio es el que ama y reverencia a Dios. El mÓrito del hombre estÆ en su conocimiento y en sus acciones, no en su -color, fe, raza o nacimiento. Porque debes tener presente, amigo m o, que el hijo de un pastor que posee conocimientos vale mÆ para una naci n que el heredero de su trono, si Øste es un ignorante. El conocimiento es tu verdadera ejecutoria de nobleza, sea quien fuere tu padre o tu raza.

El saber es la nica riqueza de que no te pueden despojar los tiranos. S lo la muerte puede apagar la lÆmpara del conocimiento que arde dentro de ti. La verdadera riqueza de una naci n no consiste en su oro ni en su plata, sino en su saber, en su sabidur a y en la rectitud de sus hijos.

Las riquezas del esp ritu embellecen la paz del hombre y producen simpat a y respeto. El esp ritu de cualquier ser se manifiesta en los ojos, en el semblante y en todos los movimientos y gestos del cuerpo. Nuestra apariencia, nuestras palabras, nuestras acciones no son nunca mÆ grandes que nosotros. Porque el alma es nuestra casa; nuestros ojos, sus ventanas; y nuestras palabras, sus mensajeros.

El saber y el entendimiento son los fieles compaæeros de la vida, que nunca te serÆ desleales. Porque el conocimiento es tu corona y el entendimiento tu bÆulo; y no podrÆ poseer mayores tesoros cuando los llevas contigo.

El que te entiende es mÆ allegado a ti que tu mismo hermano. Porque los parientes pueden no entenderte ni conocer tu verdadero valor.

La amistad con el ignorante es tan imbØcil como discutir con un borracho.

Dios te ha dotado de inteligencia y de conocimiento. No apagues la lÆmpara de la Gracia Divina, ni dejes que se extinga el cirio de la sabidur a en las tinieblas de la licencia y del error. Porque el sabio avanza iluminando con su antorcha el camino de la humanidad.

Debes saber que un solo hombre justo produce mÆ aflicci n al Diablo que un mill n de creyentes ciegos.

Un poco de conocimiento operante vale infinitamente mÆ que un gran caudal de saber inactivo.

Si tu saber no te enseæa el valor de las cosas y no te libera de la esclavitud a la materia, jamÆ te acercarÆ al trono de la Verdad.

Si tu conocimiento no te enseæa a elevarte por encima de la flaqueza y miseria humanas y a conducir a tu pr jimo por el sendero de la justicia, eres sin duda alguna hombre de poco valor y seguirÆ siendo as hasta el Da del juicio.

Aprende las palabras de sabidur a que pronuncian los sabios y aplcalas a tu propia vida. V velas, pero no trates de lucirte recitÆdolas, porque el que repite lo que no sabe no es mejor que un burro cargado de libros.

9. AMOR E IGUALDAD

Mi pobre amigo, si supieras que la Pobreza que te produce tantas penalidades es precisamente la que revela el conocimiento de la Justicia y la comprensión de la Vida, te sentirías contento con tu suerte.

He dicho conocimiento de la Justicia: porque el rico está demasiado atareado en amasar una fortuna, para buscar este conocimiento.

Y también he dicho comprensión de la Vida: porque el fuerte está demasiado ansioso y afanoso por conquistar poder y gloria, para seguir el camino recto de la verdad.

Así, pues, regocíjate, mi pobre amigo, porque tú eres la boca de la Justicia y el libro de la vida. Alégrate, porque eres la fuente de la virtud de quienes te gobiernan y el pilar firme de la integridad de quienes te guían.

Si fueras capaz de ver, mi atribulado amigo, que la desventura que te ha postrado en la vida es cabalmente el poder que ilumina tu corazón y rescata tu alma de la sima del desprecio para elevarla al trono de la reverencia, estarías contento con tu sino y lo considerarías un patrimonio para instruirte y hacerte sabio.

Porque la vida es una cadena formada de numerosos y heterogéneos eslabones. La amargura es el vínculo de oro entre la sumisión al estado presente y la esperanza prometida del futuro.

Es la aurora entre sueño y despertar.

Compañero mío que estás necesitado, la Pobreza sirve para acreditar la nobleza del espíritu, en tanto que la riqueza pone en evidencia su perversidad. El dolor suaviza los sentimientos y la Alegría cura el corazón herido. Cuando se acaba con el Dolor y la Pobreza, el espíritu del hombre queda como una tabla rasa en que no hay nada escrito, como no sean las señales del egoísmo y la codicia.

Acuérdate de que la Divinidad es el yo verdadero del Hombre. No puede venderse por oro ni puede almacenarse y amontonarse como las riquezas del mundo de hoy. El hombre rico se ha despojado de su Divinidad y se ha aferrado a su oro. Y los jóvenes de hoy han olvidado su Divinidad y se han entregado a la licencia y al placer.

Mi pobre amado, la hora que pasas con tu esposa y tus hijos, cuando vuelves del trabajo a tu hogar, es el tesoro máspreciado que pueden poseer las familias humanas; es el emblema de la felicidad, que será el patrimonio de las generaciones venideras.

En cambio, la vida que disipa el rico al amasar su oro no es en realidad sino la de los gusanos en la tumba. Es señal de miedo.

Las lágrimas que viertes, mi atribulado amigo, son más puras que a carcajada del que trata de olvidar, y más dulces que el sarcasmo del que te desprecia. Esas Lágrimas limpian el corazón de la plaga del odio, y enseñan al hombre a compartir el dolor de los abatidos por la tristeza. Son las Lágrimas del Nazareno.

La fuerza que está sembrando para el rico, la cosechará en el tiempo venidero, porque todas las cosas revierten a su fuente, según la Ley de la Naturaleza.

Y el dolor que te ha cabido en suerte se tornará en alegría por la voluntad de los Cielos.

Y las generaciones venideras aprenderán del Dolor y la Pobreza una lección de Amor e Igualdad.

10. OTROS DICHOS DEL MAESTRO

Yo he estado aquí desde el principio, y estaré hasta el fin de los días; porque

mi existencia no tiene límites. El alma humana es sólo una parte de la antorcha encendida que Dios separó de Sí al crear el mundo.

Hermanos míos, aconsejaos unos a otros, porque en ese consejo radica la liberación del error y arrepentimiento fatal. La sabiduría de los mártires es vuestro escudo contra la tiranía. Porque, cuando nos pedimos consejo uno al otro, reducimos el número de nuestros enemigos.

El que no pide consejo es un atolondrado. Su irreflexión lo ciega para la Verdad y lo hace perverso y peligroso para su prójimo.

Una vez que hayas comprendido claramente un problema, afrontalo con resolución, porque eso es lo que hace el fuerte.

Solicita el consejo de los ancianos, porque sus ojos han mirado a la cara de los años y sus oídos han escuchado las voces de la Vida. Aunque su consejo te parezca desagradable, sguelo.

No esperes un buen consejo de ningún tirano, malhechor, engreído o desertor del honor. ¡Ay del que colabore con el perverso que viene a pedirle consejo! Porque dar la razón o aliarse con el malhechor es una infamia, y dar oídos a la falsedad es una traición.

Mientras no estés dotado de gran conocimiento, criterio certero y profunda experiencia, no podrás considerarme consejero de los hombres.

Avanza despacio y no seas negligente cuando se te presente una oportunidad. De esta manera evitarás grandes equivocaciones.

Amigo mío, no seas como el que se sienta frente al fuego y ve cómo éste se consume, intentando en vano soplar las cenizas muertas. No te rindas ni te entregues a la desesperación por lo pasado, porque lamentar lo irremediable es la peor de las flaquezas humanas.

Ayer me arrepentí de lo que había hecho, y hoy comprendo mi error y el mal que atraje sobre mí al quebrar mi arco y destruir mi aljaba.

Te amo, hermano mío, quien quiera que seas, lo mismo si adoras a Dios en una iglesia, que si te hincas de rodillas en un templo o rezas en una mezquita. Tú y yo somos hijos de una sola fe, porque los diversos caminos de la religión son dedos de la mano amante de un solo Ser Supremo, mano que se extiende a todos, ofrece la plenitud del espíritu a todos y está deseosa de recibir de todos.

Dios te ha concedido un espíritu con alas, para que surques firmemente el espacio del Amor y de la Libertad. ¿No es, por tanto, una pena que te arranques las alas con tus mismas manos y tenga después tu alma que arrastrarse como un insecto sobre la tierra?

Alma mía, vivir es como el corcel de la noche, cuanto más rápida sea su carrera,

m/É pronto llegar/Éel d a.

11. EL QUE ESCUCHA

Oh viento, t que pasas junto a nosotros, unas veces cantando suave y dulcemente, otras sollozando y lament/Édote: te oímos, pero no podemos verte. Sentimos tu aliento, pero no podemos vislumbrar tu forma. Eres como un oc/Éano de amor que engolfa nuestros espíritus, pero no los ahoga.

T subes con las montañas y bajas con los valles, esparci/Éndote por las campiñas y praderas. Hay fuerza en tu subida y delicadeza en tu bajada, y gracia en tu dispersión. Eres como un rey magn/Énimo, benigno para los oprimidos, pero severo para los arrogantes y los fuertes.

En Otoño gimes a trav/És de los valles y los /Éboles se hacen eco de tus quejumbres. En Invierno quebras nuestras cadenas y toda la naturaleza se rebela contigo.

En Primavera te sacudes la modorra invernal, d/Ébil todavía y sin fuerzas, y en tu leve rebullir comienzan a despertar los campos.

En Verano te escondes tras el velo del Silencio, como -si te hubieras muerto, agobiado por los rayos del Sol y los dardos de la cancula.

¿Te lamentabas por ventura en los últimos días de Otoño, o te reas ante el rubor de los /Éboles desnudos? ¿Te encolerizabas en Invierno, o era que, bailabas en torno a la tumba de la Noche inmensamente cubierta de nieve?

¿Languidecías acaso en Primavera, o expresabas tu duelo por la p/Érdida de tu amada, la juventud de todas las Estaciones?

¿Estabas por desgracia muerto en los días de invierno, o sólo dormías en el corazón de los frutos, en los ojos de las viñas o en los nodos del trigo que se trillaba en las eras?

Te levantas de las calles de las ciudades, portando los g/Émenes de las plagas; y desde los huertos propagas el aliento fragante de las flores. Así la gran Alma conforma la tristeza de la vida y se incorpora en silencio a sus alegrías.

En los nodos de la rosa susurras un secreto cuyo significado ella capta; frecuentemente est/Éentristecida, pero luego se alborozaba y regocijaba. Lo mismo hace Dios con el alma del Hombre.

Ya te detienes morosamente. Ya te apresuras de aquí para allá/É movi/Éndote sin cesar. Lo mismo es la mente del Hombre, que vive cuando est/Éen actividad y muere cuando se deja llevar por la pereza.

Escribes tus canciones sobre la superficie de las aguas; y despu/És las borras. Otro tanto hace el poeta cuando est/Écreando.

Del Sur llegas c/Éido como el Amor; y del Norte, frío como la Muerte. De Oriente, como el toque del Alma; y del Poniente con la violencia de la ira y de la Furia. ¿Eres tan cambiante como la Edad, o eres el correo de nuevas noticias desde los cuatro puntos de la tierra?

Te encrespas sobre el desierto, aplastas con tu pie a las caravanas inocentes, sepult/Édolos bajo montañas de arena. ¿Eres por ventura la misma brisa suave y juguetona que tiembla al amanecer entre las hojas y las ramas, y se diluye como un sueño a lo largo de los sinuosos valles, donde las flores se inclinan para saludarte, y los tallos de la hierba se encorvan con los p/Épados pesados, cuando -se intoxican con tu aliento?

Surges de los océanos y sacudes sus profundidades silenciosas con tu cabellera, y devoras en tu c lera las naves y sus tripulaciones. ¿Eres acaso la misma aura sutil que acaricia los bucles de los niños cuando andan jugando por su casa?

¿Ad nde transportas nuestros corazones, nuestros suspiros, nuestros alientos, nuestras sonrisas? ¿QuØ haces con las llameantes antorchas de nuestras almas? ¿Las llevas mÆ allÆdel horizonte de la Vida? ¿Las arrastras como v ctimas propiciatorias a cavernas distantes y horribles, para destrozarlas?

En la noche tranquila y sosegada, los corazones te revelan sus secretos. Y al llegar la alborada, los ojos se abren a tu gentil caricia. ¿Reparas en lo que ha sentido el coraz n o visto los ojos?

Entre tus alas deposita el triste el eco de sus melanc licas canciones, el huØfano los fragmentos de su despedazado coraz n, y el oprimido sus gemidos dolorosos. Entre los pliegues de tu planto pone el peregrino sus anhelos y su nostalgia, el abandonado su amargura, y la mujer ca da su desesperaci n.

¿Guardas todo esto que te entrega el humilde en tu seguro seno? ¿O eres como la Madre Tierra que sepulta cuanto produce?

¿Escuchas estas quejumbres y lamentos? ¿Te haces eco por ventura de estos gemidos y del lloro de estos seres angustiados? ¿O eres como los soberbios y los poderosos, que no ven la mano que se extiende hacia ellos ni escuchan los gritos de los pobres?

¡Oh Vida! ¿De todo lo que escuchas quØ oyes?

12. AMOR Y JUVENTUD

Un joven en los albores de la vida estaba sentado a su mesa de estudio en una mansi n solitaria. Ya miraba a travØs de la ventana al cielo tachonado de fulgurantes estrellas, ya volv a la vista hacia el cuadro de una doncella, que sosten a en la mano. Sus l neas y colores eran una verdadera obra maestra; se reflejaban en la mente del joven y le abr an los secretos del Mundo y el misterio de la Eternidad.

El cuadro de la mujer estaba llamando al joven que, en aquel momento, sinti que sus ojos se convert an en o dos y entend an el lenguaje de los esp ritus que flotaba por la estancia; y su coraz n se sinti trnsido de amor.

As fueron pasando las horas como si s lo fuesen un momento de alg n ensueo maravilloso, o un aeo nada mÆ en la vida de la Eternidad.

Entonces coloc el joven la imagen ante s, cogi la pluma y comenz a verter sobre el pergamino los sentimientos de su coraz n.

"Amada ma: La gran verdad que trasciende a la Naturaleza no se comunica de un ser a otro por medio del habla humana. La verdad prefiere el Silencio para llevar su significado alas almas amantes.

Ya sØ que el silencio de la noche es el mejor mensajero entre nuestras dos almas, porque es portador del mensaje del Amor y recita los salmos de nuestros corazones. De la misma manera que Dios ha hecho a nuestras almas prisioneras de nuestros cuerpos, el Amor me ha hecho tambiØn cautivo de las palabras y del habla.

Dicen, Amada ma, que el Amor es una llama devoradora que arde en el coraz n del hombre. Desde la primera vez que nos vimos, supe que te hab a conocido durante siglos, y comprend cuando nos separamos que nada era lo bastante fuerte para mantenernos alejados.

La primera vez que te vi, no fue realmente la primera. La hora en que se

encontraron nuestros corazones me confirm en la creencia en la Eternidad y en la inmortalidad del Alma.

En un momento como ~~De~~, la Naturaleza levanta el velo de quien se cree oprimido y descubre y acredita su justicia imperecedera.

¿Recuerdas aquel arroyuelo junto al cual nos sent~~amos~~ a contemplarnos, Amada m a? ¿Sabes que tus ojos me decan entonces que tu amor no brotaba de la piedad, sino de la justicia? Y ahora puedo proclamarme a m mismo y al mundo que las d~~iv~~ivas que derivan de la justicia son mayores que las que se deben a la caridad.

Y puedo tambi~~en~~ decir que el Amor, hijo de la casualidad, es como el agua estancada de los pantanos.

Amada m a, ante m se extiende una vida que puedo convertir en grandeza y belleza, una vida que empez con nuestro primer encuentro y que durar~~á~~ toda la eternidad.

Porque s~~o~~ que t puedes propagar el poder que Dios me ha otorgado, para expresarlo en grandes palabras y acciones, como el Sol hace nacer las flores fragantes de los campos.

Y por eso, mi amor hacia ti durar~~á~~ eternamente."

El joven se levanta y atraves lenta y pausadamente la habitaci n. Mir a trav~~és~~ de la ventana y vio que la Luna emerge a del horizonte y llenaba el vasto espacio con su delicado resplandor.

Despu~~s~~ volvi a su mesa y escribi :

"Perd name, Amada m a, por hablarte, en segunda persona. Porque t eres mi otra hermosa mitad, que me ha faltado desde que salimos de la mano sagrada de Dios. ¡Perd name, Amada m a!"

13. LA SABIDUR A Y YO

En el silencio de la noche, la Sabidur a penetr en mi cuarto y se qued de pie junto al lecho. Me mir con la expresi n de una madre cariosa, enjug mis l~~á~~grimas y me dijo:

He escuchado los gemidos de tu alma y he venido a consolarte. 'breme tu coraz n, que yo lo llenar~~é~~ de luz. Preg ntame, que yo te mostrar~~é~~ el camino de la Verdad.

Atend a su indicaci n y le pregunt~~é~~

-¿Qui~~én~~ soy yo, Sabidur a, y c mo llegu~~é~~ a este lugar de horrores? ¿Qu~~é~~ son estas inmensas esperanzas, estas montaaas de libros y estas extraaas figuras? ¿Qu~~é~~ son estos pensamientos que vienen y van como bandadas de palomas? ¿Qu~~é~~ son estas palabras que articulamos con deseo y escribimos con alegra? ¿Qu~~é~~ son estas tristes y gozosas conclusiones que abrazan mi alma y envuelven mi coraz n? ¿De qui~~én~~ son estos ojos que me miran y taladran hasta los rincones m~~ás~~ oscuros de mi alma y, sin embargo, no se ocupan de mi pena? ¿Qu~~é~~ son estas voces que lamentan el paso efmero de mis d~~ías~~ y cantan las alabanzas de mi niñez? ¿Qui~~én~~ es este joven que juega con mis deseos y se burla de mis sentimientos, olvid~~ándose~~ de las acciones de ayer content~~ándose~~ exclusivamente con lo pequeo de hoy y arm~~ándose~~ contra el lento acercarse del maana?

¿Qu~~é~~ es este mundo horrible y a qu~~é~~ tierra desconocida me lleva?

¿Cu~~ánto~~ es esta tierra que abre anchurosamente sus fauces para tragar nuestros

cuerpos y prepara un albergue imperecedero para los avaros? ¿Quién es este Hombre que se da por contento con los favores de la Fortuna y está suspirando por un beso de los labios de la Vida, mientras la Muerte le abofetea el rostro? ¿Quién es este Hombre que compra un momento de placer con un año de arrepentimiento, y se entrega al sueño, cuando le rondan las pesadillas? ¿Quién es este Hombre que nada en las olas de la Ignorancia, hacia el vértice de las Tinieblas?

Dímelo, Sabiduría... ¿quién son todas estas cosas?

Y la Sabiduría abrió sus labios y habló :

-Tú, Hombre, eres capaz de ver el mundo con los ojos de Dios y captar los secretos del mundo a través del pensamiento humano. Este es el fruto de la ignorancia.

Sal al campo y contempla cómo las abejas rondan las hermosas flores, y el Águila se abalanza sobre su presa. Entra en la casa de tu vecino y ve al pequeño niño fascinado por las llamas del hogar, mientras la madre trabaja en sus tareas domésticas. Sé como la abeja y no desperdicies los días de tu primavera mirando lo que hace el Águila. Sé como el niño a quien encanta el fuego de la chimenea y deja que la madre se dedique a sus quehaceres. Todo lo que ves fue y sigue siendo tuyo.

Los numerosos libros, figuras extrañas y bellos pensamientos que te rodean son fantasmas de espíritus que te han precedido. Las palabras pronunciadas por tus labios son los eslabones que te vinculan a tus semejantes. Las conclusiones tristes y alegres son las semillas del pasado arrojadas en el surco de tu alma, para ser cosechadas en el futuro.

El joven que juega con tus deseos es el que va a abrir la puerta de tu corazón para que entre la luz. La tierra que abre sus voraces fauces para tragar al hombre y, con él, sus obras, es la redentora de nuestras almas, que las libera de la esclavitud a nuestros cuerpos.

El mundo que se mueve contigo es tu propio corazón, que es el mundo mismo. Y el hombre a quien consideras tan pequeño e ignorante, es el mensajero de Dios que ha venido a aprender la alegría de la vida a través del dolor y de la ignorancia.

Así habló la Sabiduría y poniéndome una mano en la frente calenturienta, me dijo:

-Sigue adelante. No te detengas. Avanzar es caminar hacia la perfección. Sigue adelante, sin temor a las espinas ni a las piedras cortantes del camino de la Vida.

14. LAS DOS CIUDADES

La vida me tomó en sus alas y me condujo a la cumbre del Monte de la Juventud. Después me sentó a su espalda y me invitó a que mirase hacia adelante. Ante mis ojos se extendió una ciudad extraña, de la cual emergía una humareda oscura de múltiples matices, que se movían lentamente como fantasmas. Una tenue nube ocultaba casi completamente la ciudad de mi vista.

Tras un momento de silencio, exclamé

-¿Quién es lo que estoy viendo, Vida?

Y la Vida me contestó :

-Es la Ciudad del Pasado. Mira y reflexiona.

Contemplé aquel escenario maravilloso y distinguí numerosos objetos y

perspectivas: atrios erigidos para la acción, que se erguan como gigantes bajo las alas del Sueño; templos del Habla, en torno a los cuales rondaban espíritus que lloraban desesperados o entonaban cánticos de esperanzas. Vi iglesias construidas por la fe y destruidas por la Duda. División minaretes del Pensamiento, cuyas espirales emergan como brazos levantados de mendigos; vi avenidas de Deseo que se prolongaban como ríos a lo largo de los valles; almacenes de secretos custodiados por centinelas de la Ocultación, y saqueados por ladrones de la Revelación; torres poderosas erigidas por el Valor y demolidas por el Miedo; santuarios de Sueños embellecidos por el Letargo y destruidos por la Vigilia; débiles cabañas habitadas por la Fragilidad; mezquitas de Soledad y Abnegación; instituciones de enseñanza iluminadas por la Inteligencia y oscurecidas por la Ignorancia; tabernas del Amor, en que se emborrachaban los enamorados, y el Despojo se mofaba de ellos, teatros en cuyos tableros la Vida desarrollaba su comedia, y la Muerte ponía el colofón a las tragedias de la Vida.

Tal es la llamada Ciudad del Pasado -aparentemente muy lejos, pero en realidad, muy cerca- visible apenas a través de los crespones tenebrosos de las nubes.

Entonces la Vida me hizo una señal, mientras me decía:

-Sígueme. Nos hemos detenido demasiado aquí.

-¿Adónde vamos, Vida? -le preguntó

Y la vida me dijo:

-Vamos a la Ciudad del Futuro.

-Ten piedad de mí, Vida -le repuse-. Estoy cansado, tengo los pies doloridos y la fuerza me abandona.

Pero la Vida insistió:

-Adelante, amigo mío. Detenerse es cobardía. Quedarse para siempre contemplando la Ciudad del Pasado es Locura. Mira, la Ciudad del Futuro está a la vista... invitándonos.

15. LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Al romper del día me senté en una vega, en animada conversación con la Naturaleza, mientras el Hombre dormía apaciblemente bajo los cobertores del sueño. Me tendí en la verde grama y me puse a reflexionar sobre estas preguntas:

"¿Es la Belleza la Verdad? ¿Es la Verdad la Belleza?"

Y en mis pensamientos me sentí transportado lejos de la humanidad, y mi imaginación levantó el velo de la materia que ocultaba mi yo interior. El alma se me abrió y me acerqué más a la naturaleza y calé más hondo en sus secretos, mientras mis oídos se despejaban para entender el lenguaje de sus maravillas.

Reclinado estaba en las honduras del pensamiento, cuando sentí pasar la brisa entre las ramas de los árboles y oír un suspiro, como el que podría exhalar algún huérfano extraviado.

-¿Por qué suspiras, suave brisa? -preguntó

Y la brisa me contestó:

-Porque llego de la ciudad abrasada por el calor del Sol, y los gómenes y contaminaciones de las pestes se han pegado a mis puras vestiduras. ¿Seré capaz de reprocharme que me lamente?

Después posé la mirada en los semblantes llorosos de las flores y escuché su tenue congoja. Y les pregunté

-¿Por qué lloráis, mis encantadoras flores?

Una de ellas levantó su hermosa cabeza y musitó :

-Lloramos porque va a venir el Hombre y nos va a tronchar y después nos pondrá en la venta en los mercados de la ciudad.

Y otra flor añadió :

-Al oscurecer, por la tarde, cuando estemos marchitas, nos arrojarán al montón de la basura. Sollozamos porque la mano cruel del hombre nos arranca de nuestras comarcas nativas.

Y escuché lamentarse al arroyo, como viuda que gime por su hijo muerto y le pregunté

-¿Por qué lloras, mi puro arroyuelo?

Y él me contestó :

-Porque no tengo más remedio que llegar a la ciudad, donde el Hombre me desprecia y me abandona para ingerir bebidas más fuertes y me convierte en devorador de sus suciedades, mancilla mi pureza y trueca mi divinidad en inmundicia.

Y a mis oídos llegó el doliente gorjeo de los pájaros, a quienes pregunté

-¿Por qué sollozáis mis dulces pajarillos?

Y uno de ellos se me acercó volando, se posó en el extremo de una rama y canturreó :

-Los hijos de Adán no tardarán en llegar a este lugar secreto con sus armas mortíferas y nos declararán la guerra, como si fuéramos sus enemigos mortales. Ahora nos estamos despidiendo unos de otros, porque no sabemos quiénes van a escapar a la furia del hombre. La Muerte nos sigue dondequiera que vayamos.

El Sol emergió entonces tras los picachos de las montañas y doró de guirnaldas las puntas de los árboles. Contemplé extasiado esta hermosura y me pregunté

-¿Por qué ha de destruir el Hombre lo que ha construido la Naturaleza?

16. LA HECHICERA

La mujer que amó mi corazón estaba ayer sentada en esta solitaria habitación, reposando su hermoso cuerpo sobre este diván de terciopelo. Y bebía vino añejo en estas copas de cristal.

Pero es un sueño de ayer; porque la mujer a quien amó mi corazón se ha ido a un lugar lejano... la Tierra del Olvido y del Vacío.

Aún queda sobre mi espejo la huella de sus dedos; y la fragancia de su aliento sigue todavía entre los pliegues de mi ropa; y puede escucharse aún el eco de su dulce voz en esta habitación.

Pero la mujer que amó mi corazón ha ido a un paraje remoto, que se llama Valle del Destierro y de la Amnesia. Junto a mi lecho cuelga su retrato. He guardado en un cofre de plata, incrustado de esmeraldas y coral, las cartas de amor que me escribiera. Y todas estas cosas quedarán conmigo hasta mañana, cuando el viento las arrebató hacia el olvido, donde sólo reina el silencio mudo.

La mujer que amó es como todas a las que habéis entregado vuestros corazones. Es de una belleza extraordinaria, como modelada por un Dios; dulce como la paloma, astuta como la serpiente, elegantemente arrogante como el pavo real, cruel como el lobo, esbelta como el blanco cisne y terrible como la negra noche. Está plasmada enteramente de un puñado de tierra y de esencias de espuma marina.

He conocido a esta mujer desde que era niño. La he seguido por los campos y me he aferrado al ruedo de su vestido cuando paseaba por las calles de la ciudad. La

he conocido desde los días de mi juventud y he contemplado la sombra vaga de su semblante en las páginas de los libros que he leído. He escuchado su voz celestial en el murmullo del arroyo.

A ella abren los desengaños de mi corazón y los secretos de mi alma.

La mujer a quien he amado mi corazón se ha ausentado a un lugar frío, desolado y distante... Es la Tierra del Vacío y del Olvido.

La mujer a quien amara mi corazón se llama Vida. Es de hermosura cautivadora, que arrastra hacia sí los corazones de todos. Toma nuestras vidas en prenda y sepulta en promesas nuestros anhelos.

La Vida es una mujer que se baña en los charcos de Lágrimas de sus amantes, y se unge con la sangre de sus víctimas. Los atavos con que se cubre son blancos días, franjeados por las tinieblas de la noche. Arrebata el corazón al hombre que la ama, pero no quiere entregarse en matrimonio.

La Vida es una hechicera...

Que nos seduce con su beldad...

Pero el que sabe sus artimañas...

De sus embrujos escapar...

17. LA JUVENTUD Y LA ESPERANZA

La juventud pasó junto a mí, y yo la seguí hasta una campiña lejana. Allí se detuvo y clavó los ojos en las nubes que se cernían sobre el horizonte como un rebaño de blancos corderos. Después miró a los árboles, cuyas ramas desnudas se alzaban al cielo, como si pidiesen a la Altura que les devolviese su follaje.

Y yo le dije:

-¿Dónde estamos, juventud?

A lo que replicó:

-Estamos en la campiña de la Perplejidad. Observa.

Y yo le dije:

-Volvámonos inmediatamente, porque este paraje tan desolado me da miedo, y la vista de las nubes y de los árboles desnudos entristece mi corazón.

A lo que replicó:

-Ten paciencia. La Perplejidad es el principio de la sabiduría.

Entonces miró en torno a mí y divisó una forma que se aproximaba graciosamente a nosotros, y preguntó:

-¿Quién es esta mujer?

Y la juventud replicó:

-Es Melpómene, hija de Zeus y Musa de la Tragedia.

-Oh, juventud feliz -exclamó-, ¿qué quiere de mí la Tragedia, estando tú a mi lado?

Y me respondí:

-Ha venido a enseñarte la Tierra y sus pesadumbres; porque el que no ha contemplado el Dolor jamás verá la Alegría.

Entonces el espíritu me puso una mano sobre los ojos. Cuando la retiré, la juventud había desaparecido, y yo me encontraba solo; despojado de mis vestiduras terrenas y exclamé acongojado:

-Hija de Zeus, ¿dónde está la juventud?

Pero Melp mene no me contest , sino que me coloc bajo sus alas y me transport a la cima de una alt sima montaa. AllÆabajo ve a la tierra y cuanto hay en ella, extendida como las pÆginas de un libro, sobre el cual se hubiesen grabado los secretos del universo. Me quedØ at nito junto a la doncella, cavilando sobre el misterio del Hombre y afanÆdome por descifrar los smbolos de la Vida.

Y contemplØ seres medrosos: los ´ngeles de la Felicidad peleaban con los Diablos de la Miseria, y entre ellos se ergu a el Hombre, unas veces arrastrado por la Esperanza, y otras por la Desesperaci n.

Vi c mo jugaban el Amor y el Odio con el coraz n humano; el Amor, ocultÆdole su culpa y adormeciØndole con el vino de la sumisi n, de la loa y de la adulaci n; en tanto que el Odio lo:provocaba, sellaba sus o dos y cegaba sus ojos a la Verdad.

Y observØ que la ciudad andaba a gatas, como un niæo de sus suburbios, y que se agarraba al vestido del hijo de AdÆ. Y allÆ a lo lejos, divisØ las lozanas campiaas que sollozaban por la tribulaci n del Hombre.

Vi sacerdotes echando espumarajos como raposas taimadas; y falsos Mes as que conspiraban y maquinaban contra la felicidad del Hombre.

Y fui testigo de c mo el Hombre ped a auxilio a la Sabidura para que lo liberase; pero la Sabidura no quiso escuchar sus gritos, porque la hab a desairado cuando ella le habl en las calles de la ciudad.

Y observØ c mo los predicadores levantaban su vista hacia los cielos en gesto de adoraci n, mientras sus corazones se enfangaban en las ciØnagas de la Codicia.

Y vi a un joven que trataba de conquistar el coraz n de una doncella con sus palabras seductoras; pero sus verdaderos sentimientos estaban adormecidos, y su divinidad se encontraba muy lejos.

Advert que los legisladores charlaban como tontos, perdiendo el tiempo y vendiendo sus mercanc as en los mercados del Engaæo y la Hipocres a.

DivisØ a los mØdicos, que jugaban con las almas de los ingenuos y de coraz n sencillo.

Vi que los ignorantes estaban sentados junto a los sabios, elevando su pasado al trono de la gloria, adornando su presente con los delicados mantos de la abundancia y preparando un divÆ suntuoso para el futuro.

ObservØ c mo los pobres, desamparados arrojaban la semilla, y c mo se apoderaban los. fuertes de la cosecha; en tanto que la opresi n, mal llamada Ley, hac a centinela a lo que estaba aconteciendo.

Vi a los ladrones de la Ignorancia saqueando los tesoros del Saber, en tanto que los custodios de la Luz se hund an en el sueæo profundo de la inacci n.

Y descubr a dos amantes; pero la mujer era como un la d en manos de un hombre que no sabe taerlo, sino que s lo entiende de Æperas estridencias.

Y divisØ a las fuerzas del Saber sitiando la ciudad del Privilegio Heredado; pero eran escasos en n mero y no tardaron en ser dispersados.

Y vi a la Libertad caminando a solas, llamando a las puertas de -las casas e implorando un albergue; pero nadie hac a caso de sus palabras suplicantes.

DespuØ contemplØ el espectÆulo de la Prodigalidad avanzando a pasos arrogantes en todo su esplendor ante la multitud, que la aclamaba como si fuese la Libertad.

Y vi a la Religi n sepultada en libros, y a la Duda ocupando su lugar.

Y presenciØ c mo el hombre se ataviaba con el ropaje de la Paciencia, como

manto para ocultar su Cobardía, y notó que llamaba Tolerancia a la Pereza, y Cortesía al Miedo.

Y observó cómo el intruso se sentaba a la sabia mesa del Conocimiento, barbotando groserías, en tanto que los invitados guardaban silencio.

Y vi que el oro llenaba las manos de los despilfarradores, que lo empleaban para obrar el mal y llevar a cabo sus perversidades; y vi también el oro en manos de los miserables, como carnaza del odio. Pero, en cambio, no vi oro alguno en manos de los sabios.

Cuando contemplaba estos tristes espectáculos, exhaló un gemido de dolor, y dije:

-Oh, Hija de Zeus, ¿pero es ésta la Tierra? ¿Es este el Hombre?

Y ella me contestó con voz suave y angustiada:

-Lo que estás viendo es el camino del Alba, pavimentado con piedras de aristas cortantes y alfombrado de espinas. Esto no es más que la sombra del Hombre. Esto es la Noche. ¡Pero espera! ¡La mañana no tardará en llegar!

Entonces me puso sobre los ojos su mano delicada, y cuando la retiró, he aquí que junto a mí caminaba a pasos lentos la juventud y, por delante de nosotros, marcando el camino, marchaba la Esperanza.

18. RESURRECCIÓN

Ayer, amada mía, yo estaba casi solo en el mundo, y mi soledad era tan miserable como la muerte. Era como una flor que crece a la sombra de un enorme peñasco, de cuya existencia no se percata la Vida, pero tampoco se percata de ella. Mas hoy se despertó mi alma y te vi de pie junto a mí. Me levanté y regocijé después me postré de hinojos ante ti y te adoré.

Ayer, la caricia de la leve brisa me parecía Espera, amada mía, y débiles los rayos luminosos del Sol, una bruma cubría la faz de la Tierra y las olas del océano rugían como la tempestad.

Miré en torno de mí, pero no vi más que mi propio sufrimiento que estaba junto a mí, mientras los fantasmas de las tinieblas se elevaban y abatían en torno de mí como buitres voraces.

Pero hoy la Naturaleza está bañada de luz, y las olas rugientes de: han calmado y las nieblas disipado. Doquier tiendo los ojos, veo los secretos de la vida que se abren ante mí.

Ayer era una palabra sin eco en el corazón de la Noche; hoy soy una canción en los labios del Tiempo.

Y todo esto ha ocurrido en un solo momento y fue obra de una mirada, de una palabra, de un suspiro y de un beso. Ese momento, amada mía, ha fundido el pasado fértil de mi alma con las esperanzas del futuro que abraza mi corazón. Fue como un alba rosa que brota del seno a la luz del día. Ese momento fue para mi vida lo que el nacimiento de Cristo ha sido para los siglos de la Humanidad, porque estaba lleno de amor y de bondad. Trocés en luz las tinieblas, en júbilo el dolor, en dicha la desesperación.

Amada, los fuegos del Amor descienden del cielo en múltiples formas y contornos, pero la impresión que producen en el mundo es una sola. La minúscula llama que ilumina el corazón humano es como una antorcha crepitante que baja del cielo para alumbrar las sendas de la Humanidad.

Porque en una sola alma caben las esperanzas y sentimientos de toda la Humanidad.

Los judíos, amada mía, esperaron el advenimiento de un Mesías que les había sido prometido, y que iba a liberarlos de la esclavitud.

Y la Gran Alma del Mundo pareció rendir un culto que ya no era necesario, a Júpiter y a Minerva, porque los sedientos corazones de los hombres no podían refrescarse con aquel vino.

En Roma; los hombres ponían en duda la divinidad de Apolo, dios exento de misericordia, y la belleza de Venus ya se había marchitado.

Porque, en lo más hondo de sus corazones, estas naciones tenían hambre y sed, aunque no lo entendiesen, de la enseñanza suprema que iba a trascender a cuantos se hallaban sobre la faz de la Tierra. Suspiraban ardientemente por la libertad de espíritu que enseñase al hombre a regocijarse con su vecino a la luz del Sol y ante las maravillas de la vida. Porque esta anhelada libertad es la que acerca al hombre a lo No Visto, a lo cual puede aproximarse sin temor alguno y sin desdoro.

Todo esto acontecía hace dos mil años, amada mía, cuando los deseos del corazón giraban en torno a las cosas visibles, temerosos de aproximarse al espíritu eterno... mientras Pan, Señor de los Bosques, poblaba de terror los corazones de los pastores, y Baal, Señor del Sol, oprimía y estrujaba con las manos despiadadas de los sacerdotes, las almas de los pobres y desheredados.

Hasta que, en una sola noche, en una hora, en un instante, los labios del espíritu se entreabrieron y pronunciaron la sagrada palabra, "Vida"; y la Vida se hizo carne en un infante que dormía arrullado en el regazo de una virgen, en un establo en que los pastores guardaban sus rebaños contra los asaltos de las feroces alimañas de la noche, y contemplaban absortos y maravillados al humilde recién nacido, que reposaba en el pesebre.

El Rey Nisao, envuelto en los miserables harapos de su madre, se sentó en el trono de los corazones dolientes y de las almas hambrientas, y desde el seno de su humildad arrebató el cetro del poder de las manos de Júpiter y se lo entregó al pobre pastor que guardaba su rebaño.

Y quitó a Minerva la Sabiduría, y la entronizó en el corazón de un pobre pescador que estaba remendando sus redes. De Apolo tomó la Alegría a través de su propio dolor e hizo merced de ella al atribulado mendigo que pedía limosna a la vera del camino.

Arrebató a Venus la Belleza y la derramó en el alma de la mujer caída, que temblaba ante su cruel e infamante opresor. Destronó a Baal y puso en su lugar al humilde labriego, que sembraba su simiente y cultivaba la tierra con el sudor de su frente.

Amada, ¿no era acaso mi alma ayer como las tribus de Israel? ¿No esperaba yo por ventura en el silencio de la noche la llegada de mi Salvador, para que me liberase de la esclavitud y de los sinsabores del Tiempo? ¿No sentía la misma gran sed y hambre de espíritu que estas naciones del pasado? ¿No avanzaba yo por el camino de la Vida, como un niño perdido en el desierto y no era mi vida acaso como la simiente arrojada sobre la piedra, que ningún ave busca, ni los elementos pueden abrir para hacerla fructificar?

Todo esto acaeció ayer, amada mía, cuando mis sueños se agazapaban en la oscuridad y tenían la llegada del día. Todo esto vino o sucedió cuando el Dolor desgarraba mi corazón y la Esperanza se afanaba por zurcir los jirones.

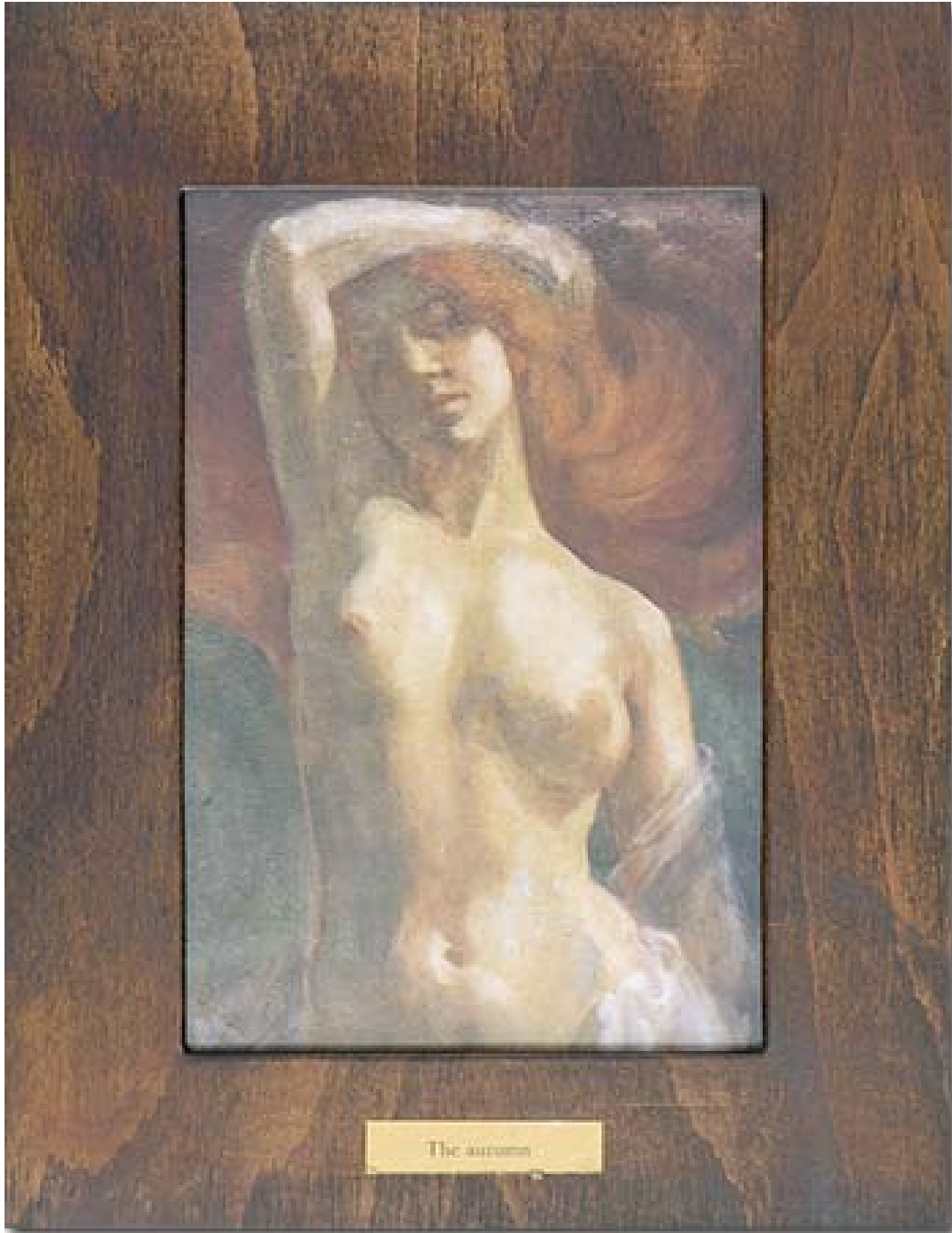
En una noche, en una sola hora, en un instante el Espíritu descendió del centro del círculo de la luz divina y me miró con los ojos del alma. De esa mirada nació el Amor, que hizo su morada en mi corazón.

Este Amor grande, arrebuñado en lo más íntimo de mis sentimientos, ha convertido el dolor en Alegría, la desesperanza en felicidad, la soledad en paraíso.

El Amor, el gran Rey, ha devuelto la vida a mi yo muerto; ha encendido nuevamente la luz en mis ojos cegados por las Lágrimas; me ha levantado desde el polvo de la desesperación hasta el reino celestial de la Esperanza.

Porque todos mis días fueron como noches, amada mía. Pero he aquí que la aurora ha llegado; pronto emergerá el Sol. Porque el aliento del Niño Jesús ha llenado el firmamento y se ha mezclado con el Quer. La vida que antes estuviera llena de pesadumbre y aflicción, rebosa ahora de júbilo, porque los brazos del Niño te estrechan en torno mío y cobijan mi alma.





The autumn

GIBR' N KHALIL GIBR' N
LAGRIMAS Y SONRISAS (1914)

Revisado por: Carlos J.J.

PALABRAS PRELIMINARES

En ning n caso cambiar a las risas de mi coraz n por las riquezas de las multitudes; ni me contentar a con convertir en quietud a las Lgrimas de mi agon a interior. Es mi ferviente deseo que toda mi vida en esta tierra sea por siempre de Lgrimas y sonrisas.

- ◆ Las Lgrimas que purifican mi coraz n y me revelan el secreto de la vida y sus misterios,
- ◆ La risa que me acerca a mis pr jimos;
- ◆ Las Lgrimas que me unen a los desdichados,
- ◆ La risa que simboliza la dicha de mi propio ser.

Prefiero mil veces la muerte feliz antes que una vida vana e in til.

Un ansia eterna de amor y belleza es mi deseo; ahora se que los favorecidos no son sino desdichados, pero para mi espirtu los suspiros de los amantes son mÆ reconfortantes que la melod a de una lira.

La flor envuelve sus pØtalos al oscurecer y el Amor la arrulla, y al amanecer abre los labios para recibir los besos del Sol anunciados por fugaces c mulos de nubes que llegan y se van.

La vida de las flores es esperanza y logros y paz; es de Lgrimas y risas.

Se evaporan las aguas y ascienden hasta convertirse en nubes que se arraciman en los picos y los valles; y al enfrentar la brisa, cae sobre los campos y se confunde con los arroyos que corren dichosos hacia el mar.

La vida de las nubes es una vida de reuniones y despedidas; de Lgrimas y sonrisas.

As el alma se separa del cuerpo y se dirige hacia el mundo material, transitando como una nube por los valles de tristeza y las montañas de felicidad, hasta que enfrenta a la brisa de la muerte y retorna a su lugar de origen, ese ocØano infinito de amor y belleza que es Dios.

LA CREACI N

El Dios desprendi un hÆito de S mismo y de Ø cre a la belleza. Derram sobre ella su bendici n y la dot de gracia y bondad. Le dio la copa de la felicidad y le dijo:

-No bebas de esta copa hasta que hayas olvidado el pasado y el futuro, porque -la felicidad no es nada mÆ que un momento pasajero.

Y l tambiØn le dio la copa de la tristeza y le dijo:

-Bebe de esta copa y comprenderÆ el significado de los fugaces instantes de dicha en la vida, porque la tristeza estÆsiempre presente.

Y el Dios la dot de un amor que la abandonar a para siempre en el momento en que ella experimentara por primera vez la alegr a terrena, y de una dulzura que se desvanecer a cuando conociera por primera vez la adulaci n.

Y l la colm de sabidur a celestial para que la llevara por el recto sendero, y coloc en lo profundo de su coraz n un ojo que distinguiera lo oculto, y la cre afectuosa y

bondadosa para con todas las cosas. La atavi con vestiduras de esperanza bordadas por los Angeles del cielo con las hebras del arco iris. Y I evit que cayera en las sombras de la confusi n, que es el alba de la vida y la luz.

Entonces el Dios tom el fuego exiguo de la hoguera de la ira, y el viento arrasador de los desiertos de la ignorancia, y las filosas arenas de las playas del ego smo, y la tosca tierra pisoteada por los siglos, y a todos los mezcl y model al Hombre. Dot al Hombre del ciego poder que lo enfurece y lo enloquece, y esa locura s lo se extingue ante el acuciante deseo, y lo llen de vida, fantasma de la muerte.

Y el Dios ri y llor . Se sinti abrumado de amor y conmisericordi n por el Hombre, y lo priv de Su protecci n.

¡API' DATE DE MI CORAZ N, ALMA M A!

- ¿Por qu lloras, Alma m a?
- ¿Acaso desconoces mis flaquezas?
- Tus lgrimas me asaetean con sus puntas,
- Pues no s cu es mi error.
- ¿Hasta cu do he de gemir?
- Nada tengo sino palabras humanas
- Para interpretar tus sue os,
- Tus deseos, y tus dictados.

- Contplame, Alma m a; he
- Consumido d as enteros observando
- Tus enseanzas. ¡Piensa en todo
- Lo que sufro! Sigui dote mi
- Vida se ha disipado.

- Mi coraz n se ha glorificado en el
- Trono, pero ahora no es m que un esclavo;
- La paciencia era mi compaera, mas
- Ahora se ha vuelto en mi contra;
- La juventud era mi esperanza, mas
- Ahora desaprueba mi abandono.

- ¿Por qu eres tan acuciante, Alma m a?
- He rehusado el placer
- Y he abandonado la dicha de la vida
- En pos del camino que t
- Me has obligado a recorrer.
- S justa conmigo, o llama a la Muerte
- Para que se desencadene,
- Pues la justicia es tu virtud.

- Apilate de mi coraz n, Alma m a.
- Tanto Amor has vertido sobre m que
- Ya no puedo con mi carga. T y el
- Amor son un poder inseparable; la Materia
- Y yo somos una debilidad inseparable.
- ¿Cesar alguna vez el combate
- Entre el d bil y el poderoso?

- Apilate de m , Alma m a.
- Me has mostrado la Fortuna

- Inalcanzable. T y la Fortuna moran
- En la cumbre de las montañas; la Desdicha y yo
- Estamos juntos y abandonados en lo profundo
- Del valle. ¿Se unirán alguna vez
- El valle y la montaña?

- Apíñate de m , Alma m a.
- Me has mostrado la Belleza y luego
- La has ocultado. T y la Belleza moran
- En la luz, la ignorancia y yo
- Somos uno en la oscuridad. ¿Invadirá
- La luz alguna vez las tinieblas?

- Tu deleite llega con el Fin,
- Y ahora te revelas anticipadamente;
- Mas este cuerpo sufre por la vida
- Mientras vive.
- Esto es, Alma m a, el desconcierto.

- Presurosa huyes hacia la Eternidad,
- Mas este cuerpo fluye lento hacia
- El Fin. T no lo esperas,
- Y Ø no puede apresurarse.
- Esto es, Alma m a, la tristeza.

- Te elevas raudamente, por el mandato
- De los cielos, mas este cuerpo se desploma
- Por la ley de gravedad. No lo consuelas
- Y Ø no te quiere.
- Esto es, Alma m a, la desdicha.

- Eres rica en sabiduría, mas este
- Cuerpo es pobre en comprensión.
- T no te arriesgas
- Y Ø no puede obedecer.
- Esto es, Alma m a, el límite de la desesperación.

- En el silencio de la noche visitas
- Al enamorado y gozas con la dulzura
- De su presencia. Este cuerpo será por siempre
- La amarga víctima de la esperanza y la separación.
- Esto es, Alma m a, la tortura despiadada.
- ¡Apíñate de m , Alma m a!

DOS PEQUEÑOS

El príncipe estaba de pie en el balcón de su palacio, y dirigiéndose a la inmensa multitud allí reunida.

-Dejadme que ofrezca a vosotros y a esta vasta nación afortunada -dijo- mis felicitaciones por el nacimiento del nuevo príncipe que llevará el nombre de mi noble familia, y de quien es justo que os enorgullezcáis. Es el nuevo portador de esta ilustre estirpe, y de Ø depende el gran futuro del reino. ¡Cantad y sed dichosos!

La voz de la multitud embargada de dicha y agradecimiento, colmaba los cielos de jubilosas melodías, recibiendo al nuevo tirano que ceñiría en sus cuellos el yugo opresor, gobernando a los débiles con autoritaria crueldad, explotando sus cuerpos y

devorando sus almas. A ese destino atroz el pueblo elevaba sus cánticos, y brindaba extasiado por la salud del nuevo emir.

En ese mismo momento otro niño abra los ojos a la vida del reino. Mientras la muchedumbre glorificaba a los poderosos y se empequeñecía alabando a un dios en ciernes, y mientras los ángeles del cielo vertían lágrimas sobre la debilidad del pueblo y el servilismo de sus gobernantes, una mujer enferma meditaba. Vivía en una vieja casucha semidestruida, y a su lado, en un burdo lecho y envuelto en harapientos pañosales, su bebé recién nacido sufría de hambre. Era una pobre y desdichada joven desdeñada por la humanidad; su esposo había muerto víctima de la opresión real, dejando a una solitaria mujer a quien Dios había enviado esa noche un diminuto compañero, que le impidiera trabajar y ganarse el sustento.

Cuando la muchedumbre se dispersó y el silencio ganó el vecindario, la infortunada mujer acunó al niño en su regazo y contempló su rostro, llorando sobre él como si fuera a bautizarlo con lágrimas. Y con voz debilitada por el hambre, miró al niño y le dijo:

-¿Por qué has abandonado el mundo espiritual y has venido a compartir conmigo las amarguras de la tierra? ¿Por qué has dejado a los ángeles y el vasto firmamento y has venido a habitar esta miserable tierra de humanos, plena de agonía, opresión y crueldad? Nada tengo para ofrecerte excepto lágrimas; ¿te alimentaré de lágrimas y no de leche? No tengo mantos de seda para arroparte; ¿acaso podrán mis pobres brazos desnudos darte calor? Los animales pequeños pastan en los prados y regresan a salvo a sus establos; y las aves pequeñas recogen las semillas y duermen placidamente en las ramas de los árboles. Pero tú, amor mío, tan sólo tienes una desvalida madre que te ama.

Entonces llevo la boca del pequeño hasta su mustio seno y lo rodeo fuertemente con sus brazos, como si quisiera fundir los dos cuerpos en uno, como antes. Elevo lentamente sus encendidos ojos al cielo y grito:

-¡Dios, ten piedad de mis infortunados compatriotas!

En ese momento las nubes dejaron entrever el rostro de la luna, cuyos rayos se colaban por los intersticios de aquella humilde morada, cayendo sobre ambos cuerpos.

LA VIDA DEL AMOR

Primavera

- Ven, amada mía; caminemos entre las cumbres,
- Que la nieve es agua, y la Vida ha despertado de su
- Letargo y vaga por montes y valles.
- Sigamos las huellas de la Primavera hasta los
- Campos lejanos y trepemos las cuestas para elevar la
- Inspiración por encima de las humedades y fértiles praderas.

- La Primavera ha desplegado al alba sus adormecidos ropajes invernales
- Y los ha colocado en los melocotoneros y los citros,
- Y parecen novias en el rito ceremonial de
- La Noche de Kedre.

- Los retazos de las vidas se enlazan como
- Amantes, y los arroyos irrumpen con su danza
- Entre las rocas, entonando la canción de la alegría;
- Y las flores surgen simultáneamente del corazón de la

- Naturaleza, como la espuma surge del corazón pródigo del mar.
- Ven, amada mía; bebamos en copas de lilas las
- Últimas Lágrimas del Invierno; quietemos el espíritu
- Con una cascada de trinos y vaguemos
- Extasiados por la brisa embriagadora.

- Sentémonos junto a esa roca, donde se ocultan las violetas,
- Contemplemos el tierno encuentro de sus besos.

Verano

- Internémonos en los campos, amada mía, que se
- Aproxima el tiempo de la cosecha, y los ojos del sol
- Maduran las mieses.
- Brindémonos a los frutos de la tierra, como el
- Espíritu alimenta los granos de Dicha de las
- Semillas del Amor en lo profundo del corazón.
-
- Colmemos nuestras alforjas con los frutos de la
- Naturaleza, como la vida colma prodigamente los
- Dominios de nuestras almas con infinita bondad.
- De flores hagamos nuestro lecho, y de
- Cielo nuestra manta, y reclinémonos, juntas las cabezas
- Con suave heno por almohada.
- Descansemos de nuestra diaria labor, y escuchemos
- El exasperante murmullo del arroyo.

Otoño

- Vayamos a recoger las uvas de los viñedos
- Para el lagar, y guardemos el vino en antiguos
- Toneles, así como el espíritu guarda la Sabiduría
- De las eras en eternas vasijas.
- Regresemos a nuestra morada, que el viento
- Ha arrancado las hojas cenicientas y amortajado las
- Mustias flores que susurran elegías al Verano.
- Ven a casa, eterna amada, que las aves
- Peregrinas emigraron hacia el calor y abandonaron
- Las heladas praderas solitarias. El jazmín
- Y el mirto se han quedado sin Lágrimas.
- Retirémonos, que el fatigado arroyo ha
- Cesado de cantar; y las burbujeantes vertientes
- Desbordan de copiosos gemidos; y las
- Viejas y cautelosas montañas han ocultado
- Sus vidas vestiduras
- Ven, amada mía; la Naturaleza está ya fatigada
- Y dice adiós al entusiasmo
- Con su apacible melodía satisfecha.

Invierno

- Ven a mí, oh compañera de toda la vida;
- Ven a mí y no dejes que el invierno se
- Interponga. Siéntate conmigo junto al hogar,

- Que el fuego es el único fruto del Invierno.
- Háblame de la dicha de tu corazón, pues
- Es más sublime que los encolerizados elementos
- Tras nuestra puerta,
- Asegura la puerta y las ventanas, que el
- Colérico semblante de los cielos me deprime,
- Y la visión de nuestros campos cubiertos de nieve
- Hace lagrimear mi alma.
- Alimenta la lámpara con aceite y no dejes que su luz
- se desvanezca, y
- Colócala junto a ti, para que pueda leer con lágrimas
- lo que
- Tu vida a mi lado ha escrito en tu rostro.
- Trae el vino del otoño. Bebamos y cantemos la
- Canción del recuerdo a la azarosa siembra de la
- primavera,
- Y a los afanosos desvelos del verano, y a la
- recompensa
- Del otoño en tiempos de cosecha.
- Acócate a mí, oh amada de mi alma; el
- Fuego se extingue y huye bajo las cenizas.
- Abrázame, pues me siento solo; la luz es
- Mortecina, y el vino que destilamos nos entrecierra
- Los ojos. Contemplémonos uno al otro antes
- De que se cierren por completo.
- Bésame con tus brazos y rodázame; deja
- Que el sueño funda nuestras almas.
- Bésame, amada, que el Invierno nos ha despojado,
- Pero aún nos quedan trémulos nuestros labios.
- Esté junto a mí, Eterna mía.
- ¡Qué profundo y vasto ha de ser el océano del sueño;
- Y que cercano está el amanecer!

LA MORADA DE LA RIQUEZA

Mi fatigado corazón se despidió de mí para irse a la Morada de la Riqueza. Al llegar a esa ciudad sagrada, que el alma había alabado y glorificado, comenzó a vagar desconcertado ante la ausencia de lo que siempre había imaginado hallar. La ciudad estaba vacía de poder, riquezas y autoridad.

Y mi corazón se dirigió a la hija del Amor y le dijo:

-Oh, Amor, ¿cómo puedo hallar a la Satisfacción? He oído que ha venido a hacerte compañía.

Y la hija del Amor respondió:

-La Satisfacción ya se ha ido a predicar su evangelio a la ciudad donde gobiernan la avaricia y la corrupción. No la necesitamos.

La Riqueza no implora Satisfacción, porque ésta es recompensa terrena, con deseos colmados de objetos materiales. La Satisfacción es expresión del corazón.

El alma eterna no está nunca satisfecha; su objetivo es la bendición permanente de lo sublime. Así mi corazón se dirigió a la Belleza de la Vida y le dijo:

-Tú eres toda Sabiduría; ilumíname como el misterio de la Mujer.

-Oh, corazón humano -Ella me respondió-, la mujer es tu propio reflejo, lo que tú eres,

y se halla dondequiera que t estés; es como la religión deso da por el ignorante, y como la luna lmpida de nubes, y como la brisa libre de impurezas. Y mi corazón se encaminó hacia la Sabiduría, hija del Amor y la Belleza, y le dijo:

-Concedeme Sabiduría, y la compartiré con los m os.

-No nombres a la sabiduría sino a la Riqueza -ella me respondi -, pues la verdadera riqueza no proviene de lo externo sino que nace en lo más Profundo de la vida. Compartela con los tuyos.

EL CANTO DEL MAR

- La solida playa es mi amada
- Y yo su amante.
- Nos une el amor, pero
- La luna me aparta celosa de ella.
- Me acerco presuroso y me resisto a
- Alejarme, despídome con un
- Pequeño y tenaz adiós.

- Me revelo con rapidez tras el
- Horizonte azul, derramando mi espuma
- De plata sobre sus arenas de oro
- Transformándonos en una fulgurante amalgama.

- Aplaco su sed y sumerjo su
- Corazón; ella suaviza mi voz y atempera
- Mi ánimo.
- Al alba susurro reglas del amor en
- Sus oídos, y ella me abraza con ternura.

- Al atardecer entono la melodía de la
- Esperanza, y luego cubro su rostro de
- Suaves besos; soy temible y veloz, mas ella
- Es calma, paciente y reflexiva. En su
- Vasto seno se aplaca mi impaciencia.
- A cada reflujo de la marea nos acariciamos
- A cada flujo me hincó a sus pies en oración.

- Muchas veces he danzado en torno a las sirenas
- Que surgían de las profundidades y se recostaban
- Sobre las crestas de mis olas a contemplar las estrellas;
- Muchas veces he escuchado a los enamorados renegar
- De su pequeñez, y los he ayudado a suspirar.

- Muchas veces he herido a las grandes rocas
- Y las he calmado con una sonrisa, pero nunca
- Me prodigaron sus risas;

- Muchas veces he salvado almas que se ahogaban
- Y llevado tiernamente hasta mi amada
- Playa. Ella le insufla fuerzas así como
- Agota las mareas.

- Muchas veces he robado gemas de las
- Profundidades para ofrecerlas a mi
- Amada Playa. Ella las toma en silencio, y yo
- Soy feliz pues siempre sale a recibirme.

- En la noche informe, cuando todas las
 - Criaturas persiguen el espectro del Sueño, yo
 - Me incorporo, canto un momento y
 - Suspiro después. Siempre estoy despierto.
-
- ¡Hay! ¡La vigilia ha sorbido mis fuerzas!
 - Pero soy un enamorado, y es fuerte la
 - Verdad del amor.
 - Puedo fatigarme, mas nunca moriré

UN POETA SOLO ES EN SU MUERTE

Negras Alas de noche envolvieron la ciudad que la Naturaleza había cubierto con un impoluto manto de nieve; los hombres abandonaban las calles buscando la calidez del hogar, mientras el viento norte arrasaba los jardines. En las afueras se adivinaba la silueta de una acaudalada cabecera semioculta en la nieve y a punto de derrumbarse. En un oscuro rincón de la casucha, con la mirada fija en la tenue luz de una lámpara de aceite que el viento hacía oscilar, un joven agonizaba en humilde lecho. Era un hombre en la plenitud de su vida; veía aproximarse llegar la hora que lo liberaría de las garras de la vida. Aguardaba agradecido la visita de la Muerte; su pálido rostro revelaba los primeros destellos de esperanza y en sus labios asomaba una amarga sonrisa que sus ojos bondadosos desmentaban.

Era un poeta muriendo de hambre en la ciudad de las riquezas perennes. Llegó a este mundo a alegrar el corazón de los hombres con palabras de profunda belleza y sentido. Era un alma noble, enviada por la Diosa de la Comprensión para aquietar y colmar de bondad el espíritu del hombre. Pero ¡Ay! el hombre se marchó feliz de la tierra inmovible sin recibir ni una sonrisa de sus extraños moradores.

El hombre expiraba, y no había nadie a su lado salvo la lámpara de aceite, fiel compañera, y algunos papeles sobre los que había escrito sus más profundos sentimientos. Rescatando las pocas fuerzas que aún no lo habían abandonado, alzó los brazos al cielo; recorrió desesperadamente el techo con la mirada, como si quisiera poder contemplar las estrellas veladas por las nubes, y dijo:

-Ven, oh bella Muerte; mi alma te reclama. Aproxímate y libérame de las cadenas de la vida, que me he fatigado arrastrando. Ven, oh tierna Muerte, y aléjame de mis semejantes que me observan extraños, pues yo les descifro el lenguaje de los ángeles. Apresúrate, oh calma Muerte, y apartame de la multitud que me relega al oscuro olvido, pues yo no soy como ellos que hostigan a los débiles. Ven, oh Muerte plácida, y cúbreme con tus blancas alas, pues mis compatriotas me desdeñan. Rodeame, oh Muerte, con tus tiernos brazos misericordiosos; deja que tus labios rocen los mios que no conocen el sabor de los besos maternales, ni acariciaron jamás mejillas fraternales ni manos amorosas. Ven, Amada Muerte, y llévame contigo.

Entonces junto al lecho del poeta agonizante apareció un ángel de belleza divina y sobrenatural, en cuyas manos había un ramo de lilas. Lo rodeó con sus alas y cerró sus ojos para que sólo pudiera ver con el ojo de su espíritu. Selló sus labios con un beso tierno y prolongado que imprimió a su rostro el gesto de la eterna plenitud. Luego la habitación quedó vacía, excepto los pergaminos y páginas que el poeta dispersado amarga e intilmente.

Siglos después, cuando los habitantes de la ciudad despertaron del asfixiante adormecimiento de la ignorancia y vieron los primeros atisbos de sabiduría, le

levantaron un monumento en el jardín más bello de la ciudad y cada año dedicaron una fiesta en honor de aquel poeta, cuyos escritos los había liberado. ¡Oh, qué cruel es la ignorancia humana!

PAZ

La tempestad se apaciguó tras combar las ramas de los árboles y reclinar todo el peso de su furia sobre las mieses de los campos. Las estrellas surgieron como maltrechos resabios de lejanos truenos y el silencio llenó el espacio como si la Naturaleza nunca hubiera librado su batalla.

Entonces, una joven penetró en su habitación y se hincó junto al lecho gimiente. Su corazón desbordaba de agonía, pero pudo finalmente despegar los labios.

-Oh Señor, haz que regrese a salvo al hogar -dijo-. He agotado las lágrimas y nada más puedo ofrecerte, oh señor magnánimo y misericordioso. Mi paciencia se ha consumido y la calamidad busca apoderarse de mi corazón. Sálvame, oh Señor, de las tenaces garras de la Guerra; líbralo de la Muerte despiadada pues está a merced de los poderosos. Oh Señor, salva a mi amado que es Tu hijo, del enemigo que también es Tu enemigo. Desvaló del sendero impuestoy gualo hasta las puertas de la Muerte; deja que me vea, o ven y líbrame con T.

Un joven entró serenamente. Tenía la cabeza cubierta por vendas impregnadas con la vida que se le escurría.

Se le aproximó, recibíendola con lágrimas y risas; luego tomó su mano, la llevó a sus labios encendidos y con voz impregnada de lejana tristeza, y de la dicha del reencuentro, y de la incertidumbre de su reacción, le dijo:

-No temas, pues yo soy la causa de tus ruegos. Alégrate, la Paz me ha traído a salvo hasta ti, y la humanidad nos ha devuelto lo que la codicia intentó quitarnos. No te apenes; sonríe, amada mía. No te asombres, pues el Amor está dotado de poder para alejar a la muerte, y de encanto para conquistar al enemigo. Soy tuyo. No me contemples como a un espectro que emerge de la Morada para visitar la Morada de tu Belleza.

No temas, ahora soy la Verdad, surgida del fuego y las espadas para revelar a los mortos el triunfo del Amor sobre la Guerra. Soy la Palabra que anuncia el comienzo de la dicha y la paz.

Luego enmudeció; sus lágrimas hablaban el lenguaje del corazón. Los ángeles de la Dicha rodearon aquella morada, y los dos corazones recobraron la unidad arrebatada.

Al alba los dos permanecieron de pie en medio de los campos, contemplando la belleza de la Naturaleza herida por la tempestad. Tras un silencio profundo y reconfortante, el soldado miró el sol nascente y dijo a su amada:

-Mira, la Oscuridad está dando a luz el Sol.

EL CRIMINAL

Un hombre joven y fuerte, debilitado por el hambre, se hallaba sentado en la acera con la mano extendida hacia los transeúntes, mendigando y repitiendo la triste canción de su derrota en la vida, sufriendo el hambre y la humillación.

Al caer la noche, reseco los labios y la lengua, su mano aún estaba tan vacía como su estómago.

Con las pocas fuerzas que le quedaban logró salir de la ciudad y sentarse bajo un árbol

a llorar amargamente. Entonces elevó los perplejos ojos al cielo mientras el hambre le corroía por dentro, y dijo:

-Oh Señor, fui a ver al rico y le pedí empleo, pero él me lo negó por mi pobreza; llamé a las puertas de la escuela, pero aquello fue alivio prohibido, pues tenía las manos vacías; busqué cualquier ocupación que me diera de comer, pero las puertas estaban cerradas. Me volqué con desesperación a la mendicidad, pero Tus adoradores al verme me decían: "Eres fuerte y holgazán, y no deberías mendigar."

"Oh Señor, por Tu voluntad mi madre dio a luz, y ahora la tierra me devuelve a ti antes del Fin de los tiempos.

Su expresión cambió súbitamente. Se puso de pie, y ahora sus ojos resplandecían decididos. Con una rama confeccionó un bastón duro y resistente, y señalando con él la ciudad gritó:

-Clamé por un mendrugo de pan con toda la fuerza de mi voz y me fue negado. ¡Ahora lo obtendré con la fuerza de mis brazos! Clamé por un mendrugo de pan en nombre de la misericordia y el amor, pero la humanidad desoyó mi llamado. Ahora lo tomaré en nombre de la maldad.

Los años implacables convirtieron al joven en ladrón, asesino, y destructor de almas; aniquiló a sus adversarios; acumuló una fabulosa riqueza con la que triunfó sobre los poderosos. Fue admirado por sus colegas, envidiado por el resto de los ladrones, y temido por las multitudes.

Sus riquezas y falso prestigio influyeron sobre el emir para que lo nombrara alcalde de aquella ciudad: el triste proceder de los perversos gobernantes. Entonces los robos fueron legales; la autoridad alentó la opresión; el aniquilamiento de los débiles fue un lugar común; las muchedumbres sobornaron y adularon.

¡Así fue como la primera manifestación de egoísmo humano hizo criminales a los mansos, y asesinos a los hijos de la paz; así fue como la primitiva avidez de la humanidad creció y vive azotándose una y mil veces!

EL LUGAR DONDE JUEGA LA VIDA

- Una hora en pos de la Belleza
- Y el Amor merece un siglo entero de gloria,
- Concedido al poderoso por el débil asustado.

- Desde aquella hora proviene la Verdad del hombre; y
- Durante aquel siglo la Verdad duerme en
- Los desasosegados brazos de inquietantes sueños.

- En aquella hora el alma ve con sus ojos
- La Ley Natural, y durante aquel siglo se
- Condena a sí mismo con la ley del hombre;
- Y es encadenada por la férrea opresión.

- Aquella hora inspiró los Cantares
- De Salomón, y aquel siglo fue el ciego
- Poder que destruyó el templo de Baalbek.

- Aquella hora fue el nacimiento del Sermón de la
- Montaña, y aquel siglo hizo temblar los castillos de
- Palmira y la Torre de Babilonia.

- Aquella hora fue la Hégira de Mahoma, y aquí

- Siglo olvidado a Alá el Gígota y el Sina.
- Una hora dedicada a condolerse y lamentarse de
- La igualdad arrebatada a los débiles es más noble que un
- Siglo pleno de avaricia y codicia.
- Fue aquella hora la que vio al corazón
- Hinchado de pesares,
- Iluminado por la antorcha del Amor.
- Y desde ese siglo, las ansias de Verdad
- Están sepultadas en el seno de la tierra.
- Aquella hora es la raíz que debe revivir.
- Aquella hora es la hora de la contemplación,
- La hora de la meditación, la hora de la
- Oración, y la hora de la nueva era del bien.
- Y aquel siglo es la vida de Nerón desperdiciada
- En investiduras tomadas tan sólo de la
- Materia terrena.
- Así es la vida.
- Representada en escenarios durante eras;
- Registrada en la tierra durante siglos;
- Inexplorada durante años;
- Cantada como himno durante días,
- Enaltecida sólo por una hora; pero esa
- Hora es una gema preciosa de la Eternidad.

EL CANTO Y LA FORTUNA

- El hombre y yo somos amantes.
- Él me desea y yo suspiro por él,
- Pero ¡ay! Entre nosotros va la
- Portadora de desdichas.
- Es cruel y exigente,
- Poseedora de vacua seducción.
- Su nombre es materia
- Nos sigue dondequiera que vayamos
- Y nos observa como un centinela, trayendo
- Desasosiego a mi amante.

- Busco a mi amado en los bosques,
- Bajo los árboles, junto a los lagos.
- No puedo hallarlo, pues la Materia
- Lo ha impulsado hacia la clamorosa
- Ciudad y lo ha sentado en el trono
- De las deslumbrantes, metálicas riquezas.

- Lo llamo con la voz del
- Conocimiento y la canción de la Sabiduría.
- No me escucha, pues la Materia
- Lo ha encerrado en el calabozo
- Del egoísmo, donde mora la avaricia.

- Lo busco en los campos de la Satisfacción,
- Pero estoy sola, pues mi rival me ha
- Encarcelado en la caverna de la glotonería
- Y la avaricia, y allí me ha apresado
- Con dolorosas cadenas de oro.

- Lo llamo al alba, cuando la Naturaleza sonríe.

- Pero Ø no oye, pues el exceso ha
- Desbordado sus embriagados ojos de enfermizo sueño.
- Lo he entretenido al atardecer, cuando reina el Silencio
- Y duermen las flores. Pero Ø no responde,
- Pues el temor de lo que traerá el amanecer
- Obnubila sus pensamientos.

- Se esfuerza por amarme;
- Me busca en sus propios actos. Pero no
- Me halla. Esino en los actos de Dios.

- Me busca en los edificios de su gloria
- Cimentada sobre los huesos de otros;
- Me susurra desde
- Sus montañas de oro y plata;
- Pero sólo me halla viniendo hasta
- La morada de la Simpleza construida por Dios
- Al borde del manantial del afecto.

- Desea besarme ante sus arcos,
- Pero sus labios jamás rozar los míos excepto
- En la riqueza de la brisa pura.

- Me pide que comparta con Ø su
- Fabulosa riqueza, pero yo no abandonaré la
- Fortuna de Dios; no me despojaré de mis bellos
- ropajes.
- Busca al engaño como término medio; yo sólo busco
- El centro de su corazón.
- Hierde su corazón en la estrecha celda;
- Yo enriqueceré a su corazón con mi amor.
- Mi amado ha aprendido a condolerse y a
- Llorar por mi enemiga, la Materia; Yo le
- Enseñaré a derramar lágrimas de amor.

- Y a tener misericordia en los ojos del alma
- Por todas las cosas;
- Y a suspirar satisfecho con
- Esas lágrimas.

- El hombre es mi amado;
- A Ø quiero pertenecer.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Ayer me aparté de la bulliciosa muchedumbre y me interné en los campos, hasta una colina sobre la que la Naturaleza había desplegado sus atractivas galas. Ahora sólo podía respirar.

Miré hacia atrás, y la ciudad surgió ante mí con sus magníficas mezquitas y suntuosas residencias, velada por el humo de las fábricas.

Comencé a meditar en la misión del hombre, pero sólo pude sacar en conclusión que su vida se identificaba con la lucha y el sufrimiento. Luego traté de no pensar en lo que habían hecho los hijos de Adán, y me concentré en los campos que son el trono de la gloria de Dios. En un lugar apartado pude ver un cementerio rodeado de áramos. Allí, entre la ciudad de los muertos y la ciudad de los vivos, me senté a meditar.

Pensó en el eterno silencio de aquellos primeros y en la tristeza infinita de estos últimos.

En la ciudad de los vivos halló esperanza y desesperanza, amor y odio, alegría y tristeza, riqueza y pobreza, fidelidad e infidelidad.

En la ciudad de los muertos estaba sepultada la tierra que en el silencio de la noche la Naturaleza convierte en vegetales, luego en animales y luego en hombres. Mientras mi alma se perdía en ese laberinto, vi que un cortejo se acercaba lenta y respetuosamente acompañado por una música que llenaba el cielo de triste melodía. Era un suntuoso funeral. El muerto era seguido por los vivos que vertían lágrimas por su partida. Al llegar a la sepultura, los sacerdotes comenzaron a orar y a quemar incienso, y los músicos a tocar sus instrumentos llorando al desaparecido. Entonces los sumos sacerdotes se adelantaron uno tras otro y recitaron sus réquiem con palabras cuidadosamente escogidas.

Finalmente la multitud se alejó, dejando que el muerto descansara en la bveda más bella y espaciosa, diseñada en marfil y bronce por manos expertas y rodeada de las más caras y elaboradas coronas de flores.

Los que habían ido a despedirlo volvieron a la ciudad, y yo permanecí observándolos desde lejos, mientras hablaba en voz baja conmigo mismo el sol se hundía en el horizonte y la Naturaleza se ocupaba de los mil y un preparativos del sueño.

Entonces vi a dos hombres jadeando bajo el peso de un ataúd de madera, y detrás de ellos a una mujer pobremente vestida con un bebé en brazos. Tras esta última corría un perro que, con ojos descorazonadores, miró primero a la mujer y luego al ataúd.

Fue un humilde funeral. Este huésped de la Muerte dejó librados a la impasible sociedad una esposa desdichada y un bebé que compartiera sus pesares, y a un fiel perro cuyo corazón sabía la partida de su amo.

Al llegar a la sepultura depositaron el ataúd en un pozo alejado de los cuidados pastos y los mármoles, y se alejaron después de elevar unas sencillas palabras a Dios. El perro se volvió por última vez para mirar el sepulcro de su amigo, mientras el reducido grupo desaparecía tras los árboles.

Miró hacia la ciudad de los vivos y me dije: "Aquel sitio es sólo de unos pocos." Luego observó la armoniosa ciudad de los muertos y me dije: "También ese sitio es de unos pocos. Oh, Señor, ¿dónde está el cielo de todos?"

Al decir esto miró hacia las nubes que se mezclaban con el dorado de los más largos y bellos rayos del sol. Escuchó en mi interior una voz que me decía: " ¡Allí !"

EL CANTO DE LA LLUVIA

- Soy las humildes hebras de plata lanzadas del cielo
- Por los dioses. La Naturaleza me lleva, para adornar
- Sus campos y valles.

- Soy las bellas perlas, arrebatadas a la
- Corona de Ishtar por la hija del Alba
- Para embellecer los jardines.

- Cuando lloro las colinas ríen;
- Cuando estoy abatido las flores se regocijan;
- Cuando estoy agobiado, todo sonríe con alborozo.

- El campo y la nube son amantes

- Y entre ellos soy el mensajero de la misericordia.
- Sacio la sed de uno,
- Curo la dolencia del otro.

- La voz del trueno proclama mi llegada;
- El arco iris anuncia mi partida.

- Soy como la vida terrena, que comienza a
- Los pies de los desencadenados elementos y culmina
- En las elevadas alas de la muerte.

- Emerjo del corazón del mar y
- Me remonto con la brisa. Cuando veo un campo en la
- Indigencia, desciendo y rodeo las flores y
- Los árboles en un millón de pequeñas caricias.

- Golpeo suavemente las ventanas con mis
- Delicados dedos, y mi anuncio es una
- Canción de bienvenida. Todos pueden oírme, pero sólo
- Los sensibles me comprenden.

- La calidez del aire me da a luz,
- En cambio yo la opaco,
- Tal como la mujer derrota al hombre con
- La fuerza que de él extrae.

- Soy el suspiro del mar;
- La risa de los campos;
- Las lágrimas del cielo.

- Lo mismo que el amor:
- Suspiro desde el hondo mar del carámbulo;
- Ro desde el vacío territorio del espíritu;
- Lloro desde el infinito cielo de los recuerdos.

LA VIUDA Y SU HIJO

La noche cayó sobre el norte del Líbano y la nieve cubrió las aldeas rodeadas por el valle Kadeesha, dando a campos y praderas el aspecto de una gran hoja apergaminada sobre la que se hallaban escritas la multitud de acciones de la furiosa Naturaleza. Los hombres regresaban a sus hogares dejando desiertas las calles, mientras el silencio envolvía la noche.

En una casa cercana a aquellas aldeas vivía una mujer que hacía girar la rueca junto al fuego. Junto a ella su único hijo miraba ora al fuego, ora a su madre.

Los ensordecedores truenos sacudieron la casa y el pequeño se asustó. Abrazó a su madre, buscando en su carámbulo la protección que le faltaba. Ella lo acercó a su pecho y lo besó; luego lo sentó en su regazo.

-No temas hijo mío -le dijo-, que la Naturaleza sólo está comparando su infinito poder con la debilidad del hombre. Hay un Ser Supremo más allá de la nieve que cae, de los negros nubarrones y del viento ululante, y Él sabe de las carencias de la tierra, pues Él la creó; y Él mira a los desposeídos con ojos de misericordia.

"Ten coraje, hijo mío. La Naturaleza sonríe en Primavera, y re en Verano y bosteza en Otoño, pero ahora llora; y con sus lágrimas humedece la vida oculta en sus entrañas.

"Duerme, mi niño querido; tu padre nos contempla desde la Eternidad. La nieve y los

truenos nos acercan a Ø. "Duerme, amado m o, pues esta blanca manta que no nos protege del fro abriga las semillas, y esto que semeja la guerra producirÆ bellas flores cuando llegue Nisan.

"Es as , mi niæo, como el hombre no puede madurar el amor sino despuØ de la triste separaci n reveladora, y de la amarga paciencia, y de la desesperanzada tristeza. Duerme, mi pequeæo; los dulces sueæos hallarÆ tu alma que no teme a la terrible oscuridad nocturna y a la escarcha implacable.

El pequeæo mir a su madre con ojos de sueæo y dijo: -Mis pÆpados se cierran, madre, pero no puedo irme a dormir sin mis oraciones.

La mujer contempl aquel rostro angelical con la visi n obnubilada, y dijo:

Repite conmigo, niæo m o: "Dios, ten piedad de los pobres y protØgelos del invierno; abriga sus delgados cuerpos con Tus bondadosas manos; cuida de los huØfanos que duermen en m seros hogares y sufren el hambre y el fro. Escucha, oh Seæor, el llamado de las viudas desprotegidas y trØmulas de miedo por sus pequeæos. ' brenos, oh Seæor, los corazones de todos los hombres, para que puedan ver la desdicha de los pobres. Ten piedad de los sufrientes que golpean a las puertas, y gu a a los viajeros hacia cÆidos sitios. Cuida, oh Seæor, a las aves pequeæas y protege a los Åboles y a los campos de la furia de las tormentas; porque T eres compasivo y brindas amor.

Cuando el Sueæo atrap el esp ritu del niæo, su madre lo recost en el lecho y bes sus ojos con labios trØmulos. Luego regres junto al fuego, a girar la rueca para confeccionar las ropas del niæo.

EL POETA

- Es un puente entre este mundo y el venidero. Es un
- manantial de
- Aguas puras del que todas las almas sedientas pueden
- beber.

- Es un Åbol regado por el Ro de la Belleza, dador
- De los frutos que anhela el coraz n hambriento;
- Es un ruiseæor, que alivia el esp ritu
- Abatido con sus bellas melod as;
- Es una blanca nube que surge tras el horizonte,
- Que asciende y crece para colmar la faz del cielo.
- Entonces cae sobre las flores en el Territorio de la
- Vida,
- Abriendo sus pÆtalos para que penetre la luz.

- Es un Ångel, enviado por las diosas para
- Predicar el Evangelio de la Deidad;
- Es una LÆmpara brillante, inconquistada por la
- oscuridad,

- E inextinguida por el viento. Alimentada con
- Aceite por la Ishtar del Amor, y encendida por el
- Apolo de la M sica.

- Es una silueta solitaria, ataviada con sencillez y
- Ternura; se sienta en el regazo de la Naturaleza para
- Inspirarse, y se incorpora en el silencio de la noche,
- Aguardando el descenso del esp ritu.

- Es un campesino que siembra las semillas de su
- corazón en las
- Praderas del afecto, y la humanidad recoge la
- Cosecha para darle alimento.

- Este es el poeta: a quien la gente ignora en esta vida,
- Y quien sólo es reconocido después de despedirse de
- esta
- Tierra y regresar a su Árbol en el cielo.

- Este es el poeta: quien no pide a la humanidad
- Nada más que una sonrisa.
- Este es el poeta: cuyo espíritu asciende y
- Colma el firmamento de frases bellas;
- Sin embargo la gente se resiste a su esplendor.

- ¿Hasta cuándo la gente permanecerá dormida?
- ¿Hasta cuándo continuará glorificando a aquellos
- Que alcanzaron la grandeza con ventaja?
- ¿Por cuánto tiempo ignorará aquellos que les
- permitieron
- Ver la belleza de su espíritu,
- Símbolo de la paz y el amor?
- ¿Hasta cuándo honrarán los seres humanos a los
- muertos
- Y olvidarán a los vivos que pasaron sus días
- Circundados de desdicha, y se consumieron
- Como velas encendidas para iluminar el camino
- Al ignorante y guiarlo por el sendero de la luz?
-
- Poeta, tú eres la vida de esta vida, y tú has
- Derrotado a los siglos a pesar de su crueldad.
- Poeta, algún día gobernarás los corazones, y
- Así tu reino no tendrá fin.
- Poeta, examina tu corona de espinas; oculta
- En ella hallarás un retoño de laurel.

CANTO DEL ALMA

- En lo profundo de mi alma hay
- Una canción sin palabras: una canción que reside
- En la semilla de mi corazón.
- Se resiste a mezclarse con la tinta del
- Pergamino; encierra mi carisma
- En un hábito transparente y vuela,
- Pero no sobre mis labios.

- ¿Cómo puedo desearla? Temo que se
- Mezcle con el otro terreno;
- ¿A quién elevo las melodías que la ensalzan? Reside
- En el territorio de mi alma, temerosa de los
- Toscos oídos.

- Cuando contemplo mis ojos interiores
- Veo la sombra de su sombra;
- Cuando toco las yemas de mis manos
- Percibo sus vibraciones.

- Las acciones de mis manos buscan su
 - Presencia como un lago debe reflejar
 - Las estrellas resplandecientes; mis Lágrimas
 - La revelan, como las luminosas gotas de rocío
-
- Revelan el secreto de una rosa mustia.
 - Es un canto compuesto por la contemplación,
 - Y publicado por el silencio,
 - Y rehuido por el clamor,
 - Y plegado por la verdad,
 - Y repetido por los sueños
 - Y comprendido por el amor,
 - Y ocultado por el despertar,
 - Y entonado por el alma.
-
- Es el canto del amor;
 - ¿Quién Canto o Esa pueden entonar?
 - Es más fragante que el jazmín;
 - ¿Quién ataduras pueden estremecerlo?
-
- Está ligado al corazón, como el secreto de una virgen;
 - ¿Quién ataduras pueden estremecerlo?
 - ¿Quién se atreve a amalgamar el rugido del mar
 - Y el canto del ruiseñor?
 - ¿Quién se atreve a comparar la rugiente tempestad
 - Con el suspiro de un pequeño?
 - ¿Quién se atreve a decir en voz alta las palabras
 - Que el corazón debe pronunciar?
 - ¿Quién humano se atreve a cantar con la voz
 - El canto de Dios?

RISAS Y LAGRIMAS

Cuando el sol se aleja del jardín, y la luna lanza sus mullidos rayos sobre las flores, me senté bajo los árboles a meditar sobre el fenómeno de la atmósfera, contemplando entre las ramas la profusión de estrellas que resplandecen como plateadas motas sobre alfombra azul; y pude oír a la distancia el agitado murmullo del arroyo, que saltarín y presuroso se encaminaba hacia el valle.

Cuando las aves se guarecieron entre las ramas y las flores plegaron sus pétalos, y cayó el terrible silencio, escuché el susurro de unos pasos en la hierba. Agucé el oído y vi que una joven pareja se aproximaba a mí árbol. Se sentaron bajo sus ramas desde donde podía verlos sin ser visto.

El joven miró hacia uno y otro lado, y luego oí que decía: -Siéntate a mi lado, amada mía, y escucha mi corazón; sonre, que tu felicidad es el símbolo de nuestro futuro; sé dichosa, que los días luminosos se regocijan con nosotros. "Mi alma me alerta de la duda de tu corazón, porque dudar del amor es pecado.

"Pronto será la dueña de este vasto territorio, iluminado por esta luna maravillosa; pronto será la señora de mi palacio y los siervos y criados estarán a tus órdenes.

"Sonre, amada mía, como sonre el oro de las arcas de mi padre.

"Mi corazón rehúsa negarte su secreto. Doce meses de viajes y placer nos aguardan; pasaremos un año derrochando el oro de mi padre en los azules lagos de Suiza, y contemplando los monumentos de Italia y Egipto, y descansando bajo los Sagrados Cedros del Líbano; conocerás a las princesas que te envidiarán las joyas y vestidos.

"Todo esto haré por ti; ¿Estarás satisfecha?

Pronto los vi pisotear las flores como los ricos pisotean los corazones de los pobres. Cuando se alejaron de mi vista comencé a hacer comparaciones entre el dinero y el amor, y a analizar el lugar que ocupaban en mi corazón.

¡Dinero! ¡Origen del amor insincero, fuente de falsa luz y fortuna; manantial de aguas contaminadas; desesperanza de la ancianidad!

A n vagaba por el vasto desierto de la meditación cuando una pareja desaliada y espectral pasó junto a mí y fue a sentarse en la hierba; dos jóvenes, un hombre y una mujer, que habían salido de la choza de su granja cercana para venir a este sitio despacible y solitario.

Después de unos instantes de completo silencio, escuché las siguientes palabras, pronunciadas entre suspiros por entristecidos labios:

-No derrames lágrimas, amada mía; el amor que abre nuestros ojos y esclaviza nuestros corazones nos brinda las bondades de la paciencia. Consuete de nuestra demora, porque hemos hecho un voto y hemos penetrado en el santuario del Amor; porque nuestro amor crecerá en la adversidad; porque en nombre del Amor padecemos los obstáculos de la pobreza y el rigor de la desdicha y el vacío de la separación. Combatiré estas penurias hasta triunfar, y poner en tus manos el valor que te ayudará a pesar de todo a completar el viaje por la vida.

"El amor -que es Dios- recibirá nuestras lágrimas y suspiros como incienso quemado ante Su altar, y nos recompensará con fortaleza. Adiós, amada mía; debo irme antes que la pálida luna se desvanezca.

Una voz pura, hecha de la exigua llama del amor, y de la desesperanzada amargura del anhelo, y de la decidida dulzura de la paciencia, dijo:

-Adiós, Amada mía.

Se separaron, y la elegancia de su unión fue velada por los gemidos de mi lloroso corazón.

Contemplé la aletargada Naturaleza, y reflexionando profundamente descubrí la realidad de un hecho numeroso e infinito: lo que ninguna fuerza puede exigir, ni influencia adquirir, ni riqueza perseguir. No puede ser borrado por las lágrimas del tiempo ni muerto por la tristeza; algo que ni los azules lagos de Suiza ni los maravillosos monumentos de Italia pueden revelar.

Es algo que se fortalece con la paciencia, crece a pesar de los obstáculos, se guarece en invierno, florece en primavera, hace soplar la brisa en verano y da frutos en otoño: hallé al Amor.

EL CANTO DE LA FLOR

- Soy la afectuosa palabra pronunciada y repetida
- Por la voz de la Naturaleza;
- Soy una estrella caída desde la
- Azul bóveda del cielo a la verde alfombra.
- Soy la hija que los elementos

- Y el invierno han engendrado;
- Que la primavera ha dado a luz; fui
- Acunada en el regazo del verano y
- Dormí en el lecho del otoño.

- Al alba me uno a la brisa

- Para anunciar la llegada de la luz;
- Al atardecer me uno a las aves
- Para despedir a la luz.

- Las planicies est~~án~~ decoradas con
- Mis bellos colores, y el aire
- Est~~é~~impregnado de mi fragancia.

- Cuando rodeo al Sue~~ño~~ los ojos de la
- Noche me observan, y al despertarme
- Miro el sol, ojo nico del d a.

- Escancio roc o como si fuera vino, escucho
- Las voces de las aves y bailo
- Al r tmico vaiv~~ón~~ de la hierba.

- Soy el don del amante; soy la ira nupcial;
- Soy el recuerdo de un instante de felicidad;
- Soy el obsequio p stumo de los vivos a los muertos;
- Soy una parte de la dicha y una parte de la tristeza.

- Pero miro hacia arriba para ver s lo la luz,
- Y nunca hacia abajo para verla sombra.
- Esta es la sabidur a que el hombre debe perseguir.

VISI N

All~~é~~en medio de los campos, junto a un cristalino manantial, vi una jaula cuyo armaz n y barrotes hab an sido construidos por manos expertas. En un rinc n yaca un p~~á~~ro muerto, y en otro dos cuencos: uno vac o de agua y el otro de alimento. Permanec all respetuosamente, como si el ave sin vida y el murmullo del agua fueran dignos del respeto y profundo silencio; algo digno de la contemplaci n y meditaci n del coraz n y la conciencia.

Me abandon~~é~~ a la Meditaci n y pronto descubr que la pobre criatura hab a muerto de sed junto a un manantial, y de hambre en medio de pr digos sembrados, cuna de la vida; como si un hombre rico estuviera encerrado en su jaula de oro, muriendo de hambre entre pilas de oro.

Entonces tuve ante mis ojos un esqueleto humano en vez de una jaula, y a un coraz n humano, cuya sangrante herida profunda se asemejaba a los labios de una mujer afligida, en lugar de un p~~á~~ro muerto. Desde aquella herida surgi una voz que dijo:
-Soy el coraz n humano, prisionero de la materia y v ctima de las leyes terrenales.

"Estuve prisionero en la jaula de las leyes hechas por el hombre, junto al manantial de la vida, en el Divino territorio de la Belleza.

"Perec desde~~ñ~~ado en el centro de la maravillosa Creaci n porque no quise gozar de la libertad prodigada por la bondad de Dios.

"Todo aquello que por ser bello me provoque amor y deseo es una desgracia, de acuerdo a las concepciones del hombre; todo aquello que anhele por ser divino no es nada, de acuerdo a su juicio.

"Soy el extraviado coraz n humano, encadenado en el vil calabozo de los dictados humanos, sujetado atado con las cadenas de la autoridad terrena, muerto y olvidado por la risuea humanidad cuya lengua est~~á~~atada y cuyos ojos est~~án~~ vacos de l~~á~~grimas conspicuas.

Escuché todas estas palabras, y las vi emerger como un hilo de sangre desde aquel corazón herido.

Mucho más fue dicho, pero mis obnubilados ojos y mi gineante alma ya no podían ver ni oír nada.

VICTORIOSOS

A orillas de un lago y a la sombra de los cipreses y los sauces, el hijo de un granjero contemplaba las aguas quietas y silenciosas.

Se había sentido atraído por la Naturaleza, donde todo nombra al amor: donde las ramas se abrazan, las flores se atraen, la hierba se mece grácilmente, las aves se llaman unas a otras, y Dios predica su Evangelio a todas voces.

Era un joven que el día anterior había contemplado a una joven doncella en compañía de otras damas junto a aquel mismo lago. Se había enamorado de ella profundamente en el instante en que la vio.

Mas al enterarse de que era la hija del emir, culpó a su corazón por haber abierto las puertas. Pero la culpa nunca desvía al corazón de su propósito, ni la soledad aparta al alma de la verdad. Un hombre, entre su alma y su corazón es como un arbolillo entre los vientos del norte y del sur.

Al mirar alrededor de sí con obnubilados ojos, vio a las humildes violetas crecer junto al noble jazmín; vio posados en un mismo árbol al colibrí y al petirrojo. Sin embargo, el clamor de su corazón insistía en que las filosas hierbas que acechaban las raíces herían el árbol majestuoso.

Lloró de aflicción, pero las horas se desvanecieron como sutiles espectros.

-Lo que aquí veo es el amor mofándose de mí -dijo, con un suspiro suave y cariñoso-, convirtiendo mis esperanzas en pena y mis deseos en desgracia.

"El amor que venero eleva mi corazón hasta el palacio del emir y lo hace descender hasta la choza del granjero; guía con firmeza hasta mi espíritu a una joven mujer rodeada de admiradores, servida por esclavos y protegida por la fuerza de sus antepasados.

¡A ti te sigo, oh amor!

"¿Qué pretendes de mí? He caminado de tu mano por el sendero en llamas, y al abrir los ojos no vi nada más que tinieblas. Mis labios vacilaron, pero tú sólo les dejaste pronunciar palabras de desdicha. Amor, tú has generado el ansia en mi corazón con la dulzura de tu presencia, pues yo soy débil y tú eres fuerte; ¿por qué luchas contra mí?

"Soy inocente y tú eres justo. ¿Por qué me oprimes?

"Eres mi propio ser. ¿Por qué me hieres?

"Eres mi fortaleza. ¿Por qué me debilitas?

"Eres mi guía. ¿Por qué me abandonas en este salvajismo?

"Estoy a tu merced, y no seguiré otro camino más que el tuyo. Es tu voluntad y mi obediencia lo que alegra a mi alma, ensombrecida a la intemperie por tus alas.

"Los arroyos corren presurosos hacia su amante, el mar.

"Las flores sonríen a su amado, el sol.

"Las nubes descienden a su pretendiente, el valle.

"Soy invisible para las flores, desconocido por los arroyos, ignorado por las nubes.

"Me siento solo, y lejos de aquel que no me acepta como soldado de la guardia de su padre, ni como siervo de su palacio; ella ignora mi propia existencia.

Permanecí en silencio unos segundos, como si quisiera aprender el lenguaje del

murmullo del arroyo y el susurro de las hojas.

-Y tú, cuyo nombre temo pronunciar -dijo luego-, recluida tras las sombras de la gloria y los muros de la dignidad y las puertas de acero. ¿cómo podremos reunirnos sino en la Eternidad? ¿Cómo podremos expresar las reglas de la igualdad y la autenticidad.

"Te has apoderado de mi corazón a quien el Amor había bendecido, y has esclavizado a mi corazón al que Dios había honrado.

"Ayer vivía en paz y despreocupado en estos campos; sin embargo, hoy soy prisionero de mi corazón ausente.

"Al verte, oh Bella, comprendí el propósito de mi venida al mundo.

"Cuando descubrí que eras princesa y consideré mi pobreza, comprendí que Dios posee un secreto ignorado por el hombre; que un secreto sendero guía al espíritu hacia sitios donde el amor se despoja de las costumbres de la tierra. Al mirarte a los ojos, supe que ese sendero conduce a un paraíso cuya puerta es el corazón humano.

"Y al comparar tu condición con mi desventura, las vi como un gigante y un enano trabados en dura lucha, y advertí que esta tierra ya no es más mi patria.

"Ayer te vi rodeada de vírgenes, como una rosa entre los mirtos, y comprendí que esa visión me había sido concedida por los cielos. Pero conociendo la gloria de tu padre, descubrí que esas manos que cortaban la rosa pronto sangrarán a causa de espinas ocultas, vistas demasiado tarde, y lo que mis sueños me habían revelado se desvanecerá con el despertar.

El joven se puso de pie y se dirigió lenta y tristemente hacia un manantial. Se cubrió el rostro con las manos, y clamó con desesperación:

-Oh; Muerte, ven y llévame que la tierra, cuyas espinas hieren a las rosas, no es justa; ven y llébrame de este reino de diferencias en un mundo que derriba al amor de su gloria celestial y la reemplaza por hueca dignidad. Ay dame, oh Muerte, porque la Eternidad es el único sitio. Allí aguardaré a mi amada.

Al atardecer aún vagaba en cuerpo y alma, y el sol ya había retirado sus rayos de los campos. Se cobijó bajo el mismo árbol junto al que la hija del emir había caminado.

Reclinó la cabeza en su seno, como si quisiera evitar el estallido de su corazón.

En ese momento una bella mujer apareció detrás de los sauces, arrastrando sus vestiduras por la hierba verde. Se le acercó y pasó su suave mano sobre la cabeza de él. Presa de la locura la miró fijamente, como negándose a creer lo que veían sus ojos. ¡Era la hija del emir!

Se hincó de rodillas como Moisés ante el arbusto en llamas; se esforzó por hablar, pero las palabras habían sido reemplazadas por las lágrimas.

La princesa lo abrazó y selló sus labios con un beso; secó sus lágrimas con sus mejillas, y con una voz más suave que los sonidos de la música le dijo:

-Has hecho aparición en mis sueños de tristeza y tu imagen ha puesto fin a mi soledad. Eres el compañero de mi alma extraviada, y la otra mitad que me fue arrebatada al venir a este mundo.

"He huido del palacio para verte, y ahora estoy contigo. No temas; he abandonado la gloria de mi padre para seguirte hacia tierras lejanas y para beber contigo de la copa de la vida y de la muerte. Huyamos de este sitio hacia otro donde esta tierra no esté junto a nosotros.

Caminaron uno junto al otro entre medio de los árboles, hasta que los ocultó la oscuridad de la noche. Muy pronto, un creciente destello de luz los envolvió. Entonces ya no temieron a la oscuridad, ni a los castigos del emir.

En el extremo más alejado de la tierra, los soldados del emir hallaron dos esqueletos

humanos. Del cuello de uno de ellos pende un candado de oro, y junto a él habita una gran piedra. Sobre cada uno estaba escrito:

- Lo que la muerte toma
- Ningún hombre puede restituir;
- Lo que los cielos han bendecido
- Ningún hombre puede castigar;
- Lo que el Amor ha unido
- Ningún hombre puede dividir;
- Lo que la Eternidad ha deseado
- Ningún hombre puede alterar.

CANTO DE AMOR

- Soy los ojos del amante y el vino del
- Espíritu y el alimento del corazón.
- Soy una rosa. Mi corazón se abre al alba y
- La virgen me besa y me acoge
- En su seno.

- Soy la morada de la verdadera fortuna y el
- Origen del placer y el comienzo
- De la paz y la quietud. Soy la vida
- Sonrisa de los labios de la belleza. Cuando la juventud
- Se apodera de mí olvida sus tareas, y toda su
- Vida se convierte en una realidad de dulces sueños.

- Soy la exaltación del poeta,
- La revelación del artista,
- Y la inspiración del músico.

- Soy un altar sagrado en el corazón de un
- Niño, adorado por su madre. misericordiosa,
- Me revelo al llanto del corazón; rehuyo la exigencia;
- Mi plenitud persigue los deseos del corazón;
- Me aparto del vacío o clamor de la voz.

- Me revelo a Adán a través de Eva,
- Y el exilio fue su destino;
- Pero me revelo a Salomón y él
- Se colma de sabiduría con mi presencia.

- Sonreí a Helena y ella destruyó Troya;
- Pero coroné a Cleopatra y la paz dominó
- El Valle del Nilo.

- Soy como los años: construyen hoy
- Y destruyen mañana;
- Soy como un dios, que crea y derriba;
- Soy más tierno que el suspiro de la violeta;
- Soy más violento que la rugiente tempestad.

- Si los obsequios no me seducen;
- La partida no me descorazona;
- La pobreza no me persigue;
- Los celos no prueban mi conciencia;
- La locura no evidencia mi presencia.

- Oh exploradores, soy la Verdad implorando Verdad;
- Y vuestra Verdad explorádome y recibíndome
- Y protegíndome determinar/Emi
- Comportamiento.

LOS DESEOS

En el silencio de la noche la Muerte llegó a la tierra desde Dios. Flotó sobre la ciudad y escrutó las viviendas con sus ojos. Vio a los espíritus suspendidos en alas de los sueños, y al pueblo sometido al Sueño.

Cuando la luna se hundió tras el horizonte y la ciudad se oscureció, caminó silenciosamente entre las casas -cuidándose de no rozar nada- hasta llegar a un palacio. Penetró imperturbable a través de las puertas candadas y se detuvo junto al lecho de un hombre rico; y cuando la Muerte tocó su frente, se abrieron los ojos del durmiente, revelando su gran temor.

Al ver al espectro, dijo, con voz estremecida de furia y miedo

-Vete, oh horrible pesadilla; dómame, oh espectro horrendo. ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado a este sitio? ¿Qué buscas? ¡Abandona este sitio de inmediato, pues soy el amo de la casa y llamaré a mis siervos y guardianes y les ordenaré matarte!

Entonces la Muerte habló con voz tierna pero atronadora:

-¡Soy la Muerte. Inclínate ante mí!

-¿Qué quieres? -respondió el hombre-. ¿Por qué has venido a este sitio si aún no he concluido mis tareas? ¿Qué pretendes de un poder como el mío? ¡Vúlvete al dólil, y llóvalo contigo!

"Aborrezco la visión de tus garras sangrientas y de tu rostro hueco, y mis ojos se enferman al ver tus horribles alas y tu cadavérico cuerpo. -Después de un momento de horrorosa toma de conciencia agregó :- ¡No, no, oh Muerte misericordiosa! No tomes en cuenta mis palabras, porque el miedo revela lo que prohíbe el corazón.

"Toma un puñado de mi oro o llóvate las almas de mis esclavos, pero dómame. Tengo deudas con la vida; poseo las riquezas de mi pueblo; mis barcos aún no han tocado puerto; mi cereal aún no ha sido cosechado. Llóvate lo que quieras, pero perdname la vida. Muerte, poseo harenes poblados de bellezas extraordinarias; tu elección es mi obsequio. Oye mi ruego Muerte: sólo tengo un hijo y lo quiero entrañablemente porque es mi única alegría en esta vida. Te ofrezco el supremo sacrificio: ¡llóvatelo, pero perdname!

La muerte murmuró :

-No eres rico sino piadosamente pobre.

Entonces tomó la mano de aquel esclavo terreno, tomó su realidad, y encomendó a los Ángeles la ardua tarea de corregirla.

Y la Muerte caminó pausadamente entre las moradas de los pobres hasta que llegó a la mansión que pudo hallar. En ella penetró y se aproximó al lecho en el que dormía plácidamente un joven. La Muerte rozó sus ojos; el joven se incorporó de un salto al verla junto a él, y con voz esperanzada y cariñosa dijo:

-Aquí estoy, mi, bella Muerte. Acepta mi alma, eres la esperanza de mis sueños. ¡Hazlos realidad! ¡Ródame, oh Muerte amada! Eres misericordiosa, no me abandones. Eres un mensajero de Dios; llóvame conmigo. Eres la mano derecha de la Verdad y el Corazón de la Bondad; no me desdées. "Te he llamado muchas veces, pero no viniste; te he buscado, pero me rehúas; te llamé pero no me escuchaste. Ahora me escuchas:

¡abrazo mi alma, Muerte amada!

La Muerte posó su tierna mano sobre los trémulos labios, llevándome consigo la realidad, y la guardó bajo sus alas para protegerla durante el viaje. Ya de regreso en el cielo, se volvió y susurró su advertencia:

- "Si lo regresara a la Eternidad
- Aquellos que en la tierra la buscaron."

EL CANTO DEL HOMBRE

- He estado aquí desde el Principio
- Y aquí estoy aún.
- Y aquí me quedaré hasta el fin
- Del mundo, pues no hay
- Final para mí ser transido de dolor.

- He vagado por el cielo infinito y
- Por el mundo ideal y
- Floté en el firmamento. Pero
- Aquí estoy, prisionero de la medicina.

- Escuché las enseñanzas de Confucio;
- Y la sabiduría de Brahma;
- Me senté junto al Buda bajo el árbol de la Ciencia.
- Sin embargo aquí estoy, existiendo con ignorancia
- Y herejía.

- Estaba en el Sinaí cuando Jehová se aproximó a
- Moisés;
- Contemplé los milagros del Nazareno en el Jordán;
- Estaba en Medina cuando Mahoma la visitó.
- Sin embargo aquí estoy, prisionero del desconcierto.

- Luego fui testigo del poder de Babilonia;
- Supe de la gloria de Egipto;
- Vi la grandeza guerrera de Roma;
- Sin embargo mis primeras enseñanzas demostraron la
- Debilidad y la tristeza de tales logros.

- Conversé con los magos de Ain Dour;
- Debatí con los sacerdotes de Asiria;
- Ahondé sobre los profetas de Palestina.
- Sin embargo, aún busco la verdad.

- Encontré sabiduría en la India apacible;
- Escruté la antigüedad de Arabia;
- Escuché todo lo que puede escucharse.
- Sin embargo, mi corazón es sordo y ciego.

- Padecí en manos de despóticos gobernantes;
- Padecí esclavo de insanos invasores;
- Padecí el hambre impuesto por los tiranos;
- Sin embargo, aún poseo un secreto poder
- Con el que luché para saludar cada nuevo día.

- Mi mente está colmada, pero mi corazón vacío;

- Mi sangre es aarosa, pero mi coraz n un infante.
- QuizÆ en la juventud mi coraz n crecerÆ pero
- Ans o envejecer y alcanzar el momento de
- Mi retorno a Dios. ¡S lo entonces mi coraz n se
- saciarÆ

- Estuve aqu desde el
- Principio, y aqu estoy a n. Y
- Aqu me quedarØ hasta el fin
- Del mundo, pues no hay
- Final para mi ser transido de dolor.

AYER Y HOY

El buscador de oro caminaba por el parque de su palacio, y junto a Ø caminaban sus problemas. Y sobre su cabeza aleteaban las preocupaciones como el cuervo revolotea sobre el cadÆver, hasta que lleg a un hermoso lago rodeado de magn ficas estatuas de mÆmol.

All se sent a observar el agua, que como pensamientos libres de la imaginaci n del enamorado, flu an por la boca de las estatuas. Qued se contemplando fijamente su palacio emplazado en la colina como una mancha primigenia sobre la mejilla de una doncella. Su fantas a le revel las pÆginas del drama de su vida. l las le a con los ojos velados por las lÆgrimas que le imped an ver las pocas aportaciones del hombre a la Naturaleza.

Record apesadumbrado las imÆgenes de sus Øpocas pasadas, hiladas finamente por los dioses, hasta que no pudo controlar su angustia.

-Ayer hice pastar a mi rebaæ en el verde valle -dijo en voz alta-, me regocijØ de mi existencia, toquØ la flauta, y ten a la frente alta. Hoy soy prisionero de la vida. El oro conduce al oro, luego a la desidia, y finalmente a la acuciante desdicha.

"Ayer era como un ave melodiosa que vaga libremente

por los campos. Hoy soy esclavo de la s rdida riqueza, de las reglas de la sociedad, de las costumbres de la ciudad y de los amigos perseguidos que agradan Ælos suyos ateniØndose alas curiosas y estrechas leyes de los hombres. Nac para ser libre y para gozar de las bondades de la vida, pero soy una bestia de carga tan recargada de oro que su lomo estÆa punto de ceder.

"¿D nde estÆ las vastas praderas, los melodiosos arroyos, la brisa pura, la cercan a de la Naturaleza? ¿Y d nde mi deidad? ¡Todo lo he perdido! Nada me queda salvo la soledad que me entristece, el oro que me ridiculiza, los esclavos que se mofan a mis espaldas, y el palacio que he erigido en holocausto de mi dicha, y en cuya grandeza he extraviado mi coraz n.

"Ayer vagaba por las praderas. y los montes junto con la hija del beduino; la Virtud era nuestra compaæera, el Amor nuestra ciencia y la Luna nuestro guardiÆ. Hoy estoy entre mujeres de hueca belleza que se venden por oro y diamantes. "Ayer viv a despreocupadamente, compartiendo con las pastores la dicha de la vida; comiendo, jugando, trabajando, cantando y bailando juntos la melod a de la verdad del coraz n. Hoy estoy entre la gente como un cordero asustado entre los lobos. Al transitar los caminos me miran con ojos llenos de odio y me seæalan con escarnio y celos, y al atravesar el parque veo rostros ceæudos alrededor de m .

"Ayer era rico en felicidad y hoy soy pobre en oro.

"Ayer era un feliz pastor que miraba a su rebaæ como un rey misericordioso mira

complacido a sus vasallos satisfechos. Hoy soy un esclavo de pie ante la riqueza, la riqueza que me robó la belleza de la vida que alguna vez conocí.

" ¡Perdóname, mi juez! Yo no sabía que las riquezas fragmentarían mi vida y me conducirían a caídas de torpeza y estupidez. Lo que creí era la gloria no es nada más que el eterno infierno.

Se puso de pie fatigadamente y se encaminó con paso lento hacia el palacio, suspirando y repitiendo

-¿Esto es acaso lo que la gente llama riqueza? ¿Es este acaso el dios al que sirvo y venero? ¿Acaso es esto lo que busco en esta tierra? ¿Por qué no lo cambio por un instante de satisfacción? ¿Quién ha de venderme un bello pensamiento a cambio de una tonelada de oro? ¿Quién ha de darme un solo momento de amor a cambio de un puñado de gemas? ¿Quién ha de garantizarme el ojo que pueda ver los corazones y ha de tomar mis arcas a cambio? -Al llegar a las puertas del palacio, miró hacia la ciudad como Jeremías miró hacia Jerusalén. Elevó sus brazos en afligido lamento y gritó: -Oh, habitantes de la ruidosa ciudad, que vivís en la oscuridad y os precipitáis hacia la desdicha; que predicáis la falsedad y habláis estupidamente... ¿hasta cuándo seréis ignorantes? ¿Hasta cuándo moraréis en la sordidez de la vida y continuaréis abandonando sus jardines? ¿Por qué os cubrís con harapientas vestidas de estrechez si la Naturaleza ha confeccionado bellos atavíos de seda? La luz de la lámpara es mortecina; y es hora de alimentarla con aceite. La morada de la verdadera fortuna se está agrietando; ya es hora de reconstruirla y de protegerla. Los mercaderes de la ignorancia se han apoderado del tesoro de vuestra paz; ¡ya es hora de recobrarlo!

En ese momento un pobre hombre vino a pararse ante él, extendiendo la mano en señal de mendicidad. Al mirar al mendigo sus labios se separaron, sus ojos resplandecieron de ternura y su rostro irradió bondad. Fue como si el ayer que había lamentado junto al lago hubiera venido a saludarlo. Rodeó afectuosamente al pobre hombre, y llenó sus manos de oro, y con una voz sincera y colmada de amor le dijo:

-Regresa mañana y trae contigo a los que padecen como tú. Recobraréis todas vuestras posesiones.

Entró en su palacio diciendo:

-Todo es bueno en la vida; hasta el oro, pues él también nos da una lección. El dinero es como un instrumento de cuerdas; aquel que no sabe tocarlo correctamente sólo oírá melodías discordantes. El dinero es como el amor; mata pausado y dolorosamente a aquel que lo rehuye, y vivifica a aquel otro que lo vuelve sobre sus semejantes.

ANTE EL TRONO DE LA BELLEZA

Una noche tenebrosa huía del torvo rostro de la sociedad y del engeñecedor clamor de la ciudad y dirigí mis fatigados pasos hacia el espacioso valle. Seguí el embriagador curso del arroyo y los trinos armoniosos de las aves hasta llegar a un sitio solitario donde las ramas de los árboles se entrelazaban impidiendo que el sol llegara a la tierra. Lo que vi entretuvo a mi alma por un instante... mi alma sedienta que nada había visto salvo el espejismo de la vida en lugar de su ternura.

Me hallaba absorto en la meditación y mi espíritu surcaba los cielos cuando una mujer, vestida con una hoja de parra que cubría su desnudo cuerpo y una corona de amapolas sobre sus dorados cabellos, se reveló de pronto ante mis ojos. Comprendí mi asombro y me saludó diciéndome:

-No temas; soy la Ninfa de la Selva.

-¿Cómo es posible que una belleza tal esté destinada a vivir en un sitio como éste?
Dime quién eres, por favor, y de dónde vienes -preguntó

Ella se sentó grácilmente sobre la hierba verde y respondió

-¡Soy el símbolo de la Naturaleza! Soy la Virgen Eterna que tus antepasados veneraron
y en cuyo honor erigieron templos y santuarios en Baalbek y Djabeil.

-Pero aquellos templos y santuarios fueron arrasados y los restos de mis antepasados
formaron parte de la tierra -me atreví a decir-; nada quedó que conmemorara su
divinidad salvo unas pocas y olvidadas páginas en un libro de historia.

-Algunas diosas viven las vidas de sus veneradores y mueren con su muerte -me
repliqué-, mientras otras viven una vida eterna e infinita. Mi vida descansa sobre el
mundo de la Belleza al que verás dondequiera que poses tu mirada, y esta Belleza es
la Naturaleza misma; es el comienzo de la dicha de los pastores entre los montes y de
la alegría de los aldeanos en los campos y del placer de las laboriosas tribus que
habitan las montañas y las planicies. Esta Belleza promueve al sabio al trono de la
Verdad.

-¡La belleza es un tremendo poder! -dije entonces. -Los seres humanos tienen miedo a
todo, hasta a ellos mismos -me respondió-. Temes al cielo, origen de la paz espiritual;
temes a la Naturaleza, el cielo del descanso y la quietud; temes al Dios de los dioses y
lo acusas de su celeridad, cuando es bueno y misericordioso.

Después de un prolongado silencio mezclado con dulces susurros, preguntó

-Háblame de esa Belleza que la gente interpreta y define, cada uno de acuerdo a su
propia concepción; he visto honrarla y venerarla de mil modos diferentes.

-La Belleza es aquello que cautiva el alma -respondí-, y aquello que prefiere dar a
recibir. Cuando te hallas frente a la Belleza sientes que las manos ocultas en tu interior
salen a la luz para llevarla a los dominios de tu corazón. Es algo magnífico donde se
combinan la dicha y la tristeza; es lo Oculto que tú puedes ver y lo Incierto que
puedes comprender y lo Mudo que puedes oír; es lo más Sagrado de lo Sagrado que
comienza en ti y trasciende en mucho tu imaginación terrenal.

Luego la Ninfa de la Selva se me acercó y posó su perfumada mano sobre mis ojos.
Entonces se desvaneció y yo me hallé solo en el valle. Cuando regresé a la ciudad,
cuya turbulencia había cesado de irritarme, repetí sus palabras:

- "La Belleza es aquello que cautiva tu alma,
- Y que prefiere dar a recibir."

D DAME, CONDENADOR M O

- Dámame, condenador m o,
- Por el bien del amor
- Que une tu alma con la
- De tu amada;
- Por el bien de eso que
- Une al espíritu con el afecto

- De una madre, y sujeta a tu
- Corazón con amor filial. Vete,
- Y dámame con mi propio
- Dolorido corazón.

- Dámame navegar el océano de
- Mis susurros; espera hasta que venga el

- Mañana, que el Mañana es libre de
 - Hacer conmigo lo que le plazca. Tu
 - Vuelo no es nada más que la sombra
 - Que camina con el espíritu hacia
 - El sepulcro de la vergenza, y le
 - Muestra la fría y silida tierra.
-
- Tengo un pequeño corazón dentro de mí
 - Y quiero sacarlo de
 - Su prisión y traerlo hasta la
 - Palma de mi mano para examinarlo
 - En profundidad y extraerle su secreto.
-
- No le apuntes con tus flechas, para que no
 - Se atemorice y desaparezca antes de
 - Verter la sangre del secreto cual
 - Sacrificio ante el altar de su
 - Propia fe, concedida por la Deidad
 - Cuando lo dotó de Amor y Belleza.
-
- El sol nace y el ruiseñor
 - Canta, y el mirto
 - Exhala su fragancia al espacio.
 - Quiero liberarme del
 - Mullido sueño de la equivocación. No me
 - Detengas, condenador mío.
-
- No te me opongas mencionando los
 - Leones de la selva o las
 - Serpientes del valle, pues
 - Mi alma no sabe temerle a la tierra y
 - No acepta advertencias del mal antes
 - De que el Mal venga.
-
- No me aconsejes, condenador mío, pues
 - Las calamidades han abierto mi corazón y
 - Las Lágrimas han limpiado mis ojos, y los
 - Errores me han enseñado el lenguaje
 - De los corazones.
-
- No hables de destierro, pues la Conciencia
 - Es mi juez y me justificaré
 - Y me protegeré si soy inocente, y me
 - Negaré la vida si soy culpable.
-
- La procesión del amor se pone en movimiento;
 - La Belleza agita el estandarte;
 - La juventud toca las trompetas de la dicha;
 - No perturbes mi contrición, condenador mío.
-
- Dame andar, pues el sendero es pródigo
 - En rosas y mentas, y el aire
 - Huele a limpio.
-
- No relates historias de riqueza y
 - Grandeza, pues mi corazón desborda
 - De bondad y se engrandece con la gloria de Dios.

- No hables de pueblos y leyes y
- Reinos, pues toda la tierra es
- Mi lugar de nacimiento y todos los humanos son
- Mis hermanos.

- Alóate de mí, pues te estás llevando
- El arrepentimiento que proviene de la luz
- Con tantas palabras.

EL LLAMADO DEL ENAMORADO

- ¿Dónde estás, amada mía? ¿Quizás en aquel pequeño
- Paraíso, regando las flores que te miran
- Como los bebés miran los pechos de sus madres?

- ¿O en tu aposento, donde el santuario de la
- Virtud ha sido erigido en tu honor y sobre
- El que ofreciste mi corazón y mi alma en sacrificio?

- ¿O entre libros, buscando el saber humano,
- Mientras estás colmada de celestial sabiduría?
- Oh compañera de mi alma, ¿dónde estás? ¿Acaso estás
- Orando en el templo? ¿O llamando a la Naturaleza en los
- Campos, cielo de tus sueños?

- ¿Estás en las moradas de los pobres, consolando al
- Desdichado con la ternura de tu alma, y colmando
- Sus manos con tu bondad?
- Eres por doquier el espíritu de Dios;
- Eres más resistente que los siglos.

- ¿Recuerdas el día en que nos conocimos, cuando el
- halo de
- Tu espíritu nos envolvió y los ángeles del Amor
- Aleteaban alrededor, elevando plegarias a las acciones
- del alma?
- ¿Te acuerdas cuando nos sentamos a la sombra de las
- Ramas, guardándonos de la Humanidad, como las
- costillas
- Protegen del daño al divino secreto del corazón?

- ¿Recuerdas los campos y los bosques que recorrimos,
- con las manos
- Entrelazadas, y nuestras cabezas reclinadas una contra
- la otra, como si
- Nos estuviéramos ocultando dentro de nosotros?

- ¿Acaso te acuerdas del momento en que me despedí de ti,

- Y del beso con que sellaste mis labios?
- ¡Aquél beso me enseñó que acercar los labios al Amor
- Revela el celestial secreto que la lengua no puede
- pronunciar:

- Aquel beso fue la introducción a un gran suspiro,
- Como la exhalación del Todopoderoso que hizo al hombre de la tierra.

■ Aquel suspiro me condujo al mundo espiritual,
■ Anunciando la gloria de mi alma; y all
■ Se perpetuar.¿Hasta que de nuevo r os volvamos a ver.

■ Recuerdo cuando me besabas y me besabas,
■ Con l/¿grimas surc/¿dote el rostro, y dijiste:
■ "Los cuerpos terrenales a menudo deben separarse
■ con fines terrenales,
■ Y vivir separados por mandato de mundana intenci n.

■ Pero el esp ritu permanece a salvo unido en las manos
■ del
■ Amor, hasta que llega la muerte y lleva las almas
■ unidas a Dios.
■ Ve, amado M o; la Vida te ha elegido su delegado;
■ Obede la, pues es la Belleza que ofrece a su fiel
■ La copa de la calidez de la vida.

■ En cuanto a mis brazos vac os, tu amor seguir.¿
■ siendo mi
■ Confortante novio; tu recuerdo, mi Eterna boda.

■ ¿D nde est.¿ ahora, mi otro yo? ¿Permaneces,
■ despierta en el
■ Silencio de la noche? Deja que la lmpida brisa te
■ Lleve cada latido de mi coraz n.

■ ¿Dibujas mi rostro en el recuerdo? Esa imagen
■ Ya no es la m a, pues la. Tristeza ha derramado su
■ Sombra sobre el dichoso semblante del pasado.

■ Los sollozos han marchitado los ojos que reflejaban
■ tu belleza
■ Y han secado los labios que endulzabas con tus besos.

■ ¿D nde est.¿, amada m a? ¿Oyes mi llanto
■ Desde el otro extremo del oc/¿no? ¿Comprendes mi
■ necesidad?
■ ¿Conoces la grandeza de mi paciencia?

■ ¿Hay acaso alg n esp ritu en el aire capaz de
■ Transportar el h/¿ito de este agonizante? ¿Hay alguna
■ Comuni n secreta entre los /¿ngeles que te lleve
■ Mi queja?

■ ¿D nde est.¿, mi bello astro? Las tinieblas de la vida
■ Me han arrojado a su seno; la tristeza me ha vencido.
■ Haz volar tu sonrisa en el aire; ¡me llegar.¿y me har.¿
■ revivir!
■ Exhala al aire tu fragancia; ¡me mantendr.¿vivo!

■ ¿D nde est.¿, amada m a?
■ Oh, ¡cu/¿ grande es el Amor!
■ ¡Y cu/¿ pequeo soy!

LA BELLEZA DE LA MUERTE

Dedicado a M. E. H.

Primera Parte: El llamado

★ Dejádme dormir, ya mi alma se ha embriagado
★ de amor,
★ Y dejádme descansar, pues mi alma ya ha conocido
★ la bonanza de los días y las noches;
★ Encended las velas y quemad incienso en torno a mi
★ lecho, y
★ Deshojad los jazmines y las rosas sobre mi cuerpo;
★ Ungid mis cabellos con almizcle y derramad sobre mis
★ pies los perfumes.
★ Leed entonces lo que escribe la mano de la Muerte
★ sobre mi frente.
★ Dejádme en brazos del Sueño, pues mis párpados ya
★ están cansados;
★ Dejád que las argenteas cuerdas de la lira aquieten mis
★ oídos;
★ Tened las cuerdas y con su melodiosa armonía tejed
★ un velo alrededor de mi moribundo corazón.
★ Modulad las canciones mientras contempláis la
★ naciente esperanza en mis ojos, pues
★ Su melodía hechicera es el mullido lecho para mi
★ corazón.

★ Secad las lágrimas, amigos míos, y mantened en alto
★ vuestras cabezas, como alzan las flores
★ Sus corolas para saludar al alba,
★ Y mirad a la novia de la Muerte cual columna de luz
★ Entre mi lecho y el infinito;
★ Contened vuestros suspiros y escuchad un momento
★ el llamativo susurro de
★ Sus blancas alas.
★ Venid a despedirme; besad mi frente con labios
★ sonrientes.
★ ¡Dejad que los niños me acaricien con dedos de rosas!
★ ¡Dejad que los ancianos bendigan mi frente con
★ manos nudosas!
★ Dejád que los amigos se acerquen a contemplar la
★ sombra de Dios sobre mis ojos
★ Y a escuchar el eco de Su voluntad que acompaña mis
★ suspiros.

Segunda Parte: El ascenso

★ Atrás he dejado la cumbre de la montaña sagrada y mi
★ alma vaga por el
★ Espacio de la ilimitada libertad;
★ Estoy lejos, muy lejos, camaradas, y los mares de

★nubes ocultan
★Las colinas a mis ojos.
★Los valles se han hundido en un mar de silencio, y las
★Manos del olvido han cubierto los caminos y los
★bosques;
★Las praderas y los campos se desvanecen tras un
★manto blanco
★Como nubes de primavera, p/idos cual rayos de luna
★Y rojos como velo de la tarde.

★Las canciones de las olas y de los mares
★Se han ahogado, y ya no oigo el clamor de las
★muchedumbres;
★Y nada puedo oír salvo el himno de la Eternidad
★En perfecta armonía con los deseos del alma.
★Estoy ataviado con ropa de lino.
★Me siento en paz.

Tercera Parte: El descanso

★Desvestidme del lino y amortajadme con
★P/alos de lirio y de jazmín;
★Sacad mi cuerpo del ataúd de alabastro y dejadlo
★descansar
★Sobre alfombras de azahares.
★No os lamentéis, elevad himnos de alegría y juventud;
★No derraméis vuestras Lágrimas, cantad a la cosecha y
★a la vendimia;
★No me cubr/ís con suspiros de agonía, trazad sobre
★mi pecho
★El símbolo del Amor y la Alegría.
★No perturbéis la quietud del c/íiro con r/quiems,
★Dejad que vuestros corazones canten conmigo Salmos
★a la eternidad.

★No me lloréis enlutados por mi ausencia.
★Lucid blancas vestiduras y regocijaos conmigo;
★No habléis de mi partida con suspiros tristes; cerrad
★Los ojos y me veréis siempre entre vosotros.

★Tendedme sobre frondosas ramas y
★Llevadme lentamente sobre vuestros hombros amigos...
★Lentamente hacia los bosques silentes.
★No me llevéis a la necrópolis donde mi sueño
★Sea perturbado por el crujido de huesos.
★Llevadme al bosque de cedros y cavad un sepulcro
★donde florezcan las violetas
★Y amapolas;
★Cavad un profundo sepulcro para que las tormentas no
★Arrastren mis huesos a los valles;
★Cavad un sepulcro ancho, para que las sombras de la
★noche me acompañen.

★ Desvestidme y bajadme desnudo al corazón de la
 ★ Madre Tierra; y tendedme suavemente sobre el seno
 ★ de la madre.
 ★ Cubridme de blanda tierra, y mezcladla
 ★ Con semillas de jazmín, lirio y mirto; y cuando las
 ★ flores
 ★ Broten sobre mi tumba y se nutran de la savia de mi
 ★ cuerpo
 ★ impregnar el espacio con la fragancia de mi corazón;
 ★ Y hasta revelar al sol el secreto de mi paz;
 ★ Y navegar con la brisa y consolar a los viajeros.

★ Dejadme entonces, amigos... dejadme y apartaos con
 ★ pasos silenciosos
 ★ Como cuando el silencio camina por el valle lejano;
 ★ Dejadme solo y dispersaos lentamente, como las
 ★ flores de los almendros
 ★ Y los manzanos se dispersan con la brisa de Nisan.

★ Regresad a la alegría de vuestras casas, que allí
 ★ encontraros
 ★ Lo que la Muerte no puede quitaros ni quitarme.
 ★ Abandonad este sitio, porque lo que aquí veis ya se
 ★ encuentra lejos, bien lejos
 ★ De este mundo. Dejadme ya.

EL PALACIO Y LA CHOZA

Primera Parte

Cuando cayó la noche y las luces resplandecieron en la gran casa, los sirvientes estaban de pie junto a la imponente puerta aguardando la llegada de los invitados; y sobre sus trajes de terciopelo brillaban los botones.

Los magníficos carruajes penetraban en el parque del palacio y con ellos los nobles luciendo deslumbrantes vestiduras ornadas con joyas. Los instrumentos llenaban el aire de agradables melodías mientras los dignatarios bailaban al compás de la apacible música.

A medianoche, los más refinados y exquisitos platos fueron servidos en una maravillosa mesa embellecida con flores de las más raras especies. Los invitados comieron y bebieron a discreción, hasta que el vino se hizo sentir. Al alba la multitud se dispersó ruidosamente, después de haber pasado una noche de embriaguez y glotonería que apresuró sus fatigados cuerpos hasta sus lechos mullidos, donde se abandonaron a un sueño forzado.

Segunda Parte

Al atardecer, un hombre vestido con su ropa de trabajo se detuvo ante la puerta de su pequeña casa y llamó a la puerta. Cuando ésta se abrió, entró y saludó cariñosamente a sus ocupantes, y luego fue a sentarse con sus hijos que jugaban junto al fuego. Poco después su esposa tenía lista la comida y todos se sentaron en torno a la mesa de

madera a devorar la cena. Cuando terminaron, se reunieron alrededor de la lámpara para hablar de los acontecimientos del día. Transcurridas las primeras horas de la noche, se entregaron silenciosamente al Rey del Sueño, con un canto de alabanza y una oración de gratitud en los labios.

LA VOZ DEL POETA

Primera Parte

La fuerza de la caridad siembra en lo profundo de mi corazón, y yo recojo el cereal para los hambrientos.

Mi alma impregna de vida a los viados: exprimo los racimos y doy su jugo a los sedientos.

El cielo es mi lámpara de aceite y yo la coloco en mi ventana para iluminar el camino del viajero a través de la oscuridad.

Hago todo esto porque vivo en ellas; y si el destino atara mis manos impediríame hacer todo esto, entonces la muerte sería mi único deseo. Porque soy poeta, y si no puedo dar, me niego a recibir.

La humanidad se enfurece como la tempestad, pero yo suspiro en silencio porque sé que la tormenta se aleja y el suspiro se eleva hasta Dios.

Los seres humanos se aferran a las cosas mundanales, pero yo busco permanentemente abrazar la antorcha del amor para purificarme con su fuego y aleja la inhumanidad de mi corazón.

Las cosas materiales mutilan al hombre sin que éste padezca; el amor le devuelve la vida con vivificantes dolores. Los humanos están divididos en diferentes clanes y tribus, y pertenecen a países y ciudades. Pero yo soy extranjero en todas esas comunidades y no soy de ningún lugar. El universo es mi país y la familia humana mi tribu.

Los hombres son débiles, y es triste que estén separados. El mundo es estrecho y no es sensato dividirlo en reinados, imperios y provincias.

Los seres humanos sólo se unen para destruir los templos del alma, y entrelazan las manos para construir edificios para los cuerpos de este mundo. Estoy sólo escuchando la voz de la esperanza, que desde lo profundo de mi ser me dice:

"Así como el amor vivifica el corazón del hombre no sin dolor, la ignorancia le enseña el camino del saber."

El dolor y la ignorancia conducen a la dicha plena y a la sabiduría porque el Ser Supremo no ha creado nada en vano bajo el sol.

Segunda Parte

Siento nostalgias de mi bello país, y amo a mi pueblo por su inmensa desdicha. Pero si mi pueblo se levantara estimulado por el pillaje, y estimulado por lo que ellos llaman "espíritu patriótico" se decidiera a matar, e invadiera los países vecinos, entonces la realización de tales atrocidades humanas me harían odiar a mi pueblo y a mi país.

Alabo el sitio donde nací y anhelo ver el hogar de mi niñez; pero si los habitantes de aquel hogar se negaran a cobijar y a alimentar al humilde viajero, entonces convertiré mi alabanza en diatriba y mi anhelo en olvido. Una voz en mi interior me dice: "El hogar que no alivia al necesitado no merece nada más que la destrucción."

Amo a mi ciudad natal con el mismo amor con que amo a mi país; y amo a mi país

con el mismo amor que siento por la tierra, que es mi patria de extremo a extremo; y amo a la tierra con todo mi ser porque ella es el cielo de la humanidad, una manifestación del espíritu de Dios.

La Humanidad es el espíritu del Ser Supremo en la tierra, y esa humanidad está de pie entre las ruinas, ocultando su desnudez con harapos, derramando lágrimas sobre huecas mejillas y llamando a sus hijos con voz lastimera. Pero los niños se hallan ocupados entonando el himno de su clan; están ocupados afilando las espadas y no pueden oír el llanto de las madres.

La Humanidad apela a sus hombres, pero ellos no escuchan. Si solamente uno escuchara y consolara a la madre secándole las lágrimas, los demás dirían: "Es débil, lo dominan los sentimientos."

La Humanidad es el espíritu del Ser Supremo en la tierra, y ese Ser Supremo predica el amor y la buena voluntad. Pero los hombres se mofan de tales enseñanzas. Jesús el Nazareno escuchó, y la crucifixión fue su recompensa; Socrates escuchó la voz, y la siguió, y también fue víctima en cuerpo.

Los discípulos del Nazareno y de Socrates son los discípulos de la Deidad, y ya que la gente no ha de matarlos, los escarnecen diciéndoles: "Escarnecer es más amargo que matar."

Jerusalén no pudo matar al Nazareno, ni Atenas a Socrates; a ellos no viven y viven eternamente. El escarnio no puede triunfar sobre los discípulos de la Deidad. Ellos viven y crecen eternamente.

Tercera Parte

Eres mi hermano porque eres un ser humano, y ambos somos hijos de un único Espíritu Santo; somos iguales y hechos con el mismo barro.

Estoy aquí como mi acompañante en el sendero de la vida y como mi ayuda para comprender el significado de la Verdad oculta. Eres un ser humano y con eso ya es suficiente; te quiero como a un hermano. Puedes decir de mí lo que desees, el Mañana te llevaré consigo, y tus palabras serán usadas en el juicio como fiel testimonio, y recibirás justicia. Puedes privarme de todo lo que poseo, pues mi avidez me lleva a amontonar riquezas, y puedes llevártelo todo si eso te satisface.

Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no seré capaz de tocar mi Verdad.

Puedes dejar que me desangre o quemar mi cuerpo, pero no podrás dañar ni matar mi alma.

Puedes encadenarme de pies y manos, y ponerme en oscura celda, pero no esclavizaré mi pensamiento, porque es libre como la brisa del vasto firmamento.

Eres mi hermano y te amo. Te amo cuando veneras en la iglesia, cuando te hincas en el templo y cuando oras en la mezquita. Tú y yo y todos somos hijos de un mismo credo, porque los innumerables senderos de la religión no son sino los dedos de la amante mano del Ser Supremo, extendida hacia todos, a todos ofreciendo tranquilidad de espíritu, y ansiosas de recibirnos a todos.

Te amo por tu Verdad, derivada de tu Sabiduría; esa Verdad que la ignorancia me impide ver. Pero la respeto como un hecho divino, porque es una manifestación del espíritu. Tu Verdad y la mía se encontrarán en el más allá y se confundirán como la fragancia de las flores y será una Verdad única y eterna, que se perpetuará y vivirá en la eternidad del Amor y la Belleza.

Te amo porque eres débil ante el poderoso opresor y pobre ante el rico. Por

estas razones derramo Lágrimas por ti y te consuelo; y detrás del velo de Lágrimas te veo rodeado por los brazos de la Justicia, sirviendo y Perdonando a tus perseguidores. Eres mi hermano y yo te amo.

Cuarta Parte

Eres mi hermano, ¿pero por qué te vuelves contra mí? ¿Por qué me invades y tratas de someterme para agradar a todos aquellos que persiguen la gloria y la autoridad? ¿Por qué abandonas a tu esposa e hijos y sigues a la Muerte hacia tierras lejanas por el bien de aquellos que compran la gloria con tu sangre, y el supremo honor con las Lágrimas de tu madre?

¿Acaso es un honor para el hombre matar a su hermano? Si así lo crees, conviértelo en un acto de veneración y erige un templo a Caín que asesina a Abel.

¿Es el instinto de conservación la ley capital de la Naturaleza? ¿Por qué entonces, la Avidéz nos induce al autosacrificio sólo para lograr el propósito de herir a sus hermanos?

Ten cuidado, hermano mío, del líder que dice: "El amor a la vida nos obliga a privar al pueblo de sus derechos." Pues yo digo que proteger los derechos de los demás es el acto humano más noble y más hermoso; si para vivir tuviera que matar a otros, entonces la muerte sería más honrosa para mí, y si no puedo hallar a nadie que proteja mi honor, entonces no dudaría en quitarme la vida con mis propias manos en aras de la Eternidad, antes de que la muerte llegue.

El egoísmo, hermano mío, es la causa de la ciega superioridad, y la superioridad conduce al clan, y el clan conduce a la autoridad que a su vez conduce a la discordia y al sojuzgamiento.

El alma cree en el poder de la sabiduría y de la justicia sobre la oscura ignorancia; niega la autoridad que provee las espadas que defienden y fortifican la ignorancia y la opresión: esa autoridad que destruye Babilonia y estremeció los cimientos de Jerusalén y dejó a Roma en ruinas. Es la misma autoridad que hace que la gente llame grandes hombres a los criminales, que los escritores respeten sus nombres, que los historiadores relaten sus inhumanidades en forma de alabanza.

La única autoridad que reconozco es el respeto y el cumplimiento de la Ley Natural de la justicia.

¿Qué clase de justicia despliega la autoridad cuando mata al asesino? ¿Cuándo encarcela al ladrón? ¿Cuándo desciende sobre un territorio vecino y mata a su pueblo? ¿Qué piensa la justicia de la autoridad bajo la cual el asesino castiga al asesino y el ladrón sentencia al ladrón?

Eres mi hermano, y yo te amo; y el Amor es la justicia plena de intensidad y dignidad. Si la justicia no defiende mi amor por ti, independientemente de tu tribu o comunidad, seré un impostor que oculta al perverso egoísmo bajo la apariencia externa del amor puro.

Conclusión

Mi alma es un amigo que me consuela en la desdicha y en el dolor. Aquel que no trata a su alma como a un amigo es un enemigo de la humanidad, y aquel que no halla alivio humano en sí mismo perecerá en la desesperación. La vida emerge de lo interior y no de lo exterior.

He venido a decir una palabra y ahora la diré. Pero si la muerte me impide pronunciarla, será dicha por el Mañana, pues el Mañana jamás deja secretos en el libro de la Eternidad.

He venido a vivir en la gloria del Amor y a la luz de la Belleza, reflejos de Dios. Aquí vivo, y la gente es incapaz de desterrarme de los dominios de la vida, pues saben que viviré en la muerte. Si me arrancan los ojos escucharé el murmullo del Amor y la melodía de la Belleza.

Si cierran mis ojos me regocijaré con la brisa que se confunde con el incienso del Amor y la fragancia de la Belleza.

Si me arrojan a la nada, viviré junto con mi alma, hija del Amor y la Belleza.

He venido hasta aquí para permanecer en todo y con todos, y lo que hoy hago en soledad será divulgado entre los hombres por el Mañana.

Lo que ahora digo con un corazón será dicho mañana por muchos corazones.

EL LECHO NUPCIAL 1

Precedidos por monaguillos que portaban velas y seguidos por sacerdotes y amigos, los contrayentes abandonaron el templo en compañía de jóvenes y mujeres que caminaban al lado de los novios cantando y colmando el cielo de bellas y alegres melodías.

Cuando la procesión llegó a la residencia del novio, los recién desposados tomaron las principales ubicaciones en el vasto salón, y los celebrantes se sentaron en cojines de seda y en sillones de terciopelo, hasta que el lugar se colmó de una multitudinaria concurrencia deseosa de felicitar a la pareja. Los sirvientes pusieron las mesas, y los invitados comenzaron a brindar por la novia y el novio, mientras los músicos apaciguaban el espíritu con sus cuerdas. Podía oírse el tintineo de las copas de cristal entrechocándose, al unísono con el repiqueteo de los tambores. Las doncellas comenzaron a bailar ágilmente, contorneando sus flexibles cuerpos al compás de una música, mientras el resto de los invitados las observaban extasiados y bebían cada vez más vino.

En pocas horas la escena de una alegre y agradable ceremonia nupcial se convirtió en una tosca y profana orgía. Aquí, un joven derrama sus sentimientos de sbito cuestionable amor sobre una atractiva doncella. Más allá otro joven intenta entablar conversación con una dama, mas tiene dificultades para traer a la memoria enturbiada por el vino las bellas palabras pensadas. De tanto en tanto podía oírse a un anciano exigir a los músicos repetir aquella canción que le recordaba sus pocas pasadas. En este grupo una mujer coquetea con un hombre quien, a su vez, mira apasionadamente a su rival. En aquel rincón, una dama de cabellos cenicientos observa risueña a las doncellas, tratando de elegir entre ellas esposa para su único hijo. De pie junto a la ventana, una mujer casada aprovecha la oportunidad en que su marido se halla ocupado con la bebida, para hacer planes con su amante.

1.- Este hecho ocurrió en el norte del Líbano a fines del siglo XIX y me fue revelado por un familiar de uno de los principales protagonistas del cuento, y quien presencié el incidente descrito. (Khalil Gibran).

Parecía como si todos estuvieran recogiendo los frutos del presente y olvidando el pasado y el futuro. Mientras todo ocurría la radiante novia observaba a los presentes con ojos tristes. Se sentía como una desdichada prisionera tras los barrotes de una

celda, y frecuentemente buscaba con la mirada a un joven que se hallaba solo en el otro extremo del salón, como ave herida y perdida su bandada. Tenía la mirada fija en un punto del techo y parecía completamente extraviado en un mundo de tinieblas.

Llegó la medianoche y la exaltación de la multitud creció hasta lo insospechable, hasta que tuvo el aspecto de una locura despiadada, porque la mente estaba libre y la lengua había perdido su control.

El novio, hombre entrado en años y ya en estado de ebriedad, dejó a la novia librada a su suerte y comenzó a pasearse entre los invitados, bebiendo con ellos y agregando combustible a las llamas de su embriaguez.

A una señal de la novia, una doncella vino a sentarse al lado de ella. Entonces la novia giró la cabeza y miró hacia uno y otro lado, y luego le susurró con voz trémula:

-Te ruego, compáñera mía, y apelo a ti en nombre de nuestra amistad y de todo lo que amas en este mundo, que vayas y digas a Saleem que me espere en el jardín bajo el sauce. Por favor, Susan, llévale mi pedido y dile que acceda; recuérdale nuestro pasado y dile que moriré si no lo veo. Dile que debo confesarle mis faltas y pedirle perdón; dile que quiero exponer todos los secretos de mi corazón ante él. Después, y no temas.

Susan remitió el mensaje de la novia con sinceridad; Saleem la miró como un hombre sediento mira un río distante y dijo suavemente:

-La esperaré en el jardín bajo el sauce.

Salió de la casa, y unos minutos después la novia lo seguía, escurriéndose entre los embriagados. Al llegar al jardín miró hacia atrás como gacela que huye del lobo, y luego se dirigió hacia el sauce donde la aguardaba el joven. Cuando estuvo junto a él lo rodeó con sus brazos y dijo entre sollozos: -Escuchame, amado mío, siento haber actuado apresurada e impensadamente. Mi corazón está lleno de tristeza; te amo a ti y a ningún otro; seguiré amándote hasta el fin de mis días. Me han mentido y me han dicho que tú amabas a otra, y Najeebee me decepcionó cuando me dijo que tú estabas enamorado de ella. Hizo eso para inducirme a que aceptara casarme con su primo, tal como mi familia tenía planeado desde hacía tiempo. Ahora estoy casada, pero tú eres el único a quien amo, y tú eres mi esposo. Ahora que me he quitado el velo de los ojos y me he aproximado a la verdad, he venido aquí para seguirte hasta el fin de la vida, y nunca regresaré junto al hombre a quien la falsedad y las rígidas costumbres me han elegido por esposo. Apresurémonos, amado mío, y abandonemos este sitio al amparo de la noche. Vayamos a la costa y subamos a una nave que nos lleve a tierras lejanas donde podamos vivir juntos sin ser molestados. Vayámonos ahora para que al alba estemos lejos de las garras del enemigo; tengo suficientes joyas como para que podamos vivir tranquilos el resto de nuestros días... ¿Por qué no hablas Saleem? ¿Por qué no me miras? ¿Acaso no escuchas los gemidos de mi alma y el llanto de mi corazón? ¡Habla, y apurémonos a irnos de aquí! Los minutos que se escurren son más valiosos que los diamantes, y más preciados que las coronas de los reyes.

Su voz era más calma que el susurro de la Vida, y más angustiada que el quejumbroso llamado de la Muerte, y más tenue que el crujido de las alas, y más profunda que el mensaje de las olas... era una voz que vibraba de esperanza y desesperación, de placer y dolor, de felicidad y desdicha, con deseos de vida y deseos de muerte. El joven escuchaba con atención, pero en su interior el Amor y el Honor libraban una intensa batalla... El Honor que reconforta el espíritu, y el Amor que Dios puso en cada corazón humano... Tras un silencio prolongado, el joven alzó la cabeza y desvió los ojos de los de la novia, que lo miraba trémula de ansiedad, y respondió quedamente:

-Regresa a tu destino, ya es demasiado tarde. La sobriedad ha borrado lo que la embriaguez ha escrito. Vuelve antes de que los invitados te descubran aquí y diles que has traicionado a tu marido en la noche de bodas de la misma forma en que me traicionaste a mí en mi ausencia.

Al oír estas palabras, la joven se estremeció como una trémula rosa ante la tempestad y dijo dolorida:

-¡Jamás regresaré a la casa que he abandonado para siempre. Ahora me siento como un prisionero que abandona el desierto... No me eches de tu lado diciendo que te he traicionado. Las manos que unieron nuestros corazones son más fuertes que las manos del emir y de los sacerdotes que entregaron mi cuerpo a mi asqueroso cónyuge. No hay poder capaz de separarme de ti... ni siquiera la Muerte puede separar nuestras almas, porque sólo los Cielos pueden torcer la voluntad de los Cielos.

fingiendo desinterés y tratando de librarse de la presión de los brazos que lo rodeaban, Saleem replicó :

-¡Aléjate de mí! Amo a otra con intensidad que me hace olvidar que existes. Najeebee estaba en lo cierto cuando te dijo que la amaba. Regresa junto a tu esposo y sé una esposa fiel como la ley manda.

-¡No, no! ¡No te creo, Saleem! -protestó desesperadamente la novia-. Bien sabes que me amas, puedo leerlo en tus ojos; percibo tu amor cuando me acerco a ti; nunca te dejaré para ir junto a mi esposo mientras palpites mi corazón; vine aquí para seguirte hasta el fin del mundo. Muéstrame el camino, Saleem, o déjame morir aquí .

-Déjame -dijo Saleem sin alterar el tono de su voz-, o llamaré la atención de la gente a este jardín y te pondré en ridículo ante Dios y ante los hombres y dejaré que mi amada Najeebee se ría de ti y se enorgullezca de su triunfo. Mientras Saleem luchaba por librarse de sus brazos, la esperanzada, tierna y suplicante mujer se transformó en una leona que ha perdido sus cachorros, y gritó :

-¡Nadie me vencerá jamás ni me quitará mi amor! Después de haber pronunciado estas palabras, extrajo una daga oculta bajo su traje nupcial, y la clavó en la garganta del joven con la rapidez del relámpago. Cayó sobre la hierba como un retoño arrancado por la tormenta, y ella se inclinó sobre el cuerpo sosteniendo la daga manchada de sangre en una mano. Le abrió los ojos y con labios trémulos susurró :

-Acércate ahora, amada mía; ven, Lyla y no me abandones. La Vida es más débil que la muerte, y la Muerte más débil que el Amor. Escucha la risa cruel de los invitados en la casa, oye cómo tintinean y se quiebran las copas de cristal, amada mía. Lyla, me has rescatado del sufrimiento de la vida. Déjame besar la mano que rompí las cadenas y me liberó. Bésame y perdóname, pues no he sido fiel.

"Posa tus manos manchadas de sangre sobre mi triste corazón, y cuando mi alma se eleve al vasto firmamento pon la daga en mi mano derecha y di que yo mismo me he quitado la vida. Se detuvo para tomar aliento y dijo en un susurro:

-Te amo, Lyla, y jamás he amado a otra. El autosacrificio es más noble que huir contigo. Bésame, oh Lyla ... Apoyó la mano sobre su herido corazón y dio el último suspiro. La novia miró hacia la casa y gritó en desgarrante agonía

-¡Salid de vuestro estupor, que aquí se celebra la boda! ¡La novia y el novio os aguardan! ¡Venid a ver nuestro mullido lecho! ¡Despertad, insano y bebedores; corred a este sitio para que podamos revelaros la verdad del Amor, la Muerte y la Vida!

Su histérico grito atravesó la casa y retumbó en los oídos de los invitados. Como en un trance, todos se precipitaron a la puerta y salieron mirando hacia todos lados. Al aproximarse a la escena de tan trágica belleza y al ver a la novia llorando sobre el

cuerpo de Saleem, retrocedieron temerosos y nadie se atrevió a acercarseles. Parecía como si el hilo de sangre que brotaba del corazón del joven y la daga que sostenían en la mano, los hubiera hechizado y hubiera helado la sangre de sus cuerpos. La novia los miró y gimió amargamente:

-¡Acercaos, cobardes! ¡No temáis al espectro de la Muerte cuya grandeza rehúsa aproximarse a vuestra insignificancia, y no os asustéis de esta daga, pues es un instrumento divino que rehúye tocar vuestros cuerpos impíos y vuestros huecos corazones! Mirad a este hermoso joven... Es mi amado, y lo maté porque lo amaba... es mi novio y yo soy su novia. Buscamos un mullido lecho que fuera digno de nuestro amor, en este mundo al que habéis empequeñecido con vuestras tradiciones e ignorancia. Pero hemos elegido este lecho. ¿Dónde está esa perversa mujer que traiciona a mi amado y dijo que él la amaba? ¿Dónde está aquella que pensó que me vencería? ¿Dónde está Najeebee, la serpiente infernal que me desilusionó? ¿Dónde está la mujer que os ha reunido aquí para celebrar la partida de mi amado y no el matrimonio del hombre que había elegido para mí? Mis palabras deben resultaros extrañas, pues el abismo no puede comprender el canto de las estrellas. Diréis a vuestros hijos que he matado a mi amado en la noche de bodas. Mi nombre será una blasfemia en vuestros sucios labios, pero vuestros nietos me bendecirán, pues el Maaana liberará a la verdad y al espíritu. Y tú, ignorante esposo mío, que compraste mi cuerpo pero no mi amor, y que me tienes pero no me posees, eres el símbolo de esta desdichada nación, que busca la luz en las tinieblas, y aguarda que el agua brote de la roca; tú simbolizas un país gobernado por la ceguera y la estupidez; tú representas a la falsa humanidad que corta brazos y gargantas para alcanzar el collar o la pulsera. Ahora te perdono, pues el alma que parte dichosa perdona los pecados de la gente.

Entonces la novia alzó la daga al cielo, y como un sediento que acerca a sus labios al borde de la copa, dejó caer su brazo clavándose en el pecho. Cayó junto a su amado como un lirio despojado de su flor por una afilada hoz. Las mujeres contemplaban la horrible escena y gritaban escandalizadas; algunas se desvanecieron y el rugido de los hombres colmó los cielos. Al acercarse a las víctimas, vergonzosa y respetuosamente, la agonizante novia los miró, y mientras la sangre manaba de su herido cuerpo, les dijo: ,
-Alejaos de nosotros y no separéis nuestros cuerpos, porque si cometéis tal pecado, el espíritu que flota sobre vosotros os apresará y os quitará la vida. Dejad que la tierra hambrienta engulla nuestros cuerpos y nos oculte en su seno. Dejad que nos proteja así como protege a las semillas hasta que llega la primavera y vuelve la vida pura y el despertar.

Se acercó al cuerpo de su amado, posó los labios sobre los fríos labios de él y dijo sus últimas palabras:

-¡Mira, eterno mío ... mira a nuestros amigos! ¡Mira cómo los celosos rodean nuestro lecho! ¡Oye el castañeteo de sus dientes y el crujido de sus dedos! Me has esperado mucho tiempo, Saleem, y aquí estoy pues he roto las cadenas. Vayamos hacia el cielo, pues ya hemos esperado demasiado tiempo en este tenebroso mundo carcelario: Todo se desvanece de mi vista y sólo puedo verte a ti, amado mío. Estos son mis labios, mi más preciada posesión terrena... acepta mi último suspiro humano. Ven, Saleem, vamonos ahora. El Amor ha desplegado sus alas y se ha elevado hacia la gran luz.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, pero sus ciegos ojos aún estaban mirándolo.

Reinó el silencio, como si la dignidad de la muerte se hubiera apoderado de las fuerzas de los presentes impidiéndoles moverse. Entonces el sacerdote que había celebrado la ceremonia matrimonial se adelantó y señalando a la pareja unida por la muerte dijo:

-¡Malditas son las manos que tocan estos ensangrentados cadáveres carcomidos por el pecado. Y malditos son los ojos que derraman lágrimas de pesar sobre estas dos almas endemoniadas. Dejad que el cuerpo del hijo de Sodoma y de la hija de Gomorra sigan yaciendo en este morboso sitio hasta que las bestias devoren su carne y el viento esparza sus huesos. ¡Regresad a vuestros hogares y alejaos de la contaminación de estos pecadores! ¡Dispersaos ahora, antes de que os alcancen las llamas del infierno, que aquel que aquí permanezca será maldecido y excomulgado de la iglesia y jamás volverá a entrar al templo ni a ofrendar con las cristianas alabanzas a Dios!

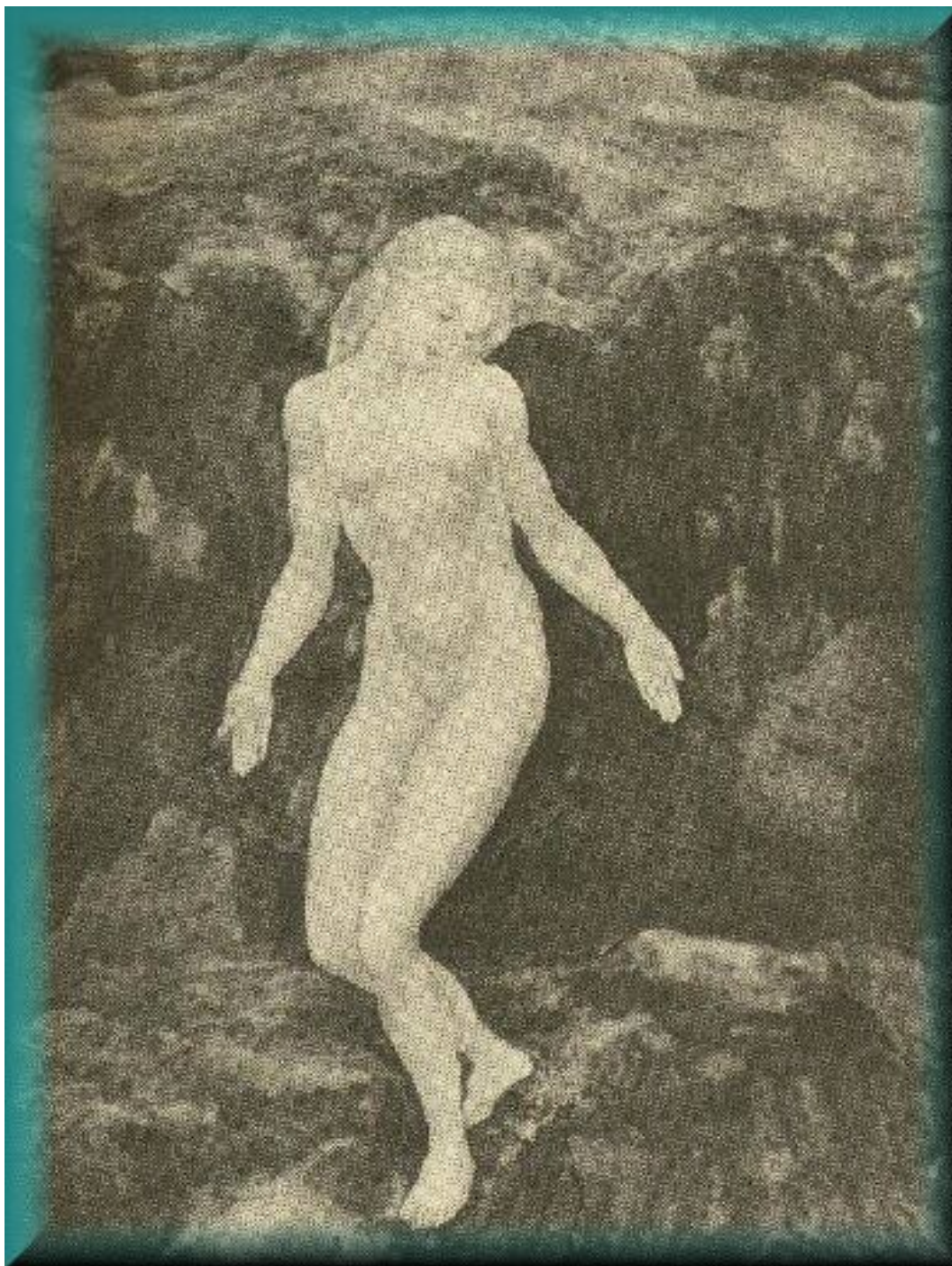
Susan, último mensajero de los enamorados, se adelantó valientemente y se detuvo ante el sacerdote. La joven lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le dijo:

-Yo permaneceré aquí, hereje despiadado, y yo los custodiaré hasta que llegue el alba. Cavaré un sepulcro para ellos bajo estas ramas suspendidas, y los sepultaré en el jardín en que se dieron el último beso. Abandonad este sitio de inmediato, pues el cerdo detesta el aroma del incienso, y los ladrones temen al señor de la casa y a la llegada de los primeros destellos del alba. Corred hacia vuestro lecho tenebroso, pues los himnos angelicales no penetran vuestros oídos clausurados con el sólido cemento de las reglas crueles y vanas.

La multitud se dispersó lentamente junto con el consternado sacerdote, y Susan permaneció junto a Lyla y a Saleem, como una madre protege a sus hijos en el silencio de la noche.

Cuando la multitud hubo abandonado completamente el sitio, se hincó de rodillas y lloró con los ángeles.





G I B R ' N K H A L I L G I B R ' N

L A Z A R O Y S U A M A D A (1 9 2 5)

Revisado por Carlos J.J.

"¿No te dije yo que si creas veras la gloria de Dios?" Entonces retiraron la piedra. Jesús, elevando los ojos, dijo: Padre, gracias, te doy por haberme escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero hablo así a causa de esta multitud que me rodea, a fin de que ellos sepan que Tú me enviaste." Habiendo así hablado, clamó en alta voz: "Lázaro, sal fuera."

Salió aquel que estaba muerto, atados los pies y las manos con fajas, y envuelto su rostro con una sábana. Y entonces dijo Jesús: "Desatadlo y dejadlo partir."

San Juan, IX, 40-41

Personajes:

LÁZARO
MARTA, su hermana
MARTHA, su hermana
LA MADRE de LÁZARO
FILIPPO, un discípulo
EL LOCO

Escenario:

Jardín frente a la casa de Lázaro, su madre y sus hermanas, en Betania.

época:

Fin de la tarde del lunes, un día después de la resurrección de Jesús de Nazareth en su sepulcro.

Al levantarse el telar, MARTA está a la derecha, mirando hacia las montañas.

MARTHA está sentada con su telar cerca de la puerta, a la izquierda.

EL LOCO está sentado en un rincón de la casa, a la izquierda, recostado contra la pared.

MARTHA (volviéndose hacia Marta): No estás trabajando. No has trabajado mucho estos últimos días.

MARTA: No estoy pensando en mi trabajo. Mi indolencia te hace pensar en lo que dijo nuestro Maestro, ¡el amado Maestro!

LOCO: Dá a vender en que no habrá tejedores y nadie usará ropas. Todos nosotros estaremos desnudos bajo el sol. (Se produce un largo silencio. Las mujeres parecen no haber escuchado lo que dijo el Loco. Nunca lo oyen)

MARTA : Se está haciendo tarde.

MARTHA: Sí, ya lo sé. Se está haciendo tarde.

(Entra la Madre, saliendo de la puerta de la casa).

MADRE: ¿I a n no volvi ?

MAR A- No, madre, Ø a n no regres .

(Las tres mujeres miran hacia las montañas.)

LOCO: I nunca volverÆ Lo que podrÆ ver serÆ solamente una respiraci n dentro de un cuerpo.

MAR A: Tengo la impresi n de que Ø a n no volvi del otro mundo.

MADRE: La muerte de nuestro Maestro lo amarg profundamente. Durante estos ltimos das, casi no comi nada y yo sØ que pasa las noches sin dormir.: Debe haber sido la muerte de nuestro Amigo.

MARTA: No, madre. Hay alguna otra cosa, algo que yo no comprendo.

MAR A : As es. Hay alguna otra cosa. TambiØ yo lo sØ Hace muchos das que lo sØ pero no le encuentro ninguna explicaci n. Los ojos de Ø son mÆ profundos. Me miran como si estuviesen viendo algo mÆ a travØ de m . Es tierno, pero su ternura es para alguien que no estÆ presente. Y se queda en silencio, tan silencioso como si tuviese el sello de la muerte sobre los labios.

(Cae el silencio sobre las tres mujeres)

LOCO: Todos miran a travØ de alguien para ver a otra persona.

MADRE (rompiendo el silencio): Ser a bueno que Ø volviera. ltimamente ha pasado muchas horas en aquellas montañas, solo. Debiera estar aqu , con nosotros.

MAR A: ¡Hace mucho tiempo que el no ha estado con nosotros, madre!

MARTA: ¡Oh, no! l siempre ha estado con nosotros. ¡S lo falt estos tres das!

MAR A: ¿Tres das? ¡Tres das! S , Marta, tienes raz n. Fueron solamente tres das.

MADRE: Me gustar a que mi hijo volviera de las montañas.

MARTA: VendrÆenseguida, madre. No debes preocuparte.

MAR A (con una voz extraña): A veces siento que Ø nunca mÆ volverÆde aquellas montañas.

MADRE: Si Ø volvi del sepulcro, ciertamente regresarÆde aquellas montañas. ¡Ay, hijas mas, c mo duele pensar que AquØ que nos restituy la vida de Ø, ayer fue muerto!

MARTA: Hay en eso un gran misterio y un gran dolor.

MADRE: ¡Y pensar que pudieron ser tan crueles con Quien trajo a mi hijo de vuelta a mi coraz n!

(Un silencio)

MARTA: Pero LÆaro no debiera quedarse tanto tiempo en las montañas...

MAR A: Es fÆil para una persona que sueña, perderse entre los olivares. Yo sØ de un lugar donde a LÆaro le gustaba sentarse y soñar, en silencio. Junto a un pequeo arroyo, madre. Quien no conoce el lugar es muy capaz de no encontrarlo. Una vez me llev allÆ y nosotros nos sentamos sobre dos piedras, como criaturas. Era primavera y las florecillas crecan junto a nosotros. HablÆamos muchas veces de ese lugar durante el invierno. Y siempre que Ø hablaba de ese lugar hab a un brillo extrao en sus ojos.

LOCO: S , una luz extraña, la sombra proyectada por la otra luz.

MARTA: Y t sabes, madre, que LÆaro siempre estuvo ausente de nosotros, aunque estuviese junto a nosotros.

MADRE: ¡Dices tantas cosas que yo no puedo comprender! (Pausa) Desear a que mi hijo ya estuviera de vuelta. (Pausa) Tengo que entrar. Es necesario no dejar cocinar demasiado las lentejas.

(La madre sale por la puerta de la casa)

MARTA: Me gustar a comprender todo lo que dices, Mar a. Cuando hablas es como si

alguien más estuviese hablando.

MARA (con voz un poco extraña): Ya lo sé querida hermana, ya lo sé. Siempre que hablamos es otra persona la que está hablando.

(Hay un prolongado silencio. Mara está completamente ensimismada en sus pensamientos y Marta la observa con una pizca de curiosidad. Lázaro entra, recién venido de las montañas, por la izquierda, al fondo. Se acuesta en la hierba, bajo los almendros próximos a la casa).

MARA (corriendo hacia él): ¡Oh, Lázaro, seguramente estás muy cansado! ¡No debas haber andado tanto!

L' ZARO (hablando como si estuviese ausente): Caminar, caminar y no ir a ningún lado. Buscar y no encontrar nada. Pero es mejor estar en las montañas.

LOCO: Bien, al final de cuentas es un poco más cercano de las otras montañas.

MARTA (después de un breve silencio): Pero no estás bien, nos dejas durante todo el día y nosotros nos quedamos muy preocupados. Cuando vuelves, Lázaro, estamos muy felices. Pero cuando nos dejas solos nuestra felicidad se transforma en ansiedad.

L' ZARO (volviendo el rostro hacia las montañas): ¿Os dejé hoy por mucho tiempo? Es extraño que llames separación a un momento en las montañas. ¿O acaso me quedé verdaderamente más de un momento en las montañas?

MARTA: Te quedaste allí todo el día.

L' ZARO: ¡Imposible! ¡Un día entero en las montañas! ¿Quién cree a eso?

(Un silencio. La madre entra, saliendo por la puerta de la casa.)

MADRE: ¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto, hijo mío! Es tarde y la niebla se está acumulando en las montañas. Tuve miedo por tu causa, hijo.

LOCO: Tiene miedo de la niebla. Y la niebla es el comienzo para ellos, y la niebla es el final.

L' ZARO: Sí, volví de las montañas por vosotras ... ¡Oh, qué pena, qué pena es todo esto!

MADRE: ¿Qué quieres decir, Lázaro? ¿Por qué todo esto te da pena?

L' ZARO: Nada, madre. Nada.

MADRE: Hablas de manera extraña. No te comprendo, Lázaro. Poco has dicho desde que volviste a casa, pero lo poco que has dicho ha sido extraño para mí.

MARTA: Muy extraño, sí. (Hay una pausa)

MADRE: Y ahora la niebla se está acumulando aquí. Vamos a entrar. Venid, hijos míos.

(La madre, después de besar a Lázaro con ansiosa ternura, entra en la casa)

MARTA: Hay algo frío en el aire. Voy a llevar mi telar y mi paño para adentro.

MARA (sentada al lado de Lázaro, en la hierba, bajo los cedros y hablando con Marta): Es verdad, las noches de abril no son buenas para tu telar y tu paño. ¿Quieres que te ayude a llevar todo adentro?

MARTA: No, no. Puedo ocuparme sola de todo. Siempre lo hice todo sola.

(Marta lleva el telar a la casa y luego regresa para recoger el paño, que también lleva adentro. Un soplo de viento pasa balanceando los almendros y haciendo caer una lluvia de pétalos sobre Mara y Lázaro)

L' ZARO: La primavera nos consolará, y hasta los árboles llorarán por nosotros. Todo lo que hay en la tierra, si todo lo que en ella hay pudiese saber de nuestra declinación y de nuestra angustia tendría compasión de nosotros, y por nosotros lloraría.

MARA: Pero la primavera está con nosotros, y aunque envuelta en un velo de tristeza, no deja de ser la primavera. No hablemos de compasión ... Por el contrario, vamos a aceptar a la primavera y a nuestra tristeza con gratitud. Admiraremos en dulce silencio a

Aquello que te dio la vida, pero entregó Su propia vida. No hablemos de compasión, ni de pena, Lázaro.

L' ZARO: Pero es una pena, algo lastimoso que yo haya sido arrancado de mil milenios de deseo del corazón, de mil milenios de hambre del corazón... Es una pena que después de mil milenios de primaveras yo haya vuelto a este invierno.

MARA: ¿Qué quieres decir, hermano mío? ¿Por qué hablas de mil milenios de primaveras? Estuviste apenas tres días ausente de nosotros. Tres breves días. Pero nuestra tristeza fue, en verdad, mayor de tres días.

L' ZARO: ¿Tres días? ¡Tres siglos de eternidades! ¡Todo el tiempo! ¡Todo el tiempo con aquella que mi alma amaba antes que el tiempo comenzase!

LOCO: Sí, tres días, tres siglos, tres eternidades. Es extraño que siempre pesen y midan. Siempre es un reloj de sol y una balanza.

MARA (con terror): ¿Aquella que tu alma amaba antes que el tiempo comenzara? ¿Por qué dices esas cosas, Lázaro? Debe haber sido un sueño que tuviste en otro jardín. Ahora estamos aquí, en este jardín, cerca de Jerusalén. Estamos aquí. Y sabes muy bien, hermano mío, que nuestro Maestro quería que estuvieras con nosotros en ese despertar al sueño de la vida y del amor, y que él quería tener en tí a un ardiente discípulo, un testigo vivo de Su gloria.

L' ZARO: Aquí no hay sueño, ni hay despertar. Tú, yo y este jardín no pasamos de ser una ilusión, una sombra de lo real. Allí donde yo estuve con mi amada, allí fue el despertar, esa es la realidad.

MARA (levantándose): ¿Tu amada?

L' ZARO (también levantándose): Mi amada.

LOCO: Eso mismo. Su amada, la virgen del espacio, la amada de todos.

MARA: ¿Pero dónde está tu amada? ¿Quién es ella?

L' ZARO: Mi corazón gemelo, a quien busqué aquí y no encontré. Entonces la muerte, el Ángel de pies alados, apareció y condujo mi ansiedad hacia los anhelos de ella, y con ella viví en el corazón de Dios. Y me aproximé a ella y ella a mí, y fuimos uno solo. Éramos una esfera que relucía al sol; éramos un rincón entre las estrellas. Todo eso, Mara, todo eso y mucho más hasta que una voz, una voz desde las profundidades, la voz de un mundo, me llamó, y aquello que era inseparable fue desgarrado. Y los mil milenios con mi amada en el espacio no pudieron evitar el poder de aquella voz que me llamó de regreso.

MARA (mirando al cielo): ¡Oh, Ángeles benditos de nuestras horas de silencio, hacedme comprender eso! Yo no seré una extraña en esa nueva tierra descubierta por la muerte. Habla más, hermano mío, continúa. En el fondo de mi corazón creo que puedo seguirte.

LOCO: Síguelo, si puedes, mujercita. ¿Puede la tortuga seguir al ciervo?

L' ZARO: Yo era un río y busqué el mar donde mi amada vive, y cuando llegué al mar fui llevado a las montañas, para correr de nuevo entre las piedras. Yo era un canto aprisionado en el silencio, ansiando el corazón de mi amada, y cuando los vientos del cielo me liberaron y me lanzaron en aquella floresta verde, fui apresado por una voz y de nuevo reducido al silencio. Yo era una raíz en la tierra oscura y me torné flor, y después, un aroma en el espacio que subí para envolver a mi amada, y fui tomado por una mano, y volví a ser una raíz en la tierra oscura.

LOCO: Cuando se es una raíz, siempre se puede escapar de la tempestad que agita a las ramas. Y es bueno ser un río que corre a río delgado de haber llegado al mar. Es claro que es bueno para el agua correr hacia arriba.

MARA (consigo misma): ¡Qu~~o~~ cosa extraña, qu~~o~~ extraña! (a L'Zaro) Pero, hermano mío, es bueno ser un río que corre, un canto que aún no fue cantado, y es bueno ser una raíz en la tierra oscura. El Maestro sabía todo eso y te llamó de regreso para nosotras, para que supiéramos que no hay un velo entre la vida y la muerte. ¿No ves que eres un testigo vivo de la inmortalidad? ¿No ves cómo una palabra pronunciada con amor puede reunir los elementos dispersos por una ilusión llamada muerte? Cree y ten fe, pues sólo en la fe, que es nuestro conocimiento más profundo, puedes tener consuelo.

L' ZARO: ¡Consuelo! ¡El consuelo es traidor y mortífero! El consuelo adormece nuestros sentidos y nos hace esclavos del tiempo. No quiero consuelo. ¡Quiero la pasión! ¡Quiero la pasión! ¡Quiero arder en el espacio helado con mi amada! ¡Quiero quedarme en el espacio infinito con mi compañero, mi otro yo! Oh, Mara, Mara, fuiste otrora mi hermana y nos conocimos uno al otro, aun cuando nuestros parientes más próximos no nos conocían. Escuchame, ahora, escuchame con todo mi corazón.

MARA: Estoy escuchando, L'Zaro.

LOCO: Que el mundo entero -escuche. El cielo ahora va a hablarle a la tierra, pero la tierra está sorda. La tierra es casi tan sorda como tú y como yo.

L' ZARO: Estábamos mi amada y yo en el espacio, y ~~o~~ramos todo el espacio. Estábamos en la luz y ~~o~~ramos toda la luz. Y vagábamos como el antiguo espíritu que se movía sobre las aguas; y fue para siempre el primer día. ~~o~~ramos el propio amor que vive en el corazón del silencio blanco. Entonces, una voz como trueno, una voz como innumerables lanzas que rasgaran el ~~o~~ter, gritó diciendo: "L'Zaro, sal fuera." Y la voz se repitió en ecos y tornó a volver en el espacio, y yo, que era liso como la pleamar, me volví bajar; una casa dividida, un manto roto, un joven verde, una torre desmoronada, de cuyas ruinas se hizo un punto de referencia a partir de ese momento. Una voz gritó: "¡L'Zaro, sal fuera!" y yo descendí de la mansión del cielo hacia un sepulcro dentro de un sepulcro. Este cuerpo dentro de una gruta sellada.

LOCO: Señor de la caravana, ¿dónde está ~~o~~ tus camellos y dónde está ~~o~~ tus hombres? ¿Fue la tierra hambrienta quien los engulló? ¿Fue el simum que los amortajó en arena? ¡No! Jesús el Nazareno levantó la mano. Jesús el Nazareno pronunció una palabra y, ahora dime, ¿dónde está ~~o~~ tus camellos y dónde está ~~o~~ tus hombres y dónde está ~~o~~ tus tesoros? En la arena sin caminos, en la arena sin caminos. Pero el simum volverá y desenterrará todo. Él nunca deja de volver. Él también me llamó de regreso, pero yo no obedecí, y ahora me llaman loco.

MARA: ¿Tengo yo un amado en el cielo, L'Zaro? ¿Puede mi anhelo haber creado un ser más allá de este mundo? ¿Y tengo que morir para estar con ~~o~~? Dime, hermano mío, ¿tengo también un compañero? Si así fuera, ¿para qué vivir y morir, y vivir y morir de nuevo, si un amado me espera para darme plenitud y para yo darle la plenitud?

LOCO: Toda mujer tiene un amado en el cielo. El corazón de toda mujer crea un ser en el espacio.

MARA (murmurando suavemente, como para sí misma): ¿Tengo yo un amado en el cielo?

L' ZARO: No sé. Pero si tuvieses un amado, un otro Yo, en algún lugar, en algún tiempo, y te encontraras con ~~o~~, no dejarías ciertamente que nadie te separase.

LOCO: Él puede estar aquí y él puede llamarla. Pero como tantos otros, ella no escuchará.

L' ZARO (llegando al centro del escenario): Esperar, esperar que cada estación sobrepase a otra estación; y entonces esperar que esa estación sea superada por otra;

ver todas las cosas llegar a su terminación antes que nuestro fin llegue; el fin que es el comienzo. Escuchar todas las voces y saber que ellas se funden en el silencio, todas menos la voz del corazón, que clama hasta en el sueño.

LOCO: Los hijos de Dios se casaron con los hijos de los hombres. Después, se divorciaron. Ahora los hijos de los hombres desean a los hijos de Dios. Siento pena por todos ellos, los hijos de los hombres y los hijos de dios. (Un silencio).

MARTA (apareciendo en la puerta): ¿Por qué no entras en la casa, Lázaro? Nuestra madre ya preparó la cena. (Con un poco de impaciencia) Siempre que tú y María estás juntos, conversáis, conversáis y nadie sabe lo que decís. (Marta se queda allí algunos instantes y luego regresa a la casa)

L' ZARO (hablando consigo mismo y como si no hubiese escuchado a Marta): ¡Oh, estoy exhausto, estoy cansado, estoy con hambre y con sed! ¿Puedes darme un pedazo de pan y un poco de vino?

MARA (yendo hacia él y abrazándolo): Sí, hermano mío, sí. Pero ven a casa. Nuestra madre preparó la comida de la noche.

LOCO: ¡Pido un pan que ellas no pueden cocinar, y un vino del que no tienen botellas.

L' ZARO: ¿Dije que tenía hambre y sed? No es hambre de vuestro pan, ni sed de vuestro vino. En verdad te digo que no entraré en una casa mientras la mano de mi arriada no esté en la puerta. Y no me sentaré en la mesa de ningún festín, si ella no está a mi lado. (La madre mira desde la puerta de la casa).

MADRE: ¿Lázaro, por qué te quedas ahí afuera, en la niebla? ¿Y por qué no vienes a casa, María? Enciende las velas y la comida está en la mesa, mientras estás ahí, charlando y masticando palabras en la oscuridad.

L' ZARO: Mi madre quiere que yo entre en una tumba. Me hará comer y beber y me pedirá que me siente entre rostros amortajados y que reciba la eternidad de manos marchitas, y que escuche la vida de los vasos de arcilla.

LOCO: ¡Faro blanco, que vuelas hacia el sur donde el sol ama a todas las cosas, ¿cómo te hizo parar en pleno vuelo y te trajo de vuelta? Fue tu amigo, Jesús el Nazareno. ¡Te trajo de retorno con pena por los que no tienen alas y no podrán acompañarte. ¡Oh, faro blanco, hace frío aquí, tiembles y el viento norte te duele las penas!

L' ZARO: Prefiero estar en una casa y debajo de un techo. Prefiero estar dentro de cuatro paredes, con una puerta y una ventana. Os quedáis allí y no tenéis visión. Vuestro espíritu está aquí y mi espíritu está allí. Todo en vosotros está en la tierra; todo en mí está en el espacio. Entráis arrastrados en las casas y yo vuelo hasta lo alto de las montañas. Sois todos esclavos uno del otro, y no rendís culto sino a vosotros mismos. Dormís y no sois; despertáis, pero no pasáis entre las montañas. Y estoy aquí, en este momento, rebelado contra aquello a que llamáis vida.

MARTA (que salió de la casa mientras Lázaro estaba hablando): Pero el Maestro vio nuestra tristeza y nuestro dolor; te llamó de regreso a nosotras y a no te rebelas. ¡Es el pecado que se rebela contra el tejedor ¡Es una casa que se rebela contra quien la construye!

MARA: ¡Conoce lo que nosotras tenemos en el corazón y fue generoso con él. Cuando estuvo delante de nuestra madre y vio en los ojos de ella al hijo muerto y sepultado, la tristeza de ella lo hirió, y por un momento se detuvo en silencio. (Pausa) Después, nosotras lo seguimos hasta tu tumba.

L' ZARO: Sí, fue la tristeza de mi madre y vuestra tristeza. Fue la pena, el desconsuelo que me trajeron de vuelta. ¡Qué egoísta y profundo es el desconsuelo! Te digo que me

rebelo. Te digo que la propia divinidad no deb a transformar la primavera en invierno. Sub a las montañas lleno de deseo, y vuestra tristeza me trajo de vuelta a este valle. Querais un hijo y un hermano para estar con vosotras a travs de la vida. Vuestros vecinos quer an un milagro. ¡C mo sois de crueles, c mo son de duros vuestros corazones, y que negra es la noche de vuestros ojos! Por eso es que traís a los profetas de la gloria en que viven hacia vuestras alegr as, y despuís los matáis.

MARA (censurando): Llamas a nuestra tristeza, "desconsuelo". ¿Y quí son tus lamentos sino desconsuelo? Cíate y acepta la vida que el Maestro te dio.

L' ZARO: I no me dio la vida. Os dio a vosotras mi vida. La tom de mi amada y os la dio en un milagro capaz de abriros los ojos y los ojos. Me sacrific del mismo modo que se sacrific . (hablando al cielo) Padre, perd nalos, porque no saben lo que hacen.

MARA (llena de veneraci n): Fue I quien dijo esas palabras cuando estaba clavado en la cruz.

L' ZARO: S , I dijo esas palabras por m , por s mismo, y por todos los desconocidos que comprenden y no son comprendidos. ¿No dijo I esas palabras cuando le suplicasteis, con lágrimas, mi vida? Fue vuestro deseo y no la voluntad suya lo que hizo que se quedara frente a la puerta sellada e instara a la eternidad a entregarme a vosotras: Fue aquel antiguo deseo por un hijo y por un hermano lo que me trajo de vuelta.

MADRE (aproximándose a I, lo abraza): L'Zaro, siempre fuiste un hijo obediente y cariñoso. ¿Quí te sucedi ? Quídate con nosotras y olvida todos tus problemas.

L' ZARO (levantando la mano): Madre m a, mis hermanos y mis hermanas son aquellos que escuchan mis palabras.

MARA: Esas tambiín fueron palabras de I.

L' ZARO: S , y I dijo esas palabras por m , por s , y por todos aquellos que tienen a la tierra por madre y al cielo por padre, as como por todos aquellos que nacieron libres de un pueblo, de un pa s y de una raza.

LOCO: Comandante de mi nav o, el viento te llenaba las velas y desafiabas al mar en busca de las Islas Bienaventuradas. ¿Quí viento contrario te cambi la ruta, y por quí volviste a estas costas? Fue Jes s el Nazareno quien gobierna el viento con un soplo de su propio aliento, e infl las velas vac as y vací las llenas.

L' ZARO (olvida de repente a todos, levanta la cabeza y abre los brazos): ¡Oh, mi amada! Estaba la alborada en tus ojos, y en ella estaba el misterio silente de una noche profunda y la silenciosa promesa de un da espléndido. Yo sent a la plenitud. Oh, amada m a, esta vida, este velo está ahora en nosotros. ¿Debo vivir esta muerte y morir de nuevo para que puedas volver a vivir? ¿Tendr que esperar hasta que todas esas cosas verdes amarillean, queden desnudas otra vez, y a n m? (Pausa) No lo puedo maldecir. ¿Pero por quí entre todos los hombres fui yo quien debí volver? ¿Por quí entre todos los pastores, tuve que ser llevado al desierto luego de haber conocido los prados verdes?

LOCO: Si fueses uno de aquellos que maldicen no habr as muerto tan pronto.

L' ZARO: ¿Jes s el Nazareno, dime ahora por quí hiciste eso conmigo? ¿Fue justo que yo fuese colocado como una humilde, baja y triste piedra que llevase a la altura Tu Gloria? Cualquiera de los muertos habr a servido vara Glorificarte. ¿Por quí separaste a este amante de su amada? ¿Por quí me llamaste a un mundo que sabas íntimamente que ibas a dejar? (clamando en voz alta) ¿Por quí..., por quí..., por quí me llamaste desde el coraz n vivo de la eternidad hacia esta muerte en vida? ¡Oh, Jes s el Nazareno, no puedo maldecirte! ¡No puedo maldecirte! ¡Yo te bendigo! (Silencio, L'Zaro

se transforma en un hombre que ha perdido las fuerzas a borbotones. La cabeza pende hacia adelante, casi sobre el pecho. Después de un momento de silencio lleno de reverencia, vuelve a levantar la cabeza, y con el rostro transfigurado grita con voz profunda y emocionada) ¡Jesús el Nazareno, mi amigo! ¡Ambos fuimos crucificados! ¡Perdname! ¡Perdname! Yo te bendigo... ahora y para siempre. (En ese momento, el discipulo aparece corriendo, del lado de las montañas)

MAR A: ¡Filippo!

FILIPPO: ¡Resucit ! ¡El Maestro resucit de entre los muertos y fue a Galilea!

LOCO: Resucit , pero serÆ crucificado de nuevo millones de veces.

MAR A: ¿QuØ dices, Felipe, amigo m o?

MARTA (corre hacia el discipulo y lo toma por los brazos): ¡QuØ placer verte de nuevo! ¿Pero quiØn resucit ? ¿De quiØn estÆ hablando?

MADRE (aproximÆndose a Ø): Entra, hijo. ComerÆ con nosotros esta noche.

FILIPPO (indiferente a todas las palabras de ellas): Digo que el Maestro resucit de entre los muertos y fue a Galilea. (Cae en profundo silencio).

L' ZARO : Ahora, todos me escucharÆn. Si l resucit de entre todos los muertos, serÆ crucificado de nuevo, pero no serÆ crucificado solo. Ahora yo lo proclamarØ y ellos me crucificarÆn tambiØn.

(En su exaltaci n se vuelve y camina en direcci n a las montañas).

Madre y hermanas, seguirØ a Aquel que me dio la vida hasta que l me de la muerte. S , yo tambiØn serØ crucificado, y esa crucifixi n pondrÆtØmino a esta crucifixi n. (Un silencio).

Ahora buscarØ su esp ritu y serØ liberado. Y aunque me prendan con cadenas de hierro serØ libre. Y aunque mil madres y hermanas me tomen del manto, no estarØ preso. IrØ con el viento este hasta donde estØ el viento oeste. Y buscarØ a mi amada en el puente donde todos nuestros d as se encontraban en paz. Y la buscarØ adentro de la noche donde duermen todas las madrugadas. Y serØ el nico hombre entre todos que sufridos veces la vida y dos veces la muerte, y conocidos veces la eternidad. (LÆaro mira a la madre, luego a las hermanas, finalmente a Felipe; y nuevamente a la madre. Enseguida, como si fuese un sonÆbulo se vuelve y corre hacia las montañas. Desaparece. Todos estÆn at nitos y abatidos).

MADRE: ¡Hijo, hijo m o, vuelve a m !

MAR A: ¿Ad nde vas, hermano m o? Vuelve, hermano, vuelve a nosotras.

MARTA (como para s misma): EstÆtan oscuro que yo sØ que Ø se va a perder en el camino.

MADRE (casi gritando): ¡LÆaro, hijo m o! (Silencio)

FILIPPO: l fue hacia donde todos nosotros iremos. Y no regresarÆ

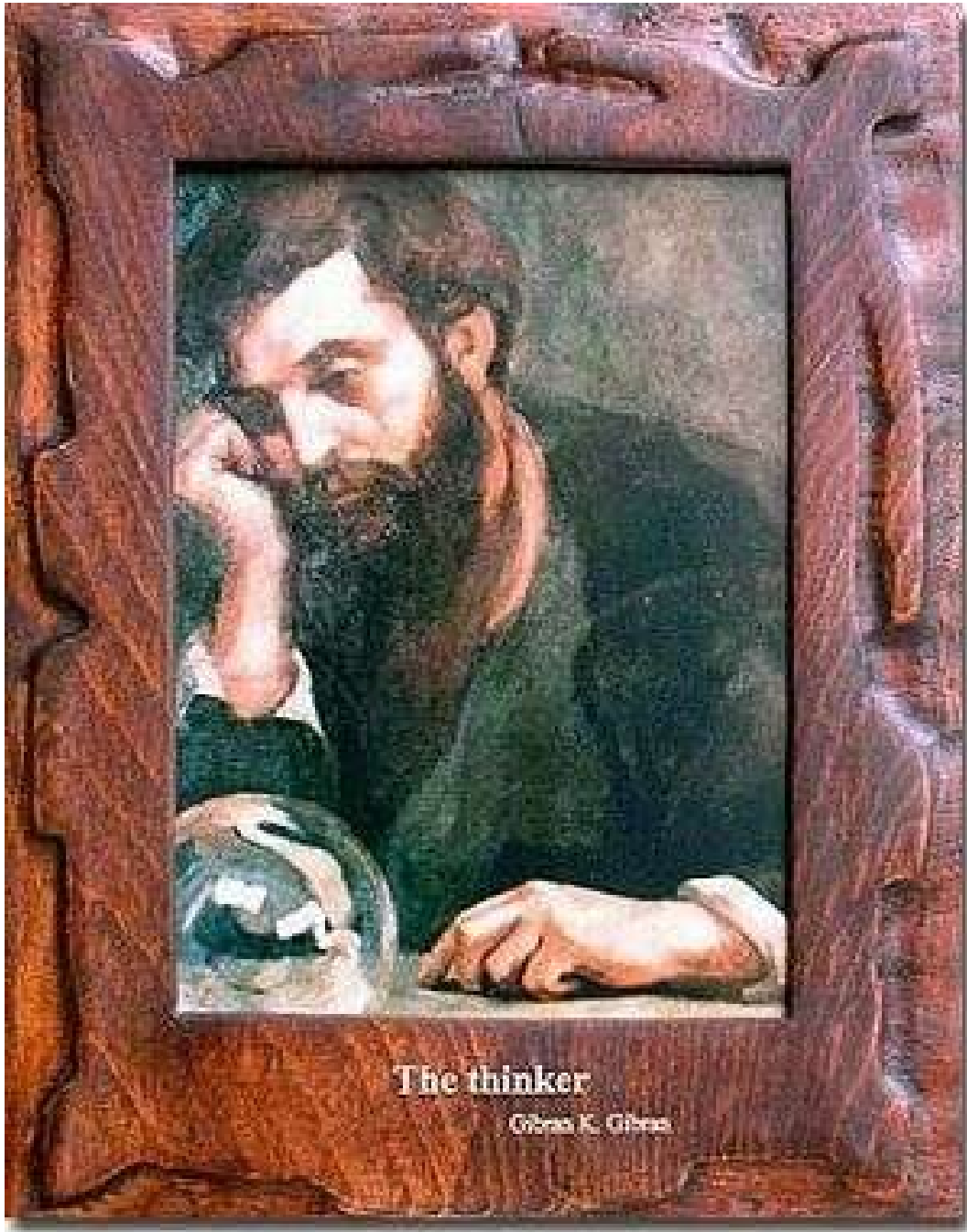
MADRE (va hasta el fondo del escenario, cerca del lugar donde LÆaro desapareciera).

¡LÆaro, LÆaro, hijo m o, vuelve a m ! (Solloza). (Hay un silencio. Los pasos de LÆaro, que corre, se pierden a lo lejos).

LOCO : Ahora el parti y estÆ fuera de vuestro alcance. Vuestra tristeza debe ahora buscar a otro. (Pausa) Pobre, pobre LÆaro, el primero y el mayor de los mÆtires.

TEL N

-O-O-O-O-



The thinker

Gibran K. Gibran

GIBR' N KHALIL GIBR' N

LOS DIOS DE LA TIERRA (1931)

Revisado por Carlos J.J.

Al llegar la oscuridad de la duodécima era
El silencio absorbi , pleamar de la noche
Las montañas todas.
En ese momento hicieron su aparición sobre las cimas,
Las tres deidades nacidas de la Tierra, Amos y padres de la Vida.

Las corrientes de agua pasaron a sus pies
Y oleadas de niebla
Sobre sus pechos se agolparon
En tanto sus cabezas permanecieron erguidas
Majestuosamente sobre el Mundo.

Y después dialogaron. Retorciéndose sus voces,
Con el retumbar distante del trueno
En el profundo valle.

EL PRIMER DIOS

Hacia el Este el viento encamina su Sopro.
Es mi deseo dirigir hacia el Sur mi rostro,
Pues el Viento trae a mi olfato
El aroma a cosas ya muertas.

EL SEGUNDO DIOS

Es el aroma a cuerpos quemados,
Puro y bueno.
Aspirarlo es mi deseo.

EL PRIMER DIOS

El aroma de la Muerte misma es,
Consumida en su lenta flama,
Que satura el aire.
Perturba y asquea a mis sentidos,
Cual me produce aversión las miasmas
del Abismo.
Es mi deseo, entonces, voltear mi rostro
en dirección al Norte
que no está impregnado de malos olores.

EL SEGUNDO DIOS

Es la fragancia encendida
De la vida insatisfecha.
Es el perfume que aspirar quiero,
Ahora y siempre.
Los dioses viven merced a los holocaustos
Y a los sacrificios.
Mediante sangre pretenden apagar su sed,
Y con espíritus jvenes apaciguar sus almas;
Dar fuerzas a su fortaleza con los eternos gemidos,
Que las almas que viven en el corazón de la muerte, exhalan.
Están sus tronos erigidos
Sobre las cenizas del tiempo.

EL PRIMER DIOS

Mi espíritu se ha hartado y hastiado
De lo que existe. No moveré un dedo
Para construir otra vez mundo alguno,
Ni para hacer desaparecer mundo alguno de la creación.
No existiría, si morir pudiera,
Pues los milenios hacen sentir su peso,
Sobre mis hombros y
El inagotable sonido de los mares
Agota la fortuna de mi sueño.
¡Ah! si pudiera desprenderme de mi razón original
De ser, me desvanecería, igual que el sol
Muere en su crepúsculo.
Desearía, si pudiera hacerlo,
Desnudar a mi divinidad,
De sus propósitos,
Y en el cosmos exhalar
El soplo de mi mortalidad
Y así terminar de vivir para siempre.
¡Ojalá me desvanezca y huya
De la memoria temporal.
A estar y existir en el cosmos del Tiempo.

EL TERCER DIOS

¡O dme, hermanos míos!
¡O dme hermanos antiguos!
En aquí valle un joven entona una canción,
Canta los arcanos de su espíritu
En el oído de la noche
De oro y ébano es su lira
De plata y oro su voz.

EL SEGUNDO DIOS

No soy tan poco inteligente como para ansiar
No vivir, no ser.
No puedo elegir otro que el m^{is} escarpado
De los senderos, para dejarme llevar
Por el camino de las estaciones,
Y fortalecer el poder de los a^{os};
La simiente sembrar y observar su germinaci^on
En el centro de la tierra;
Alimentar a las flores con el empuje
Con que luego podr^á resguardar su existencia,
Y despu^{és} desenterrarla, en el momento de empezar
La Tormenta a re^r en la selva,
Y a extraer a los seres humanos de la tiniebla
Enigm^ática; mas permite que conserven las ra^{ces} su
Apego a la Tierra;
Fomentar y sembrar, en ^{el} mismo, la sed de la existencia,
Y transformar a la muerte en el copero,
Brindarle el amor que tiene su origen en el dolor,
Amor que se sublima en la a^{mor}anza,
Que se multiplica en el Anhel^o,
Y que se esfuma en el abrazo primero,
Para ce^{ar} su noche
Con las divinas enso^ñaciones de los d^{as}
Y en ellos verter
Las revelaciones de las noches sagradas,
Y despu^{és} lograr que sus noches y d^{as}
No se metamorfoseen nunca;
Para lograr de su inventiva,
Un ^águila vigilante en las cumbres;
Y de sus razonamientos
Tormentas de oc^{eo}anos;
Y despu^{és} darle una mano lenta
Para los juicios y para los deberes morales,
Y un pie pesado en sus cavilaciones;
Para brindarle felicidad para cantar su melopea
Ante nosotros,
Y tristeza para obligarlo a acudir a nuestro socorro
Y despu^{és} humillarlo en su orgullo,
En el momento que la Tierra, de hambre,
Grite pidiendo pan;
Para subir su esp^{iritu} por sobre el cielo mismo,
Para hacerlo saborear nuestro ma^{ana}
Y permitir que su cuerpo se revuelque en el cieno
Y no pueda olvidar, de esa manera, su ayer.
En esa forma conviene a nuestra Majestad
Gobernar al ser humano

Hasta el fin de los Tiempos,
Regulando su hálito,
Que comienza con el grito de su madre,
Y culmina con el llanto
De sus hijos.

EL PRIMER DIOS

Mi corazón se consume por la sed;
Empero no es mi deseo beber la sangre dólil
De una estirpe bastarda;
Pues la copa está sucia
Y el vino que contiene, es amargo a mi gusto.
Como tú soy: modelo del barro
Y con él creó seres animados,
Que respiran y jadean;
Luego se escurrieron de entre mis dedos
En las montañas y en las selvas.
Al igual que tú, troqué en luz las tenebrosas
Profundidades, en el Comienzo de la Vida,
Vidas a las que después pude ver reptar
Desde las cavernas y ascender a las elevadas
Cimas de los montes.
Yo, al igual que tú, convoqué a la Primavera,
Para subyugar y fascinar a los jóvenes venes,
Y le adjudiqué el don de la Belleza,
Para incitarla a evolucionar y producir.
Yo, al igual que tú, dirigí al hombre
De un templo a otro templo,
Y transformé a sus mudos terrores
En algo indestructible, en Fe
Que tiembla a causa nuestra,
Sin que le fuera posible divisarnos ni comprendernos.
Yo, al igual que tú, puse por sobre mi cabeza la Tormenta
Huracanada para que se prosternara delante nuestro;
E hice al suelo sacudirse bajo sus pies
Para implorar y rogar nuestra ayuda.
Yo, al igual que tú, induje al desenfrenado mar,
Que anegó la cuna de su islote,
Hasta que murió gimiendo
E implorando
Todo esto es, y mucho más a ti, lo que hice;
Pero todo fue estéril e inútil.
¡Inútil es el despertar!
¡Inútil es el descansar!
Y tres veces es estéril e inútil el soñar

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Augustos hermanos!
En un claro del bosque de mirtos
Hay una doncella que danza
En honor a la luna.
En su cabello han anidado mil estrellas
Como mil gotas de rocío,
Y un millar de alas envuelven sus pies.

EL SEGUNDO DIOS

Hemos sembrado al ser humano,
Y con su esencia hicimos nuestra vida;
Hemos arado el suelo,
En la niebla rosada
De la más temprana aurora.

Hemos cuidado el retoño
De los tiernos sarmientos,
Y vigilado y alimentado
A las hojas más nuevas,
Atravesando los años,
Que no supieron de estaciones.
Hemos cuidado los brotes
De las inclemencias del Tiempo,
Y hemos velado por que las flores crecieran sanas,
Libres de los embates de los espíritus oscuros

Y en este momento en que nuestras vidas
Nos han dado la uva,
Vosotros no la acarrearéis hasta el lagar para colmar vuestras copas.
Vuestras manos son más diestras
Que otras
Para cosechar.
Elevados son los planes
Que esperan apagar vuestra sed
Con el vino.

El hombre es la comida dilecta de los dioses.
La Gloria del hombre empieza
Cuando las bocas divinas devoran
Sus hábitos errabundos.
Todo lo que sea humano
Es absolutamente sin valor,
Si humano sigue siendo.

La pureza de los niños
Y el dulce apasionamiento de la juventud;
El empuje de la virilidad de los hombres,

La madura Sabiduría de los viejos;
La majestad de los monarcas,
La gloria de los guerreros,
El reconocimiento de los poetas,
La bondad de los idealistas,
Y la honorabilidad de los Santos:
Todo esto y todo lo que transporta
En su pliegues,
Es el alimento de los dioses.

Y solamente ser, sin bendición,
Hasta que los dioses lo lleven a su boca.
Igual que la espiga muda que se convierte en un canto
De amor, en el pico de un ruiseñor,
De igual manera es el hombre, cuando está destinado
A ser alimento divino.

En ese momento su mayor goce es el ser saboreado
Por el dios.

EL PRIMER DIOS

Así es; es cierto que el hombre
Es el alimento de los dioses
Todo cuanto del hombre procede
Ser servido en los banquetes
De las deidades eternas.

De embarazo los dolores,
Del parto el sufrimiento
De los niños la gritería
Atraviesa el corazón de los cielos;
El llanto de la mujer que pelea
Por poseer el ideal que ansa,
Para poder verter de su seno
La vida marchita;
Los apasionados suspiros que nacen
Entrecortados de las gargantas de los j venes,

Las Lágrimas henchidas de sentimiento,
Cuyos tesoros todavía no han sido hallados;
Los rostros de los fuertes varones
Que destilan sudor que abrasa
El Árido suelo;
Las aflicciones y la angustia de la vejez
Senil y decrepita;
En el momento que la vida es invitación
Al sepulcro, en contra de la voluntad

De la vida misma.

¡Ved! ¡Este es el hombre!
Un ser engendrado por el hambre,
Para luego ser el alimento
De los voraces dioses;
Es una vid que se arrastra
Abajo de la tierra,
Bajo las plantas de la muerte
Que nunca muere.
Es como un capullo que crece y da flor
Tan sólo en las noches de los malignos fantasmas.
Es como una uva que sólo madura
En los días que brotan las lágrimas
Del horror, de la malignidad
Y de la ignorancia.

Y a pesar de eso, deseo que yo coma
Y beba.
Me exijo que me acomode
Entre los rostros amortajados,
Y que dé de beber a mi existencia
De la boca petrificada,
Y que acepte la inmortalidad
De manos yermas

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Oh, hermanos terribles!
Los jóvenes cantan en el fondo
Del Valle; pero sus cantares ascienden
A las altas cumbres.
Con esa voz hacen tiritar al bosque
Hendiendo el centro mismo de los cielos,
Disolviendo las ensombraciones de la tierra.

EL SEGUNDO DIOS

La abeja llena groseramente con el zumbar
Tus oídos.
En tu boca la miel tiene sabor a hiel.
Será mi deseo el consolarte; pero... ¿de qué manera lograrlo?
Cuando los dioses hablan con los dioses
Solamente el Abismo los oye;
Pues las profundidades que distancian a los dioses
Son inconmensurables y sin fronteras.

El cosmos está callado: no sopla brisa.

Con todo ello quisiera consolarte.
Desear a hacer de tu mundo cubierto de nubarrones
Otro despejado y limpio;
Y sin embargo ser los dos iguales en fortaleza
Y en entendimiento, quisiera darte un consejo franco.

En el momento que la Tierra nació del Caos;
Y nosotros, hijos del Comienzo, nos conocimos
El uno al otro, en la luminosidad alba y pura,
En ese momento modulamos la primera voz, vibrante,
Que le dio vida a las corrientes del agua y del aire.
Después caminamos, el uno junto al otro,
En el techo del planeta joven, inexperto.

Del rumor de nuestros pasos
Surgió el Tiempo -una cuarta divinidad-
Que siguió nuestro mismo sendero,
Oscureciendo con su sombra
Nuestros deseos y meditaciones,
Y no supo mirar sino por la luz de nuestros ojos.

Después llegó la Vida a la Tierra,
Y el espíritu se encarnó en la Vida.
El espíritu era una canción alada
En el Cosmos.
Y así gobernamos, reinando sobre la Vida
y el Espíritu.
Y nadie más que nosotros, nadie pudo entender
La longitud de los años,
Y las templanzas de las ensombraciones
Nebulosas de las eras;
Hasta que llegó el séptimo siglo,
Entonces en la bajamar de su mediodía
Hicimos venir al mar con el sol;
Y del tráfago de esta santa unión
Creamos al ser humano, que, pese a su endeblez
Y fragilidad, prosigue llevando el signo
De la estirpe de sus padres.

Y por medio del ser humano que transita por la tierra,
A medida que sus ojos van pegados a los astros,
Hemos hallado senderos que llevan a los continentes
Más distantes del orbe.

Y del ser humano -el que es una humilde caña
Crecida en aguas turbias-
Construimos una flauta, en cuyo vacío corazón
Siempre vertemos nuestra voz

Para ser trasladada a los cuatro puntos cardinales
Del Cosmos, callado y silencioso.

Y de las regiones del Norte
Que no tienen al sol,
A los montanos del Sur, por el sol calcinados;
Y desde la región de las flores de Loto
En donde nacen los días,
Puedes ver al hombre, de vacilantes sentimientos,
En nuestra razón y causa hacerse fuerte;

Se dirige mediante el látigo y el puñal,
Difundiendo nuestro capricho,
Propalando nuestra soberanía.
Los lechos de rosas que hollan sus amorosas plantas
Son arroyos que van a la mar
De nuestros ideales.

Acomodados en nuestra altura
Nos adormecemos en nuestras ensueños,
En las horas de sueño del hombre
Excitamos sus días para que deje
La llanura del horizonte inalcanzable,
Y de esa manera buscar su mejoramiento en los montes.

Las manos nuestras conducen y encaminan
Las tormentas que destrozan el Cosmos;
Dirigen al hombre de la tranquilidad estancada
y yerma
A la acción productiva
Y desde ese lugar al Triunfo.
En los ojos nuestros hay visiones llenas de luz que
transforman
El hábito del ser humano en Hoguera;
Y lo encaminan a una soledad elevada y a una
Rebelde Profecía.
Y desde ese lugar al Calvario.

El ser humano ha nacido para ser esclavo;
Su honor y su retribución son dominio de la esclavitud.
En el ser humano exigimos el signo de lo que
Existe en nuestra esencia;
Por intermedio de la vida suya nosotros ansiamos hallar
Nuestro yo perfeccionado.

Si el polvo de la tierra acalla
Y silencia el alma del ser humano,
¿Qué alma podrá hacer repetir

La reverberancia de la Voz nuestra?

Y si la luz de los ojos del ser humano se ha apagado,
Por la tiniebla nocturna,
¿Quién podrá mirar el resplandor de nuestra Gloria?

¿Cuál es el destino que debemos dar al ser humano
Si es el primogénito de nuestra alma
Y fue concebido a nuestra imagen y semejanza?

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Oh hermanos poderosos!
Los pies de la hermosa danzarina
Se emborracharon con el licor de los cantares,
Alarmando a las moléculas reverberantes deléter.
Ella es como una paloma,
Que cierne por sus alas,
Alzándose hacia lo alto.

EL PRIMER DIOS

La alondra que busca a otra alondra,
Pero el águila vuela sobre ella.
La alondra no para nunca para escuchar el cantar.

Tú pretendes proclamar el amor propio,
Y que sea continuado en la duración del ser humano,
De acuerdo con la esclavitud del ser humano.

Pero mi amor propio es ilimitado,
Es inconmensurable. Yo quiero alzarme por sobre lo precedido
De mí, sobre la Tierra, y tomar para mí un trono
En lo alto. De esa manera abarcaré el Cosmos
Con mis manos y rodearé los mundos

Quiero hacer de la Vela Láctea mi arco,
Y de las centellas mis saetas,
Y con lo infinito pretendo hacerme dueño de lo infinito.
Pero tú no deseas hacer esto,
Aunque fuera tu voluntad el hacerlo.

La relación que existe entre hombre y hombre
Es idéntica a la existente entre dioses y dioses
Y tú deseas atraer a mi espíritu agotado
La remembranza de las escenas,
Que se sucedieron en la noche
En el momento que mi corazón trataba de hallarse a sí mismo

Entre los montes,
Y mis ojos han buscado su imagen
En las aguas serenas.

Pero la Amada de mi pasado,
Murió al nacer,
Y únicamente el silencio es visitante de su vientre,
Y el polvo que el viento arrastra,
Amamanta su seno.

¡Oh pasado mío! ¡Oh mi ayer percedero!
¡Oh padre de mi divinidad esclavizada!
¿Qué Deidad Omnipotente te encarcel

En tu vuelo, y te obligó a nacer en una celda?
¿Qué Sol agigantado te contagió su calor,
En tu vientre para engendrarme?

No es tuya mi bendición, pero tampoco mi maldición,
Pues igual que has cargado mis hombros
Con la agobiante carga de la vida,
De esa forma yo he cargado los hombros del ser
humano.
Pero he sido más compasivo que tú,
Pues yo, inmortal, hice del ser humano,
Una sombra fugaz; en tanto que tú, el mortal,
Me has creado eterno.

¡Oh mi pasado! ¡Oh mi ayer percedero!
¿Retornaré con el futuro distante?
Deseo llevarte para que te juzguen.
¿Despertaré con la segunda Alborada
De la vida, para quitar de la tierra
Tu recuerdo atado a la Tierra?

Deseo a yo que tu resurrección tuviera lugar,
Junto a la de todos los antiguos cadáveres,
Para que de esa manera se ahogue la tierra,
Con sus frutas amargas,
Y se ensucien todos los océanos
Con la sangre de los que han sido sacrificados en ellos;
Y que la tristeza, con otra más grande,
Acaben con cuanto haya en la tierra
De inservible fertilidad.

EL TERCER DIOS

¡Oh, hermanos míos! ¡Oh hermanos sagrados!

Nuestra joven ha escuchado la seductora canción
En este momento trata de encontrar al cantante.
Ella se siente como la gacela,

En la felicidad de su asombro.
Danza sobre las piedras,
Y a la orilla de los arroyos,
Saltando en todas partes.

¡Qué hermosa es la alegría
Que hace compañía a los deseosidos!
¡Que hermoso es el Ojo
Que es abierto al Final nacido a medias!
¡Qué hermosa es la sonrisa que tiembla,
Cuando goza
De una prometida alegría!

¿Cuál capullo es ese que surgió del espacio?
¿Cuál es esa flama que ha ascendido
Del infierno, llevando a la esencia del silencio
A esta felicidad, y a este miedo de gemidos entrecortados?
¿Cuál es esa ensoñación que hemos tenido en lo alto?
¿Cuál meditación es aquella que hemos mandado
En alas del Viento
Y que despertó a la llanura somnolienta
Haciendo levantar los párpados de la noche?

EL SEGUNDO DIOS

Te fue regalado el santo Telar,
La gracia y el arte de tejer,
Los vestidos.
Tanto la habilidad como el telar,
Será tu legado
Por toda la Eternidad.

Junto a ellos te será dado
El oscuro hilo y la Luz,
Y tuya será asimismo la purpura y el oro,
Pero te tejes de ti mismo
Una vestidura.

Tus manos tejieron del aire viviente
Y del flamgero fuego, el espíritu humano mismo.
Pero ahora quieres cortar el hilo
Y alejar tus potóricos dedos
En la inservible inmortalidad.

EL PRIMER DIOS

S, s . RetirarØ mi mano
Hacia la eternidad, en donde las formas
No se han vaciado todav a.
En la campiaa, que hasta este instante
Ha permanecido virgen de huella alguna
AsentarØ mis plantas.
¿QuØ felicidad puedo hallar en escuchar
Las canciones ya escuchadas por otros,
Y que el recordar del o do,
Colecciona sus cantares,
Antes que la brisa las dØ
Al oleaje del viento?

Mi esp ritu ans a lo que no puede
Imaginar ni inventar.
No enviarØ mi alma
Mas que a la tierra inc gnita,
En donde no morarÆel recuerdo.
No me tientes, te lo ruego,
Con la gloria. No busques para m
Un consuelo en tus ensoaaciones o en las m as;
Pues todo lo que en m existe
Y en la tierra, y todo lo que exist a
En el Cosmos, no podrÆtentar a mi esp ritu.

¡Oh, esp ritu m o! Tu faz estÆsilenciosa
Y los nocturnos fantasmas
Duermen detrÆ de tus pÆpados;
Pero tu callar es horrible.
Asimismo t lo eres.

EL TERCER DIOS

¡Oh, hermanos m os! ¡Oh, hermanos augustos y solemnes!
La doncella hall al cantante;
Y en este momento goza, observando la cara de su amado.
Ella camina como una tigresa,
Su majestuoso andar la lleva
Entre viaados y acantilados.
El la observa a travØs de la canci n de su amor.

¡Oh, hermanos m os! ¡Oh hermanos atolondrados!
¿Se encontrarÆen ese lugar otra sufriente divinidad,
Y que con su dolor ha tejido
Ese vestido p rpura y blanco?

¿Cuánta estrella tan fugaz, es ésta
Que huye enloquecidamente?
¿Quién puede separar el alba del crepúsculo
Aún secretamente?
¿Quién puede posar su mano
Sobre nuestro mundo?

EL PRIMER DIOS

¡Espiritu mío! ¡Espiritu mío!
¡Oh, esfera flameante que me envuelve
Con su ardor!
¿De qué manera podré encaminar sus pasos
Y hacia qué Cosmos dirigir tus ansias?

¡Espiritu mío, que no hallas compañera!
En tu hambre, te cazas a ti mismo
Con lágrimas tuyas pretendes aplacar tu sed;
Pues la noche no guarda su rocío
En las copas tuyas,
Y el día no te ofrece sus frutas.

¡Espiritu mío! ¡Espiritu mío!
Tú que quieres llevar tu nave a puerto,
Henchida de ansias,
¿De dónde proceden los Vientos para hinchar
Tu velamen?
¿Qué abundante marea llegará a liberar
Tu proa?

Tu ancla lista se encuentra
Y prontas están tus alas
Para levantar vuelo;
Pero el cielo que está sobre ti
Está callado, y el calmo océano,
Se mofa de ti.
Entonces... ¿qué esperanza podemos guardar
Los dos: tú y yo?

¿Qué fluctuaciones en los mundos,
Que cambios en los deseos,
Y designios y propósitos
De lo alto te habrá de exigir?
¿Traerá el vientre de la virgen infinita
La simiente de tu Redentor
Ese que es más fuerte aún que tus propios sueños
Y cuya mano será tu salvación
Del cautiverio y la esclavitud?

EL SEGUNDO DIOS

¡Acalla tus inoportunos aullidos
Y los susurros de tu apasionado corazón!
Pues el oído de lo infinito está sordo,
Y sin prestar atención la mirada del cielo.

Somos todo lo que hay atrás
Y sobre este mundo.
Entre nosotros y la infinita Eternidad
No existe nada.
Solo existen las pasiones nuestras,
Que todavía no han terminado de formarse;
Y nuestros designios que no se han
Completado todavía.

Tú llamas a lo desconocido;
Pero lo desconocido envuelto en la niebla movediza.
Mora en lo más profundo de tu espíritu.
Sí, en lo hondo de tu alma,
Reposa por siempre tu Salvador,
Y en su dormir, observa lo que no sabes observar
Tus ojos abiertos.

Este es el misterio de nuestra vida.
¿Dejarás de recoger tu cosecha,
Para arrojar apuradamente las simientes
En los surcos de tu soñar?
¿Por qué disipas tus nubes
En los fértiles campos,
Cuando el rebaño necesita de tu presencia?

Ve lentamente y observa este mundo:
Fíjate en los hijos del amor tuyo aún no destetados.
Tu hogar es la tierra y a la vez tu trono
Y encima de las más elevadas esperanzas
Del hombre, tu mano apresa su destino.
No es tu deseo el soltarlo;

El que pelea por llegar a tu lado
Con su dolor y con su felicidad,
En tanto que tú no desviabas la mirada
De la necesidad que ves en sus ojos.

EL PRIMER DIOS

¿Abrazarás el Alba a su pecho
El corazón de la noche?

¿Se sentiré preocupado el Océano por los
Cuerpos de los que han muerto en él?
Mi espíritu, como el Alba, se despierta
En mis honduras, serena y desnuda.
Y, al igual que el mar, que no reposa
De esa forma mi espíritu aleja de sí
Toda la hez del hombre
Y de la tierra.
No me encariaré a todo lo que se encariará
A mí;
Pero yo quiero elevarme hasta llegar
A esa sublime Elevación, de cualquier
Manera que pueda.

EL TERCER DIOS

¡Oh Hermanos míos, ved!
Dos almas parten rumbo a las estrellas.
Se encontraron en el Cosmos para examinarse.
Se observan, calladamente, el uno al otro.

El cantante interrumpió su melopea
Pero su garganta calcinada por el sol,
Se emociona todavía por la canción.
Su compañera, la danzarina,
Detuvo el ritmo en su cuerpo,
Mas no ha sido presa del sueño.

¡Oh hermanos míos!
¡Oh hermanos extraños!
La noche se vuelve más y más oscura,
Y la luna más brillante.
Entre el océano y la selva,
Nos invoca el amor en voz alta,
A reunirnos en su alma.

EL SEGUNDO DIOS

¡Qué útil es el Vivir!
¡Qué inútil es el despertar
Y el broncearse al rostro del sol!
¡Qué trivial es existir y ser el guardián
De las noches de los que están vivos,
De la misma manera que es el vigilante el Ojo de Orión!

¡Qué vano es enfrentarse
Con los vientos de los cuatro puntos del mundo,
Con la altiva frente ceñida de laureles!

¡Quó banal es curar la maldad De los hombres
Con hñitos, cuyo océano no tiene mareas!

El tejedor de oficio
Ante su telar estÆs sentado,
Tejiendo sin cesar;
El alfarero hace girar su torno
Sin ganas ni preocupaci n,
Pero nosotros, que nunca dormimos
Y que ning n saber se nos escapa,
Nos hemos librado de la tenebrosidad
De la inseguridad y la duda.
Nosotros nunca dudamos,
Ni ahondamos en el observar
Y en el meditar,
Pues nos hemos alzado
Por encima de los cuestionamientos inquietos.

Vivamos alegres y en paz;
Saquemos de su jaula y libertemos a las aves
De nuestras reflexiones.
Vayamos hacia la mar,
Sin que nos rodeen
Peascos y acantilados:

Y al llegar a las aguas
Y al confundirnos con el oleaje,
En el fondo del mar,
Cesaremos de meditar y de discutir,
En el destino del futuro,
Eternamente.

EL PRIMER DIOS

¡Ah! ¡De que manera nos causan un dolor inacabable,
Esas profec as que parecen no tener fin!
¡De quó forma aburre esa vigilia
Que encamina el d a,
Hasta el atardecer,
Y la noche, encaminÆndose hacia el Alba!

¡Ah! de esta corriente que nos lleva
A la perenne memoria y al permanente olvido
¡Ah! de esta continua siembra
De las simientes del Destino,
Y de las que ñnicamente cosechamos
Esperanza.

¡Ah! de esta inmutable elevación del yo,
Desde la polvareda de la tierra
Hasta la niebla, para que, al ansiar
La tierra, vuelva a aposentarse en la tierra,
Y al crecer nuevamente su ansia,
Se eleve buscando la niebla.

¡Ah! de esa medida que jamás varía,
Fuera de la fluctuación de su propio tiempo.
¿Ansiaré mi espíritu ser un océano
Cuyas mareas y marejadas se entrecruzan
Inacabables, o el Cosmos en el cual
Las brisas se transformen en tormentas?

Si yo fuese un hombre;
Si yo fuese un ciego aroma,
Hubiese logrado soportar todo esto;
O si fuese yo el Dios Altísimo,
Que llena el vacío del hombre
Y de los dioses
Me hubiera bastado con ser yo mismo.

Mas tú y yo no somos hombres
Ni tampoco somos el Altísimo Supremo que está
Por encima de nosotros.
Somos atardeceres que nunca cesan
De nacer y morir
De aparecer y desaparecer
De un horizonte a otro.

Somos dioses aferrados a los humanos,
Y éstos a nosotros.
Es nuestro destino a soplar en los cuernos;
Pero el alma que sopla, y la melodía
Arrancada de nuestros instrumentos,
No son nuestros;
Proviene del cielo.

Por ese motivo es que deseo la rebelión,
Quiero sacar todo lo que en mí existe,
Hasta quedarme vacío.

Es mi deseo esconderme del recuerdo
De este silencioso joven,
Que nuestro hermano menor es,
Y que sentado está cerca nuestro,
Mirando hacia aquel valle.
A pesar de desplegar sus labios,

No pronuncia una sola palabra.

EL TERCER DIOS

Yo hablo, hermanos negligentes,
Y únicamente la verdad pronuncio;
Mas vosotros únicamente escucháis vuestras palabras.
Os ruego que veáis a vuestra gloria
Y a la ma en vez de plegar los p/Epados,
Y voltear los rostros del m o,
Apartando vuestro trono.

¡Oh, señores gobernantes
Que asíáis posar los pies
Sobre el mundo superior,
Y el mundo inferior!

¡Oh dioses ego stas, cuyo pasado
Estáis constantemente envidiando vuestro futuro!
¡Oh dioses hastiados por vuestra carga agobiante;
Que sacíais la agresividad de vuestra furia
Con vocablos;
Que castigáis vuestros ojos con centellas!

Vuestra discusión no es otra cosa
Que la voz de un antiguo la d,
Que los dedos del Todopoderoso
No saben tocar ya sino a medias.
Ese Todopoderoso que utiliza
A las PlOyades por c mbalos,
Y a Ori n por c tara

Que hasta en este momento,
En que gritáis y tartamudeáis,
Toca y taæ su c mbalo y su c tara.
Os pido que oigáis sus cantares.
Ved: un hombre y una mujer:
Una llamarada sobre otra llamarada,
Y que se consumen en el Oxtasis amoroso
Y apasionado.

Races que se amamantan del seno purp reo
De la tierra;
Capullos llameantes sobre el pecho altísimo del cielo.
Nosotros somos ese seno purp reo
Y el cielo inmortal.
Nuestro espíritu es el espíritu de la vida,
Es, vuestro espíritu y el m o;

Pero es que, por esta vez, pasa la noche
En una ardiente garganta,
Sobre el cuerpo de una doncella virginal,
Con un manto de agitado oleaje.

Vuestro poder no cambiarÆ
Las cosas que nos han sido encomendadas.
Vuestros pesares y dolores
Son la encarnaci n de la avidez;
Pues todo serÆ borrado alg n d a de la faz de la tierra
Dentro del apasionamiento del hombre
Y el sentimiento amoroso de la Virgen

EL SEGUNDO DIOS

¿Por quØ ese enamoramiento entre el hombre
Y la mujer?
Ve de quØ manera danza el viento del Norte,
Con sus ligeros pasos,
Y de quØ forma el viento del Poniente sopla,
Entonando una canci n.

Observa a nuestra santa causa
Sentada, ya, en su trono,
Con la languidez y entrega de un alma,
Que modula su canci n a un cuerpo que danza.

EL PRIMER DIOS

No mirarØ yo el orgullo presuntuoso
De la tierra,
Ni tendrØ siquiera a sus hijos en cuenta,
En su sufrimiento, que ellos llaman amor.
¿Y quØ otra cosa es el amor sino un escondido tambor,
Que dirige una enorme procesi n de dulce inseguridad,
A una forma diferente de un lento sufrir?

No quiero yo observar esa fantasa.
¿QuØ cosas se ven all , sino a una mujer
Y un hombre, en la selva que ha brotado
Para cazarlos con sus artimaas,
A inculcarles la negaci n del yo,
Y el engendramiento de sus hijos
Para nuestro futuro,
A n no engendrado?

EL TERCER DIOS

¡Ah! del sufrimiento que engendra la sabiduría;
Del espeso velo mediante el cual
Nuestros cuestionamientos e investigaciones,
Cubrieron el rostro de la Tierra;
Del llamado a la guerra que, en cada minuto,
Formulamos a la paciencia de los hombres.

Nosotros dejamos bajo cada roca
Una figura de cera;
Después decimos que es una forma de barro
¡Que en barro acabe!

Con nuestras manos tomamos la blanca llama
Y luego decimos a nuestros espíritus:
Es el aroma de nuestro yo, que retorna
Al lado nuestro;
Y un soplo de nuestros soplos que huye de nosotros
Y que luego tratamos de hallar en nuestras manos
Y en nuestra boca más aromas.

¡Hermanos míos! ¡Dioses de la tierra!
Aunque estuviéramos en lo más elevado
Del acantilado,
Continuaremos yendo
En dirección a la tierra, por intermedio de los hombres,
Que anhelan las doradas horas
Que se encuentran en el destino de su hermano
El ser humano.

¿Será despojada por nuestra sabiduría la hermosura
De su mirada?
¿Disminuirán nuestros límites su pasión al acallamiento?
¿Las alzarán hasta nuestro propio apasionamiento?
¿Que podrán hacer los ejércitos de vuestras reflexiones
Frente a los poderosos ejércitos del Sentimiento?

Pero aquellos que fueron
Por el amor vencidos,
Y sobre sus cuerpos muertos desfilaron sus carros y naves,
Desde las naves hasta el acantilado,
Y desde el acantilado hasta los mares
Se detienen ahora, y en cualquier momento,
Abrazándose entre sí, con respeto y con sonrojo.

Al reunir los pétalos de los capullos
De su amor,
Huelen el santo aroma de la vida,
En la unión de sus espíritus,

Encuentran a la vida misma,
Retratándose sobre sus ojos
Un rezo que hasta nosotros se eleva.

El sentimiento es una tiniebla que se inclina
Con respeto dentro de una santa
Tienda.

Es un cielo que se transforme en selva.
Es todas las estrellas transformadas
En luciérnagas.

Lo cierto es que somos todo lo que se encuentra atravesado
Y sobre este planeta;
Pero el sentimiento se encuentra muy lejos
De poder ser alcanzado por nuestros
Cuestionamientos;
Y demasiado sublime como para llegar hasta él,
Con nuestro cantar.

EL SEGUNDO DIOS

¿Es acaso tu búsqueda un mundo lejano
Y procuras dejar de pensar en las estrellas
En las que has sembrado tu vigor y tu fuerza?
En el cosmos no existe sitio donde no contraigan nupcias
El espíritu con el espíritu
Y en donde la Belleza fuera sacerdote y testigo.

Observa y verás cómo la Belleza está difundida
Ante nuestras plantas;
Mira bien cómo desborda la Belleza
Nuestras manos
Para esconder nuestra boca con humillación.

Lo más distante y lo más cercano,
Y en cualquier parte donde la Belleza se encuentre,
En ese lugar se encontrará todo lo demás.

¡Oh, soñador y sublime hermano mío!
Regresa a nosotros
Y abandona esa etapa de oscura melancolía.

Aleja tus huellas del "no-lugar"
Y del "no-tiempo",
Y ven a vivir entre nosotros,
En esta confiada paz,
Que tus manos a la par de las nuestras
Han construido piedra sobre piedra.

Libérate de los velos
De las palpitaciones de tu corazón.
Conviértete en nuestro compañero
En el Gobierno de este país cálido y joven
Por su verdor majestuoso.

EL PRIMER DIOS

¡Altar eterno!
¿Es cierto que necesitas un dios
Para sacrificar esta noche,
En holocausto tuyo?
Pues aquí estoy: a ofrendarte voy
Mi Amor y mi Sufrimiento.
Allí estaré en pie la danzarina
Que fue esculpida en nuestra madre antigua
Ansia.

El cantante modularé mis melopeas
En el oleaje marino.
En esa danza y en ese cantar
Falleceré un dios omnipotente
Muy dentro de mí.
El dios de mi alma
Que mora tras mi pecho
Busca al dios de mi alma
Que tiene su morada en el Viento.

Y el humano abismo
Que tantas otras veces ha invadido mi paz
Requiere a gritos, al dios
La Belleza que hemos ansiado,
Desde el comienzo,
Asimismo lo llama.
Y en el momento que lo escuchaba, también me da ese llamamiento.
Y en este momento rindo mis armas.

La belleza es un Camino que lleva
Al yo sacrificado por su propia mano,
Y ahora tañe sus cuerdas;
Listo me encuentro a transitar
Ese camino,
Que se aleja hasta una nueva
Aurora.

EL TERCER DIOS

¡Ha vencido el Amor!

Ya fuere, el Amor, blanca pureza,
O verdor esmeralda, a la vera de un claro lago:
Ya fuere la majestad o la estilizada elegancia,
En las altas torres;
O si se hallara en un para so frecuentado
Por la gente,

O en un desierto virgen de huella humana,
El amor es nuestra Divinidad,
Y nuestro Maestro
En todos los instantes.

El amor es como una voluptuosa degustaci n
Y transitorio deleite del cuerpo;
No es las migajas del deseo, ca das
Por la lucha entre el deseo y el yo.
No, y tampoco es el cuerpo en armas
Contra el Alma;
Pues el amor no entiende de rebeld a;
Pero sin embargo deja el sendero de los destinos antiguos,
Para caminar en direcci n del bosque santo,
Y all cantar y danzar
Las melopeas de sus Arcanos
En el o do del Infinito.

El Amor es como una Juventud
Que ha cortado sus cadenas,
En gallarda virilidad,
Que se ha liberado del cansancio
Y dolor de la tierra;
Una femineidad apasionada,
Abrasada por la santa llama,
Iluminada por la luz de un. Cielo
Que es mÆ claro
Que el nuestro.

El Amor es como una risa lejana y distante
En las honduras de nuestra alma;
El Amor es como una irresistible compulsi n
Que te conduce hasta el propio despertar.
El Amor es como una nueva Aurora sobre la Tierra:
Es un D a que no llegan a distinguir
Ni mis o os ni tus ojos;
Pero ha legado a los mÆ santos
Templos de ese D a,
Por intermedio de su enorme alma.

¡Hermanos, hermanos m os!

La doncella llega desde el esp ritu
De la Aurora, para encontrarse
Con su amado, que desde el Poniente llega.
HabrÆboda en todo el valle
Y un d a mÆ grandioso
Que toda su historia.

EL SEGUNDO DIOS

Fue as desde la primera maana,
He dejado en libertad a la tierra llana
Para que fuera a las montaaas y valles
Y de esa manera serÆhasta la marea de la tarde postrera,
El postrer crep sculo.

Nuestras ra ces hicieron reverdecer
Las ramas que en el valle danzan;
Somos los capullos y los perfumes del cantar
Que desborda lo alto.

Lo perenne y lo perecedero
Son dos r os paralelos que buscan
Continuamente la mar.

En medio de una b squeda y otra b squeda
No existe el vac o, sino en el o do.
La Temporalidad educa nuestros o dos
Para mayor seguridad,
Aadiendo a n mÆ a sus ansias.

La voz no se calla en la garganta muerta
Que no duda;
Pero nosotros nos hemos alzado
Por encima de la duda.

El hombre es el hijo mÆ pequeo
De nuestra alma.
El ser humano es una deidad
Que se eleva gravemente
A su propia divinidad.
Entre su sufrimiento y su felicidad
Reposamos, soando
Nuestras ensoaciones.

EL PRIMER DIOS

Permite que el cantante module,
Y que la bailarina dance,

Permíteme estar un momento en paz.
Mi espíritu quiere reposar esta noche;
Puede ser que el sueño sea más fuerte que yo.
En mis ensueños construyo un mundo
Mucho más luminoso que éste:
Seres más hermosos que los
Nuestros llegan veladamente
A ocupar mis reflexiones.

EL TERCER DIOS

En este momento me elevo, y me libero
De las fronteras del tiempo y el espacio.
Danzaré en aquella huerta que no ha sido hollada
Por pie de hombre alguno.

Con los mos, se moverán los pies de la danzarina.
Haré mística en el centro de ese elevado mundo.
Quizá alguna humana voz se acoplará a mi voz.
Rebasaremos al horizonte distante,
Quizá nos despertaremos en la aurora
De un mundo lejano.

Mas el Amor perdura, y nunca se olvidará
Las marcas de sus dedos.
El santo fuego arde,
Y cada chispa que vuela
Es un sol apagado.

Más nos conviniera,
Más aconsejable sería
Para nuestro gobierno
Encontrar un minúsculo escondrijo
En donde poder dormir nuestra
Terrible divinidad,
Postergando los inconvenientes del Reinado nuestro
Para el día siguiente,
En aras de ese Amor de la endeble humanidad.

-O-O-O-O-O-



L O S S E C R E T O S D E L C O R A Z O N (1 9 3 1)

Revisado por Carlos J.J.

La majestuosa mansión se encontraba bajo las alas de la noche silente, como la Vida bajo la envoltura de la Muerte. En su interior, una doncella sentada ante un escritorio de marfil, reclinada su bella cabeza sobre suave mano, como una lila marchita sobre sus pétalos. Miraba, alrededor de sí y se sentía una miserable prisionera que lucha por atravesar los muros del calabozo para contemplar a la Vida, marchando en el cortejo de la Libertad.

Las horas pasaban como los espectros de la noche, como una procesión entonando el fúnebre canto de su pena, y la doncella se sentía segura derramando sus Lágrimas en angustiosa soledad. Cuando no pudo resistir más su sufrimiento y se sintió en plena posesión de los secretos de su corazón, tomó la pluma y, mezclando Lágrimas y tinta sobre el pergamino, escribió :

Amada hermana:

Cuando en el corazón se apiñan los secretos, y arden los ojos por las quemantes Lágrimas, y las costillas parecen estallar con el creciente confinamiento del corazón, no se puede hallar otra expresión de ese laberinto salvo una oleada de liberación como ésta.

Las personas melancólicas gozan lamentándose, y los amantes hallan alivio y condolencia en sus sueños, y los oprimidos se deleitan cuando causan conmiseración. Te escribo porque me siento como un poeta que imagina la belleza de las cosas y compone en versos sus impresiones, presa de un poder divino... Soy como el niño del hambriento que llora por su alimento, haciendo caso omiso de la condición de su pobre y piadosa madre y de su fracaso en la vida.

Escucha mi dolorosa historia, querida hermana, y llora conmigo, pues sollozar es como una plegaria y las Lágrimas de piedad son caridad porque surgen de un alma buena y sensible y no se derraman en vano. Fue la voluntad de mi padre que me casara con un hombre noble y rico. Mi padre era como la mayoría de los hombres ricos que, por temor a la pobreza, sólo gozan de la vida cuando pueden acrecentar su riqueza y agregar más oro a sus cofres, para ganar con su esplendor el favor de la nobleza, anticipándose a los ataques de los días aciagos... Y ahora descubro que soy, con todo mi amor y mis sueños, una víctima sobre un altar de oro que odio, y dueña de un honor heredado que desprecio.

Respeto a mi esposo porque es amable y generoso con todos; trata de hacerme feliz y gasta su oro para complacer mi corazón, pero he descubierto que todas estas cosas no valen lo que un momento de verdadero y divino amor. No te burles de mí, hermana, pues ahora soy una persona muy instruida acerca de los anhelos del corazón de una mujer -ese palpitante corazón como un faro en el vasto cielo del amor-, como una copa vuelta a colmar con el vino de los tiempos, añejado para las almas sedientas... como un libro en cuyas páginas se leen capítulos de felicidad y desventura, regocijo y dolor, alegría y pesar. Nadie puede leer este libro, excepto el verdadero compañero

que es la otra mitad de la mujer, y que ha sido creado para ella desde el principio del mundo.

Sí, me he convertido en la más sabia de las mujeres en lo que atañe al objeto del alma y el sentido del corazón, porque he descubierto que mis magníficos corceles y carruajes y relucientes cofres de oro y sublime nobleza no valen lo que una mirada de ese pobre joven que espera pacientemente, sufriendo los tormentos de la aflicción y la desventura... Ese joven oprimido por la cruel voluntad de mi padre, prisionero en la estrecha y melancólica celda de la Vida...

Por favor, querida mamá, no urdas nada para consolarme, pues la calamidad por medio de la cual he descubierto el poder de mi amor es mi gran consuelo. Ahora miro hacia adelante a través de mis lágrimas, y espero la llegada de la Muerte, que me llevará donde pueda encontrarme con la otra mitad de mi alma, para abrazarlo como lo hacía antes de llegar a este extraño mundo.

No pienses mal de mí, porque cumplo con mi deber de esposa fiel y acato con paciencia y tranquilidad las leyes y reglas del hombre. Lo honro con mi mente, lo respeto con mi corazón y lo venero con mi alma. Pero Dios hizo que diera parte de mí a mi amado antes de conocer a mi esposo.

El cielo ha querido que pasara mi vida junto a un hombre que no me estaba destinado, y mis días se consumen en silencio de acuerdo con la voluntad divina, pero si no se abren las puertas de la Eternidad, continuaré con la bella mitad de mi alma y volveré la vista hacia el Pasado, y ese Pasado es este Presente... Mirar a la vida como la Primavera mira al Invierno, contemplar a los obstáculos de la Vida como aquello que ha llegado a la cima de la montaña después de trepar por la senda más escarpada.

En ese momento, la doncella dejó de escribir y, ocultando el rostro en el hueco de sus manos, sollozaba amargamente. Su corazón se negaba a confiar a la pluma sus más sagrados secretos, pero aceptaba derramar estériles lágrimas que se dispersaban rápidamente, confundiendo con el viento, refugio de las almas de los amantes y del espíritu de las flores. Después de un momento retomó la pluma y añadió:

¿Recuerdas a ese joven? ¿Recuerdas los destellos que emanaban de sus ojos, y los signos de pesar en su rostro? ¿Recuerdas su risa, que hablaba de las lágrimas de una madre separada de su único hijo? ¿Puedes reconstruir su voz serena, como el eco de un distante valle? ¿Lo recuerdas cuando meditaba, escrutando nostálgica y plácidamente los objetos y hablando de ellos con extrañas palabras, para luego agachar la cabeza suspirando como si temiera revelar los grandiosos secretos de su corazón? ¿Recuerdas sus sueños y creencias? ¿Recuerdas todo esto de un joven a quien la humanidad contaba entre sus hijos, y a quien mi padre miraba con ojos de superioridad porque estaba por encima de la voracidad terrenal y era más noble que la grandeza heredada? Debes saber, querida hermana, que soy una mujer de este mundo insignificante, y una víctima de la ignorancia. ¿Te condolerás de una hermana que se sienta en el silencio de la horrible noche para verter todo lo que su yo interior encierra, y revelarte los secretos de su corazón? Estoy segura que te condolerás de mí, porque sé que el Amor ha visitado tu corazón.

Llegó el alba, y la doncella se rindió al Sueño, esperando hallar sueños más dulces y placenteros que los que había hallado en la vigilia...

COMPATRIOTAS

¿QuØ buscáis, Compatriotas?
¿Deseáis acaso que construya para
Vuestros gloriosos palacios, decorados
Con palabras vacas de sentido, o
Para vuestros templos techados con sueños?
¿O me ordenáis que destruya aquello
Que los mentirosos y tiranos han construido?
¿Debo desarraigar con mis manos
Aquello que los hipócritas y los malvados
Han implantado? ¡Decid cuál es vuestro insensato
Deseo!

¿QuØ querrais que hiciera,
Compatriotas? Debo ronronear como
Un gatito para satisfaceros, o debo rugir
Como un león para complacerme? He
Cantado para vosotros, pero vosotros no habéis
Danzado; ante vosotros he llorado, pero
No habéis sollozado. ¿Debo acaso cantar
Y llorar al mismo tiempo?

Vuestras almas sufren los tormentos
Del hambre, y sin embargo el fruto del
Conocimiento es más feraz que
Las piedras de los valles.
Vuestros corazones se marchitan de
Sed, y sin embargo las fuentes de la
Vida manan junto a vuestros
Hogares. ¿Por quØ no bebéis?

Tiene el mar sus flujos y reflujos,
La Luna, crecientes y menguantes
Fases, y las pocas sus
Inviernos y veranos, y todas las
Cosas varían como la sombra
De un Dios futuro oscilando entre
La tierra y el sol, pero la Verdad no
Puede cambiarse, ni tampoco disiparse;
¿Por quØ entonces, intentáis
Desfigurar su semblante?

Os he llamado en el silencio
De la noche para mostraros la
Gloria de la luna y la dignidad
De las estrellas, pero habéis salido,
Sobresaltados, de vuestro letargo y cogiendo
Con temor vuestras espadas, habéis gritado:
"¿Dónde está el enemigo? ¡A Ø debemos matar

Primerol" Al alba, cuando
El enemigo lleg , os volv a llamar,
Pero no salisteis esta vez
De vuestro letargo, porque estabais
Encerrados en el miedo, luchando contra
Las procesiones de espectros de
Vuestros sueos.

Y os dije: "Trepemos a
La cima de la montaa y veamos la
Belleza del mundo." Y me
Respondisteis diciendo: "En las profundidades
De ese valle vivieron nuestros padres,
Y a su sombra vivieron, y en
Sus grutas fueron sepultados. ¿C mo podr amos
Abandonar este lugar por otro
Que ellos no honraron?

Y os dije: "Vayamos a la
Llanura cuya magnificencia llega hasta
El mar." Y t midamente me hablasteis,
Diciendo: "El rugido del abismo
Atemorizar a nuestros esp ritus, y el
Terror a las profundidades consumir a
Nuestros cuerpos."

Os he amado, Compatriotas, pero
Mi amor por vosotros es doloroso para m
E in til para vosotros; y hoy os
Odio, y el odio es un diluvio
Que arrasa con las hojas secas
Y las temblequeantes casas.

He tenido l'Estima de vuestra debilidad,
Compatriotas, pero mi l'Estima s lo ha servido
Para aumentar vuestras flaquezas, exaltando
Y nutriendo la pereza, que
Es in til a la Vida. Y veo hoy
Vuestra enfermedad, a la que mi alma aborrece
Y teme.

He llorado por vuestra humillaci n
Y sumisi n; y aunque manaron mis l'grimas
Cristalinas, no pudieron encrespar
Las turbias aguas de vuestra debilidad;
Quitaron, sin embargo, el velo de mis ojos.
Mis l'grimas nunca han llegado a
Vuestros petrificados corazones, pero

Han disipado la oscuridad dentro de m .
Me burlo hoy de vuestro sufrimiento
Pues la risa es como el airado trueno que
Precede a la tempestad, y que nunca ruge
Cuando la tempestad ha pasado.

¿QuØ deseáis, Compatriotas?
¿QuerØs que os muestre
El espectro de vuestro semblante sobre
El rostro de las quietas aguas? ¡Venid,
Ahora y ved cuán horrible sois!
¡Mirad y medita! El miedo
Ha tornado vuestros cabellos grises como las
Cenizas, y la disipación ha marcado
Vuestros ojos convirtiéndolos en
Negros agujeros, y la cobardía
Ha tocado vuestras mejillas que parecen
Ahora tenebrosos despeñaderos del
Valle, y la Muerte ha besado
Vuestros labios, dejándolos amarillos
¿QuØ buscáis, Compatriotas?
¿QuØ pedís de la Vida a quien ya no os
Cuenta más entre sus hijos?

Vuestras almas se hielan en las
Garras de los sacerdotes y
Hechiceros, y tiemblan vuestros
Cuerpos ante las zarpas de los
DØspotas y los derramadores de
Sangre, y vuestro país se estremece
Bajo las botas en marcha del
Enemigo conquistador; ¿quØ podØs, entonces,
Esperar, aunque estØs orgullosamente erguidos
Ante el rostro del sol? Vuestras espadas se
Herrumbran en sus vainas, y estØn rotas
Vuestras lanzas, y resquebrajados
Vuestros escudos; ¿por quØ entonces,
PermanecØs en el campo de batalla?

La hipocresía es vuestra religión, y la
Falsedad vuestra vida, y la
Nada vuestro fin; ¿por quØ vivís,
Entonces? ¿No es acaso la
Muerte el único solaz
Para los miserables?

La vida es la determinación que
Acompaña a la juventud, y la diligencia

Que sucede a la madurez, y la
Sabiduría que persigue a la senilidad; pero
Vosotros, Compatriotas, habéis nacido viejos
Y débiles. Y se marchita vuestra piel
Y se consume vuestro cráneo, y luego os
Convertisteis en niños, que juegan
En el fango y se arrojan piedras
Unos a otros.

El conocimiento es una luz que enriquece
El calor de la vida, y todos los que la buscan
Pueden ser parte de ella; pero vosotros,
Compatriotas, perseguís la oscuridad
Y evitáis la luz, esperando que el agua
Mane de las rocas, y la
Miseria de vuestra nación es
Vuestro crimen... No perdono
Vuestros pecados, porque vosotros sabéis
Lo que hacéis.

La humanidad es un río brillante
Que canta en su cauce, llevando
Los secretos de la montaña hasta
El corazón del mar; pero vosotros,
Compatriotas, sois turbios
Pantanos infectados de insectos
Y serpientes.

El Espíritu es una sagrada antorcha
Azul, que quema y devora las
Plantas mustias, que crece en
La tormenta e ilumina
Los rostros de las diosas, pero
Vosotros, Compatriotas... vuestras almas
Son como cenizas que el viento
Dispersa en la nieve, y que
Las tempestades esparcen para siempre
Sobre los valles.

No teméis al fantasma de la Muerte,
Compatriotas, pues su grandeza
Y piedad se negará a acercarse
A vuestra pequeñez; no os atemoriceis
Ante la Daga, porque rehusará
Alojarse en vuestros huecos corazones.
Os odio, Compatriotas, porque
Vosotros odiáis la gloria y la grandeza.
Os desprecio porque vosotros os despreciáis.

Soy vuestro enemigo, porque os negáis
A daros cuenta de que sois
Los enemigos de las diosas.

LA ENCANTADORA HUR

¿Hacia dónde me llevan, Oh Encantadora
Hur, y cuánto más debo seguirte
Por este rápido camino sembrado de
Espinass? ¿Por cuánto tiempo nuestras almas
Ascenderán y descenderán penosamente por este sinuoso
Sendero rocoso?

Como un niño que sigue a su madre, as
Te sigo, asido a tus ropas
Olvidando mis sueños y
Admirando tu belleza; mis ojos,
Presas de tu hechizo, están ciegos a la
Procesión de espectros que se ciernen sobre
Mí, y me atraen hacia ti una fuerza
Interior que no puedo negar.

Detente y momentáneamente dame ver
Tu semblante; y momentáneamente un
Momento: quizás descubra los
Secretos de tu corazón en tus extraños
Ojos. Detente y descansa, pues estoy fatigado,
Y tiembla mi alma de miedo al transitar
Esta horrible senda. Detente, pues
Hemos arribado a esa terrible encrucijada
Donde la Muerte abraza a la Vida.
¡Oh, Hur, escúchame! Yo era libre
Como los pájaros, explorando valles y
Bosques, y volando por el vasto
Cielo. Al atardecer reposaba sobre las
Ramas de los árboles, meditando sobre los
Templos y palacios de la Ciudad de las
Coloridas Nubes, que el Sol edifica
En la mañana y destruye antes del
Anochecer.

Yo era como un pensamiento, caminando solo
Y en paz de Este a Oeste del
Universo, regocijándome con la
Belleza y alegría de la Vida, y cuestionando
El magnífico misterio de la
Existencia.

Yo era como un sueño que se deslizaba bajo
Las amistosas alas de la noche,
Penetrando por las ventanas cerradas
En los aposentos de las doncellas, retozando
Y despertando sus esperanzas... Luego me
Sentaba junto a los jóvenes y alborotaba sus
Deseos... Luego exploraba los cuartos
De los mayores y me adentraba en sus pensamientos
De plácido contentamiento.

Entonces tú cautivaste mi fantasía, y desde
Ese hipnótico momento me sentí como un
Prisionero arrastrando sus cadenas e
Impelido hacia un hogar desconocido...
Tu dulce vino, que ha robado mi voluntad,
Me ha intoxicado. y ahora descubro
Que mis labios besan la mano
Que con rigor me golpea. ¿Acaso no puedes
Ver con los ojos de tu alma la
Opresión de mi corazón? Detente un
Momento: estoy recobrando mis fuerzas
Y liberando mis cansados pies de las
Pesadas cadenas. He destruido la
Copa de la que bebiste tu
Gustosa ponzoña... Pero ahora estoy
En tierra extraña, y perplejo:

¿Qué camino he de seguir?
He recuperado mi libertad, ¿Me aceptarás
Ahora como dispuesto acompañante,
Que mira el Sol con vidriosos
Ojos, y empuja el fuego
Con firmes dedos?

He desplegado mis alas y estoy
Pronto a descender, ¿Acompañarás a
Un joven que pasa sus días vagando
En las montañas como el águila solitaria y
Malgasta sus noches deambulando en los
Desiertos como el león inquieto?

¿Te contentarás con el
Afecto de uno que considera al amor
Solo como un anfitrión y se niega
A aceptarlo como amor?

¿Aceptarás a un corazón que ama
Pero jamás se rinde? ¿Y que arde, pero

Jamás se funde? ¿Estarás c moda
Con un alma que se estremece ante la
Tempestad, pero jamás se somete a ella?
¿Aceptarás como compañero a uno
Que ni esclaviza ni es un
Esclavo? ¿Serás mi dueña, pero sin
Poseerme, tomando mi cuerpo pero no mi corazón?
Entonces aquí estás en mi mano... estréchala
Con tu bella mano; y aquí estoy en mi
Cuerpo... abrázalo con tus amantes
Brazos; y aquí están mis labios... prod gales
un beso profundo y embriagador.

MUERTOS ESTABAN LOS M OS
(Escrito en el exilio, durante el hambre en Siria)

"PRIMERA GUERRA MUNDIAL"

Los m os se han ido, pero yo aún existo
Llorándolos en soledad...
Muertos están mis amigos y por su
Muerte mi vida es nada más que un gran
Desastre.

Las colinas de mi país están inmersas
En lágrimas y sangre, pues se han ido los m os
y mis amados, y yo estoy aquí
Viviendo como lo hacía cuando los m os y mis
Amados disfrutaban de la vida y sus
Alegrias, y cuando las colinas de
Mi país estaban benditas y rodeadas
Por la luz del sol.
Los m os murieron de hambre, y aquel que
No pereció de inanición fue despedazado
Por la espada; y aquí estoy yo
En esta tierra distante, vagando
Entre gente feliz que duerme
Sobre lechos mullidos y que sonríe al día,
Y el día les sonríe.

Los m os tuvieron una muerte dolorosa
Y vergonzosa, y aquí estoy yo viviendo en la paz
Y la abundancia... Es esta una gran tragedia
Siempre representada en el escenario de mi
Corazón; a muy pocos les importa presenciar el
Drama, pues los m os son como pájaros
Con las alas rotas que la bandada deja atrás.

Si estuviera hambriento y viviera entre mi
FamØlico pueblo, y si fuera perseguido junto con
Mis oprimidos compatriotas, la carga
De estos d as negros pesar a menos
Sobre mis desasosegados sueæos, y la
Oscuridad de la noche ser a menos
Sombra ante mis hundidos ojos y mi
Apesadumbrado coraz n y mi alma herida.

Porque aquel que comparte con los suyos
Los pesares y agon as sentirÆel
Supremo alivio que s lo el sufrimiento
Y el sacrificio engendran. Y estarÆ
En paz consigo mismo cuando muera,
Inocente junto a sus compaæeros inocentes.

Pero no vivo con mi hambriento
Y perseguido pueblo, que camina
En el cortejo de la muerte hacia el
Martirio... Estoy aqu , al otro lado
Del ancho mar, viviendo a la sombra de la
Tranquilidad, y a la luz de la
Paz... Estoy distante de la triste
Arena y de los acongojados, y de nada
Puedo enorgullecerme, ni siquiera de mis propias
LÆgrimas.

¿QuØ puede hacer un hijo exilado por
Su hambriento pueblo, y de quØ vale
Para su pueblo el lamento de un
Poeta ausente?

Si yo fuera una mazorca de ma z plantada en la tierra
De mi pa s, los niæos hambrientos me
Seguir an para alejar con mis granos
La mano de la Muerte de su alma. Si fuera
Un fruto maduro de los jardines de mi pa s
Las hambrientas mujeres me arrancar an
Para alimentar la vida. Si fuera
Un pÆaro volando en el cielo de mi pa s,
Mis hambrientos hermanos me dar an caza y
Con la carne de mi cuerpo alejar an de
Sus cuerpos la sombra de la tumba.

Pero ¡Ay de m ! No soy una mazorca de ma z
Plantada en las llanuras de Siria, ni un
Maduro fruto de los valles del L bano:
Esta es mi desventura, la muda calamidad

Que me humilla ante mi alma
Y ante los fantasmas de la noche...

Esta es la dolorosa tragedia que atiesa mi lengua
Y maniatada mis brazos y me apresa, despojado
de fuerza, acción y voluntad.
Esta es la maldición marcada a fuego
Sobre mi frente
Ante Dios y ante los hombres.

Y a menudo me han dicho:
"La desventura de tu país no es
nada comparada con la calamidad que aqueja
Al Mundo, y las Lágrimas y la sangre vertidas
Por tu pueblo no son nada comparadas
con los ríos de sangre y Lágrimas
Derramados cada día y cada noche en los
Valles y llanuras de la tierra.

Sí, pero la muerte de los muertos es
Una silenciosa acusación; es un crimen
Concebido por la mente de invisibles
Serpientes... Una tragedia sin
Música ni decorados... Y si los muertos
Hubieran atacado a los déspotas
Y opresores para morir como rebeldes,

Yo hubiera dicho: "Morir por
La libertad es más noble que vivir a la
Sombra de la débil sumisión, porque
Aquel que abraza a la muerte con la espada
De la Verdad en la mano, se eternizará
En la Eternidad de la Verdad, pues la Vida
Es más débil que la Muerte, y la Muerte
Más débil que la Verdad.

Si mi nación hubiera participado en la guerra
De todas las naciones y hubiera muerto en el
Campo de batalla, yo diría que fue
La rugiente tempestad quien quebró
Con su furia las tiernas ramas; y una
Muerte violenta bajo un cielo de
Tormenta es más noble que morir
Lentamente en los brazos de la senilidad.
Pero no hubo salvación de esas
Fauces... Los muertos cayeron
Y lloraron con los sollozantes ángeles.

Si un terremoto hubiera desgarrado
A mi país en dos y la tierra hubiera
Engullido a los m os en su seno,
Yo hubiera dicho: "Una gran ley misteriosa
Ha actuado por voluntad de la fuerza divina,
Y ser a una locura si nosotros
Frágiles mortales, intentáramos escudriñar
Sus profundos secretos..."

Pero los m os no murieron en rebeldía;
No los mataron en el campo
De batalla; ni tampoco un terremoto
Destrozó mi país para avasallarlos.
La muerte fue su único salvador, y
El hambre su único menoscabo.

Los m os murieron en la cruz...
Murieron con las manos
Extendidas hacia Oriente y Occidente,
Mientras los despojos de sus ojos
Miraban la oscuridad del
Firmamento... Murieron en silencio.
Pues la humanidad había cerrado sus oídos
A sus gritos. Murieron por no
Favorecer a su enemigo.
Murieron por amar a sus
Vecinos. Murieron por depositar
Su confianza en la humanidad.
Murieron por no oprimir
Al opresor. Murieron
Porque eran las flores
Aplastadas, y no los aplastantes pies.
Murieron porque eran pacíficos.

Pecieron de hambre en una tierra
Rica en leche y miel.
Murieron porque se levantaron
Los monstruos del infierno y destruyeron
Todo lo que crecía en sus campos,
Y devoraron sus últimas reservas...
Murieron porque las vboras y
Los hijos de las vboras escupieron veneno
En el espacio donde los Cedros Sagrados y
Las rosas y el jazmín exhalaban
Su fragancia...
Los m os y los tuyos, Hermano
Sirio, estáis muertos... ¿Qué se puede
Hacer por los que mueren? Nuestros

Lamentos no paliar su
Hambre y nuestras Lágrimas no saciar su
Su sed; ¿Qué podemos hacer para
Salvarlos de la ferozas garras del
Hambre? Hermano m o, la bondad
Que te impele a ofrecer una parte de tu vida
A cualquier ser humano que esté en
Camino de perder su vida, es la única virtud Que te hace digno de la luz del
Día y la paz de la
Noche... Recuerda, hermano m o,
Que la moneda que dejas caer en
La marchita mano que se tiende hacia
Ti es la única cadena de oro que
Enlaza tu rico corazón
Con el amante corazón de Dios.

LA VIOLETA AMBICIOSA

Había en un bosque solitario una bonita violeta que vivía, satisfecha, entre sus
compañeras.

Cierta mañana, alzó su cabeza y vio una rosa que se alzaba, por encima de ella,
radiante y orgullosa.

Gimió la violeta diciendo:

-Poca suerte he tenido entre las flores. ¡Humilde es mi destino! Vivo pegada a la tierra
y no puedo levantar mi cara hacia el sol como lo hacen las rosas!

Y la Naturaleza la oyó y le dijo a la violeta:

- ¿Qué te ocurre, hijita mía? ¿Las vanas ambiciones se han apoderado de ti?

-Te suplico, oh, Madre Poderosa -dijo la violeta-, que me transformes en rosa, tan
siquiera por un día.

-No sabes lo que estás pidiendo -respondió la Naturaleza-. Ignoras los infortunios que
se esconden tras la apariencia de las grandezas.

-Transformame en una rosa esbelta -insistió la violeta-. Y todo lo que me acontezca será
consecuencia de mis propios deseos y aspiraciones.

La Naturaleza extendió su mágica mano y la violeta se transformó en una rosa suntuosa.

Y en la tarde de aquel día, el cielo se oscureció y los vientos y la lluvia devastaron el
bosque. Y los árboles y las rosas cayeron abatidas. Solamente las humildes violetas
escaparon a la masacre.

Y una de ellas, mirando alrededor de sí, dijo a sus compañeras:

-Mirad, hermanas, lo que la tempestad hizo de las grandes plantas que se levantaban
con orgullo e impertinencia. -Nosotros nos apegamos a la tierra-dijo otra-, pero
escapamos a la furia de los huracanes.

Y dijo una tercera -Somos pequeñas y humildes, pero las tempestades no pueden con
nosotras.

Entonces, la reina de las violetas vio a la rosa que había sido violeta, extendida sobre
el suelo, como muerta. Y dijo: -Ved y medita, hijas mías, sobre la suerte de la violeta
ilusionada por sus ambiciones. ¡Que su infortunio les sirva de ejemplo!

Y oyendo esas palabras, la rosa agonizante se estremeció y, apelando a todas sus

fuerzas, dijo con voz entrecortada: -O dme, ignorantes, satisfechas y cobardes. Ayer era como vosotras, humilde y segura. Mas la satisfacci n que me proteg a tambi n me limitaba. Pod a continuar viviendo como vosotras, pegada al suelo, hasta que el invierno me envolviera con su nieve y me llevase hasta el silencio eterno, sin conocer los secretos y las glorias de la vida, mÆ allÆde lo que innumerables generaciones de violetas conocieron, desde que hubo violetas en el mundo.

"Pero escuch en el silencio de la noche; y o al mundo superior decir a este mundo: "El objetivo de la vida es alcanzar lo que hay mÆ allÆde la vida." Ped , entonces a la Naturaleza -que no es sino la exteriorizaci n de nuestros sueos invisibles- me transformara en una rosa. Y la Naturaleza accedi a mi deseo.

"Viv una hora como rosa. Viv una hora como reina. Y vi el mundo con los ojos de una rosa. Y o la melodia del er con los odos de una rosa. Y acarici la luz con los p alos de una rosa. ¿Puede, alguna de vosotras vanagloriarse de tal honra?

"Muero ahora, llevando en el alma lo que el alma de violeta alguna jamÆ experiment . Muero sabiendo lo que hay mÆ allÆde los horizontes estrechos en que nac . Y este es el objetivo de la vida.

LAS LETRAS DE FUEGO

- Grabad sobre la placa de mi sepulcro:
- "Aqu yacen los restos de quien escribi
- su nombre en agua". KEATS.

¿Este es el fin de las noches?

¿As nos extinguimos bajo los pies del destino?

¿As nos doblegan los siglos y no nos guardan mÆ que un nombre que escriben sobre sus pÆginas, en agua en vez de tinta?

¿Se apagarÆ aquellas luces y desaparecerÆ aquellos amores?

¿Se esfumarÆ aquellas esperanzas?

¿DestruirÆ la muerte todo lo que edificamos, o dispersarÆ el viento todo lo que decimos?

¿Y la sombra cubrirÆlo que hacemos?

¿Es esta la vida?

¿Es un pasado que se fue y desaparecieron sus restos? Es un presente que corre siguiendo el pasado, o es un futuro misterioso hasta tanto se haga presente o pasado?

¿DesaparecerÆ todos los placeres de nuestros corazones y todas las tristezas de nuestras almas sin saber su resultado? ¿As debe ser el hombre, cual espuma de mar que al roce de la ventisca se desvanece y se apaga como si no hubiera existido?

¡No por mi vida! La verdad de la Vida es una vida cuyo principio no estÆen el pecho y cuyo fin no es el sepulcro. Estos no son mÆ que unos instantes de una vida eterna.

Nuestra vida mundana, como todo lo que contiene, es un sueo a la par del despertar que llamamos la muerte horrorosa. Un sueo, pero todo lo que en nÆ hemos visto y hecho quedarÆeterno en la perpetuidad de Dios.

La brisa lleva cada sonrisa y cada suspiro de nuestros corazones y guarda el eco de cada beso nacido del amor. Los Angeles cuentan cada lagrima que la aflicci n vierte de nuestros ojos; y los esp ritus que vagan en el infinito devuelven cada canci n que la alegr a ha improvisado en nuestras sensibilidades. All en el mundo venidero veremos la tristeza y sentiremos las vibraciones de nuestros corazones; all recordaremos la esencia

de nuestra idolatría, que despreciamos ahora, incitados por la desesperación.
El extravío que aquí llamamos debilidad aparecerá mañana como un necesario eslabón para completar la cadena de la vida del hombre.

Los trabajos penosos que no nos compensan, viviremos entre nosotros y publicaremos nuestra gloria.

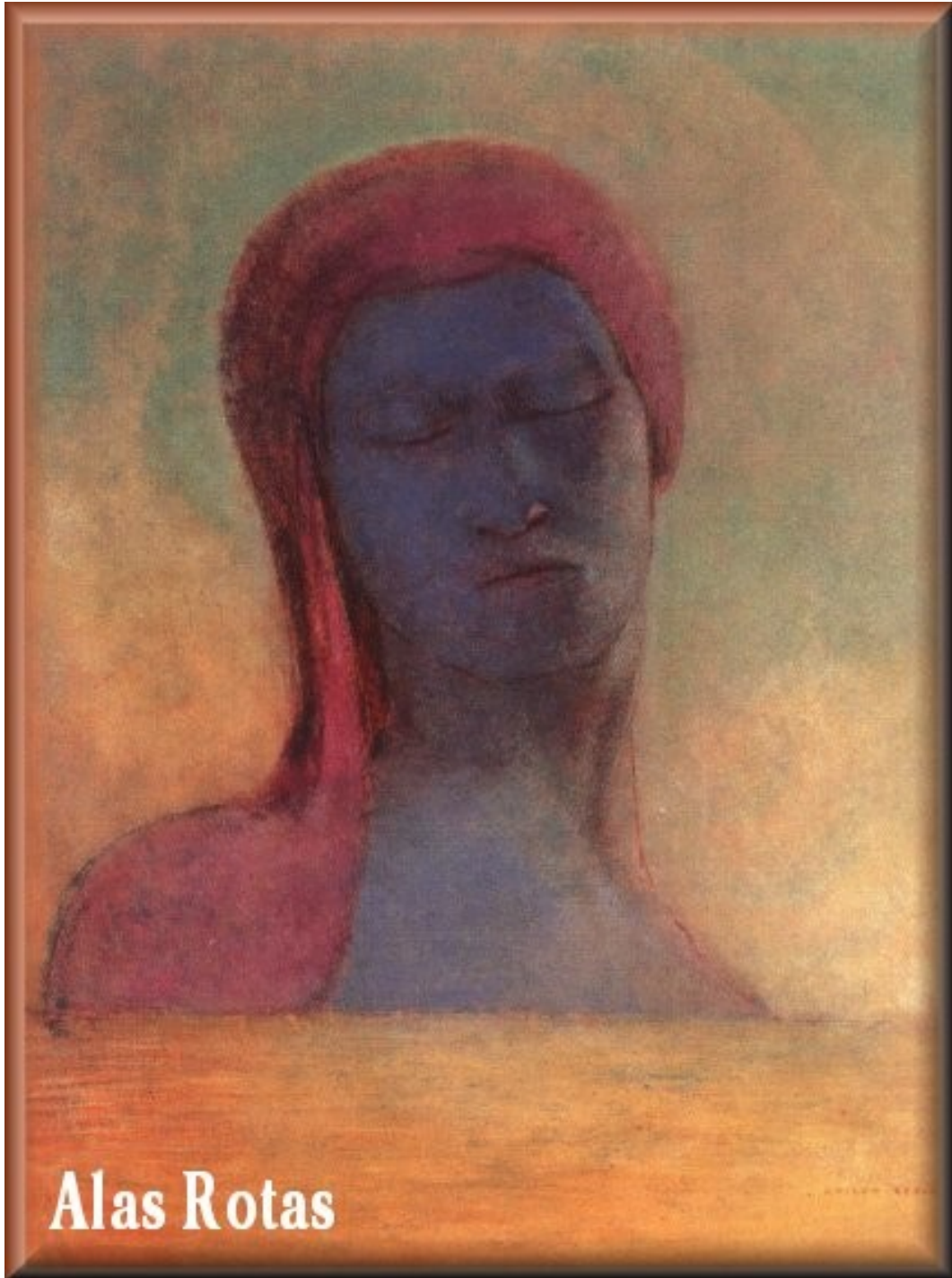
Las desgracias y los infortunios que soportamos serán aureolas de nuestro orgullo.

Eso... y si hubiera sabido Keats, aquel ruiseñor melodioso, que sus canciones aún siguen infundiendo el espíritu

del amor a la belleza en el corazón de los hombres, habría exclamado:

- Grabad sobre la placa de mi sepulcro:
- "Aquí yacen los restos de quien escribió
- su nombre sobre la faz del cielo con letras
- de fuego."





GIBR' N KHALIL GIBR' N

NINFAS DEL VALLE (1948)

MARTA

I

El padre de la niña murió cuando Marta estaba todavía en la cuna y su madre falleció antes de que la niña cumpliera diez años de edad. Fue a vivir sus años de orfandad en la casa de un pobre vecino, que con su mujer y sus hijos, vivía de los frutos de la tierra en una pequeña y aislada aldea, en uno de los hermosos valles del Líbano.

Al morir el padre de Marta, por toda herencia le dejó su nombre y una pobre cabana que se alzaba entre nogales y álamos. De su madre sólo había heredado lágrimas de dolor y su orfandad total. Vivió como una extranjera en la tierra que la había visto nacer, sola entre árboles frondosos y altas rocas. Cada mañana, la niña caminaba descalza, vestida de harapos, e iba a ordeñar a las vacas a una región del valle donde el pasto era rico, y allí se sentaba la niña a la sombra de un árbol. Canta con los pajarillos y lloraba con el arroyo, mientras enviaba a las vacas por disponer de abundante comida. Contemplaba las flores y el revoloteo de las mariposas. Al hundirse el sol en el horizonte el hambre se apoderaba de ella, y volvía a la cabana, a sentarse junto a la hija de su tutor, y a comer una escasa ración de pan de maíz, con un poco de fruta seca y frijoles humedecidos en vinagre y aceite de oliva. Después de la frugal cena, extendía paleta seca en el suelo, en un rincón, y se acostaba, reposando la cabeza en sus brazos. Luego se dormía y suspiraba, y deseaba que la vida...fuera un sueño largo y profundo, sin ensueños y sin despertar. Cerca del alba, su tutor la despertaba bruscamente para que lo sirviera, y la niña despertaba temblando de miedo por la dureza y la ira de su tutor. Así pasaron varios años en la vida de Marta, la desventurada, entre aquellas distantes colinas y apartados valles.

Pronto comenzó a sentir la niña en su corazón el despertar de emociones que hasta entonces no había tenido; era como estar consciente del perfume del corazón de una flor. Extraños sueños y pensamientos se arremolinaban en ella, como un rebaño que cruzara un río. Despertaba en ella la mujer y parecía tierra fresca y virgen preparada para recibir la semilla del conocimiento, y para sentir las huellas de la experiencia. Era una muchacha retraída y pura, a la que un decreto inescrutable del destino había exiliado en aquella granja apartada, cuya vida se regía en todas sus fases con las estaciones del año. Era como una sombra de un dios desconocido, que residiera entre la tierra y el sol.

Los que hemos pasado la mayor parte de nuestra existencia en ciudades llenas de gente sabemos muy poco de la vida de quienes habitan en los pueblos y en las aldeas apartadas del Líbano. Nos arrastra la corriente de la civilización moderna. Hemos olvidado -o por lo menos así lo pensamos la filósofa de esa vida hermosa y simple, llena de pureza y de candor espiritual. Pero si volviéramos la mirada hacia esa vida, la veríamos sonreír en la primavera, la veríamos durmiendo la siesta al sol del verano; la veríamos cosechar en el otoño, y reposar en el invierno, y la consideraríamos como a nuestra madre naturaleza en todos sus estados de ánimo. Somos muy ricos en bienes

materiales que aquellos aldeanos; pero el espíritu del campesino es más noble que el nuestro. Nosotros sembramos mucho, y no cosechamos nada; en cambio, todo lo que ellos siembran lo cosechan. Nosotros, los que vivimos en la ciudad, somos esclavos de nuestros apetitos; ellos, son los hijos de la alegría simple. Nosotros bebemos en la copa de la vida un líquido enturbiado con amargura, desesperación, temores y hastío. Ellos beben el claro vino de la vida sencilla.

Marta llegó a la edad de diecisiete años. Su alma era un reluciente espejo que reflejaba toda la hermosura de los campos, y su corazón era como los anchos valles, que repetía, como el eco, los sonidos dulces. Naturaleza.

Un día de otoño, en que el campo parecía lleno de tristeza, la muchacha se sentó junto a un arroyo, sintiendo que su alma estaba libre de la prisión terrenal, como los pensamientos de la imaginación de un poeta, y contemplaba la danza de las hojas amarillas conforme iban cayendo de los árboles. Veía cómo el viento jugaba con esas hojas, así como la muerte juega con las almas de los hombres. Observaba las flores marchitas, con sus corazones secos y rotos en mil pedazos. Las flores almacenaban sus semillas en el seno de la tierra, así como las mujeres esconden sus joyas en tiempos de guerra y disturbios.

Mientras la muchacha permanecía contemplando las flores y los árboles, compartiendo el dolor de las plantas en el otoño, oyó el sonido de cascos de caballos en las rotas piedras del valle. Volvió la cabeza, y vio que un jinete avanzaba lentamente hacia ella; sus arneses y su ropa hablaban de riqueza y bienestar. Aquel jinete desmontó y la saludó amablemente, con modales delicados que ningún hombre había tenido con ella.

-He perdido el camino que conduce a la costa. ¿Podrías indicármelo? -le preguntó.

La muchacha se puso en pie al borde del arroyo, erecta como una rama joven, y contestó:

-No lo sé señor, pero iré a preguntarle -a mi tutor, porque él sabe.

Al pronunciar estas palabras, la muchacha sintió un poco de temor, y la timidez y modestia de su acento realzaron su juventud y su belleza. Ya se marchaba, cuando aquel hombre la detuvo con un ademán. El rojo vino de la juventud circulaba vigorosamente por sus venas, y su mirada cambió al decir: -No; no te vayas.

La joven permaneció en pie, con expresión de sorpresa, pues había sentido en aquella voz una fuerza que le impedía moverse. Miró furtivamente al caballero, que a su vez la miraba con atención; con una mirada que ella no podía entender. Luego, le dedicó una sonrisa-tan encantadora, tan tierna, que la muchacha sintió ganas de llorar. Aquel hombre posó una mirada afectuosa en los pies descalzos, en las delicadas muñecas, en el terso cuello, en el suave y espeso cabello. Notó, con creciente pasión, la bronceada piel soleada, y aquellos brazos, que la naturaleza había hecho fuertes. Pero la muchacha permaneció silenciosa y avergonzada. No quería irse, y, por razones que no lograba explicarse, tampoco podía hablar.

La vaca lechera volvió aquella tarde al establo sin su ama, pues Marta no regresó. Al volver su tutor de los campos, la buscó por todas partes, y no la encontró. La llamó por su nombre, pero no obtuvo más respuesta que los ecos de las cuevas y el ulular del viento en las copas de los árboles. Volvió entristecido a su cabaña, y le dijo a su mujer lo que había pasado. La campesina lloró calladamente toda la noche, y decía, en medio de sus sollozos:

-La he visto en sueños, en las garras de una bestia salvaje, que rasgaba su cuerpo en pedazos, mientras ella sonreía y lloraba.

Tal es la historia sobre Marta cuando vivió en aquella hermosa aldea. Me la contó un

viejo aldeano que la haba conocido desde que era una nieta. La muchacha haba desaparecido de aquella comarca, sin dejar tras de s, mÆ que unas cuantas lÆgrimas en los ojos de una campesina, y un patØico recuerdo que vagaba con la brisa de la maana sobre el valle, y que luego, como el aliento de un niæo en el cristal de una ventana, se desvaneci para siempre.

II

Volv a Beirut en el otoæ del aæo 1900, despuØ de pasar mis vacaciones de estudiante en el norte del Libano. Y antes de volver a mis estudios pasØ una semana vagando alrededor de la ciudad en compaæa de algunos camaradas, saboreando las delicias de la libertad, de la que los jvenes estÆn hambrientos, y que se les niega en sus casas y en las cuatro paredes de las aulas. En esa edad, y en tiempo de vacaciones, el joven es como un ave, que al encontrar abierta su jaula, vuela llena de j bilo, con el coraz n lleno de trinos y de la alegr a de la escapatoria.

La juventud es un bello sueæo, pero su dulzura se ve esclavizada por el hast o de los libros, y su despertar es doloroso.

Acaso llegue un da en que los hombres sabios puedan unir los sueæos de la juventud y el deleite del aprendizaje, como la confidencia une a los corazones en conflicto. Acaso llegue un da en que el maestro del hombre sea la naturaleza, la humanidad, su libro, y la vida, su escuela. ¿LlegarÆese da? No lo sabemos, pero sentimos la urgencia que nos impulsa hacia arriba, hacia el progreso espiritual, y ese progreso es comprensi n de la belleza que existe en todo lo creado, mediante la bondad que existe en nosotros y la expansi n de la felicidad mediante nuestro amor por esa belleza.

Aquella tarde, estaba yo sentado en el porche de mi casa, observando los movimientos de la gente y escuchando los pregones de los vendedores ambulantes, cada cual alabando la excelencia de sus mercancas y alimentos, cuando un muchachito se me acerc . Tendr a unos cinco aæos de edad, vest a harapos, y en el hombro llevaba una bandeja llena de ramitos de flores. Con voz temblorosa y dØbil, como si fuera parte de su herencia de largos, sufrimientos, me pidi que le comprara unas flores.

ObservØ aquella carita pÆida, donde brillaban unos ojos negros, oscurecidos con las sombras de la enfermedad y la pobreza; su boca era como una cicatriz abierta en un pecho herido; sus delgados brazos desnudos y su cuerpecito macilento se doblaban por el peso de la bandeja de ores, como un rosal marchito entre frescas plantas verdes. Vi todo esto de una sola mirada, y sonre sintiendo lÆstima, con una sonrisa en la que haba la amargura de las lÆgrimas. Una de esas sonrisas que nacen en la profundidad del coraz n y afloran a los labios: si reprimimos estas sonrisas, se reflejan en nuestros ojos.

Le comprØ algunas flores, pero era su charla lo que quera yo comprar, pues sent que en sus tristes miradas y en su lastimoso aspecto se escond a una tragedia: la tragedia de los pobres, que perpetuamente se representa en el escenario de los das. Al hablarle con palabras amables, se mostr amistoso; como si hubiera encontrado a alguien que le pudiera ofrecer un poco de protecci n y seguridad. Me mir asombrado, porque los de su clase s lo estÆn acostumbrados a recibir malos tratos de los otros niæos, que consideran a los muchachos de la calle como cosas despreciables, y no como a pequeas almas heridas por las flechas de la desventura. Luego le preguntØ su nombre. -Fuad -contest , con los ojos fijos en el suelo.

Prosegu :

-¿De quién eres hijo, y dónde está tu familia?

-Soy el hijo de Marta, mujer del pueblo de Ban.

-¿Y quién es tu padre? -le preguntó

Movió la cabecita, como aquel que ignora quién es su padre.

-Entonces, ¿en dónde está tu madre, Fuad?

-En casa, enferma.

Estas escasas palabras salidas de los labios de aquel niño resonaron en mis oídos con acentos, familiares, y en mi más profundo sentimiento se formaron extrañas imágenes de melancolía, pues supe, en el acto, que la desventurada Marta cuya historia había yo oído de los aldeanos, vivía, enferma, en Beirut. Aquella muchacha que sólo ayer moraba entre los árboles y los valles, lejos del sufrimiento, estaba padeciendo las penalidades del hambre y del dolor en la gran ciudad. La muchacha huérfana que había pasado su niñez en diálogo con la naturaleza, cuidando de las vacas en los hermosos prados, había sido arrastrada por la marea de la corrupta civilización, para convertirse en presa de la miseria y el infortunio.

Al pasar estas ideas por su mente, el niño seguía mirándome, como si viera con los ojos de su inocente espíritu el sufrimiento de mi corazón.

El muchachito hizo ademán de retirarse, pero yo le tomé la mano y le dije:

-Llévame donde está tu madre; quiero verla.

Me condujo por las calles, caminaba delante de mí silencioso y asombrado. De vez en cuando miraba hacia atrás, para comprobar si verdaderamente yo lo iba siguiendo. Sentía temor y pena. Caminó por sucias callejuelas donde el aire estaba turbio con el aliento de la muerte, y pasamos por casuchas donde los hombres viciados se entregaban a malas acciones tras las cortinas de la noche. Pasamos por callejones donde el viento silbaba como una serpiente, y yo caminaba detrás de aquel muchachito de tiernos años, de inocente corazón y mudo valor. Tenía el valor de los que están familiarizados con la maldad de una ciudad que en el Medio Oriente se conoce como "la novia de Siria", y "la perla de la corona de reyes". Por fin, llegamos a un suburbio miserable, y el muchachito entró en una morada humilde, a la que el paso de los años había convertido en lastimosas ruinas.

Entró detrás de mí, sintiendo que mi corazón latía apresuradamente. Me vi en medio de un cuartucho en donde el aire era hedoroso. Por todo mueble había una lámpara cuya débil luz cortaba la oscuridad con amarillentos rayos, y un camastro cuya apariencia hablaba de la más extremada pobreza, de abandono y necesidad. En aquel camastro dormía una mujer con el rostro vuelto hacia la pared, como si en ella quisiera refugiarse de las crueldades del mundo; o acaso viera en las carcomidas piedras un corazón más tierno y compasivo que el de los hombres. El niño se acercó a la mujer, gritando:

- ¡Madre! ¡Madre!

La mujer se volvió hacia nosotros y vio al niño, que me señalaba. Hizo un movimiento defensivo bajo los harapos que la cubrían, y con voz amarga por los sufrimientos de un espíritu en agonía, exclamó:

¿Qué quieres de mí, hombre? ¿Vienes a comprar los últimos restos de mi vida, para saciar tu sed de placer? Apartate de mí, pues las calles están llenas de mujeres dispuestas a vender sus cuerpos y sus almas a bajo precio. Yo no tengo que vender sino unos cuantos suspiros, que pronto compraré la muerte con la paz de la tumba.

Me acerqué a su lecho. Las palabras de aquella mujer llegaron a lo más profundo de mi corazón, porque eran el final de un relato triste. Le hablé deseando que mis

sentimientos fluyeran junto con mis palabras:

-No tengas temor-de m , Marta. No he venido a verte como una bestia de rapiaa, sino como un hombre triste. Soy del Lbano y he vivido mucho tiempo entre esos valles y aldeas, cerca de los bosques de cedros. No temas nada, Marta. La mujer escuch mis palabras y supo que surg an de la profundidad de un esp ritu que lloraba junto con ella, pues tembl en su lecho como una rama desnuda ante el viento invernal. Se llev las manos a la cara, como si quisiera ocultarse de aquel triste recuerdo, aterrador en su dulzura y amargo en su belleza. Tras un silencio y un suspiro, volvi a aparecer su rostro entre los hombros temblorosos. Vi sus ojos hundidos que parec an mirar algo invisible all , en el vac o de aquella habitaci n, y vi que sus labios temblaban con desesperaci n. En su garganta roncaba ya la muerte, con un profundo y lastimoso lamento. Luego, habl con acento de s plica, debilitado por el dolor:

-Has venido aqu movido- por la bondad y la compasi n, y si es verdad la compasi n por los pecadores es un acto piadoso, y si la compasi n por los que se han extraviado es meritoria, el Cielo te recompensar. Pero te ruego te alejes de aqu y vuelvas al lugar de donde vienes, pues tu presencia en este sitio arrojar verg enza sobre ti, y tu compasi n por m , te valdr insultos y desprecio. Vete, antes de que alguien te vea en este cuarto manchado por los cerdos. Camina con premura y t pate el rostro con tu capa, para que ning n transe nte pueda reconocerte. La compasi n que sientes no me devolver mi pureza, ni borrar mi pecado, ni apartar la poderosa mano de la muerte, que ya pesa sobre m . Mi maldad y mis culpas me han arrojado a estas negras profundidades. Que tu compasi n no te acarree escarnio. Soy una leprosa que vive entre las tumbas. No te acerques a m para que la gente no te considere sucio y se aparte de ti. Vuelve ahora a aquellos sagrados valles; m no menciones mi nombre, pues el pastor rechazar a la oveja enferma, para que no se contagie su rebaa. Y si alg n da debes mencionarme, di que Marta, mujer del pueblo de Ban, ha muerto; no digas nada m.

Luego, tom las manecitas de su hijo, Y las bes tristemente. Suspir , y volvi a hablar: -La gente mirar a mi hijo con desprecio y burla, diciendo que es un reto del pecado; dir que es el hijo de Marta, la ramera; el hijo de la verg enza y del azar. Dir de el cosas peores, pues la gente es ciega, y no ver que su madre ha purificado su niaz con dolor y con lgrimas, y que le ha dado la vida con su tristeza y su infortunio. Morir dej dolo hu fano entre los hijos de la calle, solo en su existencia, sin piedad, con un terrible recuerdo como nica herencia. Si es cobarde y d bil, se avergonzar de este recuerdo; pero si es valeroso y justo, su sangre circular con orgullo. Si el Cielo lo preserva y le da fuerzas para llegar a ser un hombre, el Cielo lo ayudar para luchar contra quienes le han hecho daa a , y a su madre. Pero si muere y lo liberan del peso de los aaos, me encontrar en el, m all donde todo es luz y reposo, esperando su llegada.

Mi coraz n me inspir estas palabras;

-No eres leprosa, Marta, aunque hayas morado entre las tumbas. No eres impura, aunque la vida te haya colocado en las manos de los impuros. La impureza de la carne no puede llegar al esp ritu puro, y los copos de nieve no pueden matar a las vivientes semillas. Qu es la vida, sino una era de tristezas donde las espigas de las almas se esparcen antes de dar fruto? Tengamos piedad del trigo que no cae en la era, pues la:s hormigas de la tierra se lo llevar, y las aves del Cielo se lo llevar, y ese trigo no entrar en los graneros del duea del campo.

"Eres vctima de la opresi n, Marta, y quien te ha oprimido naci en un palacio, y es

grande por su riqueza, pero de alma pequeña. Eres perseguida y despreciada, pero más vale que una persona sea la oprimida, y no la opresora; y es mejor ser víctima de los instintos humanos, que ser poderoso para aplastar las flores de la vida y desfigurar las bellezas del sentimiento con los malos deseos. El alma es un eslabón en la cadena divina. El calor de la vida puede torcer este eslabón y destruir la belleza de su redondez, pero no puede transformar su oro en otro metal; antes bien, el calor puede hacer que el precioso metal brille más. Pero ay de aquel que sea débil, y que permita que el fuego lo consuma y lo convierta en cenizas para que los vientos las esparzan sobre la faz del desierto. Sí, Marta, eres una flor aplastada por la plata del animal que se oculta en el ser humano. Pesados pies han pasado sobre ti y te han abatido, pero no han aniquilado esa fragancia que sube con el lamento de las viudas y el lloro de los huérfanos, y el suspiro de los pobres hacia el Cielo, fuente de la justicia y de la misericordia. Que te sirva de consuelo, Marta, saber que eres la flor aplastada, y no el pie que la ha aplastado.

Marta me había escuchado atentamente, y en su rostro brillaba un poco de consuelo, como las nubes cuando las iluminan los suaves rayos del sol poniente. Me invité a sentarme al lado de ella. Así lo hice, tratando de leer en sus elocuentes facciones las ocultas sombras de su triste espíritu. Tenía la mirada de los que saben que están a punto de morir. Era la mirada de una muchacha aún en la primavera de la vida, que siente los pasos de la muerte aproximándose a su lecho. La mirada de una mujer olvidada, que hacía poco caminaba por los hermosos valles del Líbano, llena de vida y energía, y que en aquel momento, exhausta, sólo esperaba la liberación de los lazos de la existencia.

Tras un silencio conmovido, aquella mujer reunió sus últimas fuerzas y empezó a hablar; y sus lágrimas dieron un significado más profundo a sus palabras, pues parecía poner el alma en cada débil sollozo, y me dijo:

-Sí, soy una mujer oprimida; soy la presa del animal que vive en el hombre; la flor pisoteada... Yo estaba sentada al borde del arroyo, cuando él pasó, a caballo. Me habló amablemente y dijo que era yo hermosa, que me amaba y que nunca me olvidaría. También dijo que los grandes espacios eran sitios desolados, y que los valles eran la morada de las aves y de los chacales... Me tomé en sus brazos, me atrajo hacia su pecho, y me besó. Hasta entonces no conocía yo el sabor de los besos, pues era yo una huérfana desamparada. Me subí a la grupa de su caballo y me llevó a una hermosa casa solitaria. Allí me dio vestidos de seda, y perfume, y ricos manjares... Todo esto lo hizo sonriendo, -pero detrás de sus palabras dulces y de sus ademanes amorosos ocultaba su lujuria y sus deseos animales. Y cuando estuvo satisfecho con mi cuerpo y con la humillación de mi espíritu, se fue, dejándome una viva llama que fue creciendo suavemente. Luego, caí en esta oscuridad, fuente de dolor y amargas lágrimas... Así la vida se dividió para mí en dos partes: una débil y desamparada, y la otra más pequeña, que lloraba en los silencios de la noche, buscando volver al gran vacío. En aquella casa solitaria mi opresor nos dejó a mí y a mi niño de brazos, entregados a las crueldades del hambre, del frío y de la soledad. No tenemos más compañero que el, miedo, ni más consuelo que el llanto. Los amigos de aquel hombre acudieron a verme, y se dieron cuenta de mis necesidades y de mi debilidad. Acudieron uno tras otro, con la intención de comprarme con riquezas y de darme pan a cambio de mi honor... ¡Ah!, muchas veces estuve a punto de deliberar a mi espíritu con mi propia mano, pero no lo hice, porque mi vida ya no me pertenecía a mí sola; era también de mi hijo, que el cielo había apartado de su reino, así como la vida me había

apartado y hundido en las profundidades del abismo. Y ahora, está cercano el momento en que mi novio, el espíritu de la muerte, vendrá por mí tras larga ausencia, para llevarme a su blando lecho.

Después de un profundo silencio que fue como la presencia de invisibles espíritus, alzando la mirada hacia mí, una mirada en la que ya se observaban las sombras de la muerte, y con dulce voz continuó:

- ¡Oh, justicia, que estás oculta, tras estas imágenes aterradoras! Tú, y sólo tú puedes orar el lamento de mi espíritu que se va, y el clamor de mi corazón abandonado. A ti sólo te pido que tengas piedad de mí, para que con tu mano derecha protejas a mi hijo, y con la izquierda recibas mi espíritu.

Sus fuerzas menguaron y su respiración se hizo más débil. Miró a su hijo con dolorosa y tierna mirada, y luego bajó los ojos lentamente, y con voz que casi era un silencio, empezó a recitar:

-Padre nuestro, que estás en los cielos...

Dejó de oírse su voz, pero sus labios siguieron moviéndose un rato. Luego, todo movimiento abandonó a su cuerpo. Recorrió un estremecimiento a aquella mujer, suspiró por última vez, y su rostro se volvió intensamente pálido. El espíritu abandonó el cuerpo, y los ojos siguieron mirando lo invisible.

Al llegar el alba, el cuerpo de Marta fue puesto en un ataúd de madera, y llevado en hombros por dos personas de condición humilde. La enterramos en un campo desierto, muy lejos de la ciudad, pues los sacerdotes no quisieron orar sobre aquellos restos, ni permitieron que los huesos -de Marta reposaran en el cementerio, donde las cruces son centinelas de las tumbas. No hubo más dolientes que acompañaran el cadáver hasta aquella alejada fosa que el hijo de Marta, y otro muchacho, al que las adversidades de la existencia le habían enseñado a ser compasivo.

EL POLVO DE LAS EDADES Y EL FUEGO ETERNO

I

OTOÑO DEL AÑO 116, A. C.

Era una noche silenciosa y todo ser viviente dormía en la Ciudad del Sol. Las lámparas de las casas esparcidas alrededor de los grandes templos, entre olivos y laureles, se habían apagado hacía mucho. La luna se alzaba en el horizonte, bañando con sus rayos la blancura de las altas columnas de mármol que se erguan como gigantescos centinelas en la noche tranquila, custodiando los santuarios de los dioses. Estos centinelas parecían mirar asombrados y temerosos hacia los picos del Líbano, que más allá se alzaban majestuosos en las distantes alturas.

En aquella hora mágica que transcurre entre los espíritus de quienes dormían y los sueños del infinito, Natán, hijo del gran sacerdote, entró en el templo de Astarte. Llevaba en la mano temblorosa una antorcha, con la que encendió las lámparas y los incensarios. Se alzó el aire el dulce olor del incienso y de la mirra, y la imagen de la diosa estaba adornada con un delicado velo, como el velo del deseo y la ansiedad que envuelve el corazón humano. Natán se postró ante el altar recubierto de marfil y oro, alzando las manos en ademán de súplica, y dirigió los ojos llenos de lágrimas

hacia el cielo. Con voz ahogada por el dolor y rota por lastimeros sollozos exclam :

- ¡Piedad, oh gran Astarte! ¡Piedad, oh diosa del amor y de la belleza! Ten piedad de m y aparta la mano de la muerte de, mi amada, a la que mi alma ha escogido para cumplir tu voluntad. Las pociones y los polvos de los médicos no han surtido efecto, y los conjuros de los sacerdotes y de los sabios han sido en vano. Solo me queda recurrir a tu sagrado nombre, para que me ayudes y me socorras. Escucha mi plegaria; mira mi contrito corazón y la agonía de mi espíritu, y permite que la que es parte de mi alma, viva para que podamos regocijarnos en los secretos de tu amor, y exultar en la belleza de la juventud, que proclama tu gloria... Desde las profundidades de mi ser clamo a ti, sagrada Astarte! De la oscuridad de esta noche busco la protección de tu misericordia... ¡Escucha mi súplica! Soy tu siervo Natán, hijo de Hiram el sacerdote, que ha dedicado su vida al servicio de tu altar. Amo a una doncella a la que he escogido entre todas, pero los espíritus malignos han soplado en ella, en su hermoso cuerpo, el aliento de una extraña enfermedad. Han enviado al mensajero de la muerte para que la conduzca a sus encantadas cuevas. Este mensajero está ahora rugiendo como una bestia hambrienta cerca de su lecho. extendiendo sus negras alas sobre ella, y extendiendo sus garras para arrancarla de mi lado. Por eso he venido a suplicarte. Ten piedad de m y dónale vivir. Es una flor que aún no ha vivido el verano de su existencia; un pajarillo cuyos trinos gozosos que saludan a la aurora se han interrumpido. Sávala de las garras de la muerte, y te cantaremos alabanzas y quemaremos ofrendas para gloria de tu nombre. Traeremos víctimas a tu altar, y llenaremos tus vasos con vino y dulce aceite aromático, y esparciremos en tu tabernáculo rosas y jazmines. Ante tu imagen, quemaremos incienso y agradable olor... ¡Sávala, oh diosa de los milagros, y permite que el amor conquiste a la muerte, pues tú eres la reina del amor y de la muerte. Natán dejé de hablar un momento, llorando y suspirando en su profundo dolor. Luego continué :

- ¡Ay de m , sagrada Astarte! Mis sueños son pesadillas, y el último aliento de mi vida se está aproximando; mi corazón está muriendo dentro de m , y mis ojos se llenan de ardientes lágrimas. Sosténme con tu compasión y deja que mi amada permanezca conmigo.

En aquel momento, uno de los esclavos de Natán entró en el templo, se acercó lentamente a Astarte, y le susurró al oído: - Señor, ella ha abierto los ojos, y te busca, pero no te ve. He venido por ti, pues te llama constantemente.

Natán se levantó y salió del templo con paso apresurado, seguido de cerca por su esclavo. Al llegar a su palacio, entró en la habitación donde yacía la joven enferma, y se detuvo a su cabecera. Le tomó la delgada mano y se la besó muchas veces, como si quisiera infundir nuevo aliento en aquel cuerpo enflaquecido. Volvió ella el rostro, que había estado oculto entre cojines de seda, lo miró, y en los labios de la enferma apareció la sombra de una sonrisa, lo único vivo que había quedado de aquel hermoso cuerpo; era como el último rayo de luz de un espíritu que ya se desprendía; como el eco de un lamento en un corazón que senta próximo el fin. Habló, y su aliento era como el tenue sollozo de un niño hambriento.

-Los dioses me llaman, esposo de mi alma, y la muerte ha llegado para separarme... No sientas pesar, pues la voluntad de los dioses es sagrada, y las demandas de la muerte son justas... Me voy ahora, pero las copas gemelas del amor y de la juventud aún están llenas en nuestras manos, y las sendas de la vida gozosa se extienden ante nosotros... Me voy, amado mío, a la región de los espíritus, pero volveré a este mundo. Astarte devuelve a esta vida las almas de los amantes que se van a lo infinito

antes de probar las delicias del amor y las alegrías de la juventud ... Volveremos a encontrarnos, Natán, y juntos beberemos el rocío de la mañana en las copas de los narcisos, y nos regocijaremos al sol con los pájaros de los campos... ¡Hasta pronto, amado mío!

La voz de la muchacha se convirtió en un susurro, y sus labios empezaron a temblar como los pétalos de una flor con la brisa de la aurora. Natán la abrazó, mojando su cuello con amargas lágrimas. Al tocar los labios de Natán la boca de la muchacha, la sintió fría como el hielo. Lanzó el joven un terrible grito, rasgó sus vestiduras, y se arrojó sobre aquel cuerpo muerto, mientras el espíritu de Natán, en su agonía, estaba suspendido entre el profundo mar de la vida y el abismo de la muerte.

En la calma de aquella noche temblaron los párpados de los que antes dormían, y las mujeres del barrio sollozaron, y las almas de los niños sintieron miedo, pues la oscuridad y el silencio se llenaron de agudos lamentos, que se alzaron del palacio del sacerdote de Astarté. Al llegar la mañana, la gente buscó a Natán para consolarlo en su aflicción, pero no lo encontró.

Muchos días después, al llegar la caravana de Oriente, el guía relató que había visto a Natán aléjose, en el desierto, vagando como un alma en pena, entre las gacelas.

Pasaron los siglos, y los pies del tiempo derrumbaron las obras de las edades. Los antiguos dioses se ausentaron de la tierra, y otros dioses los sustituyeron; eran dioses de furia, áridos de ruinas y destrucción. Arrasaron el hermoso templo de la Ciudad del Sol, y destruyeron sus hermosos palacios. Sus otrora verdes jardines se secaron, y los fértiles campos se convirtieron en tierras desoladas. En aquel valle sólo quedaron ruinas, espectros del ayer que recordaban el débil eco de salmos cantados a las pasadas glorias. Pero las edades, al pasar y barrer las obras del hombre, no pueden destruir sus sueños, ni debilitar sus más hondos sentimientos y emociones; los sentimientos y las emociones son perdurables, como el espíritu inmortal. Acaso se escondan a veces; pero sólo se ocultan temporalmente, como el sol en el ocaso, o como la luna, cuando se acerca la mañana.

II

PRIMAVERA DE 1890

El día estaba muriendo, la luz se desvanecía mientras el sol recogía sus ropajes de las llanuras de Baalbek. Alí Husaini conduca su rebaño hacia las ruinas del templo, y se detuvo para sentarse en las caídas columnas. Parecían las costillas de un soldado que se hubieran dejado allí hacía mucho tiempo, rotas en la batalla y desnudadas por los elementos. Las ovejas se reúnen en torno de él, paciende, y sintiéndose protegidas por las melodías de su flauta.

Llegó la medianoche, y los cielos arrojaron las semillas del mañana en sus oscuras profundidades. Los párpados de Alí se sintieron cansados de los espectros de la vigilia. Su mente estuvo fatigada de las procesiones de seres imaginarios, marchando en el silencio profundo, entre aquellos muros en ruinas. Apoyó su cabeza en el brazo al sentir que el sueño se deslizaba por todo su cuerpo y suavemente cubría su insomnio con los pliegues de su velo, como una niebla ligera cuando toca la superficie de un calmado lago.

Olvidó su ser terrestre-, y vio su ser espiritual; su ser oculto se llenó de ensueños que trascienden las leyes y las enseñanzas de los hombres. Apareció ante sus ojos una

extraña visión, y se le revelaron las cosas ocultas. Su espíritu se desprendió de la procesión del tiempo que se apresura hacia la nada. Se irguió solitario ante las cerradas filas de pensamientos y encontradas emociones. Supo, o intuyó, por primera vez, las causas del hambre espiritual que atormentaba a su juventud. Era un hambre en la que se conjugaban todas las amarguras y todas las dulzuras de la existencia. Era una sed que hacía surgir en un solo grito la ansiedad y la serenidad de la plenitud. Era un anhelo que aun toda la gloria de este mundo no puede opacar, y el curso de la vida no lo puede ocultar.

Por primera vez en su existencia, Al-Husaini sintió una extraña sensación ante las ruinas de aquel templo. Fue una sensación sin forma, el recuerdo de incienso saliendo de los incensarios. Un sentimiento obsesivo que tocaba las fibras de su espíritu como los dedos del músico, las cuerdas de su lira. Y surgía aquella sensación del ámbito de la nada; o acaso de sí mismo... Fue creciendo la sensación hasta que abrazó todo su ser espiritual. Sintió su alma invadida por un éxtasis -parecido a la muerte, en su oscuridad y en su dulzura, con un dolor grato en su amargura, acariciador en su dureza. Era algo que surgía de los vastos espacios de un minuto de duermevela. Un minuto que dio nacimiento a las formas de todas las edades, así como todas las naciones nacen de una semilla.

Al mirar el templo en ruinas, y su fatiga dio lugar a un despertar del espíritu. Percibió claramente, en su forma original, las ruinas del altar, y los lugares de las columnas caídas, y las bases de los muros derribados. Sus ojos se deslumbraron, y su corazón latió con fuerza; como si un ciego recobrara la vista, de pronto, y empezó a ver, y reflexionó. Y de aquel caos de pensamientos confusos, mezclado con la reflexión nacieron los fantasmas del recuerdo, y lo recordó todo. Recordó aquellos pilares cuando se erguían majestuosos y orgullosos; recordó las lámparas de plata y los incensarios rodeando la imagen de una diosa reverenciada. Recordó a los venerables sacerdotes llevando sus ofrendas ante el altar recubierto de marfil y oro. Recordó a las doncellas cantando alabanzas a la diosa del amor y de la belleza. Recordó todo aquello con certera claridad. Sintió que las figuras de las cosas dormidas cobraban vida, en los silencios de su profundo ser. Pero el recuerdo sólo le trajo formas confusas, y el recuerdo sólo nos trae los ecos de las voces que una vez oímos. Era más que un recuerdo; ¿cuál era el lazo de unión que juntaba esos recuerdos de una vida pasada, de un joven criado entre las tiendas, que había vivido la primavera de su existencia cuidando de su rebaño en los valles salvajes?

Al levantarse y caminar entre las ruinas y las piedras rotas. Aquellos distantes recuerdos alzaron el velo del olvido en los ojos de, su mente, como cuando una mujer aparta una telaraña de su espejo. Así, pensando en estas cosas, llegó al centro mismo del templo, como si una atracción mágica hubiera guiado sus pasos. Y de pronto, vio ante él una estatua rota, que yacía en el suelo. Involuntariamente, se postró ante aquella imagen. Los sentimientos religiosos fluían en el interior de él, como la sangre de una herida abierta; sus latidos eran como las olas del mar, al levantarse y caer. Lanzó un suspiro, sintiéndose humilde y reverente, y lloró. Al fin, pues sintió una desoladora pena, una soledad inmensa, y una distancia aniquiladora, que separaban a su espíritu de aquel espíritu de belleza que estaba a su lado antes de vivir su vida actual. Sintió su esencia misma, como parte de una llama que Dios había separado de su ser antes del principio de los tiempos. Sintió el aleteo leve del alma en sus huesos presa de la fiebre, y en las silentes células de su cerebro sintió que un potente y sublime amor se apoderaba de su alma y de su corazón. Un amor que revelaba al espíritu las cosas ocultas del

espíritu, y que separaba con su poder a la mente de las regiones de las medidas y de la pesantez. Un amor que oímos hablar cuando las lenguas de la vida están silentes; que contemplamos como un pilar erguido, como una columna de fuego, cuando la oscuridad oculta a todo ser y a toda cosa. Este amor y este ser infinito habían descendido al espíritu de Al, y habían despertado en él sentimientos amargos y dulces a la vez, así como el sol da a las flores hermosura, pero también espinas.

¿Qué es este amor? ¿De dónde viene? ¿Qué pide a un joven que reposa junto a su rebaño entre los templos en ruinas? ¿Qué es ese vino que fluye por las venas de aquel a quien dejaron indiferente las hermosas doncellas?

¿Qué significaba ese amor y de dónde provenía? ¿Qué quería Al, que sólo se ocupaba de sus ovejas y de tocar la flauta, apartado de los hombres? ¿Acaso era algo sembrado en su corazón por las bellezas terrestres, sin que sus sentidos se hubieran dado cuenta? ¿O acaso era una brillante luz cubierta por el velo de la niebla, y que empezaba a iluminar el vacío de su alma? ¿O acaso era un sueño que había llegado en la quietud de la noche para burlarse de él, o bien una verdad que había existido y existiría desde el principio hasta el fin de los tiempos?

Al cerró los ojos llenos de lágrimas y extendió las manos como un mendigo en busca de piedad. Sintió que su espíritu temblaba, de ese temblor salieron sollozos que al mismo tiempo eran quejas y fuego de ansiedad. Con voz casi inaudible como un tenue suspiro, Al preguntó:

- ¿Quién eres tú, que estás tan cerca de mi corazón sin que te puedan ver mis ojos, separándome de mí mismo, y uniendo mi presente a las distantes y olvidadas edades? ¿Eres una ninfa, un espíritu que llega desde el mundo de los inmortales para hablarme de la vanidad de la vida y de la fragilidad de la carne? ¿Acaso eres el espíritu de la reina de los genios que ha salido del seno de la tierra para esclavizar mis sentidos y convertirme en la risa de los jóvenes de mi tribu? ¿Quién eres tú, y que es esta tentación, que avanza sin obstáculos y destruye, apoderándose de mi corazón? ¿Qué sentimientos son éstos que me llenan de fuego y de luz? ¿Quién soy yo, y quién es este nuevo ser al que llamo "yo", pero que es extranjero para mí mismo? ¿Acaso la fuente de la vida que absorbo con las partículas del aire y yo mismo nos hemos convertido en un Ángel que ve y oye todas las cosas secretas? ¿Acaso estoy ebrio con el aliento del Demonio, y estoy ciego a las cosas reales?

Al permaneció callado largo rato; su emoción cobró fuerza y su espíritu pareció crecer. Luego, volvió a hablar, y dijo:

- ¡Oh tú, que te revelas al espíritu y te acercas a él, oculto en la noche y distante, oh hermoso espíritu que vagas en los espacios de mis sueños, has despertado en mí sentimientos que dormían como semillas de flores ocultas bajo la nieve, y que has pasado como una brisa, vehículo del aliento de los campos. Has tocado mis sentidos hasta hacerlos entremecerse como las hojas de un árbol. Deja que te vea, si acaso tienes cuerpo y sustancias. Ordena al sueño que cierre mis arpados, para que pueda verte en mi sueño, si estás libre de las ataduras de la tierra. Dame tocarme; deja que oiga tu voz. Aparta el velo que cubre todo mi ser y destruye la tela que oculta lo que hay en mí de divino. Dame alas, para que pueda volar en pos de ti hasta las regiones en que se reúnen los espíritus si eres un habitante de esas regiones. Toca con tu magia mis arpados, y te seguiré hasta los secretos lugares donde moran los buenos genios, si eres una de las ninfas. Coloca tu mano invisible en mi corazón, y llámame, si tienes el poder de hacer que te sigan tus elegidos.

Así susurró Al en los oídos de la oscuridad las palabras que surgían del eco de una

melodía en las profundidades de su corazón. Entre su visión y lo que le rodeaba flotaban los fantasmas de la noche, como incienso que saliera de sus ardientes lágrimas. Y en las paredes del templo aparecieron mágicas pinturas coloreadas con los tonos del arco iris.

Así transcurrió una hora. Sintió regocijo en medio de sus lágrimas y se alegró en medio de su pena; escuchó los latidos de su corazón y miró más allá de todas las cosas sensibles, como si las formas de esta vida se fueran borrando, y en su lugar apareciera un maravilloso sueño lleno de belleza y de imponentes imágenes. Como un profeta que mira los astros de los cielos buscando inspiración divina, así esperó los próximos minutos. Su respiración anhelante se convirtió en un calmado aliento y su espíritu pareció salir de él y vagar en torno de él, y luego retornar, como si estuviera buscando entre aquellas ruinas el espíritu de un ser querido.

Despuntó la aurora y el silencio tembló al paso de la brisa. Los vastos espacios sonrieron como aquel que duerme y ve en sueños la imagen del ser amado. Surgieron pajarillos de las grietas de las ruinosas paredes y avanzaron entre los pilares, cantando, y llamándose, y saludando la llegada del día. Así se puso en pie y se llevó la mano a la frente con fiebre; luego, miró en torno de él como quien no sabe en dónde está. Luego, como al abrir los ojos con el aliento de Dios, miró ante él, maravillado. Se acercó a sus ovejas y las llamó; éstas se levantaron, se sacudieron y trotaron calmadamente detrás de él hacia los verdes pastizales.

Al caminar al frente de su rebaño, con los grandes ojos fijos en la serena atmósfera. Sus sentidos interiores huyeron de la realidad, para revelarles los secretos y las cosas ocultas de la existencia; para, hacerle ver lo que había sucedido en las edades pasadas y lo que todavía tenía que ocurrir, y la visión fue como un relámpago que le hizo olvidarse de todo y volver a su angustia y a su vago anhelo. Y encontró entre él mismo y el espíritu de su espíritu un velo como una pantalla entre el ojo y la luz. Suspiró, y pareció surgir una llama de su ardiente corazón.

Llegó al arroyo cuyos murmullos proclamaban los secretos de los campos, y se sentó en su orilla, debajo de un sauce cuyas ramas se sumergían en el agua, como si quisieran succionar la dulzura del líquido elemento. Las ovejas pacían cerca de él, y el rocío de la mañana resplandecía en la blancura de los vellocinos.

Al cabo de un minuto, así volvió a sentir que se aceleraban los latidos de su corazón y volvió a sentir también la inquietud de su espíritu. Como aquél que despierta a los rayos del sol, volvió la mirada en torno de él y vio que una muchacha que llevaba un catarro en el hombro surgía de entre los árboles. Lentamente, la joven caminaba hacia el arroyo; sus pies descalzos estaban hmedos de rocío, y cuando se aproximó al borde del arroyo miró hacia la ribera opuesta, y su mirada se encontró con la de él. La joven lanzó un grito, dejó caer el catarro al suelo y retrocedió unos pasos. Era la actitud de quien vuelve a encontrar a alguien que se había extraviado.

Pasó un minuto, cuyos segundos fueron como lámparas que alumbraban el camino entre ambos corazones, se creó del silencio una extraña melodía que envolvió a ambos jóvenes en el eco de vagos recuerdos, y que los llevó a otro sitio, rodeados de sombras y de figuras, muy lejos de aquel arroyo y de aquellos árboles. Se miraron uno al otro con implorantes miradas, y cada uno encontró favor en los ojos del otro, y escuchó los suspiros del otro con los oídos del amor.

Se comunicaron en todas las lenguas del espíritu, y cuando la plena comprensión y el pleno conocimiento estuvo en sus dos almas gemelas, así cruzó el arroyo, como guiado por un invisible poder. Se acercó a la muchacha, la abrazó, y le besó los labios, el

cuello y los párpados. La joven permaneció inmóvil en brazos de Al, como si la dulzura de aquel abrazo le hubiera robado la voluntad, y como si aquellas caricias tiernas le hubieran quitado toda su fuerza. Se entregó a las caricias como la fragancia del jazmín a las corrientes de aire. Apoyó la cabeza en el pecho de su amado, como un ser lleno de fatiga y que al fin encuentra el reposo, y suspiró profundamente, con un suspiro que expresara el nacimiento de la dicha y de la calma en un corazón solitario, y que expresara también el palpitar de la vida que había estado durmiendo, y que en ese momento despertaba. La joven alzó la cabeza y miró a los ojos de su amado, con esa mirada que no necesita del lenguaje habitual de los hombres y que elige el silencio para expresar el amor; era el lenguaje del espíritu; era la mirada de quien no se conforma con que el amor sea un alma prisionera en el cuerpo de las palabras.

Ambos amantes caminaron entre los sauces, y la individualidad de cada uno fue un lenguaje de dos individualidades fundidas en un solo ser; y los oídos escucharon en silencio la inspiración del amor, y los ojos contemplaron la gloria de la felicidad. Las ovejas los seguían, mordisqueando las flores y las hierbas, y los pajarillos surgían de todas partes, acompañados con trinos encantadores.

Al llegar los dos amantes al otro extremo del valle, el sol ya había salido por completo, extendiendo en las alturas un manto dorado. Tomaron asiento en una roca que protegía con su sombra a unas tímidas violetas. La muchacha fijó la mirada en los negros ojos de Al, mientras la brisa jugaba con los cabellos del joven, y era como si unos labios invisibles la estuvieran besando. Sentía que unos dedos mágicos le acariciaban la lengua y los labios, avasallando su voluntad. Al cabo de un rato, la muchacha habló y dijo, con una dulzura que casi fue una herida en el alma de Al:

-¿Alguna vez ha hecho que nuestras almas regresen a esta vida, amado mío, para que las delicias del amor y la gloria de la juventud no nos sean extrañas.

Al cerrar los ojos, porque la música de aquellas palabras cristalizaron las formas de un sueño que había tenido a menudo. Sintió que invisibles alas lo transportaban lejos de aquel sitio, hasta un recinto de extraña forma. Allí se vio a sí mismo en pie, al lado de un lecho en el que yacía el cuerpo de una hermosa mujer, cuya belleza se había llevado la muerte al quitarle el calor de los labios. Gritó, angustiado, al contemplar aquella horrible escena. Luego, abrió los ojos y vio a la doncella, sentada al lado de él; en aquellos labios había una sonrisa de amor, y en...aquella mirada fulguraban los rayos de la vida. El rostro de Al se iluminó, su espíritu se sintió reconfortado, huyeron las visiones aterradoras, y se olvidó del pasado y del futuro...

Los amantes se abrazaron y bebieron el vino de los labios hasta satisfacer su sed de amor. Durmieron uno en brazos del otro hasta que las sombras se disiparon, y hasta que el calor del sol los despertó.

YUHANNA EL LOCO

I

Durante el verano, Yuhanna salía todas las mañanas a los campos, conduciendo sus bueyes y llevando al hombro el arado, mientras escuchaba los trinos de los pájaros y el murmullo del viento en las hojas de los árboles. A mediodía se sentaba a orillas del danzante riachuelo que se abría paso entre los verdes prados, y allí comía, dejando siempre los restos de su comida en la hierba, para los pajarillos. Por las tardes, al ocultarse el sol y llevarse la luz del día, volvía a su humilde morada, en las colinas,

desde donde podían verse las aldeas del norte del Líbano. Allí, se sentaba a la mesa en compañía de sus ancianos padres, y escuchaba en silencio su conversación, y sus comentarios sobre los acontecimientos diarios, y poco a poco se apoderaba de él un sueño reparador.

Durante el invierno se sentaba junto al fuego de la chimenea y escuchaba los suspiros del viento y el grito de los elementos, observando cómo una estación del año sucede a la otra. Miraba desde su ventana los valles cubiertos con su manto de nieve, y los árboles desprovistos de hojas, como una multitud de menesterosos abandonados al intenso frío y a los vientos huracanados. En las largas noches invernales permanecía despierto mucho tiempo después de que sus padres se habían retirado a dormir. Y abra un viejo arcón de madera, del que sacaba el libro de los evangelios, para leerlo en secreto al débil resplandor de una lámpara, y de cuando en cuando miraba en dirección de su padre dormido, que le había prohibido leer el santo libro. La prohibición obedecía a que los sacerdotes no permitían a la gente, sencilla e ignorante asomarse a los secretos de las enseñanzas de Jesús. Y si leían el libro, la iglesia los excomulgaba. Así pasaba Yuhanna los días de su maravillosa juventud, entre aquellos campos de maravillosa belleza y el libro de Jesús, lleno de luminosas enseñanzas y de valores espirituales. Siempre que hablaba su padre, Yuhanna permanecía silencioso, escuchándolo con respeto. A veces, se sentaba entre sus compañeros jóvenes como él, y también permanecía silencioso, mirando por encima de ellos la línea en donde la luz crepuscular tocaba el azul del cielo. Siempre que iba a la iglesia volvía de ella sintiendo tristeza, porque las enseñanzas que se impartían desde el púlpito y desde el altar no eran como las que él leía en los Evangelios. Además, Yuhanna observaba que la vida de los fieles y de los pastores espirituales no era la hermosa vida de la que había hablado Jesús el Nazareno.

Volvió la primavera a los campos y a los prados, y la nieve se fundió. En las cumbres de las montañas quedó todavía un poco de nieve, que después se derritió también y corrió por las laderas convertida en arroyo que serpenteaba por los bajos valles. Pronto los riachuelos se juntaron hasta formar ríos más anchos, cuyos torrentes anunciaban a todos que la Naturaleza había despertado de su sueño. Los manzanos y los nogales florecieron, y los álamos y los sauces adquirieron nuevas hojas; en las alturas surgió la verde hierba y se abrieron las flores. Yuhanna se hastió de su existencia junto a la chimenea; el ganado se inquietaba en el establo, hambriento de verdes pastos, pues la provisión de paja y centeno ya casi se había acabado. Así pues, Yuhanna liberó al ganado de su encierro y lo condujo a campo abierto. Llevó su Biblia oculta bajo la capa, para que nadie la viera, y llegó al prado cercano al extremo del valle, contiguo a los campos de un monasterio que alzaba su negra silueta como una torre entre las cuestas de las colinas. Allí, el ganado se dispersó a pastar. Yuhanna se sentó, apoyando la espalda en una roca, y contempló el valle en toda su belleza, mientras, de tiempo en tiempo, leía el libro que le hablaba del reino de los cielos.

Era un día de fines de cuaresma, en que los aldeanos, que se habían abstenido de comer carne, esperaban con impaciencia la llegada de la Pascua Florida. Pero Yuhanna, como todos los campesinos pobres, no sabía la diferencia que hay entre los días de ayuno y los días de abundancia; para él, toda la existencia era un largo día de ayuno. Su alimento consistía de una hogaza de pan, amasada con el sudor de su frente, y de fruta comprada con el producto de rudo trabajo. Para él, la abstinencia de la carne y de ricos manjares era algo natural. Y el ayuno no le producía hambre corporal, sino espiritual; le comunicaba la tristeza del Hijo del Hombre y el término de la vida de

Jesús en la Tierra.

Los pajarillos revoloteaban. en torno a Yuhanna, llamándose unos a otros, y había bandadas de palomas que volaban sobre su cabeza; las flores se mecían suavemente al compás de la brisa bañándose en los calurosos rayos del sol. Y Yuhanna leía, concentrado en su libro, y de tiempo en tiempo alzaba la cabeza reflexionando en lo que leía: Veía las cúpulas de las iglesias de las aldeas esparcidas por el valle, y oía el tañer de las campanas. Cerró los ojos, y dejó que su espíritu se remontara a través de los siglos hasta la vieja Jerusalén, para seguir las huellas de Jesús por las calles; preguntando a los transeúntes por Él. Imaginó que le respondían: "Aquí, Él curó a los ciegos y a los paralíticos. Allí, le hicieron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza. En estas calles Él detuvo su paso y habló a la gente en parábolas. En ese sitio lo ataron a un pilar y le escupieron el rostro, y lo flagelaron. -En ese jardín le perdonaron a la ramera sus pecados. Allí Él cayó bajo el peso de la cruz."

Pasaron las horas, mientras Yuhanna sufría con la agonía del cuerpo del Hombre-Dios, y se exaltaba con Él en espíritu. Al levantarse Yuhanna, el sol estaba en el cenit. Miró en torno de Él, y buscó a sus vacas por todas partes, perplejo ante su desaparición en aquellos pastizales planos. Y al llegar al camino que se interna por los campos como las líneas de la palma de la mano, vio a lo lejos a un hombre vestido de negro, en pie, en medio de los jardines. Apresuró el paso para ir a su encuentro, y al acercarse vio que era uno de los monjes del monasterio. Yuhanna inclinó la cabeza, saludó al monje y le preguntó si había visto a sus becerros en los jardines.

El monje, tratando de ocultar su cólera, miró intensamente a Yuhanna y le contestó en tono áspero:

-Sí, los he visto; allí están; ven conmigo, y los verás. Yuhanna siguió al monje, hasta que llegaron al monasterio, allí, vio a sus becerros encerrados en un corral, atados con sogas y custodiados por otro monje. Aquel monje llevaba en la mano una gruesa vara, con la que pegaba a las bestias cada vez que se movían. Al intentar Yuhanna entrar en el corral para llevarse a sus animales, el monje lo asió de la capa y, volviendo la cabeza hacia la puerta del monasterio, gritó:

- ¡Aquí está el pastor culpable; lo he capturado!

Al oír aquel grito, los sacerdotes y los monjes acudieron, encabezados por el superior, que se distinguía de sus compañeros por su ropa fina tela y sus facciones severas. Rodearon a Yuhanna como soldados que se disputaran el botín. Yuhanna se dirigió al superior y le dijo en tono amable:

-¿Qué he hecho para que me llames criminal, y por qué me habéis capturado?

El superior le contestó con voz ríspida:

-Has traído a pastar a ese ganado en tierras del monasterio, y han echado a perder nuestras vides. Nos hemos apoderado de los animales porque el pastor es responsable del daño que ocasione el ganado.

El airado rostro del superior se hizo más severo conforme hablaba. Yuhanna respondió, humilde:

-Padre, son criaturas sin inteligencia, y yo soy un pobre hombre que no posee sino las fuerzas de sus brazos y estáis bestias. Permítame que me las lleve, y le prometo no volver nunca por estos prados.

El padre superior dio un paso hacia adelante, alzó la mano señalando hacia el cielo y dijo:

-Dios nos ha colocado en este sitio, y nos ha confiado la custodia de esta tierra, que fue la tierra de su elegido, el profeta Elías. Custodiamos esta tierra de día y de noche,

pues es una tierra sagrada; los que se acerquen a ella serán consumidos por el fuego eterno. Si te niegas a dar cuenta de tus actos ante el monasterio, el pasto se convertirá en veneno en las entrañas de tus bestias. Y no habrá escapatoria para ti, pues retendremos las bestias en nuestro corral, hasta que hayas pagado los daños.

Ya se marchaba el superior cuando Yuhanna le detuvo, y le dijo con voz suplicante:

-Le ruego, mi señor, por aquellos sagrados días en que Jesús sufrió por nosotros y María lloró de dolor, que me deje irme con mis bestias. No se ensañe conmigo; yo soy un hombre pobre, y el monasterio es rico y poderoso. Seguramente me perdonará mi tontería y tendrá piedad de mi padre.

El superior lo miró con burla y desprecio, y le dijo:

-El monasterio no te perdonará ni el valor de un solo grano, está pido; no importa que seas rico o pobre. Y no eres nadie para conjurarme en nombre de las cosas sagradas, pues sólo nosotros sabemos los secretos de los sagrados misterios. Para poder llevarte tus animales tendrá que pagar tres denarios por el daño que han causado.

-Padre -dijo Yuhanna con voz temblorosa-, no tengo nada; ni una moneda de cobre. Tenga compasión de mí y de mi pobreza.

El superior se acarició la tupida barba y dijo:

-En ese caso, máchate y vende parte de tus tierras, y vuelve con los tres denarios. ¿No es mejor para ti entrar en el reino de los cielos, aunque no poseas ni un pedazo de tierra,

que atraerte la ira de Dios con tus testarudos argumentos ante su altar, e ir al infierno, donde todo es fuego eterno? Yuhanna permaneció callado un rato. Luego, sus ojos se iluminaron y en sus facciones se advirtió una gran alegría. Su actitud cambió, desde súplica, a la actitud de fuerza y resolución. Cuando volvió a hablar, en su voz había el conocimiento y la determinación de la juventud:

-¿Deben los pobres vender la tierra con la que ganan el pan diario, para llenar más los cofres del monasterio donde abundan el oro y la plata? ¿Acaso los pobres deben ser más pobres y morir de hambre para que el gran Dios perdone los pecados de unas bestias hambrientas?

El superior alzó la cabeza con soberbia y replicó:

-Jesús el Cristo dijo: "A todo aquel que tenga se le dará más, en abundancia; pero a aquel que nada tenga se le quitará hasta lo poco que tenga."

Al oír Yuhanna estas palabras sintió que su corazón latía más aprisa; sintió que su espíritu ganaba estatura. Era como si la tierra estuviera creciendo a sus pies. Sacó de su bolsillo su Biblia; como el guerrero que desenfunda su espada para defenderse, y exclamó:

- ¡Así os burláis de las enseñanzas de este libro, hipocritas, y usáis lo más sagrado para difundir el mal! ¡Pobres de vosotros cuando el Hijo del Hombre venga por segunda vez y convierta en ruinas vuestros monasterios, esparza sus piedras en el valle y queme con fuego vuestros altares y vuestras imágenes! ¡Caiga sobre vosotros la inocente sangre de Jesús, y las lágrimas de su madre, que os llevarán a las profundidades del abismo! ¡Ay de vosotros, que adoráis los dolos de vuestra codicia y que ocultáis en vuestros negros hábitos la negrura mayor de vuestras acciones! ¡Ay de vosotros, que movéis los labios recitando plegarias, mientras vuestros corazones son duros como la roca; que os inclináis humildemente ante los altares, pero que en vuestras almas os reveláis contra Dios! En vuestra dureza de corazón me habéis traído a este sitio como un transgresor que ha tomado un poco de pasto de la tierra que el sol ha nutrido para todos nosotros. Cuando os ruego en, nombre de Jesús y de los días de su pasión, os burláis

de mí como de alguien que no sabe lo que dice. Tomad este libro, y leedlo, y mostradme cuándo Jesús no perdona. Leed esta divina tragedia y decidme cuándo habló Jesús sin misericordia y sin compasión.

¿Fue en el sermón de la montaña, o en sus enseñanzas en el templo, ante los perseguidores de la ramera, o en el Gólgota, cuando abrió los brazos en la cruz para abrazar a toda la humanidad? Mirad hacia abajo, todos vosotros, los duros de corazón y contemplad estas pobres aldeas en cuyas moradas los enfermos agonizan en lechos de dolor; mirad esas prisiones en que los desventurados ven pasar los días con desesperación; observad esas ricas puertas a las que acuden los mendigos; ved esos caminos en los que duerme el forastero pobre, y ved en esos cementerios cómo lloran la viuda y el huérfano. En cambio, vosotros vivís aquí en la ociosidad y en la molición, gozando del fruto de la tierra y de las uvas de la vid. Nunca visitáis a los enfermos ni a los presos; jamás ofrecéis alimento a quien tiene hambre, ni dais refugio al forastero, ni consoláis a los que sufren. Y no os contentáis con lo que tenéis y habéis robado a nuestros antepasados; extendéis las manos como la serpiente venenosa extiende la cabeza para robar a la viuda el trabajo de sus manos, y al campesino, sus ahorros para la ancianidad.

Yuhanna dejó de hablar para tomar aliento, y luego prosiguió, con la cabeza erguida orgullosamente, pero dijo en tono sereno:

-Vosotros sois muchos, y estoy solo. Haced conmigo lo que gustéis. La oveja puede ser presa de los lobos en la oscuridad de la noche, pero su sangre manchará las piedras del valle hasta que llegue la aurora y salga el sol.

Así habló Yuhanna, y en su voz había una fuerza de inspiración; una fuerza que mantenía inmóviles a los monjes y les causaba creciente ira. Los monjes temblaron de rabia y rechinaron los dientes como leones hambrientos, esperando una señal del jefe para caer sobre el joven y destrozarlo. Permanecieron callados hasta que Yuhanna dejó de hablar, y quedó en silencio, como la calma después de una tempestad que ha destrozado las ramas más altas de los árboles y las más fuertes plantas. Luego, el superior gritó, lleno de ira:

- ¡Apodóense de ese miserable pecador; quítenle el libro y hánndanlo en una oscura celda; los que maldicen a los elegidos de Dios no tendrán perdón, ni aquí ni en el otro mundo!

Los monjes se abalanzaron sobre Yuhanna como el león sobre su presa; le ataron los brazos y se lo llevaron a una pequeña celda, y antes de echar cerrojo a la puerta magullaron su cuerpo con golpes y puntapiés.

Y en aquel oscuro sitio yacía Yuhanna, el vencedor, a quien una ingrata fortuna había hecho cautivo de sus enemigos. Por una estrecha hendidura de la pared miró el valle, que reposaba a la luz del sol. Su rostro se iluminó y su espíritu sintió el abrazo de una resignación divina; se apoderó de él una dulce tranquilidad. La reducida celda mantenía en prisión su cuerpo, pero su espíritu se sentía libre, y vagaba con la brisa entre los prados y las ruinas. Las manos de los monjes habían lastimado sus miembros, pero no habían tocado sus más profundos sentimientos; y en ellos sentíase en paz y seguro, en compañía de Jesús de Nazareth. La persecución no hace daño al justo, ni la opresión destruye a quien está del lado de la verdad. Sócrates bebió la cicuta sonriendo; Pablo se regocijó cuando lo apedrearon. Sólo nos daña oponernos a la oculta conciencia, pues cuando la traicionamos, nos hiere.

Los padres de Yuhanna se enteraron de lo que había ocurrido a su único hijo. La madre acudió al monasterio caminando con ayuda del bastón, y se arrojó a los pies del padre

superior. Lloró y le besó las manos e imploró perdón para su hijo y su ignorancia. El padre Prior alzó los ojos al cielo como quien está al borde de las cosas de este mundo, y le dijo a la mujer:

-Podemos perdonar el atolondramiento de tu hijo y ser tolerantes con su tontería, pero el monasterio tiene derechos sagrados que deben respetarse. Nosotros, en nuestra humildad, perdonamos a los ofensores de los hombres, pero el gran Elías no perdona a quienes profanan sus viñedos y a los que llevan a pastar las bestias en su sagrada tierra.

La madre miró al monje mientras le corrían amargas lágrimas por las arrugadas mejillas. Luego, se quitó del cuello un collar de plata, y poniéndolo en la mano del monje, le dijo:

-Padre, lo único que tengo es este collar que mi madre me regaló el día de mi boda. Espero que el monasterio lo acepte como pago de la culpa de mi único hijo.

El padre superior tomó el collar y lo guardó en su bolsillo, y mientras aquella madre le besaba las manos con gratitud, le dijo:

- ¡Ay de esta generación, que ha interpretado al revés los versículos del libro sagrado y que ha comido uvas amargas! Ve en paz, buena mujer, y ruega al Cielo que cure a tu hijo y le devuelva la razón.

Yuhanna salió de la prisión y caminó lentamente conduciendo su ganado; a su lado iba su madre, apoyada en un bastón y doblada bajo el peso de los años. Cuando llegaron a la cabecera, el muchacho encerró a las bestias en el establo y se sentó en la ventana, en silencio, contemplando la luz del ocaso. Al poco rato, oyó que su padre le susurraba al oído a su madre:

-Sara, muchas veces te he dicho que nuestro hijo era débil de cabeza, pero nunca estuviste de acuerdo conmigo. Ahora, no me contradigas, porque sus actos han dado razón a mis palabras. Lo que te dijo ahora el padre superior te lo he estado diciendo desde hace años.

Yuhanna se quedó inmóvil, mirando hacia el oeste, donde los rayos del sol poniente coloreaban las densas masas de nubes.

II

Era el tiempo de la Pascua Florida, y a los días de ayuno sucedieron los días de regocijo. Se había terminado el nuevo templo, que se alzaba sobre las casas de Besharr, como el palacio de un príncipe en medio de las humildes moradas de sus súbditos. La gente estaba reunida y esperaba la llegada del obispo, que iría a consagrar el santuario y los altares. Y cuando ya se acercaba la hora de la llegada del prelado, la gente salió de la aldea en procesión, y el dignatario entró con ellos en la aldea en medio de cantos de alabanza de los campesinos y de cánticos solemnes de los sacerdotes, entre música de címbalos y tañer de campanas. Al apearse el obispo de su caballo que llevaba una hermosa silla y brida de plata; salieron a recibirlo los religiosos y los notables de la aldea, que le dieron la bienvenida con solemnes palabras y cantos litúrgicos. Al llegar el obispo a la nueva iglesia lo revistieron con ropas talaras bordadas de oro, y le pusieron una corona incrustada de piedras preciosas. Luego le dieron el báculo finamente tallado y lleno de gemas. Recorrió toda la iglesia, cantando en compañía de los demás sacerdotes, mientras en el aire ascendían volutas de rico incienso perfumado, y ardían muchas velas encendidas.

En aquella hora, Yuhanna estaba entre los pastores y campesinos, en un estrado

observando el espectáculo con mirada triste. Suspiraba amargamente al ver, por un lado, ropas de seda y vasos de oro, incensarios y costosas lámparas de plata, y por otro lado veía a los campesinos vestidos pobremente, que habían acudido de sus pequeñas aldeas a regocijarse con el festival y con la ceremonia de la consagración. Por un lado, veía a los poderosos vestidos de terciopelo y raso; por el otro, los miserables iban cubiertos de lastimosos harapos. La riqueza y el poder daban lustre a la religión con los cantos litúrgicos; y los pobres, humildes y debilitados, se regocijaban con los misterios de la Resurrección. Las plegarias y los susurros que surgían de los corazones rotos flotaban en el éter. Por un lado, los líderes y los notables estaban llenos de vida como los cipreses lozanos. Por otro lado, allí estaban los campesinos, los que se someten, cuya existencia es un barco capitaneado por la Muerte; aquellos cuyo timón está roto por las olas y cuyas velas desgarran el viento; la gente pobre, que se debate entre la angustia del abismo y el terror de la tormenta. Por un lado, la tiranía opresora; por otro, la ciega obediencia. ¿Acaso son parientes una y otra? ¿Acaso es la tiranía un árbol fuerte que sólo crece en tierras bajas? ¿No es acaso la sumisión un campo abandonado en el que sólo crecen espinas?

Estas tristes reflexiones y estos pensamientos torturantes ocupaban el ánimo de Yuhanna. Se golpeaba el pecho y se llevaba las manos a la garganta temiendo ahogarse, como si su aliento quisiera escaparse del pecho. Y así permaneció hasta que terminó la ceremonia de la consagración, cuando la gente empezó a dispersarse.

Yuhanna empezó a sentir que un espíritu que flotaba en el aire lo instaba a levantarse y a hablar en su nombre; en medio de la muchedumbre, un poder desconocido lo impulsaba a predicar ante el cielo y la tierra.

Fue Yuhanna al extremo de la plataforma y, alzando la mirada, hizo con la mano una señal hacia los cielos. Con voz potente que llamó la atención de los circunstantes, gritó: -Mira, ¡oh Jesús!, Hombre de Nazareth, que estás sentado en el círculo de luz en las alturas; mira desde la cúpula azul de los cielos esta tierra cuyos elementos te llevaste como tónica. Miranos, fiel campesino, pues las espinas han matado las flores cuyas semillas hiciste germinar con el sudor de tu frente. Mira, oh buen pastor, pues el cordero que llevaste en el hombro ha sido despedazado por bestias salvajes. Tu sangre inocente se desperdicia en la tierra, y tus ardientes lágrimas se han secado en los corazones de los hombres. La tibieza de tu aliento se ha esparcido en los vientos del desierto. Este campo hollado por tus pies se ha convertido en un campo de batalla donde los pies de los poderosos aplastan las costillas de los desposeídos; donde la mano del opresor ahoga el espíritu del débil. Los perseguidos gritan en la oscuridad, y quienes se sientan en los tronos, en tu nombre, no oyen tales gritos, tampoco oyen los llantos de los afligidos quienes predicán tus palabras desde los pulpitos. El cordero que te enviaste como mensajero del Señor de la vida se ha vuelto una bestia de rapiña que hace pedazos al cordero que te llevaste en brazos. El mundo de la vida que te trajiste desde el corazón de Dios está oculto en las páginas de los libros, y en vez de la vida hay un clamor de miedo y miseria en todos los corazones. Esta gente, oh Jesús, ha erigido templos y tabernáculos a la gloria de tu nombre, y los ha adornado con preciosas sedas y oro fundido. Para ello, han dejado desnudos a los pobres, tus elegidos, en las frías calles; sin embargo, los sacerdotes queman incienso y encienden velas. Les han robado el pan a los que creen en tu divinidad. Y mientras el aire forma eco a sus salmos y a sus himnos, los sacerdotes no oyen el clamor del huérfano ni las lamentaciones de la viuda. Por tanto, ven por segunda vez, oh Jesús, y arroja del templo a los que comercian con la religión, pues han hecho de ella un asqueroso nido

de vboras lleno de veneno. Ven, y amonesta a estos cōares que han robado a los pobres lo que es de Dios. Contempla la viaa que plant tu mano derecha. Los gusanos han devorado sus tiernas ramas y sus uvas son pisoteadas, sin provecho alguno. Considera a todos aquellos a quienes trajiste la paz, y ve c mo estÆ divididos, y c mo pelean entre s , y las v ctimas de sus guerras somos las almas turbadas y los corazones oprimidos. En los d as de fiesta y en las celebraciones religiosas, los sacerdotes alzan la voz deseando gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra y alegr a a todos los hombres. ¿Es tu Padre celestial glorificado cuando labios corruptos y lenguas mentirosas pronuncian su nombre? ¿Hay paz en la tierra cuando los hijos del sufrimiento aran los campos y ven que sus fuerzas se van debilitando a la luz del sol para llenar las bocas de los poderosos y las entraas de los tiranos? ¿Hay alegr a cuando los despose dos consideran la muerte como liberaci n? ¿QuØ es la paz, dulce Jes s? ¿Es eso que estÆ en los ojos de los niæos hambrientos y en los pechos de hambrientas madres que viven en moradas fras y oscuras? ¿Es lo que estÆ en los cuerpos de los menesterosos, que duermen en lechos de piedra soando con alimentos que nunca les llegan, pues los sacerdotes los arrojan a los cerdos? ¿QuØ es la alegr a, oh Jes s? ¿Existe alegr a cuando un prncipe puede comprar la fuerza de los hombres y el honor de las mujeres por unas cuantas monedas de plata? ¿Puede existir la alegr a en esos callados esclavos de cuerpo y alma cuyos ojos estÆ deslumbrados con las joyas y los anillos y las ropas de seda de los sacerdotes? ¿Hay regocijo en los gritos de los oprimidos cuando los tiranos caen sobre ellos espada en mano y aplastan los cuerpos de sus mujeres y de sus hijos con los cascos de los caballos, haciendo que la tierra se embriague con la sangre de los pobres? Extiende tu poderosa mano, oh Jes s, y sÆvanos, pues la mano del opresor pesa sobre nosotros. O envanos la muerte, que nos conduzca a la tumba, donde reposaremos en paz hasta tu segunda venida, protegidos por la sombra de tu cruz. Porque en verdad nuestra vida es s lo el reino de la oscuridad, cuyos habitantes son esp ritus malignos, y un valle donde las %erpientes y los dragones pululan. Nuestras vidas no son sino espadas que en la noche se ocultan en nuestros lechos y que en el d a cuelgan sobre nuestras cabezas siempre que el amor a la existencia nos conduce a los campos. Ten piedad de nosotros, oh Jes s, de estas multitudes que se re nen en tu nombre el d a de la Resurrecci n. Ten compasi n de nuestra debilidad y de nuestra humildad.

As habl Yuhanna mirando al cielo, mientras la gente lo rodeaba. Algunos aprobaron sus palabras y lo elogiaron; otros se enojaron y lo amonestaron.

Un campesino grit : - ¡Dice la verdad, y nos habla poniendo de testigo al Cielo, pues somos los oprimidos! Otro, coment : -Este hombre es un pose do del demonio y nos habla con la lengua de un esp ritu del mal.

Otro mÆ dijo: -Nunca hemos o do tantas tonteras, ni queremos escucharlas.

Y otro mÆ susurr al o do de su vecino: -Al or su voz, sent un temblor que estremeci mi coraz n, pues este hombre habl con un extrao poder.

Y aquel vecino le contest : -As es; pero nuestros pastores religiosos saben mÆ que nosotros de estas cosas; es un error dudar de ellos.

Y mientras los gritos surg an de todas partes y se convert an en un clamor como el de las olas del mar, que se dispersa y se pierde en el Øter, apareci un sacerdote que se apoder de Yuhanna y lo entreg a la polic a. Lo condujeron a la residencia del gobernador %o le hicieron preguntas a las que no contest , recordando que Jes s hab a permanecido callado ante sus perseguidores. As , pues, lo arrojaron en oscura cÆcel, y all durmi aquella noche Yuhanna, apoyando la cabeza en el muro de piedra.

Y a la mañana siguiente, el padre de Yuhanna se presentó ante el gobernador, a dar testimonio de la locura de su hijo. -Señor -dijo el padre de Yuhanna-, a menudo lo he oído balbucear en su soledad y hablar de cosas extrañas que no existen. Noche tras noche ha hablado en el silencio, con palabras extrañas, llamando a las sombras con voz terrible, como los hechiceros cuando formulan encantamientos. Pregunto a los muchachos vecinos que son sus compañeros, pues ellos saben que la mente de mi hijo se senta atraída por un mundo extraño. Cuando estos muchachos le hablaban, ¿rara vez les respondía, y cuando hablaba, las palabras de mi hijo eran confusas y nada tenían que ver con su conversación. Pregunten a su madre, pues ella, madre que nadie sabe que el alma de nuestro hijo ha perdido la razón. Muchas veces lo ha visto mirar el horizonte con la mirada perdida, y lo he oído hablar con pasión de los árboles, de los arroyos y de las flores, y de las estrellas, con lenguaje infantil y confuso. Pregunten a los monjes del monasterio, con los que tuvo una querrela el día de ayer, burlándose de las cosas santas y despreciando la santa vida que ellos llevan. Mi hijo está loco, señor, pero es amable con su madre y conmigo. Nos sostiene en nuestra ancianidad y provee a nuestras necesidades con el sudor de su frente. Soy misericordioso con él y con nosotros, y perdónale sus locuras en honor de sus padres.

Yuhanna fue puesto en libertad y cundió por todas partes la historia de su locura. Los jóvenes hablaban de él con burla, pero las doncellas lo miraban tristemente y decían:

-Los cielos son responsables de las cosas extrañas en los hombres. Así, en este joven la belleza se une a la locura, y la luz de sus bellos ojos está unida a la oscuridad de su alma enferma.

Entre las colinas y la pradera, cubierto con su vestido de plantas y flores estaba Yuhanna sentado cerca de sus becerros, que habían llegado a aquellos buenos pastizales huyendo de la violencia y de la lucha de los hombres. Yuhanna miraba, con los ojos enturbiados por las lágrimas, las villas y caseríos esparcidos en las cuevas del valle; y exhalando un hondo suspiro, repetía a menudo estas palabras:

-Vosotros sois muchos y yo estoy solo. Decid lo que queráis de mí, y haced conmigo lo que os plazca. La oveja puede ser presa de los lobos en la oscuridad de la noche, pero su sangre manchará las piedras del valle, hasta que llegue la aurora y vuelva a salir el sol.



THE MADMAN

HIS PARABLES AND POEMS



KAHLIL GIBRAN

GIBR' N KHALIL GIBR' N

PENSAMIENTOS Y MEDITACIONES (1961)

EL RETORNO DEL AMADO

Al caer la noche el enemigo huy con cortes de espada y heridas de lanza grabados en su espalda. Nuestros héroes hicieron ondear banderas de triunfo y entonaron cantos de victoria al ritmo de los cascos de sus caballos, que resonaban en; las piedras del valle. La luna ya se había levantado de atrás de Fam El Mizab. Las rocas, enormes y elevadas, parecían alzarse con el espíritu del pueblo, y el bosque de cedros semejaba una medalla de honor en el pecho del Líbano.

Continuaron su marcha, y la luna brilló por encima de sus armas. Las lejanas cavernas resonaron repitiendo sus cánticos de alabanza y victoria hasta que, al pie de una cuesta, los detuvo el relincho de un caballo que se erguía entre las rocas grises como esculpido en ellas.

En las cercanías del caballo encontraron un cuerpo, cuya sangre había manchado la tierra en que yacía.

Mostradme su espada y os diré quién es su dueño -gritó el jefe del escuadrón.

Algunos soldados desmontaron y rodearon al muerto. Uno de ellos dijo al jefe:

-Sus dedos cogen la empuñadura con toda su fuerza. Sería afrentoso quitarle la espada.

Otro dijo:

-La espada está cubierta por la sangre de la vida que había y que ahora oculta su metal.

Un tercero agregó :

-La sangre coaguló tanto sobre la mano como sobre la empuñadura, e hizo de ellas una sola pieza.

El jefe, entonces, desmontó y caminó hacia el cuerpo.

-Levantad su cabeza -dijo-, y dejad que la luna ilumine su rostro, de modo que podamos saber quién es.

Los hombres hicieron lo ordenado y el rostro del muerto apareció detrás del Velo de la Muerte, con signos de valor y nobleza. Era el rostro de un poderoso caballero y trasuntaba virilidad. Era el rostro de alguien que había chocado valientemente contra el enemigo y se enfrentaba a la muerte sonriendo. El rostro de un héroe libanés que, ese día, había dado testimonio del triunfo pero no había vivido para marchar y cantar y celebrar la victoria con sus camaradas.

Cuando sacaron el paño de seda de su pálido rostro y le limpiaron el polvo de la batalla, el jefe, como en agonía, gritó :

- ¡Es el hijo de Assaaby! ¡Qué terrible pérdida!

Y los hombres repitieron ese nombre, suspirando. El silencio, entonces, los cubrió, y sus corazones, embriagados por el néctar de la victoria, recuperaron la sobriedad, porque habían visto algo más grande que la gloria del triunfo en la pérdida de un héroe.

En esa escena de espanto se erguan como estatuas de mármol, y sus lenguas, tiesas, se encontraban mudas y sin voz. Esto es lo que la muerte hace con las almas de los héroes: llorar y lamentarse es cosa de mujeres, quejarse y gritar es propio de niños. Para el dolor de los hombres de armas lo único digno es el silencio, que atenaza el corazón con tanta fuerza como las garras del águila la garganta de su presa. Es ese

silencio que se eleva por encima de las Lágrimas y gemidos el que, en su majestad, agrega pavor y angustia a la desgracia, ese silencio que hace que el alma descienda de la cima de la montaña al abismo. Ese silencio que anuncia la llegada de la tempestad. Y cuando la tempestad no se hace presente es porque el silencio resulta más fuerte que ella.

Quitaron entonces la ropa al joven héroe para ver dónde había clavado la muerte sus aceradas garras y en, su pecho aparecieron las heridas, como labios que hablaban en la serenidad de la noche proclamando la valentía de los hombres.

El jefe se acercó al cuerpo y cayó de rodillas. Mirando mejor al guerrero muerto encontró un pañuelo bordado con hilos de oro atado en torno a su brazo y reconoció la mano que había hilado la seda, y los dedos que habían tejido su hebra. Lo guardó debajo de sus ropas y se apartó lentamente, ocultando con mano temblorosa su rostro agobiado. Hasta entonces esa mano había arrancado, con su fuerza, las cabezas del enemigo. Pero en ese momento temblaba porque había tocado el borde de un pañuelo atado por dedos amantes en torno del brazo de un héroe ya muerto, un héroe que volver a ella sin vida, sobre las espaldas de sus camaradas.

Mientras el espíritu del jefe fluctuaba analizando tanto la tiranía de la muerte cuanto los secretos del amor, uno de los hombres propuso:

-Cavemos una tumba debajo de aquel roble, para que las raíces puedan beber su sangre y las ramas reciban alimento de sus despojos. Ganaré en fuerza y se volveré inmortal; quedaré como símbolo que proclame a montes y valles su valentía y su fuerza.

-Llevémoslo al bosque de cedros y sepultémoslo al lado de la iglesia -agregó otro-: all sus huesos estarán eternamente custodiados por la sombra de la cruz.

-Enterrémoslo aquí -dijo otro-, donde su sangre ya se ha mezclado con la tierra. Y dejemos que la espada permanezca en su diestra. Coloquemos su lanza a su lado y sacrifiquemos su caballo sobre la tumba. Y que sus armas sean su alegría en la soledad.

Pero uno objetó :

-No enterremos una espada manchada con la sangre del enemigo ni sacrifiquemos un corcel que resistió a la muerte en el campo de batalla. No abandonemos en la soledad armas habitadas a la acción y a la fuerza: llevémosles a sus parientes como buena y grande herencia.

-Arrodillémonos a su lado y recemos las plegarias del Nazareno para que Dios quiera perdonarlo y bendecir nuestra victoria -dijo otro.

-Levantémoslo sobre nuestras espaldas en un fardo formado por nuestros escudos y lanzas y recorramos otra vez este valle de nuestra victoria con él en andas para que los labios de sus heridas sonrían antes de verse envueltos por la tierra de la tumba

-propuso un camarada.

Y otro:

-Montémoslo en su corcel y, sosteniéndolo con las calaveras de los enemigos muertos y cargándole su lanza, conduzcámoslo a la aldea como vencedor. No cedí a la muerte hasta después de cargarla con el peso de las almas de los enemigos.

-Vamos -dijo uno-, enterrémoslo al pie de esta montaña. El eco de las grutas será su acompañante y el murmullo del arroyo su trovador. Sus huesos deben reposar en el desierto, donde los pasos de la noche silenciosa son leves y suaves.

Otro objetó :

-No. No lo dejemos aquí, porque aquí habitan el tedio y la soledad. Llevémoslo al camposanto de la aldea. Los espíritus de nuestros antepasados lo acompañarán y

hablarle con Ø en el silencio de la noche, y le narrarle las historias de sus guerras y las sagas de sus glorias.

El jefe caminó entonces hacia el centro y pidió silencio. Suspiró y dijo:

-No lo fastidiemos con historias de guerra ni repitamos a los oídos de su alma, que ronda por encima de nosotros, las narraciones de espadas y lanzas. Mejor llevémoslo tranquila y silenciosamente a su lugar de nacimiento, donde un alma amorosa espera su regreso al hogar... el alma de una doncella que espera su retorno del campo de batalla. Devolvámoslo para que no pierda la última mirada a su rostro y el último beso a su frente.

Así, lo cargaron sobre sus espaldas y marcharon en silencio, gachas las cabezas y caídos los ojos. Su caballo, apenado, se afanaba detrás de ellos arrastrando las riendas por el suelo y profiriendo, de tanto en tanto, un relincho desolado que retumbaba en las cavernas como si ellas tuviesen corazón y compartieran su tristeza.

El cortejo triunfal marchó tras la cabalgata de la muerte por el espinoso sendero del valle, iluminado por la luna, y el espíritu del Amor se arrastró el camino arrastrando sus alas rotas.

UNIÓN

Cuando la noche embelleció el ropaje del cielo con las joyas de las estrellas, una huracán se remontó desde el valle del Nilo y revoloteó en el cielo con alas invisibles. Se sentó en un trono de niebla que colgaba entre el cielo y el mar, mientras delante de ella pasaba una multitud de ángeles que cantaban al unísono: "Gloria, gloria, gloria a la hija del Egipto, cuya grandeza llena el orbe."

Entonces, en la cima de Fam El Mizab, circundada por el bosque de cedros, las manos de los serafines alzaron a una joven sombra, que se sentó en el trono al lado de la huracán. Los espíritus los rodearon cantando: "Gloria, gloria, gloria al joven del Líbano, cuya magnificencia llena los tiempos."

Y cuando el novio tomó las manos de su amada y miró en sus ojos, las olas y el viento esparcieron su comunión por todo el universo:

¡Qué perfecto es tu esplendor, hija de Isis, y qué enorme mi adoración por ti!
¡Qué elegante eres entre los jenes, hijo de Astarte, cuán poderosamente te deseo!
Mi amor es tan fuerte como tus pirénes, y el tiempo no podrá destruirlo.
Mi amor es tan firme como tus Cedros Sagrados, y los elementos no podrán con Ø.
Sabios de todas las naciones de oriente y occidente vienen a beber de tu sabiduría y a descifrar tus signos.

Eruditos de todos los reinos del mundo vienen a embriagarse con el néctar de tu belleza y con la magia de tu voz. Tus palabras son fuentes de abundancia.

Tus brazos son manantiales de agua pura y tu aliento una brisa refrescante.

Los palacios y los templos del Nilo anuncian tu gloria y la Esfinge da fe de tu grandeza.

Los cedros de tu pecho son como medallas de honor y las torres que te rodean son señal de tu valentía y fortaleza. ¡Qué dulce es tu amor, y qué maravillosa la esperanza que alientas!

¡Qué generoso compañero eres. Y qué esposo leal has mostrado ser. Qué sublimes son tus dones y tu sacrificio! Me enviaste jenes que eran como el despertar después de un profundo sueño. Me diste hombres llenos de osadía para conquistar la debilidad de mi pueblo, humanistas para exaltarlo y genios que enriquecieran sus poderes.

De las semillas que te envié hiciste brotar flores; de los renuevos, árboles. Porque t eres una pradera virgen en la que crecen rosas y lirios y se levantan cipreses y cedros. Veo tristeza en tus ojos, amor mío, ¿acaso te apena estar a mi lado? Tengo hijos e hijas que emigraron al otro lado de los mares y me dejaron llorando y añorando su regreso.

¿Es que tienes miedo, hija del Nilo y preferida de todas las naciones?

Temo que se me acerque un tirano de voz dulce que, luego, me domine con la fuerza de sus brazos.

La vida de las naciones es, amor mío, como la vida de los individuos: se alegra con la esperanza y es una con el temor, la acosan los deseos y la angustia la desesperación.

Los amantes se abrazaron y se besaron y de las copas del amor bebieron el fragante vino de los tiempos. Y el coro de ángeles cantó: "Gloria, gloria, gloria, la gloria del amor llena los cielos y la tierra."

MI ALMA ME HABL

Mi alma me habló y me enseñó a amar lo que el pueblo aborrece y a proteger lo que denigra.

Mi alma me mostró que el amor se enorgullece no sólo del ser que ama sino también del amado.

Antes de que mi alma me hablara, en mi corazón el amor era como una delgada cuerda ajustada entre dos clavijas. Pero ahora el amor se ha transformado en un halo cuyo comienzo es su final y cuyo final es su comienzo. Rodea a todos los seres y se difunde lentamente hasta abrazar todo lo que existe.

Mi alma me advirtió y me hizo percibir la belleza oculta de la piel, la forma y el matiz. Me enseñó a meditar sobre lo que la gente llama feo hasta que aparece su verdadero encanto y deleite.

Antes de que mi alma me aconsejara, para mí la belleza era una antorcha temblorosa entre columnas de humo. Ahora que se desvaneció el humo no veo sino la llama.

Mi alma me habló y me hizo oír voces que no pronuncian la lengua, la laringe ni los labios.

Antes de que mi alma me hablara yo no oía más que gritos y gemidos. Pero ahora, ansiosamente, puedo oír el silencio y escucho sus coros cantando los himnos de los tiempos y los cánticos del firmamento, que anuncian los secretos de lo oculto.

Mi alma me habló y me enseñó a beber el vino que no procede de lagares ni puede escanciarse de copas que puedan levantar las manos ni tocar los labios.

Antes de que mi alma me hablara, mi sed era como una chispa confusa escondida bajo las cenizas que pueda apagar un sorbo de agua.

Mi alma me habló y me enseñó a tocar lo que aún no se ha encarnado; ella reveló que todo lo que tocamos es parte de nuestro deseo.

Pero ahora mis dedos se transformaron en bruma que penetra en lo que se ve del universo y se confunde con lo invisible.

Mi alma me enseñó a aspirar el perfume que no emiten el mirto ni el incienso. Antes de que mi alma me hablara yo deseaba aspirar la fragancia del perfume en los jardines, en los frascos o en los incensarios.

Pero ahora puedo gustar del incienso que no se quema como ofrenda en sacrificio. Y lleno mi corazón con una fragancia que ninguna brisa condujo a través del espacio.

Mi alma me habló y me enseñó a decir "Estoy listo" cuando lo desconocido y el peligro

me llaman.

Antes de que mi alma me hablara yo no respondía a ninguna voz, salvo a la del pregonero que conocía, y sólo caminaba por el sendero codo a codo y a paso firme.

Ahora lo desconocido es un corcel que puedo montar para conocerlo, y la llanura se volvió escalera y por sus peldaños trepé a la cima.

Mi alma me habló y me dijo: "No midas el tiempo diciendo: Hubo un ayer y habrá un mañana."

Antes de que mi alma me hablara creía que el pasado era una época que nunca volvería y que el futuro nunca podía ser alcanzado.

Ahora me doy cuenta de que el presente contiene a todo tiempo y que en él se encuentra todo lo que puede esperarse, todo lo realizado y todo lo cumplido.

Mi alma me habló exhortándome a no limitar el espacio diciendo: "Aquí, allí, allá"

Antes de que mi alma me hablara yo sentía que por cualquier parte que caminaba estaba lejos de todo otro espacio.

Ahora comprendo que en cualquier lugar que esté se encuentran todos los lugares y que la distancia que camino abarca todas las distancias.

Mi alma me enseñó a estar despierto mientras otros duermen y a entregarme al sueño cuando otros están en movimiento.

Antes de que mi alma me hablara yo no distinguía sus sueños al dormirse ni ellos advertían mis fantasías.

Ahora yo nunca zarpo en el buque de mis sueños a menos que ellos me vigilen, y ellos nunca se remontan por el cielo de sus fantasías a menos que yo las comparto en su libertad.

Mi alma me habló y dijo: "No te alegres con el elogio y no te angusties con el reproche."

Antes de que mi alma me aconsejara yo dudaba del mérito de mi trabajo.

Ahora me doy cuenta de que los árboles florecen en primavera y dan sus frutos en verano sin esperar elogio, y dejan caer sus hojas en otoño y quedan desnudos en invierno sin temor al reproche.

Mi alma me habló y me hizo ver que no soy más que el enano ni menos que el gigante.

Antes de que mi alma me hablara yo veía a la humanidad dividida en dos clases de hombres: una débil, de la que me compadecía, y una fuerte, a la que seguía o resistía desafiante.

Pero ahora aprendí que soy como ambos y estoy hecho de los mismos elementos. Mi origen es su origen, mi conciencia es su conciencia, mi pretensión su pretensión y mi peregrinaje su peregrinaje.

Mi alma me habló y me dijo: la linterna que llevas no es tuya y la canción que cantas no fue compuesta en lo profundo de tu corazón, porque aunque sostengas la luz no eres la luz, y aunque seas un laúd con las cuerdas tensas no eres el ejecutante.

Mi alma me habló, hermana, y me enseñó muchas cosas. Y tu alma también te ha hablado y también te ha enseñado. Porque tú y yo somos uno y no hay diferencia entre nosotros, salvo que yo haya proclamado lo que hay en mi ser íntimo, mientras tú lo guardas como un secreto de tu intimidad. Pero en tu reserva hay una especie de virtud.

VISI N

Cuando lleg la Noche y el Sueo despleg su manto sobre la faz de la Tierra, abandon mi lecho y camin hacia el mar diciendo: "El mar nunca duerme, y en su vigilia hay consuelo para el alma despierta."

Cuando llegu a la playa, la bruma de las montañas hab a cubierto la regi n como un velo que adorna el rostro de una joven. Mir las mltiples olas y escuch la plegaria de Dios;

medit entonces sobre el poder eterno que ellas encierran, ese poder que se despliega con la tempestad, crece con el volc n, sonre a travs de los labios de las rosas y canta con los arroyos.

Entonces, sentados en una roca, vi tres espectros. Avanc a los tumbos, como si alg n poder me empujara contra mi voluntad.

Me detuve a pocos pasos de ellos, como dominado a n por una fuerza mgica. Uno de los espectros se levant en ese momento y, con una voz que parecia surgir del fondo del mar, dijo:

-La vida sin Amor es como un rbol sin flores ni frutos. Y el Amor sin Belleza es como una flor sin perfume o un fruto sin semilla... La Vida, el Amor y la Belleza son tres personas en una, que no pueden separarse ni cambiar.

Un segundo espectro, con voz, rugiente como agua torrentosa, dijo:

-La Vida sin Rebeli n es como las estaciones sin primavera. Y la Rebeli n sin justicia es como la primavera en un desiertorido... Vida, Rebeli n y Justicia son una sola y no pueden cambiarse ni separarse.

El tercer espectro habl entonces con voz sonora como el resonar del trueno:

-La Vida sin Libertad es como un cuerpo sin alma, y la Libertad sin Reflexionar es como un esp ritu confuso ... Vida, Libertad y Reflexi n son una sola y eterna y no pasan.

Luego los tres espectros se levantaron y con voz tremenda dijeron:

- ➔ Lo que engendra el Amor
- ➔ Lo que crea la Rebeli n,
- ➔ Lo que exalta la Libertar
- ➔ Son tres manifestaciones de Dios
- ➔ Y Dios es la expresi n
- ➔ De la inteligencia del Universo.

El susurro de alas invisibles y el temblor de cuerpos etreos se mezcl entonces con el Silencio que prevaleci y se enseore .

Cerr mis ojos y escuch el eco de lo que acababa de or; cuando volv a abrirlos s lo vi el mar envuelto en niebla. Me acerqu a la roca en la que se hab an sentado los tres espectros y encontr solamente un hilo de humo de incienso que trepaba hacia el cielo.

COMUNI N DE ESP RITUS

¡Despierta, amor, despierta!, que mi esp ritu te saluda desde el otro lado del mar y te ofrece sus alas por encima de las olas furiosas.

Despierta, que el silencio suspendi el estruendo de las pezuas de los caballos y de las pisadas de los caminantes. El sueo abraz los esp ritus de los hombres, pero yo, s lo yo, permanezco despierto: el deseo me redime del sueo que todo lo envuelve.

El amor acerca a ti, pero, entonces, me aleja la ansiedad. Amor mo, abandon mi

lecho atemorizado por el fantasma del olvido que se esconde entre las mantas.
 ¡DejØ de lado mi libro porque mis visiones acallaban las palabras y volv an blancas las pÆginas, para mis ojos! Despierta. Despierta, amor m o y esc chame.
 ¡Te oigo, amor! Oigo tu llamado del otro lado del mar y siento el dulce contacto de tus alas. AbandonØ mi cama y caminØ por el pasto, y el roc o de la noche moj mis pies y el borde de mi vestido. Aqu estoy, bajo las flores del almendro, escuchando el llamado de tu esp ritu.

HÆblame, amor, y deja que tu hÆbito cabalgue sobre la brisa que me llega de los valles del Lbano. Habla, s lo yo escucho; la noche retiene en sus alcobas a todos l s demÆ. Amor m o, el cielo teji un velo de luz de luna y lo desplegó sobre el Lbano. Con las sombras de la noche el cielo form un grueso tel n, forrado con el humo de los talleres y el soplo de la Muerte y lo coloc , amor m o, sobre la ciudad. Los aldeanos se han dormido en sus chozas, rodeadas de sauces y nogales, sus esp ritus, mi amor, ya partieron para la tierra de los sueæos. Los hombres se inclinan bajo el peso del oro y el empinado de hierba afloja sus rodillas. La inquietud y el aburrimiento oprime sus ojos, y los fantasmas del Miedo y la Desesperaci n los llevan a refugiarse en sus camas. Los fantasmas de edades pasadas caminan por los valles y los esp ritus de reyes y profetas rondan por montes y colinas. Mis visiones, guiadas por la memoria, me muestran el poder de los caldeos, el esplendor de los asirios y la nobleza de los Æebes.

Por las siniestras callejuelas pasan los esp ritus torvos de los ladrones; en las grietas de los muros aparecen las v boras de la lujuria, y el escalofr o de la enfermedad, mezclado con la agon a de la Muerte, se estremece por las calles. La memoria arranc el velo del olvido de mis ojos y me muestran las abominaciones de Sodoma y los pecados de Gomorra.

Amor m o, las ramas se ,inclinan y su crujido se une al murmullo del arroyo en el valle, repitiendo para nuestros o dos los cÆnticos de Salom n, las melod as del arpa de David y los cantos de Ishak al-Mausili.

Tiemblan las almas de los niæos hambrientos en sus casas; la visi n de las madres acunando lechos de miseria y desesperaci n ya lleg al cielo. Sueæos de ansiedad afligen los corazones de los enfermizos. Oigo sus amargos lamentos. La fragancia de las flores se mezcl con el punzante hÆbito de los cedros. Transportada ponla brisa juguetona por encima de las colinas, llena el alma con afecto e inspira ansias, de volar. Pero tambiØn surgen las miasmas enfermas de los pantanos y, como agudas flechas secretas, penetran los sentidos y emponzoæan el aire.

Amor m o, ya lleg la maæana y los dulces dedos de la vigilia acarician los ojos de los soæadores. Los rayos de luz llaman a abrir las persianas y descubrir la determinaci n y gloria de la vida. Las aldeas, que se recuestan, pac ficas y tranquilas, sobre las espaldas del valle, despiertan de su sueæo; las campanas de las iglesias llenan el aire con sus placenteros llamados a la plegaria matutina. Y desde las cuevas el repiqueteo se repite en eco, como si toda la Naturaleza se uniera en plegaria reverente. Los terneros ya abandonaron sus establos y las ovejas y las cabras sus cobertizos, para pacer en la hierba resplandeciente por el roc o. Los pastores les preceden, tocando su caramillo, y detrÆ van las doncellas, cantando como pÆfaros que saludan el nuevo d a.

Y ahora la pesada mano del d a se ha asentado sobre la ciudad. Ya se han corrido las cortinas de las ventanas,y las puertas estÆn abiertas. En los talleres asoman los ojos fatigados y los rostros ojerosos de los trabajadores. Sienten que la muerte se inmiscuye

en sus vidas, y en sus semblantes arrugados aparecen el Temor y la Desesperación. Almas anhelantes y apuradas congestionan las calles, y por todas partes se oye el repiqueteo del hierro, el rechinar de las ruedas y el silbido del vapor. La ciudad se ha vuelto un campo de batalla, en el que el fuerte domina al débil y el rico explota y tiraniza al pobre.

Qué hermosa es la vida, amor mío; es como el corazón del poeta, lleno de luz y ternura.

"Y qué cruel es la vida, amor mío; es como el corazón de un criminal, palpitante de vicio y temor.

BAJO EL SOL

- ◆ Contempló todas las obras que se hacen bajo el sol,
- ◆ y he aquí que todas ellas son vanidad y aflicción del espíritu.

Eclesiastés

¡Oh espíritu de Salomón, que rondas por el reino etéreo! Tú, que desechaste los harapos de la materia y dejaste detrás de ti esas palabras que, nacidas de la debilidad y la miseria, desalientan a quienes aún son prisioneros de sus cuerpos.

Tú sabes que esta vida tiene un sentido que la Muerte no oculta. Pero ¿cómo puede acceder la humanidad a un conocimiento que sólo se logra cuando el alma se libera de las ataduras?

Ahora comprendes que la vida no es una aflicción del espíritu, que no todo lo que se hace bajo el sol es vanidad, que de algún modo todo se dirige siempre y siempre se dirige hacia la Verdad. Nosotros, miserables criaturas aceptamos tu decir terrenal como palabras de gran sabiduría. Sin embargo son puertas que oscurecen la mente y anulan la esperanza.

Ahora comprendes que la ignorancia, la maldad y el despotismo tienen sus causas y que la Belleza es revelación de la sabiduría, producto de la virtud y fruto de la justicia. Ahora sabes que el dolor y la pobreza purifican el corazón del hombre; aunque nuestras débiles voluntades no ven en el universo nada de más valor que el ocio y la felicidad. Ahora puedes ver que el espíritu avanza hacia la luz a pesar de las privaciones terrenas. Sin embargo repetimos tus palabras, que enseñan que un hombre no es más que un juguete en manos de lo desconocido.

Te has lamentado de haber sembrado en nuestros corazones desaliento frente a la vida en el mundo y temor frente a la vida en el más allá. Sin embargo, seguimos prestando oídos a tus palabras mundanas.

¡Oh espíritu de Salomón, que ahora habitas la Eternidad! Manifiéstate a los amantes de la sabiduría y enseñales a no transitar el sendero de la herejía y la miseria. Quizá sirva como reparación por un error no intencional.

UNA MIRADA AL FUTURO

Desde atrás del muro del Presente o los himnos de la humanidad. O el sonido de las campanas que anunciaban el comienzo de la plegaria en el templo de la Belleza. Campanas moldeadas con el metal de la emoción y suspendidas sobre el altar sagrado, el corazón humano.

Desde atrá del Futuro vi multitudes que cumplan con su culto en el seno de la Naturaleza, sus rostros vueltos al Oriente, esperando la inundación de la luz de la mañana, la mañana de la Verdad.

Vi la ciudad en ruinas y que nada quedaba para hablar al hombre de la derrota de la Ignorancia y del tiempo de la Luz.

Vi a los ancianos sentados a la sombra de los cipreses y de los sauces, rodeados por jóvenes que oían sus narraciones de otros tiempos.

Vi a los jóvenes rasgueando sus guitarras y tocando sus caramillos, y a las doncellas bailando bajo los jazmines, con las trenzas al viento.

Vi a los hombres cosechando trigo y a sus esposas reuniendo las gavillas y cantando alegres canciones.

Vi a una mujer que se adornaba con una corona de lilas. Vi que la amistad entre el hombre y todas las criaturas se estrechaba, y familias de pájaros y mariposas, confiadas y seguras, que volaban hacia los arroyos.

Vi que no había pobreza; tampoco encontré exceso. Vi que la fraternidad y la igualdad reinaban entre los hombres.

Vi que no había médicos, porque cada uno tenía los medios y el conocimiento para curarse a sí mismo.

Encontré que no había sacerdotes, porque la conciencia había llegado a ser el Supremo Sacerdote. Tampoco vi abogados, porque la Naturaleza había tomado el lugar de los tribunales y regían tratados de amistad y unión.

Vi que el hombre sabía que Dios es la piedra fundamental de la creación y que se había elevado por encima de la pequeñez y bajeza y ha arrancado el velo de la confusión de los ojos del alma. Este alma ahora lee lo que las nubes escriben en el cielo y lo que la brisa dibuja sobre la superficie del agua; ahora entiende el significado del perfume de las flores y las modulaciones del ruiseñor.

Desde atrá del muro del Presente, sobre la plataforma de las edades venideras, vi a la Belleza como a una novia y al Espíritu como a un novio; la Vida era la Noche ceremonial del Kedre⁽¹⁾.¹

LA DIOSA DE LA FANTASIA

Y después de un fatigoso viaje, llegué a las ruinas de Palmira. Exhausto, caí sobre la hierba que crecía entre las columnas rotas y arrasadas por el tiempo, semejantes a restos abandonados por ejércitos invasores.

Al caer la tarde, cuando el oscuro manto de silencio abrazaba a todas las criaturas, sentí un extraño perfume en el aire, tan fragante como el incienso y tan embriagador como el vino. Mi espíritu se abrió para libar ese nocturno etéreo. Parecí entonces que una pesada mano presionaba mis sentidos: mis pensamientos pesaron mientras mi espíritu se sentía libre de sus cadenas.

Entonces la tierra tambaleó a mis pies, el cielo tembló encima de mí y me vi levantado como por un poder mágico. Me encontré entonces en una pradera como nadie nunca había imaginado, en medio de una multitud de virgenes que no usaban otros vestidos que la belleza que Dios les había dado. Caminaron alrededor de mí, pero sus pies no tocaban la hierba. Cantaron himnos que expresaban sus deseos de amor. Cada doncella tocaba un laúd de marfil con cuerdas de oro.

Me encontré en un gran claro en cuyo centro se hallaba un trono tachonado con

¹ Noche de la Cuaresma musulmana, durante la cual se espera que Dios cumpla los deseos del devoto.

piedras preciosas e iluminado por los rayos del arco iris. A sus lados hab a doncellas que levantaban sus voces mientras miraban hacia el sitio de donde proven a un perfume de mirra e incienso. Los ~~A~~boles estaban en flor y, de entre sus ramas, cargadas de capullos, apareci una reina que camin majestuosamente hacia el trono. Al sentarse, una bandada de palomas blancas como la nieve descendí y se ubic en torno de sus pies, formando una medialuna, mientras las doncellas cantaban himnos de gloria. Y yo permanec mirando lo que los ojos de ning n hombre hab an visto.

Entonces la reina hizo una se~~a~~al que movi a silencio. Con voz que provoc en mi esp~~r~~itu un estremecimiento similar al de las cuerdas del la d en manos de un m sico, dijo:

-Hombre, te he llamado porque soy la Diosa de la Fantas a. Te he concedido el honor de presentarte ante m , la Reina de las praderas de los sue~~a~~os. Escucha mis rdenes, porque te designo para que las prediques a toda la raza humana: explica a los hombres que la ciudad de los sue~~a~~os es una fiesta de casamiento a cuya puerta se halla de guardia un poderoso gigante. Nadie puede entrar si no usa ropas de casamiento. Haz saber que esta ciudad es un para so cuyo centinela es el ~~A~~ngel del Amor; ning n ser humano puede entrar si no lleva inscripto en la frente el signo del Amor. Describe estos hermosos campos, cuyos r os fluyen con n~~o~~ctar y vino, cuyos p~~a~~faros navegan por los cielos y cantan con los ~~A~~ngeles. Describe el perfume arom~~a~~tico de sus flores y comunica que s lo el Hijo del Sue~~a~~o puede pisar su muelle pasto.

"Haz saber que di al hombre una copa de alegr a, pero que ~~O~~, en su ignorancia, la derram . Entonces los angeles de la Oscuridad penaron la copa con el brebaje de la aflicci n, que el hombre bebi hasta embriagarse.

"Di que nadie puede tocar la lira de la Vida a menos que yo haya bendecido sus dedos y que la visi n de mi trono haya santificado sus ojos.

"Isa as escribi palabras sabias como collar de piedras preciosas. montado en la cadena de oro de mi amor. San Juan refiri su visi n en mi nombre y Dante pudo explorar el puerto de las almas s lo con mi gu a. Soy una met~~a~~fora que abarca la realidad y soy la realidad que revela la unidad del esp~~r~~itu y un testigo que confirma los hechos de los dioses.

"En verdad te digo que las ideas tienen una morada superior al mundo visible y que en sus cielos no navegan las nubes de fa sensualidad. La imaginaci n se abre camino al reino de los dioses, donde el hombre puede vislumbrar lo que hay despu~~s~~ de la liberaci n del alma del mundo de la sustancia. Y la diosa de la Fantas a me atrajo hacia ella con su magica mirada, imprimi un beso sobre mis labios ardientes y dijo:

-Proclama que quien no pasa sus d as en el reino de los sue~~a~~os es esclavo de los d as. Luego las voces de las v~~r~~genes se alzaron nuevamente y la columna de incienso ascendí . Entonces la tierra comenz a tambalear nuevamente y el, cielo tembl y s bitamente me encontr~~o~~ otra vez entre las tristes ruinas de Palmira.

El amanecer, sonriente, ya se hab a hecho presente, y entre mi lengua y mis labios se hallaban las palabras "Quien no pasa sus d as en el reino de los sue~~a~~os es esclavo de los d as."

HISTORIA Y NACI N

A orillas de un arroyo que serpenteaba entre las rocas, al pie del Monte Lbano, se sent una pastora, rodeada por su reb~~a~~do de ovejas flacas que pac an la hierba%seca. Mir hacia el crep sculo distante como si el futuro estuviera pasando por delante de

ella; las Lágrimas hab an enjoyado sus ojos como gotas de roc o que adornan las flores. La pena le hab a entreabierto los labios para penetrar en ella y ocupar su coraz n suspirante.

Despu s de la puesta del sol, cuando lomas y sierras se ocultaban entre las sombras, la Historia se plant ante la doncella. Era un anciano cuyo cabello blanco ca a como nieve sobre su pecho y sus hombros y en su mano derecha llevaba una hoz afilada. Con voz rugiente como el mar dijo:

-La paz sea contigo, Siria.²

La doncella se levant , temblando temerosa, y pregunt :

-¿Qué quieres de m , Historia?-Seal entonces a sus ovejas y dijo:-Esto es lo que queda de un saludable rebaño que una vez llen este valle. Esto es todo lo que tu codicia me dej . ¿Ahora has venido a saciar tu gula en ello?

"Tus pies atropelladores pisotearon estas tierras que una vez fueron tan fértiles hasta reducir las a polvo estéril. Mis ovejas, que antes pacan flores y producen leche abundante, roen ahora cardos que las dejan flacas y secas.

"Ten temor de Dios, Historia, y no me aflijas más. Tu sola presencia me ha llevado a detestar la vida y la crueldad de tu hoz me hizo amar a la Muerte.

"Deja que en mi soledad apure la copa de la amargura, mi mejor vino. Vete, Historia, al Occidente, donde se celebra la fiesta de matrimonio de la vida. Deja que aqu lamentamente el desamparo en que me has dejado.

Escondiendo la hoz entre los pliegues de su vestidura, la Historia la mir como un padre amante a su hijo y dijo:

-Oh Siria, lo que he tomado de ti eran mis propios dones. Debes saber que las naciones hermanas tienen derecho a parte de la gloria que era tuya. Debo darles lo que te di. Tu condici n es como la de Egipto, Persia o Grecia, porque todas ellas tienen rebaños flacos y pastos secos. Oh Siria,, lo que llamas degradaci n es un sueño indispensable del que sacaré fuerzas. La flor vuelve a la vida a trav s de la muerte y el amor no florece sino despu s de la separaci n.

El anciano se acerc a la doncella, le extendi la mano y dijo:

-Estrecha mi mano, Hija de los Profetas.

Y ella estrech su mano y lo mir desde atr s de un velo de Lágrimas y dijo:

-Adi s, Historia, adi s.

-Hasta que nos volvamos a encontrar, Siria -respondi -, hasta que nos volvamos a encontrar.

Y el anciano desapareci como repentino relámpago, y la pastora llam a sus ovejas y retom su camino diciendo para s misma: "¿Habré realmente otro encuentro?"

EL ANIMAL SILENCIOSO

En la mirada del animal silencioso hay un discurso que s lo el alma del sabio puede comprender verdaderamente.

un poeta indio

En el crep sculo de un hermoso da, cuando la fantas a se apodera de mi mente, pas por el borde de la ciudad y me detuve ante las ruinas de una casa abandonada, de la que s lo quedaban las piedras.

² Cuando se escribió esta historia El Líbano y Siria eran un solo país llamado, precisamente, Siria.

Entre las ruinas vi un perro que yac a sobre suciedad y cenizas. Su piel estaba cubierta de lceras y la enfermedad atormentaba su cuerpo dØbil. Sus ojos tristes miraban una y otra vez al sol poniente y expresaban humillaci n, desesperanza y miseria.

Me acerquØ a Ø con el deseo de saber el lenguaje animal para que mi compasi n pudiera consolarlo. Pero solo logrØ aterrorizarlo, e intent levantara sobre sus patas paralizadas. CayØndose, me ech una mirada en la que se mezclaba la ira impotente con la s plica. En esa mirada hab a un discurso mÆ l cido que el del hombre y mÆ conmovedor que las lÆgrimas de la mujer. Esto es lo que entend que dec a:

-Hombre, sufr la enfermedad que caus tu brutalidad y persecuci n.

"Hu de t pie rudo y me refugiØ aqu , porque el polvo y las cenizas son mÆ dulces que el coraz n del hombre y estas ruinas menos tristes que su alma. Vete, intruso del mundo del desgobierno y la injusticia.

"Soy una miserable criatura que sirvi al hijo de AdÆ con fe y lealtad. Era el mÆ fiel compaæero del hombre; lo cuidaba noche y d a. Me afliga en su ausencia y lo recib a con alegr a a su regreso. Me contentaba con las migajas que ca an de su mesa y me alegraba con los huesos que sus dientes hab an despojado de carne. Pero cuando me volv viejo y enfermo, me sac de su hogar y me abandon a los despiadados j venes de las callejuelas.

"Oh hijo de AdÆ, veo el paralelismo que existe entre mi caso y el de tus pr jimos imposibilitados por la edad. Hay soldados que lucharon por su pas cuando estaban en la flor de la vida y que luego labraron su suelo. Pero ahora que ha llegado el invierno de sus vidas y ya no son tiles se ven desechados.

"TambiØn veo un parecido entre mi suerte y la de una mujer que, en los d as dØ su adorable juventud, alegr el coraz n de un joven y que despuØs, como madre, dedic su vida a sus hijos. Pero ahora, ya anciana, es ignorada y eludida ¡QuØ tirÆico eres, hijo de AdÆ. Y quØ cruel!

As habl el silencioso animal, y mi coraz n lo comprendi

POETAS Y POEMAS

Si mis hermanos los poetas se hubieran imaginado que los collares de versos que compusieron y que las estrofas que formaron y reunieron alg n d a ser an riendas para contener el talento, hab an roto sus manuscritos.

Si Al-Mutanabi ^{3 (3)} el profeta, hubiera profetizado y Al-Fard ^{4 (4)}, el vidente, hubiera previsto que lo que ellos hab an escrito llegar a a ser fuente donde beben quienes no tienen nada que decir y gu a forzada para nuestros poetas de hoy, hab an derramado su tinta en el pozo del Olvido y hab an roto sus plumas con manos negligentes.

Si los esp ritus de Homero, Virgilio, Al-Maary ⁵ y Milton hubieran sabido que la poes a se convertir a en el perrito faldero del rico, hab an renegado de un mundo en el que eso pudiera ocurrir.

Me aflige o r el lenguaje de los esp ritus bastardeado por la lengua de los ignorantes. Cuando veo que el vino de las musas se derrama por la pluma de los pretensiosos siento que mi alma desfallece.

Tampoco me encuentro aislado en el valle del Resentimiento, porque soy s lo uno de los muchos que ven que la rana se hincha para imitar al b falo.

La poes a, queridos amigos, es la encarnaci n sagrada de una sonrisa. La poes a es un

3 Al-Mutanabbi fue un famoso poeta árabe. Su nombre quiere decir adivino o vate.

4 Destacado poeta y filósofo árabe.

5 Poeta árabe del siglo IX. Quedó ciego a los cuarenta años y fue considerado un genio.

suspiro que seca las Lágrimas. La poesía es un espíritu que mora en el alma; su alimento es el corazón y su vino el afecto. La poesía que no se presenta así es un falso mesías.

¡Oh espíritus de los poetas, que veláis por nosotros desde el cielo de la Eternidad!, nos dirigimos a los altares que habéis adornado con las perlas de vuestros pensamientos y las gemas de vuestras almas porque estamos oprimidos por el repiqueteo del acero y el estruendo de las fábricas. Por eso nuestros poemas son tan pesados como trenes de carga y tan fastidiosos como silbatos de locomotoras.

Y vosotros, verdaderos poetas, olvidadnos. Pertenece al Nuevo Mundo, en el que los hombres corren tras de bienes terrenos y en el que, hoy, la poesía también es una mercancía y no un hábito de inmortalidad.

ENTRE LAS RUINAS

La luna desplegó su diáfano velo sobre los Jardines de la Ciudad del Sol ⁶ y el silencio cubrió a todos los seres. Los palacios derrumbados miraban amenazadoramente, como monstruos despectivos.

A esa hora dos fantasmas, como vapor que emerge de las aguas del lago, se sentaron sobre una columna de mármol, examinando la escena, que parecía mágica. Uno de ellos levantó la cabeza y, con una voz que retumbó en ecos, dijo:

-Estos son los restos de los templos que construí para ti, mi amor, y estas las piedras de un palacio que levanté para tu alegría. No queda nada más que hablar a las naciones de la gloria a la que dediqué mi vida y de la pompa por la que exploté al diablo.

"Amor mío, piensa y reflexiona acerca de los hechos que finalmente vencieron sobre mi ciudad y en torno del Tiempo que destruyó mis esfuerzos.

"El olvido ya borró el imperio que establecí: de mí sólo quedan los átomos de amor que creó tu belleza y los efectos de la belleza que animó tu amor.

"Erigí un templo en Jerusalén; los sacerdotes lo santificaron, pero el tiempo lo destruyó. Sin embargo, Dios consagró el altar que, para el amor, construí en mi corazón; allí se mantiene a salvo de los poderes de la destrucción.

"Los hombres dijeron de mí: ¿... Qué rey sabio?; los ángeles, en cambio: ¡... Qué insignificante es su sabiduría! Pero los ángeles se alegraron cuando te encontré amor mío, y cantaron para ti el cántico de Amor y deseo; sin embargo, los hombres no oyeron mi himno...

"Los días de mi reino eran barrera que impedía que comprendieran al Amor y la belleza de la vida, pero cuando te vi, desperté el Amor y derribé esas barreras; entonces lamenté la vida que había perdido pensando que todo lo que existía bajo el sol era vanidad.

"Cuando el Amor me iluminó, me volví humilde, tanto ante las tribus que habían temido mi poder militar como ante mi propio pueblo.

"Pero cuando llegó la muerte, enterré mis armas mortíferas en la tierra y condujo mi amor hacia Dios.

Y el otro fantasma dijo:

-Tal como la flor adquiere vida y perfume aromático de la tierra, el alma saca sabiduría y fuerza de la debilidad y los errores de la materia.

Entonces, ambos, fundidos en uno, se fueron diciendo:

6 La ciudad de Baalbek.

- ◆ La Eternidad s la salva al Amor,
- ◆ Porque el Amor es como la Eternidad.

A LA PUERTA DEL TEMPLO

Para hablar del Amor purifiquØ mis labios con el fuego sagrado, pero no pude encontrar palabras adecuadas.

Cuando conoc el amor, las palabras se diluyeron en un lánguido jadeo y el canto de mi coraz n en un profundo silencio.

¡Oh vosotros que me habØs preguntado acerca del Amor, vosotros, a los que persuad de sus misterios y maravillas, ahora, desde que el Amor me envolvi con su velo, tengo que preguntaros sobre el rumbo del Amor y su mØrito.

¿QuiØn puede responder a mis preguntas? Pregunto sobre lo que hay en mi interior: quiero enterarme por m mismo. ¿QuiØn de vosotros puede revelarme a m mismo mi yo mÆ profundo, mi alma a mi alma?

Decidme, por el amor de Dios, quØ es la llama que arde en mi coraz n devorando mis fuerzas y anulando mi voluntad. ¿QuØ son esas suaves y Æperas manos escondidas que aprietan mi alma; quØ es ese vino que, mezcla de felicidad y dulce pena, baæa mi coraz n?

¿QuØ son esas alas que rondan mi almohada en el silencio de la noche, manteniØndome despierto mirando nadie sabe a quØ

¿QuØ es ese algo invisible en el que clavo la mirada, quØ ese algo incomprensible que rumio, quØ el sentimiento que no puede ser percibido?

En mis visiones hay un sentimiento mÆ hermoso que el eco dula risa y mÆ arrobador que la felicidad.

¿Por quØ me rindo a un poder desconocido que me mata y me vuelve a la vida hasta que apunta la aurora y llena mi habitaci n con su luz?

Los fantasmas de la vigilia tiemblan entre mis pÆpados secos y las sombras de los sueæos rondan mi duro lecho. ¿QuØ es lo que llamamos Amor? Decidme, ¿quØ es ese secreto escondido en el tiempo que afecta todos los sentidos? ¿QuØ es ese sentido que aparece a la vez como origen y resultado de todo?

¿QuØ es esta vigilia que de la vida y la muerte hace un sueæo mÆ extraæo que la vida y mÆ grave que la muerte? Decidme, amigos, ¿alguno de vosotros no despertar a del sueæo de la Vida si el Amor tocara su alma con la punta de su dedo?

¿QuiØn de vosotros no abandonar a padre y madre al llamado de la doncella amada de su coraz n?

¿QuiØn de vosotros no navegar a mares distantes, cruzar a desiertos y trepar a el pico mÆ alto para encontrarse con la mujer que su alma eligi ?

¿QuØ alma juvenil no seguir a hasta el fin del mundo a la doncella que con su hÆito aromÆtico, su dulce voz y manos mÆgicamente suaves enajen su alma?

¿QuØ ser no quemar a su coraz n como incienso ante un dios que escucha sus s plicas y accede a sus plegarias?

Ayer me detuve a la puerta del templo e interroguØ a quienes pasaban sobre el misterio y el mØrito del Amor.

Y por delante de m pas un anciano de rostro delgado y melanc lico que suspir y dijo:

-El amor es una debilidad natural que nos leg el primer hombre.

Pero un joven viril replic :

-El amor une nuestro presente con el pasado y el futuro. Entonces una mujer de cara trágica agregó :

-El amor es un veneno mortífero que inyectan vboras negras que se arrastran desde las cuevas del infierno. El veneno parece fresco como el rocío y el alma sedienta lo bebe anhelante; después de una pasajera embriaguez, el bebedor enferma y muere una muerte lenta.

Luego, una jovencita de mejillas rosadas dijo sonriendo:

-El amor es el vino que sirven las novias del amanecer: fortifica las almas fuertes y les permite ascender a las estrellas. Después de ella, un hombre vestido de negro y con barba, frunciendo el ceño arguyó :

-El amor es la ciega ignorancia con la que comienza y termina la juventud.

Otro, sonriendo, declaró :

-El amor es un conocimiento divino que permite que el hombre vea tanto como los dioses.

Tanteando el camino con su bastón, un ciego dijo entonces:

-El amor es una niebla ennegrecedora que impide que el alma perciba el secreto de la existencia, de modo que el corazón sólo ve fantasmas temblorosos de deseo entre los cerros y sólo oye ecos de gritos en los valles mudos.

Un joven, tocando su viola, cantó :

-El amor es un rayo mágico que emite el núcleo ardiente del alma y que ilumina la tierra circundante. Hace que percibamos la vida como un hermoso sueño entre un despertar y otro.

Y un anciano enfermizo, que arrastraba sus pies como andrajos, dijo temblorosamente:

-El amor es el descanso del cuerpo en el silencio de la tumba, la tranquilidad del alma en el abismo de la Eternidad. Después de eso, un niño de cinco años afirmó :

-El amor es mi papá y mi mamá y nadie conoce el amor más que mi papá y mi mamá

Y así cada uno de los que pasó por el Amor la imagen de sus esperanzas y frustraciones, dejó el ídolo en el misterio como antes.

Entonces oí una voz en el interior del templo:

-La vida está dividida en dos mitades, una helada, la otra ardiente.; la mitad ardiente es el Amor.

Luego entré al templo, me arrodillé y alegréme, recordé

- ★ Haz de mí, oh Dios, comida
- ★ Para la llama inflamada...
- ★ Haz de mí, oh Señor, alimento
- ★ Para el fuego sagrado ... Amén.

NARCISOS Y ESCALPELOS

"Es inmoderado y fanático hasta la locura. Aunque es un idealista, su finalidad literaria consiste en envenenar la mente de los jóvenes ... Si hombres y mujeres siguieran los consejos de Gibran sobre el matrimonio, se romperían los lazos familiares, la sociedad sucumbiría y el mundo se volvería un infierno poblado de diablos y demonios.

"Su estilo es hermosamente seductor, lo que significa el peligro de este inveterado enemigo de la humanidad. A los habitantes de esta montaña sagrada (el monte Libano) les aconsejamos que rechacen las insidiosas enseñanzas de este hereje anarquista y que

quemien sus libros, para que sus doctrinas no lleven por el mal camino a los inocentes. Le mos Alas Rotas y verificamos que era veneno cubierto de miel."

Eso es lo que la gente dice de m, y estÆ en lo cierto, porque soy muy fanÆtico y siendo predilecci n tanto por la destrucci n como por la construcci n. Mi coraz n odia lo que mis detractores santifican y ama lo que ellos rechazan. Y si pudiera desarraigar algunas costumbres, creencias y tradiciones de la gente, lo hara sin dudar. Cuando afirman que mis libros son un veneno, dicen la verdad, porque lo que yo digo es veneno para ellos. Pero mienten cuando dicen que lo mezclo con miel, porque yo uso el veneno en toda su potencia y lo sirvo en un vaso transparente. Los que me llaman idealista que anda en las nubes son los mismos que se alejan del vaso transparente que contiene lo que llaman veneno, porque saben que sus est magos no lo resisten.

Puede sonar truculento, pero ¿acaso la truculencia no es preferible a la simulaci n seductora?

Los pueblos del Oriente quieren que el escritor sea como una abeja y estØ siempre libando miel. Glotones de mil, la prefieren a cualquier otro alimento.

Los pueblos del Oriente quieren que sus poetas se quemien como incienso ante sus sultanes. Los cielos orientales estÆ nauseabundos de incienso, pero los pueblos de Oriente no tienen bastante.

Quieren que el mundo aprenda su historia, estudie sus antig edades, costumbres y tradiciones y quØ adquiera su lengua. TambiØ n cuentan con que los que los conocen no repetirÆ n las palabras de Baidaba el fil sofo, Ben Rished, Ephraim Al-Cyriani y Juan de Damasco.

Los pueblos del Oriente, en s ntesis, quieren hacer de su pasado una justificaci n y un lecho de ocio. Huyen del pensamiento positivo y de las enseãanzas positivas y de cualquier conocimiento de la realidad que pueda agujijonearlos y despertarlos de su sueão.

El Oriente estÆ enfermo, pero estÆ tan acostumbrado a sus dolencias que ha llegado a considerarlas naturales y hasta nobles cualidades que lo distinguen de otros pueblos.

Considera que quien no tiene esas cualidades estÆ incompleto y es inepto para recibir el don divino de la perfecci n.

En Oriente los mØdicos de la sociedad son muchos, y muchos los pacientes que siguen sin curarse, pero parecen aliviados de sus enfermedades porque se encuentran bajo los efectos de narc ticos sociales. Pero esos tranquilizantes ¡ lo enmascaran los s ntomas.

Varias son las fuentes de las que se destilan esos narc ticos, pero la principal es la filosofa oriental de la sumisi n al destino (la obra de Dios). Otra fuente es la cobard a de los mØdicos sociales quØ temen aumentar el dolor administrando medicinas drÆticas.

Vayan algunos ejemplos de esos tranquilizantes sociales: Una pareja de esposos descubre que, por razones sustanciales, el odio ha reemplazado al amor entre ellos. DespuØ s de un largo tormento, mutuo se separan. Inmediatamente sus padres se re ñen y llegan a alg n acuerdo para reconciliar a la pareja deshecha. Primero acosan a la mujer con falsedades; luego ablandan al marido con engaãos similares. No convencen a ninguno de los dos, pero ambos se humillan en una ficci n de paz. Sin embargo, esta situaci n no dura: los efectos del narc tico social se disipan pronto y la miserable pareja vuelve por nuevas dosis.

O bien un grupo o un partido se rebela contra un gobierno desp tico y propone reformas pol ticas para liberar de sus cadenas a los oprimidos. Distribuye manifiestos, pronuncia feroces discursos y publica art culos punzantes. Pero al mes siguiente nos enteramos de que el gobierno puso preso a su dirigente o lo silenci dÆ dole un

importante rango. Y no se oy mÆ nada.

O una secta se rebela contra su jefe religioso, acusaÆdolo de cometer delitos y amenazando con adoptar otra religi n, mÆ humana y libre de supersticiones. Pero poco despuØ nos enteramos de que los hombres sabios del pa s lograron la reconciliaci n del pastor y la grey aplicando narc ticos sociales.

Criando un dØbil se queja de la opresi n del fuerte, su pr jimo lo calmarÆ "Calla y alØgrate, as lo dispone el Destino."

Cuando un aldeano duda de la santidad del sacerdote, le dirÆ: "Atiende s lo a sus enseanzas y olvida sus defectos y fechor as."

Cuando un maestro reprende a un estudiante, suele decir: "Las excusas que inventa un joven perezoso suelen ser, peores que el mismo delito."

Si una hija se niega a adherir a las costumbres de la madre, Østa dirÆ "La hija no es mejor que la madre: en consecuencia debe seguir los pasos maternos."

Si un joven pide a un sacerdote que le explique el significado de un viejo rito, el predicador lo reprobarÆ diciendo: "Hijo, el que no mire la religi n con los ojos de la fe no verÆnada mÆ que niebla y humo."

De ese modo el Oriente descansa sobre su lecho mullido. El que duerme despierta un momento cuando lo pica una pulga y:luego retoma su sueo narc tico.

Y si alguien intenta despertarlos, los que duermen lo acusan de comportarse groseramente y de no dormir ni dejar dormir. Luego cierran nuevamente los ojos y susurran a los odos de sus almas: "Es un infiel que envenena la mente de los j venes y socava los fundamentos eternos."

Muchas veces preguntØ a mi alma: "¿Soy uno de esos rebeldes despiertos que rechazan los narc ticos?" Y mi alma respondi crpticamente. Pero cuando oigo que injurian mi nombre y mis principios, me siento seguro de que estoy despierto y de que puedo contarme entre los que no se rinden a los sueos de la droga, que pertenezco a aquellos fuertes de coraz n que caminan por senderos estrechos y espinosos en los que tambiØn se pueden encontrar flores, en medio de lobos que a llan y de ruiseores que cantan.

Si el despertar fuera una virtud, la modestia me impedir a proclamarla. Pero no es una virtud sino una realidad que aparece s bitamente a quienes tienen la fuerza de levantarse. Ser modesto al decir la verdad es una hipocres a. Pero los orientales lo llaman educaci n.

No me sorprendera que los "pensadores" dijeran de m: "Es un hombre que predica excesos y ve el lado malo de la vida; s lo aporta tinieblas y lamentos."

A ellos respondo: "Deploro vuestra actitud oriental que evade la realidad de la debilidad y el dolor.

"Me aflige cuando veo que mi querido pa s canta, pero no de alegr a sino para detener los estremecimientos de temor.

"En la lucha contra el demonio, el exceso es bueno. Porque el que es moderado en el anuncio de la verdad presenta la verdad a medias. Oculta la otra mitad por temor a la c lera de la gente.

"Detesto la inteligencia que se alimenta de carroa; su hedor trastorna mi est mago y no la agasajarØ con dulces ni licores.

"Sin embargo, cambiar a alegremente mis gritos por joviales carcajadas, pronunciar a elogios en lugar de acusaciones, reemplazar a el exceso por la moderaci n siempre y cuando vosotros me mostrarais un gobernante justo, un abogado ntegro, un jerarca religioso que practique lo que predica, un marido que cuide a su mujer como a s

mismo.

"Si quieres que baile, que haga sonar la trompeta o batir el tambor, invítame a una fiesta de bodas y apartame del cementerio."

FUERA DE LA TIERRA

- Colócala y violentamente la tierra sale de la tierra
- Y graciosa y majestuosamente la tierra camina sobre la tierra.
- La tierra construye palacios con la tierra y erige torres y Templos.
- Y la tierra en la tierra urde leyendas, doctrinas y leyes.
- La tierra, entonces, se cansa de las acciones de la tierra
- Y se corona con su aureola, sueños y fantasmas.
- Y el sueño de la tierra seduce a los ojos de la tierra,
- Que descansan largamente.
- Y la tierra llama a la tierra:
- "Soy el tetro y el sepulcro
- Y seré tetro y sepulcro
- Hasta que los planetas ya no existan
- Y el sol se diluya en cenizas."

TIERRA

- ¡Qué hermosa eres, Tierra, y qué sublime!
 - ¡Qué perfecta es tu obediencia a la luz
 - Y qué noble tu sumisión al sol!
 - ¡Qué adorable eres, velada en la sombra,
 - Y qué encantador es tu rostro, cubierto por la oscuridad!
 - ¡Qué reconfortante es el contacto de tu amanecer!
 - Y qué esperas las loas de tu atardecer!
 - ¡Qué perfecta eres, Tierra, y qué majestuosa!
-
- ◆ Camina por tus praderas y trepa tus montañas pedregosas,
 - ◆ Desciende a tus valles
 - ◆ Y entra a tus cavernas.
 - ◆ En las praderas encuentra tu sueño,
 - ◆ En la montaña tu orgullo,
 - ◆ En el valle fui testigo de tu tranquilidad,
 - ◆ En las rocas, de tu resolución,
 - ◆ En las cavernas, de tu secreto.
 - ◆ Eres dócil y poderosa y humilde y arrogante:
 - ◆ Eres flexible y rígida. Difícil y secreta.
 - ◆ Surca tus mares y explora tus ríos y sega tus arroyos.
 - ◆ O a la Eternidad hablar en los flujos y reflujos de tus aguas
 - ◆ Y a los tiempos repetir tus cantos entre las colinas.
 - ◆ O a la vida llamando a la vida
 - ◆ En tus pasos montañosos
 - ◆ Y a lo largo de tus laderas.
 - ◆ Eres boca y labios de la Eternidad,
 - ◆ Nervio y dedos del Tiempo,
 - ◆ Misterio y solución de la Vida.
 - ◆ Tu Primavera me despertó y me llevó a los campos,
 - ◆ Donde tu aliento perfumado se expande como incienso.
 - ◆ Vi los frutos de tu tarea veraniega.
 - ◆ En otoño,
 - ◆ Vi tu sangre fluir como vino en los viñedos.
 - ◆ El invierno me condujo a tu cama,

- ◆ En la que la nieve da testimonio de tu pureza.
- ◆ En tu primavera eres una esencia aromática;
- ◆ En tu verano generoso;
- ◆ En otoño fuente de abundancia.
- ◆ Una noche calma y clara
- ◆ Abr las puertas y ventanas de mi alma:
- ◆ Sal a verte.
- ◆ Tenso el corazón de deseo y anhelos.
- ◆ Y te vi con la vista clavada en las estrellas,
- ◆ Que te sonreían.
- ◆ Y tiré mis cadenas
- ◆ Porque encontré que la vivienda del alma es tu espacio.
- ◆ Sus deseos crecen con tus deseos,
- ◆ Su paz se encuentra en tu paz,
- ◆ Y la felicidad
- ◆ En el dorado polvo que las estrellas esparcen sobre tu cuerpo.
- ◆ Una noche,
- ◆ Cuando las estrellas se volvían grises,
- ◆ Y mi alma estaba cansada y ansiosa,
- ◆ Sal hacia ti.
- ◆ Y te me apareciste como un gigante,
- ◆ Armada con furiosas tempestades,
- ◆ Combatiendo el pasado con el presente,
- ◆ Reemplazando lo viejo con lo nuevo
- ◆ Y dejando que el fuerte dispersara al débil.
- ◆ Entonces aprendí que la ley del pueblo es nuestra ley.
- ◆ Aprendí que quien no rompe sus ramas secas con su tempestad
- ◆ Morirá aburrido,
- ◆ Para despojarse de sus hojas secas,
- ◆ Perecerá lentamente.
- ◆ Qué generosa eres,
- ◆ Y qué poderosa es tu amoranza
- ◆ Por tus hijos,
- ◆ Perdidos entre lo que alcanzaron,
- ◆ Y lo que no pudieron obtener.
- ◆ Nosotros gritamos y tú sonríes
- ◆ ¡Nosotros pasamos, pero tú quedas!
- ◆ Nosotros blasfemamos y tú santificas
- ◆ Nosotros dormimos sin soñar,
- ◆ Pero tú sueñas en tu vigilia eterna.
- ◆ Nosotros atravesamos tu pecho con espadas y lanzas
- ◆ Y tú curas nuestras heridas con aceite y bálsamo.
- ◆ Nosotros sembramos tus campos de huesos y calaveras,
- ◆ Y tú, de ellos, levantas cipreses y sauces.
- ◆ Nosotros vaciamos nuestros desperdicios en tu seno
- ◆ Y tú llenas nuestros campos segados con gavillas de trigo
- ◆ Y nuestros lagares con uvas.
- ◆ Nosotros extraemos tus entrañas para hacer cañones y bombas,
- ◆ Pero con nuestras entrañas tú creas lirios y rosas.
- ◆ ¡Qué sufrida eres, y qué misericordiosa!
- ◆ ¿Eres un feto de polvo
- ◆ Que levantó el pie de Dios
- ◆ Cuando recorrí el Universo, de Este a Oeste?
- ◆ ¿O una chispa,
- ◆ Proyectada del horno de la Eternidad?
- ◆ ¿Eres una semilla
- ◆ Abandonada en el campo del firmamento
- ◆ Para llegar a ser el árbol de Dios

- ◆ Que alcance los cielos con sus ramas celestiales?
- ◆ ¿O eres una gota de sangre
- ◆ En las venas del gigante entre los gigantes,
- ◆ O una perla de sudor en su frente?
- ◆ ¿Eres una fruta madurada por el sol?
- ◆ ¿Creces del Árbol del Conocimiento Absoluto
- ◆ Cuyas raíces se extienden por la Eternidad
- ◆ Y cuyas ramas se remontan al Infinito?
- ◆ ¿Eres una joya
- ◆ Que el Dios del Tiempo colocó en la palma del Dios del Espacio?
- ◆ ¿Quién eres, Tierra, y quién eres?
- ◆ ¡Tú eres "yo", Tierra!
- ◆ Tú eres mi vista y mi discernimiento.
- ◆ Tú eres mi conocimiento y mi sueño.
- ◆ Tú eres mi hambre y mi sed.
- ◆ Tú eres mi tristeza y mi alegría.
- ◆ Tú eres mi descuido y mi alerta.
- ◆ Tú eres la belleza que vive en mis ojos,
- ◆ El deseo de mi corazón,
- ◆ La vida eterna de mi alma.
- ◆ Tú eres "yo", Tierra.
- ◆ Si no fuera por mi existencia,
- ◆ Tú no existirías.

PERFECCIÓN

- Hermano,
- Me preguntas cuándo alcanzaré la perfección el hombre.
- Te respondo.
- El hombre se acerca a la perfección
- Cuando siente que es un espacio infinito,
- Un mar sin orillas.
- Un fuego eterno, una luz inextinguible.
- Un viento calmado o una tempestad rabiosa,
- Un cielo tronante o un firmamento lluvioso.
- Un arroyo cantando o un riachuelo gimiente,
- Un Árbol florido en primavera
- O un brote desnudo en otoño.
- Una montaña alta o un valle profundo.
- Una fértil pradera o un desierto.
- Cuando el hombre siente todo esto
- Ya ha recorrido la mitad del camino hacia la perfección.
- Para lograr su objetivo debe comprender,
- En consecuencia,
- Que es un niño que depende de su madre,
- Un padre responsable por su familia,
- Un joven entregado al amor,
- Un anciano que lucha con su pasado,
- Un fiel en su templo,
- Un criminal en prisión
- Un estudioso entre sus papeles,
- Un alma ignorante
- Que oscila entre la oscuridad de su noche y la negrura de su día,
- Una monja que sufre
- Entre las flores de su fe y las espinas de su soledad,
- Una prostituta
- Encerrada entre los colmillos de su debilidad y las garras de sus necesidades.

- Un hombre pobre atrapado entre su amargura y su sumisión,
- Un hombre rico entre su codicia y su conciencia,
- Un poeta entre la bruma de su crepúsculo y las rosas de su amanecer.
- El que puede experimentar, ver y comprender
- Estos hechos,
- Puede alcanzar la perfección
- Y llegar a ser una sombra
- De la Sombra de Dios.

HISTORIA DE UN AMIGO

Y dije:

¡Qué extraño mujer! Y él dijo:

Cuando lo conocí era un joven perdido en los caminos de la vida, estimulado por un impulso salvaje y fiel a la muerte en la obtención de sus deseos.

Cuando lo conocí era una delicada flor que los vientos de la imprudencia conducían al mar de la lujuria.

Cuando lo encontré en esa aldea era un niño desnaturalizado que, con manos crueles, desgarraba los nidos de los pájaros y mataba los pichones mientras pisoteaba las hermosas coronas de dulces flores.

Cuando lo encontré en la escuela era un adolescente alejado del estudio, arrogante y enemigo de la paz.

Cuando lo encontré en la ciudad era un joven que traficaba con el honor paterno en mercados siniestros, gastaba el dinero del padre en casas de mala fama y rendía su mente al fruto del vino.

Sin embargo lo amaba. Y mi amor por él era una mezcla de pena y simpatía. Lo amaba porque sus pecados no nacían de un espíritu pequeño: eran más bien las acciones de un alma perdida y desesperada.

El espíritu, queridos hermanos, se desvía del sendero de la sabiduría sin quererlo, pero vuelve a él voluntariamente. Cuando los torbellinos de la juventud soplan polvo y arena, los ojos quedan ennegrecidos por un tiempo.

Amé esa juventud porque vi la paloma de su conciencia luchando contra el halcón de sus maldades. Y vi que la paloma resultaba dominada no por cobardía sino por la fuerza de su enemigo.

La conciencia es un juez justo pero; débil. La debilidad lo hace impotente para cumplir su juicio.

Díjeme que lo arpaba. Y el amor adopta diversas figuras. A veces la de la sabiduría, otras la de la justicia, frecuentemente la de la esperanza. Mi amor por él mantenía mi esperanza de ver que la luz triunfara en él sobre la oscuridad. Pero no sabía cuándo ni cuándo su vicio se transformaría en pureza, su brutalidad en mansedumbre, su imprudencia en sabiduría. El hombre no sabe cómo hace el alma para liberarse de la esclavitud de la materia hasta después de encontrarse libre. Tampoco sabe cómo sonren las flores hasta que llega la mañana.

Pasaron los días, que seguían a las noches, y seguía acordándome dolorosamente del joven; repetía su nombre con tanto afecto que mi corazón sangraba. Entonces, ayer, llegó una carta de él que decía: "Ven a verme, amigo, pues quiero que conozcas a un joven. Tu corazón se sentirá contento de encontrarlo y tu alma renovada al verlo."

Dije: "Pobre de mí. ¿Acaso trata de mezclar su triste amistad con otra similar? ¿El solo no es suficiente ejemplo de error y pecado para el mundo? ¿Ahora querrá reforzar sus

errores con los de su compañero para que pueda verlos en una oscuridad doble?" Pero luego reflexionó "Debo ir; quizá el alma, que es sabia, coseche peras del olmo, y el alma amante haga luz de las tinieblas." .

Cuando llegó la noche lo encontró solo en su habitación, leyendo un libro de versos.

-¿Dónde está el nuevo amigo? -le preguntó

-Soy yo, amigo -contestó -. Y mostró una calma que nunca antes había visto en él. En sus ojos ahora podía ver una extraña luz que penetraba el corazón. Esos ojos en los que antes había visto crueldad, estaban radiantes con la luz de la bondad. Entonces, con una voz que parecía provenir de otra persona, dijo:-El joven que conociste en la niñez y con el que fuiste a la escuela está muerto. Con su muerte nací yo. Soy tu nuevo amigo: toma mi mano.

Cuando estrechó su mano percibió la existencia de un espíritu benigno que circulaba en su sangre. Su mano de hierro se había vuelto blanda y bondadosa. Sus dedos que ayer mismo eran como garras de tigre, hoy acariciaban el corazón. Entonces habló otra vez:

-¿Quién eres y qué ha sucedido? ¿Cómo has llegado a ser así? ¿Acaso el Espíritu Santo penetró en tu corazón y santificó tu alma? ¿O estás representando un papel, creación de un poeta?

-Ay, amigo -respondí -, el espíritu descendió sobre mí y me bendijo. Un gran amor transformó mi corazón en un altar sagrado. Es una mujer, amigo mío, una mujer que hasta ayer yo juzgaba un juguete en las manos del hombre, la que me sacó de la oscuridad del infierno y la que abrió para mí las puertas del Paraíso, al que entré. Una verdadera mujer que me condujo al río Jordán de su amor y me bautizó. La mujer a cuya hermana yo, en mi ignorancia, había tratado irreverentemente, me ha exaltado al trono de gloria. La mujer a cuyo compañero yo había desafiado con mi maldad purificado mi corazón con su afecto. La mujer cuya suerte yo había esclavizado con el dinero de mi padre me ha liberado con su belleza. La mujer que alejó a Adán del Paraíso con la fuerza de su voluntad me reintegró a mí al Paraíso con su ternura y mi obediencia.

